

LOUIS PAUWELS: GURDJIEFF

PAUWELS

# GURDJIEFF

HACHETTE

1 2 3

A Elina  
este libro que nos hizo encontrar



LOUIS PAUWELS

# GURDJIEFF

DOCUMENTOS, TESTIMONIOS, TEXTOS Y  
COMENTARIOS SOBRE UNA SOCIEDAD  
INICIÁTICA CONTEMPORÁNEA

LIBRERÍA HACHETTE S. A.  
BUENOS AIRES

## PREFACIO

*Esta obra fue compuesta hace ocho años, según una técnica particular: es a un tiempo ensayo, antología comentada y novela. Sólo escribo impulsado por una necesidad de liberación. Era preciso que hiciera un balance al salir de una violenta aventura espiritual, ordenar los recuerdos demasiado recientes de una contienda interior, convocar a testigos, interrogar a otros combatientes. Realizado este trabajo, me parecía hallarme pronto para otras campañas preparadas por los estrategos desconocidos de mi destino. En efecto, es lo que sucedió, aun antes de lo que había presentido. Al acabar de componer Gurdjieff, vi dibujarse las líneas principales de una búsqueda que debía llevarme a El retorno de los brujos, y esto debido a tal cúmulo de circunstancias y encuentros que en ello hay que ver un plan concertado. No hago más que obedecer, bajo el imperio de una suerte de hipnosis. Por cierto esta confidencia no es la de un filósofo, de un hombre que al haber conquistado su libertad es digno de enseñar. ¿Acaso pretendí alguna vez esta grandeza? Me dejo guiar mediúnicamente, y sólo pido una cosa: que se me considere únicamente como poeta. Me siento próximo a Maeterlinck, por mil fibras y por la raza. Experimento la necesidad de decir esto, la de precisar la distancia entre lo que algunos parecen esperar o exigir de mí y mi verdadera necesidad. "Nosotros los artistas, decía Verdi, no llegamos a la fama sino por la calumnia." Es demasiado duro. Pero, en verdad, sólo llegamos a ella por el equívoco.*

*Gurdjieff es el diario de viaje de un poeta a bordo de un buque fantasma, como El retorno de los brujos, es, quiere ser, una nueva*

Leyenda de los siglos. Y hubiera debido, para ese último libro, obedecer a mi primer impulso, que era el de escribir como subtítulo: poema.

Ya oigo decir: "¡Vaya con la confesión! Ya sabemos que en esto no hay nada de serio." ¡Nada de serio! Dejemos que digan lo que quieran, los que sabemos que todo es tanto más grave, aprehendido en la misma alma, captado en lo hondo de la carne, vinculado a Fuerzas.

Si hubiera podido hacerlo, habría modificado algo Gurdjieff con motivo de esta edición. Pero me faltó tiempo. Y por otra parte ¿es éste el problema? Hay algo que hiela en la idea de volver a un trabajo antiguo. Se siente que hay en ello un acto ilusorio. No se vuelve a dibujar de esta manera la huella que se dejó. Lo que lo mejora, no es la habilidad que empleamos en arreglar nuestro pasado, sino lo que emprendemos hacia adelante. Hay que contar con la resaca del futuro para sanear lo que hicimos ayer.

Dejé pues las cosas tal como estaban. Sólo modifiqué en el prólogo inicial lo que fijaba una época.

Cuando apareció este libro, suscitó gran número de artículos, la mayoría consagrados a lo pintoresco del personaje y de su sociedad de discípulos. Y lo que reprocho en realidad a este libro, entre otras cosas, es el iluminar a veces esta extravagancia superficial. Es conocido el dicho de Max Jacob: "El viajero cayó muerto, herido por lo pintoresco." Deseo que el lector no se demore en esta nefasta delectación, y que más bien vea en estas páginas el reflejo del drama del alma occidental moderna en lucha con inquietudes fundamentales. Un drama entre tantos otros. Pero esto, por su interioridad exclusiva, es ejemplar.

En cuanto a la conclusión, a "las palabras de despedida", aun hoy las suscribo por entero.

L. P., 1963.



## PROLOGO

*Creo que hay en el mundo de hoy un número bastante grande de hombres y de mujeres que persiguen un problema al cual la ciencia, las filosofías, las iglesias, las políticas no pueden responder acabadamente. Lo persiguen, la mayoría de las veces, como a pesar de sí mismos, a despecho de los esfuerzos que despliegan para olvidar su urgencia en las distracciones de las pasiones amorosas, de la acción, del alcohol, del poderío social, del dinero, del estetismo, etc.*

*Yo no sabría expresar este problema en la totalidad de sus aspectos, más, a mi parecer, enfoca los siguientes puntos: "¿Existo realmente? ¿Acaso el hombre no es sino el lugar de un perpetuo desfile de sentimientos, de humores, de deseos, de ideas, de recuerdos, todo ello agitado de acuerdo con movimientos casi mecánicos? ¿No existe tras mí yo ilusorio un yo situado fuera de ese lugar de paso, un yo verdaderamente libre? Todo lo que yo creo hacer, en realidad me sucede. Me sucede exactamente como "llover" o como "hiela". Yo pienso, leo, escribo, amo, odio, pertenezco a tal partido, a tal Iglesia, me lanzo en tal acción, en tal combate, en tal investigación pero, en realidad, todo esto me sucede; soy tirado por múltiples cordeles. ¿No habrá en lo profundo del hombre un lugar en el que Yo decida, donde Yo domine, donde Yo contemple en una total independencia, una total libertad? Sin embargo, se me hacen mil signos. Siento, adivino que mi destino, que mis aventuras, mis actos, mis ensueños encienden, de tiempo en tiempo, en la noche, signos que yo no comprendo y que, sin embargo, me están destinados con toda evidencia. Los comprendería*

si tuviera otros ojos detrás de mis ojos comunes, si tuviera un gran Yo tras mi pequeño yo esclavo y ciego. Estos signos me dirían claramente de qué manera estoy adecuado a las grandes corrientes de fuerza del universo y qué papel exacto estoy llamado a representar en esta vida. ¿No habría un medio de comprender estos signos? ¿No existiría un punto para hallar en mí mismo, un punto desde el cual todo lo que me sucede sería explicado y explicado inmediatamente, ya se trate del mundo material o del mundo moral, un punto desde el cual todo lo que yo veo, sé y siento sería descifrado instantáneamente, ya se trate del movimiento de los astros, de la disposición de los pétalos de esta flor, de los dramas de la civilización a la que pertenezco o de los movimientos más espontáneos de mi corazón? "Todo el universo, como escribe Robert Kanters, es como un inmenso telegrama cifrado que hasta en sus menores detalles habla al hombre de su naturaleza y de su destino y que le es preciso descifrar si quiere llegar al conocimiento, a la sabiduría, a la salud." ¿No podría ser satisfecha, un día, esta inmensa y loca ambición de saber qué llevo a despecho de mí mismo a través de todas las aventuras de mi vida? ¿No habrá en el hombre, en mí mismo, por ejemplo, un camino que conduce al conocimiento de todas las leyes del mundo y a un lugar donde mi propia existencia se confunde con la fuerza que asegura la existencia de todo el universo? ¿No reposará en el fondo de mí, recubierta por negligencias varias veces centenarias, la clave del conocimiento total y de la eternidad? Todos los signos que puedo distinguir vagamente sin interpretarlos con claridad, me invitan a creer que un inmenso cuadro de correlaciones juega en mí y en torno a mí. Estas correlaciones podrían librar quizás la clave del mundo. Todo lo que me ocurre, todo lo que pasa a mi alrededor, no es sino una serie de imágenes simbólicas de lo que ocurre realmente, de lo que sucede realmente. ¿No habrá detrás de mi pequeño yo un gran Yo que posee la clave de estos símbolos, la adivinación y la explicación de todas las correlaciones? Se diría que estos signos se me hacen para que yo tenga, a veces, en el corazón de mi noche y de mi sueño interiores, la fulgurante certeza. Hoy estos signos caen en lluvia más y más densa sobre nosotros para invitarnos a sentir cada vez con mayor

fuerza que el hombre dispone de otras antenas y de otros poderes que los que testimonian nuestra ciencia, nuestro lenguaje, nuestras religiones, nuestras filosofías, nuestras morales, nuestras políticas: de otras antenas, de otros poderes que aquellos sobre los que fundamos todos los actos de nuestra vida en esta tierra. El manejo consciente del cuadro de las correlaciones, el desarrollo y la utilización consciente de estos poderes, de estas antenas, el paso a un distinto estado del ser desde el cual la vida y la muerte dejan de ser percibidas contradictoriamente, desde el cual los actos y los pensamientos, los más humildes y los más nobles, se hallan ordenados de una manera absoluta de acuerdo con las leyes de la energía universal, todo ello quizás sea posible; puede ser tal vez que los hombres hayan dispuesto en otros tiempos de medios para lograrlo. Puede ser también que permanezca en nosotros el recuerdo de esa posesión. El recuerdo, la nostalgia de una Revelación, de una Tradición primordial, cuyos rastros se han enturbiado, pero que subsisten acá y acullá, vagamente, en las creencias y costumbres de los pueblos "primitivos", en ciertos monasterios, en las costumbres antiguas, en los libros mágicos llegados hasta nosotros, en nuestra poesía más viviente<sup>1</sup> y en nuestra extraordinaria sensibilidad hacia los signos.

Tales son, descritos incompletamente, algunos de los aspectos del Problema que se plantean hoy muchos hombres. Existe una mentalidad, una actitud en la vida, comunes a estos hombres, pero que escapan a los "tests" de la psicología actual. Yo no sabría

<sup>1</sup> "Es notable, escribe André Breton en su panfleto titulado *Flagrant délit*, el hecho de que sin haberse concertado en lo más mínimo, todos los críticos verdaderamente calificados de nuestro tiempo hayan sido conducidos a demostrar que los poetas cuya influencia se muestra actualmente más viva, cuya acción sobre la sensibilidad moderna se hace sentir más (Hugo, Nerval, Baudelaire, Rimbaud, Lautréamont, Mallarmé, Jarry) han sido en mayor o en menor grado marcados por esta tradición. No es que haya que considerarlos como "iniciados" en el completo sentido del término, pero unos y otros por lo menos han sentido fuertemente esta atracción y no dejaron nunca de testimoniarle la mayor deferencia. Es más, parecería que a menudo sin tenerla en vista de ningún modo y mientras se abandonaban en plena soledad a su voz interior, les sucede "recuperar" esta tradición, insistir en ella por otro camino. ¿Habría que reconocer que los poetas se nutren, sin saberlo, en un fondo común a todos los hombres, tremedal lleno de vida donde fermentan y se rehacen sin fin los despojos y los productos de las antiguas cosmogonías? ..."



pintarlos. Sería preciso escribir una novela enorme, algo así como *Los Poseídos*. Esta novela tendría el mérito peculiar de haber penetrado diez mil veces más en la realidad presente que cualquier otra obra contemporánea de observación. Lo que podría dar quizás el testimonio del fenómeno-clave de nuestra época es la pintura de esta familia de espíritus y de su multiplicación sin cesar acelerada desde hace unas decenas de años.<sup>1</sup> Esta multiplicación acelerada proviene de diversas causas que no me es posible enumerar aquí, pero bastaría para hacer aflorar a la conciencia globalmente los trastornos que han vuelto a poner en revisión las creencias propuestas por las Iglesias, la confianza en la Historia, el amor al Progreso, la fe en los poderes ilimitados del Racionalismo, etc., para ver que un número cada vez mayor de hombres es llevado hoy a plantearse el Problema de la última significación de su destino y de este mundo; que este Problema, que esta Pregunta, permanecen sin respuesta a través de todas las formas del pensamiento contemporáneo y que ellos enfrentan este Problema en la extrema soledad y en la extrema libertad del estado salvaje. "Místicos en estado salvaje", como se ha dicho del poeta Arthur Rimbaud, y por lo tanto, aventureros en el sentido más noble del término, ellos reanudan en todas sus inquietudes de hombres modernos la antigua búsqueda oculta; las mismas presciencias, el mismo interrogante esencial dan a todas sus actitudes una semejanza, crean entre ellos caminos secretos de comunicación, muy rápidos. Están en vías de dar una nueva dirección a la inteligencia, al conocimiento, al lenguaje y de hacer cambiar de mano los poderes espirituales y temporales. Esto se verá claramente un día.

En el mismo momento de la crisis de crecimiento de esta "familia", George Gurdjieff llega al occidente. Llega con una doctrina y métodos completamente adecuados para seducir a algunos espíritus inquietos. Por ello su influencia se desarrolló considerable-

<sup>1</sup> Pocos novelistas en Francia se han abocado a esta tarea. Entre ellos me parece especialmente digno de atención Raymond Abellio, autor de *Heureux les pacifiques* y *Les yeux d'Ezechiel sont ouverts*.

mente en Francia, en Inglaterra y en Estados Unidos desde hace unos cuarenta años, en casi todos los medios intelectuales. Varios millares de hombres y de mujeres que pertenecen a lo más selecto de los medios occidentales han sido influidos por su "enseñanza".

En efecto, George Gurdjieff ofrecía una respuesta directa a la Pregunta. O más bien, prometía esta respuesta. La prometía a través de una doctrina que implicaba una psicología y una fisiología del hombre que se conformaba a la vez con las más antiguas tradiciones y accesibles a la comprensión contemporánea. Además, enseñaba todo un conjunto de ejercicios prácticos, mantenidos hasta entonces secretos, dispersos en algunos refugios de la Tradición primordial o confundidos por un cúmulo muy antiguo de interpretaciones simbólicas, sentimentales y dogmáticas. Gurdjieff dirigía estos ejercicios con extraordinaria autoridad. Desarrollaba su sistema cosmogónico con una inteligencia que escapa a toda comparación. Por fin, ejercía sobre todos aquellos que se le aproximaban indiscutibles poderes extra lúcidos e hipnóticos. Yo no creo exagerar en absoluto, al declarar que en el seno de esta "familia de espíritus", tan difundida en el siglo que evoco, se ha constituido, en torno a Gurdjieff, la más importante y la más profundamente activa "sociedad secreta" que se haya podido ver nacer en el mundo contemporáneo. Esta sociedad ha contado entre sus miembros a Orage, el célebre crítico literario inglés; a Ouspensky; a Rowland Kenny, jefe de la redacción del Daily Herald; Frank Lloyd Wright, el más famoso de los arquitectos estadounidenses; al doctor Walkey, uno de los más grandes cirujanos de Nueva York; a Sharp, el fundador de New Statesman; al físico J. C. Bennett,<sup>1</sup> discípulo de Einstein; a Margaret Anderson, editora de Joyce; a Arnold, a Keyserling; al doctor Young; a Aldous Huxley; a Arthur Koestler; a la Sra. de Chejöv; a Georgette Leblanc, primera esposa de Maeterlinck; a Katherine Mansfield, a Luc Dietrich, a René Daumal, a Louis Jouvet, a Pierre Schaeffer, a René Barjavel, etc. Sólo señalo algunos nombres, a título de vaga indicación en las primeras páginas de este libro. Se encontrarán otros

<sup>1</sup> Autor del libro *¿Para qué vivimos?* publicado por Librería Hachette S. A., Buenos Aires.

en el transcurso de la obra, mezclados directamente o no a la acción de Gurdjieff. Por otra parte, no busco de ningún modo despertar por medio de una lista de personalidades un interés de mala fe. Solamente quiero dejar entender que nos hallamos aquí muy lejos de los "grupos esotéricos", de reuniones de ocultistas, de espiritistas y de otros "espiritualistas" que abundan cada vez más, a partir de mediados del último siglo en los Estados Unidos y en Europa. No estamos entre los autodidactos iluminados, los enfermos nerviosos y damiselas inhibidas que hacen la fortuna de los "magos". Nos encontramos, creo, en el corazón de todos los dramas y de todas las aventuras —interiores a la par que exteriores— que en distintas gradaciones vive un considerable número de hombres de hoy, sensibles a los signos de orden místico que multiplica nuestro tiempo. En ese sentido, "el proceso Gurdjieff" es un proceso ejemplar.

Gurdjieff murió en noviembre de 1949. Después de su muerte, los grupos que él fundó y los instructores que designó prosiguen sus trabajos. Los "discípulos" son cada vez más numerosos, en Francia y en otros lugares. Es probable que veamos empresas-hermanas nacer y desarrollarse en el curso de los próximos años<sup>1</sup>. Tal vez Gurdjieff no hizo preparar el terreno.

Me parece, pues, necesario poner a disposición del público el mayor número posible de elementos de conocimiento y de juicio. Pero dirijo esta obra sólo a esa única familia de espíritus de que he hablado. Ha sido emprendida sólo para ellos. Es factible que algunos lectores a los que ella no está destinada, encuentren varias ocasiones de provocar pequeños escándalos y una enormidad de ocasiones para felicitarse de vivir en la ignorancia, el

<sup>1</sup> En efecto, hemos visto aparecer un taumaturgo indonesio, Pack Subuh. J. G. Bennett escribe sobre este particular: "Gurdjieff, en los últimos meses de su vida, aludió muchas veces a la llegada de alguien que completaría su propio trabajo. Hasta aconsejó a sus discípulos que se vinculasen con el archipiélago malayo". (J. G. Bennett, *Subuh*, ed. de la Colombe). Como escribe H. L. Dor en su prefacio a la edición inglesa de *M. Gurdjieff*, sería preciso consagrar también una obra a Subuh y a la sociedad que lo rodea.



olvido o el desprecio de la inquietud fundamental que caracteriza a esta familia y que ha impulsado a algunos de sus miembros hacia Gurdjieff. Importa poco, y en cuanto a los escándalos, éstos poseen doble faz: una para los lectores intrusos y otra para los invitados, y es la segunda la que realmente es provechosa para el examen. Si existiera un proceso Gurdjieff no podría ser abierto, sobre todo, no podría tener sentido en presencia de extraños.

Los documentos, testimonios y textos literarios reunidos aquí iluminan, en la medida de lo posible, los siguientes aspectos del proceso Gurdjieff:

—El hombre, su origen, su vida, aventuras, empresas y las múltiples facetas de su extraordinaria personalidad.

—Su doctrina básica, sus métodos de enseñanza, las diferentes razones de su influencia y las diversas maneras de ejercer esta influencia.

—La clientela de los “grupos” directa o indirectamente dirigidos por él; las diferentes formas de actividad de estos grupos.

—Los efectos de la influencia personal de Gurdjieff.

—Las modalidades del “trabajo” impuesto a los miembros de estos grupos.

—Los efectos de este trabajo sobre el comportamiento físico, sexual, psicológico, psíquico, intelectual y moral de los discípulos.

—La existencia de cierto estado de espíritu suscitado por esta enseñanza en la mayoría de los medios intelectuales.

—La existencia de una literatura viviente surgida de esta “sociedad secreta”.

Sin embargo, me he dedicado particularmente y más que nada a establecer el balance de los efectos de esta enseñanza sobre los discípulos con quienes me ligué particularmente. Nada me parece más útil para todos aquellos que han formado parte de los “grupos” y no saben aun claramente si han tenido razón o si se han equivocado al dejar el “trabajo”; para todos aquellos que “trabajan” en este momento; para todos los que pueden sentirse tentados de arriesgarse hoy en esta aventura; para todos los que han

*seguido vías asaz semejantes a la propuesta por Gurdjieff; por fin, para todos los que no cesan ni cesarán jamás de preguntarse si en este camino hay una respuesta posible a la Pregunta. Y nada me parece más útil que ser útil al conjunto de esta familia de espíritus.*

*Debo añadir aún algunas palabras de advertencia. Considero extremadamente seductoras la mayoría de las opiniones de Gurdjieff sobre la doble naturaleza del hombre, sobre su posible evolución, sobre su situación dentro del cosmos. No estoy seguro de poderlas expresar convenientemente por no haber superado el estadio primario de experimentación de estas miras. No he querido, por lo tanto, insistir en ello más allá de mis medios. Por otra parte, tenía dos poderosas razones para mantenerme dentro de la modestia.*

*La primera consiste en que el sabio Ouspensky, dotado de la cultura necesaria, ha destacado lo esencial de la doctrina de Gurdjieff en dos obras: Fragmentos de una enseñanza desconocida<sup>1</sup> y Psicología de la posible evolución del hombre<sup>2</sup>.*

*La segunda consiste en que me he propuesto hacer conocer no lo que podría pasar en nosotros si llegáramos a una conciencia sobrehumana, sino lo que pasa en la mente, el corazón y el cuerpo de los hombres que parten a la búsqueda de una tal conciencia, siguiendo paso a paso la enseñanza de Gurdjieff. Lo que me ha parecido útil pintar son las alegrías y los dramas de los principiantes. Yo no tenía por qué hacer una exposición completa de las miras de Gurdjieff porque muchas de ellas no se adaptan en absoluto al discípulo de primer grado. Pues bien, que yo sepa, en Occidente no existe ningún hombre dentro de la sociedad de Gurdjieff que haya pasado de este primer grado. Creo que él mismo lo afirmaba con profusión de epítetos despectivos. De modo que algunas exposiciones hechas brillantemente por Ouspensky me parecen resultado de la pura curiosidad intelectual y sin rela-*

<sup>1</sup> Ediciones Stock.

<sup>2</sup> Edición de Librería Hachette S. A., Buenos Aires.

*ción alguna con la experiencia vivida por los occidentales en el seno de esta Sociedad. La curiosidad científica es sin duda legítima, pero no es esta curiosidad la que me importa satisfacer aquí. Por fin, lo que me parece útil efectuar no es el cuadro de conocimientos supra-humanos prometidos por Gurdjieff, sino el balance de los efectos reales de su enseñanza. Este libro, pues, no presentará sino aquellos aspectos de la doctrina que tengan alguna relación con la experiencia vivida por los discípulos de "primer grado".*

*Se preguntarán ustedes si es posible ir más allá de este "primer grado"; si es posible franquear la etapa de principiante. También yo me lo pregunto. ¿Existe verdaderamente una posibilidad de llegar a ese estado de hombre verdadero, de hombre despierto, del que se habla en la sociedad de Gurdjieff, hacia el cual se dirigen todos los esfuerzos, por cuya consecución se han consumado algunos grandes sacrificios? Este es el fondo de la Pregunta. En cuanto a mí, no conozco la respuesta. Todo lo que puedo conocer son los dramas vividos por aquellos que, bajo la dirección de Gurdjieff, han intentado llegar, o más bien prepararse para el viaje. En el transcurso de esta obra diré lo que yo mismo he vivido, comprendido, sentido durante mi permanencia en la sociedad de Gurdjieff. Diré también cómo y por qué me separé de esta sociedad, pero no creo haber reunido los testimonios que se van a leer para justificar mi propia actitud. No pienso tener una necesidad profunda de una justificación de esta clase y mi fin es completamente distinto. Sin embargo, es posible que el conjunto de los textos aquí reunidos incline a un juicio del asunto Gurdjieff comparable con el mío. En este caso, deseo con todas mis fuerzas que no se contenten con este juicio y, sobre todo, que una vez cerrado el libro, no dejen de preguntarse si existe una posibilidad de llegar a la Libertad y al Conocimiento absolutos. Deben resistir el loco orgullo que responde sí y a la pereza del alma que responde no. Esta resistencia sin tregua a los dos pecados alrededor de los cuales giran las actividades humanas hacen de ellos las grandes*



*víctimas expiatorias. También hace de ellos los únicos testigos cuya palabra enseña. Al término de esta resistencia —si término hay—, al término de esta resistencia que exige toda la virilidad de un guerrero, al final de las pruebas extenuantes, quiero creer que su alma podrá asir el hilo que conduce a la respuesta. Quiero creer que su alma descubrirá en la felicidad, que para no perder este hilo y poder seguirlo hasta el fin, sólo hacen falta la ligereza de un trabajo de mujer y la frescura de un juego de niño.*

PRIMERA PARTE  
EL HOMBRE QUE NO DUERME

DOCUMENTOS, TESTIMONIOS,  
TEXTOS Y COMENTARIOS SOBRE  
UNA SOCIEDAD INICIÁTICA  
CONTEMPORÁNEA

## I

*Un viajero singular. — El jeque árabe con galera negra. — El vendedor de alfombras y el hombre que enseña la sabiduría en las tabernas de Moscú. — Una ciudad al abrigo del monte Ararat. — El viejo narrador y su hijo. — Un agente ruso en el Tibet. — Cagliostro en el siglo XX. — “Lindas sábanas”.*

Una tarde de noviembre de 1916. Desde la estación Nicolaevsky de San Petersburgo, un célebre periodista ruso iba en viaje de estudio, a través del Imperio. En vísperas de la revolución partía para “auscultar la opinión”. El coche estaba lleno de comerciantes orientales a quienes el amor a la especulación acababa de lanzar sobre todos los caminos del país. Gritaban, gesticulaban, intercambiaban en alta voz y desde un banco a otro, cifras, direcciones, nombres. Con la última campanada de la partida, un hombre se sentó frente al periodista. Cada movimiento, cada mirada de este hombre parecían impregnados de una importancia excepcional y de una extraordinaria dignidad. Se diría un soberano que retornaba a sus estados. Supo excitar de tal modo la curiosidad del periodista, que este último le dedicó, días más tarde, el primer artículo de su encuesta.

“Mi compañero de viaje, escribía, se mantenía a distancia, silencioso. Era un persa o un tártaro, tocado con un gorro de astracán, de cierto valor. Bajo el brazo llevaba una novela francesa. Bebía té, dejando enfriar cuidadosamente su vaso sobre la pequeña mesita delante de la ventana. A veces, con el mayor desprecio, dejaba caer una mirada sobre sus ruidosos vecinos. Estos lo observaban con gran atención, hasta con respeto mezclado con temor. Lo que me llamó más la atención fué el hecho de que parecía pertenecer al mismo tipo oriental del sur que el resto

de los viajeros, una bandada de buitres en vuelo para desgarrar alguna carroña. Tenía el cutis curtido, los ojos de negro azabache y un bigote semejante al de Gengis-Khan. ¿Por qué evitaba y despreciaba así su propia carne y su propia sangre? Pero tuve la suerte de hacerlo hablar:

“—Parecen muy preocupados —dijo.

“En su rostro oliváceo, imperturbable, los ojos negros llenos de cortesía completamente oriental, sonreían levemente.

“Calló un instante y prosiguió:

“—Sí, hay actualmente en Rusia una cantidad de negocios de los que un hombre inteligente podría sacar mucho dinero.

“Y luego de un nuevo silencio, explicó:

“—Después de todo, es la guerra. Cada uno quiere convertirse en millonario. . .

“En su tono tranquilo y frío me parecía sorprender una especie de jactancia fatalista y bárbara que lindaba con el cinismo; le pregunté bruscamente:

“—¿Y usted?

“—¿Qué? —replicó.

“—¿No quiere, también usted, ser millonario?

“Respondió con un gesto evasivo y algo irónico. Creí que no había oído o no me comprendió y repetí:

“—¿No se siente, usted también, ávido de provecho?

“Sonrió de un modo particularmente calmo y respondió con gravedad:

“—Nosotros sacamos provecho de todo. Nadie sabría impedirlo. Guerra o no, para nosotros es lo mismo. Aprovechamos siempre.

“Pero, ¿con qué comercia usted, pues?

“—Con la energía solar.

“Me hubiera gustado prolongar la conversación y conocer más a fondo la psicología de un hombre cuyo capital depende íntegramente del ordenamiento del sistema solar —que no parece tener que ser perturbado jamás—, y cuyos intereses parecen colocados de este modo más allá de la guerra y de la paz. . .”

El hombre extraño se llamaba Ivanovitch Gurdjieff. Dos años antes, en 1914, había regresado a Rusia, después de veinticinco años de misteriosos viajes. Se acercaba entonces a la cincuentena, pero se adivinaba en él un vigor sin edad, una calma y un valor inclinados hacia las cosas eternas. Había señalado su presencia en Moscú por algunos sueltos en los periódicos. Esos sueltos



anunciaban que un "hindú" proyectaba presentar en breve un ballet fantástico, titulado *La lucha de los Magos*, que revelaría por primera vez las técnicas de la magia oriental y resucitaría las más importantes y las más antiguas danzas sagradas de la humanidad. Más de un hombre en busca de lo maravilloso, atraído por estos anuncios, había intentado ponerse en contacto con este "hindú". El hindú, vestido con una pelliza y tocado con una galecita, sentado en la terraza de una taberna, bebía café en el que exprimía limones, respondía que se trataba de una información por lo menos prematura, y hablaba de otra cosa. Si se trataba de un simple curioso, se libraba de él rápidamente. Si uno de los numerosos "ocultistas" profesionales lo interrogaba, respondía fríamente que estaban en un error, que él no era sino un simple vendedor de alfombras, desplegaba una Bukhara, elogiaba la calidad y procuraba vender. Pero algunas veces se ponía a discutir seriamente. No se trataba entonces de ballet, ni de fakires, sino de la manera de adquirir un cierto conocimiento de sí mismo, cierta unidad y libertad interiores. Unos treinta intelectuales de Moscú y de San Petersburgo, impresionados por la importancia de lo que decía en estas circunstancias, se habían agrupado alrededor de él en pocas semanas. Pronto, sólo iban a vivir para estas conversaciones y le entregarían, por completo, la dirección de su destino.

El periodista y filósofo Ouspensky, de regreso de un viaje a la India, también en busca de lo "maravilloso", había leído los sueltos. Pero él perseguía una investigación seria, despojada del gusto por lo pintoresco y de toda exaltación estética o sentimental. Se proponía juntar "hechos", técnicas, doctrinas reducibles a la inteligencia científica. Desconfiaba de los "ocultistas" con patente, de "hindúes" y de fakires. Para no descuidar cosa alguna, pero con escepticismo, y a pedido de amigos, se decidió a encontrarse con George Ivanovitch Gurdjieff.<sup>1</sup>

"Mi primera entrevista —dijo—, modificó totalmente la idea que yo tenía de él y de lo que podía comunicarme.

"Me acuerdo muy bien. Habíamos llegado a un pequeño café situado fuera del centro de Moscú, en una calle ruidosa. Vi a un hombre ya maduro, de tipo oriental, de bigotes negros y ojos penetrantes. Al comienzo, me asombró porque no parecía estar en su lugar en semejante sitio y semejante atmósfera. Yo estaba aún

<sup>1</sup> Fragmentos de una enseñanza desconocida.

impregnado de mis impresiones del Oriente, y este hombre de rostro de rajá hindú o de sheik árabe que yo había visto bajo un albornoz blanco o un turbante dorado, producía, en este café de comerciantes y de comisionistas, con su sobretodo con cuello de terciopelo y su galera negra, la impresión inesperada, extraña y casi alarmante de un hombre disfrazado. Era una espectáculo molesto, como cuando uno se encuentra ante un hombre que no es lo que pretende ser y con el cual, sin embargo, uno debe hablar y comportarse como si no se percatara de nada.

“Gurdjieff hablaba un ruso incorrecto, con fuerte acento caucásico y ese tono al que nosotros acostumbramos asociar todo menos ideas filosóficas, reforzaba aún más lo insólito y el carácter sorprendente de esta impresión.

“No recuerdo el comienzo de nuestra conversación; creo que hemos hablado de la India, del esoterismo y de las escuelas de la yoga. Me di cuenta de que Gurdjieff había viajado mucho, que había penetrado en ciertos lugares, de los que sólo oí hablar y que había deseado conocer vivamente. No solamente mis preguntas no lo incomodaban, sino me pareció que entregaba en sus respuestas mucho más de cuanto yo había pedido. Me gustaba su manera de hablar, a la vez prudente y precisa... Me contó lo que hacía en Moscú... De lo que relataba infería que su trabajo era, sobre todo, de carácter psicológico...”

¿Qué decía el sheik árabe de sobretodo negro y galerita cuando no representaba el papel de vendedor de tapices, fakir o rey del petróleo de Bakú? Hablaba con un acento que para nosotros puede compararse con el de los auverneses de comedia, acento que él intensificaba, de cosas aparentemente muy simples. Pero el ángulo desde el cual examinaba esas cosas aparecía muy pronto como completamente nuevo. Ouspensky ha reproducido minuciosamente sus dichos y sería inútil citarlos de nuevo. No obstante ello, algunas frases, reproducidas por el autor de los *Fragmentos de una enseñanza desconocida* son las mismas que han escuchado todos aquellos que se acercaron a Gurdjieff ya en 1914 en Moscú, ya en 1919 en Tiflis, en 1923 en Fontainebleau, más tarde en Londres, en Berlín, en Nueva York o en el transcurso de los años 1930-1949 en el departamento de París, calle Colonel Renard, o en la terraza del Café de la Paix, en la plaza de la Ópera.

“Antes de hablar de psicología, tenemos que comprender claramente de qué se ocupa esta ciencia y de qué no se ocupa. El objeto de la psicología lo constituyen los hombres. ¿De qué psi-

cología podría hablarse cuando sólo se trata de máquinas? Para el estudio de las máquinas hace falta la mecánica y no la psicología, de ahí que nosotros comenzamos por el estudio de la mecánica. El camino que lleva a la psicología es aún largo...”

Decía también:

“Un hombre puede dejar de ser sólo una máquina. Pero le hace falta antes conocerse como máquina, saber que no es más que esto, nada más, una máquina irresponsable. Conócete a ti mismo, primero. Un hombre es responsable. Una máquina no lo es. Ustedes no son todavía seres *responsables*.”

O si no:

“La suprema ilusión del hombre es su convicción de que él puede *hacer*. Todos piensan que pueden hacer, todos quieren hacer y su primera pregunta (cuando se dirigen a mí, o cuando están decididos a dirigirse a cualquiera para emprender una acción sobre ellos mismos) concierne siempre a lo que tendrán que hacer. Pero, a decir verdad, nadie hace nada y nadie puede hacer nada. Es lo primero que hay que comprender. *Todo sucede*. Todo lo que adviene en la vida de un hombre, todo lo que se hace a través de él, todo lo que viene de él, *todo ello sucede*. Y sucede exactamente como cae la lluvia porque la temperatura se ha modificado en las regiones superiores de la atmósfera. Sucede como la nieve que se funde bajo los rayos del sol, como el polvo se levanta al impulso del viento. El hombre es una máquina. Todo lo que él hace, todas sus acciones, todas sus palabras, sus pensamientos, sentimientos, convicciones, opiniones, hábitos, son el resultado de influencias exteriores, de impresiones exteriores. Por sí mismo, el hombre no puede producir un solo pensamiento, una sola acción... Todo lo que dice, hace, piensa, siente, todo eso le sucede...

“Para *hacer*, hay que *ser*... Y, ante todo, hay que comprender lo que significa *ser*...”

“Después —decía aún Gurdjieff—, a menudo, se debe aprender a decir la verdad. ¿También esto le parece extraño? Usted no se da cuenta de que hay que aprender a decir la verdad. Se le ocurre que bastaría con desear o decidir decirlo. Y yo le digo que es relativamente raro que la gente mienta deliberadamente. En la mayoría de los casos, piensan decir la verdad. Y, sin embargo, mienten todo el tiempo, a la vez, cuando quieren mentir y cuando quieren decir la verdad. Mienten continuamente a ellos mismos y a los demás. Así, nadie comprende a los otros, ni se

comprende a sí mismo... Decir la verdad es la cosa más difícil del mundo. Será preciso estudiar mucho y durante largo tiempo para poder decir la verdad un día. El deseo solo no alcanza. *Para decir la verdad, es necesario llegar a ser capaz de conocer lo que es la verdad y lo que es una mentira, y, ante todo, dentro de sí mismo...*"

Pues bien, mientras este hombre singular discurría de este modo, aparecía evidente que sus palabras "más allá de su sentido aparente, contenían siempre otro, completamente diferente". Para descifrar ese sentido oculto, había que comenzar por aprehender el sentido usual y simple. Si las palabras de Gurdjieff, tomadas en la forma más simple del mundo, estaban siempre llenas de sentido, tenían, también, otros significados y cualquiera adivinaba, como Ouspensky "que el significado más amplio y el más profundo permanecería velado por mucho tiempo". Sin duda, hasta tanto ese hombre de mirada penetrante, de sonrisa irónica no indicara un camino a seguir, no impulsara a los que lo deseaban realmente hacia un derrotero y hacia los trabajos cuya dirección y todos los detalles conocía, con seguridad.

Así se había formado un grupo, ya importante, alrededor de Gurdjieff. Bien pronto, Ouspensky, como otros intelectuales rusos, iba a vivir junto a él la aventura determinante de su vida. Más tarde, centenares de escritores, psicólogos, periodistas, filósofos, sabios, actores, músicos, pintores, franceses, ingleses, americanos, austríacos, luego millares de hombres y mujeres que forman la llamada habitualmente "elite" europea y americana, sufrirían la influencia del singular viajero que una tarde de noviembre de 1916, mientras el vagón de los especuladores dejaba la estación de San Petersburgo, declaraba tranquilamente a un desconocido, entre dos sorbos de té tibio: "Yo comercio con la energía solar".

Por el momento, el viajero se dirigía al Cáucaso, a su ciudad natal: Alexandropol. Apenas esbozado su trabajo de reclutamiento, y mientras las crecientes miserias de la guerra y los trastornos sociales amenazaban hacer imposible la circulación a través de Europa, Gurdjieff hurtaba el cuerpo a sus discípulos. Si su deseo de "trabajar" con él era real, si estaban realmente llamados a "progresar", lograrían un día u otro reunirse con él, a despecho de las dificultades de toda naturaleza.

Alexandropol, en esa época, no era una ciudad, sino un conglo-

merado de aldeas y de civilizaciones diversas. Los armenios habían construido un barrio que evocaba Egipto con sus casas de techos chatos y llenos de plantas. Sobre la colina, más allá del cementerio de cúpulas multicolores, se podía ver las cumbres nevadas del monte Ararat, sobre el que vino a caer el arca de Noé. El centro de la ciudad era ruso, con el típico mercado oriental: tiendas abiertas a todos los vientos, caldereros acucillados sobre tapices, adivinos y titiriteros. En el barrio griego se encontraba la casa de los padres de Gurdjieff y, sobre los barrancos, se extendía el salvaje arrabal tártaro. Muchos mundos: los soñadores, los jugadores, los especuladores, los mercaderes, los soldados y, por encima de las tiendas y de los techos, el monte, donde la vida, para los Justos, volvió a florecer después de las cóleras del Diluvio.

Gurdjieff tenía entonces cuarenta años. Sus padres eran griegos del Asia menor. El padre parecía poseer una profunda cultura: conocía innumerables leyendas y recitaba millares de versos en toda clase de idiomas. Cuando tres discípulos, entre ellos Ouspensky, lograron encontrar a Gurdjieff, en 1917, descubrieron en él a un hijo muy tierno, muy atento. "Sus relaciones con el padre —dice Ouspensky— estaban impregnadas de extraordinaria consideración. Éste era un hombre viejo, pero robusto, de mediana estatura, con la pipa siempre entre los dientes, tocado con un gorro de astracán. Resultaba difícil creer que tuviera ya más de ochenta años. Apenas hablaba ruso. Tenía la costumbre de pasar horas enteras con el hijo y me gustaba ver cómo éste lo escuchaba, riendo un poco a veces, pero sin perder jamás el hilo de la conversación, que nutría constantemente con preguntas y comentarios. El anciano gozaba visiblemente al discutir con el hijo. Gurdjieff le consagraba su tiempo libre y nunca demostraba la menor impaciencia; al contrario, manifestaba constantemente gran interés por lo que decía el padre..."

"Al lado de éste —dice también Ouspensky— sus primeros años habían transcurrido en una atmósfera de cuentos de hadas, de leyendas y de tradiciones. Alrededor de él, lo *milagroso* había sido un hecho real. Las predicciones que había escuchado, y a las cuales su círculo prestaba una fe completa, se habían realizado y parecen haberle abierto los ojos a muchas cosas. El concierto de todas estas influencias había creado en él, desde la más tierna infancia, la predisposición hacia lo maravilloso, lo incomprendible y lo mágico."



Había hecho estudios de medicina y siguió cursos preparatorios para el sacerdocio. Sin duda, hasta lo había ejercido un año o dos, antes de abandonar el Cáucaso para emprender sus viajes. En el transcurso de esos viajes, efectuados por razones de orden místico, "con seguridad se había hallado en contacto con miles de fenómenos que habían evocado para él la existencia de un cierto conocimiento, de ciertos poderes, de ciertas posibilidades del hombre, y había conocido personalmente a seres que poseían ese don de clarividencia y otros poderes mágicos". A veces dejaba entender que, durante esos veinte o veinticinco años de vagabundeo, había encontrado a algunos hombres *notables*, y acentuaba la palabra *notables*. En ciertas ocasiones declaraba también que había formado parte de un grupo de hombres, sacerdotes, sabios, médicos, eruditos, que se habían propuesto la tarea de recorrer el mundo en búsqueda del Conocimiento, oculto en monasterios casi inabordables, conservado en escuelas muy secretas, inscrito en cantos, danzas o monumentos que el mundo moderno ignora, de un Conocimiento cuya clave no podría ser entregada sin numerosas pruebas de iniciación. Cuando se le preguntaba qué había sucedido con los otros componentes de ese grupo, decía que habían quedado en diferentes lugares del Oriente y que, por su parte, él había recibido la misión de terminar su vida en el Occidente a fin de enseñar lo que podía ser enseñado.<sup>1</sup> Ouspensky mismo lo dice por haberlo escuchado de los labios de Gurdjieff. "Después de grandes dificultades pudo, por fin, descubrir las fuentes de ese Conocimiento, en compañía de varios camaradas, que también partieron en busca de lo milagroso. Hablaba muy poco y en una forma muy evasiva de las escuelas y los lugares en los que encontró el Conocimiento, que poseía, indudablemente. Mencionaba monasterios tibetanos, el Chitral, el Monte Athos, las escuelas de Persia, Bukhara y del Turquestán oriental; citaba, también, a derviches de diferentes órdenes que había conocido, pero sin ninguna precisión.

De este modo, había regresado a Rusia alrededor de 1914, a los cuarenta y seis años, poseedor de conocimientos y de poderes que nuestra civilización ignora. ¿Habíanle encargado, en alguna alta esfera, una misión precisa en occidente? En todo caso, poseía el don de presentar en lenguaje accesible a los intelectuales mo-

<sup>1</sup> Se verá, a continuación, que por lo menos uno de sus compañeros volvió a Europa. Un compañero que adquirió más tarde una celebridad trágica.

ernos algunos de los datos fundamentales del pensamiento tradicional. En Moscú y San Petersburgo, comenzó a experimentar con éxito, sobre algunos hombres no desprovistos de valor, un sistema filosófico y una gimnasia de cuerpo y de espíritu en los que se hallaban entremezclados con una precisión que confunde, y como de acuerdo con una engeguedora necesidad, los productos más antiguos del saber humano y los métodos del espíritu occidental moderno. Lo que él decía, en cualquier ocasión y a propósito de cualquier tema, revestía una importancia excepcional. Esto impresionaba no sólo la inteligencia, sino, para emplear una expresión de su agrado, "a toda la masa". En cuanto al hombre en sí, resultaba evidente en pocos segundos, y para cualquiera, siempre que quisiera revelar su verdadero rostro (pues parecía poder "ocultarse" si se lo proponía, en mirada, semblante, cuerpo, gestos), que poseía poderes de una naturaleza particular, que era portador de una energía fuera de toda comparación humana y que gozaba de unidad y de libertad interiores casi absolutas.

Hoy tenemos sobre sus viajes algunos datos precisos que Ouspensky no poseía, o sobre los cuales juzgaba deseable no dejar constancia. Yo no podría publicar algunas informaciones que prometí mantener secretas. Sin embargo, estoy en condiciones de decir que si se siguen las huellas de Gurdjieff entre 1890 y 1914, ayudándose de documentos irrefutables, se percata uno de que su vagabundeo lo conduce hacia todas las regiones donde, en la opinión de los especialistas de la Tradición, un viajero místico tendría la posibilidad de encontrar las más antiguas escuelas de sabiduría y de ser acogido, siempre que la "suerte" le fuera favorable y se hiciera acreedor a ello por sus aptitudes singulares. Creo, por otra parte, poder confirmar lo que adelanta Rom Landau, en un testimonio que se leerá a continuación. Durante unos diez años, Gurdjieff fué el principal agente ruso de informaciones en el Tibet. (Por otra parte, Kipling no lo ignoraba.) Las autoridades tibetanas le encargaron diversos puestos de vigilancia financiera y el armamento de las tropas. Pero él representó este papel político porque se lo consideraba como una potencia espiritual en un país donde no se paga con palabras, cuando se trata del alto clero. Fué preceptor del Dalai-Lama, en cuya compañía huyó cuando los ingleses invadieron el Tibet. Esto explica las dificultades a las que se vió abocado más tarde en Londres, a pesar de las gestiones de sus amigos ante Lloyd George. Agreguemos que, por ciertos servicios rendidos a Francia durante la

guerra, en India y Asia Menor se benefició con la benevolencia de Poincaré, quien, personalmente, autorizó su residencia en ese país. Es muy probable que Gurdjieff acordara poco interés a ese juego político, al que se prestaba, sin duda, no sin algo de risa interior, exactamente como cuando vendía alfombras en el mercado de San Petersburgo o, más tarde, trataba "asuntos" en el Café de la Paix, en París. Su *acción* se encontraba en otra parte.

Así, al final de 1916, vino para escuchar a su viejo padre conversador, en la casa de Alexandropol, al pie del monte Ararat. En el mes de junio del año siguiente, y para algunos discípulos que se decidieron a reunirse con él, a despecho de la guerra civil, Gurdjieff alquiló una villa en Essentuki. Sin duda, fué allí, y luego en una vieja morada cubierta de rosas en las orillas del mar Negro, donde hizo entrega de la mejor parte de su enseñanza, en el transcurso de largas conversaciones con una docena de hombres y de mujeres, que la revolución dispersaría muy pronto. Acerca de ello no podremos nunca decir más de lo que dice Ouspensky, pero todo lleva a creer que Gurdjieff se confía a toda prisa, antes de penetrar en la Europa moderna bajo apariencias un tanto diferentes. Cuando la tormenta bolchevique arriba al sur, rompe con su grupo y desaparece.

Se lo vuelve a encontrar en Tiflis. Acaba de fundar, en una vieja "boutique", un "Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre", con carteles y distribución de prospectos. Se trata de llevar a cabo, sin preocuparse de las primeras formas caricaturales, las técnicas de la enseñanza *subversiva*, que desea aplicar en la Europa del "siglo de las luces". Después de otros ensayos en Constantinopla, Berlín y Londres, se instala, por fin, en Francia, en el castillo de Avón, cerca de Fontainebleau, en 1922. Va a dar una forma definitiva al "Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre".

A partir de ese momento, Ouspensky no lo nombra más y es ese Gurdjieff de los años 1922-1949 el que nos va a ocupar en el transcurso del presente libro. También conviene hacer notar que es el Gurdjieff de esos años el que turbó tan profundamente a un considerable número de intelectuales y de artistas.

En 1924, mientras innumerables curiosos se inquietan por saber lo que pasa en el castillo de Avon, donde acaba de morir Katherine Mansfield, Gurdjieff, parte a América, donde organiza

una filial del Instituto. Además, presenta en Nueva York, en sesiones públicas, los "movimientos", es decir los ejercicios muy cercanos a los que practican los derviches y que constituyen una parte importante de su enseñanza.

A su regreso, sufre un terrible accidente, al volante de uno de esos grandes coches, con lo que le gusta "jugar". Los médicos opinan que va a morir. Se cura rápidamente de varias fracturas craneanas, pero considera que debe abandonar el trabajo de dirección del Instituto y cierra el castillo de Avon. Hasta 1930, escribe innumerables páginas y recibe en su departamento, próximo a L'Etoile. De mañana, se puede ver en el Café de la Paix a un señor de grandes bigotes blancos, tocado con un gorro de piel, que toma café y come pequeños quesitos que saca de sus bolsillos, y que goza de la consideración de los camareros, a quienes distribuye propinas principescas.

A partir de 1930, imparte sus enseñanzas a muy numerosos y reducidos grupos en Francia y Estados Unidos. A continuación nos explicaremos más detalladamente acerca de las formas y la importancia de esta enseñanza.

Evocaremos las reuniones, ya en su casa, ya en la de los adjuntos que había formado, las extraordinarias cenas que presidía, las sesiones de "movimientos" y las sesiones de "lecturas" de sus manuscritos.

"¿Cómo describir en pocas palabras a ese hombre extraño?", se preguntaba Gorham Munson<sup>1</sup> en un artículo publicado en 1950 en la revista americana *Tomorrow*. ¿Un Cagliostro del siglo XX? Pero los testimonios sobre Cagliostro son contradictorios y las historias que ustedes oirán acerca de Gurdjieff lo son aún más. Personalmente, puedo dar el testimonio de su asombrosa capacidad de trabajo. No dormía más de tres o cuatro horas por noche y, sin embargo, parecía que siempre dispusiera de suficiente energía para dedicarse durante el día a múltiples actividades. Aquellos que debían imitarlo, a menudo se hallaban a punto de sucumbir de fatiga, mientras él, después de veinte horas de trabajo no mostraba ninguna señal de agotamiento y reaparecía fresco y dispuesto tras un corto sueño. El invierno pasado, en el hotel Wellington, subía a acostarse hacia las tres o cuatro de la ma-

<sup>1</sup> Gorham Munson es profesor en la *New School of Social Research*, en Nueva York.

ñana, y a partir de las siete, los ascensoristas lo veían volver.<sup>1</sup> Se dirigía entonces a su "despacho", un restaurante de la Quinta Avenida, donde recibía visitantes durante toda la mañana.

"Me he preguntado algunas veces lo que nuestra civilización de especialistas haría con algunos hombres del Renacimiento, si se encontraran entre nosotros, hombres como Roger Bacon, un precursor, o Francis Bacon, o Paracelso. Pienso que los encontraríamos desconcertantes y que sus múltiples aspectos nos intrigarían. Los historiadores y los biógrafos nunca pudieron comprender su escandalosa falta de ortodoxia. Gurdjieff era un enigma para mí. Yo lo veía más como una de esas extrañas figuras del Renacimiento, que como a un gran jefe religioso. Nunca ha pretendido que sus ideas eran originales; al contrario, afirmaba que provenían de una ciencia muy antigua, transmitida por escuelas esotéricas. Su humor era rabelesiano; los papeles que representaba, los de un dramaturgo; la sacudida, el choque que producía en los que venían hacia él, trastornaban. Los sentimentales esperaban encontrar en él la pálida figura de Cristo fabricado por la literatura; se marcharon, jurando que no era sino un traficante de magia negra. Entre los burlones que se le acercaron hay quien se pregunta aún si no sabía sobre la relatividad más que Einstein.

"Orage<sup>2</sup> lo llamaba 'el griego pitagórico'. Esto subraya suficientemente lo extraño de Gurdjieff en el seno de nuestra civilización, que no podría compararse con la gran época del griego del siglo VI o del IV antes de nuestra era.

"¿Cómo explicar el interés de gente de cultura occidental por las ideas orientales de Gurdjieff y de sus discípulos Orage y Ouspensky? Existe una explicación fácil. Sirve para todos aquellos que buscan un alivio para sus desdichas personales en el psicoanálisis, los cultos seudorreligiosos y en la vida gregaria (comunismo o fascismo). Existe un interés de orden terapéutico que atrajo a mucha gente a las reuniones de Gurdjieff. Dejemos esto de lado para preguntarnos lo que pudo hacer nacer el interés por las ideas orientales en pensadores hastiados como Aldous Huxley, tan típico en este sentido. La respuesta es que la cultura occidental atraviesa una crisis. Nuestra época ha conocido dos guerras mundiales y un hundimiento económico. Todo hombre

<sup>1</sup> Tenía, entonces, ochenta y tres años.

<sup>2</sup> Uno de los principales asistentes de Gurdjieff. Filósofo, escritor, erudito, antes de la guerra dirigía, en Londres, una importante revista literaria: *The New Age*. Es autor de varios libros de filosofía, economía y crítica.

reflexivo se ha sentido necesariamente decepcionado en las esperanzas que cifraba en el "progreso". La Primera Guerra Mundial no ha creado "un mundo maduro para la democracia". La prosperidad desde los años 1920 ha conducido a una escasez económica. La Segunda Guerra Mundial se convirtió en guerra fría. El sueño socialista ha zozobrado en la pesadilla totalitaria. La idea del progreso ha cedido lugar al sentimiento trágico de que el hombre occidental ha llegado a un punto muerto. Todos los esfuerzos efectuados con miras al bien, han dado incremento al mal. Gurdjieff, y detrás de él Orage y Ouspensky, al mismo tiempo que confirmaban la desesperación general y destruían la poca fe que conservábamos en los recursos de nuestra cultura, han dado a los occidentales una nueva esperanza.

"Se dice que Aldous Huxley, ese moderno entre los modernos, asistió a algunas de las conferencias de Ouspensky; luego, finalmente, se volvió hacia Gerard Heard, que se inspira pesadamente en la filosofía oriental.<sup>1</sup> En Huxley se encuentra el síntoma de esta tendencia que tiene el espíritu moderno a inclinarse, en medio de nuestra crisis, hacia las ideas y enseñanzas que permanecen fuera del cauce de la cultura occidental. Orage, Ouspensky y su maestro Gurdjieff han trazado de esta crisis un cuadro tan negro como cualquier escuela pesimista occidental, pero, al mismo tiempo, tan luminosa como el de los albores del cristianismo. En este equilibrio contrastado de sombras y luces hay que buscar la principal razón de la atracción que esos hombres ejercen sobre el hombre moderno."

Al finalizar los ochenta y tres años, en octubre de 1949, George Ivanovitch Gurdjieff murió muy rápidamente en el hospital norteamericano de Neuilly, a donde lo habían transportado porque estaba decidido a no vivir más.

<sup>1</sup> Me parece que Gorham Munson no está al tanto de la evolución espiritual de Huxley, que lleva al escritor más cerca del cristianismo que de la metafísica oriental. Sea lo que fuere, cuando hace años me encontré con Huxley en casa del dramaturgo George Neveux, sostuvimos una larga conversación sobre Gurdjieff y me pareció que estaba perfectamente informado. Hasta se sentía que la tentación había sido grande, y he encontrado a su sobrina en los "grupos". Huxley acaba de dirigirme la siguiente carta: "Estimado Louis Pauwels: es lástima, pero no tengo nada que agregar a lo que usted ya sabe, pues nunca me encontré con Gurdjieff y sus escritos me han asustado siempre por su tamaño y su estilo ininteligible. *Era, así supongo, una obra clásica de mago.*" Viniendo de Huxley, la definición es importante.



No había dicho todo. No tuvo tiempo, o, más bien, no había podido encontrar entre los millares de hombres que vinieron hacia él a aquel que hubiera sido capaz de arrebatarse los verdaderos secretos. Sus grupos eran muy activos y muy numerosos, pero el "trabajo" que se efectuaba en ellos parecía dejarlo indiferente desde mucho tiempo atrás. Hubo más de un malentendido, más de una desviación: él alzaba los hombros y hasta parecía divertirse bastante. En torno a él hubo más de un drama, muertes, muchos sufrimientos morales, espirituales y físicos, enfermedades del espíritu, grandes crisis de orgullo en unos, de desesperación en otros, destrucciones, monstruosidades, ingenuidades extremas, muchos idiotas simples, cuadrados y cúbicos, como él decía, levantando su vaso de vodka en honor de tal o cual categoría. También hubo grandes chispazos de genio, apariencias de santidad, poderosas invasiones del mal, en unos y otros. Hubo, también, escándalos. Hubo de todo. Él agitaba toda esta *merdería* mascullando insultos. A veces, también, distribuía bombones; por si acaso, tenía siempre los bolsillos llenos...

Desde su lecho, sin moverse, miró por un instante a los íntimos, aquellos que iban a continuar después de él y a esparcir la enseñanza en Francia, en América, en otras partes. Probablemente, tendrían cada vez más "discípulos" y cada vez más medios materiales. En cuanto al dinero, bien, gracias, aquello siempre había marchado perfectamente e iba de mejor en mejor. En cuanto a la curiosidad pública, también.

Los miró tranquilamente.

—Los dejo entre *lindas sábanas* —dijo.<sup>1</sup>

Luego, se hundió más en las suyas y volvió los ojos hacia el interior.

<sup>1</sup> *Dans de beaux draps*, expresión que equivale a decir: "Los dejo en un buen lío". (N. del T.)

## II

*El relato de Rom Landau. — La dama y el violador fantástico. — En la habitación de Gurdjieff. — El examen clarividente. — Un libro. — Un libro más. — Preguntas que no obtienen respuesta. — El dios Siva. — El "Intelligence Service" no aclara nada. — Extraño post-scriptum. — Ocultismo y nazismo.*

Rom Landau ha publicado en Inglaterra un libro que obtuvo cierto éxito. Relataba sus entrevistas con algunos de los hombres considerados como maestros espirituales: Keyserling, Bö Yin-Ra, Stefan George, Rudolf Steiner, Krishnamurti, Georges Jeffreys, Franck Buchman, Ouspensky y Gurdjieff.

Me gustan las palabras con las que termina el muy modesto prefacio de ese libro que testimonia una vida íntegramente consagrada a la búsqueda de palabras capaces de dar un sentido a nuestro mundo, en el que nos sentimos todos perdidos:

"El significado de mi aventura es una búsqueda de Dios. Que el lector decida *si semejante búsqueda puede ser un sacrilegio.*"

El libro de Rom Landau, traducido al francés por Mme. Thérèse Aubray, fué publicado en ediciones de *l'Arche*, bajo el título: *Dios es mi aventura*. Me parece útil reproducir aquí una parte del relato consagrado a George Gurdjieff, a quien se podrá ver en Nueva York, alrededor de 1930, bajo una luz que me parece de una extrema precisión.

EL RELATO DE ROM LANDAU  
O EL APÓLOGO DEL CIGARRILLO  
PARA LOS NO-FUMADORES.

Desde hacía tiempo, tenía yo un gran deseo de encontrarme con Gurdjieff y, al hallarme en Nueva York, se concertó una entrevista. Había solicitado a Orage unas líneas de presentación, pero justo en ese momento, los dos hombres apenas se hablaban y Orage consideró que unas palabras suyas sólo conseguirían cerrarme las puertas de Gurdjieff. Por fin, obtuve una carta de introducción para un viejo amigo de Gurdjieff quien, muy feliz de concertar una entrevista, me pidió que le telefonara tres días más tarde. Cuando en la mañana indicada lo llamé, me aconsejó conseguir una cita con la secretaria de Gurdjieff. Pregunté si debía mencionar su nombre.

—Oh, no —se me respondió—, esto no sería una recomendación, pero usted podría decir que el Sr. L. le aconsejó proceder así.

—Pero, yo no conozco al Sr. L. —repliqué.

—Entonces, diga simplemente que usted supo que el Sr. L. debía hablar de usted a Gurdjieff y concertar una entrevista con él.

Llamé a la secretaria. Ella no sabía nada acerca de una conversación entre el Sr. L. y Gurdjieff, pero, si yo escribía una carta explicativa, con detalles sobre mí mismo, la transmitiría a Gurdjieff. Escribí la carta pedida y dos días más tarde la secretaria me telefonó: el Sr. Gurdjieff me recibiría a las dos y media de la tarde, en su hotel, habitaciones 217 y 218.

Antes de la entrevista, yo había almorzado con un hombre de letras, muy distinguido, americano, quien, según me habían dicho, conocía a Gurdjieff desde años atrás. Le pregunté qué pensaba de él.

—En realidad, no hablé nunca con él —dijo—, pero he asistido a menudo a sus conferencias y debo confesar que para mí es un enigma.

—¿Cree usted exacto el que se sirva a veces de extraños poderes para fines no espirituales?

—Sería injusto afirmarlo. Todas las cosas no ortodoxas de las que se habla pueden formar parte integrante de un sistema espiritual de muy profundo alcance. No olvide que también Mme. Blavatsky intentó a menudo obtener de sus discípulos auténticas reacciones, insultándolos o escandalizándolos. Es posible que Gurdjieff obre del mismo modo. Hubo un tiempo en que Orage y Ouspensky han querido que yo participara en el movimiento. He rehusado constantemente y debo confesar que me felicito de no tener nada que ver con ellos.

—¿Es cierto que Gurdjieff ha cambiado radicalmente después de su accidente automovilístico?

—En efecto, parece haber cambiado. Permaneció moribundo durante mucho tiempo y es posible que una experiencia tan dolorosa lo haya transformado. Como usted lo sabe tal vez, acaba de aparecer su primer libro, que me ha sorprendido, pues muestra a un Gurdjieff nuevo, más altruista, menos materialista.

—¿Dónde se puede conseguir ese libro?

—Me temo que en ninguna parte. Es una edición privada y Gurdjieff sólo lo envía a aquellos a quienes juzga dignos de ser instruidos por él. Me ha enviado un ejemplar, pero el estilo es tan atroz, que me costó un esfuerzo ímprobo leerlo hasta el final.

—¿Lo ha visto usted últimamente?

—Sí, en una recepción, la primavera pasada. Le voy a contar un incidente muy curioso que ocurrió ese día. Una de mis amigas, novelista conocida, se hallaba sentada a mi mesa. Le señalé a Gurdjieff, sentado a una mesa vecina, y le pregunté si lo conocía. “No, ¿quién es?”, me respondió, mirándolo. Gurdjieff le clavó la mirada y, en seguida, lo vimos inhalar y exhalar la respiración de una manera especial. Estoy demasiado acostumbrado a esta clase de patrañas para no haber comprendido que Gurdjieff estaba empleando un método oriental. Instantes más tarde, noté que mi amiga palidecía y parecía a punto de perder el conocimiento. Es extremadamente dueña de sí misma y su actitud me sorprendió. Al cabo de un momento se repuso y le pregunté qué había experimentado. “Este hombre es fantástico —murmuró ella—. Ha sucedido algo espantoso” —dijo; pero, en seguida, se rió con su hermosa risa de siempre. “Debería sentir vergüenza, pero, bah, le diré lo que ha pasado. Miré a su “amigo” hace un momento y él sorprendió mi mirada. A su vez me contempló de tal modo que, al cabo de un instante me sentí alcanzada en el centro mismo de mi sexo. ¡Fué algo innoble!”

Mi amigo se detuvo un momento, luego agregó, sonriendo:

—Preste atención. El hombre que usted irá a ver, posee, seguramente, poderes extraños. Por algo los ha aprendido en el Tibet.

—¡He oído hablar de eso tan a menudo! —repliqué—. Pero, desconfío de esas historias tibetanas. Todos estos Mesías, desde Mme. Blavatsky, se jactan de los conocimientos aprendidos en el Tibet. ¿Sabe usted tan sólo si Gurdjieff estuvo allí realmente?

—Hasta resulta que poseo pruebas precisas. Hace unos años, se organizó en Nueva York una recepción en honor de Gurdjieff,

sí, recuerdo bien. Se hallaban presentes muchos hombres distinguidos, entre ellos, un escritor, Achmed Abdullah, quien me dijo que no conocía a Gurdjieff y que se alegraba mucho de encontrarlo. Cuando entró Gurdjieff, Achmed Abdullah se volvió hacia mí y me dijo: "Yo he encontrado ya a este hombre. ¿Sabe usted quién es realmente? Antes de la guerra, estaba en Lhasa como agente del servicio secreto ruso. Entonces yo también me encontraba en Lhasa y, en cierto modo, hemos trabajado el uno contra el otro." Ya ve usted que Gurdjieff llegó al corazón mismo de toda enseñanza esotérica. Algunas personas pretenden que sólo estaba en Lhasa como agente ruso para ocultar el verdadero fin de su permanencia, que era el de aprender los métodos sobrenaturales de los lamas. Otros sostienen que sus pretendidos estudios esotéricos no eran sino el pretexto tras el cual se escondían actividades políticas. ¿Cómo conocer la verdad?

Gurdjieff vivía en uno de los hoteles más modernos de la calle 57. Cuando el empleado de la portería telefoneó para anunciar mi visita, me dijeron que "subiera directamente" al número 217. Llamé a la puerta y entré en una pieza bastante oscura. Un joven alto, que fumaba un cigarrillo, estaba en la puerta para recibirme. "¿Cómo está usted? —me dijo—. Él va a venir dentro de un instante. Siéntese, se lo ruego." Parecía discreto y bien educado, pero nunca vi una mirada más horrorizada. Es evidente que era fácil dejar libre curso a la imaginación, descubrir signos que tal vez no existían. Pero yo había venido muy decidido a no dramatizar, a observar atentamente y a recoger la mayor cantidad posible de datos. La historia de Gurdjieff ya era bastante dramática de por sí. En cuanto al joven, su expresión no dejaba lugar a dudas. Estaba muy pálido, tenía los ojos afiebrados y brillantes y daba la impresión de alguien que hubiera visto un fantasma. Fumaba con nerviosidad y su mirada no se apartaba de la habitación contigua. No había puerta entre las dos piezas y yo distinguía, en el fondo, una cama y algunos equipajes. El salón en el que nos hallábamos estaba bastante pobremente amueblado, en comparación con los hoteles del barrio. Varias valijas, en estado lastimoso, estaban tiradas por el suelo, delante de la chimenea. Oí que se abría la puerta que daba al corredor y casi en seguida Gurdjieff se nos reunió. "¿Cómo está usted?", dijo en un inglés muy malo y con fuerte acento oriental. Me impresionó, sobre todo, la forma de pronunciar las "h". No eran las suaves "h" inglesas, sino más bien el "ch" gutural y pesado de algunas palabras ale-

manas, o el "chr" de los idiomas orientales. Gurdjieff llevaba un chaleco desabotonado a medias, estaba sin chaqueta, con pantalones oscuros y pantuflas. Bajo el chaleco se veían los tirantes.

—Disculpe este atavío —dijo—, acabo de almorzar. —Tendió su índice hacia mí y dijo al joven—: Inglés muy preciso. —Evidentemente quería decir: puntual—. Él, verdaderamente inglés —continuó, sin permitirme contradecirle— no como ustedes, todos semiturcos, semiturcos. —Se volvió hacia mí—: Americanos, no ingleses. Para mí, son solamente medio ingleses y medio, medio... —buscaba la palabra medio turcos. Se puso a reír y prosiguió en seguida—: Usted, excuse mi inglés. Él, muy malo. Yo hablar un inglés a mí, sabe usted. No moderno, sino pre-shakesperiano. Muy malo, pero mis amigos comprenderlo. Y yo comprendo muy bien el inglés moderno, entonces, usted puede hablar. Este hombre —indicaba a su discípulo— le traducirá mi inglés pre-shakesperiano. Él sabe.

—¡Oh! Es sumamente claro para mí, señor Gurdjieff, comprendo todo lo que usted dice.

—Entonces, tome un cigarrillo.

—Gracias, lo siento, pero no fumo.

—¡Oh! ¡no fumar los americanos! No, le doy magníficos cigarrillos, verdaderos cigarrillos. Turcos y rusos. Diga ¿cuáles?

Me aproximó una gran caja de cigarrillos rusos.

—Gracias —repetí—, pero, realmente yo no fumo.

—Vamos, vamos, son buenos, prima, prima. Si no fuma esto, le doy... ¿cómo llamar a los cigarrillos no fumadores? ¿Cómo llamarlos?

Se volvió hacia el joven que explicó:

—El señor Gurdjieff tiene cigarrillos para los no fumadores. ¿Desea usted?

Yo empezaba a sentirme un poco incómodo, pero quise tomar las cosas en broma y dije amablemente:

—Muchísimas gracias, pero me sentiré mareado con la primera bocanada. No he fumado jamás.

Lo afirmé sin la menor vergüenza.

Me senté en un pequeño diván cerca de Gurdjieff, confortablemente reclinado en un gran sillón. El joven no abandonó su silla, delante de la chimenea. Continuaba lanzando inquietas ojeadas a Gurdjieff y parecía imposible imaginarlo riendo o sonriendo. Se diría que su rostro sólo podía expresar terror (¿o sería más bien una forma histérica de la espera?) Gurdjieff tenía una cara noto-



riamente levantina. La piel era oscura, el bigote retorcido y negro comenzaba a blanquear. Los ojos eran muy negros y vivos. Pero, de un carácter aún más levantino que lo demás, era la boca: no permanecía nunca cerrada del todo y descubría los dientes, de los que uno o dos estaban amarillos, a causa de la nicotina. Gurdjieff era completamente calvo y bastante grueso. Pero debió haber sido muy buen mozo y parecía evidente que ese tipo de levantino viril debía haber gustado mucho a las mujeres. Era muy amable y sonreía sin cesar, como para seducirme. Y, no obstante, yo comenzaba a sentirme muy raro. No soy fácilmente sensible a las influencias "telepáticas" y no soy lo que se suele llamar un "buen medium". Nadie llegó a hipnotizarme nunca. En ese momento especial, estaba en guardia, decidido a resistir una influencia psíquica, cualquiera que fuera. Y, sin embargo, empecé a experimentar una innegable debilidad en la parte inferior de mi cuerpo, a partir del ombligo y, sobre todo, en las piernas. Esta impresión iba en aumento. Al cabo de veinte o treinta segundos se hizo tan fuerte, que me preguntaba si habría tenido fuerzas para levantarme y dejar la habitación.

Tuve mucho cuidado de no mirar a Gurdjieff, de no dejar que me clavara su mirada. Había evitado sus ojos durante dos minutos, por lo menos. Me volvía constantemente hacia el joven, al que dije: "Le hablaré, y usted tendrá la amabilidad de traducir mis palabras al señor Gurdjieff, en caso de que no me comprenda." El joven estuvo de acuerdo y yo seguía mirándolo, teniendo a Gurdjieff a mi derecha. A pesar de ello, la sensación de debilidad aumentaba.

Estaba intensamente despierto, muy consciente de cuanto pasaba en mí y observaba esta experiencia nueva y fascinadora con la mayor atención. Mi nerviosidad aumentaba hasta el punto de llegar al malestar físico y a la inquietud. Pero esta turbación no subía más allá del ombligo. Mis piernas temblaban como antes de un examen o una visita al dentista; estaba seguro de que si intentaba levantarme, no me obedecerían y caería al suelo.

No tenía la menor duda de que ese extraño estado era provocado por la influencia de Gurdjieff, y estaba bien decidido a liberarme. Concentré mi atención más y más en la conversación con el joven y, poco a poco, sentí que volvía a mi estado normal. Al cabo de algunos minutos, había salido del "círculo mágico" de Gurdjieff. Esta singular experiencia puede explicarse de varias maneras. Podía ser una forma de hipnosis, hasta de auto-hipnosis que, por

ciertas razones, sólo había afectado las partes inferiores de mi cuerpo, sin alcanzar el cerebro, ni los centros emocionales. Pero, lo dudo. Podía ser también una forma de esa emanación flúidica que se atribuye a Rasputín. Estas radiaciones pueden producirse como lo son algunos olores en algunas razas de color.

Mi extraña experiencia podía tener aún otra explicación. De acuerdo con algunos videntes, que han disciplinado su don hasta llegar a servirse de él con el máximo de lucidez, un examen psicológico puede producir efectos similares a los que he relatado. Rudolph Steiner examinaba a la gente a veces así, pues su objeto era ver la imagen espiritual del paciente, en vez de su imagen física. Pero Steiner tenía plena conciencia de lo que lleva consigo semejante prueba. "La idea de que un ser humano pueda convertirse simplemente en objeto de observación —dijo en uno de sus libros—, no debe encararse jamás. El dominio sobre sí mismo debe velar por que esta incursión en el otro vaya unida a un respeto ilimitado por el privilegio personal de cada individuo y con el reconocimiento de lo que hay de inviolable y de sagrado en el ser humano."

Es evidente que yo hubiera podido protegerme contra un "examen clarividente". Si yo me hubiera encontrado con Gurdjieff en un estado de ánimo acogedor y no defensivo, probablemente no habría logrado lo que deseaba. Ningún poder "psíquico" es suficientemente poderoso como para dominar una actitud amante y humana y existen otros medios de protegerse contra una encuesta, por más clarividente que sea, y a la que uno se niega.

Cuando la impresión de nerviosidad y de debilidad en las piernas hubo desaparecido, me volví a Gurdjieff:

—Me han dicho que ha publicado usted un libro —dije—. Como, por cuanto yo sé, es la primera vez, y como no conozco sus ideas sino de segunda mano, le quedaría muy agradecido si me indica dónde puedo procurármelo.

Mi huésped se levantó, se acercó a una de las valijas negras que se encontraban en el suelo, sacó un delgado volumen y me lo tendió.

—Aquí lo tiene y, usted sabe, ninguna suma podría cubrir su compra. Sólo se dirige a algunos, pero se lo regalo. Encontrará en él todo lo que busca.

Le di las gracias y continué:

—Me han dicho también que usted preparaba una obra que contendría toda su enseñanza y su experiencia de muchos años.

Hizo un gesto de indiferencia:

—Yo escribir nueve libros al mismo tiempo, ellos gruesos así. Su mano indicaba un espesor poco común.

—Parece que el manuscrito de uno de sus libros se halla en posesión de uno de sus antiguos discípulos, en Londres. ¿Se trata de uno de los nueve volúmenes?

Gurdjieff tuvo un gesto de desprecio:

—No es nada, absolutamente nada. Ellos tienen todas mis visiones.

Eché al joven una mirada de interrogación:

—Quiere decir: versiones —murmuró.

—Yo escribo siempre tres visiones. La segunda sola se publica. Y nadie más que yo la conoce. Otras están aquí y allí. Ellos todos las tienen y se sirven de ellas para enseñar sus ideas. Pero esto no significa nada. Tengo discípulos sobre toda la tierra, en todos los países, hay grupos por todas partes. Sólo en Inglaterra hay quince, en quince ciudades diferentes. Y todos ensayan servirse para ellos de mi enseñanza. Ach, esto no es nada, absolutamente nada.

Chasquéé los dedos en gesto de desprecio.

—¿Es exacto que usted estaba formando un grupo de discípulos, que se convertiría eventualmente en una escuela esotérica, gracias a la cual sus ideas resplandecerían en todo el mundo?

—Usted encontrará todo esto en el libro. Todo. —Señalaba el pequeño volumen que yo tenía—. Todo está ahí. Inútil hablarme. Usted no me conoce. Lea primero este libro y vuelva a verme. Entonces, hablaremos. Pero, ahora, usted no saber qué preguntar. Primero leer el libro, todo está.

Comprendí que Gurdjieff no quería contestar a mi pregunta y que consideraba terminada la conversación. Pero yo estaba decidido a quedarme un poco más y a observarlo.

—¿Considera usted la enseñanza de Ouspensky original o inspirada en la suya? Y ¿piensa que es el más importante de sus discípulos? —inquirí, como si no hubiera notado su impaciencia.

—Él ha sido solamente uno de mis alumnos. Entre mil, diez mil.

Tuvo un nuevo gesto de desaprobación. Cada vez que hacía estos gestos, evocaba al perfecto levantino; evasivo en las respuestas, hiperbólico y preocupado por el efecto que producía. Es posible que todos esos desconciertos y saltos de humor formaran parte de un método y que al emplear esos "trucos", llegaba a discernir mis reacciones más claramente que sin ello. Sin embargo, yo no

podía creer que la búsqueda de la verdad tuviera necesidad de tan extraordinario terreno de acercamiento. ¿Cómo un hombre dotado de experiencia y sabiduría profundas, recurría a una técnica tan grosera, hecha de invectiva y de constante rechazo? ¿No le alcanzaba su poder para "ver" en mí y observar mis "reacciones naturales" en el plano habitual de las relaciones humanas?

Y sin embargo, algunas personas de profunda mentalidad habían sufrido su ascendiente. Los trataba a veces como a esclavos y, a pesar de esto, habían renegado toda creencia anterior para seguirlo ciegamente. Sus poderes hipnóticos, el atractivo físico que debía ejercer, la llama de su mirada, no podían por sí solos producir tales efectos. Sin duda, Ouspensky había tenido razón cuando me decía que era preciso separar el sistema representado por Gurdjieff, de Gurdjieff como hombre. Ahora que me había acercado al hombre Gurdjieff, sentía que podía dejarlo. Por una vez, el individuo había respondido a su reputación. Me levanté para partir y Gurdjieff me dijo:

—Usted lea primero este libro. Contiene todo. Y vuelva a verme. Entonces, hablaremos.

—¿Dónde y cuándo puedo volver a verlo? —pregunté.

—Mi despacho —Childs.

Lo miré sin comprender. El joven, desde la chimenea, intervino.

—Quiere decir el restaurante Childs en la Quinta Avenida y la calle 56.

—Yo tengo tres Childs. Ellos, todos mi despacho. Aquí, yo trabajo por la mañana, pero de noche estoy en mi despacho. Usted venir, tomaremos café y hablaremos. Estoy siempre de seis a ocho.

—Gracias, señor Gurdjieff, iré con seguridad, después de haber leído su libro.

Regresé directamente a mi hotel y, en cuanto estuve en mi habitación, sentí un gran deseo de lavarme las manos. Me las lavé con agua caliente, jabonándolas prolongadamente, después de lo cual me sentí mejor, y me senté para hacer la reseña de mi extraña aventura.

El libro que Gurdjieff me había dado estaba recubierto de un papel asaz curioso, que se parecía a gamuza, pero de un grano tan rudo que su contacto casi hacía rechinar los dientes. Comprendí que esta encuadernación no había sido elegida al azar. Llevaba estas palabras:

G. GURDJIEFF

## ANUNCIADOR DEL BIEN QUE VENDRÁ

*Primer llamado a la humanidad contemporánea.*

Precio: de 8 a 108 francos franceses

París 1933.

Adentro, había una página blanca que traía el número del ejemplar y frases ya preparadas donde se debía anotar si el libro había sido comprado "al azar" o "por consejo", el precio abonado y el nombre y la dirección del consejero. Como mi ejemplar me fué dado, pude escapar de esta formalidad.

El libro era el anuncio de lo que Gurdjieff, sin falsa modestia, llamaba "el Bien que vendrá". Se refería a los libros que se proponía entregar al mundo en un porvenir próximo. Ese pequeño libro era algo abracadabrante. A menudo daba la impresión de ser obra de un hombre que había perdido la razón. Y, sin embargo, era imposible hacer abstracción de las declaraciones de Gurdjieff como si se tratara del culto del yo de un alienado (algunas citas de las páginas precedentes fueron tomadas del *Anunciador del Bien que vendrá*). Gurdjieff se propone aquí divulgar el conjunto de su conocimiento, que parece incluir numerosos secretos esotéricos. Anuncia la publicación de tres series de volúmenes, cuyo título general sería: *Todo y todo*. La primera serie tendría por título "Una crítica objetiva e imparcial de la vida del hombre", y trataría temas como "La causa y la génesis de la luna", "La relatividad de la idea del tiempo", "Hipnotismo". La segunda serie se llamaría "Encuentros con hombres eminentes". La tercera, "La vida sólo es verdadera si Yo soy". Nos advierte que el manuscrito original está escrito en ruso y en armenio, que el primer volumen de la primera serie está en prensa, en idioma familiar "ruso, francés, inglés y alemán" y que "están terminadas las traducciones en armenio, español, turco y sueco". Sólo los tres volúmenes de la primera serie serán universalmente accesibles. El tema de la segunda parte "será divulgado por medio de lecciones comprensibles para aquellos que ya tuvieran un profundo conocimiento de la primera serie. El acercamiento a la tercera serie sólo será permitido a aquellos... que han comenzado ya a demostrar que están en estricto acuerdo con las indicaciones expuestas en mis obras precedentes", precisa Gurdjieff.

También el estilo testimoniaba la misma rareza, rayana en la demencia, que el pensamiento. Leer *El Anunciador* era tan difícil

como hacer pasar una carreta sobre guijarros. Las frases eran interminables. La primera no contenía menos de doscientas ochenta y cuatro palabras.

Por mi parte, me interesaban más ciertos datos personales que el fantástico anuncio de los volúmenes siguientes. Algunos hechos de esta misteriosa vida se revelaban allí por primera vez, aunque no muy claramente. Gurdjieff confesaba haber pasado una parte de su vida en un monasterio oriental a fin de adquirir un determinado conocimiento oculto. "Decidí un día —dice— abandonar todo, retirarme durante un tiempo indeterminado a una entera soledad... y esforzarme, por medio de activa meditación en abrir nuevos caminos a mis fértiles investigaciones. Esto corresponde a mi permanencia en Asia central donde, merced al apoyo de un peluquero, que encontré por azar, logré obtener acceso a un monasterio muy conocido por los mahometanos." Gurdjieff confiesa que se ha dedicado también al estudio de las "ciencias sobrenaturales"; que aprendió a ejecutar las supercherías habituales y relata cómo adquirió la facultad de hipnotizar. "Comencé por recoger toda la información oral o escrita que aún sobrevivía entre algunos pueblos asiáticos y que tenía relación con esta rama de las ciencias sumamente desarrolladas en la antigüedad, que se denomina mekheness o "la evasión de toda responsabilidad", y de la cual la civilización contemporánea sólo conoce una ínfima parte, llamada "hipnotismo". Después de recoger cuanto pude, me dirigí a un monasterio derviche, en Asia central, y me consagré completamente al estudio del material que poseía. Luego de dos años de estudios teóricos, pretendí ser "curandero" de toda clase de vicios y apliqué los resultados de mis investigaciones. Durante cuatro o cinco años ésta fué mi exclusiva preocupación y llegué a resultados sin precedentes en nuestra época."

Gurdjieff revela que, tanto por naturaleza como por ascendencia, había en él predisposición al conocimiento sobrenatural. "La gran naturaleza —escribe pomposamente— había impartido con benevolencia a toda mi familia y a mí en particular, un grado de comprensión raramente alcanzado por el hombre." Desde su primera infancia, Gurdjieff parece haber tenido acceso a un saber prohibido a la mayoría de los seres, lo que explica, tal vez, la confianza que tenía en su propia infalibilidad.

"Yo poseía —dice—, la posibilidad de penetrar en el *sancta sanctorum* de casi todas las organizaciones herméticas, como las sociedades religiosas, filosóficas, ocultistas, políticas y místicas

que permanecen inaccesibles al hombre común. Había leído casi todo cuanto existe sobre estos temas; literatura que me era accesible gracias a circunstancias completamente accidentales de mi vida y que exceden de lejos las posibilidades habituales de los hombres."

Al hablar del pasado, Gurdjieff pretende haber amasado una enorme fortuna. No revela los medios, pero declara: "He comenzado a liquidar mis negocios diseminados en diferentes países del Asia y a reunir las riquezas que había amasado durante mi larga vida." Esta referencia a una larga vida, hecha en 1912, atrae nuestra atención hacia la edad de Gurdjieff. En otro lugar, habla de ciertas investigaciones terminadas antes del 1892. Estos hechos indican que, en 1933 (año de aparición de su libro) tenía, por lo menos, sesenta años. Y, sin embargo, el hombre con quien yo había hablado ese día no parecía, en absoluto, mayor de cincuenta años. La expresión, la voz, la silueta, todo indicaba esa edad.

Aunque Gurdjieff tuviera adeptos en Inglaterra y en Francia, sus discípulos más convencidos se encontraban en América. Yo estaba sorprendido por el número de personas que habían seguido sus lecciones y presenciado sus danzas. A menudo, cuando pronunciaba su nombre, alguien se adelantaba para narrarme alguna escena dramática a la que había asistido. Estos relatos variaban, de acuerdo con la opinión del narrador. Los había que sólo juraban por Gurdjieff, otros lo maldecían: unos le atribuían un conocimiento más profundo que el de ningún ser viviente, otros lo llamaban charlatán y demente, pero todos estaban de acuerdo en encontrarle una especie de poder sobrenatural. Me contaban que algunas personas habían donado a Gurdjieff toda su fortuna para ayudarlo en su trabajo, que algunos discípulos se hallaban impotentes para arrancarse a su influencia y se sentían felices en su presencia, hasta si los injuriaba. Nunca oí pronunciar tan a menudo la palabra "poseído", con respecto a ningún instructor. Y, sin embargo, no cabía duda de que el hombre que había ejercido una influencia tan fuerte sobre sus discípulos no tenía la misma influencia de antaño. La contradicción, la falsedad y el *bluff* que, al comienzo, fueron las armas de un sistema extremadamente complicado, parecían ahora formar parte de la naturaleza misma de Gurdjieff. Cuando murió su madre, en 1925, en Fontainebleau, Gurdjieff hizo erigir una gran piedra, donde se grabó esta asaz fantástica inscripción:



Aquí reposa  
La madre de aquel  
Que se vió forzado  
Por esta muerte  
A escribir este libro  
Titulado  
Les Opiumistes

Mme. Gurdjieff tenía más de ochenta años al morir. Su fin no fué inesperado y no podía, en verdad, provocar en el hijo una reacción muy violenta. Ese libro, que se veía "forzado" a escribir, no se conoció jamás. Me percaté, de pronto, de que entre los discípulos de Gurdjieff no figuraba ninguno de los que habían formado su primer grupo en Rusia, antes de la guerra. Esto me parecía tener una importancia capital, y demostraba también que en ese tiempo, los que se le acercaban, sólo expresaban elogios acerca de él, mientras que las opiniones de los discípulos actuales eran por lo menos contradictorias. No solamente en Nueva York encontré a gente que había conocido a Gurdjieff. Los encontré en varias pequeñas ciudades y, se entiende, en California, donde toda teoría metafísica poco común encuentra adeptos. Había allá grupos a quienes había iniciado Alfred Orage y que procuraban ahora comprender la enseñanza caótica de Gurdjieff. Aun si habían perdido todo contacto con él, su solo nombre despertaba interés. Su indomable personalidad no dejaba de ejercer una extraña fascinación aun sobre aquellos que lo habían abandonado desde tiempo atrás.

Yo me imaginaba perfectamente que Gurdjieff no tenía la menor intención de darme una respuesta precisa sobre las preguntas que le había planteado, suponiendo que lo volviera a ver. No podía imaginarme una conversación de cierto interés en la ruidosa atmósfera de un restaurante de la Quinta Avenida. Además, la presencia de los discípulos de Gurdjieff, a quienes no conocía, no iba a facilitar las cosas. No obstante, un día resolví ir a buscarlo. El griego se hallaba sentado a una mesa cerca de la entrada. Vestido con un traje oscuro, parecía más común que durante nuestro primer encuentro. Fumaba un cigarrillo y escribía en un cuaderno, colocado delante de él. La página estaba cubierta de palabras inglesas, escritas con grandes letras, bastante informes. Sobre la otra página, los caracteres parecían exóticos y tuve la impresión de que se trataba de armenio. Al comienzo, Gurdjieff no me reconoció y tuve que inclinarme hacia él para explicarle

quién era. Al cabo de un instante se acordó de mí y me pidió que me sentara a su lado. Uno de sus discípulos lo acompañaba.

En seguida, procuré plantear a Gurdjieff preguntas precisas acerca de su enseñanza. Con esto, ganaría tiempo y disminuiría las posibilidades de respuestas evasivas. Pefo, apenas hube terminado de hablar, cuando se levantó para dirigirse hacia una señora, que debía hallarse allí desde hacía un rato y que parecía preocupada por atraer su mirada. Tenía la misma expresión que yo había visto en el rostro del discípulo durante mi primera visita. Cuando Gurdjieff regresó a nuestra mesa, intenté hablarle de nuevo, pero esta vez se nos acercó un hombre de mediana edad, otro discípulo de Gurdjieff. Nos presentamos y el hombre se sentó. Mientras tanto, Gurdjieff ordenó traer café y limones. Me parecía una mezcla rara, pero la camarera debía estar acostumbrada, pues no mostró ninguna sorpresa y casi en seguida regresó con la bandeja. Gurdjieff exprimió el jugo en el café puro, luego también echó el limón en la taza. A los diez minutos, llegaron otros discípulos y nuestro grupo ocupó tres o cuatro mesas reunidas. Gurdjieff no dejaba de levantarse, ir hacia la puerta y recibir a los recién llegados. Toda conversación continuada se auguraba imposible.

A pesar de ello, me produjo mejor impresión. Parecía menos afectado, menos siniestro. Por primera vez, notaba en él alguna cualidad humana. Hasta su inglés parecía mejor y me pregunté si los errores del otro día no habían sido voluntarios. ¿Formaría parte de su método para provocar "reacciones auténticas"?

Me resigné a interrogarlo únicamente sobre sus proyectos de nueva escuela, la publicación de sus libros u otros detalles literarios. Pero aun así, permanecía evasivo y no obtuve ninguna respuesta precisa. Durante una de las frecuentes ausencias, trabé conversación con un señor que estaba frente a mí. Parecía ser el brazo derecho de Gurdjieff y yo había notado que las preguntas que yo planteaba al maestro, lo molestaban. Terminó por expresar su preocupación: "Temo que ha escogido usted un mal método para interrogar al señor Gurdjieff —dijo—. Sus preguntas precisas lo obligan a responder por un sí o un no. No está acostumbrado a esto y no le agrada esta clase de conversación. Temo que no logrará usted mucho si procede así. Usted quisiera en veinte minutos obtener respuesta a aquello que muchos de nosotros esperamos desde hace años. Nadie aquí se atreve a plantearle semejantes preguntas."

Yo le di las gracias por su gentileza y me dije a mí mismo que,

en efecto, era inútil insistir. Puesto que yo abandonaba América dentro de unos días y no tenía el menor deseo de seguir el ejemplo de los discípulos, parecía que tendría que resignarme a no obtener ninguna respuesta a mis preguntas, pero los semblantes espantados de las ocho o diez personas allí reunidas, lo mismo que el silencio que reinaba en cuanto Gurdjieff se dirigía a uno de ellos, era más explícito de cuanto lo hubiera sido cualquier conversación. Los discípulos de Gurdjieff no pretendían disimular sus sentimientos con respecto a mi persona. No había duda de que veían en mí a un importuno y mi presencia era todo menos bienvenida. Desde el comienzo de la noche, me habían mirado con desconfianza, temiendo que yo fuera un nuevo discípulo a quien el maestro podría testimoniar alguna preferencia que les pertenecía exclusivamente. No bien tranquilizados al respecto, evidenciaron su reprobación por mi actitud hacia Gurdjieff. Sin duda, esperaban verme adorar a su héroe y mi negativa a hacerlo los había ofendido. Ninguno de ellos me obsequió siquiera con esa sonrisa de cortesía que se brinda a un recién llegado. Ninguno me ayudó a comprender el inglés bastante peculiar de Gurdjieff. Pero, es posible que su oposición fuera causada por la presencia del maestro, cuya influencia prohibía hasta la elemental cortesía hacia un extraño. Sin lugar a dudas, yo había prolongado demasiado mi visita y me levanté para irme. Nadie me retuvo y Gurdjieff no pronunció una palabra. Le di las gracias, saludé a todo el mundo y me encontré en la atmósfera tonificante de una noche de otoño de Nueva York.

Al llegar a Londres, fui a ver a un antiguo adepto de Gurdjieff. Era un hombre bastante inteligente con el cual ya había tenido con anterioridad interesantes conversaciones acerca de él. Le conté mis aventuras de Nueva York.

—Su relato no me sorprende. A menudo he oído otros semejantes. Algunas facetas de Gurdjieff han quedado aún para mí tan inexplicables como pueden parecerle a cualquiera que no esté habituado a sus métodos desorganizados. Y, sin embargo, me ha conducido, lo mismo que a muchos otros, más cerca de la verdad que nadie. Gracias a él, cuerpo, sentimientos y espíritu ya no son antagonistas. A pesar de que muchas frases de Gurdjieff parecen no tener ningún sentido, le dirá bruscamente algo que será una respuesta a problemas que usted estuvo rumiando tiempo atrás. El sentido que él posee de lo que le preocupa en el momento y su facultad de saber cuándo está usted maduro para la respuesta,

tienen algo de fantástico. A veces, debíamos aguardar años y so hubiera dicho que Gurdjieff sabía exactamente la cantidad de dudas que debíamos sobrepasar antes de poder comprender sus respuestas. Se equivocaría usted al juzgarlo de acuerdo con los valores humanos habituales. Se diría que hay en él una riqueza que le permite hacer cosas, que, desde nuestro punto de vista limitado, se juzgarían condenables. En ciertos aspectos, hace pensar en el dios Siva.

—¡El Dios Siva! —exclamé sorprendido.

—Sí, Siva, el dios destructor de la Trimurti hindú, el dios de las múltiples funciones, el señor de los espíritus de la música y, no lo olvide usted, el dios de la danza.

Esta conversación no hizo sino reforzar mi convicción de que el instructor, que para unos constituye una poderosa ayuda, no aporta nada a los demás. Hasta en los años muy recientes, los métodos de Gurdjieff habían ayudado a algunas personas, iluminado a otras, mientras yo permanecía solamente intrigado.

Discernía vagamente que la esencia de la enseñanza de Gurdjieff contenía una verdad que todo ser en contacto con la realidad espiritual está obligado a difundir. Pero no llegaba a aceptar sus métodos con ese espíritu de confianza, de fe o de comprensión indispensable para la absorción de todo conocimiento espiritual. A veces, la personalidad del maestro es más impresionante que su doctrina; en otros casos, puede ser a la inversa. Si yo encontraba imposible aceptar a Gurdjieff y dejarlo que me moldeara, es porque su personalidad, por más poderosa que fuera, no llegaba a convencerme. Y era incapaz de percibir en el hombre George Ivanovitch Gurdjieff el armonioso desarrollo del hombre.

En el momento en que este libro se llevaba a la imprenta, recibí la siguiente carta:

*“Oficinas de la Quinta Avenida, Nueva York,*

*“Capitán Achmed Abdullah.*

“Estimado señor:

“En lo que se refiere a Gurdjieff, no tengo ninguna manera de probar que tengo razón, salvo el hecho de saber que la tengo. Cuando, hace unos treinta años, lo conocí en el Tibet, además de sus funciones de preceptor del joven Dalaï-lama, era el agente principal de Rusia en el Tibet. Pertenecía a la raza buriata, y era budista. Sus conocimientos eran enormes y su influencia en Lhasa, considerable, ya que recogía por cuenta del Dalaï-lama, los tributos de los tártaros de Baikal y había recibido el título muy

elevado de Tsannys-Khan-Po. En Rusia, se lo conocía bajo el nombre de Hambro Akvan Dorzhieff. Para el Intelligence Service británico, era el lama Dorzhieff. Cuando invadimos el Tíbet, desapareció con el Dalai-lama en dirección a Mongolia. Hablaba ruso, tibetano, tártaro, tadjik, chino, griego, francés (con fuerte acento) y un inglés bastante fantasista. En cuanto a su edad, pues bien, yo diría que carecía de edad. Un gran hombre, a pesar de haberse revolcado en la política imperialista rusa y esto —lo creo fácilmente— más o menos para distraerse. Volví a encontrar a Gurdjieff, unos treinta años más tarde, en una cena en casa de un amigo común, John O'Hara, antiguo director del *New-York World*, en Nueva York. Tuve la convicción de que era el lama Dorzhieff. Se lo dije y guiñó el ojo. Hablamos en tadjik.

“Soy un hombre bastante informado. ¡Pero quisiera conocer las cosas que Gurdjieff ha olvidado!

“Suyo, atentamente,

A. ABDULLAH.”

#### POST-SCRIPTUM

*Aquí termina el relato de Rom Landau.*

*Creo poder estar seguro de que Gurdjieff representó en el Tíbet el papel que evoca el capitán Abdullah, pero me fueron proporcionados muchos otros datos sobre la actividad —o las relaciones políticas— de Gurdjieff. Algunas son difícilmente comunicables. Otras, podrían parecer del dominio de lo fantástico.*

*He aquí los más extraños. Me contento con transcribirlos, sin siquiera querer resolver el problema de saber si, personalmente, les he prestado fe o no.*

*Gurdjieff ha rehusado siempre citar los nombres de los compañeros que formaron junto con él el grupo de “Buscadores de la Verdad” y exploraron las altas esferas de la tradición primordial. Informantes dignos de atención, me aseguran que uno, por lo menos de esos compañeros se conoce: se trata de Karl Haushofer.*

*Más tarde, Karl Haushofer iba a ser el fundador de la Geopolítica y uno de los ideólogos más importantes del Tercer Reich.*

*Se encuentran sus huellas al lado de Gurdjieff, en el Tíbet, en 1903, 1905, 1906; luego, en 1907, 1908. Más adelante residió en Japón, entre 1907 y 1910.*

*Los mismos informantes me declaran que Gurdjieff nunca había perdido contacto con Haushofer. Es él con seguridad quien recomendó a Haushofer, como representante de Hitler en la colonia*

de los rusos blancos que residían en Francia, al bailarín Gitkoff, dado luego como desaparecido, en 1945.

Es él quien habría aconsejado a Haushofer elegir la svástica invertida como emblema.

En 1923, Haushofer fué el fundador de un grupo esotérico de inspiración tibetana. Fundó ese grupo justo en el momento en que Gurdjieff se radicaba en Francia. El adjunto de Haushofer fué el doctor Morrel, quien se convirtió luego en médico personal de Hitler, y en ese mismo año 1923, introdujo al futuro jefe de Alemania y a su camarada Himmler en el seno del grupo.

Ese grupo se denominaba el "Grupo Thulé". Las bases de ese grupo se inspiraron en el famoso libro de los Dzyan, libro mágico secreto de algunos sabios tibetanos. De acuerdo con este libro, en el mundo existen dos fuentes de poder:

—La fuente de la mano derecha viene de un monasterio subterráneo, una ciudadela de meditación, situada en una ciudad simbólicamente llamada Agharti. Es la fuente de la potencia contemplativa.

—La fuente de la mano izquierda, es la fuente de la potencia material. Se desliza por una ciudad en la superficie de la tierra, y se llama Shampullah. Es la ciudad de la violencia, dominada por el "Rey del Temor". Aquellos que consiguen su alianza, pueden dominar el mundo.

Por intermedio de la importante colonia tibetana que residía en Berlín y que mantenía constantes relaciones con Haushofer, el "Grupo Thulé", obtuvo esta "alianza" en 1928. Fué en ese momento cuando se adoptó el emblema de la svástica invertida. En esta época, formaban parte de ese "Grupo Thulé", sobre todo, Hitler, Himmler, Goering, Rosemberg y el doctor Morrel, bajo la autoridad de Haushofer.

Los miembros de ese "Grupo" se comunicaban con Shampullah, con el "Rey del Temor" (se entiende que son denominaciones simbólicas), por dos medios:

Emisoras y receptores electrónicos que los ponían en contacto con un centro de informaciones, digamos "tibetano", del que llegaban preciosas observaciones acerca de India y Japón.

Una especie de "juego" al que se dedicaban con bastante frecuencia en sesiones y cuyo detalle es el que sigue:

Las "autoridades", de las que Haushofer era el delegado, les proporcionaban un código numérico simple, que se relacionaba con las letras del alfabeto. Disponían además, de una ecuación que

permitía transformar esas cifras de acuerdo con parámetros variables. Por fin, para fijar esos parámetros, se echaban a la suerte una especie de cartas de tarot tibetano que conocen los coleccionistas de objetos orientales: son cartas redondas, grabadas sobre una madera clara y traslúcida.

Éste era el juego al que se dedicaban regularmente, por lo menos entre 1928 y 1941, algunos de los grandes dirigentes del Tercer Reich. Parece que acerca de ello hay documentos seguros, declaraciones irrefutables. Algunos de mis informantes afirman que están dispuestos a confirmarlo públicamente. (Uno de ellos ocupa una situación de primera fila en el mundo científico).

Se asegura que por medio de ese juego, Hitler supo que Roosevelt moriría y la fecha de la muerte, y que interpretó ese "signo" como benéfico por mil años; de ahí, su discurso místico y algo delirante, en la ocasión de la muerte del presidente de los Estados Unidos.

Se asegura que una de las condiciones del pacto, concluido entre los miembros del "Grupo Thulé" y las "autoridades" tibetanas, fué la exterminación de los gitanos. Esta exterminación, que jamás se justificó en textos y discursos oficiales, se emprendió y prosiguió con extraordinario encarnizamiento por Hitler y Himmler, quienes hostigaron a los jefes de los "campos de la muerte", hasta conseguir ejecuciones en masa. De acuerdo con cifras muy probables, han perecido setecientos cincuenta mil gitanos.

Agregaré que en el momento en que los rusos invadían Berlín e inmediatamente después del suicidio de Hitler, mil quinientos tibetanos e hindúes se levantaron en armas y se hicieron matar.

Finalmente, parece cierto que Stalin conoció la existencia del "Grupo Thulé". (Había sido discípulo de Gurdjieff en el seminario de Alexandropol.) Declaró en consejo que, en su opinión, "era inconcebible que, en el siglo XX, jefes de estado se entregaran a semejantes juegos diabólicos."

En el momento en que yo redacto este "post-scriptum", el semanario comunista francés *Les Lettres Françaises*<sup>1</sup> publica dos sonetos encontrados sobre el cadáver del hijo de Haushofer, asesinado en 1945 por los SS, en la prisión de Moabit, donde se hallaba detenido por su participación en el atentado contra Hitler. Su padre, Karl Haushofer, se suicidó "oficialmente" pocos días

<sup>1</sup> Número del 3 de diciembre de 1953.



después del arresto de su hijo, pero se carece de certeza con respecto a este asunto.

Después de haber recogido las informaciones que acabo de transcribir, uno de los sonetos del hijo me ha impresionado vivamente. Helo aquí:

Una profunda leyenda del oriente  
 Nos cuenta que los espíritus del poder del mal  
 Se hallan cautivos en la noche marina  
 Sellada por la mano prudente de Dios,

Hasta que la suerte, una vez por milenio  
 Acuere a un solo pescador el poder  
 De romper los lazos de los prisioneros  
 Si no devuelve en seguida su botín al mar.

El destino ha hablado por mi padre.  
 Su voluntad tuvo antaño la fuerza  
 De rechazar al demonio en su celda.

Mi padre ha quebrado el sello  
 Él no ha sentido el aliento del Malo,  
 Y ha dejado al demonio libre por el mundo.

El relato de Rom Landau, el testimonio de Abdullah, fueron contestados particularmente por Mme. Alexandre David-Neel, quien en un artículo de "Nouvelles Littéraires" de París (22 de abril de 1954), declara que existía una confusión entre el señor Gurdjieff y un lama buriata llamado Dorjjeff. Por el contrario, K. M. Panikkar (en *L'Asie et la domination occidentale*, que cita a Bell: *Biography of Dalaï Lama*) habla también de un monje buriata, llamado Dordjjeff, que conspiraba en nombre del zar en Lhasa y "que terminó prodigando su saber en Fontainebleau". El libro de Rom Landau, del que reproducimos aquí un capítulo, apareció en vida de Gurdjieff y éste no hizo ninguna objeción, así que nos limitamos a indicar los elementos de esta controversia.

En lo que atañe al post-scriptum, la única fuente de informaciones del autor era el señor Jacques Bergier, cuya personalidad es muy conocida en los círculos científicos. Jacques-Bergier ha confirmado por radio sus declaraciones, referentes a las relaciones que existirían entre Gurdjieff y el grupo Thulé.

Estas aseveraciones impresionaron a los amigos de Gurdjieff y se organizó una entrevista entre el señor Bergier y el señor Zuber, gerente de la casa editora que posee los derechos de la obra literaria del señor Gurdjieff.

En este intercambio de opiniones, el señor Bergier presentó numerosas lecturas y confidencias personales, cuya convergencia proporciona, según él, un alto grado de probabilidad a su hipótesis. Ha citado algunas de esas fuentes en una entrevista concedida a la revista "Medium" (mayo, 1954), y proporcionó confidencias recibidas en el campo de Matthaussen, por parte de oficiales alemanes comprometidos en el complot contra Hitler y que debían ser ejecutados: esos oficiales le habrían hablado de Gurdjieff.

En cambio, J. Bergier no pudo presentar documentos decisivos, satisfactorios para el historiador y que servirían para cerrar toda discusión.

### III

#### EL PASTO DE LOS IDIOTAS

*Las rosas convertidas en sapos. — Las palabras a la medida de los idiotas. — Un jugueto de sociedad. — Hábleme de un hombre.*

Como ya lo dije, mi intención no es estudiar la personalidad de Gurdjieff. Ni tampoco la de presentar y de comentar el conjunto de la doctrina. Quisiera, únicamente, hacer sentir y comprender lo que sucede en el interior de los que enfrentan “la enseñanza” y considero que a ello me ayudará el conjunto de algunos testimonios. Sin embargo, era preciso que esbozara un retrato de Gurdjieff. Acabo de hacerlo con un lápiz muy pequeño y casi sin apoyarlo. Del mismo modo, antes de abordar mi verdadero objeto, debo indicar los principales temas de esta “Enseñanza”. Cumpliré con este deber con muchas precauciones.

Para espíritus sólidos, Gurdjieff pasaba —y pasa siempre— por un hombre que poseía diversos secretos relativos a la vida de la materia, a la del espíritu, a las leyes del cosmos, etc... Tal vez había adquirido este “conocimiento principal y absoluto” del que hablan los “tradicionalistas” y, sobre todo, René Guénon. Ouspensky lo deja entender, y en su libro *Fragmentos de una Enseñanza desconocida* deja amplio lugar a la exposición de teoremas que provienen de esos secretos y ponen sobre la pista de una explicación prodigiosamente satisfactoria del universo. Yo no puedo permitirme evocar ese aspecto del pensamiento de Gurdjieff, porque no tiene relación alguna con la experiencia vivida por la casi totalidad de los discípulos. Nuestra experiencia se situaba en un nivel completamente diferente: el de la psicología (me refiero, se comprende, a una psicología muy alejada de la que

profesan los occidentales modernos). Teníamos que ocuparnos de nosotros mismos. Era suficiente y duraría seguramente decenas de años. Por lo tanto, no conocíamos estos teoremas. Y aunque los hubiéramos conocido, sabíamos que no había que caer en la trampa, es decir, considerarlos como nuestro bien actual. Sólo podía tratarse de un bien futuro —extremadamente futuro, podría decir—. Esto se verá cuando uno llegue a grande. Y no es para mañana. Cuando las ranas críen pelos. Cuando las sirenas tengan nalgas. Cuando hayamos realizado el milagro de salir del sueño, de la inconsciencia, de la dispersión en que nos hallamos en el presente y que apenas si comenzamos a reconocer como tales. No, lo que conocíamos realmente, eran consideraciones aparentemente simples sobre nuestro comportamiento de todos los días. Esto formaba para nosotros “la Enseñanza” y el señor Ouspensky flotaba en las nubes con sus “leyes de tres”, sus “principios de la gamma” y su “tabla de hidrógenos”. Para permanecer fiel a mi propósito, creo, pues, tener que atenerme sólo a las palabras que determinaban nuestros esfuerzos y nuestras aventuras de principiantes. Eran palabras de una gran simplicidad, pero no hay que fiarse de esa simplicidad. La simplicidad supone extrema pereza o extremo genio y sólo hay el espesor de una aguja entre la verdad de Perogrullo y una verdad que trastorna. Nosotros oíamos, así nos parecía, verdades que trastornaban. Sin embargo, en cuanto intentábamos formularlas para esclarecer a un amigo curioso, por ejemplo, o para brillar en sociedad, ya no eran sino lisas y llanas perogrulladas. Es la historia de las rosas trocadas en sapos, si una mano malvada la coge, como lo dicen los viejos cuentos, y de igual modo, una palabra capaz de iluminarnos en un momento determinado, se marchita, en cuanto sale de nuestra boca.

No debo relatar sino lo que en la “enseñanza” se dirige a los principiantes (y yo sólo he conocido principiantes), es decir a los idiotas. Gurdjieff pronunciaba esta palabra con una mezcla de desprecio y de bondad, muy difícil de describir. En el pasto de los idiotas, toda cosecha es decepcionante. Cuando cuente lo que oíamos, las palabras que para nosotros estaban del lado de la verdad que revoluciona tendrán para ustedes el sabor de perogrulladas. No obstante, la elemental honestidad me prescribe no presentar sino esta cosecha. Les diré, pues, los grandes temas de “la enseñanza”, tales como impresionan a los discípulos de primer

grado, tales como se descoloran, en cuanto uno de esos discípulos trata de evocarlos y tales como subsisten en mi memoria.

Formule a sus amigos esta simple pregunta: ¿Ha conocido usted a un hombre? Guárdese de todo comentario. Se esforzarán por responder <sup>1</sup>.

¿Habré conocido a un hombre?

Una vez formulada la pregunta, las categorías se desvanecen en mi espíritu. No experimento la necesidad de pedir explicaciones. ¿Un hombre socialmente importante? ¿Particularmente culto? ¿Singularmente valiente? ¿Inteligente? Como en un relámpago estas distinciones pierden valor (siempre que la pregunta haya sido planteada con autoridad, en un momento bien escogido para crear una fuerte reacción, en un momento en que la conciencia de sus amigos esté bien dispuesta para recibir el golpe). Es más: estas distinciones parecen irrisorias. Tendría vergüenza de dejar creer que les presto todavía algún valor. Me callo. Busco, y en seguida mido la distancia que me separa de un *hombre*: No sé con exactitud qué es un hombre, pero tengo la fulgurante certeza de que existe. Tiene un peso, una densidad, una fijeza y una radiación que no poseo. Se entiende que no me formulo todo esto. Busco. Todo ocurre como si yo tendiera la mano hacia una muchedumbre que surge en mi memoria, sopesando uno a uno a los seres que he conocido, hasta el momento feliz en que descubriré o reconoceré al que *tiene el peso*.

Reúna las respuestas. Usted posee nombres y descripciones; busque lo que hay de común en los hombres nombrados, las descripciones que se han hecho. Poco importan las clases sociales, las profesiones, etc. El denominador común está en otra parte. Le habrán dicho a menudo: "No era tal vez todo un hombre, pero..." y usted habrá saludado al pasar esta repentina y extraordinaria clarividencia, esta facultad de pesar a los seres con la seguridad que uno prestaría a las balanzas de Dios. Le habrá impresionado ver que todas las personas interrogadas, sea cual fuere su educación, oficio, religión, filosofía, partido, parecen saber de qué se trata en cuanto hay que citar a un *hombre*.

—Tenía un rostro hermoso o, más bien, se sentía que tenía la responsabilidad de su rostro y esto daba la impresión de belleza.

—Se sentía que, en cualquier ocasión, podía contar consigo mismo.

<sup>1</sup> Bertie Gilaux me proporcionó la idea de un "juego" así.

—Todo cuanto hacía venía realmente de él. Nosotros, sólo raras veces mandamos en nuestros actos. Son ellos los que nos mandan. Nosotros no hacemos: eso se hace a través de nosotros. En cuanto a él, sus actos le pertenecían.

—Había adoptado una disciplina, pero no dependía de esa disciplina. Se miraba someter a ella como se observa un motor para saber que gira sin enganches. Tenía un ojo por encima de sí mismo, que vigilaba, controlaba. Él era libre.

—No se lo pescaba jamás en faltas de clarividencia. Posaba sobre él mismo, sobre las cosas, sobre los demás, una mirada siempre mantenida a una cierta distancia.

—Poseía voluntad, pero eso es poco decir. Tenía la voluntad de la voluntad. Y esa voluntad de la voluntad, nunca cambiaba de intensidad.

—Era compacto y de gran densidad. El ser de un hombre va desde la esponja al granito. Su ser hacía pensar en granito.

—Su energía no era la facultad del ser accionada violentamente desde afuera. Era una sustancia que él había acumulado en su propio interior y que empleaba a voluntad.

—Ni la imaginación, ni el miedo tenían poder sobre él.

—Su palabra no lo traicionaba; él no se vaciaba por la boca.

—Se hallaba presente en lo que decía, pensaba, sentía, hacía. Estaba allí donde estaba. No era su sombra, sino él.

—Al verlo, se tenía la impresión de que es importante vivir.

Usted llegará rápidamente a estas aproximaciones. Ellas levantan el velo sobre cierta noción del hombre, casi sobrenatural, que llevamos casi en el fondo de nuestro ser. Aquí comienza la enseñanza de Gurdjieff.

#### IV

*Busco a un hombre. — Busco el truco. — El cambio de estado. — La fábula del escultor que pasa su vida en pulir y repulir el esbozo. — Ser, es ser diferente. — El punto permanente. — La dificultad de llamarse Pauwels. — El yo que no quiere beber más y los que tienen sed. — La tragedia del yo que firma un cheque sin fondos. — Nuestra mirada tiene horror del frío.*

En verdad, me hubiera gustado llegar a ser alguien de quien se pudiera decir: he aquí, realmente, un *hombre*. Creo que siempre me ha obsesionado el dolor de no ser un *hombre*. *No me sentía* desprovisto de voluntad, inteligencia, talentos, energía vital, capacidad de emociones y de sensaciones. Tampoco me sentía carente de suerte, en el sentido común de la palabra. Siguiendo mi cuesta, con tal que fuera en subida, como decía André Gide, yo podía llegar a ser alguien "bien". Pero, yo me decía que "alguien bien", no es necesariamente un hombre. Había visto a católicos profundos, y virtuosos, revolucionarios ardientes y justos, intelectuales de gran categoría, creadores pujantes, pero, en medio de ellos, igual que aquel con su linterna, con mi sorda inquietud yo buscaba a un *hombre* y no lo encontraba. Lo buscaba en mí y tampoco lo hallaba. No llegaba a comprender cuál era mi ambición, pero era una ambición que me arrojaba fuera de todos los lances, felices o desdichados, de la vida, y yo estaba amputado por esa ambición que me hacía ver a los otros y a mí mismo privados de la facultad de ser realmente *hombre*. Bernanos escribía que sólo existía un dolor: el de no ser un santo. Esto me llegaba al corazón, pero yo no alcanzaba a comprender nítidamente lo que puede ser un santo. Yo buscaba en las descripciones de santos; eran descripciones de sus virtudes morales, y yo me decía que



las perfecciones morales quizás no tuvieran mucho que ver con la santidad en sí. Me decía que la santidad es, por de pronto, un cambio de estado, el paso del estado del hombre común al estado de hombre propiamente dicho. Pero no encontraba en ninguna parte el informe de ese paso, el relato del viaje. No se me decía cómo había que proceder para obtener el boleto y preparar el equipaje. No se me decía tampoco lo que ocurre durante ese viaje, y era precisamente lo que yo quería saber. Y si llevaba más allá la pregunta, por toda explicación encontraba que *ante todo* hacía falta la fe. Pero entonces yo tenía la plena certeza de que mi dolor de *no ser*, era, para hablar con exactitud, la fe. No la fe en esto o aquello, de que me hablaban y que me parece depender de mil pequeñas particularidades del sentimiento, de la emoción, de la educación, de la raza, etc., sino de la fe misma de la especie humana, es decir de esta turbación, este sufrimiento, que llevaba en mi interior, obtuso y anónimo. Se me hablaba también de reglas que se debían aceptar, de conventos, y lo demás, pero entonces yo sentía firmemente que si yo llevaba, a título de la especie, esta turbación y este sufrimiento, debía encontrar, en las condiciones generales hechas para la especie, el medio de pasar del estado de hombre común al estado de hombre sin más. Yo contestaba que ese medio debía existir en el seno mismo de la condición humana, en el seno mismo de todos los componentes de mi vida y no en otra parte, no en el retraimiento, sino en la expansión.

Me decía que entre un santo católico, por ejemplo San Bernardo, un gran yoghi, por ejemplo Ramakrishna, un gran poeta, por ejemplo Rimbaud, y, en un plano diferente, lo que llamamos confusamente un *hombre*, cuando nuestra conciencia se ha entreabierto por un instante, debe haber algo de común, y es ese algo común lo que yo buscaba, lo que anhelaba descubrir, a fin de escapar a la turbación que llevaba en mí al reclamo que subía desde mi interior con una fuerza y una continuidad que era preciso admitir por cuenta de toda la especie humana.

Yo me decía: debe existir un truco; y ese truco tiene que ser de una extrema simplicidad, adaptable a todas las condiciones de la existencia. No tenía deseo, es más: me rehusaba a contemplarlo del lado de los monjes y de los yoghis. No podía ir a contemplarlo del lado de los poetas verdaderamente inspirados, porque sabía que no habitaba en su región. Mi naturaleza me empujaba más bien a contemplarlo del lado de todo el mundo, y es por

ello por lo que había escrito, *para forzar el destino*, un libro en el que se veía a un hombre como ustedes y yo cambiar de estado sin siquiera haberlo deseado. Ese hombre se hallaba de pronto en posesión del "truco", sin haber hecho nada para ello totalmente asombrado de lo que le sucedía. Pero yo había tomado mis precauciones: él producía un vacío alrededor de sí, no engendraba más que la desgracia y la muerte. Yo quería que *se me respondiera* y para lograrlo sacrificué muchas cosas vivas que llevaba en mí, es decir, las gentes de mi libro, y con ellas, toda la riqueza de sensaciones y de emociones de mis primeros veinticinco años. Ese libro se titulaba *Santo Alguien*, se ve por qué. Y, en efecto, *se me respondió*, pues a causa de ese libro Gurdjieff vino a buscarme y me arrastró con él. Pues es un hecho: uno no iba a buscar a Gurdjieff, era él quien venía a buscarlo a usted, cuando usted había hecho lo suficiente para forzar la respuesta. Yo lo hice con mis propios medios: los de la escritura. Pero hay mil otros medios, y no existe ninguna clase de jerarquía entre los medios.

Lo que me impresionaba entonces es que no existe ningún sistema de progresión que conduzca a un hombre común al hombre, sin más. Por más que me aplicara y buscara encarnizadamente, no llegaba a nada. Ni las morales, ni las religiones, ni los partidos, ninguno de los compromisos que la historia me planteaba (y los planteaba muy reales a un muchacho de mi edad: veinte años en 1940) era susceptible de hacerme cambiar de estado. Pues bien, lo que yo deseaba era el cambio de estado. Por docenas de derroteros me era posible ir progresando del hombre común cual yo era, al hombre común algo mejor conformado y armado, pero eso era todo. Y sólo me interesaba mediocrementemente. Por eso no me sentía en la posibilidad de participar íntegramente en los movimientos de este mundo, de enrolarme en tal partido, tal acción o tal religión. No me sentía tampoco dentro del clan de las ideas y de formas de pensamiento de este mundo. Y no me sentía muy solidario con todos los hombres de mi tiempo, con la humanidad en la que estaba sumergido. Lo que me hacía sentirme muy disgustado en todas las posiciones y todas las circunstancias. A causa de ese malestar, mi orgullo y mi sensibilidad se exasperaban sin provecho y comencé no a madurar, sino a podrirme.

Naturalmente, todo esto sólo lo sentía en una gran confusión de repugnancias, de rebeliones, de complejos de soledad, de in-

adaptación, de superioridad y de culpabilidad. No eran pensamientos claros. Yo flotaba y languidecía en una atmósfera de inquietud débilmente iluminada por palabras como: "yo es otro", o "hay que rehusar participar en un juego donde todo el mundo hace trampas".

Ahora bien, la primera frase de la Enseñanza que me dió algo de claridad y puso un poco de orden en mí mismo, fué esta: *Salvo rarísimas excepciones, los hombres no son seres logrados*<sup>1</sup>. Somos esbozos de hombre, no hombres, y no existe ningún camino común que conduzca de un estado a otro. Ni la psicología, ni las iglesias, ni los partidos, ninguno de nuestros compromisos, ninguna clase de saber, ninguno de nuestros esfuerzos podrían hacernos pasar del estado de esbozo al estado de hombre. Tenemos la costumbre de considerar que el hombre que llega a la edad adulta, está en posesión de todas las facultades que le permiten cumplir su destino, si los cerditos (es decir, las guerras, las injusticias sociales, etcétera) no lo comen. He aquí una visión en la que se fundan nuestras morales, nuestras filosofías y nuestras modernas políticas. Es una visión progresista. Es una visión muy alejada de la realidad. Con lo que me ha dado la naturaleza y con los bienes en circulación en la civilización, yo puedo cumplir hasta el máximo mi destino de esbozo. Pero, no se trata del destino de un hombre.

Hay esbozos muy finos, muy seductores, que adquieren a la larga una hermosa pátina. Es lo que llamamos hombres superiores y un desarrollo ejemplar. No es nada.

La naturaleza sólo crea a los hombres hasta un cierto punto, luego los abandona. Es más: todo ocurre como si su trabajo consistiera luego en entretenerlos en la satisfacción de ser lo que son, de impedirles llegar a la conciencia de su estado inacabado.

Sólo poseemos naturalmente los órganos y las facultades del hombre verdadero en estado embrionario. Y no podemos desarrollar estos órganos y estas facultades por vías ordinarias. En esas vías ordinarias, podemos, sin duda, ir de un mal a un mal menor, del esbozo rugoso al esbozo pulido, pero no podemos ir del mal menor al bien y del esbozo de hombre al hombre. No se trata de afinar, sino de cambiar. No podemos hacer nada, yendo en el sentido de nuestra naturaleza. Nuestra naturaleza no se nos da

<sup>1</sup> Algunos de los temas aquí desarrollados se encontrarán, en forma más ortodoxa, en "Psicología de la posible evolución del hombre", Librería Hachette S. A., Buenos Aires.

para que la pulamos. Pues bien, ésta es nuestra tentación cuando somos de una cierta calidad. Ocupados en el pulimento de nuestra naturaleza (adquisición de "virtudes" cristianas, el desarrollo "gidiano" de la personalidad, la adquisición de las "virtudes" del militante comunista, etc.), terminamos por adormecernos igual que un escultor, quien al pasar los años en pulir un esbozo, terminaría por olvidar, fascinado, de que se trata de convertir ese esbozo en estatua, que se trata de operar un cambio de estado. Nuestra naturaleza se nos da para que vayamos en "contra", o más bien para que la convirtamos en otra naturaleza completamente diferente, tan diferente de la primera como la pequeña mujercita de barro difiere de la diosa de mármol. He aquí el sentido oculto de la palabra vulgar, de acuerdo con la cual "la vida es una prueba" y que Gurdjieff precisaba al declarar: "Ser, es ser diferente."

Y, para comenzar, había que hacer tabla rasa de todas las nociones de la psicología admitida. Si se empezaba por preguntarnos: ¿Dónde está su punto permanente? estas nociones, por otra parte, se desvanecían en seguida, pues la psicología admitida en la Sorbona, en las novelas y en otras partes, no se preocupa en absoluto de semejante pregunta. Y usted se ponía a buscar y no encontraba su punto permanente y en ese condenado usted mismo, siempre removido, trabajado, aventado, desde todos los puntos de vista comparable al vals de las partículas de polvo en un rayo del sol. ¿Dónde está mi punto fijo? Yo terminaba por contestar que mi punto fijo, mi punto de partida, mirándolo bien, sólo consistía en mi gran deseo de cambiar y aun así no era un deseo permanente, sino un deseo con eclipses. Honradamente, no podía contestar otra cosa y la pregunta, en seguida, me había metido de narices, si puedo decirlo así, en mi poca realidad.

Sí, se me decía: usted quiere "cambiar", pero ¿qué quiere cambiar en usted? Para cambiar, es preciso que haya algo fijo en usted que quiere permanentemente cambiar. ¿Dónde está ese algo? No me sentía orgulloso. No tenía en mí ese algo. Me percataba de que ni siquiera tenía nombre. A veces, era un Pauwels el que quería cambiar, y a veces otro, y yo veía que tenía mil Pauwels, unos contentos de su suerte, otros muy deseosos de hacer el viaje, algunos entusiastas, y algunos recalcitrantes, uno que procuraba alistar a diez que rezongaban, otro que derrotaba a diez obstinados en cambiar. Yo no podía decir: Pauwels

quiere cambiar. No podía comprometer mi nombre en ese asunto, porque, en realidad, no poseía mi nombre. Dicho en otra forma, yo tenía mil *yo* en movimiento, pero ningún *Yo* mayúsculo. Y cuando no se tiene un *Yo* mayúsculo, ¿se puede tener un nombre? Cuando veía mi nombre en un libro, en una librería, o impreso en un diario, experimentaba siempre el sentimiento de ser el cómplice de una impostura y mis ojos no tropezaban con él, sin que yo sintiera un malestar. Esto dura todavía, y en la mayoría de los casos, considero como muy opacos a los hombres que se alegran de ver su nombre públicamente expuesto y que lo pronuncian sin temblar un poco; a aquellos que no experimentan, en esos casos, un sentimiento de impostura.

Tuve que convencerme de que mis nociones de psicología debían ser revisadas. Este problema de punto fijo y de ¿“*qué*” quiere cambiar en usted?, me llevaba a pensar claramente que creemos estudiar al hombre, cuando sólo nos empeñamos, sin provecho de ninguna índole, en definir los movimientos por los que nos sustraemos al trabajo de llegar a ser hombres. He aquí una ocupación delirante. Lo que yo veía es que mi yo no existía, o más bien, que era una masa amasada al ritmo de mis pensamientos, de mis sentimientos, de mis humores, sobre la que no podía ejercer ninguna clase de vigilancia, puesto que la masa no controla las manos del pastelero. Yo no era nunca una sola y misma persona. Sin cesar era una persona diferente. Sentía que no había en mí un *yo* permanente e inmutable. Cada uno de mis pensamientos, de mis humores, cada uno de mis deseos, cada una de mis sensaciones, cada manojo de mis recuerdos, cada una de mis ambiciones, decía Pauwels. Y cada vez, yo creía comprometer al Pauwels entero. Pero, ¿dónde está Pauwels entero? Pauwels entero no existe como tal, o bien físicamente, como una cosa (la cosa que es mi cuerpo; la cosa, la masa que forman mis hábitos, mis inclinaciones implantadas por la herencia, la educación o la muchedumbre de los azares), o abstractamente como un concepto admitido: se admite que Pauwels es Pauwels. En realidad, se me hacía ver a mil pequeños yo separados que se ignoraban o son hostiles los unos a los otros. ¿De dónde venía esta alternancia o esta hostilidad de mis mil pequeños yo? No lo sabía. Solamente sentía que había allí leyes exteriores e influencias exteriores que jugueteaban, igual que los granos de polvo al sol. Yo dependía, para las diversas figuras de esa danza, de la asociación de ideas fortuitas, de un encuentro, del calor o el frío, de un vaso de vino,

o de una lectura. Lo cual no era brillante. Y he aquí que en el momento en que encontraba a gente que afirmaba poseer los secretos para cambiar, se me decía que para cambiar es necesario conocerse, y conocerse era desesperante. Yo poseía, por cierto, algunos pequeños yo más fuertes que otros, y gracias a ellos creía ser Pauwels, porque aparecían, se eclipsaban y reaparecían en grupos, en algunas circunstancias que, por otra parte, no hubiera podido definir; cierto color de tiempo, cierta crispación de nervios, cierta atmósfera. Pero me era preciso ver también que esos pequeños yo más fuertes que otros, y que venían en oleajes más potentes a romperse contra las orillas de mi semi-sueño, habían sido creados, sin duda, por algunos accidentes de mi vida y sólo se manifestaban en circunstancias independientes de mi voluntad. Ese Pauwels más Pauwels que los otros, no era aún un Pauwels entero. Y yo veía, por fin, que cada uno de mis pequeños yo, cuando afloraba a la superficie, como consecuencia de un oscuro juego de reacciones y relaciones que se realizaba fuera de mi conciencia, se arrogaba el derecho de llamarse Pauwels, de obrar y de hablar en nombre de todo. Por ejemplo, el yo colérico comprometía a toda mi persona. Si yo hacía una escena a la mujer más querida y torturaba de ese modo un amor al que otros "yo" estaban ligados por la ternura, dulzura y serenidad, ese yo colérico hablaba y destrozaba en nombre de todo. En ese momento, yo estaba perfectamente identificado con ese yo aflorado a mi superficie, no sé muy bien por qué, y comprometía así a todos mis otros yo, inocentes y ajenos al asunto, y en seguida venía otro yo, con el que me identificaba igualmente, otro yo tan abusivo como el primero, que, por ejemplo, hacía la promesa de que Pauwels no bebería una gota de alcohol, que hacía una promesa solemne, por miedo a la enfermedad, o por vanidad, o simplemente por hacerse el interesante, el muy rico tipo. Me identificaba íntegramente con él, juraba por su boca. Pero ese yo desaparecía bien pronto, y diez otros yo que él no había consultado en absoluto reaparecían en su ignorancia, en su inocencia, con su gran necesidad de alcohol, sus razones particulares y muy válidas de buscar la seguridad o el deslumbramiento en el alcohol, y yo me encontraba profundamente embarazado, con la más penosa y mala conciencia de tener que pagar con remordimiento y vergüenza el cheque sin fondos librado por el yo de paso que temía las enfermedades de hígado o que quería pasar por atleta de la temperancia. Era mi tragedia

de todos los hombres, el que cualquier pequeño yo tuviera el poder de firmar pagarés y que luego, el hombre íntegro (como si existiera), tuviera que hacer frente al compromiso. Piensen en su vida amorosa y consideren esta tragedia. Vidas enteras pasan en pagar así las deudas de los pequeños yo accidentales.

Era suficiente para ver que el hombre común no puede *hacer*. No hace, "todo se hace" a través de él. No puede pensar, hablar, sentir, moverse como quiere, porque no posee un ÉL mayúsculo. Cree amar, detestar, decidir; en realidad, esto llega a él, llega y se va, reservándose el derecho de entablar juicios posteriores, como dicen los ujieres. Esto "sucede" absolutamente igual que "llueve" o "hiela", y lo que llamamos psicología nos impide alcanzar lo verdadero que pertenece al orden de lo informe e impersonal. Creo poder hacer y es una facultad que no poseo. Creo ser Pauwels y es otra facultad que no poseo. ¿Dónde está mi yo permanente y único? Es indudable que llevo en mí el germen de esas facultades, y sin duda existen los medios de pasar del germen al fruto. Es lo que se verá. Pero, por el momento, yo estaba desesperadamente persuadido de que cuanto se me había dicho estaba bien fundado. Me bastaba volver hacia mí mismo una mirada fría, una mirada milagrosamente enfriada por lo que acababa de escuchar y la aplicación severa que puse para escuchar. Pero, yo sentía también que, una vez terminada la entrevista y cerrada la puerta de calle, esto no podía durar. Nuestra mirada, si me es permitido decirlo, tiene horror del frío. En pocos instantes, vuelve a la tibieza. En pocos instantes, mi espíritu lograba presentarme lo que terminaba de escuchar como vulgaridades, como cosas muy conocidas y hacía que ese discurso volviera a descender al nivel del lenguaje común. De pronto, la pintura que acababan de hacerme, se me aparecía con colores sin peligro. Entonces me decía que seguramente iba a necesitar meses de esfuerzo nada más que para mantener tales palabras dentro de la claridad de una novedad peligrosa, de lo nunca oído y trastornador. Tan sólo para esto, era necesaria mi inserción en el grupo de auditores que, en condiciones determinadas, lucha por hacer nacer y durar una calidad particular de atención.

Y ahora, iba a darme cuenta de que tampoco poseía conciencia ni voluntad. Pero esta es otra historia, como decía Kipling, quien realmente se había comprometido a la ligera al escribir su famoso poema: «Si quieres ser un hombre»...



## V

*El misterio de los "verdaderos" recuerdos. — La psicología como abuso de confianza. — El ejercicio del reloj. — El durmiente despierto. — Lo que acaece a un hombre que no quiere perder su brazo derecho. — Los viejos temas del sacrificio y de la muerte a sí mismo. — Doña Música y el Virrey. — Breve alusión a Jean-Paul Sartre. — Una "aventura" de Raymond Abellio. — En la frontera de una prodigiosa alquimia. — Un pariente pobre de Lucifer.*

Al comienzo de mi novela *Santo Alguien*, el pobre héroe Jousselin acaba de recibir una fuerte impresión. Su mujer ha sabido esta mañana que él la engaña; las cosas toman en seguida un cariz de catástrofe, con muchos aspectos estúpidos y sórdidos. Él está como anestesiado por este golpe. Se recoge en sí mismo, se envuelve en algodones; se introduce en la más estricta soledad. Todo su movimiento interior se ha paralizado y, alrededor de él, los seres, los ruidos, las cosas, los olores, pulsan su teclado de sensaciones con guantes forrados de piel. Se ha inmovilizado en la posición en que se encontraba en el momento en que la mujer descubrió la carta de su amante. Ya nada palpita en su mundo interior. Navega sobre los mares repentinamente de plomo, entre vientos languidecientes en extremo. Está en sí mismo como en un salón enfundado. Y como acaba, inmediatamente después del estallido del drama, de caminar a través del pueblecito de suburbio que habita (Saint-Yvette en la novela, en realidad, Athis-Mons, el lugar en que pasé mi adolescencia), dice: "Me gusta mucho el camino que lleva a la alcaldía. Después del almuerzo, se sentía el polvo cálido, la hierba recocida. Se secaba en el silencio de los pabellones que lo bordean, cerrados para

la siesta. Cinco minutos después, a la derecha, los campos bajan hacia el Sena, y, a la izquierda, se alza el muro de la escuela de los Hermanos, un muro muy blanco, que me quemó las mejillas cuando pasé. Detrás de él imaginé la frescura de hojas azuladas, del musgo del gran roble y del armonium en un fondo de verdura... Lo digo, porque al marchar, de pronto tuve la seguridad de que no olvidaría jamás ese momento, que permanecería siempre algo en un pliegue de la cabeza. Sin embargo, no era un momento especial. Pero, a veces, uno se percata de que se fabrica con casi nada un recuerdo punzante."

Como comprenderán, no cito este pasaje por la belleza del estilo; lo que expresaba se hacía ahora para mí de abrumadora importancia. Puesto que yo vivía "poéticamente", siempre me había impresionado el hecho de que "a veces uno se percata de que se fabrica con casi nada un recuerdo punzante". Se sabe con certeza que ese instante se va a grabar para siempre en la memoria y que siempre ha de vivir en total plenitud. Y, en efecto, vive así. Y, no obstante, no es un instante capital de la vida, pensamos. No es el instante en que mi madre murió, el día en que me casé, el día en que dejé mi oficio de preceptor para lanzarme en la aventura del periodismo, el momento en que los alemanes vinieron a buscarme, etc. No es casi nunca el instante que ha "pesado" en mi destino. No son jamás los instantes de los que me será útil acordarme para resumir y explicar el desarrollo de mi vida a alguien. Los minutos que revivo y reviviré siempre en su plenitud, ¿quién sabría decirme lo que significan? ¿Quién podría decirme por qué éstos más que otros?

Ahora, se me enseñaba que yo tenía dos memorias: la verdadera y la falsa. La verdadera memoria es la de esos minutos de perennidad inexplicable. La falsa memoria es aquella que yo usaba, que usamos casi siempre: sé que tal cosa ha ocurrido, sé que el día en que me casé, llovía, que fui a casa de mi novia calzado con chanclos y con tricota, llevando una valija que contenía mi traje de ceremonia, sé que a la mesa se hallaban el tío Alfredo, Pedro y María-Luisa. Sé que en el momento en que mi madre murió, yo le pasaba por la cara una esponja impregnada con agua de colonia, y que un señor, en el balcón de en frente, hacía recitar a su hijita *El lobo y el cordero*. Sé, pero tengo que pasar por ese saber para revivir y tengo que recurrir además a un poco de buena voluntad, mientras que el instante en que puse un escarabajo en un frasco, acucillado en la arena en el fondo

del parque de la alcaldía de Athis, mientras que una tarde cortaba una rama de viburno en las orillas del Orge, un cierto minuto de una noche en que estaba fumando un cigarrillo, mientras veía como giraba la rotativa del *Combat*, cierto segundo durante el cual mi mano rozó el abrigo de conejo de una rubia, en un corredor de la imprenta, mientras que esos momentos sin significado aparente, sin importancia visible en el desarrollo de mi destino, sin que haga el menor esfuerzo, sin que mi corazón ni mi espíritu se pongan en movimiento para hacerlos revivir, al menor roce se despertarán enteros, luego volverán a dormirse para resurgir en su totalidad, vivirán siempre y completamente armados, vivirán continuamente en mi cabeza, en mi cuerpo, en mis nervios, suspenderán siempre el tiempo, serán siempre de índole tal que me detendrán, fascinado, en el umbral mismo de la eternidad.

Éstos y no otros, sin duda, son los recuerdos que desfilan en la hora de nuestra muerte y la famosa memoria de los moribundos "que, en un relámpago, reviven su vida" es probablemente, el recital de la verdadera memoria. Revive lo que ha vivido fuera del tiempo, antes de entrar en la eternidad.

Pues bien, lo que se me enseñaba es que nosotros no estamos casi nunca conscientes y que la verdadera memoria está ligada a la verdadera conciencia. A veces, como por azar, como a despecho de nosotros, aflora la verdadera conciencia. Inmediatamente, alrededor de nosotros el mundo adquiere un peso, un olor, un sabor desconocidos hasta entonces y nuestra memoria se fija en ello para siempre. O más bien, habría que decir que, en los raros instantes en que nos hallamos en ese estado de verdadera conciencia, lo que vivimos, lo vivimos para siempre, lo vivimos escapándole al tiempo. De donde resulta que cuando rendimos el último suspiro, cuando, por fin, nuestra conciencia se despierta totalmente a ella misma, esos pocos instantes privilegiados se reúnen detrás de nuestros ojos y aparecen tal como son, es decir, los únicos hilos de nuestra existencia y los únicos bienes adquiridos de tantos y tantos días y horas.

Me era preciso ver ahora que nuestra verdadera conciencia no se despierta sino muy raramente y cada vez por muy poco tiempo y que el hombre común no dispone de ella a su placer. De ahora en adelante, se trataba de intentar pasar voluntariamente y por el tiempo más largo posible, del estado común al estado de conciencia. Pero antes necesitaba conseguir una definición

clara y una demostración evidente de la conciencia. Es lo que así me parece, pude obtener.

En el lenguaje admitido, la palabra "conciencia" se toma siempre en el sentido de actividad mental, o sea como sinónimo de inteligencia. A veces, la palabra sirve para expresar virtudes morales: "Fulano posee una elevada (o hermosa) conciencia." O se supone que la conciencia puede ser buena o mala, de acuerdo con los actos y pensamientos. Se señalan, por fin, "estados de conciencia", es decir agrupaciones de pensamientos, sentimientos, impulsos y sensaciones.

Nosotros, en cambio, aprendíamos que la conciencia no es un atributo del hombre, sino un estado y que este estado, sumamente difícil de obtener, es completamente independiente de la actividad del espíritu, de las actitudes morales y de esos famosos "estados de conciencia", es decir, de las diversas manifestaciones del psiquismo. Ni "los estados de conciencia", ni los movimientos de inteligencia, ni los pasos entre el bien y el mal, están en relación con el *estado de conciencia*.

De este modo, la psicología es el estudio del hombre, *sin tener en cuenta el hecho de si el hombre ha alcanzado o no el estado de conciencia*. El principal estudio para nosotros consistiría en el estudio de ese paso al estado de conciencia. Por ello, deberíamos hacer tabla rasa de todo el aporte de la "psicología". El análisis del hombre debería volverse a hacer con nuevos ojos.

Pero, ¿qué es ese estado de conciencia? Aquí comenzaba la experiencia Gurdjieff, propiamente dicha.

"Tomen un reloj —se nos decía—, y miren la aguja grande, *procurando conservar la percepción de usted mismo* y de concentrarse en el pensamiento: Yo soy Louis Pauwels y estoy aquí en este momento. Procure no pensar más que en eso, siga simplemente los movimientos de la aguja grande, quedando consciente de sí mismo, de su nombre, de su existencia y del lugar en que se encuentra."

Al comienzo, esto parece simple y hasta un poco ridículo. Se entiende bien que yo puedo mantener presente en el espíritu la idea de que me llamo Louis Pauwels y que me encuentro aquí, en este momento, contemplando cómo se desplaza muy lentamente la aguja grande de mi reloj. Luego, me veo obligado a darme cuenta de que esta idea no permanece durante mucho tiempo inmóvil en mí, que comienza a tomar mil formas y a

deslizarse en todos los sentidos como los objetos que pintaba Salvador Dalí, transformados en limo movible. Y aun debo reconocer que no se me pide que mantenga viva y fija una idea, sino una percepción. No se me pide solamente pensar que soy, sino saberlo; tener de este hecho un conocimiento absoluto. Pues bien, yo siento que esto es posible y que esto *podría* producirse en mí, trayéndome algo nuevo e importante. Pero en seguida comprendo, mientras me aplico, que todo sucede como si nuestra naturaleza, en cuanto se le solicita un ejercicio tal, se volviera contra nosotros, se empeñara en impedir que nazca en nosotros ese algo nuevo e importante. Descubro que mil pensamientos o sombras de pensamientos, mil sensaciones, imágenes y asociaciones de ideas completamente ajenos al objeto de mi esfuerzo me asaltan sin cesar y me alejan de este esfuerzo. A veces, también, es la aguja la que acapara toda mi atención y, al mirarla, me pierdo de vista. A veces, es mi cuerpo, una crispación de la pierna, un pequeño movimiento en el vientre, los que me arrancan de la aguja en sí, como de mí mismo. A veces, aún, me parece haber detenido mi pequeño cine interior, eliminando el mundo exterior, pero entonces me doy cuenta de que acabo de hundirme en una especie de sueño en el que la aguja ha desaparecido, en el que he desaparecido yo mismo y durante el cual continúan entreverándose unas con otras las imágenes, las sensaciones, las ideas, como tras un velo, como en un ensueño que se despliega por su propia cuenta, mientras yo duermo. A veces, por fin, *yo estoy mirando esta aguja, yo soy* totalmente, plenamente. Pero, en la misma fracción de segundo me felicito de haberlo logrado; mi espíritu, si puedo decirlo así, aplaude, y en seguida mi inteligencia, al apoderarse del éxito para alegrarse de él, lo compromete irremediabilmente. Por fin, decepcionado, pero sobre todo agotado, me sustraigo a esta experiencia precipitadamente, porque me parece que acabo de vivir los minutos más difíciles de mi existencia, que acabo de ser privado de aire hasta lo más extremo de mi resistencia. Qué largo me ha parecido esto. Pues bien, no han pasado mucho más de dos minutos y no logré la verdadera percepción de mí mismo sino durante tres o cuatro imperceptibles relámpagos.

Tenía que admitir entonces que casi nunca somos conscientes de nosotros mismos y que casi nunca tenemos la conciencia de la dificultad de ser conscientes.

El estado de conciencia, se nos decía, es primero el estado

de un hombre que sabe por fin que casi nunca es consciente, y que aprende así poco a poco cuáles son los obstáculos que se oponen dentro de él mismo al esfuerzo que emprende. A la luz de este pequeñísimo ejercicio usted sabe ahora que un hombre puede leer una obra, por ejemplo, aprobar, aburrirse, protestar o entusiasmarse, sin estar ni por un segundo consciente del hecho de que *él es* y, por lo tanto, sin que nada en su lectura se dirija verdaderamente a él mismo. Su lectura es un ensueño, añadido a sus propios ensueños, un deslizarse en el perpetuo deslizamiento de la inconsciencia. Pues nuestra conciencia verdadera puede estar —y lo está casi siempre—, completamente ausente de cuanto hacemos, pensamos, queremos, imaginamos.

Yo comprendía que hay muy poca diferencia entre el estado en que nos hallamos en el sueño y aquel en que estamos en el estado de vigilia común, cuando hablamos, obramos, etc. Nuestros ensueños se volvieron invisibles, como las estrellas cuando el día llega, pero están presentes y continuamos viviendo bajo su influencia. Después del despertar sólo hemos adquirido una actitud crítica con respecto a nuestras propias sensaciones, pensamientos mejor coordinados, acciones más disciplinadas, mayor vivacidad de impresión, de sentimientos, de deseos, pero estamos siempre en la no-conciencia. No se trata del verdadero despertar, sino de “sueño despierto”, y en ese estado de “sueño despierto” se desenvuelve casi toda nuestra vida. Se nos enseñaba también que era posible despertarse del todo, adquirir el estado de conciencia de sí. En ese estado, tal como lo había entrevisto en el transcurso del ejercicio del reloj, yo podía tener un conocimiento objetivo del funcionamiento de mi pensamiento, del desenvolvimiento de imágenes, ideas, sensaciones, sentimientos, deseos. En ese estado yo podía intentar y desarrollar un esfuerzo real para examinar, detener de tiempo en tiempo y modificar ese desarrollo. Y ese mismo esfuerzo, se me decía, creaba en mí cierta sustancia. Ese esfuerzo mismo no llevaba a esto y a aquello. Le bastaba ser, para que se creara y se acumulara en mí la sustancia misma de mi *ser*. Se me había dicho que podría entonces, al poseer un *ser* fijo, alcanzar la “conciencia objetiva” y que entonces me sería posible tener un conocimiento totalmente objetivo, un conocimiento absoluto no sólo de mí mismo, sino de otros hombres, de las cosas, del mundo entero.

Se nos daban además muchos otros ejercicios. Se nos pedía, por ejemplo, tener durante el día, a tales o cuales horas, la

sensación de nuestro brazo derecho. Esto puede parecer ridículo, pero no lo era para nosotros. Había gente que creía que la enseñanza estaba destinada simplemente a permitirles acrecentar su facultad de atención y ayudarles en todos los asuntos de la vida corriente. "Si yo aprendo a prestar atención a mi brazo derecho, por ejemplo en los momentos en que mi espíritu está atraído por otros objetos, cultivaré mi atención y esto me será útil para mis estudios, mi comercio, mis relaciones, mis amores." Pero se trataba de una empresa de muy distinta envergadura. Es lo que me gustaría hacer comprender. Importaba poco "prestar atención". Para sentir y *conocer* mi brazo derecho, desde el hombro hasta las uñas, a las seis menos cuarto, mientras viajo en el subterráneo, y leo mi diario, y cualesquiera sean mis deseos, alegrías y penas del momento, me es necesario obtener una disociación de lo que llamo comúnmente mi persona, y el ejercicio reside en esa disociación. Para mantener presente en mí la sensación de mi brazo derecho, es necesario que rehuse a identificarme con el artículo que leo, con el humor en que me encuentro, con el ruido, los olores, los roces, las conversaciones que oigo. Me es necesario ver en seguida que estoy en un estado permanente de identificación, que estoy constantemente agarrado, devorado por mis propias asociaciones de ideas, por mis sensaciones, mis sentimientos, el espectáculo exterior, etc. En cuanto cedo, *pierdo mi brazo*. Pues, sin embargo, no se trata tampoco, para no perderlo, de doblar mi diario y de imaginarme que estoy solo, en una habitación oscura y silenciosa. Esto, me lo han prohibido terminantemente. Se trata de hacer con lo que hay. Y hacer con lo que hay, es, por ejemplo, mantener la sensación de mi brazo, mientras esa grupa de mujer, apretada contra mis piernas, despierta mi deseo. Entonces, yo no rehuyo mi deseo, pero me esfuerzo por no dejarme absorber por él, ni siquiera por un instante. Lo mantengo a distancia, y entonces se me aparece en su desnudez, en su grandeza y pobreza de función. Lo que habitualmente se halla unido al despertar de semejante deseo —algunas imágenes, algunas sensaciones de orden psíquico, cierta actitud en el dominio de los sentimientos—, todo ello se rechaza y se anonada en seguida. Yo *sacrifiqué* ese deseo a mi brazo, lo he limpiado de lo que no era él, y de lo que era estrictamente él hice un instrumento suplementario de llamado a mí mismo, de posesión de mí mismo. Igual sucede con el artículo que leo, con los rostros que veo, mis humores, las palabras que oigo, los anuncios que desfilan ante



mis ojos, etc. En el esfuerzo que hago para conservar la sensación de mi brazo derecho, hay un esfuerzo para mantenerme a distancia del mundo exterior así como de mí mismo, y a esta distancia, *yo veo objetivamente* lo que pasa en mí y fuera de mí, restablezco ese espectáculo dentro de su realidad pura y este espectáculo me es ofrecido todo entero, como una materia de sacrificio, indefinidamente renovada.

Al mismo tiempo, ese esfuerzo aparentemente irrisorio, ha comenzado a hacer nacer en mí un gran *Yo*, tras los mil pequeños yo agitados, identificados, aspirados. Se ha depositado en mí una cierta sustancia, un minúsculo grano de *ser*.

Por medio de múltiples ejercicios de esta clase, aprendíamos que el estado de vigilia común no es el estado del despertar real y encontrábamos en esos humildísimos trabajos de *llamado de sí*, como decíamos (el reloj, el brazo derecho), los grandes temas de todas las enseñanzas religiosas tradicionales. Para ser, hay que morir para sí mismo. Lo comprendíamos nítidamente. Comprendíamos que para obtener, aunque fuera en un relámpago, la conciencia de sí, la sensación del gran *Yo*, es necesario rehusar la identificación con todo lo que llamamos nuestra persona. Encontrábamos el tema del sacrificio, porque veíamos que en el rechazo de identificarse, por ejemplo, con un deseo sexual, el deseo se encuentra limpiado de lo que no es él, devuelto a su pureza, y que así se convierte en objeto purificado *gracias a la cual* se puede alcanzar el estado de conciencia. Hablo de un deseo sexual, pero se comprenderá que esto vale para cualquier cosa en nosotros y para cualquier acto, espectáculo, movimiento, etc. Todo nos es dado, en nosotros y fuera de nosotros, en materia de sacrificio, para pasar al *ser*. Y mientras, nos sacrificamos, nos purificamos y nos creamos. Nos creamos y restablecemos en su pureza la cosa *gracias a la cual* nosotros nos creamos. Si yo hablo a la mujer que deseo, si la beso, se trata de no identificarme ni con mi deseo, ni con ella, ni con las palabras que digo, ni con mi beso, sino acordarme sin cesar de mí mismo, convocarme al ser, mientras deseo, hablo y beso, sacrificando de ese modo mi deseo, mi palabra y mi beso, restableciéndolos así en su pureza. De este modo, convoco también a esta mujer a la existencia. "Soy yo en el fondo de tu corazón, esta nota única, tan pura, tan conmovedora", dice Doña Música a

su amante.<sup>1</sup> “Sí, eres tú, es a través de ti mi misma voz que suspira hacia el despertar. “Tú” —responde el virrey, y Doña Música: “Di que estarás siempre atento. No interpongas entre tú y yo algo, no impidas que yo exista.”

Mientras seguía esos ejercicios, tomé a veces notas que me sirvieron más tarde para componer un libro, hoy bastante sospechoso a mis ojos, titulado *Las Vías de la Pequeña Comunicación*. Creo deber citar de ese libro las siguientes frases:

“Se le aparece claramente (al hombre que hace sus búsquedas en la dirección indicada por Gurdjieff) que los seres y las cosas sólo están ahí para ofrecerle miles y miles de ocasiones de romper su esfuerzo, de escurrirse hacia afuera, de ausentarse de él mismo; sólo están ahí para desviar su atención y aspirarla en papilla, semejante a la boca que sorbe un huevo, quebrando las finas membranas, mezclando la yema a la clara.

“No evoco aquí las miserias de la promiscuidad, ni los encantos de la soledad. Este hombre sabe por experiencia que, solo o no, combate la misma tentación de ausencia y, en el retiro, tiene que burlar astucias igualmente venenosas. Entre las cuatro paredes, o en la calle, se halla la sempiterna invitación. El menor relajamiento y los pequeños *yo* se hacen interesantes.

“Así, cuando Pascal declara que la desdicha del hombre proviene de no permanecer en su habitación, yo entiendo que se trata de cámara secreta, la real, aquella donde, como la princesa de los viejos cuentos, nuestra gloria de ser espera el despertar, y no una habitación para mimar en completa quietud ideas, recuerdos, ensueños que son otros tantos escapes.

“Sin cesar, nuestro hombre está en peligro de escurrirse de esa habitación, aspirado por un rostro de mujer entrevisto en la calle, por el bistec que come, el artículo del diario, la lluvia. Aspirado también por el pequeño y permanente cine de su cabeza y de su corazón. Él se representa, pues, a los seres y las cosas y la actividad de su cabeza, de su corazón y de sus sentidos como una especie de fauces abiertas, en perpetua deglución.

“Naturalmente, tal visión va resueltamente contra la naturaleza. Lo natural, en este mundo, ¿es algo diferente del incesante brotar del mal, es decir de ocasiones para ausentarse? Y no tenemos actitud más natural que la que nos lleva a aprovechar las ocasiones...

<sup>1</sup> Paul Claudel, “Le *soulier de satin*”, Gallimard, edit.

“Para este hombre, lo sobrenatural es la existencia. Siempre comprometido, vuelto a comenzar, su esfuerzo por encender y proteger en él esta presencia en sí mismo, al mismo tiempo permite que el mundo exista. Por el combate que provoca al rehusar ser absorbido, transforma ese hueco, ese embudo por el que se vierte su persona dispersa, en una protuberancia contra la cual experimenta la solidez y la permanencia del gran Yo. De este modo, al establecer una confrontación entre los seres, las cosas, los diferentes movimientos a los que lo invitan y su firme voluntad de mantenerse dentro de sí, hace nacer el diálogo de las realidades.

“Como Atlas, sostiene la vida a punto de caer, de seres y de cosas, en cuanto olvida oponerse. La menor negligencia lo priva de la realidad, y a la vez priva al mundo. Se ve, entonces, dónde se sitúa para él el mal y la impureza.

“Ser, es ser diferente. Es preciso que, sin cesar, se retire dentro de esa soledad central, choque contra su voluntad, pues cuanto más activa su voluntad más es él y más intensamente convoca a los seres y las cosas de la existencia.”

En otros términos menos literarios, aprendamos lo siguiente:

—La conciencia, tal como la consideran los filósofos, los psicólogos, tal como nuestra naturaleza de hombres-apariencias nos invita a considerarla, no es sino ilusión de la conciencia. Creo *naturalmente* tener conciencia de mí, y cuando miro este árbol, eso que yo llamo mi conciencia presenta este árbol, pero no siento *naturalmente* la necesidad de hacerse presente ella misma. Jean-Paul Sartre dice: “La conciencia es posicional del mundo, siendo al mismo tiempo no posicional de sí misma.” Esto es verdad para el hombre-apariencia, pero nosotros aprendíamos a no contentarnos con esa conciencia, con la que se contentan Sartre y todos los filósofos conformistas modernos. Aprendíamos que esta conciencia no es sino la conciencia del hombre que se encuentra “*más acá del estado de conciencia*”. No se trata más que de una forma pura. No veíamos sino un modo empírico de la conciencia, una conciencia puramente “psicológica” y el término tomaba todo su sentido por oposición a la conciencia trascendental que queríamos obtener. La verdadera conciencia, la conciencia propiamente dicha, pensábamos, es la del hombre que mira ese árbol en la siguiente forma:

Yo me miro mirar, me acuerdo de mí mismo mientras miro, y en este acto difícil en el que el objeto de mi atención no es ese árbol, sino la percepción en sí que de él tengo, en que se trata

de establecer mi percepción del árbol con respecto a un Yo dentro de mí, compacto y fijo, obtenido por el sacrificio de todos los elementos de mi persona puestos en movimiento por el espectáculo, mi conciencia real comienza a brotar, nace de ese esfuerzo que hago por llamarla y al mismo tiempo este árbol pasa de la existencia relativa a la existencia absoluta, me entrega su ser real. No veo más este árbol, no lo examino más, lo conozco, nacemos el uno para el otro.

De ese modo, el mundo entero nos dice, como Doña Música al Virrey: "No impidas que yo exista", y en una ascesis donde la que llamamos comúnmente nuestra conciencia debe ser sacrificada al estado de conciencia, realizamos este ruego amoroso del mundo y, realizándolo, pasamos nosotros mismos de la existencia ilusoria a la existencia real.

Aprendíamos que el hombre que pasa de una conciencia puramente psicológica de él mismo y del mundo al estado de conciencia, pasa también del estado del saber relativo al estado del conocimiento absoluto, del estado de ciencia, al del conocimiento propiamente dicho.

Esto es lo que mi amigo Raymond Abellio hace comprender muy bien en un fragmento, de un texto inédito que acaba de hacerme llegar. Desde el seno mismo de los trabajos a que nos hemos dedicado actualmente juntos, y para los cuales ha sido compuesto ese texto, agrega su voz a la mía y me ayuda así a desarrollar mis recuerdos de la experiencia Gurdjieff.

"Hasta donde llegan mis recuerdos —me escribe—, siempre supe reconocer los colores: azul, rojo, amarillo, mis ojos los veían, yo tenía de ellos la experiencia latente. Es cierto que "mis ojos" no se interrogaban sobre ellos, y por otra parte, ¿cómo podrían plantearse las preguntas? Su función es la de ver, no de verse mientras ven, pero mi cerebro mismo se hallaba como en sueños, no era de ningún modo *el ojo del ojo* sino una simple prolongación de ese órgano. Yo decía simplemente y casi sin pensar: éste es un hermoso rojo, un verde algo apagado, un blanco brillante. Un día, hace unos años, mientras paseaba por los viñedos de la región de Vaux, que bordean en cornisa el lago Lemán y que constituyen uno de los más hermosos sitios del mundo, tan hermoso y tan vasto que el Yo, a fuerza de dilatarse en él se siente disuelto y, bruscamente, se recupera y se exalta, se produjo un acontecimiento repentino y para mí extraordinario. Había visto cien veces el ocre de la pendiente abrupta, el azul

del lago, el violeta de los montes de Savoya, y en el fondo, los glaciares resplandecientes del Grand-Combin. Supe por primera vez que no los había *mirado* nunca. Y sin embargo, vivía allí desde hacía tres meses. Desde el primer instante ese paisaje estaba a punto de disolverme, pero lo que respondía en mí no era sino una exaltación confusa. Ciertamente, el "yo" del filósofo es más fuerte que todos los paisajes. El sentimiento doloroso de la belleza no es sino la recuperación por el yo, a quien fortifica, de esa infinita distancia que nos separa de ella. Pero ese día, bruscamente, supe que yo mismo negaba ese paisaje, que él no era nada sin mí".

"Soy yo quien te veo y que me veo verte, y el que, viéndote, te creo." Ese verdadero grito interior, es el del demiurgo durante su creación del mundo. No es solamente la suspensión de un "antiguo" mundo, sino la proyección de uno "nuevo". Y en ese instante, en efecto, el mundo fué recreado. Jamás vi semejantes colores. Eran cien veces más intensos, más matizados, más "vivos". Supe que acababa de adquirir el sentido de los colores, que había hecho de nuevo virgen a los colores, que jamás hasta entonces había visto realmente un cuadro, penetrado en el universo de la pintura. Pero supe también, que por ese llamado de mi conciencia a ella misma, por esta percepción de mi percepción, tenía la clave de ese mundo de la transfiguración, que no es un tras-mundo misterioso, sino el verdadero mundo, del que la "naturaleza" nos mantiene exilados. Por cierto, nada en común con la atención. La transfiguración es plena, la atención no lo es. La transfiguración se reconoce en su suficiencia cierta, la atención se tiende hacia una suficiencia eventual. Se entiende que no se puede decir que la atención es vacía. Al contrario, es no-vacía, pero lo no-vacío no es la plenitud. Cuando retorné a la aldea, ese día, las personas con quienes me cruzaba estaban, por lo general, *atentas* a su trabajo: sin embargo, me parecieron todas sonámbulas.

"El filósofo ruso Ouspensky, en sus *Fragmentos de una Enseñanza desconocida* relata experiencias análogas: ellas son para él la base de toda transformación iniciática. El conocimiento yoghi tiende a esa misma transformación cuando habla de la discriminación del espectador y del espectáculo. Esta discriminación no es natural sino trascendental. Y resulta significativo el hecho de que un hombre "natural", a quien se le habla de ese estado, lo vulgariza y lo confunde con un estado común de atención, del que no retiene sino la forma vacía o la fórmula: "Soy yo quien. . .",

pero el "YO" trascendental presente en la transfiguración no es simplemente una forma gramatical, sino un contenido; no es solamente un operador sintáctico común que se puede emplear en una especulación filosófica lo mismo en la tercera como en la primera persona, es un acto voluntario y primero, un acto-principio en que el ser mismo está absorbido y que, desde el comienzo, sobrepasa a la crítica del conocimiento, una experiencia vivida... no hay que decir aquí que este acto está al alcance de cualquiera: no es verdad, permanece dependiente de un cierto nivel gnóstico de la conciencia, de una cierta ascesis que permite llegar a ese nivel y que lo hace "corrosivo" con respecto al "antiguo" modo del mundo."

Precisamente esa es la ascesis que buscamos a fin de alcanzar ese nivel de conciencia. Comenzábamos a saber mirarnos pensar, sentir, obrar, etc., a descubrir de este modo cuáles elementos eran en nosotros nocivos o útiles para el cumplimiento de ese acto voluntario, absoluto y primero del que habla Abellio, en el que aparece una conciencia de conciencia frente a un objeto restablecido en su realidad objetiva, en el que hay co-nacimiento de mi *ser* y de mi mundo interior sacrificado, purificado, y el conocimiento de ese ser y del mundo exterior.

Por múltiples ejercicios que no me toca describir aquí, por coloquios y también, sin duda, por el juego de influencias ocultas de tal o cual persona de la "escuela", aprendimos a vencer en nosotros los obstáculos "naturales" que nos impedían alcanzar el estado de conciencia. Se nos hacía factible reorganizar nuestra casa interior, volver a situar y jerarquizar nuestros pequeños "yo". Aprendíamos a distinguir en nosotros las grandes funciones de la máquina humana: el pensamiento, las emociones, la función instintiva (todo el trabajo interno del organismo), la función motriz y el sexo. Aprendíamos a volver a colocar en su lugar, con respecto a esos "centros", todos los movimientos, humores, asociaciones de ideas, deseos, gestos, etc., de lo que antes llamábamos nuestra "persona" y que ahora teníamos que considerar como a una máquina que había que desmontar en sus menores piezas y volver a arreglar de tal manera que pudiera *producir* la conciencia. Entonces, aparecerían otras funciones enlazadas a nuevos estados, de los que está desprovisto el hombre común. Se nos decía que esta disposición hacia el estado de conciencia al que debían dirigirse todos nuestros esfuerzos, sólo era el primer

grado. Sin duda, nos llevaría muchos años obtener esa disposición, tal vez hasta moriríamos antes de alcanzarla, pero era preciso saber que la realización, el cumplimiento del hombre no termina allí.

Nuestra meta consistía en convertirnos en hombres ya muy diferentes de los hombres comunes, por medio de cierto conocimiento de nosotros mismos, por la comprensión de nuestra propia situación dentro de la escala de las realizaciones posibles y por la adquisición en nosotros de un *centro de gravedad permanente*. Esta expresión, que se empleaba a menudo en las conversaciones de la escuela, significaba que la idea de adquirir la unidad, la conciencia, el "yo" permanente y la voluntad, es decir, la idea de nuestro desarrollo, llegaría a ser para nosotros, en nuestra opinión, más importante que todos nuestros demás intereses. Entonces poseeríamos en nosotros mismos a nuestro "ángel guardián" y comprenderíamos la naturaleza de ese personaje del catecismo de los niños.

¿Qué podía ser ese estado de conciencia del que, por instantes, teníamos ahora la noción, cuando se convertía en permanente? ¿Qué transformaciones, sin duda extraordinarias, se operaban, entonces, en el hombre? ¿Asiento de qué alquimia era entonces el hombre? ¿Hasta qué grado de co-nacimiento podía llegar? Se nos lo dejaba entrever por algunas definiciones de diversos grados de relación, pero yo no sabría reproducirlas aquí, sin perderme y vulgarizar, como se perdería y vulgarizaría un cura de campaña al describir a los Serafines, Querubines y Tronos.

Desearía haber dicho ya lo suficiente para dejar entender cuál era la dirección general de la empresa Gurdjieff, de qué clase era nuestro "trabajo" y sobre qué cadena de cumbres viajaba nuestra ambición.

En lo que se refiere a mí, me sentía, no sin exaltación, el paciente pobre de Lucifer.



## VI

### CONCLUSIÓN PROVISORIA

Perdí a mi madre en atroces circunstancias, luego a mi padre. Después, no llegué nunca a distinguir la parte de la virtud y la parte de egoísmo, la parte de "sacrificio del dolor" y la parte de cobarde rechazo de sufrir, la parte del heroico combate contra las "emociones negativas" y aquella del vergonzoso cierre de corazón que me tuvieron, en esa época, alejado del desgarramiento y de las lágrimas. Los minutos de estas dos muertes reviven muy a menudo en mis sueños, y cinco años después, sollozo aún, en mi sueño, por no haber *vivido* nada entonces. Creo que no iba en dirección a la grandeza, sino hacia la sequedad, y me queda algo de esa sequedad.

A medida que mi trabajo se precisaba y se intensificaba, me inclinaba cada vez más peligrosamente hacia la angustia, el orgullo y el desprecio. A veces, me parecía alcanzar por fin el punto extremo del "llamado de sí". Gracias al ejercicio del brazo derecho, o en seguida después de las sesiones de "movimientos", en la sala Pleyel, o recostado sobre mi diván, luego de una "recolocación en su lugar" de mis miembros y mis órganos, o aun arrodillado, con los brazos en cruz, con la mirada fija en un punto negro en una hoja de papel, creía llegar a la posesión del gran *Yo* compacto y fijo, por el sacrificio de múltiples identificaciones y la suspensión de todos los movimientos "naturales" de mi persona. Esto aparecía en un chispazo. Yo me aproximaba a ese estado de conciencia en que mi *ser* se apoderaba de sí mismo en su realidad absoluta. Él nacía a sí mismo, en el centro de mi propia persona transfigurada, cuyos elementos todos, un segundo paralizados, se hacían iguales a los de un templo. Desde los más gruesos pilares a la menor fioritura barroca, todo se ha unifi-

cado, todo se ordena en función del mismo *servicio*. Entonces, todo objetivo con el que se enfrenta mi conciencia, ya sea una cosa, un ser o una idea, es visto en su plenitud, existe objetivamente, es *conocido* de manera absoluta e inefable. ¿Qué sería si hubiera sido permanente? ¡Yo lo alcanzaba por un milésimo de segundo, pero ese milésimo de segundo, era el instante de la única vida verdadera y la promesa de la eternidad!

Fuera de esos instantes, yo sabía que no *era*, y la fuerza de la pasión, unida a la potencia de los medios de observación que me habían enseñado (y cuyo uso yo prolongaba más allá del límite prescrito, por una especie de voluntad negra), hacía que durante casi todas las horas de mi vida *yo me mirara no vivir*. Me embargaba una gran angustia. Me parecía saber lo que era vivir en compañía de la muerte, y a veces, de noche, me despertaba creyendo rendir el último suspiro. Me miraba identificarme, dejarme aspirar por las ideas, humores, seres, cosas, trabajos, gestos. Miraba a toda mi persona anárquica agitarse en movimientos que, por cierto, no me concernían, pero cuyo espectáculo me consternaba. Desde el fondo de mi desesperación, me despreciaba, como despreciaba a todos los hombres, porque veía que se me asemejaban en la no-existencia. Ni su bondad, ni su inteligencia, ni sus dolores, deseos, ambiciones, maldad o tontería, me parecían reales. Nos encontrábamos yo y los otros en esa no-existencia que sólo yo, por otra parte, conocía como tal. De ahí que me embargara una superioridad que ellos presentían inconscientemente y a causa de la cual me querían o, más a menudo, me odiaban. Pero lo que me daba a los ojos de los demás la apariencia de superioridad era esa profunda angustia, y mi aliento, física como moralmente era tan corto, que toda mi atención y toda mi energía estaban absortas en la difícil tarea de mantener *de todos modos* la vida en mí y no me era posible disponer de ningún recurso para que el contacto entre los otros y yo fuera algo más confortante. Y puesto que ya no me daba a mí mismo la menor importancia, salvo la importancia que la angustia acordaba al abismo de no-ser, me ocurría lanzarme en actos, escritos o palabras muy perjudiciales a estas relaciones ya muy incómodas. Así, poco a poco, he multiplicado las amistades decepcionadas, amores truncos, camaraderías traicionadas, enemistades feroces. Pasaba por un aventurero sin escrúpulos, por un monstruo de orgullo y de egoísmo.

Estaba solo, cuando la soledad me era un suplicio, me acorra-

laba hacia la angustia. Y, en esa angustia de no *ser*, todas mis inhibiciones, todos mis sombríos ensueños resurgían decuplicados. Mientras escribía los primeros capítulos de *Vías de la Pequeña Comunicación*, mi torsión interior llegó a su extremo. Me transportaron al hospital, flaco como un deportado —llegué a conocer la *deportación*— y tuerto. Había estallado la vena central de la retina de mi ojo izquierdo. Durante las semanas de hospital, los análisis revelarían que no presentaba ningún síntoma de anemia. Me estaba muriendo en “buen estado”. Y, sin embargo, me estaba muriendo.

Por miedo a la muerte, intenté asirme a la vez al placer y al dolor. Por necesidad del placer, arruinaba el amor. Armado de la Enseñanza, procuraba no ser el juguete del deseo. Me decía que para amar, hay que *ser*, que yo no era todavía y que la lucidez exigía de mí la separación del sexo y del corazón. Veía limpieza en el libertinaje, *a la espera de que el amor fuera posible*. Practicaba ese libertinaje para sentirme de algún modo vivo, arrastraba el ser que la moral corriente me ordenaba “respetar”. Al mismo tiempo, veía que ese ser y mi amor corrían el peligro de pudrirse y sufría por ello, pero aspiraba la vida por los dos orificios, el del placer y el del dolor, y si empleaba la Enseñanza en el sentido del mal, me aferraba aún por ese reclamo profundo en mí mismo, que el miedo de morir había velado, pero no apagado.

En verdad, he vivido seco. Esperaba aún el *conocimiento*, hasta en el momento en que sus caminos me habían arrojado a las fronteras de la muerte, y el saber me parecía irrisorio; sin embargo, me precipitaba hacia el saber con gran apetito de astucia. Me servía de lo que “sabía” para gozar en un mundo que no me interesaba, a la vez para aferrarme a él y para desprenderme mejor.

Durante los años que siguieron, los años de esa convalecencia ambigua, buscaba aún guarda-espaldas junto a la gente de la Enseñanza. Pero no tuve guarda-espaldas y el “maestro” se sustrajo en la muerte.

Más tarde, debí comprender que el amor, que el don total de un ser a otro, que el amor loco, en los momentos en que brilla, también es capaz de conducir a ese estado de conciencia, a ese estado de co-nacimiento que busqué junto a Gurdjieff. En el extremo del llamado a sí mismo, igual que en el extremo del abandono de sí mismo, florece la misma gracia. Pero, también tuve que aprender que el amor loco tiene sus caídas, sus deser-

ciones y sus riesgos, igual que la aventura Gurdjieff. Y tuve que aprender aún que son múltiples los caminos que conducen al único estado que podemos anhelar alcanzar y que la única actitud que salva, en la espera de la vía definitiva, es la actitud de la esperanza y de agradecimiento intenso a ese mundo tan rico en caminos, al cabo de los cuales nos aguarda la verdadera existencia.

Esta es la conclusión que me hubiera gustado dar a toda esta obra, pero no estoy seguro de concluir de alguna manera.

## NOTAS SOBRE UN LIBRO CLANDESTINO

### VII

*El anunciador del Bien que vendrá. — El señor Gurdjieff borra sus propias huellas. — Millares de páginas de música. — Arte objetivo y arte subjetivo. — La música que mata, que hace derrumbar los muros, que hace obedecer a las serpientes y a los hombres. — Un trabajo desmesurado. — Aquel que sabe y que habla. — Las sesiones de lectura en voz alta. — La opinión de algunos sobre el gran libro aún clandestino de Gurdjieff.*

Rom Landau nos dice que pudo hojear el pequeño libro de Gurdjieff titulado *El Anunciador del Bien que Vendrá*. Esta obra se habría impreso a costas del autor y de algunos de sus discípulos, en 1933. Gurdjieff se tomaba constantemente el trabajo de borrar sus huellas. Se sabe que compró y quemó todos los programas editados con motivo de las sesiones de música y de danza, presentadas en el teatro Hébertot. Esos programas comenzaban con una minuciosa y sumamente falsa descripción del *Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre*, que él acababa de fundar en Fontainebleau-Avon.<sup>1</sup> Es muy probable que la única edición del *Anunciador del Bien que Vendrá*, si se cree a Rom Landau, un torpe folleto, haya sido destruída casi inmediatamente. A pesar de largas búsquedas, no pude descubrir un solo ejemplar de este texto.

Después de radicarse en París, es decir, después de 1934, Gurdjieff escribía. Había compuesto millares de páginas de música, porque consideraba la música, o más bien cierta música oriental,

<sup>1</sup> Citado en la segunda parte de esta obra.

de clave esotérica, como una de las más eficaces disciplinas de la vida interior<sup>1</sup> y del conocimiento de las leyes cosmogónicas.

“La música objetiva —decía—, puede proporcionar no sólo resultados psicológicos precisos, sino resultados físicos precisos. Existe música capaz de matar súbitamente a un hombre. La historia de la destrucción de las murallas de Jericó por la música, es una leyenda de la música objetiva. Jamás la música común, cualquiera que fuera, podría destruir, sino edificar. La leyenda de Orfeo está bordada sobre tales recuerdos de la música objetiva, porque Orfeo se servía de la música para enseñar. La música de los encantadores de serpientes, en Oriente, tiende hacia la música objetiva, pero de un modo muy primitivo. A menudo sólo se trata de una sola nota, apenas modulada y prolongada indefinidamente; en esa simple nota se desarrollan sin cesar “octavas interiores”, y en esas octavas, melodías inaudibles para el oído, pero que llegan a los centros emocionales. Y la serpiente oye esa música, o más exactamente, la siente y le obedece. Una música de esa clase, un poco más compleja solamente, haría obedecer a los hombres. Así, el arte no es solamente un lenguaje, sino algo mucho más grande. Nuestra humanidad mecánica no puede tener sino un arte subjetivo. El arte objetivo requiere, por lo menos, instantes de conciencia objetiva; para hallarse en estado de conseguir algo, es necesaria una gran unidad y una gran vigilancia de sí mismo.”<sup>2</sup>

Esas innumerables páginas de música no se editarán sin duda nunca. Son el bien exclusivo de los “grupos”.

Gurdjieff artista era músico y coreógrafo. Se interesaba además, en el arte de los tapices en la medida en que la tapicería tradicional, cuyos rastros subsisten en Persia, son una transcripción de ritmos y de arias. La escritura no atraía su atención. Sin embargo, cuando tuvo que renunciar a mantener en actividad *El Instituto*

1 “Todo lo que ustedes conocen, todo lo que llaman arte, es arte subjetivo que yo, por mi parte, me cuidaré bien de llamar arte, porque reservo este nombre al arte objetivo... Entre el arte objetivo y el arte subjetivo la diferencia consiste en que, en el primer caso, el artista *crea* realmente, hace lo que tiene la intención de hacer, introduce en su obra las ideas y los sentimientos que quiere. Y la acción de su obra sobre las personas es completamente precisa; éstas recibirán (cada una de acuerdo con su nivel de ser, naturalmente) las ideas y los sentimientos que el artista quiso transmitir. Cuando se trata del arte objetivo, no puede haber nada accidental ni en la creación de la obra misma, ni en las impresiones que produce.”

2 Citado por Ouspensky, en los *Fragmentos*.

para el desarrollo armonioso del Hombre, se dedicó a escribir en griego, armenio, ruso, en mal inglés y en francés chapurrado un enorme relato fantástico en el que pretendía entregar la totalidad de sus experiencias místicas y de los conocimientos acumulados en el transcurso de sus permanencias en diferentes monasterios del Tíbet y del Asia Menor. "El que habla, no sabe; el que sabe, no habla", dice Lao-Tse. Sin embargo, Gurdjieff, que aparentemente *sabía*, se decidía a hablar. Todo invita a pensar que sólo hablaba para multiplicar los obstáculos alrededor del *saber* indicado, para acrecentar el secreto.

Las hojas de ese libro, desmesurado desde todo punto de vista, se dactilografiaron en sabir por discípulas mudas y descansaban en un armario del departamento de la calle Colonel-Rénard. Una americana pagó mil dólares el privilegio de leer veinte hojitas. No fué la única suplicante. Hacia el final de su vida, ya por fatiga, ya por disgusto hacia el prójimo, Gurdjieff parecía haber renunciado a enseñar. Reunía en su casa a los más fieles, sólo para cenas y lecturas de fragmentos de ese manuscrito. Mientras, sentado en un canapé, fumaba y bebía, se desternillaba de risa ante algún pasaje en el que el auditorio no encontraba nada risible. Un discípulo procuraba descifrar en alta voz el texto repleto de juegos de palabras intraducibles en francés, de chanzas burdas, de meditaciones sabias, de buen sentido, de chifladuras y de genio, balbucía torpemente esas páginas con eclipses ante veinte o treinta personas, sentadas en forma de loto. El poder y la calidad de atención muy peculiares de esa asamblea, la emoción del lector designado por Gurdjieff, la presencia de este último, la atmósfera de la habitación, todo ello comunicaba a las frases una riqueza, profundidad y eco que quizás no le pertenecían, a menos que fueran escritas precisamente para que se desprendieran de ellas, en tales sesiones, miles de armónicos turbadores.<sup>1</sup>

Después de la muerte de Gurdjieff, una parte de ese libro, transcrito al inglés, se editó con el título de *All and Everything* (De todo y sobre todo) y se difundió entre los "discípulos" anglo-sajones y americanos, en 1950. Ese libro macizo, en un inglés que repelía, cayó en manos de algunas personas que sin ser discípulos de Gurdjieff se aplicaron a su lectura, sumamente penosa. Creo útil publicar aquí sus notas. Con excepción de

<sup>1</sup> Ver el testimonio de Pierre Schaeffer, en la tercera parte de esta obra.



Kenneth Walker, los autores de esas notas no han seguido la enseñanza de Gurdjieff, no han estado en contacto constante con él. Me parece que tengo que recurrir a su juicio.

Ese libro, por otra parte muy difícil de conseguir en Londres y en Nueva York, no se tradujo aún a un francés legible. De aquí a unos años lo será, sin duda. Si, como opina Gorham Munson, "es permitido predecir que ese libro resistirá el paso del tiempo, atraerá un público cada vez mayor e inspirará una abundante exégesis", para los lectores de la presente obra les será de cierta utilidad, conocer las primeras palabras pronunciadas con respecto a *All and Everthing*.

Se encontrarán, pues, aquí:

1º Un extracto del relato de Kenneth Walker, titulado *Venture with ideas* y publicado en Nueva York, por Pellegrini & Cudahy.

2º Un estudio que Denis Saurat tuvo la gentileza de escribir para nosotros.

3º Un artículo, escrito por Gorham Munson, en octubre de 1950, para la revista americana *Tomorrow*.

4º Un ensayo de L. Travers, aparecido en *World Review*, en Londres, en julio de 1950. Este texto, notable en nuestra opinión, sitúa la obra escrita por Gurdjieff en el jardín, hogaño abandonado, del "Cuento de hadas". Me animaría a invitarlos a forzar la puerta herrumbrosa de ese jardín, si les queda, a despecho de la seriedad de la edad adulta, algo de la gravedad soberana de la infancia.

## VIII

### EL RELATO DE KENNETH WALKER

*Un hombre que se gobierna. — Gurdjieff y la música. — Gurdjieff y los niños. — Los relatos de Belcebú. — Los deberes de los viejos. — Lo que se necesita para salvar a los habitantes de la Tierra. — La moral del camaleón. — Lo que decía Hamlet de su padre.*

Todo cuanto puedo hacer es transmitir la impresión que me produjo Gurdjieff; puede expresarse íntegra por la idea de que para mí él representaba el cumplimiento del "trabajo". Quiero decir con esto que había adquirido una conciencia, un dominio y una unidad mayores que las de otros hombres. Es exacto que la conciencia de un hombre extranjero no puede medirse objetivamente; pero, cuanto más grande es la conciencia de un hombre, más poderoso es el dominio que puede ejercer sobre sus diferentes funciones. Todo lo que Gurdjieff hacía, parecía tener su fuente en él mismo. Cuando se encolerizaba —como le ocurría a veces—, esta cólera parecía deliberada y la abandonaba en cuanto había alcanzado su fin. Sus ojos negros retornaban entonces a su chisporroteo malicioso, el severo semblante oliváceo se distendía y la conversación se reanudaba exactamente donde se había interrumpido bruscamente. Nunca su pensamiento ni sus movimientos eran tanteadores. Éstos siempre tenían un fin y se cumplían con la más estricta economía de esfuerzos, como los de un gato. Su inmensa capacidad de trabajo se debía a esa facultad de no derrochar nunca energías. Era particularmente visible que poseía un perfecto dominio de su cuerpo.

A veces, veníamos para escuchar música. Entonces Gurdjieff traía su instrumento, una especie poco común de acordeón. Lo

balanceaba sobre las rodillas y extraía un sonido más bien espasmódico, al imprimirle con la mano izquierda un movimiento de atrás hacia adelante. Su mano derecha reposaba sobre el teclado; tan pronto improvisaba como tocaba aires que recordaba, y que para mí siempre eran música desconocida. Esas melodías en tono menor, me recordaban a veces el canto de los cargadores musulmanes de Suez o la música lúgubre que, en mi infancia, producía el mar al introducirse en el estrecho cuello de una gruta. Gurdjieff nos hablaba muy poco de la música que había recogido durante sus viajes, pero era evidente que provenía de diferentes fuentes. Algunos aires eran con seguridad aires de oficios, canciones que tarareaban, por ejemplo, los paisanos durante sus ocupaciones, o cantos tradicionales de los viejos vendedores de alfombras del Asia central, mientras, acuelillados en el suelo de una vasta granja, peinaban, hilaban y teñían la lana o la tejían ciñéndose a motivos regionales. Gurdjieff contaba cómo una noche de invierno toda la aldea podía participar en ese trabajo, cumpliendo cada uno con una tarea especial, que comprendía su propio acompañamiento musical. Otra fuente de su inspiración era la música sacra, oída en diversos monasterios que había visitado, monasterios griegos ortodoxos, esenios y sufíes. No entiendo mucho de música, así que sólo puedo decir dos cosas de la que él ejecutaba: por una parte, que era muy antigua, y por otra, que proporcionaba fuertes emociones a los que la escuchaban.

A medida que conocía mejor a Gurdjieff, mayor era mi convicción de que era un hombre único. Poseía cualidades que nunca observé en ninguna otra persona: profundo conocimiento, inmensa vitalidad, total inmunidad contra el miedo. Viejo, era aún capaz de trabajar más que nadie. Poca gente sabía cuán ocupado estaba entre nuestras visitas. Debía no sólo dirigir el trabajo de los discípulos franceses, sino también alimentar a un gran número de refugiados rusos necesitados. Numerosas personas recurrían a él en busca de consejo y de ayuda, pues Gurdjieff era una figura familiar para los asiduos concurrentes de los cafés del barrio.

Una de las particularidades más notables de nuestras últimas reuniones era el número de niños que se apiñaban junto a su mesa, sobre todo después de su regreso de América. Aquellos de sus discípulos que tenían hijos, parecían adivinar que había llegado el momento de traérselos. Era evidente que no comprenderían gran cosa, pero más tarde recordarían que habían visto en París a un hombre notable, un tal señor Gurdjieff. Los acogía calurosa-

mente y se empeñaba con atención especial en divertirlos. Con la simplicidad de un gran hombre, se mostraba feliz de tenerlos a su mesa, los colmaba de obsequios y a veces preocupaba a los padres por la cantidad de alimentos que los obligaba a aceptar. Algunos se mostraban tímidos, pero la mayoría estaba a sus anchas, reía de sus bromas y contestaba con presteza a sus preguntas. Gurdjieff acordaba a los niños más importancia que a nosotros: eran los representantes de una generación que aún no estaba echada a perder y que una instrucción y educación justas conseguirían, tal vez, salvar. Me agrada recordar esas reuniones de niños, porque evocan para mí a Gurdjieff en un papel nuevo: Gurdjieff abuelo, dispensador de regalos y de alegría...

La clave de la comprensión de todo lo que fué mal comprendido en Gurdjieff lo proporciona, indudablemente, el estudio de su libro, los *Relatos de Belcebú a su nieto*, publicados en inglés bajo el título de *All and Everything*. Las primeras novelas son, por lo general, autobiográficas, y aunque *All and Everything* no es una novela, sino una alegoría, esta obra contiene muchas aclaraciones sobre su autor. El personaje principal de esta alegoría, Belcebú, ha venido al mundo en el lejano planeta "Karatas", bajo una forma muy diferente de la nuestra. Posee pezuñas, cola, y hasta que un castigo lo prive, cuernos. Sin embargo, al proseguir la lectura del libro, lentamente la silueta de Belcebú se esfuma, por más esfuerzos que se haga para retenerla y toma su lugar la imagen de un ser humano, con cabeza enorme, gran bigote y ojos negros. En vez de viajes de Belcebú a través de la geografía y la historia de esa tierra, se siguen los vagabundeos de Gurdjieff. Es a Gurdjieff a quien se ve, sentado en una "chahana", bebiendo a sorbitos una taza de té y discutiendo con algún compañero de camino sobre lo extraño de las vías humanas. Es Gurdjieff quien, en la época de la civilización babilónica, desciende sobre la tierra para asistir al debate de los grandes eruditos del día sobre el tema de la existencia o de la no existencia del alma humana. El autor aparece demasiado detrás de sus personajes, habla continuamente en su lugar y los rechaza lejos de la escena. Por eso, cuando Belcebú responde a las preguntas sobre el bien y el mal que le plantea su nieto, es Gurdjieff y no Belcebú el que habla:

"¿Cuáles son las manifestaciones que los seres humanos consideran buenas —pregunta Hasein— y cuáles consideran malas?" Su abuelo contesta que, sobre la tierra, existen dos interpretacio-

nes diferentes concernientes al Bien y al Mal. "La primera de esas interpretaciones se formula de esta manera: Toda acción es buena, objetivamente, si el hombre la cumple de acuerdo con su conciencia; es mala si le procura remordimientos". Belcebú explica entonces a su nieto que existe una segunda interpretación terrestre del Bien y del Mal, "la cual se ha generalizado a través de generaciones de seres comunes, gradualmente, sobre casi todo el planeta, bajo el nombre de moralidad". Belcebú hace, evidentemente, muy poco caso de esa moralidad, pues agrega que su marca distintiva "es la misma que pertenece, particularmente al ser que se llama camaleón".

Grudjjeff ponía siempre el acento sobre la conciencia. Hábia dos palabras más de las que hacía un uso constante: las palabras deber y responsabilidad. Decía que al llegar a cierta edad, todo hombre debe asumir ciertos deberes. Debe justificar su existencia sirviendo a su prójimo y a su Creador. Un niño está exento de deberes y de responsabilidades, pero cuando llega a la edad adulta, debe aprender a cumplir lealmente con estas dos obligaciones. En un capítulo precedente de *All and Everything* relata cómo el joven Hassein está abrumado por el sentimiento de lo que debe a aquellos que, en el pasado, han creado por sus esfuerzos y sufrimientos las condiciones de vida con las que él, nuevo habitante de este mundo, se beneficia. Su abuelo le responde que no debe aún pagar esa deuda:

"El tiempo del que dispones a tu edad no te ha sido dado para que pagues tu existencia, sino para que te prepares para el porvenir a las obligaciones que incumben a todo ser tricervical responsable. Así, por el momento, existe tal como existes. Pero no olvides una cosa: a tu edad, es absolutamente necesario que cada día, al levantarse el sol, mientras contemplas su esplendor, establezcas un contacto entre tu conciencia y las diferentes partes inconscientes de tu presencia total. Procura hacer durar en ti ese estado y de persuadir a esas partes inconscientes —no como si fueran conscientes—, que si ellas entorpecen tu funcionamiento general, cuando hayas llegado a la edad de la responsabilidad, no sólo no podrán cumplir el bien para el cual están hechas, sino que tu presencia total de la que forman parte será incapaz de ser un buen servidor de nuestro común y eterno Creador, y por consiguiente, indigna hasta de pagar por tu nacimiento y tu existencia."

Gurdjjeff insistía no solamente en sus escritos sobre la importancia de los deberes que el hombre adulto debe cumplir. Recuer-

do muy nítidamente una velada durante la cual me preguntó mi edad. Al saber que, fuera de él, yo era la persona de más edad entre los presentes, se volvió hacia los demás y dijo: "Ustedes notan que yo no trato a todo el mundo del mismo modo; trato a la vejez con respeto, y así deben proceder ustedes." Luego, volviéndose a mí, agregó: "Y usted, por su parte, debe asumir las responsabilidades de persona mayor. Cuando acuden a usted, debe dar lo que de usted se espera, pues también debe pagar. No olvide nunca que cada edad tiene un deber especial que asumir." En efecto, uno de los principios generales del trabajo consistía en que cuanto más viejo era un miembro del grupo, más se le exigía. No se le podía perdonar una falta que se hubiera perdonado a otro; un esfuerzo suficiente para otro, no lo era para él. Toda manifestación de personalidad y de amor propio de su parte, se acogía con particular desprecio.

Gurdjieff se hallaba en permanente guerra con la personalidad del hombre, esa personalidad que impide al hombre entrar en contacto con las partes más profundas y más reales de su ser. Su libro *All and Everything* comienza y termina con esta observación. En el último capítulo, relata cómo Belcebú, una vez terminada su misión, regresa a su patria triunfalmente. Cuando el barco interplanetario se aproxima a su destino, Hassein plantea la última pregunta al abuelo: "¿Qué contestaría usted si Dios lo hiciera llamar a su presencia y le preguntara qué medios debería utilizar para salvar a los habitantes de la tierra?" Belcebú responde: "El único medio de salvar ahora a los seres del planeta Tierra sería el de injertar en su presencia un nuevo órgano que poseyera tales propiedades que cada uno de esos desdichados, en el curso de su existencia, sintiera y conociera constantemente la ineluctabilidad de su propia muerte y la de todos aquellos sobre los que se posan sus ojos y su atención. Sólo una sensación y un conocimiento de este orden podrían ahora destruir el egoísmo que, completamente cristalizado en ellos, ha devorado su esencia completa, así como la tendencia a detestar al prójimo, que de ahí se origina, tendencia que engendra todas las relaciones mutuas existentes entre ellos, que constituyen la principal causa de todas las anomalías indignas de seres tricervicales y perjudiciales para ellos, como para el universo entero."

Estoy convencido de que Gurdjieff obedecía a los mandatos de su conciencia y que si pecó, sólo fué contra el código moral, que "pertenece por entero al ser que se apoda camaleón". Si ofendió

la moral convencional, lo hizo abiertamente, pues jamás nadie se preocupó menos que él de su reputación. Cuando se le decía que alguien lo había criticado, se reía y replicaba que eso no era nada al lado de lo que otros pensaban y decían de él.

Al mirarlo por última vez, y al pensar en todo lo que había hecho en el curso de su larga vida y todo cuanto yo le adeudaba, olvidé las rarezas de su comportamiento que, en el pasado, me había extrañado y hasta turbado. ¡Qué pequeñeces, comparadas con el hombre en su totalidad! Aquello que Hamlet decía de su padre, el difunto rey de Dinamarca, yo podría, verdaderamente, decirlo de Gurdjieff:

*He was a man. Take him for all in all,  
Y shall not look upon his like again.*



## IX

### EL ESTUDIO DE DENIS SAURAT

*La clave de la actitud de Gurdjieff hacia sus discípulos. — Conocimiento mental y conocimiento real. — Una conducta gobernada por el humor. — Los riesgos del lector. — Cómo abordar el libro. — El interés y las dificultades de la obra. Breve resumen. — Las ideas directrices y los mitos. — La demolición del espíritu europeo. — La invasión del budismo. — ¿Era Gurdjieff budista disfrazado? — Una posición con respecto a Gurdjieff.*

Considero que no hay que tomar a Gurdjieff como a un maestro que tiene como meta enseñar una doctrina a sus discípulos, sino como a un educador que se propone formar la inteligencia y el carácter de un pequeño número de discípulos escogidos, que él considera más bien como a niños que están a su cargo. Ahora bien, no se trata de decir a los niños toda la verdad. Se les dan ciertas partes cuidadosamente preparadas, que, según se cree, favorecen el crecimiento de su alma y aún, en ciertos casos, se inventan ficciones, como los Reyes Magos, que ayudan al niño a expresarse y a desarrollarse. En su libro *All and Everything* (pág. 901) Gurdjieff dice, hablando de un sabio adelantado de la tierra:

“Yo tenía el derecho de decirle la verdad con respecto a mí, porque él era ya uno de esos seres, habitantes de este planeta, a los que las autoridades superiores no nos prohibieron decir la verdad.

“Pero en ese momento, no podía decírsela porque estaba allá, también, el derviche Hadji-Bogga-Eddin, quien no era aún sino un ser terrestre común de la clase de aquellos a los que, desde

tiempo atrás, los muy altos nos habían prohibido decir la verdad sobre cualquier cosa y en cualquier ocasión.

“Esta interdicción, hecha a seres de nuestra clase, se justificaba porque era necesario que estos seres de su planeta adquirieran un *conocimiento de las cosas*.

“Ahora bien, toda información, aun si es verídica, da a los seres en general, únicamente, un *conocimiento mental*, y este conocimiento mental tiene como único efecto el de disminuir la posibilidad de conocer las cosas en sí mismas.

“Y puesto que es el único medio que queda a estos desdichados seres terrestres de librarse completamente (de sus errores), esta orden fué dada a los seres de nuestra clase y se les hizo jurar no decir nunca la verdad a las criaturas terrestres.”

Este pasaje casi oculto de la página 901 (a la que pocos lectores llegan) nos da la clave de la conducta de Gurdjieff con sus discípulos. Su fin era hacerlos llegar a descubrir la verdad por ellos mismos, puesto que su tesis general era que sólo la verdad que uno mismo descubre tiene valor. Lo esencial de esta doctrina lo ha expuesto varias veces el cardenal Newman en su célebre distinción entre el *asentimiento nocional* y el *asentimiento real*. El hombre da su *asentimiento nocional* a algo que su inteligencia comprende y acepta, pero casi nunca obra siguiendo este asentimiento, que queda en el dominio intelectual, abstracto y vano. El *asentimiento real*, en cambio, viene no de la inteligencia, sino de un contacto vivo con el ser, y este *asentimiento real* compromete no sólo la inteligencia, sino el deseo, la voluntad y la acción. Newman no diría como Gurdjieff que la aceptación intelectual es fatal al conocimiento real, pero en el fondo, el pensamiento de Gurdjieff no está alejado del de Newman, ni del de muchos poetas, entre otros, por ejemplo, Keats, que dice en su *Oda al Ruiseñor*: “La inteligencia retrasa y molesta”, pues su inteligencia le impide aprehender la belleza del canto del ruiseñor.

Por otra parte, en las teorías cristianas de la gracia existe una idea que pertenece al mismo orden. El acceso a la fe no se tiene por la inteligencia; al contrario, la inteligencia combate la fe. La fe es el contacto directo con Dios y viene por la gracia.

En el pensamiento de Gurdjieff esto no se aplica especialmente a Dios, del que Gurdjieff casi no habla, sino a todas las cosas. Para conocer las cosas, hay que descubrirlas uno mismo, y todo cuanto nos dicen los otros hombres no es sino un velo entre nosotros y las cosas.

Se sigue de esto que Gurdjieff se deja ir libremente a la expresión de su sentido del humor. En su presentación de las cosas, Gurdjieff es, ante todo, un humorista. Con esto, yo no sostengo que es nada más que humorista; al contrario, es un maestro de espiritualidad extraordinariamente desarrollada. Pero la presentación de sus doctrinas y aun y sobre todo su conducta física y activa hacia los discípulos son gobernadas por el humor. Esto es evidente desde las primeras páginas de su libro.

El primer capítulo se titula "Cómo despertar el pensamiento", y el encabezamiento de la segunda página dice: "En fin, así es cómo he comenzado, y en cuanto a saber cómo continuaré, sólo puedo decir, mientras, lo que dijo una vez el ciego de marras: veremos."

Evidentemente, esta hermosa teoría y esta hermosa práctica de no decir nunca la verdad están igualmente más allá de las fuerzas humanas; inevitablemente, de tiempo en tiempo, y aun, tal vez, a menudo, Gurdjieff dice lo que cree ser verdad. Así, su enorme libro se convierte en una mezcla bastante azoradora de cuentos humorísticos, de mentiras deliberadas, presentadas muy seriamente, y de ideas de las que Gurdjieff está profundamente convencido. Eso quiere decir que el lector se interna en el libro a su gran riesgo y tendría que ser más inteligente que Gurdjieff para burlar este diabólico método y poder separar estas tres capas geológicas que Gurdjieff procura mezclar lo mejor que puede.

Pero, por otra parte, se concibe qué inmenso placer intelectual, moral y aun espiritual provoca el riesgo de esta aventura. Me parece que lo mejor es comenzar por un prejuicio desfavorable y de formar, a la manera de Descartes, una firme resolución de no tomar en serio nada de cuanto dice Gurdjieff, a menos que uno mismo posea pruebas independientes decisivas.

Me permito agregar que, por mi contacto personal con Gurdjieff (contacto que se reduce, a decir verdad, a una tarde de conversación por intermedio de un intérprete, y hace treinta años) y por mis observaciones sobre numerosos discípulos suyos a quienes he visto después, este método que recomiendo para leer su libro contaría con su completa aprobación. Gurdjieff no estaba nada orgulloso de sus discípulos y hacía muchos esfuerzos por descubrir entre ellos algunas raras cabezas que le proporcionaran algo de esperanza. En cambio, es enternecedor ver qué devoción y qué respeto han guardado sus discípulos por él y es muy posible que Gurdjieff los haya subestimado. Recordemos, en efecto, que Gurd-

jeff era un oriental. No ha comprendido nunca muy bien ni la civilización ni la inteligencia europeas. Ha visto muy bien nuestros defectos y es, tal vez por ello, por lo que puede sernos útil.

*All and Everything* es una crítica, en algunos puntos fundamental, no sólo de nuestra civilización, sino de nuestro modo de pensar, y este libro puede sernos muy precioso si llegamos a comprenderlo. Pero, ahí reside su misma dificultad. El sentido del humor de Gurdjieff no es el sentido del humor occidental y, a menudo, no sabemos si ríe o no. El humor es un juego peligroso del espíritu y no debería ejercerse más que sobre temas sin importancia, pues, en realidad, si se lo lleva un poco lejos, no se encuentran dos personas a la vez que tengan exactamente el mismo sentido del humor. Muchos malentendidos provienen de allí, no sólo de pueblo a pueblo, sino de persona a persona, sobre todo entre hombres y mujeres. De este modo Gurdjieff es muy difícil de comprender, aun cuando lo que dice le parece a él perfectamente claro.

En realidad, todo esto sólo es exterior, y yo no hago sino describir las circunstancias intelectuales que rodean el libro. Después, es preciso afirmar que Gurdjieff es un maestro de gran espiritualidad. Es evidente que sabe cosas que el hombre cultivado común ignora. Posee una concepción completamente especial y asombrosa de la constitución del mundo espiritual. Se puede no aceptar sino fragmentos acá y acullá, pero esos fragmentos son de una calidad muy elevada. Todos aquellos que se interesan por la filosofía y los que se ocupan de la espiritualidad, tienen el mayor interés en leer a fondo a Gurdjieff. Quiero decir con esto que, por ejemplo, los que leen a místicos cristianos, los que conocen bien a los padres de la Iglesia, lo mismo que aquellos que se ocupan de recientes disciplinas psicológicas encontrarán en ese enorme libro, que al comienzo tiene todo el aspecto de farrago, un gran número de ideas interesantes, y tal vez hechos nuevos.

No puedo sino procurar presentar un resumen muy abstracto de la línea general de esta obra. Resulta que el mundo en el cual vivimos, el sistema planetario de nuestro sol debe su existencia, en parte, a un error. Un personaje, muy elevado en la jerarquía de los seres, ha cometido una insigne torpeza en el transcurso de la creación del mundo. No había en ello nada predestinado y sólo la estupidez pasajera de un ser muy inteligente ha dado lugar a la catástrofe. El primer resultado del accidente consistió en que las dos lunas que giraban alrededor de la tierra comenzaron a

alejarse de modo muy inquietante, y si ese movimiento no se hubiera detenido, esos satélites, perdido el orden, hubieran provocado perturbaciones y desastres en el mundo entero. Y los seres superiores que rigen el universo físico, se comportaron entonces con flagrante egoísmo. No deseaban que el ser supremo advirtiera su error y decidieron sacrificar a los hombres. Dieron a los hombres un órgano especial que proporcionaba la perfección de la realidad al revés y que unía el placer a objetos, en principio neutros. Pero este órgano implantado en la vitalidad humana enviaba al espacio vibraciones que actuaban como freno sobre el movimiento de los satélites desvergonzados. Al cabo de un tiempo, las dos lunas fueron fijadas así de una manera permanente en sus órbitas. Se pudo entonces liberar a los hombres de ese órgano tan molesto para ellos. Pero, desdichadamente, aún ahora, cuando el órgano ha desaparecido, los hombres, habiéndose acostumbrado a pensar bajo la influencia de esa fuerza nefasta, continuaron viendo las cosas al revés, lo que trajo todos sus errores políticos y morales, las guerras en particular. Así ocurren cosas que Dios no ha deseado ni previsto, y a las que Dios mismo no puede remediar. Ese Dios no es, por otra parte, evidentemente el Dios supremo, pues sólo rige una parte bastante restringida del universo, pero desdichadamente para nosotros, precisamente aquella en la que nos encontramos. Procura ayudarnos dentro de su medida y nos envía, cada vez que las circunstancias lo permiten, a seres superiores que se encarnan en la forma de profetas y vienen para revelarnos un pequeño número de verdades últimas. Naturalmente, esos profetas fracasan siempre, y por lo general los hombres terminan por matarlos, porque tratan siempre de conseguir que los hombres pierdan su errada forma de pensar y de obrar. Sin embargo, a veces sucede que se produce un leve progreso. Esta historia, bastante lamentable, es contada por uno de los seres superiores, que se llama Belcebú, a uno de sus descendientes, que se halla aún en la edad infantil, y todo el libro, en principio, está adaptado a la mentalidad de ese niño.

Uno de los errores principales que hay que disipar es la idea de que todos los hombres poseen un alma. En realidad, son muy pocos los seres que tienen un alma inmortal. Todos los seres, es exacto, son necesarios para el conjunto, y aquellos que se esfuerzan especialmente hacia la virtud o la inteligencia, pueden adquirir un alma que se vuelve más o menos inmortal, pero en conjunto la masa de hombres no se diferencia en nada de los anima-

les. Ni la teoría de la evolución, ni la de la reencarnación contienen mucho más que errores de perspectiva. La religión cristiana está un poco más cerca de la verdad. Es completamente cierto que existe un Dios supremo en tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu. Pero aun este Dios está sujeto a algunas limitaciones. Parecería que detrás de la Trinidad existe algo que se llama el sol absoluto que *emite* leyes, tal vez por intermedio del Espíritu Santo. El Hijo y el Espíritu, juntos, recuperan en el espacio la pérdida que sufre ese sol absoluto a causa de su actividad creadora. Una enorme parte de esta pérdida se produce por los hombres y es en parte el trabajo del Hijo el recuperar la mayor cantidad de sustancia o fuerza divina desperdiciada entre nosotros. Pero nuestros vicios impiden el éxito de la empresa, y entre nuestros vicios, sobre todo la conducta sexual es completamente contraria a la buena marcha del mundo. La Humanidad está sobre todo degradada y el espíritu cada vez más envilecido por los abortos y las precauciones anticoncepcionales que hicieron que el hombre cayera más bajo que los animales. En efecto, los animales, que se conducen de acuerdo con la naturaleza, tienen más alma que los hombres degradados. "La naturaleza", tal como existe sobre la tierra, es una especie de divinidad muy inferior, pero que, sin embargo, posee el poder de prever y de construir el porvenir en cierta medida y que trata a la Humanidad actual como los hombres tratan a los cerdos que ellos engordan, matan y comen. Es, después de todo, lo único para lo que sirven los hombres comunes. En cambio, cuando muere un hombre evolucionado, pasa por una especie de purgatorio. El paraíso y el infierno son errores producidos por ese antiguo órgano humano, cuyas funciones concernían en realidad a la luna. Pero la idea del purgatorio es completamente cierta; aun las mejores almas, las que han conseguido desarrollarse en la tierra, necesitan largas pruebas después de la vida terrestre para estar dentro de la normalidad de los espíritus.

Se podría considerar, en suma, que para Gurdjieff esta tierra en que nos hallamos es un infierno con algunos resplandores de esperanza, pero un infierno del que un pequeño número de nosotros saldrá para pasar por un purgatorio y purificarse de manera de subir gradualmente al rango de espíritus elevados.

Es difícil decir en qué medida Gurdjieff desea que se preste fe a esta construcción fantasmagórica. Creo poder afirmar, con certeza, que era completamente sincero en la expresión de esa idea

general de que el espíritu europeo de hoy ve las cosas de una manera que deforma completamente la verdad, y en ciertos casos, hasta presenta lo contrario de la verdad. Era igualmente sincero, pues, en la crítica de nuestra intelectualidad y de nuestra civilización occidental. Pero esta crítica, que hubiera podido sernos muy útil, no está presentada en forma coherente a través del libro; sólo advertimos, por decirlo así, fragmentos. Se intensifica sobre todo contra América y todo lo que viene de América; en cambio, Francia es objeto de simpatía bastante acentuada.

Una idea interesante y que probablemente merece mirarse con más detención es la de que el budismo, como religión, está invadiendo, poco a poco, el Occidente. Para Gurdjieff, han salido del budismo los diferentes ocultismos de los siglos XIX y XX: la teosofía, el espiritismo, el psicoanálisis en sus distintas formas y casi toda la filosofía contemporánea. Gurdjieff era, con seguridad, un gran conocedor del budismo. Algunos orientales de educación superior con quienes he discutido sobre Gurdjieff, hasta han llegado a sostener que Gurdjieff era simplemente un budista que, por razones personales, se había radicado en el Occidente y había ensayado enseñarnos algunas de las verdades y de los métodos más sencillos del Extremo Oriente. Sobre este punto nada puedo afirmar y el libro de Gurdjieff no señala ningún prejuicio favorable al budismo. Al contrario, parece condenar formalmente esta extensión de ideas orientales hacia el Oeste. Él mismo me dijo que deseaba llegar a una síntesis entre la técnica y la ciencia occidentales por un lado y la espiritualidad oriental por el otro, pero no se refería particularmente al budismo y hasta consideraba a todas las religiones del Asia, tales como son hoy, como a formas degeneradas de una antigua revelación. Sostenía haber descubierto la verdad en colaboración con una docena de otros investigadores que habían recorrido juntos, primero el Asia, luego el resto del mundo, y que no habían descuidado documentarse, además de en los testimonios orales, en los libros, la arqueología y las ciencias modernas. Ese grupo de investigadores llegó a persuadirse de que había reconstruido, casi del todo, la antigua y verdadera revelación. Una vez alcanzado ese propósito, los miembros del grupo se habían dispersado por toda la tierra y cada uno obraba ahora por su propia cuenta, sin que subsistiera entre ellos más que relaciones amistosas. Ningún trabajo de conjunto se había realizado como grupo. Él, Gurdjieff, había decidido radicarse en Francia,



después de algunos viajes a Estados Unidos, formar algunos discípulos y dejar detrás de él libros de los cuales el primero fué publicado, pues, bajo ese título de *All and Eveything* en 1950.

Me permitiría al terminar, y para rectificar una determinada cantidad de afirmaciones halladas aquí y allí en la prensa, declarar aquí que de ningún modo soy discípulo de Gurdjieff. El breve contacto que tuve con él me dejó la impresión de una personalidad humana muy fuerte, complementada o coronada por una espiritualidad muy elevada, a la vez moral y metafísica. Entiendo decir con esto que me pareció que sólo las más altas intenciones morales regían su conducta y que, por otra parte, sabía sobre el mundo espiritual cosas que pocos hombres saben, y que era verdaderamente un maestro en el dominio de la inteligencia y del espíritu. Sin pretender conocerlo perfectamente, experimento, pues, por él mucha simpatía y hasta cierto afecto.

Pero mi evolución personal no se ha cumplido del todo de acuerdo con la dirección que él mismo ha seguido. Reconozco en su libro que sería erróneo áceptar como una exposición sistemática muchas ideas que considero justas y algunas que me parecen profundas. Pero esas ideas me han venido de otra parte y no hago sino encontrar en él confirmaciones que acojo con placer. Me parece que es la actitud que él hubiera preferido encontrar en un ser humano, pues a pesar de las apariencias tiránicas y a veces bruscas, tenía el mayor respeto por la personalidad de los demás cuando les reconocía una personalidad, y se conducía con la cortesía y la delicadeza que, sin duda, eran expresión de su alma profunda.

## EL ARTÍCULO DE CORHAM MUNSON

*Con respecto a Gurdjieff, Nietzsche no es sino un iconoclasta de provincia. — Diálogo sobre el navío interplanetario. — Belcebú es mejor relator que Sheherezada. — Del Egipto antiguo a Leonardo de Vinci, pasando por el monte Saint-Michel. — Comparación con Swift. — Un libro que conocerá la gloria.*

Este libro es una iconoclasia de gran envergadura, al lado de la cual la iconoclasia de Nietzsche parece provinciana. Lo que ha querido el autor, según sus propios términos, es “destruir sin perdón y sin componendas posibles, en el pensamiento y en los sentimientos del lector, todas las creencias y todas las opiniones que los siglos han enraizado con respecto a todo cuanto existe en el mundo”. La primera sorpresa consiste en descubrir que el héroe de esta serie de historias no es otro que Belcebú, la divinidad profética del Antiguo Testamento, el príncipe de los demonios de los Evangelios. En *All and Everything*, Belcebú, nacido en el planeta Karatas, entra al servicio de la infinitud del Sol Supremo; y allá, cree percibir algo “ilógico” en la conducta del universo. Joven, ardiente, rebelde, procura intervenir en el orden de las cosas; para castigarlo por esa desdichada tentativa, se lo exila a un lejano sistema solar: el nuestro. En Marte, Saturno y la Tierra su conducta le acumula tantos méritos que, después de largos siglos, su Infinitud lo indulta y lo autoriza a regresar a su planeta natal. Lo encontramos en el navío interplanetario que navega hacia Karatas; para pasar el tiempo, relata a su nieto Hassein sus seis descensos a la Tierra. El primero se sitúa en la época de la civilización atlántida; el último, lo lleva a América, hacia 1921.

Belcebú es una creación extraordinaria porque se le ha dado una visión cosmopolita a escala cósmica y una perspectiva histórica que remonta casi a los orígenes del hombre. Belcebú habla de las comunidades humanas como lo haría de sus viajes al África un parisiense que hubiera viajado mucho, y su conocimiento histórico se extiende en el pasado hasta el tiempo de la colisión que separó de la Tierra dos fragmentos: la Luna y otro satélite desconocido por los astrónomos. Por otra parte, Belcebú es un maravilloso relator, muy superior a Sheherezada.

Consigue discutir sobre casi todo cuanto ha preocupado al espíritu humano a través de los siglos. He aquí una lista muy incompleta de los temas que aborda para el gobierno de su nieto: las civilizaciones de más allá del desierto de Gobi; las deformaciones sufridas por la enseñanza budista; el verdadero significado de la Cena; la rehabilitación de Judas; la significación esotérica de la arquitectura del monte Saint-Michel; el movimiento perpetuo; los misterios de la electricidad; las revueltas bolcheviques en el Egipto antiguo; el enigma de la Esfinge; la poligamia en Persia; la música objetiva, que consigue provocar un furúnculo en la pierna de un hombre; la persecución de Mesmer; los desdichados efectos del culto británico por los deportes y de la alimentación americana; una experiencia del vacío en Saturno; cómo Leonardo de Vinci logró descubrir casi todos los secretos del arte objetivo.

Al leer *All and Everything* uno se da cuenta muy pronto de que se trata de una alegoría de tipo insólito. La obra más cercana en la que puedo pensar es *A Tale of a Tub* (El cuento del tonel), de Swift. Pero, ¿cuál es la clave de esta alegoría? El autor nos la da en un epílogo en el que describe al hombre como a un ser mecánico sin libertad real, el que, no obstante, merced a una educación especial, puede armonizar sus "tres cerebros" y adquirir voluntad e iniciativa.

Me permito predecir que *All and Everything* será muy poco notado al comienzo; que ese libro hasta será considerado indigesto, pero que resistirá al paso del tiempo, atraerá a un público cada vez mayor e inspirará una abundante exégesis.

## XI

### EL ENSAYO DE L. TRAVERS

*Un cartucho de dinamita. — Los cuentos de hadas describen la totalidad del destino humano. — La Bella durmiente del Bosque y la vieja lucha contra el sueño. — El arte órfico y el sentido interior de las cosas. — Existe una oreja detrás de la oreja. — El fuego instructor. — Los cuentos de hadas hindúes y persas. — William Blake. — El continuo desplazamiento del fuego instructor. — La obra provocadora de Gurdjieff. — Palabras nuevas. — Una inmensa cosmología. Lo que dicen todos los cuentos de hadas: ¡Despiértate, durmiente, despiértate!*

La expresión "cuento de hadas" se ha empleado a menudo tan mal que se ha vuelto en nuestros días un poco engañadora. Sin embargo, no se ve cómo podríamos pasarnos de ella, ni encontrar otra mejor; forma parte de nuestra tradición irrevocable ¡y encierra tantas cosas! En el amplio hogar del cuento de hadas hay lugar para muchos niños: mitos, cuentos populares, leyendas, sagas, sin hablar de su madre común, la religión, esa vieja y poderosa pitonisa. Es una familia formidable y es posible que el desuso en que ha caído hogaño el cuento de hadas se deba al hecho de que nadie quiere ya hallarse en presencia de tal asamblea de Parcas. He oído a padres que declaraban que no querían que sus hijos leyeran cuentos de hadas porque temían que al crecer tomaran sus deseos por realidad. En un momento de mayor sinceridad, tal vez podrían decir que encontraban poco conveniente dejar que sus niños devoraran algo que es esencialmente dinamita. No se trata de que los cuentos de hadas puedan hacer daño a nadie pero son capaces de provocar una cadena de pregun-

tas que sólo tienen a la verdad por respuesta. ¡Se puede difícilmente imaginar proceso menos alentador para aquel que pretende tomar sus deseos por realidades!

Sería absurdo negar que el cuento de hadas es, ante todo, una diversión para el niño. Pero esa diversión sólo es la mitad del cuento. La otra mitad se refiere a la naturaleza del mundo y a las relaciones del hombre con ese mundo. Es un tema para abordar el cual nadie es demasiado viejo. El cuento de hadas es, a la vez, una descripción del hombre y el mapa de su viaje. Cada una de sus historias se une como por el cordón umbilical a una idea eterna. Entre los más sencillos y más familiares, escojamos, al azar, *Hansel y Gretel*, por ejemplo. ¡Qué encanto para los niños con su casa de azúcar y su umbral de pastillas de menta! Para nosotros, sin embargo, es tan sólo una trampa. Porque el verdadero secreto está en el viaje a través del bosque. Si usted quiere encontrar de nuevo su camino (regreso al origen, volver a ser como niños) le es preciso, cuenta la historia, sembrar algo menos efímero que guisantes o pétalos de rosa. Los pájaros comerán los primeros; el viento dispersará los segundos; sólo marcando su camino con piedras sólidas, ocultas, indestructibles, podrá usted volver a encontrar su camino y escapar al horno de la bruja, es decir, al aniquilamiento.

Tome la historia de *Un-ojo*, *Dos-ojos* y *Tres-ojos*. La madre sólo quería a *Un-ojo* y *Tres-ojos*; ¡eran tan extraordinarias, tan extrañas! *Dos-ojos* se asemejaba a todo el mundo, por eso debía arreglárselas sola. Y sin embargo, la fiesta de las hadas sólo se dió para *Dos-ojos*, sólo *Dos-ojos* pudo coger el fruto de oro y plata y sólo de *Dos-ojos* se enamoró el príncipe. ¡Afuera con lo extravagante!, grita la voz interna del cuento. Lo subhumano y lo sobrehumano sólo son monstruosidades.

Únicamente el ser absolutamente normal puede escapar a la esclavitud diaria y nutrirse con el pan espiritual.

¿Qué podemos decir de *La Bella durmiente del Bosque*? ¿Cree usted que en esta historia el encanto fué roto por alguien que tomaba sus deseos por realidades? Es el capullo de seda que recubre una severa exhortación: el hombre —nos recuerda la historia— debe mantener constantemente una parte de sí mismo despierta, para que, al abrirse paso en medio del bosque de su naturaleza habitual, cuyo crecimiento es automático, pueda despertar más y más lo que duerme en él. Pero si usted sacude la rama de esta historia florida, se desprenderá más de una semilla. La

primera aconseja una vigilancia continua; la segunda, afirma que sólo el amor es capaz de franquear las más espesas malezas; la tercera, sugiere que si la Bella es la heroína del cuento, el principal personaje es la malvada hechicera. Si ésta no hubiera blandido su varita, gritando "¡Duerman!", ¿cómo podría comenzar el duro trabajo del despertar? En los antiguos textos, las cosas ocultas se manifiestan a menudo por sus contrarios. En la *Bella durmiente del Bosque* se nos revela que los demonios nos bendicen tanto como los ángeles y que nuestros enemigos pueden sernos tan útiles como los amigos.

Esta no es sino una de las historias que nos ponen en guardia contra el sueño. En otras, vemos a magos adormecidos, mientras su vieja madre les arranca los tres cabellos de oro que constituyen toda su sabiduría. A los gigantes que se acuestan para dormir, se les roba el corazón. Mientras la liebre duerme la siesta, la tortuga gana la carrera. Los dos hermanos mayores roncan en el cruce de los caminos, mientras el menor los sobrepasa y llega primero al palacio del rey.

Los temas de tres hermanos dedicados a la misma búsqueda vuelven continuamente. Literariamente, se los puede considerar como entidades separadas: el príncipe Tom, el príncipe Dick, el príncipe Harry. Pero también se los puede considerar como una entidad triple, hecha a la imagen del yo interior del hombre. Este, como el primer hermano, vive con el instinto. Llega el momento en que experimenta la necesidad de algo más, que no sabe dónde buscar. Sólo el tercer hermano, educado desde la infancia en la aceptación y sumisión y que no tiene vergüenza de recurrir a la ayuda de la más humilde de las criaturas, puede pretender al amor de la bella princesa. Los cuentos de hadas son como los nenúfares: reposan levemente sobre la superficie, pero sus raíces descienden en las profundidades de un oscuro y lejano pasado. Son, de hecho, todo lo que queda de ese arte órfico, cuya función era enseñar a las generaciones sucesivas el sentido interior de las cosas. Nunca han pretendido ser simplemente literatura, aunque el alto valor literario que poseen, además, sea un indicio de su origen órfico. Crecieron naturalmente, menos como invenciones que como generalizaciones de la experiencia general. Son juicios objetivos formulados en palabras, como la Esfinge es un juicio objetivo formulado en piedra. Hay que recordar que el cuento de hadas se destinaba al oído y no al ojo. El acto de escuchar es la primera lección que debe extraerse del cuento de hadas, como de

la religión; el acto de escuchar es la atención, mirada interior, llamado. Mientras los cuentos se transmitieron oralmente, franquearon generaciones sin deformarse. En nuestros días, la lectura lleva la responsabilidad de las versiones falseadas. Porque el ojo es menos seguro que el oído: no posee el don del eco. Aquellos que han escuchado cuentos de hadas, tienen de ellos una comprensión muy diferente de aquellos que solamente los han leído. Cuando un niño escucha, la historia que se le cuenta penetra en él simplemente como historia. Pero existe una oreja detrás de la oreja que conserva la significación del cuento y la revela mucho más tarde. Entonces se comprende la naturaleza del dragón, la necesidad de los trabajos del héroe y *quién* vivirá siempre feliz.

La suerte es uno de los elementos importantes de los cuentos, pero no tiene nada que ver con los votos. Sin la suerte, usted podría hacer pasar a un rico a través del ojo de una aguja mucho más fácilmente que satisfacer sus exigencias. El ojo que Odin da de todo corazón en cambio del don de memoria y de premonición que ha recibido de Mimir, no le cuesta nada. Hace todo un negocio y lo sabe bien. No se obtiene nada por nada en este mundo y los anhelos no llevan a nada. Nunca hay salidas fáciles en los cuentos de hadas. Los personajes deben saltar a través de todos los aros. Los príncipes se envían no sólo al fin del mundo, sino más allá. Cuando usted ha llegado al fin del mundo, ¿qué hay más allá? Ese más allá se encuentra en el interior, responde el héroe, y vuelve sobre sus pasos. Sólo en esa dirección puede continuar la búsqueda. La debe cumplir en la duración tradicional de los cuentos de hadas, nunca más de un día. Aquí, como para el más allá, es el día el que contiene el secreto. Pues, para siempre, es el Tiempo. Pero el día es el Tiempo que vuelve sobre sí mismo; es el instante, el Ahora que va y viene con el ritmo de la respiración, el último siempre, la Eternidad. No es una vez que hay que matar al dragón, sino siempre, segundo tras segundo. ¡Se puede imaginar maneras más fáciles de pensar por medio de anhelos!

Como las flores, los mismos cuentos de hadas brotan en diferentes países, siempre con lazos de parentesco y siempre ligados a parábolas de verdad que constituyen las religiones del hombre. Como maestros de aldea, enseñan a los simples, mientras el alto clero se dirige a los eruditos. Pero ambos dan esencialmente la misma enseñanza. Cómo vivir y cómo morir, tal es el objeto del arte órfico, bajo cualquier forma que afecte. Porque vivir y morir



es un solo y mismo proceso: aprender uno es aprender el otro. Y este conocimiento antiguo es siempre accesible: los fundamentos de la sabiduría reposan sobre toda cosa. Es como si, en algún lugar del universo, existiera un sólido faro, una rueda brillante, cuyos ejes de luz cayeran acá y acullá sobre los mares agitados. George Chapman (el Chapman de Homero) pudo imaginar un fenómeno cósmico de esa naturaleza, semejante dador de luz hasta lo infinito, cuando escribía:

*¡Terror de la oscuridad! Oh tú, rey de las llamas  
Montado en tu caballo con pies de música, haces brotar  
Fuera del cristal la resplandeciente luz sobre la tierra oscura,  
Y lanzas sobre el mundo un fuego instructor.*

¡Un fuego instructor! Ese fuego, en efecto, ese fuego que emana indefiniblemente es la nostalgia del hombre cuando piensa en la edad de oro. No existe el buen tiempo viejo, ni el Edén enarenado, sino ese conocimiento antiguo que, al impresionar su oído interior, hace al hombre ávido de algo que no sabe que sabe. Lanzado por el mundo podemos ver cómo ese fuego obra en el curso de los siglos y a veces cae en un buen terreno. Ese fuego fué la antorcha de Lao-Tse. Con esa luz expresó su doctrina muda, que no puede ser dicha realmente, jamás, como tampoco puede decirse el Sermón de la Flor, de Buda. El cuento de hadas lo tomó también de la mano a la hora de su muerte y lo sentó sobre el buey para llevarlo a los cielos. Allí está el Viejo Hombre, recorriendo por siempre jamás el cielo sobre su rudo corcel; tranquilo, nunca sorprendido, nunca contento, mientras se inclina, tal vez, ceremoniosamente hacia Elijah, sobre su nube.

En la India cayó un nuevo rayo que iluminó los Vedas, los Upanishads, las leyendas budistas, las historias de Panchatantra y ese gran florecimiento de cuentos de hadas, el *Ramayana* y el *Mahabharata* donde las verdades se expresan en voces de poetas y se muestran ataviadas con la belleza más silvestre. ¿En qué cuento encontrarán ustedes una figura semejante a la de Hanuman, una apoteosis de simplicidad y de don de sí mismo, parecida a aquella del mono lleno de nobleza en su papel de servidor de Rama (Vichnú)? Sólo el fuego instructor pudo reunir de un modo tan significativo al mono impulsivo y al conservador eterno de las cosas.

En Krishna y en los hermanos Pandava —Arjuna y Bhima— el

cuento de hadas concentra la esencia del *Mahabharata*. Pero las pequeñas joyas son casi tan hermosas: por ejemplo, Nala y Damayanti o Savitri y Satyavana. En esas leyendas hindúes encontramos la fuente que alimenta la cascada de los *Märchen* de Europa, de Escandinavia y de Rusia. No se nos puede reprochar el conocer tan mal los orígenes de nuestros cuentos de hadas; hace sólo unos cien años que el Occidente tiene directa y ampliamente acceso a la sabiduría oriental. ¿Me pregunto si Jacob y Wilhelm Grimm comprendieron que cada uno de los príncipes de la leyenda tenía por nombre secreto Rama y Arjuna? ¿O que Ahmed y Mustafá de las *Noches de Arabia* mezclaban sus cabellos negros a los rubios rizos de los occidentales? También las *Mil y Una Noches* provienen, aunque sólo parcialmente, de su herencia hindú. La otra rama de la familia venía de Persia. Allá el fuego instructor cayó sobre los poetas sufíes. En el *Mathavani* de Jalalu'ddin Rumú, copa desbordante de parábolas y de historias, podrán ustedes hallar más de un cuento parecido como un hermano a los cuentos de Sheherezada y a los que contamos a nuestros niños para dormirlos.

Si proseguimos nuestra búsqueda de los orígenes del cuento de hadas, la pista nos arrastra inevitablemente hacia el este. Es allá donde sale el sol de la sabiduría, como el de la luz. Pero felizmente para nosotros, el movimiento de esos dos soles se efectúa hacia el oeste. Durante su viaje hacia occidente, ¿adaptan a cada región y a cada época las riquezas que traen con ellos? Así poseemos nosotros nuestros propios cuentos de hadas, nuestras propias alegorías y nuestras propias leyendas. Los indios de América poseen una mina de leyendas tan ricas y variadas que se precisarán algunas generaciones para recogerlas y ponerlas en orden. *El Viaje del Peregrino*, de Bunyan, entra en mi categoría, no únicamente por la historia en sí, sino también por la gran simplicidad del estilo. La construcción y la resonancia de un cuento constituyen parte intrínseca de su alegoría. Piensen en Blake y en sus invenciones: ángeles, demonios, niños sobre nubes, y el mundo de espíritus en su totalidad. Toda su obra es un cuento de hadas, red flexible y sólida colocada por el cazador astuto para atrapar la verdad.

Y sin embargo, a pesar de que cada vez le prestamos menos atención, la rueda sigue girando y la luz cae sobre nosotros. Jamás hubo mayor necesidad del fuego instructor que en nuestros días. Y como si la necesidad, por alguna ley universal, suscitara el

medio mismo de ser satisfecha, he aquí que una parte de ese fuego instructor viene hacia nosotros. *All and Everything* (De Todo y Sobre Todo), de G. I. Gurdjieff, debe, a mi juicio, colocarse en la misma categoría, porque este libro tiene por objeto decir al hombre, por medio del disfraz del cuento, de la parábola —llámelo con el nombre que quiera—, la verdad sobre él mismo. Tal vez debería escribir: volver a decir, pues reuniendo los hilos perdidos del antiguo conocimiento, se teje la sólida tela de una exposición contemporánea. Es un libro extraño, apasionante, turbador, único en su género: a veces, sembrado de poesía, continuamente provocador; vibrante como puede serlo un hilo de alta tensión y capaz de producir choques de elevado voltaje. Para obtener de este libro una experiencia válida, hay que ir hacia él despojado y virgen de toda idea preconcebida sobre lo que debe ser un libro. Es una especie completamente nueva de libro. La diferencia entre este libro y los otros es una diferencia de naturaleza, no de gradación, del mismo modo que un camello es diferente de un avestruz.

Esta historia, que enlaza íntimamente los opuestos (como no deja de hacerlo nunca un cuento de hadas), se supone contada por Belcebú a su nieto, Hassein, niño de doce años, mientras navegan a través del universo, de planeta a planeta. Y el tema de su coloquio es la raza de seres tri-cervicales que puebla el planeta Tierra. Sentados en su barco interestelar, el relator, el niño y el viejo servidor —el intelectual, el emotivo y el instintivo—, meditan sombríamente como las tres Parcas sobre la raza de los hombres. El contraste entre el navío volador (¿una nueva versión de la alfombra mágica?) y la tranquilidad de los tres personajes está transmitida perfectamente y es muy emocionante. Inmóviles, drapados en su cola, la cabeza cornuda apoyada en las palmas de sus manos, parecen contemplar a los seres terrestres con una piedad impersonal. Es el cuento de hadas de tiempos modernos, un fragmento de escritura objetiva que no se puede leer sin realizar, de algún modo, la experiencia. Su simbolismo es accesible a todo el que desea verdaderamente comprenderlo y si no se encuentran dragones reales, se encuentran bastantes terrores invisibles como para hacer temblar a héroes más valientes. Para apreciar debidamente esta historia, es necesario oír primero su lectura en alta voz. Creo que sólo de esta manera se pueden aclarar por sí mismos los ritmos embrollados de la escritura y asir, tras los nombres y los verbos deliberadamente inventados,

la resonancia de su significado interior. Para comprender este libro, como para las historias Zen, es preciso abandonar el lastre de la habitual interpretación de algunas palabras y de algunas frases. El que está acostumbrado a pensar y sentir por medio de clisés, no llegará a nada; ante todo, será necesario que se desembarace de ese peso adquirido. Si se desea comprender a Belcebú, hay que volver a aprender palabras como Conciencia, Conciencia de Sí, Razón, Esperanza, Trabajo, Amor. Hasta Belcebú mismo debe ser despojado de su habitual contexto. Pues aquí debemos dar al Diablo lo que se le debe. En cuanto a las palabras nuevas, tan prodigiosas, tan ricas en sentido, con respecto a ellas nuestro único comportamiento posible es adoptarlas como los niños adoptan, sin comprenderlas, las palabras de los mayores. Esas palabras actúan como granos de arena en torno a las cuales crecería la perla del sentimiento. Sin análisis y sin interpretación, los niños dejan que una historia se haga parte de ellos mismos y ellos mismos parte de la historia. El hecho de que *All and Everything* sea contado a un niño, muestra que el autor quiso sugerir algo que está en la línea de los cuentos de hadas: que la puerta de la historia sólo puede abrirse con la misma llave que abre las puertas del Reino de los Cielos. A través de Hassein, niño grave, incansable oyente, criatura semiadulta, llena de apasionante compasión propia de la juventud y poseedor de la semilla viva de la sabiduría, el lector se halla en la posibilidad de verse a sí mismo como en un espejo. A despecho de su poesía, de su invención y de sus destellos de comedia, no es un cuadro muy alegre. Dentro de la escala cósmica, el hombre es llevado a verse a la vez más pequeño y más grande de lo que había presumido: más pequeño, porque no se encuentra ya en el centro de la creación; más grande, porque (a pesar de que esto sea una engañifa) posee aún, no obstante todo lo que ha echado a perder, la posibilidad de cambiar. El pasado puede rescatarse y es factible preparar un porvenir más noble. Pero esta posibilidad —y ahí está la trampa— debe emplearse ahora, en este mismo instante, no después del desayuno o mañana, sino ahora. ¿Oyen ustedes el eco del cuento de hadas?

La cosmología del libro es inmensa. Se nos muestra cómo, desde lo alto de una cumbre, los mundos se elevan uno del otro, o descenden uno en el otro, armoniosamente, como las notas de una octava universal. Se les quita el velo a las leyes cósmicas del Tres y del Siete; ellas nos vuelven a la memoria a los Tres

hermanos y a los Siete hermanos de los cuentos de hadas. Abundan vastos frescos, como la alimentación recíproca de todas las cosas creadas, lo que parece milagroso, hasta que se comprende que esto debe ser verdadero y por lo tanto inevitable. En todo momento, todo participa de todo. Lo que comemos y por lo que somos comidos, constituye uno de los temas más importantes del libro. Los antiguos relataban al hombre sus relaciones con los planetas. Paracelso recordaba el mismo fenómeno cuando decía que comemos estrellas con nuestro pan. Y este libro trasmite el mismo mensaje, planteando a la vez una condición. Esta condición es el corazón y la cruz de la palabra de Belcebú; está sobreentendida en los cuentos de hadas. Esta condición es que el hombre debe trabajar. Puede ganar su pan con el sudor de su frente; pero para comer la sustancia de Arturo y de Orión, o más cercanos a nosotros, de Júpiter y de Venus, debe efectuar otros trabajos, y más duros. Las condiciones en las que esos trabajos pueden ser hechos, son explícitamente expuestos en la historia. El hombre debe *ser* en cada segundo. Debe vivir su vida como si fuera su muerte, sin desviarse del mundo, sino, al contrario, viviendo en el mundo *en vida*, y no contentándose con respirar solamente, mientras los años pasan.

Este libro nos ofrece todo y todas las cosas. La palabra clave de los cuentos de hadas era Feliz para Siempre Jamás. Pero ningún cuento de hadas deja de enviar la cuenta, cosa que Belcebú no hace. En cambio, de todo y todas las cosas, exige nada menos que todo y todas las cosas. Nos advierte que hay que pagar nuestra existencia y el tiempo pasa pronto. Continúe soñando, grita el cuento, ¡pero por su propia cuenta y riesgo!

¿Somos, entonces, todos Bellas Durmientes en los profundos bosques de la costumbre? Si somos honrados y si la vergüenza nos embarga, nuestra respuesta debe ser sí. ¿Estaría la tierra donde está si no estuviéramos dormidos? Existen bombas atómicas para descubrir, muy distintas de las que siembran la ruina y la muerte. Desde el comienzo de los tiempos, cada cuento de hadas fué una pequeña explosión capaz de curar al hombre que quiere ser curado. Las grandes verdades pueden aún ser escuchadas, si el hombre quiere escucharlas; pero no está dentro de su poder el hacerlas callar. Son objetivas y no dependen de él.

Muchos estallidos, muchas bombas llenas de advertencias y de remedios pueden descubrirse en esta alegoría de *All and Everything*. Cada capítulo ilumina la condición humana bajo una

nueva luz. Uno de los más largos, el consagrado a América, es también el más significativo. Pues es en América, a pesar de que la ataca, donde Belcebú encontró, más que en otras partes, esa fraternidad indispensable para la mayor felicidad del hombre. De hecho, todo el libro es una declaración fraternal. Es como si un hermano mayor —o como en los cuentos de hadas, el más joven—, recurriera a su profunda experiencia y expusiera delante de nosotros toda la sabiduría adquirida. Leer este libro es como ser pasado por la batidora. Pequeño, avergonzado, sacudido, uno es llevado vertiginosamente por los aires donde piruetea sin saber nunca a dónde irá a caer. Pero la historia se termina en una gran serenidad. Siempre lleno de compasión, el nieto implora al abuelo algún consuelo para los seres que pueblan la tierra. La respuesta no tarda, amarga y fría, pero súbe en alas de la poesía porque es verídica y brota del amor. Y mientras cerramos el libro, nos parece que el castillo encantado se agita y que las zarzas que lo estrechaban retroceden. El grave niño Hasein las atraviesa y viene hacia cada uno de nosotros, repitiéndonos la más antigua de las admoniciones del cuento de hadas: “¡Despierta, durmiente, despierta!”

SEGUNDA PARTE

LOS FILÓSOFOS DEL BOSQUE



*Una carta de Jean Paulhan sobre la fullería. — Las seis últimas semanas del verdadero Gurdjieff, en Essentuki. — La revolución estalla en Rusia. — Gurdjieff cambia de golpe. — La ruptura con Ouspensky. — Gurdjieff se prepara para el gran juego en Occidente. — Cinco años para perfeccionar una caricatura magistral. — Los ensayos de Tiflis, de Constantinopla, Berlín y Londres. — La llegada a Francia.*

En el momento en que me siento a mi mesa para comenzar la relación de esta segunda parte recibo una carta de Jean Paulhan. Anteayer almorzamos juntos en el campo y, a los postres, la conversación, por mucho tiempo errante, se detuvo en las escuelas esotéricas y sus maestros. Ambos sabíamos que nos habíamos dado esta cita para abordar ese tema y decir acerca de él lo esencial de la experiencia de nuestra vida. En semejantes temas el pudor es tan extremo, que hemos necesitado toda la mañana y toda la comida para vencer miles de reticencias. Esta mañana recibo esta tarjeta sobre la cual está reproducida la "naturaleza muerta de la cabeza antigua" de Picasso. En el dorso, Paulhan me escribe:

"Querido amigo: acerca de esto hay una frase muy hermosa de los Upanishads: 'no se demore allí donde ha encontrado'. Y un hecho no menos evidente: que aquellos que *se demoran* terminan siempre por hacer trampas —ya se trate de Gurdjieff, ya del más miserable pequeño medium de barrio (y de qué manera hacen trampa, es toda una historia, a partir de la cual, de todos modos, la esperanza permanece intacta)".

No es posible dejar de tomar en consideración signos tan nítidos como éste, y esta tarjeta que cae sobre mi mesa viene muy especialmente para servir de eco a las preguntas que me planteo, al hojear los documentos relativos a la actividad de Gurdjieff a

partir de 1917, es decir, a partir del momento en que ese hombre, errando a través del Oriente en busca de conocimientos secretos, se prepara para jugar el gran juego de "maestro" en Occidente. No creo que Paulhan sea el depositario de la sabiduría y no escucho cuanto dice como si fuera el oráculo. Pero me parece que dos experiencias excepcionalmente profundas de la muerte —sobre las que no podría extenderme aquí— y una paciente frecuentación del budismo Zen le han dado el poder de pronunciar, como a quemarropa, en algunas circunstancias mágicamente determinadas, palabras realmente *iluminadoras*. Creo que se trata ahora de una de esas circunstancias, y por ello cito, a modo de prefacio, el texto de esta tarjeta.

En 1917, la revolución estalla en Rusia. La faz del mundo va a cambiar. Quisiera sustraerme a la tentación de unir un acontecimiento tan importante en la historia del mundo al brusco cambio de actitud de Gurdjieff, pero aún no sabemos nada acerca de la actividad de sociedades secretas, en vísperas de la revolución bolchevique, y sería fácil apostar que nunca sabremos nada, cuando se piensa en las conspiraciones de silencio y en las falsificaciones que han impedido que llegaran a revelarse los trabajos consagrados a una explicación esotérica de la Revolución Francesa. Sea lo que fuere, bruscamente, Gurdjieff cambia de cara. Se diría que después de 1917 nos hallamos en presencia de la caricatura de Gurdjieff. No es de mi incumbencia señalar las razones de tal cambio, ni describir ese cambio. Una docena de hombres han sentido que se operaba esta transformación, han sufrido por ella y nunca lograron llegar a una clara conciencia de su naturaleza. Todo ocurre como si de pronto Gurdjieff se *ocultara* en cierto modo, apoyándose en ruido, dinero, demostraciones públicas y "escuelas". Esos doce hombres han muerto y el único que ha hablado de ello es Ouspensky. Y aun él ha hablado disimuladamente. Se entiende que ese Gurdjieff número dos, representa todavía una singular fuerza y su influencia sobre los contemporáneos será mil veces mayor que la del Gurdjieff número uno. Exactamente como el bolcheviquismo que triunfa al caricaturizar la esperanza revolucionaria y el gran deseo de "liberación del hombre", y a medida que acusa cada vez más rasgos caricaturescos, acrecienta su poder sobre el mundo moderno. Se me ocurre a veces pensar que el Cáucaso nos habría dado dos grandes figuras de hombres, quienes, deliberadamente, hubieran elegido

presentar al mundo sólo la faz caricatural del poder del que se hallaban investidos: Stalin y Gurdjieff<sup>1</sup>. Pero, ya se ha dicho bastante; creo muy seriamente que no conviene levantar la tapa de la muy extraña olla caucásica. Repito que nos ocuparemos de ese Gurdjieff número dos y en la medida de mi propósito, que no consiste en aferrar al hombre en su verdad, sino en ofrecer un cuadro exacto, en lo posible, de su influencia entre los intelectuales de Europa, durante estos últimos años. Si no se trata realmente más que de una caricatura, habrá que pensar necesariamente que vivimos en una época en que, como me lo vuelve a decir Jean Paulhan, "todo lo que se llama ciencias ocultas está, en nuestros días, *menos* adelantado que en el siglo XIII; los hechos son menos numerosos, como si la natulaleza tuviera su modo de secreto y de reserva" y en el que sólo pueden pasar por maestros las caricaturas de maestros. Tendríamos en ello otro testimonio de la extraordinaria opacidad del mundo moderno. Pero repito que por más caricaturesca que se hubiera propuesto ser entre nosotros, Gurdjieff no deja de representar dentro de la mediocridad general, una de las únicas figuras dignas de considerarse.

En 1917, Gurdjieff se refugia en su país, en el Cáucaso. Alquila una casita en las afueras de la ciudad Essentuki. Hace venir a doce hombres, sus mejores discípulos, escogidos durante cuatro años, en el transcurso de reuniones sin finalidad aparente en los cafés de Moscú y de San Petersburgo. Los doce hombres lo han abandonado todo, sin la seguridad de retorno a un país entregado a la guerra civil. "Experimento siempre un extraño sentimiento —decía Ouspensky— cuando evoco ese recuerdo de Essentuki. Pasamos allí, en total, seis semanas, pero esto me parece totalmente increíble ahora, y cada vez que me ocurre hablar de esto a uno de los que estuvieron en Essentuki, le cuesta también imaginarse que la permanencia no duró sino seis semanas. Aun en seis años sería difícil hallar lugar para todo lo que se refiere a ese período, ¡tan ocupado fué! Durante seis semanas Gurdjieff entregó toda la gama de ejercicios físicos y mentales susceptibles de abrir los caminos de la conciencia segunda y reveló el conjunto de doctrinas secretas: "Desarrolló el plan de todo el trabajo. Mostró los orígenes de todos los métodos, de todas las ideas, sus lazos, sus relaciones mutuas y su dirección. Muchas cosas permanecieron oscuras para nosotros, muchas otras no se tomaron en el verdadero

1 Ambos estudiaron, en la misma época, en el mismo seminario.

sentido, todo lo contrario: sea lo que fuere, recibimos directivas generales que yo consideraba suficientes para guiarnos luego". Pues bien, al cabo de esas seis semanas, una tarde Gurdjieff declaró abruptamente que deseaba que todo el mundo se fuera y que se iba a ir solo a las orillas del mar Negro. No se le quiso creer. "Todo esto sólo ha comenzado para nosotros —pensaban los doce hombres—, y nos ha señalado la vía, diciéndonos que harían falta decenas de años de trabajo bajo su dirección para comenzar a entrever el fin que nos ha descrito: ¡esto no es posible!" Y sin embargo, hubo que creerlo. "Todos declararon que lo seguirían a donde fuera. Consintió, pero dijo que, a partir de entonces, cada uno tendría que ocuparse de sí mismo y que no habría ningún trabajo (ninguna enseñanza), por más que lo deseáramos. Todo esto —agrega el buen Ouspensky— me ha sorprendido mucho. Encontraba que el momento no podía ser peor elegido para una "comedia" y si lo que Gurdjieff decía era serio, ¿por qué se habría emprendido toda esta obra? Si Gurdjieff había comenzado a hacernos trabajar, ¿por qué dejaba de hacerlo ahora?... Debo confesar que desde entonces, mi confianza en Gurdjieff comenzó a vacilar. ¿De qué se trataba? ¿Y qué es lo que me chocó especialmente? Me cuesta trabajo definirlo aun ahora..."

Ouspensky, cuya vida fué modificada enteramente por la "Enseñanza", nunca dijo nada más sobre su ruptura con Gurdjieff.

Después de varios meses de estada a orillas del mar Negro y una nueva permanencia en Essentuki, donde Gurdjieff indicó diversos movimientos de danza, destinados a procurar mejor dominio del cuerpo físico, Ouspensky, que sentía el profundo cambio de Gurdjieff que tuvo lugar durante el verano de 1917, decidió romper definitivamente. "No sin una gran lucha interior tomé la decisión de dejar el trabajo con Gurdjieff y dejarlo también a él. Había fundado demasiadas cosas sobre ese trabajo para poder recomenzar todo desde el comienzo. Pero no había nada que hacer. Sin duda, yo no abandonaba nada de cuanto había adquirido durante esos tres años. Sin embargo, precisé un año entero para llegar a ahondarlo y descubrir cómo me sería posible continuar trabajando en la misma dirección de Gurdjieff, conservando mi independencia."

Poco después Gurdjieff deja a Rusia en llamas y llega a Tiflis. Funda su primer *Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre*. Se trata, simplemente, de una medida sin importancia, antes

de la gran charanga que piensa hacer estallar, ya en Londres, ya en Berlín, ya en París.

Durante el verano y el otoño de 1919 —dice Ouspensky—, recibí dos cartas de G. Me escribía que había abierto en Tiflis un *Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre*, cuyo programa era muy vasto. Adjuntaba a su carta un prospecto que, a decir verdad, me dejó muy pensativo.

Comenzaba con estas palabras:

“Con la autorización del ministro de Educación nacional, se ha abierto en Tiflis el *Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre*, basado en el sistema de G. I. G. El Instituto acepta a niños y adultos de ambos sexos. Cursos de mañana y de noche. El programa de estudios comprende: gimnasia de todas clases (rítmica, medicinal y otras), ejercicios para el desarrollo de la voluntad, de la memoria, de la atención, de la audición, de la emoción, del instinto, etc., etc.

“Y, agregaba el prospecto, el sistema de G. I. G. ya había sido puesto en práctica en casi todas las grandes ciudades como Bombay, Alejandría, Kabul, Nueva York, Chicago, Cristianía, Estocolmo, Moscú, Essentuki y en todas las filiales y hogares de verdaderas confraternidades internacionales de trabajadores.

“Al final del prospecto, se encontraba la lista de ‘profesores especialistas’ del *Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre* y entre ellos encontré mi propio nombre, lo mismo que los del ingeniero P. y el de J., otro miembro de nuestros grupos, que vivía en esos momentos en Novorosysk y no tenía la menor intención de ir a Tiflis. G. me escribía que estaba preparando su ballet *La lucha de los Magos*, y sin la menor alusión a todas las dificultades del pasado, me invitaba a reunirme con él en Tiflis para trabajar. Era muy de su modo de ser. Pero, por distintos motivos, no podía ir a Tiflis. Por de pronto, había grandes obstáculos materiales; luego, las dificultades surgidas en Essentuki eran lo más importante para mí. Mi decisión de abandonar a G. me había costado muy caro y ahora no podía renunciar a ella tan fácilmente; en primer lugar, porque todos sus argumentos me parecían sujetos a caución. Debo confesar que el programa del *Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre* no me entusiasmaba especialmente. Ciertamente, comprendía que las circunstancias obligaban a G. a darle a su trabajo una forma exterior cualquiera y que podía tener el aspecto de una caricatura. No era menos seguro para mí que detrás de esta forma subsistía

siempre lo mismo, y que ello no podía cambiar. Pero yo no estaba nada seguro de poderme adaptar a semejante forma.<sup>1</sup>"

Luego, como presa de manía ambulatoria, Gurdjieff abandona Tiflis, se instala en Constantinopla, deja ese nuevo Instituto al cabo de algunos meses, intenta abrir otro en Berlín, renuncia, llega a Londres, donde Ouspensky pronuncia numerosas conferencias, se encuentra con los oyentes de su viejo compañero, tiene que dejar Inglaterra por razones que indiqué en la primera parte de este libro, y gracias a la singular intervención de Raymond Poincaré, obtiene autorización para radicarse en Francia.

Es entonces, en otoño de 1922, después de cinco años de preparación, cuando va a comenzar el gran juego.

<sup>1</sup> *Fragmentos.*

## II

*¡Acérquense! ¡Acérquense! — Gran parada en el teatro de los Campos Elíseos. — Otra gran parada en Nueva York. — La pulga en el oído. — Lo que eran los movimientos y las danzas. — Un método de atomización. — ¿Qué sucede en el Priorato de Avon?*

El 13 de diciembre de 1923 se podía leer en el diario *Comoedia*, consagrado a los espectáculos de París, el siguiente suelto:

“El profesor Gurdjieff es, tal vez, desconocido en París, pero es célebre en todo el mundo. La primera demostración de su Instituto, que se presentará esta noche en el teatro de los Campos Elíseos, está consagrada a ‘Movimientos’. Será seguida posteriormente por otras demostraciones concernientes a la música y a las verdades extraordinarias, verificadas en las ceremonias religiosas del antiguo Oriente.

“*El Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre* — así se llama el Instituto Gurdjieff—, nos hará partícipes de las búsquedas que su jefe ha realizado durante largo tiempo y en todas las latitudes.

“Lo que ha suscitado sobre todo la curiosidad del profesor Gurdjieff, es el Oriente, antiguo y moderno. El arte de ese país nos será revelado en la gimnasia; el ritmo, en danzas sagradas y profanas; las danzas de derviches, fakires y de monjes, algunas de las cuales están íntimamente enlazadas con ceremonias religiosas.

“Por primera vez se nos revelarán las danzas tibetanas y del Afganistán. Este espectáculo curioso y sorprendente se dará a partir de esta noche en ensayo general público, en el teatro de los Campos Elíseos. Estreno domingo, noche.”



Unos días después, se leía otra vez en el mismo diario el siguiente artículo:

“De nuevo M. Hébertot revelará al público parisiense búsquedas totalmente inéditas y nos permitirá juzgar sobre el interés y el valor de los trabajos del Instituto Gurdjieff.

“Veremos danzas inspiradas generalmente en las más antiguas costumbres del Oriente, gestos rituales, movimientos de conjunto, ejecutados bajo la influencia de un flúido imperioso e impenetrable. Pero, cuidémonos de ver en esto simplemente trozos de arte coreográfico; se trata de ilustraciones de una nueva concepción general de la formación del hombre, de la reeducación de su sistema psicológico y del mejoramiento de su ser, de su yo en todos los conceptos. Los resultados obtenidos por este método completamente nuevo de asimilación por el hombre de las riquezas interiores y exteriores de la naturaleza, aparecen de un modo especialmente tangible en esas ilustraciones coreográficas, gimnásticas y rítmicas; pero, se dice, no son menos considerables en otros dominios...

“M. Gurdjieff ha concebido el plan y la aplicación de esta curiosa síntesis educativa; viajero incansable, ya mucho antes de la guerra ha sido fuertemente impresionado por lo que ha visto en las altiplanicies del Asia central y ha buscado allá la fuente de la verdadera sabiduría; desde entonces se impuso la misión de volverla a enseñar a los hombres.

“Su sistema está basado, ante todo, en la necesidad de restaurar en nosotros el equilibrio y la coordinación de nuestros tres centros de percepción de las cosas, de reacción y de movimiento físico y psicológico. Éste es el motivo por el cual ha dado el nombre de *Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre* al importante y suntuoso establecimiento que está organizando en Fontainebleau.”

En abril de 1924, Carroll, repórter del *New Evening Post*, manifestaba que la primera demostración americana del Instituto Gurdjieff, ejecutada por un grupo de discípulos venidos de Fontainebleau y dirigidos por el profesor Gurdjieff acababa de ofrecerse en una sala del extremo oeste de Nueva York. Escribía ésto:

“Primero, tuvieron lugar las danzas ejecutadas por un grupo de hombres y mujeres, vestidos con amplios trajes y con calzado muy flexible. Era realmente fantástico, porque cada persona

bailaba en forma diferente. La orquesta, dirigida por un hombre llamado Hardman, producía una extraña música en la que predominaban los golpes de un tambor. Los movimientos eran simbólicos, pero de ningún modo sensuales, pues parece evidente que nos hallamos en presencia de un culto donde la sensualidad no figura para nada.

“Es imposible describir esas danzas, que parecen pertenecer a religiones antiguas. Una dama explicó que antaño las danzas tenían por objeto que el ser cumpliera actos reales de agradecimiento, de loa o de súplica. Con este propósito, se nos presentó la danza vertiginosa del derviche, que podría constituir un número sensacional del circo Barnum y Bailey.

“Gurdjieff dirigió a los bailarines, indicando el comienzo por medio de un balanceo de brazos, e interrumpiéndolos bruscamente. Entonces, mantenían el equilibrio en la posición en que los había detenido el jefe, semejantes a estatuas de madera. Parecían hallarse bajo el encanto de un poder hipnótico.

“La música es una especie de jazz llevado al extremo. Las armonías y melodías fueron transcritas por Hardman, de acuerdo con las indicaciones de Gurdjieff, quien las grabó en la memoria, después de haberlas escuchado en varios monasterios y sectas del Oriente, mientras iba tras la ‘búsqueda de la verdad’. Este último afirma que esa música data de la más remota antigüedad y que se trasmite por inscripciones en algunos templos.

“El final del programa estaba consagrado a una demostración de suertes variadas —mitad suertes, mitad fenómenos reales—, que se producen en ceremonias religiosas, y basadas principalmente en el hipnotismo y el magnetismo.”

En la misma fecha, siempre en Nueva York, se podía leer en la importante revista *Current Opinion* el siguiente artículo:

“La llegada a América de Gurdjieff y de sus cuarenta estudiantes y músicos del *Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre*, recientemente fundado en Francia, atrajo la atención sobre un culto considerado entre nosotros como sucesor lógico del ‘cueísmo’ y otros remedios de la misma clase contra los males de la condición humana.

“G. Gurdjieff es el jefe de una especie de colonia en el bosque de Fontainebleau, donde se buscan resueltamente los secretos de la vida interior. Música, gimnasia, ritos, trajes extraños, fuentes perfumadas, disciplina mística, acompañan a esta búsqueda.

“Uno de los principales discípulos de Gurdjieff ha sido P. D. Ouspensky, cuya obra *Tertium Organum* pasa por ser la Biblia de los investigadores de la conciencia cósmica. Se dice que H. G. Wells y Rudyard Kipling están sumamente interesados en el pensamiento y métodos de Gurdjieff, lo mismo que A. R. Orage, director de la revista literaria londinense *New Age*, el escritor inglés Algernon y el editor del *World Magazine*, John O'Hara Cosgrove.

“En el *New Statesman* (Londres), se describe a G. Gurdjieff como a un hombre de origen griego, que habría pasado su juventud en Persia. Hace treinta años organizó una expedición que tenía por finalidad una encuesta sobre las más antiguas tradiciones religiosas orientales. Pudo reunir así un cúmulo de datos, notas, ideas, que se refieren a casi todas las ramas del conocimiento humano, la mayor parte de los cuales están muy avanzados sobre cuanto pudo hacernos descubrir la ciencia moderna del Occidente. El repórter del *New Statesman* nos trae el siguiente cuadro sobre la escuela del bosque de Fontainebleau:

“La vida es muy simple e inconfortable, la alimentación suficiente, pero excesivamente compuesta de farináccos para un estómago normal, y el trabajo es extremadamente duro. Especialmente el trabajo físico que, a menudo, provoca un grado de fatiga superior al que se llegaba después de una permanencia prolongada en invierno en las trincheras de Flandes, en 1917. Sin embargo, detrás de todo esto, no se cela ninguna teoría de ascetismo o de naturismo. En Fontainebleau el trabajo se considera como una especie de medicina. Llevado al extremo, crea una capacidad superior para el esfuerzo de concentración mental y proporciona ricos materiales para el estudio de sí mismo. El frío, el hambre y la fatiga son cosas que hay que sufrir, no por ellas mismas, ni para lograr méritos, sino simplemente para acercarse a una concepción clara de nuestro mecanismo físico y para dominarlo. Se han creado en el Instituto otras condiciones de observaciones de sí, con una ingeniosidad casi diabólica. Nos permiten llegar a una nítida visión del mecanismo de nuestros pensamientos y de nuestras emociones, pero este aspecto del trabajo no podría describirse en pocas frases.

“La finalidad del culto, como lo indica Raymond G. Carroll en *The New Evening Post*, consiste en llegar hasta la super-conciencia, como lo hacían los antiguos místicos del Asia. Ésta se obtiene especialmente por una completa sumisión del cuerpo.

Desde este punto de vista, las danzas y los movimientos que nos fueron presentados, son reveladores. Se diría que enseñan a todos aquellos que los practican a hacer conscientes todas las funciones de nuestro cuerpo, mientras que en la vida común, sólo tenemos conciencia de una cuarta parte de ellos.

“Gurdjieff asegura que puede enseñar, por ejemplo, a regular a voluntad la circulación de la sangre o el funcionamiento de las glándulas con la misma facilidad con que usted da vuelta un brazo alrededor de la cabeza, o estira hacia adelante su pierna para caminar. En resumen, se trata de llegar a la conciencia perfecta, es decir, a la conciencia cósmica. Si usted llega a alcanzarla, se dice, cuando usted muera podrá elegir su próxima residencia, podrá escoger la forma de su vida, después de su muerte terrestre.”

Por fin, dos años después, Rom Landau escribía:

“Uno de los métodos preconizados por Gurdjieff es un extraño sistema de danzas, cuya finalidad es la de no permitirle al bailarín expresar sus sentimientos subjetivos, sino el de enseñarle la colaboración de sus tres centros (emocional, físico e intelectual), a través de ejercicios ‘objetivos’. Cada movimiento, cada paso, cada ritmo están minuciosamente descritos. Cada miembro debe entrenarse para ejecutar movimientos independientes, sin ninguna coordinación con los de los otros miembros.

“Sabemos que nuestros músculos actúan y reaccionan de acuerdo con los movimientos habituales. Lo que no implica que esos movimientos deban necesariamente y siempre traducir la ambición real de los músculos. Para ilustrar este punto, consideremos la diferencia que existe entre nuestra forma de sentarnos y la de los orientales. La manera oriental de piernas cruzadas y espalda derecha, es mucho más descansada que nuestra costumbre de sillones con las piernas colgando y el peso del cuerpo mal equilibrado. La posición oriental puede mantenerse horas enteras sin fatiga, y se descansa mejor que en un lecho. Sin embargo, pocos occidentales pueden soportarla. ¿Por qué? Porque nuestros músculos obran en forma automática.

“Las danzas de Gurdjieff tenían que romper con los convencionalismos musculares de los bailarines. Y al crear movimientos independientes, Gurdjieff procedía también contra los convencionalismos mentales y sentimentales de sus discípulos. Gurdjieff mismo escribía la música y el escenario de sus danzas se inspiraba

en danzas derviches, que parecía conocer a fondo. Ha escrito miles de páginas de música, de las que la mayor parte servían para acompañar las danzas. Cuando, en 1924, Gurdjieff llevó a un grupo de discípulos a Estados Unidos, sus danzas 'objetivas' suscitaron cierto interés. Su novedad atrajo a mucha gente, pues no tenían nada en común con los métodos de Dalcroze, Rudolf Steiner, Isadora Duncan, ni ninguno de los nuevos reformadores; el escritor inglés Llewelyn Powys describió la visita de Gurdjieff a Nueva York y la impresión que produjeron sus danzas en un libro, *Le Verdict de Bridlegoose*, en el que escribió sobre todo lo siguiente:

*"El famoso profeta y mago Gurdjieff ha aparecido en Nueva York, acompañado por Mr. Orage, quien hacía a su lado el papel de San Pablo... Tuve ocasión de observar a Gurdjieff mientras fumaba, no lejos de mí, en la entrada... Su aspecto general hacía pensar en un chalán, a pesar de que algo indefinible en él afectara extrañamente los nervios. Esta impresión se hacía especialmente sensible cuando sus discípulos entraban en la escena, como una camada de conejos, hipnotizada por la mirada de un maestro charlatán.*

"He oído, de fuentes diferentes, muchas opiniones parecidas. Se decía que los bailarines se asemejaban a ratones aterrorizados, pero se agregaba que era imposible juzgar las danzas desde un punto de vista estético. Sin embargo, algunas personas las encontraban hermosas, aunque no estuvieran rodeadas de las atracciones habituales de la escena.

"Los danzarines llevaban túnicas y pantalones muy simples. Uno de ellos me dijo que la impresión de hipnosis provenía de la intensa concentración que necesitaba cada sesión. No sólo su cuerpo estaba en tensión, sino cada uno de los tres centros debía controlarse conscientemente y la coordinación de los mismos no podía conseguirse más que por un enorme esfuerzo de voluntad."

De este modo, la atención de los intelectuales franceses y americanos fué fuertemente atraída por las singulares manifestaciones públicas de París y de Nueva York. Al mismo tiempo, Ouspensky continuaba en Londres una serie de conferencias sobre las teorías y los métodos aprendidos de Gurdjieff, que reunía a muchos escritores, artistas, psicólogos y hombres de mundo. En poco más de un año la *intelligenza* occidental estaba, en el completo sentido del término, *inquieta*da por Gurdjieff. Esas danzas, esos

movimientos no eran, sin duda, sino el aspecto exterior del trabajo acerca de sí mismo seguido en el Priorato de Avón. Se había tomado el cuidado de llamar poderosamente la atención hacia esos ejercicios y de comentarlos en una forma confusa, ambigua, a fin de "poner la mosca tras de la oreja". En efecto, sólo se trataba de "poner la mosca". A Gurdjieff poco le importaba el éxito material y había gastado sin tasa en la organización de esas "sesiones". En el teatro de los Campos Eliseos corrían, durante las horas de la demostración, fuentes de perfumes. Desde 1917 Gurdjieff había renunciado a continuar trabajando secretamente en compañía de algunos discípulos, reclutados con el mayor cuidado. Había preferido turbar el espíritu occidental, adormecido en múltiples conformismos, así fuera a precio de la parada de un circo, así fuera empleando el portavoz del batelero. Había elegido el hacer acto de provocación durante algún tiempo.

Seguramente, como lo dijo Ouspensky, detrás de esas manifestaciones a tambor batiente, existía la misma búsqueda esotérica que en la época de los viajes al Asia y de las enseñanzas clandestinas de la casita de Essentuki. Pero el método había cambiado e iba hasta la caricatura de una búsqueda que exige, según parece, el secreto.

Secreto y cháchara de parada se mezclaba de pronto en los actos de Gurdjieff para gran confusión de los antiguos discípulos y extrema seducción de un gran número de intelectuales occidentales, a los que las formas del conocimiento de la civilización moderna, al salir de los trastornos de la guerra, dejaban literalmente hambrientos.

He practicado algunos movimientos idénticos a los que se presentaron en esa época al gran público intelectual de París y de Nueva York. Sé qué esfuerzos exigen. Son el resultado de una especie de crucifixión del ser. Imagínese que usted ejecuta con cada uno de sus miembros movimientos que se contradicen uno con el otro. Ya es muy difícil y presupone cierto dominio del cuerpo. Imagine que en ese mismo instante y para ritmar esos movimientos usted se entrega a un cálculo mental extremadamente complicado y que *subleva* su habituación a la aritmética común (un cálculo en el cual uno y uno forman tres; dos y dos, cinco; tres y tres, siete; con adiciones y sustracciones sobre estas bases que sublevan), y que la menor falta particular amenaza destruir el *conjunto* de la coreografía. Imagine, por fin, que en ese mismo instante todas sus facultades sentimentales deben concentrarse

sobre un tema dado, cuyo valor emocional hay que experimentar a fondo. Diga, por ejemplo, en su interior: "Dios mío, ten piedad" y *sienta* lo que usted dice, y tendrá usted una visión sucinta del "trabajo" que testimoniaban esas danzas, acompañadas de una música en la cual cada nota debía interpretarse, de acuerdo con las referencias de las más altas tradiciones religiosas, como símbolo de una de las múltiples situaciones del ser en el cosmos. Salíamos de esas *sesiones* rotos y notablemente limpiados de nuestro yo común, extremadamente permeables a "otra cosa" y como munidos de una libertad divina. Para decirlo con mayor propiedad, deshumanizados. Conozco a una mujer que no "reconocía" a su marido cuando éste volvía de una de esas sesiones, y como abandonada de repente, como una viuda, iba a llorar a su habitación, volvía, espiaba por la puerta entreabierta, aguardaba que él "regresara".

Se encontrará más lejos cierto testimonio más completo sobre esas "sesiones de movimientos". Yo quería simplemente dejar entender aquí que el interés suscitado por los espectáculos de París y de Nueva York no se limitaba únicamente al carácter insólito de las danzas presentadas. Los más inteligentes de los espectadores sentían perfectamente, detrás de esas danzas, un método de atomización de los fundamentos de la psicología clásica y un deslumbrante testimonio de rebelión contra lo que abusivamente llamamos en Occidente la "persona humana". Y era esto lo que motivaba la apasionada curiosidad de espíritus de calidad por lo que sucedía en el Priorato de Avón.



### III

## LO QUE VEÍAN LOS EXTRAÑOS

*Lo que relata un espectador puro. — De Tiflis a Fontainebleau. — Los principios. — El hombre de la cuarta dimensión. — La vida cotidiana en el Priorato, vista desde afuera. — Un editor inglés que de ningún modo quiere dudar. — Algunas preguntas primarias acerca de la autenticidad del Maestro.*

Un mes después de las manifestaciones en América, la revista de Nueva York *The Century* revelaba al gran público algunos aspectos de la personalidad de Gurdjieff y de la vida en el Priorato. El estudio de G. E. Bechhofer, quien a continuación tuvo que romper todo contacto con Gurdjieff y sus discípulos, era presentado por el editor de la revista en estos términos:

“En estos años de post-guerra y de desilusiones intelectuales y espirituales, millares de hombres y de mujeres de todo el mundo exploran extraños caminos con el confuso deseo de adherirse a cualquier culto, susceptible de darles una razón para vivir. Los promotores de esos cultos ponen en juego todas las extravagancias para aumentar el reclutamiento de discípulos.

“Uno de los cultos más pintorescos del día se celebra en el *Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre*, fundado por Gurdjieff. Este último ha reclutado recientemente discípulos en Estados Unidos. Presentamos aquí la historia de este culto, primero porque se trata de una historia fascinante, y además, porque esta historia pone de relieve el desarreglo de los espíritus contemporáneos.”

## ARTÍCULO DE G. E. BECHHOFFER

No creo que ninguno de los místicos que han alcanzado gran influencia y difusión en Europa durante esos últimos doce años y principalmente durante la guerra, haya suscitado tanto interés en menos tiempo que George Ivanovitch Gurdjieff, el fundador del *Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre*, en Fontainebleau, cerca de París. Excluyo a Rasputín, pues su misticismo era de una naturaleza un tanto singular, y su notoriedad debida más a su influencia política que a la intelectual.

A pesar de que el Instituto de Gurdjieff sólo existe en Francia desde hace aproximadamente un año, no hay miembro de círculos intelectuales ingleses —para no señalar sino este país— que no arda en deseos de escuchar sobre él los más recientes detalles.

Primero se despertó el interés del gran público cuando murió en Fontainebleau Katherine Mansfield. Inmediatamente la gente se preguntó cómo era el misterioso refugio que la joven había elegido para pasar los últimos meses de su vida.

Salvo uno o dos artículos mal informados, aparecidos en un cotidiano de Londres, y una respuesta a ellos en un periódico hebdomadario, no creo que haya aparecido nunca ninguna descripción del Instituto Gurdjieff.

Procuraré aquí presentar las principales teorías que forman la base de los métodos de Gurdjieff y la forma que toman en la práctica.

A pesar de que yo no sea de ningún modo un devoto —y este artículo lo demostraré—, tuve algunas ocasiones excepcionales de estar en relación con Gurdjieff. Mi primer encuentro con él tuvo lugar en un lejano lugar del mundo; se produjo con motivo de una nueva toma de contacto con un viejo conocido, P. D. Ouspensky, matemático ruso, escritor y periodista, en Rostov, sobre el Don, cuando el general Denikin, jefe de los anti-bolcheviques, ocupaba la ciudad.

Ahora es preciso decir unas palabras sobre Ouspensky, el introductor de Gurdjieff en los círculos ingleses. Cuando lo conocí en Petrogrado, al comienzo de la guerra, se hallaba como yo de regreso de un largo viaje a la India. Se lo conocía como especialista en temas teosóficos y místicos. Su libro *Tertium Organum*, traducido recientemente al inglés, había servido para hacer popular en Rusia, la idea de la cuarta dimensión. Colabo-

raba en varios diarios importantes. Era vegetariano y un excelente compañero.

Cuando nos encontramos de nuevo, cinco años más tarde, en una granja destrozada, en Rostov, en compañía de un tercer hombre que se estaba muriendo de viruelas —cosa que ignorábamos—, conversamos sobre lo que habíamos hecho durante este período. Me contó cómo había encontrado a Gurdjieff en Moscú. Al comienzo se había sentido escéptico, pero en seguida se vió seducido por sus notables facultades y su saber. Ouspensky y cierto número de otros discípulos de Gurdjieff siguieron al maestro a Essentuki, el balneario del norte del Cáucaso, donde los sorprendió el torbellino de la Revolución. Cuando la vida se hizo intolerable, se dispersaron. Gurdjieff, seguido de un grupo de fieles, se dirigió a Tiflis, en Transcaucasia.

Cuando unas semanas después —semanas durante las cuales las esperanzas de Denikin se vieron destruidas y sus fuerzas arrojadas al mar en circunstancias indescriptibles de horror y de desesperación—, atravesé el mar Negro y llegué a Transcaucasia, hice una visita a Gurdjieff. Pude encontrarlo, sin muchas dificultades, en una casita en Tiflis. Un cartel que anunciaba el *Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre* colgaba en el exterior del comercio que ocupaba.

Era, sin lugar a dudas, un oriental, pequeño, tostado, casi calvo. Tenía largos bigotes negros, frente alta y ojos penetrantes. El personaje era completamente diferente de Ouspensky, grande, rubio y de cultura europea. Hablaba un ruso titubeante y entrecortado. (Sus idiomas natales son: el armenio, el griego y el transcaucásico, pero su lenguaje intelectual, el lenguaje en el que piensa, por decirlo así, es el persa.)

Me recibió bondadosamente, y pasé entonces muchas horas en su compañía durante los meses siguientes, ya en la casa, observando cómo entrenaba a una docena de miembros del Instituto en ejercicios y danzas que serán transcritas luego, ya conversando con él en la veranda, mientras cortaba y cosía los trajes para el ballet, que esperaba presentar en la Ópera de Tiflis; ya cenando con él en admirables restaurantes georgianos y persas, a orillas de las rápidas aguas del salvaje río Kura y cerca de los famosos baños calientes que han dado su nombre a la ciudad. Una vez, hasta fuimos juntos a los baños y un persa desnudo nos dió masajes con las manos, los brazos y pies, del mismo modo

que, cinco años más tarde, he visto que Gurdjieff masajaba a algunos miembros del Instituto en Fontainebleau.

Una vez asistí también a una de sus conferencias. Era, pensé, un asunto más bien insípido e indiferente. Defendía la discutible opinión de que el espíritu de un niño es como un disco virgen de gramófono, en el cual se graba cada experiencia y reaparece cuando las circunstancias despiertan una asociación de ideas cualquiera.

Aun en esa época, él exigía y recibía absoluta obediencia de sus discípulos. Sus palabras eran ley y reinaba como un tirano entre los esclavos devotos...

Me parece que nada ha cambiado desde los primeros días de Tiflis, hasta la presente magnificencia de Fontainebleau. La escala de la empresa es considerablemente mayor, el número de discípulos mucho más elevado, se tradujo en una escala mucho más extensa y ahora Ouspensky da conferencias semipúblicas que atraen a extraños al Instituto. Pero, para éste, que como yo conocía el pequeño Instituto de Tiflis, hay poco nuevo en Fontainebleau.

Unos meses más tarde encontré de nuevo a Ouspensky en Constantinopla. Me anunció la próxima llegada de Gurdjieff y de miembros distinguidos de su colonia. Luego, Gurdjieff y sus compañeros fueron a Berlín, donde de nuevo se abrió un Instituto y donde se reanudaron las danzas, ejercicios y conferencias.

Hace dos años, Ouspensky llegó repentinamente a Londres. El viaje se hizo posible gracias a un editor apasionado por los problemas místicos, viejo conocido de Ouspensky, y a una mujer de mundo, inglesa, esposa de un propietario de diarios de éxito. El primero procuró a Ouspensky la concurrencia intelectual; la segunda, el dinero. El editor y la dama reunieron el auditorio y nos encontrábamos ya en el estudio de esta última, situado en una ala de su magnífica residencia, ya en la sala de conferencias de un teósofo de Kensington, ya, por fin, en casa de un doctor de *Harley Street*. Entre el auditorio se podían ver doctores, psicólogos, eclesiásticos y esa sempiterna pequeña sociedad de hombres y mujeres atraídos por el cebo de lo misterioso. Naturalmente, los psicólogos tenían razones profesionales para seguir las conferencias. Habían comprendido que el psicoanálisis no explicaría nunca la totalidad del comportamiento humano, a despecho de cuanto habían proclamado sus primeros representantes y esperaban encontrar en las doctrinas de Ouspensky datos

sobre una nueva investigación psicológica que podría ayudarlos a sobrepasar el análisis psicoanalítico.

Por múltiples razones, se abandonó el proyecto de abrir un Instituto en Berlín y Gurdjieff, probablemente animado por el éxito de Ouspensky, decidió entonces dirigirse a Inglaterra.

Era difícil, para los rusos, obtener permiso para vivir en Londres. Una delegación compuesta por uno o dos de los psicólogos interesados, por el editor y un amigo de la mujer de mundo, se dirigió al ministerio del Interior y pidió para Gurdjieff y su colonia autorización para residir un tiempo en Inglaterra y establecer un Instituto. Pero el ministro del Interior estaba entonces aterrizado por los bolcheviques y los veía en todos los grupos de rusos. La autorización fué rechazada.

Después de este rechazo Gurdjieff se puso a buscar locales convenientes para un Instituto en Francia. Después de muchas dificultades descubrió el Priorato de Avón, cerca de Fontainebleau, a treinta millas de París. Era una gran casona antigua, que habitó en otros tiempos una amante real y luego el abogado de Dreyfus. La propiedad fué comprada a este último. Se compone del priorato en sí, de grandes jardines y muchas hectáreas de árboles y se halla situada en un magnífico valle, en el linde del bosque. Se instaló allí la colonia, mientras Gurdjieff se dirigía a Londres para inspeccionar a los discípulos que había reunido Ouspensky. Debió haberles parecido un rarísimo hombrecillo, cuando los inspeccionó, dirigiéndose a ellos en un ruso vacilante pero imperioso, y tratándolos con evidentes signos de superioridad. Sin embargo, lo aceptaron al momento como a un personaje de un mundo psíquico superior, que vivía en un plano de conciencia muy por encima del suyo. Muchos vendieron cuanto poseían, dieron el producto de la venta para el Instituto y se prepararon a seguirlo a Fontainebleau. Entre ellos, dos psicoanalistas, que tenían importante clientela. Un editor abandonó su situación, vendió la parte del diario que le pertenecía y la entregó a la causa. Otros dieron de acuerdo con sus medios, lo que, en el caso de una o dos personas de fortuna, representaba una suma considerable. Entonces, pequeños grupos, unos después de otros, emigraron al Instituto. Todos esos hombres estaban convencidos de que arribaban al umbral de una nueva visión, susceptible de elevarlos más allá de los límites de la conciencia habitual y de llegar a convertirse en seres de orden superior. De esta manera, a fines de 1922, se abrió en Fontainebleau el

*Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre*, con sesenta o setenta discípulos. Entre ellos, la mitad aproximadamente, eran rusos de Tiflis y de Constantinopla, hombres, mujeres y niños. Otros eran rusos de Berlín y de Londres, arruinados por la Revolución, quienes, aunque atraídos por todo lo místico, se daban cuenta de que la vida en el Instituto no era posiblemente menos agradable que la de los emigrados rusos del exterior.

La mayoría de los demás eran ingleses. Si no me equivoco, los dos únicos franceses de la colonia, eran las mujeres de un discípulo inglés y de otro ruso. Ningún francés, ninguna francesa propiamente dichos, parecían haber escuchado el llamado de la nueva fe. Los habitantes de Avon aceptaban el Instituto como fuente de ingresos, pero hablaban de él como de una "casa de locos".

Entre los ingleses, lo mismo que entre los rusos, predominaban las mujeres, la mayoría de ellas del tipo "teosófico". Entre los hombres, los más notables eran el editor, dos psicoanalistas y dos funcionarios. Había también algunos jóvenes, pacientes de los psicoanalistas a quienes estos últimos sugirieron una visita al Instituto.

Naturalmente, había algunas personas que no se pueden colocar en ninguna categoría como, por ejemplo, la mujer de sociedad que llegaba de vez en cuando en los primeros tiempos del Instituto y que se encargaba del deber inocente y poco psíquico de llevar tazas de café a Gurdjieff, al jardín. Pero, ¡ay!, después de agitarse como una graciosa mariposa por los austeros corredores de Fontainebleau, se cansó, y siempre en busca de nuevas experiencias, voló para procurarse el bienestar espiritual, según me han dicho, trabajando para el cine.

También venían visitantes ingleses y rusos a ver a los amigos, miembros de la colonia, y con frecuencia completaban el conjunto gente del círculo de Ouspensky de Londres, que cumplían su noviciado.

Durante mis visitas al Instituto, yo establecía mi cuartel general en Fontainebleau o en París, pero más de una vez estuve admirablemente alojado en el mismo Priorato, en una habitación próxima a la de Gurdjieff, servido por colonos trabajadores. A menudo se me presionó para ingresar al Instituto, en parte por mi propia salud espiritual —que siempre ha interesado a mis amigos—, en parte con el fin de que sirviera de intérprete entre Gurdjieff y sus discípulos ingleses. Pero preferí permanecer como

espectador desinteresado, manteniéndome en contacto con todos los miembros del Instituto, desde Gurdjieff en persona hasta el inglés más recientemente inscrito, reuniendo así gradualmente cantidad de impresiones y de informaciones que, por primera vez, transcribo aquí.

El lector está quizás preocupado por conocer, descritos abruptamente, los principios sobre los que se basa el *Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre*.

Puedo comenzar por hacer notar de nuevo, una vez por todas, que para mí y para todos los demás ingleses que conocían el Instituto, es Ouspensky y no Gurdjieff el representante de la filosofía. Sin embargo, nosotros sabemos que las ideas de Ouspensky derivan de las de Gurdjieff y que éste las precisó durante los largos viajes al interior del Asia y otros lugares secretos del Oriente.

La filosofía puede describirse desde muchos ángulos. Yo me concentraré sobre el aspecto de la teoría que encuentra una expresión directa en el trabajo del Instituto. Primero, la civilización, al desarrollar algunas facultades del hombre, ha atrofiado o destruido por completo algunas otras, y las más elevadas. Nuestras facultades, las de los hombres comunes, están agrupadas alrededor de tres centros: el centro intelectual, que piensa, establece planes y formula; el centro emocional, que siente, ama u odia; el centro físico o instintivo, que obra, se mueve, crea. En cada uno de nosotros predomina uno u otros de esos centros. El hombre es de una manera predominante, intelectual, emocional o físico.

¿Qué soy? Cada pensamiento, cada sentimiento, cada acto, es simplemente una reacción mecánica que responde a circunstancias exteriores. No soy yo quien piensa, sino que algo piensa en mí; no soy yo quien siente, sino que algo fuera de mí determina mis sentimientos; no soy yo quien obra, sino las condiciones exteriores que exigen la acción apropiada.

El hombre es como un barco sin dirección que sigue un curso desviado a través de las aguas de la vida, según las diferentes corrientes que lo arrastran con ellas y determinan su trayectoria.

¿Quién, entre los hombres, se convierte en dueño de sí mismo? Es la pregunta a la que responde Gurdjieff.

Ante todo, debe aprender a conocerse a sí mismo, tal como es, o sea una máquina tripartita, completamente subordinada a las circunstancias. Para darse cuenta de ello debe observarse en



cualquier circunstancia de su vida, cuando trabaja o reposa, cuando es feliz o desdichado, cuando se siente vigoroso o fatigado. Verá en seguida que no es él quien vigila sus acciones, sus emociones, sino que las determinan circunstancias exteriores.

Lo que debe hacer cuando se percata de su falta de dominio de sí mismo, es dedicarse al trabajo, para armonizar sus tres centros, que deben entrar de igual manera en cada cosa que le concierne. Cuando lo logre, estará "armonizado". Entonces, estará inmunizado contra las reacciones y será responsable de sus actos. No estará más sin timón, no será ya un juguete a merced del mundo exterior.

Puesto que el camino que lleva a tal fin pasa primero por la observación y el conocimiento de sí mismo, Gurdjieff procede de tal modo, que cada uno, al instante, pueda observarse constantemente, en condiciones variables. Así, somete a sus intelectuales a duros trabajos manuales, para que puedan observarse en ese esfuerzo no habitual. Si un albañil se uniera a la colonia de los discípulos, se le invitaría probablemente a leer o se le obligaría a no hacer nada, a fin de poderse observar en esa situación insólita. Gurdjieff comienza así por romper los hábitos que constituyen los encadenamientos más fuertes a los que estamos sometidos. Dice que cuanto más insignificante es el hábito, más difícil resulta liberarse de él. Llega a ello, mostrándole a uno sus hábitos particulares y haciéndolo consciente de su existencia.

Para proporcionarles un ejemplo: el editor era un fumador inveterado. Gurdjieff le suprimió inmediatamente el tabaco. Si alguien expresa una preferencia por alimentos azucarados se lo somete en seguida a una dieta carente de azúcar o se le proporciona comida exclusivamente dulce, hasta que se sienta enfermo. De esta manera y, naturalmente, por medio de muchas otras más sutiles, Gurdjieff procura enseñar a los discípulos a desechar sus hábitos, para llegar a ser cada vez más dueños de ellos mismos.

¿Cuánto tiempo se necesita para que el discípulo alcance el dominio de sí mismo, el conocimiento de sí mismo, y la percepción de la cuarta dimensión de su ser? Esto depende de la habilidad innata del sujeto y de la forma en que permite que Gurdjieff le ayude.

Se deben demoler todas las barreras personales. Si un hombre es orgulloso, Gurdjieff lo humilla deliberadamente delante de los demás discípulos. Si tiene una afición o una aversión espe-

ciales, es preciso exterminarla. En el Instituto hay, por ejemplo, un hombre que, a su llegada, odiaba la vista de la sangre. Se le encargó inmediatamente la matanza de los animales para la cocina. Hay otro medio que Gurdjieff emplea para favorecer la armonía de los centros: es la danza. Procura enseñar a los discípulos a adquirir la conciencia de su cuerpo, lo mismo que de su espíritu, y en los ejercicios rítmicos y las danzas aprenden de qué manera están ligados íntimamente los dos. Es la razón por la cual el Instituto consagra mucho tiempo a los ballets y a la danza en grupos, lo mismo que a ejercicios físicos.

En resumen, la primera finalidad del Instituto consiste en romper las barreras artificiales de la personalidad. Entonces resulta posible desarrollar y armonizar los distintos centros mentales y físicos. Los medios puestos en práctica son la observación de sí mismo, un curso práctico de danza, ejercicios manuales y físicos, análisis psíquicos de toda clase y una serie de tests mentales y físicos aplicados por Gurdjieff de acuerdo con cada caso individual.

Sobre el plano de conciencia de la cuarta dimensión —todos nosotros vivimos sobre el plano de la tercera dimensión—, el hombre armonizado puede continuar su desarrollo, obteniendo la vigilancia de centros psíquicos nuevos.

Tal vez le agradaría al lector tener un ejemplo que muestre la diferencia entre un espíritu común de tercera dimensión y un espíritu armoniosamente desarrollado de la cuarta dimensión. He aquí uno. Yo encuentro a Jones, a quien no quiero, en la calle. Inmediatamente experimento un sentimiento de aversión por él, estoy conducido hacia un acto emocional determinado mecánicamente y fuera de mi voluntad. Cierro el puño como para golpearlo. Pero decido que sería imprudente atacarlo, porque es mucho más grande que yo, o por cualquier otro procedimiento intelectual similar. Si mis tres centros estuvieran en equilibrio, o armonizados, yo miraría a Jones con calma; no apretaría el puño, y aun si él golpeará, podría —como lo hizo alguien, quien según Gurdjieff, era un gran místico de la cuarta dimensión—, ofrecer la otra mejilla. En resumen, yo debería ser dueño de mí mismo.

Para el hombre de la cuarta dimensión son claros todos los problemas, pues el espíritu está simultáneamente consciente de la causa y del resultado. Por esta razón, su poder sobre las cosas y sobre los hombres es infinitamente superior al del más poderoso hombre común.

¿Cuántos de nosotros, hombres comunes, alcanzaremos ese estado bendito?

¿Podemos alcanzarlo, observándonos en la soledad de nuestros hogares? No. Eso hasta puede ser peligroso, porque el tratar de cambiar tan profundamente el trabajo del propio mecanismo mental puede producir resultados tan imprevistos y desastrosos como si se procurara, digamos, cambiar la marcha de una máquina de combustión interna, sin comprender su funcionamiento. Es, pues, esencial que el trabajo de armonización de sí mismo se emprenda bajo la mirada de un maestro que haya aprendido en escuelas ocultas del Oriente a diagnosticar y a enderezar las faltas de cada máquina humana.

Según Gurdjieff, ésta es la razón de ser del Instituto. Gurdjieff, en opinión de sus discípulos, es el hombre de la cuarta dimensión, con centros equilibrados armonizados, capaz de ayudar a los demás a alcanzar la condición deseada.

Puede ser útil ilustrar la práctica de estas ideas con la descripción de una jornada en Fontainebleau. Los pensionistas se despiertan entre las ocho y las nueve de la mañana. Es una hora bastante tardía para una vida de orden monacal, pero usted debe saber que se acostaron a las cuatro o cinco de la mañana. Para Gurdjieff, de las siete u ocho horas de cama de un hombre normal, la mitad está echada a perder por el pre-sueño, mientras que el único período que cuenta es el del sueño profundo. Se puede obtener este último si uno se acuesta en el momento extremo del cansancio.

Se extrañarían ustedes de la desnudez de las habitaciones. Los lechos son camas duras —naturalmente, hablo de los de los pensionistas, no de la de Gurdjieff—, cubiertas simplemente con dos o tres frazadas burdas. Es posible que en los hogares haya un poco de fuego, pero las chimeneas son casi inutilizables y el combustible escaso. A veces hay en los corredores una o dos estufas encendidas, pero el Priorato permanece húmedo y frío en los meses más duros del año.

Es posible también que se encuentre un trozo de alfombra en el suelo; dos sillas desvencijadas y un fragmento de espejo formarán probablemente todo el resto del mobiliario de la habitación. No se busca la comodidad en el Instituto.

Los dos o tres ocupantes de la pieza se ponen la ropa que se quitaron la víspera y bajan, aún dormidos, para trabajar. Es posible que tengan que cuidar cerdos, vacas o corderos u otros

animales comprados recientemente por Gurdjieff (entre paréntesis, mencionaremos que los animales no prosperan aquí. Es posible que el Instituto sepa procurar el bienestar físico, moral y psíquico a los seres humanos, pero con seguridad desconoce la manera de conservar en buen estado a los animales), o que se les encargue transportar piedras en carretillas de un extremo al otro de la propiedad...

O bien pueden estar construyendo un muro para un nuevo edificio imaginado por Gurdjieff: un teatro, un baño turco o un nuevo establo para los cerdos. Siempre hay nuevos edificios en construcción. Me acuerdo que durante la permanencia de Katherine Mansfield, Gurdjieff propuso construir un balcón sobre el establo, para que ella pudiera recostarse allí, para respirar el olor de las vacas, lo que, según nos aseguraba, podía ayudarle a curar la consunción.

Hay algo peor: se puede encargar a los discípulos de la limpieza de los establos o del gallinero. O bien, deben cortar árboles o reparar cañerías. Es posible también que a alguno de ellos les toque el turno de desempeñar el oficio de lavaplatos del refectorio. Las mujeres tienen un refectorio particular y sirven en él por turno. Hay que hacer notar que, con excepción de algunos matrimonios que tienen hijos, los sexos están estrictamente separados en el Instituto. Hombres y mujeres sólo se encuentran en las sesiones y para algunos trabajos.

Es posible que mientras nuestros amigos se hallan en su tarea, al levantar los ojos vean de pronto a Gurdjieff en gira de inspección, al lado de ellos, con su gorro caucásico sin bordes, la piel negra, la ropa usada, con el cigarrillo en la boca.

“¡Skorrey! ¡queeker! ¡queeker! —dice en su ruso e inglés descosidos. “¡Trabajen bien, háganse mejores! Ustedes comienzan a pensar mejor. Muy bien.” O se pone él mismo a trabajar, demostrando de una manera impresionante cómo debe ejecutarse el trabajo.

He oído decir a menudo que Gurdjieff era un maravilloso trabajador. Discípulos extasiados, jadeantes, me hablaban de la rapidez poco común y de la habilidad con que trazaba caminos, por ejemplo, o cortaba madera, colocaba ladrillos, diseñaba hornos para secar arenques. Pero recientemente observé un elemento de duda en esos dichos. Los caminos no resistían el uso, los muros se resquebrajaban, los hornos no funcionaban y no seca-

ban arenques. Es posible que Gurdjieff no fuera el super artesano que se decía.

Tal vez; pero existe una explicación, que proponía a menudo el editor: "Es un ensayo", declaraba. Y me explicaba que Gurdjieff podría, seguramente, hacer mucho mejor si lo deseara, pero que quería probar la fe y la devoción de los discípulos.

Por fin, a mediodía viene el almuerzo. Los trabajadores se ponen en filas y se dirigen al refectorio. Tienen una comida compuesta de un solo plato: sopa con algo de harina de avena, servida en abundancia. Cuando comí en el Instituto, compartí el menú de Gurdjieff, en la vieja y confortable cocina del Priorato. Puedo hablar también de la calidad de la sopa de los discípulos. A algunos privilegiados se les permite un bocado de budín de arroz o alguna golosina parecida. Me han impresionado mucho, en el refectorio, las miradas ávidas, engolosinadas, dirigidas a los favorecidos. Era casi como si estuviera de nuevo de regreso en la escuela —salvo que ahora yo era el tío y los otros, niños.

Naturalmente, a veces Gurdjieff ordena a algunos el ayuno. En esos casos, continúan trabajando, pero sin ingerir ningún alimento durante el tiempo —días o semanas— que Gurdjieff juzga necesario.

Después del almuerzo, un corto reposo; luego, vuelta al trabajo hasta la noche, momento en el que los colonos, exceptuando a los que se encuentran de servicio, se retiran a las habitaciones hasta que comienzan las danzas. Entonces, a las nueve o las diez, se reúnen en la habitación mayor del Priorato y se entregan a largas series de ejercicios que han repetido monótonamente durante meses, y en el caso de los sobrevivientes de Tiflis, durante años. A veces, pero raramente, Gurdjieff cambia el programa. Da una conferencia o, más bien, contesta en forma más o menos evasiva a las preguntas que le plantean discípulos curiosos o escépticos.

Las danzas son de dos clases: ejercicios o ballets. Los primeros consisten en diferentes movimientos de los miembros y en ciertas pruebas de resistencia, tales como marchar alrededor de una pieza con los brazos extendidos, cosa que algunos pueden hacer durante más de una hora, sin reposo.

Otra clase de ejercicios deriva del método Dalcroze. En medio de un movimiento complicado, de pronto Gurdjieff grita: "stop". Instantáneamente, los ejecutantes se inmovilizan en la actitud

presente sin contemplación por la fatiga ocasionada y permanecen así hasta que él los libera. Esto, naturalmente, está destinado a permitir a cada uno observarse durante la acción. Otro ejercicio comprende el movimiento físico con aritmética mental. Los progresos espirituales dependen mucho de esos ejercicios.

Los ballets son, en su mayor parte, reproducciones de danzas sagradas del Oriente. En consecuencia, y según Gurdjieff, cada una de ellas tiene un significado secreto que no siempre resulta evidente para el no-iniciado.

Se asegura que Gurdjieff ha visto y estudiado estas danzas durante sus viajes a través del Oriente, y que las ha reproducido exactamente tal como las ha visto y con la música original, tocada por el músico ruso Hardman, fiel al maestro desde Tiflis.

Para un extraño, estas danzas son el aspecto más interesante de las actividades del Instituto. Los espectadores de las sesiones públicas que Gurdjieff ofreció en París, en diciembre último, han apreciado la habilidad con que Gurdjieff presenta a su compañía. Los ejercicios de veinte ejecutantes aproximadamente eran extraordinariamente buenos. Durante todo el programa no hubo un solo movimiento desacertado. Eso se debía o bien —como me lo ha sugerido un admirador— a la profunda comprensión, consciente o inconsciente, del significado místico de las danzas, o bien —lo que también parece probable— al largo y sistemático entrenamiento de los discípulos.

Las danzas también son interesantes técnicamente. Gurdjieff, al parecer, guarda un recuerdo preciso de lo que ha visto y oído y posee un considerable don de improvisación. Dentro de su propia carrera yo lo pondría muy alto entre los productores de ballet. (Es cierto que, desde el punto de vista estilístico, los movimientos son a veces demasiados bruscos, pero éste es un defecto fácilmente corregible.)

El trabajo de la tarde se termina en Fontainebleau con una repetición de los ejercicios y de algunas de las danzas, y los pensionistas fatigados se van a acostar. Pero a veces, en una ocasión extraordinaria, por ejemplo el aniversario de un miembro muy popular, Gurdjieff da una fiesta durante la cual su gusto asiático tiene libre salida. Docenas de platos, desde un lechón hasta golosinas turcas e innumerables botellas se colocan en el suelo y, acuciados sobre alfombras, todos los miembros del Instituto participan y toman un reposo bien ganado. Pero al día siguiente el trabajo se reanuda.

La decisión de buscar publicidad, al dar representaciones en París, ha cambiado considerablemente la atmósfera del Instituto. Para mí constituyó una curiosa experiencia oír, en los palcos del teatro de los Campos Elíseos, a los filósofos, preocupados por saber si los habían aplaudido suficientemente. Gurdjieff se llevó a un grupo seleccionado de ejecutantes a Estados Unidos y presumo que las representaciones públicas serán uno de los principales medios de atraer a nuevos miembros al Instituto y de excitar la atención. He aquí algo muy curioso, por cierto, para una escuela esotérica.

Con seguridad es mucho más fácil comprender la psicología de los miembros del *Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre*, que la del maestro Gurdjieff.

En lo que se refiere a los rusos exilados, para muchos la vida en el Instituto no es peor que la vida que podrían llevar afuera. Además, siendo rusos, están, en la mayor parte, dispuestos a aceptar sin réplica las afirmaciones místicas de Gurdjieff. Sufren gustosamente todas las humillaciones de su parte, y pagan en cambio esa severidad con una devoción exenta de todo rastro de escepticismo.

Algunos de los rusos —los hombres, no las mujeres— aprovechan cada ocasión de evitar los trabajos manuales. Creen más, hay que pensarlo, en la eficacia de la fe que en la del trabajo. Recuerdo con este motivo una observación curiosa del editor inglés, con respecto a la notoria pereza de uno de los rusos, el más viejo. “¡Pobre hombre! —decía el editor a su vecino inglés, mientras reposaba, fatigado, sobre su carretilla—. Supongo que debemos perdonar al viejo. ¡Después de todo, sus centros han estado desequilibrados!”

Esta broma muestra bastante bien, creo, el tono mitad tolerante, mitad escéptico, típico de los miembros ingleses. Entraron en el Instituto sin otra cosa que la esperanza de ver justificarse las afirmaciones de Gurdjieff. Ejecutaban escrupulosamente todas sus instrucciones y como místicos “Micawbers”<sup>1</sup> aguardaban con paciencia que se produjera algo superconsciente.

Me imagino que muy pronto empezaron a surgir dudas entre ellos. En verdad, era fácil prever que si Gurdjieff fracasaba, esto sucedería en el aspecto de los resultados prácticos, verificables. Después de todo, no es muy difícil mantener un prestigio místico,

<sup>1</sup> Micawber, personaje de Dickens, en *David Copperfield*.



pero la presencia de dos doctores tan experimentados como los psicoanalistas ingleses, era una constante amenaza para el maestro. No tengo ningún modo de saber si siguen otorgándole todavía confianza, aunque no sea un secreto para nadie que los dos hayan dejado Fontainebleau. Pero una de las más severas pruebas con las que tuvo que enfrentarse Gurdjieff el año pasado, fué su disputa con uno de ellos. Sobrevino con motivo de la dolorosa enfermedad de una mujer pensionista, durante la cual, según uno de los doctores ingleses, había vomitado sangre. Según Gurdjieff no era sangre. El doctor, sin examinarla, dijo que en su opinión la mujer sufría de úlcera intestinal. Gurdjieff lo negó e hizo un diagnóstico completamente diferente. Un mes más tarde, aproximadamente, la operaron en un hospital de Londres y se reveló la causa de la enfermedad; se trataba, en efecto, de úlcera intestinal. Cuando el doctor comunicó el hecho a Gurdjieff, éste se limitó a reprocharle su falta de confianza, y cuando éste se confió al editor, su compañero de pieza, el último declaró que, como de costumbre, el maestro había querido probar al discípulo. "Gurdjieff —sugirió—, sabía perfectamente que la mujer vomitó sangre y que se trataba de una úlcera, pero entraba dentro de sus métodos afirmar las contra-verdades para ver cómo reaccionaría un discípulo."

Nos equivocáramos al imaginar, por ese ingenuo accidente, que el editor es un hombre sin experiencia del mundo y sin discernimiento. Es, al contrario, un escritor lúcido y bien informado, poseedor de una gran experiencia de los hombres y de los negocios y, a veces, un espíritu mordaz. Pocos lectores dejarían de reconocer su nombre si yo lo mencionara aquí. Durante su carrera siguió muchos caminos, como el de la teosofía, antes de llegar a Fontainebleau. Pero supongo que quiere aún creer con todas sus fuerzas en la autenticidad de Gurdjieff y que lucha contra sus propias dudas más largamente que la mayoría de los demás ingleses.

Imagino que la actitud de Katherine Mansfield no difería mucho de la del editor. Cuando la vi por última vez, pocos días antes de su muerte, frágil y fatal silueta, que contemplaba las danzas en el Instituto, me aseguró que era completamente feliz. Tenía plena confianza en su curación y me confió sus planes para el próximo libro. No dijo que Gurdjieff y su colonia figurarían en esos libros, pero me parece, tal vez erróneamente, que la piadosa sonrisa sardónica de sus ojos dejaba sobreentender

que, tarde o temprano, haría caer en ridículo esas experiencias. . .

¿Puedo decir que el Instituto deja a sus miembros semejantes a lo que fueron antes de su ingreso? Ganan en fuerza física, pero pierden en importancia mental, convirtiéndose casi en autómatas. Aprenden a bailar, pero se herrumbra en lo que hacían antes. Pierden los viejos hábitos, pero forman otros. Cuanto más cambian más permanecen siendo iguales. Por lo menos, es lo que yo veo.

¿Debemos considerar a Gurdjieff como a un verdadero místico, un verdadero iniciado en las doctrinas esotéricas del Oriente?

Esto no podría probarse ni negarse absolutamente, pero hay algunas preguntas que plantear. Primeramente, un maestro de una fe secreta ¿proclamaría su misión por sobre los tejados, como lo hace Gurdjieff? En segundo lugar, se puede difícilmente creer que un verdadero iniciado, si existiera, haría la publicidad de su nombre y de sus rasgos cuando se trata de una doctrina sagrada. Y sin embargo, sobre la cubierta de un panfleto ruso que Gurdjieff hizo aparecer hace algunos años, con motivo del Instituto de Tiflis, no sólo se exhibe su nombre, sino que también su retrato se encuentra en medio de la figura mística geométrica que simboliza la base de la sabiduría oculta.

En tercer lugar, es difícil imaginar que un verdadero místico exija un pago a sus discípulos. Si bien algunos rusos se alojan gratuitamente, no hay que olvidar que ha recibido sumas muy considerables de dinero de ingleses "simpatizantes", sumas casi suficientes para cubrir la compra del Priorato y de sus tierras, lo mismo que del ganado, alfombras, automóvil y todo cuanto ha adquirido. El resto ¿ha sido pagado por sumas más pequeñas provenientes de los huéspedes pagos o por las ofrendas, en agradecimiento de las curas que él emprende independientemente en París? Nadie parece saberlo. En todo caso, no pienso que podamos aceptar como absolutamente cierto el hecho de que Gurdjieff sea un místico encargado de una misión por una autoridad oculta superior del Asia.

En cambio, hay que decir que la opinión según la cual Gurdjieff sería un simple y puro charlatán, no merece crédito alguno para quienquiera haya estado en contacto con él. Es un tipo de hombre demasiado interesante y pintoresco para ser un simple estafador. Además, existe la notable filosofía establecida por él y por Ouspensky y las danzas realmente admirables que hemos visto en el teatro de los Campos Elíseos. No, esta sugerencia gro-

sera no explica a Gurdjieff o no intenta siquiera explicarlo; por lo tanto, no necesita discutirse.

De acuerdo con una tercera explicación, Gurdjieff sufriría de megalomanía. Cree sinceramente que puede hacer todo lo que afirma. Y en verdad, es posible darse cuenta de que sus declaraciones son evidentemente absurdas por la publicidad hecha por cuenta suya en el teatro de París. Las declaraciones contenidas en este folleto eran completamente falsas y engañosas:

“El Instituto cuenta con no menos de cinco mil adherentes, repartidos en todas partes del mundo. Entre ellos personas de toda nacionalidad y religión.

“En los principales establecimientos del Instituto se encuentran servicios médicos de análisis químicos y de psicología experimental, destinados a investigaciones independientes, lo mismo que la verificación de teorías y tesis que parecerían imprecisas o arbitrarias.

“El programa general de trabajo del *Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre* exige el estudio del ritmo, de artes y oficios y de idiomas. Paralelamente, se prosigue un estudio profundo del hombre y del universo en todas sus relaciones, de acuerdo con los recursos proporcionados por las ciencias europeas y la antigua ciencia de Oriente. Estos estudios exigen la aplicación de nuevos métodos de concepción y de percepción. Ellos amplían el horizonte de las concepciones humanas.

“El Instituto posee, también, una sección médica encargada de corregir las irregularidades funcionales preexistentes en el paciente y cuya desaparición es necesaria antes de poder comenzar el desarrollo armonioso en forma efectiva.”

Por fin, otro párrafo menciona la existencia de un *Diario del Instituto* que contiene los informes de todas las conferencias, discusiones e incidentes de la vida en el Instituto. Uno se pregunta cómo pudo permitirse Gurdjieff hacer pasar esos proyectos por realizaciones actuales. Los cinco mil adherentes pueden, con seguridad, reducirse a quinientos. Los servicios de medicina, de análisis químicos y de psicología experimental, lo mismo que el diario impreso en caracteres “apropiados”, son desconocidos, me imagino, para todas las personas familiares al Instituto como lo son para mí mismo. “El estudio profundo del hombre y del Universo en todas sus relaciones” es lisa y llanamente charla, mientras que la sección médica consiste simplemente en algunos aparatos eléctricos de tipo corriente y con seguridad insuficiente-

mente equipados para llenar la finalidad importante mencionada en el folleto.

Preveo que cada una de esas tres teorías con respecto a Gurdjieff continuará contando con sus defensores. Tal vez ninguna de ellas bastaría para explicar a este hombre singular; es posible que tuviéramos que calar más hondo para lograr comprender los motivos que impulsaron a Gurdjieff a fundar ese *Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre*.

Sea como fuere, los hechos son lo bastante curiosos como para justificar la atención que se les ha prestado en todos los círculos intelectuales.

#### IV

*Denis Saurat visita a Gurdjieff. — Lo que escribe para este libro treinta años después. — El relato de esa visita, publicado por la N. R. F., en 1933. — La transformación de Orage. — Poincaré ve en Gurdjieff al enemigo número uno de los Soviets. — Los poderes sobrenaturales. — El establo de Katherine Mansfield. — Gurdjieff albañil. — La gran interview. — La única probabilidad de salvación para las mujeres. — Magia en un cobertizo de aviación. — Para tranquilizar a un buen inglés.*

Reproduje en la primera parte de este libro el notable estudio que Denis Saurat tuvo a bien escribir a mi pedido con respecto a la obra de Gurdjieff *All and Everything*.

Ahora bien, en noviembre de 1933, Denis Saurat, por motivos que ignoro, hizo publicar en la *Nouvelle Revue Française* el relato de una visita que realizó, en 1923, al priorato de Avón. Este relato, lo mismo que el de Bechhofer, es un informe escrupuloso de un espectador "puro".

Pero, al leerlo, se podría dudar mucho de la simpatía de Denis Saurat por Gurdjieff y su empresa. Es por ello por lo que recuerdo, antes de publicarlas aquí, algunas frases de conclusión del estudio que Denis Saurat me dirigió en abril de 1952 y que ustedes han leído antes:

"El breve contacto que tuve con él (Gurdjieff) me dejó la impresión de una personalidad humana muy fuerte, complementada o coronada por una espiritualidad muy elevada, a la vez moral y metafísica. Entiendo decir con esto que me pareció que sólo las más altas intenciones morales regían su conducta y que, por otra parte, sabía sobre el mundo espiritual cosas que pocos hombres saben, y que era verdaderamente un maestro en el do-

minio de la inteligencia y del espíritu. Sin pretender conocerlo perfectamente, experimento, pues, por él, mucha simpatía y hasta cierto afecto.”<sup>1</sup>

Treinta años separan estas líneas de la visita hecha al Priorato, de la única entrevista con Gurdjieff, cuyo relato sigue a continuación:

#### VISITA A GURDJIEFF

Un sábado por la mañana, en febrero de 1923, en la estación de Fontainebleau, Orage vino a esperarme a la llegada del tren de París.

Orage es un robusto tipo de Yorkshire, con vaga ascendencia francesa; de ahí su apellido. Desde hace quince años es una potencia en los medios literarios ingleses. Poseía una revista semanal: *The New Age*, semiliteraria, semipolítica, que constituía el centro intelectual más importante de Inglaterra, entre 1910 y 1914.

Orage hubiera podido ser el mayor crítico de la literatura inglesa, que, por otra parte, posee pocos críticos y muere, resucitando cada vez que un escritor de genio se añade al gran pasado. Pero Orage ha vendido *The New Age* y está en Fontainebleau. La literatura no interesa más a Orage.

Una sorpresa, en cuanto lo veo: lo conocía casi obeso, soporoso sobre una complexión ósea de gran tamaño unos noventa y cinco kilos. Pero a mi encuentro viene un Orage delgado, casi descarnado, de rostro inquieto. Un Orage que parece más grande y cuyos movimientos son más rápidos y más fuertes; más sano, pero desdichado.

Orage es discípulo de Gurdjieff, que ha establecido en el Priorato una especie de falansterio; “algo en el género de las sociedades pitagóricas” sostiene vagamente Orage, “pero mucho más severo”.

Severo en efecto. A mis preguntas sobre su salud y su transformación física, Orage responde contándome su vida. Está de pie a las cuatro y ya en el trabajo, habiéndose acostado hacia medianoche, o a la una; un duro trabajo de cavador en el parque del Priorato, donde se cava y se construye. Rápidas comidas en los intervalos. De tiempo en tiempo, reuniones delante del maestro,

<sup>1</sup> No señalo esto para que tome a Denis Saurat en flagrante delito de versatilidad, sino para que se tenga en consideración el hecho de que treinta años de búsquedas y de meditaciones llevan a un hombre como Denis Saurat a la “simpatía” y “afecto”.

para ejercicios de gimnasia de conjunto. Luego, de nuevo, fosos para cavar o llenar. "A veces, Gurdjieff nos hace pasar todo el día cavando un enorme foso en el parque; luego nos hace pasar el día siguiente llenándolo y reponiendo en el foso la tierra sacada el primer día."

En vano pregunto el porqué. Orage no sabe.

¿Quién es Gurdjieff? Orage no sabe quién es Gurdjieff.

Hace dos años se comenzó a hablar en Londres de un tal Ouspensky. Ese ruso trabajaba en un *Tertium Organum*, o sea que sólo se reconocía dos predecesores: Francis Bacon y Aristóteles.

El género humano iba a cambiar de camino. Ouspensky había formado un grupo de discípulos sobre los que reinaba en forma absoluta. Luego, gradualmente, Ouspensky dejó entender que él mismo no era sino el anunciador de alguien grande. De Rusia o de un Oriente aún más lejano vendría Gurdjieff. Mientras, Ouspensky enseñaba y preparaba el camino. Hasta había inventado un nuevo método de enseñanza. La doctrina era demasiado elevada para ser enseñada: una exposición directa no sería comprendida por los discípulos. Por esto, era el discípulo el que hablaba: planteaba una pregunta y explicaba su pregunta. Por ejemplo: ¿Es inmortal el alma? Luego, según la calidad de la explicación, el maestro respondía, dosificando la cantidad de verdad absorbible, de acuerdo con la capacidad del discípulo.

Esto continuó durante unos meses; luego, Gurdjieff llegó a Londres. Ahora bien, Gurdjieff no sabía inglés, ni francés, ni alemán. Daba sus órdenes (pues sus únicas palabras eran órdenes) en ruso y alguno de los que lo rodeaban las traducía.

Se decía que Gurdjieff era fabulosamente rico: parecía tener acceso a alguna provisión inagotable del oro del mundo. Quería fundar una gran universidad del ocultismo y revelar, no al mundo, que despreciaba, sino a sus discípulos escogidos, la Única Doctrina. Aquí intervino la política. Lloyd George estaba coqueteando con los Soviets. Gurdjieff y los suyos eran opositores de los Soviets, sin ser por otra parte rusos blancos. De modo que las autoridades inglesas habían rehusado, por exigencias de Moscú, según se decía, todo permiso de residencia. Pero, puesto que Lloyd George había rehusado, Poincaré lo acordaría, y, en efecto, Poincaré, esperando de este modo llevar los Soviets a la ruina, había acordado a Gurdjieff los permisos necesarios. Entonces, Gurdjieff compró en el lugar llamado Priorato, en Fontainebleau,



un castillo y su parque, y se establecería allí la escuela de la última sabiduría.

Pero, ¿quién sería admitido entre los discípulos de Gurdjieff?

En los grupos de Ouspensky se hallaban centenares de londinense. Un día, Ouspensky se sentó en el fondo de una habitación y se hizo desfilar lentamente delante de él a los hombres y mujeres que aspiraban a la inmortalidad.

Pues se decía que sólo los elegidos poseerían el alma inmortal.

Entre los elegidos se encontraron Orage y Katherine Mansfield.

Gurdjieff no hablaba, él no sabía inglés. Pero su mirada discernía las posibilidades de almas inmortales y una orden hacía extraer del desfile a los que irían a Fontainebleau. Casi toda esta gente tenía dinero, pero a veces Gurdjieff aceptaba también a algún pobre.

Orage me cuenta estas cosas, mientras me acompaña al Priorato. Hace unas semanas que Katherine Mansfield ha fallecido. Yo vine para ver qué hacía Orage, porque sus cartas me inquietaban. Fue él quien decidió a Katherine Mansfield a venir junto a Gurdjieff y había tenido casi la promesa de curación. Me iba a mostrar el lugar donde Katherine Mansfield había pasado sus últimos días. Lugar extraordinario.

Orage estaba persuadido de que Gurdjieff poseía poderes sobrenaturales. Había aparecido en una reunión de sus discípulos en Moscú, o Petrogrado, mientras su cuerpo erraba a centenares de kilómetros o verstas de allí. Ouspensky lo había visto.

Pero desde que Orage está en Fontainebleau, Gurdjieff no le ha dirigido la palabra. Se supone que los ejercicios de gimnasia de grupo son la preparación necesaria a la iniciación. Gurdjieff los dirige en ruso. Los rusos de la casa dicen con aire afligido y a la vez triunfante que Gurdjieff se encoleriza frecuentemente y que emplea entonces un lenguaje que haría ruborizar al mismo Lenín. Hay alrededor de setenta rusos, unos veinte ingleses. Ningún francés.

Un establo. Cinco o seis vacas sucias. No hay criados en una institución pitagórica y los hombres de sociedad y hasta críticos literarios no saben muy bien cómo cuidar vacas. Estas vacas producen la leche para la centena de discípulos. Katherine Mansfield era tuberculosa. Ella vivía en ese establo. Las vacas a menudo también son tuberculosas y la leche transmite el microbio.

El techo es elevado. Esto no debía ser establo antes de la llegada del maestro. A menos de dos metros del techo, un ruso, que

tenía talento de carpintero, construyó un estrado. Se llega a él por una escalera. Sobre esa tarima se había colocado un colchón, unos almohadones. Allí vivía Katherine Mansfield. Parece que el maestro dijo que de las vacas se desprendían exhalaciones que curarían a la enferma. No simplemente el olor a vacas y a establo, sino ciertas exhalaciones espirituales. Katherine Mansfield ha muerto y nadie se ha atrevido a preguntar al maestro por qué. Por otra parte, él no sabe inglés, hubiera sido preciso preguntarlo a un ruso que lo supiera y los rusos están aterrorizados y se muestran aún más dóciles que los ingleses ante el maestro.

Hay varios médicos entre los discípulos. Dicen que su medicina, de todos modos, no podía ya hacer nada por Katherine Mansfield. Por lo menos, dice Orage, ha muerto tranquila y hasta en medio de cierta felicidad.

Otro ruso, que poseía algún talento de pintor, había decidido contribuir a la felicidad final de Katherine Mansfield. Justo encima del estrado había pintado sobre el estuco, en colores rojos y azules muy vivos, un gran número de lunas nacientes, soles resplandecientes y estrellas. No tuvo todo el oro que hubiera hecho falta, pero el rojo y el azul reemplazaron el dorado. Katherine se ha ido, día a día, contemplando esas medias lunas y esas estrellas. Por lo menos, las vacas le proporcionaron calor, ya que febrero era muy crudo y el castillo casi no tenía calefacción.

Estamos almorzando. El gran comedor del castillo. Muebles astrosos. Cocina hecha por los discípulos. En principio, cada uno debe alimentarse a sí mismo. En la práctica, se hacen turnos de cocina; de hecho, algunas mujeres se encargan del trabajo. La comida es bastante aceptable. Hay algunos huéspedes de paso; rusos blancos, un ex ministro del zar. Se habla de ocultismo.

Parece (nadie sabe) que Gurdjieff ha revelado que pocos humanos poseían un alma inmortal. Pero cierto número posee una especie de embrión de alma inmortal. Si este embrión se cultiva de acuerdo con las leyes, puede desarrollarse y llegar a la inmortalidad. Si no, muere. Sólo Gurdjieff conoce los métodos indispensables. Pero todos aquellos que él ha conducido aquí tienen por lo menos ese embrión. Durante el desfile de Londres, la visión sobrenatural del maestro descubrió a los candidatos posibles. Gran consuelo: todos los que están aquí tienen, por lo tanto, serias posibilidades de llegar a la inmortalidad.

Por lo menos, los discípulos. Los huéspedes de paso se miran

con inquietud. Somos una docena: la mayor parte de los pacientes de Gurdjieff no tienen horas fijas de comida.

Una puerta se abre brutalmente. Un hombre grande y de aspecto poderoso, vestido con pesada pelliza, con la piel hacia afuera, pero sin nada en la cabeza, entra con violencia. La cabeza está completamente afeitada. El semblante tiene una expresión de acostumbrada ferocidad, mezclada en ese momento con ternura, evidentemente pasajera: el hombre lleva en los brazos un cordero ya bastante grande. La ternura es para el cordero. A grandes trancos, el hombre atraviesa la habitación, no nos mira siquiera y sale por otra puerta. Es Gurdjieff. Todos nosotros lo hemos comprendido. Los discípulos, muy emocionados, nos dicen:

“Siempre anda así. No los ha mirado, pero los ha visto. Los conoce a todos completamente.”

Orage quiere mostrarme el parque. Después del almuerzo caminamos por unas alamedas. Gurdjieff hizo comprar a las autoridades militares un cobertizo de aviación. Los discípulos lo han desmontado. La enorme construcción, negruzca y sucia, contrasta con el castillo y los restos de los jardines. En efecto, el parque está atravesado por trincheras. “Gurdjieff nos tiene siempre ocupados. El alma no puede desarrollarse sin que el cuerpo esté en perfecto equilibrio. Se nos enseña el dominio de los músculos: sabemos efectuar los trabajos más duros y también sabemos mover el brazo izquierdo de acuerdo con un ritmo diferente del de los movimientos del brazo derecho. Ejecutar la medida de cuatro tiempos con el brazo derecho y de tres tiempos con el izquierdo, simultáneamente.”

Al final de una alameda, en un gran agujero, una especie de enorme cabaña de negros, pero hecha de ladrillos y cemento. Orage explica que son baños turcos. Hombres y mujeres concurren separadamente. Reina completa castidad; pero también hay parejas casadas que viven normalmente. Gurdjieff no predica ni practica el ascetismo. Pero sus discípulos están agotados por la fatiga y el terror.

De pronto, vemos a Gurdjieff. Está de pie a unos metros de la choza de baños. Al lado de él, preparan mortero. Gurdjieff se llena las manos desnudas, forma una bola y la tira en la choza. Con gran rapidez bombardea el interior de la choza con bolas de mortero. Nos aproximamos. La chimenea de los baños, construida por discípulos inexpertos, ha estallado. Se ve una gran abertura por la que salen llamas virulentas, finas y retorcidas

por la violenta aspiración del aire. Nadie acertaba a hacer nada. Gurdjieff ha venido. El calor impide acercarse a la hoguera. Entonces, Gurdjieff ha decidido tapar la brecha a golpes de bolas de argamasa. Tira bien. Ha comenzado por la parte alta de la abertura y las bolas producen un curioso ruido al aplastarse contra el tabique ardiente. La pelliza, desabotonada, vuela de derecha a izquierda. El hombre, molesto, termina por desembarazarse de ella. No nos mira. Algunos discípulos lo contemplan desde lejos, con una especie de horror. El que mezcla el hormigón tiene una actitud de esclavo.

Nos sentimos molestos. Tengo la impresión de asistir a algo obsceno. Nos vamos.

Estoy invitado a pasar dos noches. Al oscurecer, después de la cena, Gurdjieff manda una gran botella de vodka a la pieza de Orange, donde estoy con algunos ingleses. Se me dice que es un honor completamente excepcional. Toda esta gente se ve desamparada, presa de una mezcla de vergüenza, de temor y de inconfesable esperanza. Propongo que se tire por la ventana la mitad de la botella de vodka, para hacer creer a Gurdjieff que la hemos bebido. Nadie de nosotros tiene deseos de beber más de unas gotas de vodka, y nos sentimos incapaces de sobrellevar dignamente el honor de esta botella. Pero mi proposición no se acepta: se le tiene miedo a Gurdjieff.

Hablamos hasta muy tarde. Se encuentran aquí algunos hombres que eran conocidos en Londres, un médico distinguido de *Harley Street*, un jurisconsulto, varios escritores. Vienen a decirme que Gurdjieff me recibirá mañana por la tarde y tendrá una intérprete. Gran emoción. Se dice que Gurdjieff no ha recibido nunca a nadie. Los ingleses me encargan de plantearle muchas preguntas: desde que están aquí, hace varios meses, Gurdjieff no les ha hablado. No saben qué hacen aquí. Los rusos sólo les dan vagas indicaciones. Todos están embrutecidos y desmoralizados por un trabajo físico excesivo para ellos. Más tarde vienen a decirnos que Gurdjieff ha ordenado una noche mística, en el cobertizo de aviación, transformado en templo, para la noche del domingo al lunes. Se agrega que Gurdjieff ha autorizado la presencia de un representante del *Daily Mail*. Estupefacción. Los ingleses no comprenden. Y el secreto místico que no se les reveló, ¿será entregado al *Daily Mail*?

Domingo 18 de febrero. De las dos y media hasta las cuatro y media: una intérprete rusa, Mme. de Hartman, que habla bien el inglés. Resumo y esquematizo la larga conversación:

Yo. — ¿Qué resultados se proponen obtener aquí?

Gurdjieff. — Dar salud física, ensanchar la inteligencia, sacar a la gente de su rutina.

— ¿Ha obtenido ya lo que busca para algunos?

— Sí, en cuatro o cinco años, algunos discípulos han alcanzado la meta.

— ¿Sabe usted que muchos de ellos están cerca de la desesperación?

— Sí, hay algo siniestro en esta casa, y eso es necesario.

— ¿Tienen la ambición de volverse inmortales?

— Todos tienen ambiciones, pocos las satisfacen. (Sardónico.) Cada uno posee un yo y una esencia. Muchos querrían transferir su yo en su esencia y convertirse así en inmortales.

— ¿Cuál es la finalidad de todo ese trabajo físico y cuánto debe durar? (Los ingleses me habían encarecido se lo preguntara.)

— Hacerlos dueños del mundo exterior. No es más que una fase temporaria.

— ¿Busca usted darles poderes ocultos?

— Sí, trato de darles todos los poderes. No existe diferencia entre los poderes ocultos y los otros. Los ocultistas de hoy se equívocan todos.

— ¿Usted no forma parte de una escuela?

— No, nosotros somos un grupo de amigos. Hace unos treinta años, una docena de nosotros pasó varios años en el Asia Central y hemos reconstruido una doctrina: por medio de restos de tradiciones orales, estudio de antiguas costumbres y aun de ciertos libros. La doctrina ha existido siempre, pero la tradición se ha interrumpido a menudo. En la antigüedad la conocían algunos grupos, algunas castas. Pero, era incompleta: los antiguos hicieron demasiada metafísica, su doctrina era demasiado abstracta.

— ¿Por qué ha venido usted a Europa?

— Porque quiero unir al espíritu místico oriental el espíritu científico occidental. El espíritu oriental está en lo cierto, pero solamente en sus tendencias y sus ideas generales. El espíritu occidental está en lo cierto por sus métodos y sus técnicas. Sólo los métodos occidentales son buenos en la historia y en la observación. Deseo crear un tipo de sabio que reúna el espíritu del Oriente y las técnicas del Occidente.

—¿Existen ya sabios de este tipo?

—Sí. Conozco algunos sabios europeos que han alcanzado esta meta.

—Fuera de planteamientos de método, ¿enseña usted una doctrina positiva?

—Sí. Pocos seres humanos tienen un alma. Ninguno tiene un alma al nacer. Se debe adquirir un alma. Aquellos que no lo logran, mueren: los átomos se dispersan, no queda nada. Algunos se forman un alma parcial y entonces están sometidos a una especie de reencarnación que les permite progresar. Y, por fin, un muy pequeño número de hombres ha llegado a tener almas inmortales. Pero ese número es muy exiguuo, apenas algunos. La mayor parte de los que han alcanzado algo no tienen aún más que almas parciales.

—¿Cree usted en el libre albedrío?

Ni la intérprete ni Gurdjieff parecen saber qué puede ser eso del libre albedrío. Mis explicaciones llevan a esta respuesta de Gurdjieff:

—Cada uno hace lo que quiere. Nada puede impedirselo. Pero los hombres no saben querer.

Gurdjieff posee modales extraordinariamente corteses. En esta conversación no causa, de ningún modo, la impresión de ser un charlatán. Parece tratar de explicarse en la forma más racional posible y no se sustrae a ninguna pregunta. Su ferocidad parece haberse trocado en fuerza.

Le pregunto si está todavía en relaciones con los amigos que han reconstruído la doctrina. Contesta que ve aún a tres o cuatro.

—¿Qué hacen?

—Ejercen diferentes profesiones comunes.

—¿Enseñan?

—No. Gurdjieff es el único que enseña. Es su profesión.

Los discípulos añaden que se ha definido a sí mismo como el dispensador de la energía solar, cosa que ellos no pretenden entender. ¿Existe un Dios? Sí, y Gurdjieff está con él en relaciones semejantes al de un ministro bastante independiente, obstinado y quisquilloso con su rey.

Las mujeres, se dice, no tienen ninguna posibilidad de adquirir realmente un alma más que por el contacto y la unión sexual con un hombre.

Por la tarde, antes de la gran sesión, informo a mis ingleses de los resultados de mi interrogatorio. Se quedan extremadamente decepcionados. Lo que los irrita sobre todo es que Gurdjieff haya dicho que se podía encontrar la doctrina en libros.

—Entonces —dice uno de ellos, el médico de *Harley Street*<sup>1</sup>—, si la tradición está en los libros, ¿qué hacemos nosotros aquí?

—Entonces —dice otro—, no hay tradición secreta.

Y deciden que esto es imposible, que yo he comprendido mal o que la intérprete ha traducido mal.

Lo único consolador es la seguridad de que su trabajo de zapadores no durará siempre.

Están muy impresionados por la confesión de Gurdjieff de que por su propia voluntad hay algo siniestro en esta casa. Se preguntan ya un poco si no se les toma el pelo, pero preferirían aún ser víctimas. Sin embargo, temen ser explotados por Gurdjieff con fines ocultistas. Tienen confianza en su poder, pero no están seguros de sus intenciones con respecto a ellos.

A las diez, en el cobertizo de aviación. Ambiente fantasmagórico. Tapices que parecen extraordinariamente preciosos cubren el suelo y los muros. El individuo del *Daily Mail*, que se ha pegado a mí, sostiene que es conocedor de tapices y que hay ahí por más de un millón. En efecto, los tabiques y el piso están recubiertos y a veces hay varios espesores. A media altura de un hombre, un amplio asiento rodea todas las paredes y está sembrado de almohadones. Docenas de hombres y mujeres están recostados. Uno espera una orgía fálica espiritual.

En el centro, una fuente de aguas coloreadas. Perfumes.

Música que se dice del Asia Central. En todo caso, extraordinaria.

Comienzan las danzas bajo la dirección de Gurdjieff. Son danzas lentas; los participantes están colocados bastante lejos unos de los otros. A algunas órdenes, todos se inmovilizan en la posición en que están en ese momento y deben permanecer así hasta la orden de continuar. Los que se encuentran en equilibrio inestable en el instante del grito de detención no deben terminar el movimiento comenzado y caen con todo su peso, por el efecto normal de gravitación. Una vez caídos, no deben moverse.

<sup>1</sup> *Harley Street* es la calle donde viven todos los grandes especialistas de Londres.



El hombre del *Daily Mail* está despavorido y con justa razón. La atmósfera perfumada, las luces coloreadas, los ricos tapices, los movimientos extraños: es el romanticismo de los orientales, por fin realizado sobre la tierra. Para tranquilizar al periodista, le digo que soy profesor de la Universidad de Burdeos y que toda esta gente está loca. Reflexiona un minuto, luego parece muy aliviado; ha recuperado la convicción de que es él el que está en lo cierto. Pero, al día siguiente, comunicará vilmente a Orage mis palabras consoladoras y este último se pondrá triste y sólo comenzará a perdonarme diez años más tarde.

## V

*Donde se cae en algunas consideraciones abstractas, pero indispensables. — El sentimiento general del visitante del Priorato: tal vez sea imposible penetrar en ese sistema filosófico sin pasar por una cierta experiencia interior que compromete todas las funciones humanas. — ¿Tendremos nosotros una falsa idea del saber y de la cultura? — El ejemplo Rabelais. — Breve alusión a Sartre. — La corriente del pensamiento al revés, que es la corriente clandestina del pensamiento moderno. — 1923, año que habría que marcar con una piedra blanca. — Le Temps defiende a Descartes. — El alquimista contra Gurdjieff, en nombre de la tradición latina del ocultismo. — Lo que es digno de atención.*

Tales son los relatos de los visitantes del domingo, de los hombres que vinieron como turistas al Priorato. Ahora procuraremos conocer las impresiones de algunos de los que vivieron día a día la experiencia de Avón. Sean cuales fueren las conclusiones que cada uno ha sido llevado a extraer por su propia cuenta personal, todos aquellos que estuvieron junto a Gurdjieff, ya como curiosos, ya como adeptos, fueron igualmente impresionados por la multiplicidad de las formas de la enseñanza: trabajos manuales, ejercicios rítmicos, danzas, conferencias, conversaciones, ejercicios mentales, etc. A nadie le cabía duda de que Gurdjieff poseía sobre la estructura de la personalidad, sobre las relaciones del hombre y del mundo y sobre muchos otros puntos, una visión original y de ningún modo reductible a los vagos sistemas "espiritualistas" en boga. Esta visión, desarrollada en términos a la vez claros y eruditos por Ouspensky, dejaba suponer un sistema filosófico sólido, una psicología, una teología, una cosmogonía, una ética y una estética fuertemente enlazadas, las que en su expre-

sión occidental, intentada por Ouspensky, merecía ampliamente la atención, hasta entonces prestada a los más importantes sistemas de la filosofía europea. Ahora bien, era imposible penetrar en el sistema del pensamiento de Gurdjieff sin pasar por una experiencia que comprometía la totalidad del ser, era imposible penetrar en ella sin franquear un cierto grado de iniciación física y mental en el nivel del cual se negaba lo que nosotros llamamos "inteligencia" y "cultura". Por eso se veía a psicólogos de oficio, a médicos, a escritores, a intelectuales de toda clase, empujar carretillas, cuidar vacas, danzar, y de una manera general, procurar "desaprender". Era imposible abordar todo ese asunto sobre el plano de inteligencia discursiva en que situamos la búsqueda y el conocimiento filosóficos. Se hacía indispensable formarse otra idea del *saber*. Esto saltaba a los ojos del visitante tanto como a los del discípulo, entre cien otras impresiones favorables o desfavorables, pero, después de todo, sin grandes consecuencias. "El desarrollo del hombre —decía Gurdjieff— se opera a través de dos líneas: 'saber' y 'ser'. Para que la evolución se haga correctamente, las dos líneas deben avanzar juntas, paralelamente una a la otra y sosteniéndose una a la otra...

"La gente comprende lo que hay que entender por *saber*. Reconocen que el saber puede ser más o menos vasto, y de mejor o peor calidad. Pero no aplican esta comprensión al *ser*. Para ellos, *el ser* designa únicamente 'la existencia', que oponen a la 'no existencia'. No comprenden que *el ser* puede situarse en niveles muy diferentes y comprender diversas categorías... Dos hombres pueden diferir en su *ser* aún más que un mineral y un animal. Esto es, precisamente, lo que los hombres no captan. No comprenden que *el saber depende del ser*. Y no solamente no lo comprenden, sino que no quieren comprenderlo. Sobre todo en la civilización occidental está admitido que un hombre puede poseer un vasto saber, que puede ser, por ejemplo, un sabio eminente, el autor de grandes descubrimientos, un hombre que hace progresar la ciencia y que, al mismo tiempo, puede ser y tiene el derecho de ser un pobre hombre egoísta, argumentador, mezquino, envidioso, vanidoso, ingenuo y distraído. Parece considerarse entre nosotros que un profesor debe olvidar en todas partes su paraguas.

"Y sin embargo, es allí donde está su *ser*. Pero en Occidente se considera que el saber del hombre no depende de su *ser*. La gente otorga el mayor valor al saber pero no saben acordar un

valor al *ser* y no tiene vergüenza del nivel inferior de su *ser*. Nadie comprende que el grado del saber de un hombre está en función del grado de su *ser*.

"Cuando el saber coloca al hombre demasiado alto, se vuelve teórico, abstracto, inaplicable a la vida; hasta puede llegar a ser dañino, porque en vez de servir la vida y ayudar a la gente en su lucha con las dificultades que la atenaza, semejante saber comienza a complicarlo todo; a partir de ese punto, sólo puede aportar nuevas dificultades, nuevas perturbaciones y toda clase de calamidades que no existían antes...<sup>1</sup>

"Se puede comprobar esta preponderancia del *saber* sobre el *ser* en la cultura actual. La idea del valor y de la importancia del nivel del *ser* ha sido olvidada completamente. Ya no se sabe que el nivel del *saber* está determinado por el nivel del *ser*."

Esta lección que escuchaban los huéspedes del Priorato, revolucionaba todas las nociones adquiridas. Es por ella por lo que, a mi juicio, la creación del Instituto de Avón y la agitación que ha provocado marcan un momento muy importante en la historia de las ideas contemporáneas. Esta afirmación puede parecer arriesgada. Pero tenemos de esta historia la sola visión que nos proporcionan los portavoces del racionalismo, los epígonos retardados de Descartes, y en la otra orilla, los precavidos hombres

1 Es así como hay que comprender la frase de Rabelais: "Ciencia sin conciencia sólo es la ruina del alma", tan a menudo interpretada en el pobre sentido laico y primario: Ciencia sin *conciencia moral*... Ahora bien, no se trata en absoluto de conciencia moral en Rabelais, quien expresa aquí una verdad de iniciación y no una verdad de todos los días. Se trata de la conciencia superior, es decir, de acceso al *yo* inmutable y trascendente, al gran *Yo*, oculto por los múltiples pequeños *yo* de la individualidad sometida a lo que Gurdjieff llama la "mecanicidad". Se trata de la conciencia revelada por la experiencia interior, del objeto mismo de la búsqueda de iniciación.

Otro ejemplo, éste moderno: la fenomenología, o la ciencia de la existencia en el filósofo alemán Husserl, está fundada sobre lo que él llama "la experiencia del *Yo* trascendental, acabado y estático", es decir, sobre una experiencia interior comparable a la del Yoghi en lucha con el "Sí" védico, o de San Pablo con "el hombre interior" o a la que Gurdjieff promete a sus discípulos. Pero cuando los adaptadores de Husserl se apoderan de esta ciencia, desechando esa experiencia del *Yo* trascendental, de la conciencia absoluta, esta ciencia se convierte en instrumento de confusión y de desorden, y la prueba está en el existencialismo sartriano que funda sobre una fenomenología ya no del hombre, sino del feto, un sistema cuyo efecto más seguro es someter aún más la inteligencia a las enfermedades del mundo contemporáneo.

de la Iglesia. De hecho, a partir de la mitad del siglo XIX, ha nacido en Europa una corriente que va al revés, a contrapelo de los métodos de conocimientos convencionales de nuestra civilización. Esta corriente no ha cesado de crecer, desde los ocultistas románticos hasta los introductores de la filosofía oriental (budismo Zen o vedantismo, por ejemplo). Se ha desarrollado con los filósofos de la tradición espiritual, desde Claude de Saint-Martin hasta René Guénon. Se ha enriquecido extraordinariamente con los aportes de los grandes alemanes, desde Nietzsche hasta los creadores de la fenomenología como Husserl, quien pone los cimientos de una ciencia del ser introduciendo por primera vez la demostración en el corazón mismo de la "mística". Se abulta también extraordinariamente del lado de físicos y matemáticos de vanguardia. A partir de la observación de tal corriente, se podría esbozar la verdadera historia de las ideas contemporáneas. Y en esta historia, el asunto Gurdjieff tendría un importante lugar.

La empresa de Gurdjieff prosiguió sobre un plan aparentemente menos "escandaloso" después del cierre del *Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre* y la decisión de no solicitar más la atención del gran público. Fué entonces cuando llegué a participar, lo mismo que todos aquellos cuyos testimonios leerán ustedes en la tercera parte de esta obra. Pero en ese primer período de la actividad de Gurdjieff en Occidente, en que todo parece organizado como para una parada, como para escandalizar al mayor número posible de intelectuales, para sublevar la inteligencia, las concepciones filosóficas, psicológicas, morales, religiosas, estéticas de los círculos selectos de este lado del mundo, hay una especie de risa superior, una voluntad libre y divertida, una soberana manera de escupir sobre nuestras concepciones "clásicas" del saber, de la personalidad humana, de la libertad humana, del respeto humano, un resplandeciente *parti pris* de insólito, que hay que atribuir, quierase o no, a una *pujanza de vida* fuera de toda norma.

El año 1923, merece, en Francia, una piedra blanca. Exactamente en la misma época se fundaba el surrealismo como sociedad secreta y emprendía a la luz del día un trabajo de demolición de la psicología admitida, de convenciones del lenguaje, de concepciones del hombre y sus relaciones con el mundo, peculiares del Occidente llamado "civilizado", que en cierto plano carece de relación con el trabajo "sublevante" propuesto por Gurdjieff en la plaza pública.

“Vivir y cesar de vivir son soluciones imaginarias. La existencia está en otra parte —escribe en ese momento André Breton—. Sé perfectamente cuáles son los distingos importantes que hay que hacer entre los fines y los métodos del surrealismo y los fines y los métodos de Gurdjieff. Pero no es menós digno de atención, para todo espíritu sensible a los *signos*, que el año 1923 en Francia se inscribe de una manera excepcional en esta historia aún clandestina de las ideas, de que acabo de hablar.

Creo que estas consideraciones, difíciles de formular para un hombre como yo, sin seria formación filosófica moderna y desprovisto de toda habilidad en el manejo del lenguaje abstracto, eran indispensables. Si han podido seguirlas, a despecho de mi torpeza, tendrán algún interés en leer el artículo siguiente. Se trata de un artículo publicado por el más serio y el más importante diario francés de esa época: *Le Temps*. M. Levinson, quien, se me asegura, conoció mucho bajo otro nombre a Gurdjieff, defiende en dos columnas los métodos del pensamiento occidental y todas las convenciones intelectuales sobre las que reposa la “civilización moderna”. Si se piensa que ese diario fué en cierto modo el monitor de la inteligencia conformista en Francia durante medio siglo, esta abundante y furiosa defensa toma, en sus columnas, un valor particular.

#### EL DOCTOR MILAGRO

“Se puede presenciar actualmente un espectáculo, cuyo interés es extremo: G. Gurdjieff, mistagogo y curandero, que efectúa las demostraciones del *Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre*, creado por él. Nos presenta a unas treinta muchachas y jóvenes de nuestra raza, pero que se han vestido con túnicas blancas de corte hindú. Sugieren la imagen de un mercado de esclavos de los tiempos de los corsarios berberiscos. Esos discípulos ejecutan, ya simultáneamente, ya en grupos, movimientos gimnásticos, de los cuales algunos efectivamente, han sido tomados de los ritos y coreografías litúrgicas de Oriente. Cruzan la parte inferior de las piernas “hacia afuera”, luego, fuerzan el empeine, agitan las manos en un trémulo sostenido; sus brazos, muy tensos, con muñecas rígidas, y los dedos extendidos se elevan y recaen de golpe. Por cierto, la originalidad de estas fórmulas, poco numerosas, es relativa; así, las que el programa atribuye a Kachgar, se diferencian muy poco de ceremonias afganas. Y una

gran similitud, un aire de familia las acerca a los ejercicios y juegos rítmicos del Instituto Dalcroze. Hemos visto ya esas "rondas populares del Oriente", muy semejantes, en los prospectos de dicha casa. Y en vez de buscar las "danzas durante el trabajo" en las lejanas aldeas turquestanas, se podría encontrar su concepción en una obra alemana muy conocida, *Trabajo y Ritmo*. Lo que llama la atención, sobre todo en esas evoluciones, es, salvo algunas fluctuaciones accidentales, el efectivo dominio del ritmo. Dominio hipnótico, pues los discípulos patean y giran como hechizados. Hacen pensar en los esclavos primitivos de la "Consagración" de Nijinsky, en los bailarines mecánicos de *Noces*. Chusma o ronda de prisioneros, esas evoluciones no poseen alegría ni sonrisa. Se desprende del espectáculo una terrible tristeza. Pues, insintivamente, nos repugna la vista de la voluntad anulada por la sugestión. Una vez terminada cada experiencia, los pacientes parecen desplomarse interiormente, se tornan feos y apagados. He leído en el folleto que el doctor milagroso endereza y exalta la personalidad. Lo que sucede es que proporciona a esos maniqués una ilusión de libertad.

"Sobre todo, un ejercicio, muy logrado, me exasperó: el de la detención. Los discípulos, lanzados en un movimiento de conjunto sumamente complejo y tumultuoso, son detenidos de golpe, por un "stop" imperioso del señor Gurdjieff. Quedan tiesos, en actitudes a menudo inestables, hasta que los libera una palabra del maestro. ¡Prodigio de mil y una noches! Pues si el truco parece fácil, ya que el instante de la detención puede convenirse de antemano, la realización es pujante y el efecto intenso. Pero, ¿qué habría hecho yo, hallándome en escena, si ese "stop" brutal hubiera venido a abofetearme y a detenerme en mi carrera? Pues bien, yo habría roto las filas y habría dado la espalda a la faz plácida, mostachuda e implacable del encantador, porque soy un europeo libre y no obedezco como un perro que dobla el lomo. Se sugestiona el que quiere.

"Yo ya había oído hablar del Instituto Gurdjieff en un círculo de intelectuales: juristas, médicos, hombres de Estado en disponibilidad, todos entreveían un peregrinaje proyectado al Instituto con fervor de catecúmenos, convertidos de antemano. La "élite" europea se apresura a claudicar. El civilizado occidental se ha vuelto un rico vergonzante. Huye el claro rostro de Atenea y sólo busca adormecerse, como Viviana en el jardín de Merlín. Le hace falta el adormecedor, dispensador de ensueños. No pongo en duda



el saber ni la buena fe de M. Gurdjieff. Compruebo su ascendiente inmediato. Pero, así fuese él archipámpano, o charlatán, su influencia no sería menor. El hombre está fuera de causa, y yo no soy exorcista. Pero el síntoma es aterrador.

“Por todos los caminos, Asia marcha sobre nosotros. Ya ha invadido a Alemania. El famoso Spengler predica el fin del Occidente, y para el pensador prusiano lo único que sobrevive es un feroz apetito de dominio. El conde Keyserling, de regreso de la India, reemplaza su cátedra de filosofía por una escuela de sabiduría. Refugiados rusos implantan en Praga y en Belgrado la doctrina “Eurasíata”; tratan de colocar a su país, el gran enfermo, de cara al Oriente, a una Meca nueva. Hoy la invasión asiática ha franqueado los escalones del Este y se infiltra en países latinos. La magia cerca al pensamiento científico. El misterio invade las regiones de luz. Nos desengañan acerca de todo y se reverencia al encantador de serpientes.

“Y sin embargo, los hombres de Occidente han regado los campos hindúes, combatido la peste, y han hecho que el riel civilizador escalara las pendientes del Himalaya. Son los “sahibs” quienes atravesaron el Sahara en automóviles-orugas. Han edificado la villa Rotonda y han escrito la *Divina Comedia*. ¿Es tan despreciable nuestro patrimonio? ¿No tiene nada que oponer nuestro pensamiento a la experiencia mística de Oriente? ¿Hemos llevado el conocimiento a las razas decaídas para dejarnos engañar, esta vez? Es verdad, no somos nada “armónicos”. Nuestro desequilibrio es constante. Suscita el sufrimiento, pero también la acción. Nuestros grandes jefes fueron profesores de energía. Y he aquí que nos abandonamos a los hipnotizadores, prometedores del Nirvana. ¿A qué llegará G. Gurdjieff si sus métodos son verdaderamente eficaces, como ya se muestra su enseñanza rítmica? A excluir de la existencia común con sus luchas, victorias y alegrías, a un cierto número de individuos dedicados a una estéril “armonía”. Sin embargo, todos tenemos una tarea que cumplir, pues es preciso reconstruir nuestra casa, la gran civilización de Occidente. Pero sin duda, las ninfas del bosque de Fontainebleau, cuyas rondas ha evocado Corot, formarán el mejor cordón sanitario en torno a ese castillo del Priorato, frecuentado por los fantasmas blancos ceñidos de pañuelos de seda, que conduce G. Gurdjieff, el misterioso persa.”

Existen aún hoy en París dos o tres verdaderos alquimistas.

Uno de ellos me habló de Gurdjieff en términos comparables a los que usó M. Levinson. Pero Levinson defendía al Occidente en nombre de la inteligencia "moderna", en nombre de la convención cartesiana. El alquimista lo defendía en nombre de cierto aspecto de la búsqueda oculta propia del hombre latino, lo que sitúa las dos réplicas a Gurdjieff en planos radicalmente opuestos.

He aquí lo que me decía el alquimista:

"Desde los comienzos del romanticismo, existe en Europa una progresiva invasión —que se precipita hoy— de modos de pensamiento orientales presentados de tal manera que apresuran la descomposición espiritual de Occidente. Ahora bien, toda acción espiritual tiene su repercusión en el orden material. Invasión espiritual supone tarde o temprano invasión propiamente dicha. Detrás de esos "maestros" y esas "doctrinas", el Oriente y el Medio Oriente preparan la conquista de la raza blanca que poco a poco se declara incapaz de administrar su capital espiritual, lo mismo que el capital material. En lo alto se designó a un hombre como Gurdjieff para trabajar en un sector determinado en la disgregación de Occidente. Esos planes están establecidos para siglos. Se trata de transformar la fisonomía del mundo entero. Hay que colocar la acción de Gurdjieff en la perspectiva de semejantes planes."

En el mismo momento en que escribo estas líneas, no sé lo que conviene pensar de las acusaciones de Levinson en nombre del cartesianismo, de las acusaciones del alquimista en nombre de la tradición oculta de Occidente y de las acusaciones de los sacerdotes, para quienes Gurdjieff es una de las prefiguraciones del Anticristo. Pienso solamente que la acción de Gurdjieff se sitúa en esa corriente "al revés" que evocaba antes. Pienso también que esa corriente, cuyo estudio se ha descuidado por completo hasta ahora, es muy digna de atención.

## VI

### LO QUE VIVÍAN LOS DISCIPULOS

*Un psicoanalista junto a Gurdjieff. — No basta analizar una neurosis, hay que curarla. — “El análisis ha sido un éxito, pero el enfermo se ha suicidado.” — ¿Cómo decidí al enfermo, una vez advertido, a actuar sobre sí mismo? — El doctor Young busca los secretos de la voluntad. — Se arriesga en la aventura Gurdjieff. — Un hermoso ejemplo de curiosidad y de amplitud de espíritu. — El verdadero saber comienza por la experiencia interior.*

El doctor Young era un psiquiatra inglés de renombre, discípulo del célebre Jung, rival de Freud. Cuando el creador del psicoanálisis supo la presencia del doctor Young en el Priorato, declaró con tono falsamente apiadado: “¡Vean lo que les sucede a los discípulos de Jung!”

En un estudio publicado en la revista *New Adelphi* en septiembre de 1927, el doctor Young hizo un relato completo de su experiencia junto a Gurdjieff. Se preocupó primero por exponer las razones de su ingreso al *Instituto para el desarrollo armónico del Hombre*. He aquí cuáles eran esas razones:

“Ante todo —dice el doctor Young—, haré notar que cada forma de ocultismo contiene su propia psicología. Creo que la finalidad de todas las escuelas esotéricas dignas de este nombre consiste en el desarrollo del ser por medio del ahondamiento o extensión de los límites de la conciencia. Es evidente que esa finalidad no podría lograrse por simple adhesión intelectual al sistema filosófico especial de cada escuela. El ejercicio y la apli-

cación de la voluntad son, a ese respecto, mucho más importantes que el ejercicio y la aplicación de la inteligencia. Sin esa ascesis de la voluntad, las ideas, por más hermosas e intrigantes que sean, sólo desempeñan el papel de estupefacientes. No necesito recordarles que mucha gente se entrega, a través del ocultismo, a una evasión intelectual pura y simple y que es tan difícil curarlos como curar a un toxicómano. Son los pseudo-ocultistas de todos los tiempos. Y como se trata de militantes frenéticos, han disfrazado el verdadero ocultismo. Pienso que el término "ocultismo" tomado en su pleno sentido irá desapareciendo de nuestro idioma, cuando la gente se dé cuenta de que el encaminamiento de la voluntad y de la conciencia que implica y de que sus propias bases son el campo mismo sobre el que actúa —o debería actuar— la psicología moderna.

"En el verdadero ocultismo todo reposa sobre la voluntad. El acento puesto por la doctrina Ouspensky-Gurdjieff sobre la necesidad de acrecentar la voluntad por el incesante *trabajo* en el sentido específico de la palabra, me ha impresionado profundamente.

"En aquel entonces yo no estaba lo bastante satisfecho de los resultados de mi terapéutica como para permitirme ignorar ideas o teorías relativas a la voluntad. En esa época me parecía que la falta de voluntad era la "bestia negra" en el tratamiento de las neurosis. La neurosis, desde el punto de vista freudiano, es la expresión disfrazada de una evasión ante el obstáculo. Desde el punto de vista adleriano, es un estado complejo, creado por el paciente y gracias al cual éste evita cierto aspecto de la realidad. De una manera general, en los dos sistemas se trata de la impotencia de enfrenar esta realidad. Cuando, por medio del método analítico, conseguimos que el paciente descubra los aspectos de la realidad de los que huía inconscientemente, se vuelve capaz de afrontarlos. Esto es especialmente evidente en los casos de gente atacada de obsesiones, como lo he probado tantas y tantas veces. Una persona, cuya obsesión es el lavado, por ejemplo, admite jubilosamente el origen de esta obsesión. Comprende de dónde viene esa obsesión. Pero cuando se le pide hacer el mínimo esfuerzo de adaptación, fracasa casi siempre y vuelve al lavado. Con esto quiero significar que el saber analítico no es, necesariamente un saber transformador.

"La falta de voluntad a menudo va unida a una deficiencia endocrina, a veces adquirida, a veces fundamental. Desgracia-

damente, la endocrinología no estaba aún —y no lo está todavía— bastante avanzada como para permitirnos remediar eficazmente tales perturbaciones. Mi problema, entonces, consistía en vencer esa falta de voluntad en mis enfermos, por medio de un método psicológico. Estaba buscando ese método. Lo que aprendí durante las primeras descripciones del sistema Ouspensky-Gurdjieff, que debía aplicarse luego en Fontainebleau, me llevó a pensar que tal vez habría allí una base seria para mis propias búsquedas.

“No cabe duda de que yo estaba un tanto descorazonado por la inconsistencia y la ambigüedad de los resultados de la terapéutica analítica, comparados con los resultados concretos de la cirugía que practiqué intensamente antes y durante la guerra. Este profundo descorazonamiento se agravaba tanto por los cantos jubilosos de los adeptos obtusos que aclamaban una técnica anquilosada, tan pronto se inventaba, como por las discusiones de mis grandes colegas psicoanalistas, más preocupados por defender puntos de vista dogmáticos que por curar a los enfermos. Para los más eminentes, la cura parecía haberse tornado inmediatamente un problema sin interés y yo empezaba a hallarme, con desesperación, entre los escépticos que, modificando los términos de la mofa clásica: ‘La operación es un éxito, pero el paciente murió’, lanzaban la fórmula: ‘El análisis ha sido un éxito, pero el enfermo se suicidó’.

“En esa época siempre tenía presente la historia contada por Jung: lo visita un paciente, enviado por otro doctor, y hablando de este último dice: ‘Naturalmente, no comprendió nunca mis sueños ¡pero se ha preocupado tanto por analizarlos!...’

“En resumen, la psicología moderna me parecía pretender demasiado como ciencia, por lo que caía en el ridículo —y muy poco como arte— y entonces se empobrecía. Sin duda también, me sentía ya demasiado viejo. Es un estado en el cual uno está maduro para una aventura espiritual. Me lancé a ella.”

He aquí, pues, a un hombre ya en el ocaso, que interrumpe de repente su carrera, cierra su consultorio, y a riesgo de hacer reír a los colegas y de escandalizar a sus numerosos clientes, se va a vivir entre los extraños “filósofos del bosque”.

Después de veinte años de cirugía, se lanzó al lado de Jung a la búsqueda de una terapéutica completamente nueva. De la cirugía al psicoanálisis, el paso es considerable. Si se piensa en la anquilosis que ataca bien pronto a la mayoría de los médicos

especializados, no se puede dejar de admirar la agilidad y la curiosidad de espíritu que demuestra la actitud del doctor Young, al pasar en la mitad de su vida del escalpelo al análisis de los sueños, de una ciencia ya segura de sí misma a una ciencia en elaboración. Ahora bien, después de algunos años de profundizar y aplicar el psicoanálisis, plantea el único problema importante, el que no osa afrontar Jung, ni, con más razón, Freud: el problema de la voluntad. No se trata evidentemente de esa voluntad descrita en los manuales de psicología clásica sino, si puedo expresarme así, de la voluntad de la voluntad, o, en otros términos, del resorte número uno de la libertad del hombre.

“La voluntad, en ese sentido, falta en el hombre común, dice Gurdjieff: no tenemos más que deseos y lo que llamamos fuerte o débil voluntad, no es sino la mayor o menor *permanencia* de nuestros deseos, de nuestras ganas.”

“La verdadera voluntad es un poder que no proviene simplemente de deseos variados, muy a menudo contradictorios, y que pertenecen a los diferentes ‘yo’, sino venido de la conciencia y gobernado por un ‘yo’ único y permanente. Sólo esta voluntad es actuadora, transformadora. Sólo ella puede ser llamada *libre*, porque es independiente del accidente y no puede ser alterada ni dirigida desde afuera.”

El doctor Young opina que el psicoanálisis no podrá progresar ni desarrollar su terapéutica sin una nueva psicología de la voluntad. Ésta le parece llevada a cabo y aplicada por Gurdjieff. Sin vacilar, por pura curiosidad científica, hace las maletas y toma el pasaje para Fontainebleau. Se dispone a prestarse a la experiencia con perfecta humildad. No conozco muchos ejemplos mejores de amplitud de espíritu.

“Sentía la posibilidad —dice— de enriquecer notablemente mi conocimiento de los problemas psicológicos al aceptar una disciplina que me obligaría a experimentar a mí mismo de una manera totalmente diferente. Al experimentar una cosa, uno se experimenta a sí mismo. Si las circunstancias de la vida son uniformes, la experiencia de sí es uniforme; se envejece pronto, se mecaniza, se petrifica. Naturalmente, si se es ingenioso, es posible inventar algunos medios para variar la experiencia. Conocí a un investigador entusiasta que, para intentar resolver un problema que lo inquietaba desde tiempo atrás, tomó la decisión de permanecer sobre la cabeza, apoyado a la pared de su gabinete de trabajo. Al comienzo, se percató de que tampoco así podía resol-

ver dicho problema. Pero persistió. Y lo logró. Había vencido el mecanismo que no le permitía pensar sino en la posición habitual. ¿Este modo de obrar tiene algún valor? Se presta a discusión. Pero lo que es seguro es que el alma debe experimentarse a sí misma de múltiples maneras, en múltiples circunstancias, en que se rompen los hábitos, si se desea progresar.

“La idea del Instituto era, entonces, la de proporcionar un medio insólito que obligue al discípulo a conocerse y a experimentarse en situaciones físicas y psicológicas desacostumbradas. Había que provocar nuevas situaciones por medio de ‘choques’ como se decía. Pues bien, había abundantes ‘choques’ y siempre premeditados por Gurdjieff...”

A continuación, el doctor Young hace una breve exposición de las bases de la doctrina de Gurdjieff. Precisa los cuatro estados posibles del hombre según esta doctrina: el estado del sueño, o el estado de ensueño subjetivo, en el que nos hallamos casi todos; el estado de despertar o estado del ensueño objetivo, en el que se encuentran aquellos que, conscientes de vivir “adormecidos”, intentan reaccionar; el estado de conciencia de sí, y por fin, el estado de conciencia más elevada. Esta clasificación del doctor Young es incompleta, pero se refiere a las primeras lecciones de Ouspensky, en Londres.

“La conciencia de sí —escribe el doctor Young—, es radicalmente diferente de la conciencia despierta (estado de ensueño objetivo). Pertenece a una dimensión superior. El criterio de ese estado al que se nos proponía llegar, consistía en que se podía prever todos los resultados posibles de sus acciones, lo mismo que los grandes jugadores de ajedrez pueden prever todos los resultados posibles de sus jugadas. Exaltaba pensar en alcanzar semejante estado. Yo no sé si era posible. Pero se trataba de hacer *como si...* No puede haber estado psicológico estancado. Si no hay progresión, existe necesariamente regresión. Entonces, era preciso esforzarse, sin interrogarse sobre las posibilidades de alcanzar la meta...”

Luego, después de evocar los primeros cursos de Ouspensky, el doctor Young comienza el relato de su experiencia en el Priorato.



## VII

*El relato del doctor Young. — Los primeros ejercicios. — Vencer las dificultades. — La construcción de la sala de estudios. — La prueba del agotamiento físico. — Un ejemplo de ejercicio mental. — Las víctimas del hipnotismo. — Gurdjieff y el automóvil. — Gurdjieff y la medicina. — ¿Es Gurdjieff Lucifer? — El camino del poder. — El doctor Young vuelve a la vida mecánica.*

Durante el período de conferencias y coloquios en Londres, Ouspensky había hablado de un hombre notable, llamado Gurdjieff, a quien había conocido en Moscú como creador de una especie de ballets y al que volvió a encontrar en Constantinopla, después de la Revolución. Afirmó que Gurdjieff había viajado mucho por Oriente, Turquestán, Mongolia, Tibet e India, que tenía profundo conocimiento de la vida monacal en esos países, que había adquirido un saber inigualado, un inmenso repertorio de ejercicios, de danzas religiosas, una profunda comprensión de su aplicación al desarrollo psicológico y que deseaba fundar una escuela en la que el conjunto de estos conocimientos sería enseñado y aplicado de acuerdo con el sistema psicológico que él mismo, Ouspensky, exponía. Este último decía también que Gurdjieff, que se encontraba entonces en Dresde, disponía de un grupo de instructores formados en la enseñanza de ejercicios físicos, lo mismo que de todos los oficios y que contaba con un gran número de artistas distinguidos, músicos, médicos, filósofos, en su mayor parte rusos refugiados.

Creo que Gurdjieff vino a Londres dos veces. Era un hombre enigmático, pero, en suma, producía una impresión favorable. Su cabeza completamente afeitada asustó a algunos timoratos. El proyecto de fundar un Instituto en Londres fracasó por dificult-

tades de pasaportes. Durante las vacaciones de verano de 1922, se adoptó temporalmente el Instituto Dalcroze, situado en la calle Vaugirard, y en agosto de ese mismo año cierto número de ingleses y yo nos inscribimos.

Pronto los ejercicios se organizaron. Eran de una especie que yo nunca había conocido hasta entonces. Evidentemente, llenaban su cometido en el sentido de que estaban destinados a vencer la inercia y los hábitos del cuerpo. Yo los encontraba difíciles y estimulantes, probablemente a causa del ardor con que nos entregábamos a ellos. Quizá podría darles una idea al recordarles un juego que sin duda les era familiar cuando niños. Este juego consistía en lo siguiente: había que procurar masajearse el estómago con el movimiento circular de una mano, mientras que con la otra, uno se daba, cadenciosamente, pequeños golpecitos en la punta de la cabeza. La mayoría de la gente encontraba que era muy difícil ejecutar los ejercicios. Casi siempre los movimientos se volvían irregulares, confusos, y por fin, eso se convertía en un verdadero caos. A la voluntad le cuesta combinar dos movimientos tan diferentes y ejecutarlos limpia y regularmente al mismo tiempo. Los ejercicios de ese tipo variaban hasta lo infinito y algunos de ellos exigían la combinación de cuatro movimientos diferentes, teniendo cada ejercicio un ritmo distinto. Implicaba un gran esfuerzo practicar esos ejercicios, y el continuarlos durante cierto tiempo era muy cansador. Uno terminaba por convencerse de la inercia del cuerpo. La lucha contra esa inercia era uno de los medios del "despertar".

Otra actividad importante durante ese período de París era la confección de los trajes que se llevarían en las representaciones públicas de los ejercicios y de las danzas que se proyectaba presentar más tarde, después de la apertura del Instituto. Gurdjieff cortaba las telas con gran habilidad y los adeptos se empleaban para coser y pintar los dibujos a mano. Los ornamentos de metal, hebillas y cinturones se ejecutaban también con gran ingenio. Se fabricaban muchas cosas más, zapatillas de baile y botas rusas, por ejemplo, que exigían diferentes conocimientos técnicos. Cuando no se poseían esos conocimientos había que adquirirlos, es decir, procurar primero vencer la torpeza, y a veces, hay que confesarlo, la indiferencia o la repulsión. Se entiende que, precisamente, era importante esta lucha; la adquisición del oficio sólo era un pretexto. Ese trabajo se efectuaba con actividad febril y ocupaba, junto con los ejercicios, de trece a catorce horas por

día. La consigna era: vencer las dificultades. Hacer esfuerzos. Disponíamos de muy poco tiempo para almorzar, pero de noche cenábamos copiosamente. Ustedes pueden imaginarse que este trabajo en común y las dificultades suscitadas por los diferentes idiomas exigían hasta el máximo el "llamado de sí mismo", la "no-identificación" y la "no-consideración".

Mis impresiones eran muy complejas. La gente no parecía poseer la cultura psicológica y filosófica que Ouspensky me había hecho esperar. Sin embargo, yo procuraba tranquilizarme pensando que todos ellos eran "máquinas" y ninguna máquina es tan buena como otra cuando uno se encuentra aún en el plano de la "mecanicidad". Yo no creo haber llegado a tranquilizarme por completo y, ciertamente, tenía mis dudas cuando escuchaba las conversaciones sin fin de algunas mujeres que me parecieron exclusivamente "mecánicas". Los doctores me interesaban particularmente. Había dos. Uno se parecía a una cabra solemne. Me era absolutamente imposible asociar a su persona la idea del "despertar" o de acceso a una conciencia superior. El otro era un gigante genial con expresión de gran sagacidad y rasgos mongólicos. Más tarde pude darme cuenta a la vez de su genio y de su sagacidad. El resto se componía de rusos, armenios, polacos, georgianos, y de un sirio. Había un barón ruso con su mujer y un presunto ex oficial de la guardia del zar, que más tarde se convirtió en chófer de taxímetro en París y triunfó en el oficio. Ya he dicho que mis impresiones sobre las cosas y las gentes eran complejas. Pero me decía: aquí estoy y aquí me quedo.

En el tiempo deseado, Gurdjieff fundó el Instituto y compró una propiedad adecuada. Era un castillo en los alrededores de Fontainebleau, con grandes jardines y cerca de cien hectáreas de bosque, llamado "Le Prieuré des Basses Loges". Pertenece a Mme. Laborie, la viuda del jurista Laborie, abogado de Dreyfus. A pesar de que el castillo se vendió completamente amueblado, con excepción de las dependencias, no había sido ocupado desde el comienzo de la guerra. El parque estaba abandonado. Cuatro intrépidos rusos, un inglés y yo partimos como vanguardia con Mme. Ouspensky, quien se ocupó de la cocina. Nuestro trabajo consistía en limpiar y destruir la general apariencia de ruina fantasmal. Arrancamos las malezas que hacían casi invisibles las alamedas, lavamos todos los vidrios de un gran invernadero lleno de naranjos, que más tarde se convirtió en taller. Trabajamos como forzados. Entonces llegó el núcleo principal, seguido de

otros discípulos ingleses. Entre estos últimos, Orage, el ex editor de la revista *The New Age* con el que compartí la habitación en las dependencias, a donde se relegó a los estudiantes que debían permanecer algún tiempo. Las mejores habitaciones se reservaban para los visitantes distinguidos, en un ala del castillo que fué llamado el "Ritz" por los que no lo habitaban.

Gurdjieff organizó en seguida multitud de actividades. Se improvisó un baño ruso en una casa de piedra sólidamente construida. Esto exigió una excavación hasta la profundidad de diez pies. El fondo se recubrió de cemento, el depósito se hizo con un viejo aljibe y se terminó una sala de baños totalmente lujosa. Gurdjieff tomó activa parte en el trabajo y colocó casi todos los mosaicos. Pero la pieza de resistencia fué la construcción de la casa de estudios. Se niveló una extensión de terreno bastante grande como para un aeródromo común, después de extenuante trabajo con picos, palas y carretillas. El esqueleto de un viejo cobertizo de aviación se erigió encima, felizmente sin graves accidentes. Al interior y al exterior, los muros se recubrieron de delgados tabiques y el espacio entre las tablas (latas) se llenó con hojas secas. Después, esas tablas se recubrieron a su vez de ambos lados con el material con que los hebreos hacen sus ladrillos: una mezcla de barro y de paja finamente cortada, o sea adobe. Se encendieron estufas en el edificio y se secaron y enduccionaron las paredes para poder pintarlas; el techo era de fieltro alquitranado, clavado a las vigas. Los vidrios formaban la mitad de la parte inferior de las paredes. Una vez fijados, se pintaron y se adornaron con dibujos. El efecto de luz era muy agradable. El piso de tierra apisonada nivelado y secado por estufas, estaba cubierto con esteras, sobre las que se colocaron soberbias alfombras. Los muros se ornaron con cortinas orientales. Se instaló un escenario, lo mismo que un estrado para la orquesta; se fijaron dos filas de asientos alrededor de los muros y se los guarneció con almohadas y pieles. Se reservó un estrecho paso entre las dos filas de asientos, y una pequeña barrera separaba los asientos destinados a los visitantes del círculo encantado reservado a los discípulos.

He descrito la construcción de ese edificio para dar una idea de la cantidad de trabajo empleado y la naturaleza del mismo. Se trataba de utilizar los materiales más primitivos y de recurrir constantemente a la improvisación. Cada uno debía desplegar el

máximo de ingenio y a menudo también el máximo de paciencia, pues algunos trabajos eran dolorosamente monótonos.

Antes de que se concluyera la construcción, después de jornadas extenuantes desde la salida hasta la puesta del sol, participábamos en los ejercicios, en el salón del castillo, habitualmente hasta medianoche y a veces más tarde. En ocasiones, Gurdjieff nos obligaba a salir de nuevo para trabajar en el edificio hasta las dos o tres de la mañana, con ayuda de grandes lámparas eléctricas, suspendidas de las vigas. Nunca estábamos seguros de la hora a que nos acostaríamos. Todo estaba arreglado, mejor dicho, des-arreglado para que ninguno cayera en la rutina. La multiplicidad de ocupaciones se acrecentaba continuamente. Se compraron vacas, cabras, corderos, aves de corral, cerdos y una mula. Tan pronto como los que estaban a cargo del cuidado de los animales se desempeñaban bien en el trabajo y se sentían satisfechos, se los retiraba y se los ponía a un trabajo distinto. A decir verdad, no existía ningún descanso.

No puede dudarse de que esto sea un excelente entrenamiento para la adaptación y el desarrollo de la voluntad. A veces, durante una semana no teníamos sino tres o cuatro horas de sueño, o bien una. Por las mañanas, mis manos estaban tan tiesas a fuerza de cavar, picar, transportar carretillas, serruchar o derribar árboles, que no lograba hacer funcionar mis dedos. Cuando se los doblaba hasta un cierto punto se enderezaban de pronto, con un ruido seco. Cada noche había gente que se dormía durante los ejercicios mentales. Un día, esa falta de sueño estuvo a punto de ocasionar un serio accidente. Un ruso, lleno de celo, sumamente determinado a "despertarse" estaba colocando vigas durante una sesión nocturna. Se encontraba sentado en el ángulo formado por una viga horizontal y una vertical, a unos veinte pies del suelo. De repente me horroricé al comprobar que estaba durmiendo en esa posición. Gurdjieff ya había subido a una escalera y lo sacó a tiempo de su peligrosa posición. El menor movimiento hubiera provocado una caída fatal.

Entre los ejercicios mentales que se practicaban por las noches, he aquí uno a título de ejemplo; una serie de datos estaba presentada de esta manera:

$$2 \times 1 = 2 \quad 2 \times 2 = 4 \quad 2 \times 3 = 6 \quad 2 \times 4 = 8$$

$$2 \times 5 = 10$$

Encuentre el procedimiento por el que se obtienen estos resultados. En este caso, se agrega 4 al primer producto, 8 se añade al siguiente, 16, al que sigue y así sucesivamente.

O se debía aprender un código, el Morse por ejemplo, lo más rápidamente posible. Se transmitían mensajes en el piano. Todo el mundo se volvió bastante hábil en Morse, de esa manera. O se leía una lista de veinte palabras. Había que repetir esas palabras en el mismo orden. Al comienzo, uno recordaba diez palabras o menos y no en el orden. Uno o dos rusos, con mucha práctica, podían recordar cincuenta palabras en un orden perfecto. No se atribuía el menor valor a esos ejercicios. Su valor reposaba únicamente en la suma de esfuerzos de fijación de atención que exigían.

Hasta ahora he descrito aproximada e incompletamente el Instituto, sin hablar de su personaje central: Gurdjieff. A pesar de que el asunto había tomado una dirección completamente diferente de la que yo esperaba (el ambiente extravagante, por no decir exótico de la sala de estudios, por ejemplo) me contenté durante los primeros seis meses con reprimir o guardarme mis propias críticas y la sensación de asombro, en parte porque, teóricamente, la crítica se me aparecía como una reacción "mecánica" sin valor, y en parte, tal vez, también porque quería que mi copa se llenara gradualmente hasta que desbordara y me obligara a una reacción violenta. Además, era apasionante seguir los bruscos y múltiples cambios de dirección que Gurdjieff imprimía a su empresa, como obedeciendo a una determinada voluntad, que yo no alcanzaba a comprender totalmente. Sin embargo, estaba inquieto. Me daba cuenta de que, muy a menudo, yo también era víctima de una especie de hipnotismo sin el cual no hubiera podido tan fácilmente reprimir mi sentido crítico. Y la influencia de ese hipnotismo era más que visible en los demás. Gurdjieff era una personalidad destacada, un tipo de hombre como no había encontrado nunca. No cabía duda acerca de su habilidad en muy numerosos dominios. Era un hombre que había que tener en cuenta. Su encuentro era un acontecimiento señalado en la vida de un psicólogo como yo. Y quería descifrar el enigma que representaba.

En cuanto hube comenzado a reaccionar y a tomar en consideración mis propias críticas, mis observaciones precedentes echa-

ron leña al fuego. Algunas de esas observaciones contribuyeron a demostrar el grado de hipnotismo sufrido por los adeptos.

Gurdjieff decidió comprar un automóvil. Esto produjo cierta emoción en muchos. Inconscientemente, sentían en ello la intervención del mundo corriente en un mundo que se había hecho rápidamente inhumano e irreal. Se creía que Gurdjieff no había conducido nunca, lo que probablemente era cierto. Muchos creían, entre ellos mujeres inglesas inteligentes, que Gurdjieff no se vería obligado a aprender en la forma habitual. Aprendería a conducir, por decirlo así, por inspiración. Se tenía la creencia supersticiosa de que Gurdjieff estaba dotado de poderes misteriosos y excepcionales. Cuando se oía el ruido del engranaje que se rompía, los fieles declaraban con insistencia que el maestro probaba de este modo la confianza y la fidelidad de escépticos como yo. De esta manera, con íntima satisfacción y también con sentimiento de superioridad adquirí la convicción de que Gurdjieff se sentía tan feliz con ese coche, como un niño con un juguete nuevo, y además, que estaba a punto de romperlo, tan pronto estuvo en posesión de él, exactamente como lo hubiera hecho un niño. En verdad, no podía impedirme simpatizar con esta evidente diversión. Me recordaba mi propia alegría cuando, por primera vez, llegué a poseer una bicicleta. Al mismo tiempo, no dejaba de impresionarme el poder de que dispone un hombre cuando ha recibido los mágicos atributos de "Padre Todopoderoso", o, como lo decía Jung, ha proyectado en otros su arquetipo mágico. La gente que constituye el objeto de tal transferencia es incapaz de crítica, porque vuelve hacia el proyector su propio poder inconsciente de ilusión. El "Guru", como llaman en la India a los maestros, no puede dejar de tener razón en ningún caso. Es infalible. Cada acto del mago tiene siempre una significación maravillosa y oculta, que no se puede nunca aquilatar en su justo valor. Era el caso de Gurdjieff.

Otro ejemplo: los padres de un niño idiota resolvieron que Gurdjieff era capaz de hacer algo por ese niño, y vinieron con él desde Inglaterra. El niño tuvo un ataque de diarrea unos días después de su llegada, debido probablemente al cambio de régimen. En este caso particular, me asombró realmente ver que personas que hubieran podido juzgar mejor las cosas dijeran que Gurdjieff había comenzado a trabajar en él. Querían significar que, por algún medio misterioso que él conocía, Gurdjieff había provocado la diarrea. Era inútil luchar contra este tipo de inter-



pretación. Sólo quedaba la tentativa de defenderse uno mismo contra la creciente atmósfera de sofisma.

Muy pronto mis amigos del Priorato me atacaron con otra clase de sofisma. Me declaraban día y noche que yo sufría de orgullo espiritual, que era limitado, que no había aceptado nunca el espíritu del lugar, que nunca había "trabajado" realmente, en el verdadero sentido, etc. Comencé a presentir que se acercaba el momento de mi partida.

Pero aún me intrigaba la enigmática personalidad del hombre que provocaba semejantes proyecciones. Llegué a la conclusión de que la violencia y el carácter enigmático de esa personalidad provenían del hecho de que Gurdjieff perseguía con prodigiosa intensidad un fin oculto y personal. No tenía la menor idea de lo que podía ser ese fin, pero me convencí de que no tenía nada común con el fin declarado y que, probablemente, era totalmente opuesto a mis propios sentimientos gobernados por la preocupación de hacer bien al prójimo. Sentí que todo el asunto sólo era una empresa personal, por lo menos en lo que se refiere a Gurdjieff. Al comienzo, confié esta opinión a las numerosas aves de paso que venían a revolotear un instante entre los muros del Instituto. Sólo encontré verdadero eco en un escritor, un hombre excelente. Nos escribimos. No poseo copia de mis cartas, pero algunos extractos de las respuestas proporcionarán lo esencial de mis propias conclusiones.

"Desde el regreso, mis diversas impresiones se fueron fijando gradualmente. Lo que me parece ahora seguro, es que el lugar es *real*. Quiero decir con esto que Gurdjieff tiene verdaderamente un saber seguro y posee la voluntad de transmitirlo a una o dos personas que se mostraran dignas de él.

"En otras palabras, Gurdjieff conoce uno de los *caminos que llevan al desarrollo*." Dentro de mi espíritu las preguntas se redujeron a ésta: ¿Qué camino? Existen dos caminos: uno que lleva a Dios, y el que conduce al "*Poder*" (o lo que los hindúes llaman *Siddhis*). Pues bien, todo en mí, y también todo en el juicio de los amigos con quienes he hablado, invita a pensar que se trata de ese segundo camino. Los métodos, la noción de jefe, la brutalidad y sus corolarios, la falta completa de amor, de compasión, de corazón, etc., todo lleva a esa vía oscura y luciferina que se enseña en algunos monasterios de Mongolia, donde probablemente se inició Gurdjieff. Es la vía de los Poderes (*Siddhus*) y cuando se llega a término (si es que se llega alguna vez), cuando se han

obtenido los frutos de la "voluntad del Poder", ya no hay ninguna abertura del alma a Dios. Se llega a la "fiesta de bodas" sin ese atributo esencial y necesario que es el amor. Usted sabe lo que quiero decir, porque usted mismo me lo ha dicho muchas veces. Un hombre a quien conozco, y que ha estudiado estas cosas a fondo, aunque no las haya practicado, me declaró que en muchas escuelas de Mongolia, la brutalidad mental, la cólera, el mal carácter, los juramentos (con los que nos hemos familiarizado al lado de Gurdjieff) son llevados al máximum deliberadamente y que se emplea también la brutalidad física, bastones, cuerdas y puños. Esto puede dar resultados, pero los progresos adquiridos no lo son en el sentido del *Bien*, sino del *Poder*. La vieja Blavatsky, que adquirió su saber en Mongolia, era célebre por sus cóleras, sus palabrotas, etc. La Vía por la que se internaron estos instructores lleva o pretende llevar al poder de dirigir el planeta, y si alguna vez usted lee *Beasts, Men and Gods* (Bestias, Hombres y Dioses) no deje de leer los capítulos finales que se refieren al Rey del mundo; son curiosamente sugestivos. Mis propias intuiciones y conclusiones acerca del Instituto y de su jefe pueden ser erróneas, pero mis razones y mis intuiciones son la única cosa sobre las que puedo basarme, y ambas me conducen al mismo resultado. La completa ausencia de amor, de compasión, es una ausencia significativa en el método. No puede tratarse de la Vía que conduce a lo que yo llamo Dios... Otro discípulo me dijo que estas virtudes son inútiles "sin el poder", es decir que el amor y la compasión sin el "poder" proceden de la palabrería, del sentimentalismo. Agrega que si el amor y la compasión tienen un fundamento real en alguien, sobrevivirán al entrenamiento seguido por Gurdjieff. Estoy dispuesto a creer que Gurdjieff es capaz de enseñar en una determinada dirección, pero estoy convencido de que esta enseñanza será dada por él mismo o sus instructores, sólo a aquellos que lo emplearán para el fin deseado por Gurdjieff mismo, es decir para el fin luciferino. La mayoría de los discípulos podrán pasar la vida allá y no aprender nada. Le doy mi propio punto de vista, como si habláramos juntos, con entera franqueza, como lo hacíamos habitualmente."

En respuesta a otra carta mi amigo escribía:

"Su carta me ha interesado enormemente. La releeré y la volveré a releer y la asimilaré lentamente. Tiene mucho valor para mí. Ya no existe en mi espíritu ninguna duda con respecto a Gurdjieff y su Instituto. El lugar está lleno de huellas de pezuñas

y de cuernos y mi desconfianza, que aumentaba día a día mientras estuve allí, se encuentra confirmada dondequiera mire. Muchas cosas permanecen inexplicables y así quedarán para siempre. Gurdjieff, por alguna razón, se evade. Es inaccesible. No sabremos jamás la verdad sobre sus móviles. Pero estoy convencido de que es un móvil completamente egoísta. Las promesas sobrepasarán siempre a las realizaciones. Es imposible dejar de observar, entre los que lo rodean, el sello del temor más que del amor; es demasiado visible. ¿Ha encontrado usted a un ruso, llamado P., que estuvo en el Instituto recientemente? Yo no me encontré con él, pero oí decir que fué al Instituto con un amigo, el mes pasado. Me contó que se veía obligado a retirarse cada noche a su habitación para ocultar sus explosiones de risa. Dice también que lo que lo impresionó desagradablemente es ese 'temor' en la actitud general de los discípulos. 'Todos esclavos de Gurdjieff', declaró. Me convengo cada vez más de que las razones de K. para quedarse en el Instituto son del orden de la 'conversión'. O quizás quede como un hombre hastiado y cansado del mundo, pero demasiado débil para luchar solo y que en vano busca protección. Su obstinación en encontrar explicaciones 'mágicas' a los menores actos y palabras de Gurdjieff me confirma este punto de vista.

"Para volver a la crítica fundamental, no puedo creer en absoluto que un instructor sincero busque tanto ruido ni produzca esa falta de confianza persistente y sin cesar creciente que experimenté. Siempre es posible experimentar dudas, pero raramente se siente esta clase de dudas que la fantasía, las 'paradas' espectaculares de Gurdjieff, las reticencias de megalómano producen inevitablemente sobre todos."

Estas opiniones demuestran con suficiente claridad el estado de ánimo que me ha conducido a abandonar el Instituto. Sin embargo, no quisiera hacer entender que esta experiencia deja para mí el saldo de una pura y simple pérdida de tiempo durante un año. Lejos de ello, estoy convencido de que he sacado gran provecho de lo que tenía valor en esa enseñanza y si no lo he indicado, es porque resulta difícil comunicar a los demás las ganancias personales obtenidas durante una experiencia individual.

No obstante, he vuelto la espalda al Instituto con suprema satisfacción, para retomar los hábitos de la vida llamada "mecánica".

## VIII

*Georgette Leblanc, compañera, colaboradora e intérprete de Maurice Maeterlinck. — El castillo de Villennes. — Cómo descubrí y tiré al mar algunas cartas de Georgette Leblanc. — La ruptura en una edad en la que una mujer no puede "recomenzar". — La Máquina del Valor. — Internarse por la vía que Maeterlinck cantaba desde lejos... — Un saludo al Fénix.*

Georgette Leblanc murió en Cannes, en 1941. Tenía setenta y dos años. Desde 1924, es decir, desde sus cincuenta y cinco años, "trabajaba" con Gurdjieff.

Hizo su presentación como cantante en la Ópera Cómica. Entusiasmada por las primeras obras de Maeterlinck, decidió dejar París y firmó un contrato con el teatro de la Moneda, de Bruselas, para poder estar cerca del escritor. En París estaba relacionada con el Sâr Péladan, los Rosa Cruces, Elimir Bourges y Maurice Rollinat, amigo de su hermano el novelista Maurice Leblanc. En Bruselas creó *La Navarraise*, de Massenet. La presentaron a Maeterlinck y fué su compañera. Su amor debía durar veintitrés años y terminarse con una desgarradora ruptura en 1918. Durante esos años fué colaboradora e intérprete del autor de *L'Oiseau Bleu* y de *Pelléas*. Creó *Mona Vanna*, *Ariane* (la luz de *L'Oiseau Bleu*) y, en Boston, la *Mélisande*, de Debussy. Organizó las famosas representaciones de la abadía de Saint-Wandrille (*Macbeth*, traducida por Maeterlinck y *Pelléas* señalan una fecha en la historia de las tentativas de teatro al aire libre.

Después de la ruptura con Maeterlinck, intentó recuperar la gloria en América y lo logró a medias. Al volver a Francia, sólo se presentó al público en el film de Marcel l'Herbier: *L'Inhumaine*, obra maestra del cine mudo, cuyo argumento había inspirado.

Hubo un gran revuelo en diferentes círculos cuando se produjo la separación de Maeterlinck y de Georgette Leblanc. ¿Ha sido ella, como lo dejó entender en sus memorias<sup>1</sup>, la inspiradora directa de Maeterlinck? Bernard Grasset lo niega en un texto singularmente ambiguo, deslizado subrepticamente en el prefacio de las memorias. ¿Fue la "culpable" cuando Maeterlinck decidió romper? Ella se ha defendido. Él guardó silencio. Hace tres años, pasé un día errando en el castillo que ellos habitaron en Villennes, en Seine-et-Oise. Es una hermosa residencia, actualmente muy deteriorada. La visité en compañía de un hombre de negocios, director de un diario parisiense que tenía a su cargo, creo, algunos intereses de la viuda de Maeterlinck. Yo me aislé, porque quería soñar un poco, en ese gran navío a punto de naufragar. No siento una admiración ilimitada por la obra de Maeterlinck, pero el hombre se halla cerca de mí, sin duda a causa de nuestros comunes orígenes flamencos, de Gante. En esas habitaciones con parquets gastados, ventanas rotas, en medio del ruido de picos y serruchos, buscaba la sombra del hombre del silencio, del orden, de la comodidad, del retiro y al mismo tiempo de la ostentación, del hombre de carnes pesadas, pulposas y perfumadas, el hombre de la meditación espiritual, de yoghi voluptuoso, como lo son todos los grandes artistas de nuestro país. Procuraba reconstruir la casa, hundiéndome en mi propia naturaleza flamenca, y sentía que la vieja morada vivía por última vez la vida que le había dado Maeterlinck. Después de mí, ya no habría sino *extraños*, no habría sobre el pecio más que gente ajena a la navegación e incapaz de encontrar por un instante, en su movimiento de inmersión, la forma peculiar de navegar que tuviera antaño. En las caballerizas, de pesebres herrumbrados, de tabiques podridos, encontré un cajón lleno de vestidos viejos, de plumas y velos. En el fondo, había un paquete de cartas. Eran cartas de Georgette Leblanc, muy cercanas a la ruptura y, por lo tanto, bastante ilustrativas. Leí tres o cuatro. Las volví a colocar en el cajón. Estaba seguro de que nadie más las leería, que serían destruidas pronto por un albañil, un demoledor, los niños del jardinero, por cualquiera, tal vez por el océano que terminaría por cubrir tarde o temprano el navío de Maeterlinck, en la colina de Villen-

<sup>1</sup> Georgette Leblanc *Souvenirs* (1895-1918), introducción de Bernard Grasset, ediciones Grasset, 1931.

nes. Y, puesto que dejé que se deslizaran al fondo, no diré hoy nada de cuanto decían.

Puedo declarar únicamente que Georgette Leblanc no era la imbécil mujer-estrella, la extravagante vanidosa sin alma ni inteligencia que se evoca a veces, al hablar de ella <sup>1</sup>. En estas cartas había indicios que no engañaban sobre la calidad de un ser. Esto es cuanto importa.

Cuando unió su vida a la de Maeterlinck, tenía veintiséis años. Y cuarenta y nueve en el momento de la separación. Simplemente procuró continuar viviendo. Quiero decir, continuar viviendo a cierta altura de calor de espíritu y de corazón en que el amor unido a la pasión del arte la habían situado durante su juventud y el período brillante de la madurez. Luchó seis años en Nueva York y luego encontró a Gurdjieff. Vivió la vejez en las llamas de la experiencia interior que éste último ofrecía. Esto no puede prestarse a la burla.

Escribió un libro asombroso sobre esos seis años de batalla contra la desesperación, el anquilosamiento y la muerte, en Nueva York, y sobre su conversión a la "Enseñanza". Este libro, demasiado poco conocido, se titula: *La Máquina del Valor* <sup>2</sup>. Sé perfectamente que está escrito en un estilo... descorazonador: estilo de "estrella de cine mudo", pero creo que hay que pasar por encima de la sonrisa que semejante forma de pensar y de sentir provoca. Se descubrirá entonces no una mística de calidad ni una inteligencia superior de aventura espiritual, sino una mujer aniquilada por el derrumbe del amor y que intenta resucitar, empeñándose a fondo en la vía de la experiencia interior. Maeterlinck habló mucho de esa experiencia interior, pero se cuidó de vivirla realmente. Quería ser "poeta místico" sin pagar nada por ello. Al encaminarse íntegramente por la vía que él cantaba desde lejos, Georgette Leblanc encontró la manera de seguir siendo su esposa a despecho de todo. He aquí algo que merece un profundo saludo.

"Es imposible pensar en nuestra heroína —dice Jean Cocteau—,

<sup>1</sup> Como lo hace Francis Jourdain, que acaba de publicar un libro de memorias abusivamente titulado "*Sin Remordimiento ni Rencor*" (edic. Corrúa, París). Francis Jourdain procura ridiculizar a Georgette Leblanc: "Recurría a efectos del alma, como recurría a efectos de caderas", escribe entre otras villanías. M. Jourdain trata también de presentarnos ridiculizado a J. K. Huysmans. Este último rasgo basta para destacar el espíritu grosero de ese torpe memorialista.

<sup>2</sup> *La Machine à Courage*. Ediciones B. Janin, París.

sin que se imponga a nuestro espíritu la leyenda del Fénix. Sacude sus plumas multicolores. Alza su copete. Lanza su grito. Enciende la hoguera, sube a ella y ésta la consume. Sus cenizas palpitan. Encuentran en ellas la fuerza de volver a inventar su materia.”

Sólo presento aquí un corto extracto del pasaje de *La Máquina del Valor* que está consagrado a Gurdjieff. En la tercera parte de la presente obra se volverá a encontrar a Georgette Leblanc, en París, entre los discípulos de Gurdjieff de los últimos años.



## IX

*Llegada a la mitad del camino de la vida... — Georgette Leblanc juzgada por Colette. — Katherine Mansfield vió mal a Gurdjieff. — Hay que hallarse en buena salud. — Gurdjieff y la multiplicación de obstáculos. — La angustia de no ser ya nada. — Es preciso que nuestra tierra esté labrada. — El veneno religioso. — El "trabajo" con Gurdjieff y la aterrizadora impresión de desaparecer, de ser echado de sí mismo.*

Heme llegada al punto al que llegamos todos y que parece ser el punto negativo de la existencia. Las mujeres no hacen más hijos y los hombres no hacen más negocios. Uno reposa, uno piensa que descende la cuesta (como si la hubiéramos ascendido jamás). Se declara —con tono de incomprensible satisfacción— que uno se va haciendo viejo, que la tarea está terminada, que no se es como antes, que son otros los que deben vivir ahora, esta vida de la que tanto se habla se extiende todavía de unos veinte a cincuenta años, aun estirándola y porque la juventud de las mujeres es más elástica hoy día que en la época de Balzac. Se juzga que la vida se acaba, cuando yo juzgo que es apenas. Se ve la existencia en forma de curva, cuando puede y debe ser una línea ascendente. En mi opinión, la vida comienza a los cincuenta años y no deja de ascender luego. Todo cuanto vale la pena vivirse comienza en ese momento. Es la hora de vivir "otra cosa".

Tengo la impresión de que toda mi vida la he vivido para mi presente particular. Debo confesar que no he terminado con el arte y los claros de luna, con la música y la primavera, y que nunca seré insensible a todos los maravillosos asombros que constituyen la adorable espuma de la tierra. Pero aprender a vivir exige un poco de abdicación. Hay cambios de plano y de rango

y luego maneras de mirar que son infinitas y dan a las dichas el lugar que merecen.

A propósito de mi primer libro *La elección de la vida*, Colette me escribía en 19...: "¡Pero no voy a atreverme ya a hablarte! Tú dices: nada perdemos cuando una triste verdad ocupa el lugar de un hermoso sueño. ¿Podré alguna vez pensar tan noblemente? No, hasta creo que lo lamentaría. Perdóname, me falta, junto con tantas otras cosas, la "necesidad del conocimiento". Ignorar a medias, temer, desdeñar, desear apasionadamente y sin actividad, detestar y maldecir hasta los puñetazos inclusive, este es el lote que hay que dejarme. He quedado asombrada —¡perdón!—, asombrada por la inagotable fuerza que se adivina en ti. Te querria reina de algo o de alguna parte, y la gente quedaría pasmada."

Pero yo no soy de esas personas apresuradas que, desde el comienzo de la vida, se echan sobre lo que han entrevisto. Busco, dudo, busco de nuevo, vuelvo a dudar. Este ciclo ha recommenzado toda mi vida hasta 1924. Desde entonces, mi búsqueda comenzó a hacerse más lenta, como la bola de billar, antes de detenerse, vacilando, chocando, retornando a su centro, luego inmovilizándose definitivamente en 1934.

En Nueva York, en 1924, encontré a alguien y algo. Entonces empecé a pensar: "Hay una verdad ahí".

Esta verdad, no la he abandonado después. La he estudiado, contemplado a veces oblicuamente, casi procurando traicionarla, pero ella ha triunfado de mis astucias, ha continuado su camino, afirmándose más y más. Y ahora —de eso hace quince años—, se ha convertido para mí en la verdad.

Decirlo con una sola palabra, muchas palabras —con palabras infinitas—, es aniquilarla. La verdad que cupiera en una fórmula no sería nada. Diré simplemente lo que he sentido y comprendido, lo que ella ha hecho por mí, transformando mis aspiraciones en una sola y total energía. Diré, no lo que espero, sino lo que he aprendido a querer. Procederé por eliminación de sistemas, de creencias, de métodos. Presentaré algunas páginas de mis notas y de mis impresiones. Lo haré sin ningún amor propio y sin falsa vergüenza. No ignoro el peligro que existe al hablar de ideas, si no es para negarlas. La negación siempre es saludada con benevolencia y los especuladores que sólo ofrecen hipótesis parecen siempre respetables. La hipótesis es como un salvavidas para el espíritu; merced a él, flota un poco más antes de hundirse. No

ignoro todo lo que la palabra búsqueda puede ofrecer de estúpido, de inútil, de incompleto, erróneo, limitado, excesivo, febril, histérico, presuntuoso y vano. La búsqueda parece vanidosa, y lo es sin embargo menos que el instalarme cómodamente, con los ojos cerrados, en una vida en la que no creo.

Al comienzo, me ha parecido desgarrador enfrentarme con la verdad y no ser ya joven. He caído en profunda desesperación. Pero he aquí que el trabajo en un tema nuevo y aún nunca evocado, ha hecho surgir en mí ser la juventud que lo abandonaba. Delante de mis ojos está un tiempo de iniciación. Si no sobreviene algún accidente, sabré emplearlo. Se me aparece como el molde de un panal de miel, en que cada celdilla espera que se la llene.

#### ALGUIEN Y ALGO

Así, pues, en 1924, en Nueva York, encontré a alguien y algo. Se me ha preguntado:

“¿Es el mismo de Katherine Mansfield?”

Respondí afirmativamente en cuanto a la apariencia, no en cuanto a la realidad. Ella lo ha visto “religiosamente”. Yo me siento tentada de traducirlo “comúnmente”. Mal visto por ella, su marido, los amigos. Cuanto más grande es alguien, más parcialmente se lo ve. Si yo llego a distinguirlo un poco, es porque lo estudio desde hace tiempo.

Pienso que, en efecto, Katherine Mansfield buscaba una vida espiritual. No era creyente; sin embargo, sentía la necesidad de un rescate, de un pago. Ella, que era “pura”, tenía la preocupación de un sistema de pureza. Era pura y no lo sabía. Saber es todo. Lo que encontró fué culpa, naturalmente, de lo que ella buscaba. Buscaba una vida espiritual, vida espiritual, despojada de religión. No es mucho. Es el primer grado, fuera de la envoltura espiritual. No vale la pena.

Su grandeza era la de querer lo verdadero. No vió que Gurdjieff le ofrecía más allá... es decir, el conocimiento. Evidentemente, es la vida espiritual, pero no es solamente esto. La vida espiritual es todavía nosotros mismos. El conocimiento está fuera de nosotros. Este verdadero, cuya magnífica necesidad sentía, quedaba aún demasiado atado a la vida, a esa vida hecha por los hombres; ahí, lo verdadero y lo falso no tiene mucha importancia, porque ambas no son, en realidad, más que simples remedos. Todo comien-

za más lejos, ahí donde ya no existe demarcación entre la vida corporal, la vida mental y la vida emocional. Estas vidas deberían funcionar al mismo tiempo, han sido creadas para ello. Pero las hemos dividido, por impotencia. Cuando sentimos, vivimos mal; cuando pensamos, no sentimos más; cuando vivimos, no sentimos ni pensamos.

Creo que el subconsciente de Katherine, advertido de su próxima muerte, la precipitó hacia una idea consoladora y despojada de aparato religioso que la hubiera alejado; pero, a decir verdad, logró junto a Gurdjieff una fuerza religiosa que la hizo decir: "Todo está bien", y que le aportó la resignación. Sin embargo, Gurdjieff no es consolador. Es mejor. Lo que él entrega es duro como Jesús si uno retorna a la fuente. No existe la verdad complaciente. Creo que la primera condición para acercarse a Gurdjieff es hallarse en perfecto estado de salud. Hay que ser capaz de soportar las primeras sacudidas. Existe sobre todo la inconcebible tortura de sentirse como tierra que algo comienza a trabajar. De pronto, nuestras fuerzas se ven empleadas en un trabajo desconocido, imposible. Cuanto más se consigue entrever, más se piensa: "No voy a poder". ¿Pero, son realmente nuestras fuerzas lo que se solicita? No, nunca nos hemos servido de ellas, las ignorábamos. Son las energías despertadas por una necesidad nueva hacia una nueva meta.

#### EL CASTILLO DEL PRIORATO, FONTAINEBLEAU

En junio de 1924 me instalé en Fontainebleau-Avón, por primera vez, para conocer mejor a Gurdjieff. Tuve la impresión de un gigante que había escogido la puerta más pequeña del mundo y se doblaba en dos para pasar. Estaba sobre la tierra, envuelto en un abrigo demasiado estrecho que hacía estallar en todas las costuras. ¿Dónde se encontraba él mismo? Mucho en sus escritos, mucho en su palabra, en absoluto en la vida social, enorme broma que maltrataba, enfurruñado, con impaciencia.

No me asombra que sea poco conocido y reconocido. Ni el dinero, ni las "relaciones" podían abrir las puertas de la fortaleza construída alrededor de él. He visto en el Priorato sonrisas azucaradas y manos tendidas que quedaron ignoradas. He visto cómo se daba vuelta Gurdjieff, rezongando entre dientes: "Dinero sucio". Él creaba todos los obstáculos para descorazonar inmediatamente a los necios espirituales.

Nunca pude amoldarme a métodos amables, que se muestran acogedores a los sufragios numerosos. No creo en ellos. Los he evitado siempre. En cambio, el clima de Gurdjieff me retenía; clima difícil, casi desesperante. Para permanecer en él, es preciso tener la invencible necesidad "de otra cosa".

Durante las últimas semanas del Priorato, cada día, cada hora reafirmaban mi adhesión. Al escuchar la lectura de su manuscrito —enorme volumen en nueve partes—, me sentía, por primera vez, satisfecha de una revisión de valores humanos. Alrededor de él, mi silencio decepcionaba un tanto. Pero yo estaba completamente ocupada en absorber, como una planta que recibiera agua, toda su vida. "No puedo desarrollarlo —decía Gurdjieff—; puedo crear las condiciones en las que puede desarrollarse usted mismo."

Estas condiciones eran duras, sin embargo, la mayor angustia era la de no haber conocido antes esa dura enseñanza que me hubiera indicado cómo hubiera podido vivir. Desesperación de cada instante, puesto que cada instante me hacía adquirir la conciencia de un alma que yo no he realizado. Dos historias para cada individuo, él y su sombra (es decir, su alma). La apariencia va y viene junto con una fuerza, un nombre, una situación. La sombra —realidad que no existe más que por la luz— espera su hora y sólo entra en la escena al final. Yo me veía como a todos nosotros una máquina de repetición; y, siempre había aspirado a un estado diferente... Terminar, terminar con esa vida tan grata, pero tan nula —la vida humana que no lleva a nada cuando no lleva a todo—. Demasiado tiempo había reposado en ese "yo" ilusorio que nos aprueba perpetuamente, que dice "sí" a todas nuestras tonterías, como un monigote chino de porcelana. Es su gesto invariable.

Ahora, yo trabajaba para cambiar de camino y experimentaba la sensación de que se me arrancaba de la tierra. ¿Cómo podía seguir apreciando aquello que nunca había tenido? Entonces yo ignoraba la fuerza de los lazos que me ataban a... nada —toda la herencia inyectada en mí junto con mi sangre—. Me creía diferente de mis padres porque llenaba mis horas de distinta manera. Qué importa eso, sólo era el "menú", la lista de los días, como la lista de las comidas.

Me era preciso reducir aún más cada pregunta para hallar la respuesta. Reducir a un punto, el peor quizás... La pregunta es como una piedra que se echa al agua. Sólo se ven los círculos

en la superficie; se responde a los círculos, no a la pregunta. Se ignora la piedra que ha caído al fondo del agua.

Mientras seguía la vida del Priorato —los ejercicios, las lecturas, los movimientos rítmicos—, trabajaba en el jardín. Entonces procuraba distinguir las etapas que tenía que franquear para mi desarrollo y me reía de mí, de ese pobre ser humano que se atrevía a escribir: “YO quiero ser, yo consagro mi vida a esta finalidad”. Era tan enorme como si hubiese dicho: “Trabajo para volar como los pájaros”. El camino va desde el batracio hasta el pájaro... Y yo ni siquiera era capaz de imaginarme el número de las etapas. Solamente comprobaba que cada una creaba la siguiente y que nada en el mundo —libro, palabra o profecía— me permitiría sospechar cuál sería esa etapa siguiente. Dependería esencialmente de mi organismo, no podría serme dada más que por el yo y con el yo, del que adquiriría conciencia más y más cada día.

Lo que me asombraba no era el comprender —un poco— sino de ver que tanta gente no comprendiera. A veces experimentaba sacudimientos de conciencia tan fuertes que me sentía invadida por calor. La sangre repercutía en mis sienes, mi respiración se detenía, tenía miedo... ¿miedo de qué? De no reconocermé más. Entre la imagen inexistente que había sido mi compañera y esta nueva que entreveía, se extendía una neblina. Todo se borraba y yo corría detrás de mí, anhelante, desesperada, con la angustia de no encontrarme más.

Creí a menudo que caía en un abismo y me sentí envuelta en una especie de vértigo. Habría querido huir, sustraerme a esa ciencia que exigía de mí demasiado. ¿Por qué me parecía esto criminal y por qué imposible? Porque la verdad entrevista no se pierde; y si fué presentida por un segundo, prosigue su camino, aparece a cualquier precio. Si se quiere vivir “esto” (esta verdad) es imposible no haberse prometido “a esto”, es imposible que todos los acontecimientos de una vida no hayan concurrido a esto desde siempre. (No encuentro ninguna palabra para definir eso de que habla.) Me veía comparable a un polluelo que golpea para salir de su cascarón. Lo que está más allá es para todos nosotros tan diferente como para el polluelo todo es diferente afuera. Creo que todos los seres están igualmente sin preparación posible “antes”, pues si no, eso sería la negación de la vida nueva que viene “después”.

## LA OTRA VIDA

Con seguridad, mucha gente ha entrevistado alguna ciencia análoga a esta de la que hablo, pero no hay en ella nada que pueda aportar una ventaja a la vida del mundo. Aun la misma inteligencia pasa al segundo plano. ¿Por qué un hombre satisfecho debía tomar parte en semejante empresa?

Durante dos años viví continuamente en el Priorato. Después, en París, encontré menos a menudo a Gurdjieff, pero he continuado viviendo de acuerdo con sus principios y me he incorporado a su doctrina cada vez con mayor profundidad. “¿Por qué desea usted el conocimiento?”, se me decía. El conocimiento es para mí sinónimo de dicha, de una dicha segura.

Muchos amigos me han abrumado de preguntas y consejos. “¡No mire nunca dentro de usted misma, es fatal!” o: “¿qué hacer con su vida cuando se ha perdido toda ilusión?” He respondido: “Es como si un paisano declarara: se han arrancado todas las malas hierbas en mi campo, ¿qué hago ahora con mi tierra?”

Antes yo pensaba: “es preciso que nuestra naturaleza sea trabajada como la tierra.” Pero, ¿dónde está el arado? ¿Y quién lo dirigirá? Solos, nada podemos. El labrador es tan indispensable como la semilla.

El método de Gurdjieff me ha indicado todo, el arado y el labrador estaban listos. Era yo quien debía estar lista. Deseo, necesidad, preparación, realización; aquí comienza la otra vida: sus esfuerzos especiales, sus nuevas leyes, su evolución esencial que tiende hacia el cambio mismo de las químicas del organismo. Es duro. He visto a algunos seres que se detenían a mitad del camino, que renunciaban o bifurcaban, se convertían en enemigos y se enrolaban en algún sistema prometedor que coloca un paraíso seguro al final de su vida. A veces, regresaban hacia alguna religión, se declaraban de repente tocados por la gracia, gracia que respondía generalmente a sus necesidades más materiales y en la que se instalaban cómodamente con todas sus conveniencias como para efectuar un viaje. Compraban entonces para el paraíso “ida sola”, que, las más de las veces se transformaba en “ida y vuelta”.

Creo que la religión está en su lugar en un monasterio donde su egoísmo concéntrico puede exigir sin límites. Dentro de la vida, cojea, en la sociedad envenena... y qué error creer que basta sufrir para elevarse. Entonces, nuestro planeta estaría lleno



de santos y de ángeles. A fuerza de sufrir, unos mueren, otros se vuelven chochos, otros rabian, muy pocos mejoran y progresan por el dolor. Hace falta una técnica, la más dura tal vez... Siempre he sido creyente instintivamente, pero no podía aceptar al Dios que propone la religión. Dios convertido en refugio, cuando debe ser el divino logro del alma que lo contiene. No es un refugio, ni una esperanza. Pero cada ser es el espejo de Dios que él concibe y muchos sólo son espejos de bolsillo.

    Mi única esperanza consistía en la capacidad de esfuerzos.

    En el Priorato pasé horas de felicidad que nunca había conocido, pero en realidad, viví de desesperación en desesperación. ¿Cuál era mi inquietud? Era total. Yo vivía el sentido de la palabra "trastornado", "confundido". Tenía la impresión de ser echada de mí misma.

## X

*Una intelectual americana de vanguardia. — Margaret Anderson, introductora en Nueva York de la literatura y de la poesía modernas. — La aventura de The Little Review. — Margaret Anderson en el Priorato.*

Margaret Anderson, amiga de Georgette Leblanc en Nueva York, fué sin duda una de las más inteligentes discípulas de Gurdjieff. He aquí un breve resumen<sup>1</sup> de la carrera intelectual de esta notable mujer.

En 1914, Margaret Anderson había fundado *The Little Review*, el órgano más avanzado entre las revistas americanas: literatura, música, crítica, teatro, cine, pintura, escultura, arquitectura y máquina. Su revista llevaba como "slogan": "Una revista que no hace concesión alguna al gusto del público." No estaba destinada a escritores "medianos" como Sinclair Lewis pero tampoco era una pequeña capilla. Creada para lo más selecto de todos los países, presentaba a Rimbaud, Apollinaire, Max Jacob, Cocteau, Paul Eluard, Reverdy, Louis Aragon, André Breton, Delteil, Radiguet, Jules Romains y Gide, Tzara y Philippe Soupault... , Stravinsky, "los Seis", Satie, Schoenberg, Bartok... , Picasso, Modigliani, Derain, Matisse, Braque, Léger, Juan Gris, Picabia, Marc Chagall, Brancousi, Zadkine, Lipschitz, y al asombroso Gaudier Brzeska, el joven escultor polaco, muerto durante la guerra al combatir en el ejército francés. En cuanto a la literatura inglesa, *The Little Review* publicaba a Ernest Hemingway, Aldous Huxley, T. S. Eliot, Ezra Pound, Gertrude Stein y fué la primera que presentó en *serial* la obra maestra que ha revolucionado la literatura inglesa

<sup>1</sup> Este resumen fué redactado por Georgette Leblanc para *La Machine à Courage*.

contemporánea: *Ulises*, de James Joyce. Esta publicación constituyó un escándalo en la puritana América. Margaret Anderson y su colaboradora Jane fueron acusadas de publicar literatura obscena. Hubo un proceso que ellas perdieron brillantemente. Se quemaron todos los números en los que había aparecido *Ulises* y se tomaron las impresiones digitales de las dos condenadas, como si hubieran sido criminales. El caso es histórico...

En París, en mayo de 1929, Margaret y Jane hicieron aparecer el último número de la *Little Review* con el siguiente anuncio, que reproduzco textualmente: "Hemos presentado veintitrés movimientos del arte moderno, que representaban a diecinueve países. Durante más de una década hemos descubierto, glorificado y matado. Hemos batallado, pasado hambre y arriesgado la prisión. Hemos obtenido el récord de todas las manifestaciones más energéticas del arte contemporáneo. Los archivos de la *Little Review* constituyen un cine del arte moderno. Nuestra misión ha terminado. El arte contemporáneo ha 'llegado' y durante cien años quizá, sólo existirá la repetición."

He aquí el testimonio de Margaret Anderson sobre Gurdjieff y la vida en el Priorato, extraído del libro *The Fiery Fountains*, publicado en las ediciones "Hermitage House".

## XI

*El relato de Margaret Anderson. — Encuentro con Gurdjieff-Hermes. — Los coloquios con los intelectuales. — ¿Dónde está el superconocimiento? — Algunos personajes del Priorato. — Lo que pensábamos, lo que hacíamos, lo que buscábamos. — Explíqueme a Dios. — Una especie de buen sentido sublime.*

Se había anunciado que el grupo de Gurdjieff ofrecería “danzas” especiales en el Neighborhood Playhouse, y nuevamente todo Nueva York concurrió al espectáculo. Orage leyó algunas notas explicativas para cada danza y, entre el público, todo el mundo —con excepción de los intelectuales— se sintió en presencia de una manifestación cuya fuente nos era desconocida. La sensación que nos producía ese fenómeno era tan aguda que casi olvidamos a Gurdjieff, a quien se suponía detrás de los telones. Desde mi butaca de orquesta lo vi un momento entre los bastidores; dirigía a los discípulos, los exhortaba a una precisión cada vez mayor. Cuando más tarde volvimos junto a Orage, apenas tuve tiempo de mirar atentamente a un hombre de tez oscura, rostro oriental, cuya vida parecía concentrarse en los ojos. Tenía un aspecto que no sabría describir porque no conocía nada con qué compararlo. En otros términos, así como se le reconoce a Einstein la calidad de “gran hombre”, se reconoce en Gurdjieff una clase de hombre que no se ha encontrado nunca antes. ¿Vidente, profeta, mesías? Desde el comienzo se nos había preparado a considerarlo como a un hombre diferente de los demás, en el sentido de que él poseía lo que se llamaba un “conocimiento muy elevado” o un “conocimiento estable”. Pasaba por un gran maestro y el conocimiento que ofrecía era aquel que, en los libros ocultistas y escuelas orientales, se transmite por medio de alegorías, diá-

logos, parábolas, oráculos, sagradas escrituras, o por medio de enseñanza esotérica directa. Por lo que nos había dicho Orage, sabíamos que Gurdjieff transmitía su conocimiento en términos que no podían desanimar el espíritu práctico de los pensadores occidentales. Nunca nos habíamos clasificado entre los espíritus prácticos, pero jamás nos habíamos contentado y nunca nos contentaríamos con la mística y la metafísica.

Contemplábamos a ese hombre, de pie entre los bastidores del Neighborhood Playhouse de Nueva York, como al mensajero de otro mundo, como al hombre que podía iluminarnos un mundo que habíamos esperado sondear, el mundo que sin interpretarlo nos habían revelado los sabios.

Creo que al principio yo había tomado a Gurdjieff realmente como a una especie de Hermes que enseñaba a su hijo Tat. Pero mientras es imposible comprender el diálogo hermético por medio de la lectura solamente o la sola especulación, sentí que hasta la esencia de la *Table d'Emeraude* podía llegar a ser comprensible gracias al método de enseñanza de Gurdjieff. Quiero expresar exactamente lo siguiente: aquello que los filósofos han enseñado como "sabiduría", aquello que los eruditos han enseñado en textos y tratados, lo que los místicos han enseñado a través de la revelación extática, Gurdjieff lo enseñaba como ciencia —una ciencia exacta del hombre y de su comportamiento, una ciencia suprema de Dios, del mundo, del hombre, una ciencia cuyas fuentes se encuentran fuera del campo, del alcance del conocimiento o de la concepción de los sabios y de los psicólogos modernos.

Más adelante se presentaron otras series de danzas en el Carnegie Hall. Se había previsto el acompañamiento de cuatro pianos, pero cuando llegó el momento de la sesión sólo había uno, nada más. Tocaba Mr. Hartmann con el esplendor percutiente que exigía Gurdjieff. Estas danzas se inspiraban en las que Gurdjieff había visto ejecutar en el recinto sagrado de los monasterios del Tibet. Se decía que su matemática contenía un conocimiento esotérico exacto. Nueva York seguía interesándose, pero los intelectuales comenzaban a quejarse de que el semblante de los bailarines no expresaba ninguna "alegría". Supongo que estas críticas quedarían satisfechas al ver a una Isadora Duncan mimando con su estilo expresivo el movimiento de los planetas en el espacio.

Pasamos todo el tiempo posible con Orage, que nos exponía las ideas de Gurdjieff. Y entonces, una noche, habló el mismo Gurdjieff. Presentó sus ideas no como ideas nuevas, sino como

hechos conocidos desde siempre y desde siempre ocultos, es decir, nunca escritos, sino transmitidos de época en época por la enseñanza de los grandes iniciados. La palabra "iniciado" siempre nos había dejado indiferentes, hasta profundamente hostiles, a causa del pensamiento nebuloso de los que la empleaban. Pero ahora carecíamos de tiempo para rebelarnos contra las palabras. Para todos nosotros la substancia de la doctrina de Gurdjieff respondía por primera vez a las preguntas que nos habíamos planteado.

Las preguntas que durante toda nuestra vida nos habían turbado, eran, según pensábamos, las preguntas de todo el mundo; pero todo el mundo parecía satisfacerse con respuestas que no nos satisfacían. Si un gran sabio enunciaba: "Gracias al afinamiento, ampliación y la continua aplicación de los métodos que hicieron maravillas en las ciencias exactas, podemos construir un sistema coherente que trata todos los aspectos del conocimiento y del comportamiento humanos", nosotros respondíamos: "No, ustedes no pueden; hay algo que no podrán alcanzar jamás con estos métodos." Si un gran teólogo nos decía: "La plegaria es el poder", le respondíamos: "Sí, sin duda, pero, ¿por qué?" Cuando un gran filósofo fundaba su doctrina en las "fuerzas incalculables" del espíritu, comprendíamos lo que quería decir, pero la frase permanecía vaga. ¿De qué fuerzas se trataba? Y aun si ello era posible, ¿qué más se podía aprender acerca de esas fuerzas? Encontrábamos más sustancia en Hermes: "Pues Dios se transparente en todo el mundo. Tú puedes ver la inteligencia, tomarla en tu mano y contemplar la imagen de Dios. Pero si no conoces lo que hay dentro de ti, ¿cómo podrás verlo en ti y cómo podrán verlo tus ojos? Pero si quieres verlo, considera y comprende el sol, considera la carrera de la luna, considera el orden de las estrellas."

Pero, puesto que los astrónomos no tienen ninguna revelación para ofrecernos —salvo las revelaciones de orden físico—, y puesto que ningún filósofo ha hablado nunca con claridad del "conócete a ti mismo", estábamos realmente empantanados. Todo cuanto podíamos hacer, era repetir: ¿No existe, pues, ningún terreno sólido para edificar intelectualmente una fe, en la región que se extiende entre las ciencias físicas y la filosofía?

Gurdjieff afirmaba que existe un superconocimiento, una superciencia. Y lo que nos decía acerca de ese tema, nos persuadía de que nunca volveríamos a oír nada comparable, que nunca

podríamos encontrar otra cosa que iluminara los grandes textos que siempre habíamos anhelado estudiar con respeto.

Cuando hablé de la "vía" mediante la que se podía adquirir ese conocimiento, una "vía" que lleva gradualmente a una "condición del conocimiento", estábamos dispuestos a creer que, en efecto, esto podía ser una "vía" para nosotros. Pero, aunque hubiéramos sospechado la grandeza de ese conocimiento, no comprendíamos entonces cuán diferente nos aparecería su aplicación quince años después de nuestro primer contacto con él. Y no teníamos la menor idea de las dificultades que íbamos a encontrar en esta "vía" (...)

Aun ahora, no trataré de hacer una descripción de Gurdjieff. Tendría la impresión de aplicarme a describir la naturaleza en todos sus humores. Y no puedo hablar del contenido de su enseñanza, de su método, ni de su significado. Puedo decir lo que me dió a mí, nada más. Esta enseñanza está adaptada a cada individuo, y cada uno podría hablar de una manera diferente. No es en absoluto lo que había imaginado que iba a ser, ni lo que comprendí gradualmente. No se trata de comprender algo mediante el pensamiento, de asimilar algo que le ha dicho. Se trata de una educación nueva, se trata de comprender lo que le permiten comprender su herencia, su educación, su deseo y su voluntad. Esto no tiene relación alguna con el psicoanálisis, ni con ningún otro moderno medio de introspección. ¿Introspección de qué? ¿de qué no-existencia? Esta enseñanza es una limpieza y un relleno. Toda la ciencia reside en la precisión con la cual se le dirige a usted, se le ayuda, con suficiente lentitud para no destruirlo, con suficiente rapidez para mantenerlo en ese estado de asombro, de sorpresa, de sacudimiento, de tormento, de remordimiento, de recompensa, el único que puede liberar sus fuerzas potenciales. El primer juicio sobre su enseñanza que he oído emitir a Gurdjieff es el siguiente: "No puedo elevarlos; sólo puedo crear las condiciones merced a las cuales ustedes podrán elevarse a sí mismos." (...)

De cuanta gente vino al Priorato durante mi permanencia, ninguno de los que querían partir se ha visto forzado a quedarse, ninguno de los que quería quedarse fué constreñido a partir. Algunos ni siquiera fueron recibidos. Una mujer muy conocida vino a París con la esperanza de que se la recibiera como a una celebridad. Gurdjieff no sabía quién era ella, pero la divisó desde



lejos. Le hizo decir que no estaba. La explicación que dió de esta negativa recorrió toda la asamblea, y en todo caso interesó a tres de entre nosotros que siempre estábamos al acecho de detalles psicológicos; la vanidad de esa mujer estaba demasiado fijada, se necesitarían años para romperla; ya no era una mujer joven, tenía pocas probabilidades de triunfar y los esfuerzos de Gurdjieff hubieran sido desproporcionados, mientras que los suyos, con seguridad, nulos.

Otro pasaje relámpago fué el de una americana que sólo permaneció tres días en el Priorato. Se portó delante de la novedad de su situación como si se hubiera tratado de una situación vieja. Se encolerizó y se fué desdeñosamente. Una de las personas cuya partida resultó de lo más penoso, fué la de un hombre que declaró que no tenía valor de emprender una cosa que podía ser de nuevo sólo una vana búsqueda del conocimiento. Se fué tristemente. También hubo una inglesa que asociaba cuanto oía con Buda y que partió para continuar una vida consagrada a su concepción del "conócete a ti mismo". Otra mujer decidió que se podían encontrar en el mundo centenares de maestros como Gurdjieff y que su doctrina no era más interesante que cualquier otra. Si nosotros no hubiéramos sabido lo suficiente como para reconocer que esta enseñanza era única —al menos para nuestro tiempo y nuestro lugar en el mundo—, habríamos podido dejarnos influir por todas estas corrientes contrarias, por aquellos que reprochaban a esa enseñanza y a nosotros mismos ser demasiado materiales; aquellos que decían que estábamos hipnotizados; aquellos que preveían nuestra caída en el misticismo o en una especie de supermetafísica. Pero nos hubieran sido necesarios grandes esfuerzos para que influyeran sobre nosotros personas que sólo veían misticismo en las exposiciones más lúcidas, y que no percibían el misterio y el conocimiento que se ocultaban detrás de las más paradójales. Por esto, nos esforzábamos simplemente por comprender la doctrina y trabajar sobre nosotros mismos. Y en esas dos actividades, nada era simple.

En el Priorato teníamos la sensación de que nuestros días estaban contados; pero dentro de nosotros mismos sentíamos que se nos proporcionaba la clave de un nuevo modelo del universo.

No practicábamos ninguno de los ejercicios que los discípulos más antiguos habían presentado en Nueva York. Aquello había terminado, por el momento. Gurdjieff estaba acabando el último capítulo de su libro y todo el mundo se absorbía en la traduc-

saba en estudiar la doctrina y en discutirla con alguien, es decir, que continuaba viviendo como siempre había vivido, imaginándome lo que podía sobre las ideas recibidas y creyendo que si pensábamos y discutíamos bastante tiempo, terminaríamos por alcanzar la revelación.

No lamento esas discusiones sin fin, y esos primeros años de contacto con las ideas de Gurdjieff fueron para mí la edad de oro. Pero si uno se detiene a considerar esas ideas, no llega nunca a lo esencial. En cuanto se toca lo que está más allá de la abstracción, se comprende por qué todas las historias que se cuentan acerca de la forma en que Gurdjieff expone la sabiduría hermética, no son sino historias superficiales. Sigo esperando aún ver impresa, hasta en los dos artículos respetables escritos por hombres que han trabajado con él, una sola indicación concreta del pensamiento de Gurdjieff. Un anónimo ha dicho: "Para mí, lo más sensacional del trabajo de Gurdjieff es una especie de buen sentido sublime. Quiero expresar que mi experiencia se ha parecido a menudo a la de aquel iniciado de la antigüedad a quien un amigo preguntaba qué había sentido cuando le habían confiado los secretos de una fraternidad ocultista: "Me he tratado de imbécil —respondió—, por no haber sabido ver solo las verdades que enseñan."

saba en estudiar la doctrina y en discutirla con alguien, es decir, que continuaba viviendo como siempre había vivido, imaginándome lo que podía sobre las ideas recibidas y creyendo que si pensábamos y discutíamos bastante tiempo, terminaríamos por alcanzar la revelación.

No lamento esas discusiones sin fin, y esos primeros años de contacto con las ideas de Gurdjieff fueron para mí la edad de oro. Pero si uno se detiene a considerar esas ideas, no llega nunca a lo esencial. En cuanto se toca lo que está más allá de la abstracción, se comprende por qué todas las historias que se cuentan acerca de la forma en que Gurdjieff expone la sabiduría hermética, no son sino historias superficiales. Sigo esperando aún ver impresa, hasta en los dos artículos respetables escritos por hombres que han trabajado con él, una sola indicación concreta del pensamiento de Gurdjieff. Un anónimo ha dicho: "Para mí, lo más sensacional del trabajo de Gurdjieff es una especie de buen sentido sublime. Quiero expresar que mi experiencia se ha parecido a menudo a la de aquel iniciado de la antigüedad a quien un amigo preguntaba qué había sentido cuando le habían confiado los secretos de una fraternidad ocultista: "Me he tratado de imbécil —respondió—, por no haber sabido ver solo las verdades que enseñan."

## LA ÚLTIMA ESPERANZA DE KATHERINE MANSFIELD

*D. H. Lawrence se subtrae a Gurdjieff. — Katherine busca a un médico del alma. — John Middleton Murry no se sabe olvidar. — Una pareja aquejada de muchas enfermedades. — La vuelta a la vida normal no sería nada, lo que hace falta es entrar en una vida nueva. — Katherine da el primer paso hacia Gurdjieff. — El drama estalla en Londres.*

D. H. Lawrence se negó a entrar en la aventura Gurdjieff. Estuvo a punto de pensar que la "Enseñanza" respondía exactamente a su profunda inquietud. Sin duda hasta lo ha pensado. Pero no pudo decidirse a dar el paso. Temía que al adoptar las disciplinas mentales exigidas por Gurdjieff perdería su libertad creadora. Temía sobre todo tener que poner en duda su ciega confianza en la generosidad del destino a su respecto. Esta ciega confianza, todo bien considerado, hace para él las veces de religión. Le parecía sentir que una fuerza benéfica lo dirigía a él, a D. H. Lawrence, muy especialmente, hacia la Luz, hiciera él cuanto hiciese, y lo dirigía tanto más seguramente, por cuanto él se abandonaba a todos los desórdenes de las pasiones humanas, por poco que se abandonara con el corazón y el alma abiertas *por lo alto*. Digo bien, "por poco", pues él nunca dudaba de que se abandonaba de esta manera; esto formaba parte de su vocación. Al pasar hacia el lado de Gurdjieff hubiera tenido que renunciar a semejante creencia, que le proporcionaba mucho placer con respecto a su propia persona y hasta admiración.

Katherine Mansfield había adivinado cuáles serían las reticencias de su viejo amigo. "Lawrence y E. M. Forster son dos hombres capaces de comprender este lugar, si lo quisieran —escribe a su marido, refiriéndose al Priorato—, pero creo que el orgullo de Lawrence se lo impedirá." En efecto, el orgullo se lo impidió. No obstante, nada me autoriza a pensar que, a fin de cuentas, se equivocara al obrar así.

Por otra parte, se sintió muy molesto por el exceso de entusiasmo de su iniciadora, Mrs. Mabel Dodge, devota de Gurdjieff. Él le escribía en abril de 1926: "Mi Yo, mi cuarto centro, se ocupará de mí mejor de lo que podría hacerlo yo mismo", reafirmando así su creencia en una gracia especial destinada a su persona. Luego, al mes siguiente: "En cuanto a Gurdjieff, a Orage, al despertar de los distintos centros del ser, al Yo último, y todo lo demás, para decirle estrictamente la verdad, no sé. No hay camino trazado, no lo habrá nunca..." Por fin, ante las insistencias de Mrs. Mabel para que se decidiera, se siente invadido por esas cóleras que le eran habituales y rompe definitivamente: "Creo que no tengo deseos de ver a Gurdjieff. No puede usted imaginarse el poco interés que encuentro en todos esos métodos de salvación... No me gustan los Gurdjieff, los Orage y otros pequeños truenos."

Katherine Mansfield pensaba que Lawrence no vendría nunca hacia la "Enseñanza", porque *se amaba*. En cambio, ella vino porque *amaba*. Eso es lo que se podrá comprender en seguida.

Por lo que sé, no existe ninguna obra, ningún estudio que informe con exactitud sobre los últimos meses de la vida de Katherine Mansfield. Sin embargo, en el transcurso de esos últimos meses, toda su obra y toda su persona están iluminados en todas sus fases. Pocas veces un espíritu y un cuerpo se presentan ante la muerte en una claridad semejante. Pocas veces una obra, en el instante en que ha de ser interrumpida, desnuda tan completamente sus más secretas líneas directrices. Los fervientes de Katherine Mansfield que vienen a París para alquilar por una noche las habitaciones del hotel donde ella vivió y que cada año realizan peregrinaciones al cementerio de Fontainebleau-Avón, han tenido que contentarse hasta ahora con notas sumamente imprecisas sobre su permanencia en el Priorato, sobre las razones que la impulsaron a ir allá y sobre la naturaleza de sus búsquedas y de sus esperanzas en la colonia fundada por aquel a quien

ella llamaba "el gran Lama del Tibet". Los biógrafos declaran que se refugió en una "sociedad teosófica", lo que únicamente testimonia una gran ignorancia. Un solo libro intenta describir su última aventura, el de Roland Merlin: *Le Drame secret de Katherine Mansfield*.<sup>1</sup> Desgraciadamente, parece que Roland Merlin no ha tenido a su disposición la totalidad de los testimonios personales de Katherine Mansfield sobre su vida en el Priorato; más desdichadamente aún, no parece saber sino muy pocas cosas acerca de Gurdjieff.

Se encontrarán aquí todas las cartas en las que Katherine Mansfield comenta a su marido, John Middleton Murry, su decisión de "arriesgar la inmersión", hace el balance de su vida pasada, define las finalidades de su búsqueda, cuenta día a día lo que ocurre en su mente, su corazón, su cuerpo, enfrentados con los primeros elementos de la "Enseñanza", y describe el espectáculo que ofrece la singular sociedad de los "filósofos del bosque", a sus ojos de aprendiz discípula.

La mayor parte de estas cartas no se editaron aún en francés. Se han extraído del importante volumen de correspondencia que acaba de publicar, en Londres, John Middleton Murry.<sup>2</sup> Creo que sería imposible comprenderlas bien sin saber nada más de Gurdjieff, su influencia, las relaciones entre los seres y él, y que sería difícil sentir el "drama secreto" que ellas expresan, sin poseer algunas claves. Me parece que la presente obra proporciona estas claves.

En agosto de 1922 la joven cuida en Suiza su corazón y pulmones. Hace tiempo ya que la tuberculosis arruina su energía, destroza su cuerpo, su rostro, destruye el amor que la unía a John Middleton Murry. Cierta disposición a la angustia nerviosa, conocida por la mayoría de seres dotados de sensibilidad religiosa en el mundo moderno cada vez menos habitado por ellos, se acentúa en Katherine y le parece que su corazón, sus nervios, se encuentran dentro de una mano que se va cerrando poco a poco, estrangula, aplasta. Existe, sin duda, la enfermedad que distinguen los médicos: cavernas pulmonares. Pero existe otra enfermedad más grave, piensa ella, contra la cual los médicos nada

<sup>1</sup> Ediciones del Seuil.

<sup>2</sup> Este volumen debe aparecer en París, en ediciones Stock, traducido por Anne Marcel. Puedo publicar estas cartas gracias a la gentileza de los directores de las ediciones Stock y de la traductora.

pueden y que no puede serles descrita. Es la enfermedad de la constante interrogación. ¿Existo realmente? ¿Dónde está mi Yo permanente y verdadero, más allá del oleaje sin cesar renovado de mis humores, mis sentimientos, mis inquietudes, mis placeres y mis dolores? ¿Cómo hacer para sentirme, por fin, unida de una manera durable a algo sólido? ¿Dónde está la tierra firme en mí? En verdad, todo invita a Katherine Mansfield a creer que la tuberculosis no es más que uno de los signos exteriores de esta enfermedad, o más bien que el destino le ha reservado ese accidente a la carne para que su sensibilidad hacia tales problemas se agudice al extremo. Hay que proporcionar respuesta a estas preguntas. Cuando esta respuesta esté dada, la salud retornará y esto no será la vuelta a la "vida normal", como dice la gente que no se da cuenta de que esa "vida normal" no vale la pena de ser más vivida que la vida de una tuberculosa, no, será la entrada en una vida nueva, la verdadera vida.

En Suiza, recibe un ensayo de Ouspensky, *The Cosmic Anatomy*. Muchos intelectuales y artistas ingleses siguen las conferencias de Ouspensky y se forma un círculo bastante activo alrededor de ese discípulo de Gurdjieff y su amigo Orage. Katherine piensa ir a ver a Orage. Espera de él las respuestas o comienzo de respuestas a las preguntas que se plantea. Sin duda, casi nada dice de eso a su marido. ¿Qué puede decirle? "Ellos terminaron por entenderse a fuerza de silencio." Ellos evitan temas candentes; Katherine tiene miedo de morir y oculta ese miedo para que la vida entre ellos siga conservando algo de dulzura. Él se aleja de ese cuerpo que la enfermedad destruye y multiplica las atenciones de enfermero para tratar de compensar las faltas de la atención amorosa. Hablan con efusión del pasado, sueñan con un porvenir que se le parecería, pero se cuidan uno y otro de dejar ver las tristes verdades del presente: el loco amor arruinado, el deseo desaparecido, el miedo de la muerte y su unión volcada hacia el lado de hábitos mediocres y de cuidados sin esperanza. Él sólo piensa en el sufrimiento que le ocasiona verla sufrir. Se halla en la delectación taciturna. Ella trabaja sin cesar, en una gran soledad, para asir los hilos cada día menos numerosos de la energía, para no caer toda ella en el no-amor absoluto y la total desesperación. Se han encerrado cada uno en sí mismo y la menor palabra verdadera entre los dos precipitaría la quiebra. Se sonríen de muy lejos, discretamente, para no echar a perder nada en ese equilibrio del segundo antes del derrumbe; contienen la respiración.



Katherine sólo dice que quiere ir a Londres para consultar al doctor Sorapure, especialista del corazón. Este tipo de palabras no es peligroso. Se trata de sanar. Cuando ella sane, todo volverá a ser rosa y blanco. Pero ella no ignora que el mal es mayor que el mal físico y que, para salvar uno y otro, para salvar su unión haría falta algo muy diferente a las píldoras, regímenes alimenticios, inyecciones y rayos X... Él lo sabe también. Los dos simulan creer que regresan a Londres para consultar a un médico. En realidad, atraviesan el mar para jugar la última carta. *"Digo que, en apariencia, la finalidad de su visita era obtener la opinión del Dr. Sorapure —escribe John Middleton Murry—, pero creo que la finalidad real era entrar en relaciones con A. R. Orage... En todo caso, quedé sorprendido por la rapidez con que, en cuanto llegamos a Londres, ella penetró en el círculo formado alrededor de Ouspensky y al que pertenecían Orage y J. D. Beresford. A veces hablábamos del tema que nos tocaba más de cerca —es decir, de su curación, el único tema 'anodino', y de las formas felices que asumiría su unión cuando ella se hubiese curado—, pero ahora, nuestro amor hablaba a través de un desierto y mis recuerdos de esos días son todos de desesperación y de angustia. Tanto para mí como para Katherine, existía la evidencia de que el único remedio era renacer. Pero, ¿cómo volver a nacer? Me era imposible seguirla al círculo de Ouspensky, o más bien, me resultaba imposible entrar en él sin comprometer mi integridad. De este modo, yo no participaba en absoluto en lo que se convertía en el centro de interés de Katherine. Le resultaba inútil. Peor: me convertía en un obstáculo para su esfuerzo de liberación."*

De esta manera, una vez franqueado el Paso de Calais, ellos han jugado. Han aceptado considerar el presente. Todo se derrumba. Hay que renacer o continuar viviendo una vida falsa, un amor falseado. Ella ha tomado la decisión capital, se aleja de él, rompe con las piadosas mentiras de esa vida de dos, va a ensayar cuidarse sola, es decir, encontrar el camino de su *Yo*, de un *yo* permanente, sólido, sin miedo ni esperanza, de un lugar en ella misma en el que la muerte dejaría de ser temida y desde el cual el amor resplandecería sin ser sometido a las tristes contingencias de la humanidad cotidiana, de la pareja común que formaban John y Katherine. John es abandonado a sus debilidades, sus mentiras, su inquieta ternura, a sus precauciones vergonzosas de ella misma, en fin, a todo ese universo brumoso y tibio del mari-

do de una mujer enferma. Katherine se va. Se va a un lugar en el que verá a John en la vergonzosa desnudez de hombre fluctuante, pero donde también resucitará el amor y lo mantendrá en el nivel más alto de calor.

Roland Merlin, en el estudio que he citado, parece hacer muy poco caso de Middleton Murry. Nos lo presenta como a un débil y un egoísta. Yo no creo que tengamos que compartir la opinión de R. Merlin, fundada en una documentación poco profundizada.

En agosto de 1920, Katherine anota en su cuaderno: "Yo toso, toso. La vida, es volver a encontrar el aliento. Y él permanece silencioso, su cabeza se inclina, esconde el rostro entre las manos, como si le fuera imposible soportarlo. '¡He aquí lo que ella me hace! Cada sonido nuevo me crispa los nervios.' Yo sé que estos sentimientos son involuntarios. Pero ¡Dios mío! ¡Qué malos son! Si él pudiera, por un instante, sólo servirme, ayudarme, *olvidarse*. ¡Qué destino ser prisionero de sí mismo!"

Es exacto que Middleton Murry era prisionero de sí mismo, como dice Katherine Mansfield, y que no podía nunca separar la mirada de su propia persona. Vivía inclinado sobre el dolor de ser el marido de una mujer admirable, pero a la que la enfermedad había arruinado el cuerpo, el corazón, el alma, de una mujer que ahora se planteaba el problema fundamental de toda la existencia, mientras él, John, no tenía inquietudes metafísicas, o más bien sólo tenía la intuición de semejante inquietud, nada más.

"Deje de ser emotivo, deje de retorcerse, deje de sentir sea lo que fuere... Lo que hace falta es el valor, la arrogancia, y no la introspección sentimental —le decía D. H. Lawrence—. Ahí está su vicio, usted pudre su virilidad hasta sus raíces más profundas, pero es preciso creer que es lo que usted necesita." ¡Admiren el consejo! Lawrence dice: "¡Cambie de naturaleza!" Pero, ¿cómo cambiar? ¿Y se trata, acaso, de cambiar? No se trata más bien de asumir la naturaleza que nos ha sido dada, cueste lo que costare? Middleton Murry sabía muy bien cuál era "su vicio", como decía Lawrence. Sabía que paseaba sobre la vida una mirada inmediatamente replegada sobre su propia persona. Pero desde el fondo de esta persona, sin cesar examinada, palpada, juzgada, compadecida o felicitada, subía un dolor real, un fuerte grito de amor herido por Katherine agonizante y que juzgaba con la lucidez de los agonizantes esa imposibilidad de salir de sí mismo que era el lote, la cruz especial de su marido; de su marido a quien ella amaba no obstante, y se tendía hacia ella

en vano, retenido a esta cruz que él llamaba su "integridad", en la impotencia de poder escapar a ella.

¡Cómo se volvía difícil todo! "Ella hubiera querido que yo no hiciera caso alguno de su enfermedad —escribía John Middleton Murry—, pero eso era imposible. Mi sensibilidad estaba tan exasperada que, cuando de noche estábamos acostados uno al lado del otro, sus accesos de tos me hacían estremecer hasta el fondo de mí mismo. Me destrozaba el corazón verla descarnada, los ojos brillantes, convertida en la sombra de ella misma. Yo hacía la fila y luchaba por conseguirle algún alimento adecuado, pero este esfuerzo le parecía un poco fuera de lugar. ¿Por qué no olvidaba yo ese mal que no era ella misma? Yo tenía momentos de exasperación realmente atroces, durante los cuales me sentía atrapado en una celada. Pero que ella pudiera interpretar mi angustia como un deseo de verme liberado de su presencia, esto era demasiado."

Katherine se sabía injusta. El miedo de morir la impulsaba a estas injusticias. John se veía incapaz de dominar su inquietud día a día, presentar a Katherine un semblante de demiurgo que rechaza sin esfuerzo la idea de la muerte, considerar sin importancia sus tormentos de esposo frustrado momentáneamente por la enfermedad de la mujer, y que reúne, en el lecho nupcial, en un gran movimiento de confianza y de dominación, los fuegos del amor salvador, del amor maravilloso, del amor siempre vencedor de todo, aun de los bacilos de Koch. Ella miraba cómo él se agitaba mediócremente, se debatía entre todas sus impotencias y sufría con un sufrimiento muy bajo, muy humano. Y él, ante esa mirada, perdía pie completamente, chapoteaba a más y mejor. Pero ya ella soñaba con pasar más allá de su enfermedad, del pantano de sus relaciones, abordar la tierra firme donde John y Katherine no serían más cuerpos dolorosos, almas en eclipse, sino dos seres tallados en el cristal del amor.

Para arribar a esta tierra firme tenía que romper con los encantos nauseabundos de la pareja Katherine-John. Tenía que morir como Katherine mujer de John, hecha de estados de ánimo injustos, de temores ocultos, de ternuras pasajeras, de sentimientos flotantes; en una palabra, tenía que morir como esa persona que John amaba con un amor sincero pero tembloroso y volverse otra, volver a nacer. Pero él, John, rehusaba morir como él mismo. No quería precipitarse en esa aventura. Una vez más ella lo juzgaba pusilánime. Se decía que era suficiente que ella muriera

y renaciera, ella, para resucitar entre ellos el amor, pero también se decía que él se mostraba como siempre demasiado atado a su pequeño yo, que prefería esa mediocridad en que ambos estaban dentro de su unión real, y que era preciso huir de él para ayudarle a pasar con ella hacia el lado de la existencia fuerte y del amor verdadero. Y él permanecía en la orilla opuesta, esperando, con sus lamentables aleteos de gallina clueca, su egoísmo ingenuo y retorcido, su pobre orgullo de intelectual que cree defender su "integridad", al permanecer friolentemente encerrado en sí mismo y, en su dolor de ver que Katherine se le escapa esta vez más seguramente que por todos los caminos conocidos de la enfermedad física.

No creo, positivamente, que haya que encogerse de hombros como Roland Merlin y declarar que Middleton Murry no era un "hombre". Me gustaría ver lo que haría en esta situación Roland Merlin. Creo también que Lawrence, a despecho de toda su fuerza, sólo habría encontrado la solución en un gran arranque de cólera que tal vez hubiera retenido a Katherine en la "vida común", pero que la hubiera hecho morir desesperada sobre el lecho de un sanatorio, poco tiempo más allá del día en que murió llena de esperanza en su habitación del Priorato. Podemos perfectamente condenar a un ser si éste contraría nuestras pasiones; esto forma parte del juego feroz y absurdo de la vida terrestre. Pero no podemos permitirnos juzgarlo. Sólo Dios es juez, como dice la buena gente. Yo me cuidaré de juzgar a Mr. Murry, lo mismo que me cuido a lo largo de esta obra de juzgar a Gurdjieff. Mr. Murry no podía hacer nada por Katherine. Katherine no podía hacer por ella misma sino lo que hizo, exactamente. No quiero pensar más que en el encadenamiento de circunstancias materiales y de otra naturaleza que permitieron a Katherine morir el mismo día en que su marido se le reunió en el Priorato, en el encadenamiento milagroso de esas circunstancias. Creo que hay en ello un signo. No puedo descifrarlo, pero creo también que Gurdjieff no es ajeno a este encadenamiento de circunstancias, o más bien, que ese signo no fué dado porque sí bajo el techo de ese hombre dotado de una segunda visión.

### XIII

*Las conversaciones con Orange. — El viaje a París y los vanos esfuerzos del doctor Manuchkin. — “Quiero llegar a ser una hija del Sol”. — El salto hacia la aventura Gurdjieff. — La búsqueda del amor consciente.*

Como se había convenido, Katherine consulta al doctor Sorapure. Éste la tranquiliza sobre el estado de su corazón. John se alegra, pero ella se siente ya indiferente frente a la opinión de los médicos. Que John no cuente sino con estos últimos para cambiar su vida, es una prueba de su debilidad, de su miedo de afrontar el verdadero problema. Todo se ha convertido para ellos en desgarramiento, todo revela su profundo divorcio. Katherine se instala en casa de una amiga, mientras él se dirige a Selsfield. De ahora en adelante, ella necesita estar sola. Su marido sólo consigue molestarla. Él considera que ella se pierde, que corre el riesgo de perderlos a ambos. Cuando ella lo ve, cuando lo oye, le sucede asustarse de correr ese riesgo, llega a vacilar, a ablandarse. Insiste en que parta. En cuanto a él, tal vez prefiera secretamente no ver nada, no saber nada, hacer como el avestruz. En principio Katherine permanece en Londres para seguir el tratamiento de un radiólogo. En realidad sólo sigue ese tratamiento para complacerlo, por compasión por él, para ayudarle asimismo a creer todavía un poco que la vida de antes continúa. Se mezcla con el grupo de Ouspensky. Busca la clave del verdadero “cambio”.

He aquí lo que anota en su diario:

“Mi primera conversación con O. tuvo lugar el 30 de agosto de 1922.

“Ese día comencé por decirle qué poco me satisfacía la idea de que la vida debe ser fatalmente algo inferior de lo que somos

capaces de concebir. Experimentaba el sentimiento de que lo mismo acaecía a casi todos los que yo conocía, también a los que no conocía. En cuanto se agotaba su juventud con la pequeña parte de fuerza y de impulso que caracteriza esa edad, su desarrollo se detenía. En el preciso instante en que uno siente que ha llegado la hora de reunir todo lo que se es, de emplear toda su fuerza, de asumir la dirección de sí mismo, en una palabra, de obrar como adulto, parecían contentarse con trocar el más caro deseo de sus corazones por innumerables pequeños deseos. O si no, la imagen que se me presentaba, me mostraba un río que se dispersa en múltiples hilos de agua por entre un sombrío pantano.

“Esos hombres se engañaban a sí mismos, evidentemente. Bautizaban esa dispersión con los nombres de ‘mayor tolerancia, intereses más vastos, sentido de proporción’ a fin de que el trabajo no excluyera la posibilidad de ‘vivir’: O si no, veían en ello un medio de escapar a todas las investigaciones interiores, a todos los exámenes de sí mismos —una manera más simple, y por consiguiente mejor, de conducir su vida—. Pero tarde o temprano, por lo menos en la literatura, se oía resonar, en sordina, los acentos de profunda añoranza. Se revelaban la inquietud, el sentimiento de haber sido frustrado en algo. Se oía, se creía oír el grito que comenzaba a repercutir en uno mismo:

“No supe encontrar mi finalidad. La he abandonado. Lo que soy no es lo que quiero ser. Si esto es todo, entonces la vida no vale la pena de ser vivida.

“En cambio yo sé que esto no es todo. ¿Cómo se saben estas cosas? Tomemos el caso de K. M. Desde la época más lejana de la que puede acordarse, ha llevado una vida falsa, un tipo de vida falsa. Sin embargo, desde el comienzo hasta el fin, hubo momentos, instantes, chispazos, que le han hecho sentir la posibilidad de algo completamente diferente...

“30 de setiembre. — ¿Sabe usted en qué consiste la individualidad?

“—No.

“—En la voluntad consciente. Es tener conciencia de que se posee una voluntad y que se es capaz de la acción.

“—Sí, es cierto. He aquí una palabra magnífica.”

En esas notas se encontrarán los primeros temas de la “Enseñanza”. Para Katherine Mansfield se trata ahora de conquistar esta “voluntad consciente”, o como se dice también en los grupos,

esta "voluntad de la voluntad" a partir de la cual resulta posible obrar realmente sobre sí mismo, desarrollar dentro de sí un centro de gravitación, hacer de la vida algo, y no ser constantemente "vuelto a hacer" por ella, gobernarse realmente, enlazarse de una manera durable con la Energía del universo, y si se ama, amar eficazmente, es decir, instalarse a sí mismo e instalar al ser amado en una especie de plenitud eterna. ¿Es esto posible? Personas serias dicen que lo es. Y ofrecen proporcionar la prueba. Su maestro Gurdjieff la posee. De todos modos, Katherine se siente llamada hacia esa vía. Sus biógrafos dejan suponer a menudo que sólo buscaba el medio de encontrar la salud. Se basan en algunas líneas en las que, en efecto, ella explica a su marido que Gurdjieff le ayudará a vivir mejor que los médicos, que sólo se preocupan por el cuerpo. Pero yo opino, creo poder opinar, que más allá de su propia curación ella pensaba en una gran curación del amor humano. Me parece que, sobre este punto, con su alma y conciencia, Mr. Middleton Murry me dará la razón. Ella no podía confiarle el fondo de su esperanza. Hubiera sido preciso volver a poner en juicio todas sus relaciones, volver a abrir el expediente de las enfermedades de la pareja, de todas las parejas humanas y de la suya en particular. Valía más simular. Ya era bastante dramática esta separación, esta decisión de Katherine de entrar en la sociedad de Gurdjieff. Puesto que ya el hecho estaba consumado, o casi, había que callar de nuevo, o decir lo menos posible.

Un mes después del encuentro con Orage, Katherine decide ir a París. El radiólogo no es lo bastante competente —dice al marido—. "No estoy nada satisfecha de la manera puramente experimental de aplicar el tratamiento. Mira, el Dr. Webster es simplemente un radiólogo. No lo examina a uno, no lo pesa, no se vigila el caso, como se hace en una clínica." Dice que necesita ver a un médico mejor, al inventor de ese tratamiento, al doctor Manuchkin, que vive en París. "Soportaré cualquier hotel, cualquier suburbio, sólo por Manuchkin." Se adelanta de este modo a las objeciones que presentará Middleton Murry: el viaje en el estado de agotamiento físico en que se encuentra, las incomodidades de la vida de hotel para una persona tan enferma, etc. Pero disfraza en realidad la verdadera finalidad de su viaje: ir a Fontainebleau, encontrarse con Gurdjieff.

Llega a París. Su primera carta termina así: "Espero ver a



Manuchkin mañana. Te contaré sus opiniones.” La carta del día siguiente no dice nada de esa visita, sino que comienza con estas palabras: “No, no me siento, hablando con exactitud, influenciada por Ouspensky. Creo más bien que he oído ideas parecidas a las mías, pero más fuertes y más definitivas y que existe realmente una *Esperanza*, la verdadera *Esperanza*, no la *semiesperanza*.”

El doctor Manuchkin, según nos relata R. Merlin, quien pudo conversar con él, le aseguró a Katherine que sin duda podría sanar siempre que siguiera escrupulosamente su tratamiento. Ella fingió que lo seguía, pero dos semanas más tarde le anunció que había decidido vivir en el Priorato, entre los discípulos de Gurdjieff. El doctor Manuchkin le suplicó que no lo hiciera, le indicó que arriesgaba la muerte si se entregaba exclusivamente en manos de ese caucásico, de quien el doctor Manuchkin había oído hablar vagamente, si rehuía los cuidados de la medicina oficial. Hizo más, escribió a Gurdjieff para indicarle que su enferma no se hallaba en estado de vivir sin sus cuidados y le rogaba disuadirla de residir en el Priorato, por el momento. Gurdjieff no respondió. Unos días más tarde, Katherine Mansfield tocaba el timbre de la verja del castillo de los “filósofos del bosque”.

Katherine había vacilado todavía un día entero, luego toda la noche. En la mañana del segundo día, todo estaba terminado, la decisión estaba tomada.

“10 de octubre. — Esta mañana he reflexionado.

“Desde que me encuentro en París estoy enferma como antes. El hecho es que ayer creí que iba a morir. Esto no se debe a mi imaginación. Mi corazón está tan agotado, sufre tanto, que todo cuanto puedo hacer es ir hasta el taxi, y desde el taxi a casa. Me levanto a mediodía, me vuelvo a acostar a las cinco y media. Procuro trabajar por momentos, pero el tiempo de eso ya ha pasado. No puedo más. Desde abril, en resumidas cuentas, no hice nada. ¿Pero por qué? Pues si bien el tratamiento de Manuchkin ha mejorado el estado de mi sangre, me ha proporcionado buen semblante y ha producido un buen efecto sobre mis pulmones, no lo tuvo en lo más mínimo sobre mi corazón; el progreso sólo lo he obtenido viviendo en el hotel la existencia de un cadáver.

“Mi espíritu está casi muerto. La fuente de mi vida se ha empequeñecido de tal modo, que poco ha faltado para que se

agotara. Casi todo este mejoramiento de mi salud sólo es apariencia, una comedia. ¿En qué consiste? ¿Acaso puedo caminar? No, me arrastro. ¿Puedo hacer algo con mis manos o mi cuerpo? Nada, absolutamente. Soy una enferma completamente dependiente. ¿Qué es entonces mi vida? La existencia de un parásito. Ya han transcurrido cinco años y estoy más estrechamente encadenada que nunca.

“¡Ah!, ya el escribir me ha devuelto un poco de calma. ¡Bendito sea Dios por habernos acordado la gracia de escribir! ¡Experimento un terror tan grande de lo que voy a hacer! Todas las vías que surgen del Pasado dicen: ‘No hagas esto.’ John me dice: ‘Manuchkin es un sabio. Cumple con su cometido. A ti te toca cumplir el tuyo.’ Pero esto nada significa. Soy tan incapaz de curar mi alma como mi cuerpo. Y hasta más incapaz, me parece. ¿Acaso John mismo, perfectamente sano y saludable, no se deja deprimir completamente si le salen forúnculos en el cuello? ¡Piensen en una prisión que ha durado cinco años! Es necesario que alguien me ayude a salir del calabozo. Si esto que digo es una confesión de debilidad, tanto peor. Pero sólo la falta de imaginación podría darle este nombre. ¿Quién me ayudará? Me acuerdo que, en Suiza, John me decía: ‘Yo no puedo nada.’ Claro que no puede hacer nada. Un prisionero es incapaz de ayudar a otro. ¿Creo yo en la medicina sola? No, nunca. ¿En la ciencia sola? No, nunca. Me parece infantil y ridículo suponer que se puede curar a uno como a una vaca, si uno no es vaca. Aquí, durante años, he buscado a alguien que participara de mi manera de ver. He oído hablar de Gurdjieff, quien no solamente parece compartirla, sino saber infinitamente más sobre todo esto. ¿Por qué vacilar, entonces?

“Por temor. ¿Temor de qué? ¿No se trata muy en el fondo del miedo de perder a John? Creo que sí. ¡Pero, Dios mío!, mira pues las cosas de frente. ¿Qué tienes ahora de él? ¿Qué es lo que os acerca? Él habla contigo —a veces—, luego se va. Piensa en ti con ternura. Sueña con una vida compartida, un día, cuando el milagro se produzca. Tú tienes para él la importancia de un sueño, ya no de una realidad viviente. Porque vosotros no sois un solo ser. ¿Qué tenéis de común? Casi nada. Y sin embargo, brota de mi corazón una profunda, suave y tierna fuente de sentimiento que es amor por él y nostalgia de su presencia. ¿Pero, para qué, si las cosas son como son? Vivir juntos, mientras yo estoy enferma, sólo es una tortura con instantes de dicha. Pero

eso no es vivir. Tú sabes muy bien que J. y tú no son sino el sueño de lo que podría ser. Y este sueño no podrá realizarse nunca, nunca, si tú no te curas. Pues bien, es imposible que cures a fuerza de 'imaginar' o de 'esperar' o de procurar que el milagro se opere por tus propias fuerzas.

"Por lo tanto, si el gran Lama del Tíbet ha prometido venir en tu ayuda, ¿cómo puedes vacilar? ¡Acepta el riesgo! ¡El riesgo de lo que fuere! A causa de estas voces no te preocupes por la opinión de los demás. Haz lo que puedes hacer aquí, en la tierra, de más difícil. Procede tú misma. Mira la verdad de frente.

"Es cierto que Chejov no lo ha hecho. Sí, pero Chejov ha muerto. Y luego, seamos honestos: ¿qué sabemos de Chejov por sus cartas? ¿Dicen ellas todo? Con seguridad, no. ¿No supones acaso que ha conocido toda una vida de aspiraciones que ni una sola palabra revela? Lee, pues, las últimas cartas. Había renunciado a toda esperanza. Si se deshojan las cartas finales de su sentimentalidad, son terribles. No queda nada de Chejov. La enfermedad lo ha tragado.

"Pero, tal vez todo esto no sean sino necedades para las personas sanas. Ellos no han viajado nunca por este camino. ¿Cómo podrían ver hasta dónde he llegado? Razón de más para seguir adelante, atrevidamente y sola. La vida no es simple. A pesar de cuanto decimos de su misterio, cuando nos acercamos a él queremos tratarlo como un cuento de niños...

"¿Qué entiendes ahora por salud, Katherine? ¿Y con qué fin la deseas?

"*Respuesta:* Entiendo por salud la capacidad de llevar una vida plena, adulta, viviente, actuante, en estrecho contacto con lo que amo: la tierra y sus maravillas, el mar, el sol. Con todo lo que queremos expresar cuando hablamos del mundo exterior. Quiero penetrar, formar parte de él, vivir, aprender lo que enseña, perder todo aquello que es superficial y adquirido en mí, convertirme en ser humano consciente y sincero. Quiero comprender a los demás al comprenderme a mí misma. Quiero realizar todo lo que soy capaz de llegar a ser para poder ser... (y aquí, dejé de escribir, he esperado, he esperado todavía, pero inútilmente, sólo una expresión dice lo que es necesario decir) una *hija del sol*. Parecería que aun el decir solamente una palabra sobre el deseo de amar a los demás, de llevar una luz, y sobre otras aspiraciones semejantes, es mentir. Que esto baste. Ser una hija del sol.

“Y luego, quisiera trabajar. ¿En qué? Quisiera vivir de tal modo que pudiera valerme de mis manos, mi corazón, mi cerebro. Descó un jardín, una casita, plantas, animales, libros, cuadros, música. Y quiero escribir, extraer de allí lo que escribiré, expresar cosas. (Es posible, después de todo, que tome como tema a los cocheros de fiacre. Poco importa.)

“Pero la vida, la vida cálida, ardiente, viviente —enraizarme—, aprender, desear, saber, sentir, pensar, actuar. Esto es lo que quiero. Nada menos. He aquí para qué debo esforzarme.

“He escrito estas páginas para mí misma. Ahora voy a animarme a enviarlas a J...., él hará con ellas lo que quiera. Es preciso que vea cuánto lo quiero.

“Y cuando yo digo ‘Tengo miedo’, que esta palabra no te preocupe, mi querido corazón. Todos tenemos miedo cuando estamos en la sala de espera de un médico. No obstante, hay que seguir adelante, y si el que queda puede conservar su calma, ésta es toda la ayuda que nos podemos prestar uno al otro...

“Todo esto me parece muy serio, muy arduo. Pero ahora, cuando he luchado cuerpo a cuerpo con estos pensamientos, ya han dejado de serlo. Me siento feliz adentro, muy adentro. TODO ESTÁ BIEN.”

Creo que estas páginas deben leerse con una mirada que abarque simultáneamente dos planos: el plano de la enfermedad física y el plano de la angustia espiritual. Se podrá comprender entonces fácilmente que Katherine Mansfield no sueña únicamente con reanudar con las cosas de la tierra los contactos que alegran a los sanos. Se trata de un sueño de otra amplitud. Ella, tan púdica en su modo de escribir, no habría hablado de la hija del sol por tan poca cosa. Se trata de pasar cuerpo y alma del lado luminoso del mundo donde las piedras, los animales, las plantas y los humanos tienen una presencia viviente que nosotros no sospechamos en ellos, porque no vivimos realmente nosotros mismos. ¿Y por qué no vivimos realmente? Porque hemos perdido el sentido de la unidad. Desde hace siglos la humanidad se disecciona en el dualismo cristiano Dios y creación, alma y cuerpo, como se está diseccionando ahora en el dualismo marxista, materia y espíritu. Se trata de volver a encontrar la clave que restablezca la comunicación inmediata entre el alma y el cuerpo, entre la materia y el espíritu, la clave de la unidad de las fuerzas físicas y las fuerzas espirituales, los poderes humanos y la energía universal. Se trata de retornar a la fuente, de restablecer en nosotros

esta unidad perdida. Ésta sería la verdadera curación. Antes de llegar a esto, poco importa que estemos enfermos o sanos; tuberculosos o no, cardíacos o no, no somos sino falsos vivientes, no tenemos comunión real con las cosas, no estamos más que ilusoriamente unidos a los seres, un velo nos separa de la naturaleza y poseemos amores sin duración, sin pujanza, sin magia.

Tal es el sueño que imagina Katherine. No es solamente un sueño de enferma. La enfermedad hizo que el estado de "falsa viviente" le fuera mil veces más penoso que para los sanos. Ha iluminado ese estado con una luz cruda. Pero Katherine Mansfield no sólo quiere sanar, sino cambiar. No sólo quiere volver a unirse con el mundo exterior, quiere que este mundo vuelva a tomar los colores del paraíso terrenal. No sólo quiere ser aún capaz de inspirar amor a su marido, quiere que el amor reencontré el hilo de la magia, la grandeza y el hechizo, la inocencia y el poder infinito, se convierta de nuevo en el amor de la edad de oro.

Es particularmente eficaz comparar estas páginas con las que escribirá Lawrence un poco antes de su fin. Lawrence ha rechazado a Gurdjieff, pero soñó exactamente el mismo sueño que soñara Katherine el día en que hacía sus maletas para ir al Priorato. El relato de D. H. Lawrence, *El hombre que estaba muerto*,<sup>1</sup> sin duda una de las obras más grandes del siglo, desarrolla magníficamente el mismo llamado al *hijo del sol*.

*El hombre que estaba muerto* acaba de resucitar, pero está aún en ese espacio intermedio entre la muerte y la vida en que estamos casi todos, en ese estado que Katherine Mansfield no conocía únicamente a causa de su enfermedad, y del que quería salir. "Él caminó sobre sus pies llagados sin pertenecer a este mundo ni al otro. No más acá que allá, sin mirar y sin embargo no sin miradas, dió la espalda oscura a la ciudad y a sus suburbios, preguntándose por qué podía emprender el viaje, llevado, sin embargo, por la oscura, la profunda náusea de su desilusión, y por una resolución que aún ignoraba."

Así está Katherine en el momento en que prepara las maletas para ir a reunirse con Gurdjieff. *El hombre que estaba muerto* vaga dentro de él mismo y por el mundo en busca de la unidad perdida. Acaba de hacer la experiencia de la muerte y ahora ve que para triunfar realmente sobre ella, se trata de establecer

<sup>1</sup> Ediciones Gallimard, prefacio de Drieu La Rochelle.

una amplia circulación entre su alma y su carne, entre él mismo por fin unificado y el mundo que sólo espera esto para presentar al hombre su faz luminosa, su lado paradisiaco. Pero, ¿dónde está la clave de esta armonía? *El hombre que estaba muerto* no conoce más que dos cosas, pero ahora ya las conoce bien: el horror de una vida dividida que es peor que la muerte y la absoluta necesidad de liberarse de ello. Esto basta. Así piensa también Katherine y va hacia Gurdjieff, sin saber si es allí donde hay que ir, pero sabiendo que hay que ir y dejar todo, arriesgar todo, para ir. Sin duda, la clave de la armonía es el amor y *El hombre que estaba muerto* sube hacia el templo de Isis, hacia el amor humano y sin embargo solemne, hacia el amor inocente, poderoso, mágico, de una edad de oro que nos es dado volver a inventar siempre. Sin duda, aquellos que intentan esto están gravemente amenazados, porque van en contra de las leyes del falso mundo que defiende los falsos vivientes, siempre ocupados en proteger su sueño y la molicie interiores. Necesitan abandonar toda prudencia y desafiar muchas represalias. Y es aquí donde se encuentra tanto en Lawrence como en Katherine Mansfield esta voluntad de creer que los seres en *marcha* se benefician de una protección casi divina, de una invulnerabilidad misteriosa. "Quiero ser una hija del sol", y en Lawrence, esto que hace juego suntuosamente con las páginas de Katherine Mansfield que ustedes acaban de leer:

"Si ellos pueden, nos matarán, se dice dentro de sí mismo. Pero existe una ley del sol que protege."

Y de nuevo, se dice: "Estoy resucitado, desnudo, y he pasado a través del fuego; pero si estoy bastante desnudo por este contacto, no habré muerto en vano. Antes, yo estaba atado."

Se levantó y salió. La noche era fría, estrellada, de gran esplendor invernal. "Hay destinos de esplendor, dijo a la noche, después de toda esa maldición de pequeñez, mezquindad y sufrimiento."

Entonces subió en silencio hacia el templo y esperó en la oscuridad, apoyado al muro del atrio, contemplando la oscuridad gris, las estrellas y las copas de los árboles. Y volvió a decirse: "Hay destinos de esplendor y un gran poderío."

M. Roland Merlin, el biógrafo de Katherine Mansfield, nos asegura que ésta, muy decepcionada de los hombres, se lanzó en busca de Gurdjieff no sólo para curarse físicamente, sino para

olvidar las pequeñeces del amor humano. Nos describe su carrera, continuamente descorazonada, hacia el "ideal masculino", y con este motivo evoca a George Sand. La crítica literaria que busca semejantes comparaciones es muy buena a veces, pero es pernicioso cuando estas comparaciones justificadas por el espíritu libresco aniquilan en nosotros distinciones muy útiles para el ejercicio cotidiano de la vida. De este modo, es muy útil comprender bien que George Sand pasaba de un hombre a otro, con creciente decepción, porque ella misma era un hombre bajo apariencias de mujer y que se conducía en el amor exactamente como se conduce un hombre. Era la falsa mujer, el prototipo de la falsa mujer que actualmente reina en nuestro mundo moderno, nuestro doble excitante, nada más. La mujer verdadera se encuentra pocas veces. Hoy día ya ni la conocemos, y como dice Giraudoux, "la mayor parte de los hombres se casan con un mediocre remedo de hombre, algo más astuto, un poco más flexible, un poco más bello, se casan con ellos mismos". George Sand era sólo esto, y en pleno romanticismo, prefiguraba esa mujer moderna, tan alejada de la mujer, simplemente la mujer. Por lo tanto, entre ella y el hombre nunca sucedía nada milagroso, pues la diferencia entre ambos no era suficientemente grande y no había lugar para el verdadero amor. De ahí la sucesión de aventuras, la excitación y no el desecho, la caza y no la ofrenda. Se ve entonces que es muy pernicioso colocar a George Sand al lado de Katherine Mansfield so pretexto de que ambas sufrieron cierta decepción amorosa. Se pierden así las nociones indispensables para la conducción de la vida, o sea el conocimiento de la existencia en el mundo de dos clases de mujer: la verdadera, que es rara, y la falsa, que forma legión y que es la única que la mayoría de los hombres conoce hoy. La mujer verdadera es rara y el hombre suele huir de ella, en caso de encontrarla, porque exige del amor algo completamente distinto de ese juego de dos, en el que cada cual sólo se busca a sí mismo. La rehuye, porque es mucho más cómodo hacer el amor consigo mismo, con su doble de pelo largo y talle fino, que atreverse a vivir en el implacable clima de pasión dentro del que la verdadera mujer sitúa el amor, más cómodo que el riesgo del implacable intercambio. La rehuye, también, porque el amor que ella entrega y el que exige en cambio excluyen implacablemente toda cobardía. La mujer verdadera es la otra en su completa integridad, y es preciso, frente a ella, ser de una idéntica integridad. A la falsa mujer le corresponde



el hombre de todos los días, el que se deja estar. Se dice un superhombre, no se dice una supermujer. ¿Por qué? Porque basta decir: la mujer. A ella le corresponde el superhombre, mejor dicho, el hombre preocupado por alcanzar el grado superior de la humanidad. Esta es la clave de las búsquedas de Katherine Mansfield, la clave de sus decepciones, y sobre todo, de la terrible decepción que le proporcionó Francis Carco. Ahora ya es tarde para buscar entre los hombres al hombre verdadero. He aquí a John Middleton Murry, con su ternura un poco débil, su encadenamiento a sí mismo, su molicie, su dejarse estar, su incapacidad de concebir semejante intercambio, semejante amor, su miedo, sus evasiones. Y he aquí a esta verdadera mujer, Katherine, destrozada por la enfermedad, afeada, pero llevada por su dolencia también hacia las profundas exigencias de su naturaleza, hacia las realizaciones del amor total. Hay que vencer la enfermedad, pero también es preciso derribar todas las demás barreras que separan a Katherine y a John de ese amor. Y es a ella a quien le toca obrar, a ella sola. Pero, ¿cómo obrar? ¿Cómo podemos obrar mientras no hayamos realizado nuestra unidad interior, mientras no tengamos más que un yo huidizo y dividido, mientras nuestras fuerzas todas, absolutamente todas, estén ocupadas en intentar vanamente agruparse alrededor de nuestra propia naturaleza, de nuestra vocación particular, siempre sustraídas a nuestra conciencia? Sea cual fuere nuestro deseo de amar, y de ser amado realmente, no podemos llegar a este amor permanente y luminoso, porque nada es permanente ni luminoso en nosotros. Si así fuera, nuestro amor permanente y luminoso engendraría en el ser que amamos el mismo amor, lo transformaría profundamente, aun sin que él lo supiera, y así sabríamos qué es esta gracia de amor con la que soñamos vagamente y de la que hablamos de oídas. Por fin comenzaríamos un verdadero diálogo de ser a ser, mientras que ahora sólo balbuceamos, cada cual por su lado, en vano, tendidos uno hacia el otro, y cada uno por su lado, hundido en un limo oscuro y movedizo.

“Digamos la nueva verdad —escribe a su marido Katherine Mansfield—. ¿Cuál es la relación presente entre nosotros? Ninguna. Y sin embargo, sentimos que existe la posibilidad de una real relación. Es una verdad muy profunda, ¿no lo crees así?”

De modo que Katherine Mansfield se halla en su habitación del hotel de la plaza de la Sorbona y escribe en su diario que

la suerte está echada, que ha resuelto arriesgar todo y abandonar todo para *cambiar*, cambiar la vida y cambiar el amor. Yo no sé si el camino que ella emprendía era el bueno. Se sabrá, tal vez, al examinar a lo largo de toda esta obra el pensamiento y el método de Gurdjieff que, a mi juicio, no han contenido nunca los frutos del amor. Sin embargo, me parece que esa mañana ella piensa más en Orage que en Gurdjieff. Si se quiere comprender qué es lo que sucede en ella mientras se prepara para tomar el tren para Fontainebleau y llegar a su última extraña morada, es necesario tener presente un texto aún inédito de Orage. Es este grave y magnífico discurso el que oye Katherine como un eco muy puro de su drama personal de mujer, éste y no otro, y sólo a causa de semejante discurso se pone en marcha:

#### EL AMOR CONSCIENTE <sup>1</sup>

“El móvil del amor consciente, en su estado evolucionado, es el deseo de que el objeto amado llegue a sus propias perfecciones innatas, sin preocuparse por las posibles consecuencias para el amante. ‘Con tal que ella llegue a ser perfectamente ella misma, yo no importo’, dice el amante consciente. ‘Iría al infierno para que ella pudiera ir al paraíso.’ Y la paradoja de semejante amor consiste en que provoca otro igual en cambio. El amor consciente provoca el amor consciente. ¿Por qué es tan raro el fenómeno entre los hombres? La primera razón es que la gran mayoría de ellos sólo son niños que desean ser amados, y no amar. La segunda es que muy rara vez la perfección se contempla como el fin mismo del amor adulto, a pesar de que ninguna otra cosa puede elevarlo por encima de esos niveles pueriles o animales. La tercera consiste en que el hombre no sabe, aun cuando está lleno del deseo de amar, cuál es el bien del objeto que ama; y la cuarta, por fin, está en que el amor consciente nunca llega por azar. Debe ser objeto de una elección consciente y de una firme resolución de esforzarse. Del mismo modo que el Bushido y las otras órdenes de caballería no han aparecido accidentalmente, así un amor consciente no puede aparecer y desarrollarse por sí solo. Todas las noblezas fueron obras de arte y un amor consciente también debe ser una obra de arte. ¡Que aquel que desee alistarse comience por hacer el aprendizaje! Y tal vez pueda un día llegar hasta la maes-

<sup>1</sup> El texto me fué comunicado por Philippe Lavastive, quien lo ha traducido.

tría. Que ante todo trabaje en purificar su deseo de ayudar, porque tendrá que abjurar de todo deseo personal, de todo prejuicio.

“El amante contempla el rostro amado. ‘¿Qué clase de mujer es?’ Existe aquí un misterio, se presiente una pista de perfección, cuyo aroma naciente es adorable. ¿Cómo podrá realizarse esta posibilidad para la gloria de la bienamada y de Dios, su Creador? Debemos preguntarnos: ¿podré ser capaz? Si soy sincero, debo contestar, evidentemente, no. Un hombre que no sabe tratar adecuadamente a sus perros o sus caballos, una mujer que no sabe cultivar flores, ¿cómo sabrían enseñar a revelar las perfecciones adormecidas que encierra un alma? Serán necesarias una humildad y una tolerancia a toda prueba. Si yo no estoy seguro de aquello que puede ser lo mejor para ella, debo, por lo menos, dejar que siga libremente sus propias inclinaciones. Y mientras tanto estudiaré lo que es y lo que puede llegar a ser, aquello que necesita, lo que su alma llama sin saber con qué nombre llamarlo, muy lejos de poder hallar la cosa en sí. Aprender a prever para ella y desde hoy sus necesidades del mañana, sin pensar un solo instante en todo lo que esto podría representar como penalidades para mí. Ustedes verán, muchachos y niñas, qué disciplina y cuánto dominio de sí mismo exige. ¡Intérnense en estos bosques encantados, ustedes que se atreven! Los dioses se aman los unos a los otros conscientemente. Y los amantes conscientes se convierten en dioses.

“Sin pudor, los hombres se vanagloriarán de haber amado, de amar o de su esperanza de amar. Como si el amor fuera suficiente para cubrir la multitud de sus pecados. Pero, como ya lo hemos visto, el amor, cuando no se trata del amor consciente, es decir deseoso a la vez de llegar a ser sabio y capaz de servir a su objeto, sólo depende de las afinidades favorables o desfavorables. Tiene por base a la química. Y en los dos casos es igualmente inconsciente, es decir, sin vigilancia sobre sí mismo. Hallarse en tal estado de amor es, por lo tanto, muy peligroso para sí mismo, para el otro o para ambos. Pues entonces estamos atravesados por una energía cósmica que persigue sus propios fines, completamente indiferentes a los nuestros, y henos aquí cargados de esta fuerza. Es dinamita que transportamos sin preocuparnos por esa carga. ¿Debemos, entonces, asombrarnos por la cantidad de accidentes? Reconozcamos, pues, que sin conocimiento y sin poder, el amor es demoníaco. Sin el conocimiento, puede destruir su objeto. ¿Quién no ha oído a alguna ‘bienamada’ decir de su ‘amante’: ‘Me en-

ferma, me mata? Y sin el poder, el amante se convierte en el más desdichado de los seres, puesto que no puede hacer lo que desea y lo que sabe que debería hacer por su bien. Los hombres deberían rogar que se les evitara la experiencia del amor sin sabiduría y fuerza. O si no pueden dejar de amar, que rueguen a la sabiduría y a la fuerza que guíen su amor. *Pues el amor no basta.*

“La quiero, decía él. ‘Es extraño que no me sienta mejor por ello’, contestó ella.

“Hasta que no logren forjarse un poder y un saber a la altura de su amor, durante todo ese tiempo, jóvenes y niñas, avergüense de confesar que están enamorados. Y si no pueden ocultarlo, amen humildemente, esforzándose por llegar a ser sabios y fuertes. ¿Aman ustedes? Hay que ser dignos de ese amor. Todos los verdaderos amantes son invulnerables a todo, salvo a su bien-amada. Esto no ha sucedido porque lo han deseado, o porque se hayan esforzado en ese sentido, sino por esa sola razón de su amor total, es decir, verdadero. No existen más pruebas para sobrepasar: simplemente no se las experimenta. La invulnerabilidad es mágica. Y el caso es menos raro de lo que se cree comúnmente. No obstante, puede cometerse una ‘infidelidad’ y se saca la conclusión de que la invulnerabilidad no existía. Pero la infidelidad no se debe necesariamente a una tentación, podía ser resultado —el caso es frecuente— de simple indiferencia. Ahora bien, no hay caída donde no hubo tentación. El estado de amor no siempre se experimenta con respecto a una sola persona. Ciertas personas tienen el don de poder elevar a otra hacia el nivel del amor, pero no es necesario que reciba este amor en su provecho. De este mismo modo los cataclismos producen combinaciones en los que no entran ellos mismos. Se cuenta de un lama, que las personas que hablaban con él se enamoraban instantáneamente. Pero no se enamoraban de él ni de nadie en particular. Tenían la sensación de que después de haber hablado con él, un espíritu activo de amor hacía desbordar en ellos el deseo de servir, de amar, que estaba dispuesto a verterse, a esparcirse por todas partes. Los trovadores de la Edad Media (los *Minnesinger*) se asemejaban, sin duda, a ese lama.

“Verdad fundamental sobre el amor: es siempre creador. El amor ha creado el mundo, pero no todas las obras son magníficas. *La finalidad del amor consciente es la de provocar el renacimiento o el amor espiritual.* Aquel que sabe ver un poco más allá del macho y de la hembra no puede dejar de observar los

cambios que se producen en el hombre o la mujer que aman, cualquiera que sea su edad. Es habitualmente inconsciente, pero no por eso menos símbolo del cambio mucho más maravilloso que ocurre cuando un hombre (o mujer) ama conscientemente o ha tenido que reconocer que él (o ella) era conscientemente amado. La juventud en estos casos reviste un aire de eternidad, y en verdad brota entonces la fuente de Juvencia. La creación de semejante 'hijo espiritual' en cada uno de los amantes es la función especial del amor consciente: se entiende que esto nada tiene que ver con el casamiento y los hijos.

"No somos uno, sino tres en uno. Tres personas completamente diferentes, cada una con sus ideas con respecto a la manera como todo nuestro organismo debería comportarse, y que coexisten en nosotros al mismo tiempo, y, las más de las veces, se niegan a cooperar, a pesar de que ninguna de ellas deja de inmiscuirse en las otras. Piense entonces ahora que semejante 'casa dividida contra ella misma' se enamora. ¿Cuál de los tres propietarios se ha enamorado? Porque sucede pocas veces que los tres lleguen a enamorarse a la vez de la misma persona.

"Ustedes se imaginan que son continentes porque se abstienen de toda relación sexual. Pero la verdadera continencia no concierne sólo al sexo, se refiere a todos los sentidos, y sobre todo a los ojos... 'Ya adulteró con ella en su corazón', dice el Evangelio. Para la mayoría, la castidad de los sentidos es algo que todavía hay que conquistar. Antaño, en Bagdad, esta castidad se enseñaba a los niños. Cada sentido se entrenaba especialmente por medio de ejercicios, ejercicios cuidadosamente combinados para permitir a los discípulos discernir en seguida la *fuerza* (intelectual, afectiva, instintiva o sexual) de todo lo que sentían. Esta educación proporcionaba a los jóvenes el poder de dirigir sus sentidos con el resultado de que la castidad se hacía, al menos, posible, ya que se hallaban capacitados para vigilar las percepciones sensoriales y no tomaban una cosa por otra. Al mismo tiempo, el erotismo podía convertirse en arte, y efectivamente, el arte de amar conoció en esa época un refinamiento del que ya no tenemos idea. El sufismo constituye una prueba de ello, y en el siglo pasado, en Rusia, se encontraban aún algunos ecos debilitados.

"El amor sin poder adivinatorio es rudimentario. Un amante debe poder 'adivinar' o 'presentir' los deseos de su bienamada mucho antes de que ella misma se dé cuenta. Debe conocerla mejor de cuanto se conoce ella misma si quiere amarla más de cuanto

se ama ella, de tal modo que pueda llegar a ser completamente 'lo que es' sin sus propios esfuerzos conscientes. Los esfuerzos conscientes de ella serán para él cuando el amor es mutuo. Es así cómo cada uno trabajará deliciosamente por la perfección del otro.

"Pero este estado no es alcanzable en los niveles naturales de la conciencia: no puede ser sino fruto del arte del trabajo sobre sí mismo. Todos experimentan su nostalgia, aun los más cínicos. Pero la gran mayoría de los seres ponen en duda hasta su misma posibilidad. No obstante, un amor así es posible, con la condición de que ambos amantes estén dispuestos a aprender humildemente uno del otro. ¿Cómo comenzar? Que el amante, cuando va a ver a su bienamada, se pregunte: ¿qué podría llevarle, qué podría hacer o decir para proporcionarle una deliciosa sorpresa? Al comienzo no se tratará de algo que la sorprenda completamente, quiero decir que ella sabrá que tenía ese deseo y simplemente se sentirá encantada de que el amante haya sabido adivinarlo. Más tarde, la sorpresa podrá *sorprenderla realmente* y se asombrará: '¿Cómo supiste que esto me haría feliz, si yo no la hubiera adivinado nunca?' Constantes esfuerzos por prevenir los deseos de la bienamada, antes de que afloren a la conciencia, serán el medio del amor consciente.

"*Saber contener con mano firme y dejar ir suavemente*, he aquí uno de los mayores secretos de la dicha en el amor. Por cada tragedia provocada por circunstancias exteriores (Romeo y Julieta) existen millares de dramas que fueron provocados por los mismos amantes. Como no saben ni el momento ni la forma de 'contener con mano firme', ignoran también los momentos en que conviene 'dejar ir suavemente' y ejecutan igualmente mal esa segunda operación. Las quebradas del monte Meru (Venusberg) están llenas de cadáveres de amantes que no han sabido separarse. Uno de ellos quería la separación, pero el otro no la permitía...

"En la mayoría de los casos, el comienzo ha sido malo. Los amantes se lanzaron hacia una unión sin pensar en los medios de salir de ella. Sucede a menudo que los cinco primeros minutos del primer encuentro deciden todo el porvenir de una relación. Pero el gran amor sabe a la vez darse y contenerse. En todo caso, hay que saber que, cuando uno de los dos desea la separación, el deber del amor del otro es dejarlo ir.

"Los celos son la serpiente del paraíso, el infierno del cielo. La emoción más dulce se infecta entonces con el veneno más acre.

Sin embargo, existe un remedio para los celos: es el amor consciente; pero este remedio es todavía más difícil de encontrar, de cuanto es duro de soportar el mal. La cura de Barba Azul es difícil, consiste en una total reeducación del cuerpo y de los sentidos."

He aquí lo que Katherine Mansfield va a buscar al Priorato: un saber y un poder a la altura de su amor de amar y de ser amada realmente. Aquella que cierra la puerta de su habitación de hotel y se dirige hacia la última aventura de su vida es una mujer con su cuerpo, con su corazón, con su deseo de gozar plenamente la vida terrestre. No se trata de mística en todo esto, como hubiera dicho Lawrence, quien se enfurecía cuando la gente lo trataba de místico. No hay más que la necesidad de alcanzar, por fin, una vida plena y libre, en seguida y no mañana, aquí mismo y no en otra parte.

Un coche abandona la estación de Fontainebleau, atraviesa un puente, toma el camino de Valvins y se detiene en el linde del bosque de Gauthier, delante de una gran verja. Dimitri Gurdjieff, hermano del "gran Lama del Tibet", la abre ante la visitante con mucha cortesía y deferencia. Katherine Mansfield entra en el castillo húmedo y algo deteriorado. Está sofocada, deshecha por la fatiga del viaje y por muchas otras fatigas. Por las ventanas sin visillos se ve un inmenso parque abandonado. "¡Oh, hermosa tierra! ¡Oh, tierra inolvidable! Ayer he visto caer las hojas, tan suavemente, haciendo llover el oro contra el azul. Mire, es el otoño. ¿Cuál es su magia?" Las hojas caen y, al descomponerse, alimentan a millares de pequeñas semillas hundidas en la tierra



## XIV

### TODAS LAS CARTAS QUE CATHERINE MANSFIELD ESCRIBIO A SU MARIDO DESDE EL PRIORATO

#### *El Priorato*

*Fontainebleau-Avón (Seine-et-Marne)*

*(18 de octubre de 1922)*

Mi querido Bogey amado:

Desde mi última carta he pasado por una pequeña revolución. He decidido de repente (pues ha sido de pronto y aún es poco decir) hacer un esfuerzo para vivir de acuerdo con lo que pienso, y no seguir viviendo de un modo y pensar de otro, como lo he hecho hasta ahora... No superficialmente, se entiende, pero en el sentido más profundo, he estado siempre dividida, desunida. Durante años, esto ha constituido mi "secreta pena" y ahora no existe nada más para mí. No, no puedo continuar representando un papel, sería morir viva. Por fin, he decidido hacer tabla rasa de todo lo que era superficial en mi pasada vida y recomenzar de nuevo para ver si puedo llegar a esta vida real, viviente, verdadera y plena con la que sueño. He pasado por un período espantoso antes de llegar a esto. Tú sabes lo que es. No se distingue mucho desde afuera, pero por dentro es el caos.

Realicé mi primer salto en las tinieblas cuando vine aquí y tomé la decisión de pedir a G. Gurdjieff que me permitiera permanecer aquí algún tiempo. "Aquí" es un viejo castillo hermoso, rodeado de un admirable parque. Primero perteneció a los carmelitas, luego fué residencia de Mme. de Maintenon. El interior ha sido modernizado: calefacción central, electricidad, etc., pero continúa siendo magnífico y el parque es maravilloso. Hay unas cuarenta personas, sobre todo rusos, que se ocupan de toda clase de

trabajos. Cuidan animales, cultivan los jardines, tocan el piano, bailan, hay un poco de todo. El estudio de la doctrina ocupa un segundo puesto. La práctica es lo primero. En realidad, se debe despertar a las cosas en vez de discurrir. Se debe hacer el aprendizaje de las cosas, desde el momento que se pretende tener el deseo de hacerlas, simplemente.

Yo no sé todavía si G. Gurdjieff me permitirá quedar. Estoy pasando una primer quincena "en observación". Si así lo desea, permaneceré aquí el tiempo que debía quedar en el exterior, y me curaré. Y no será una semicuración, que sólo concierne a mi cuerpo, mientras el resto permanece en el mismo estado. Tengo una habitación deliciosa —un Garsington, pero más lujoso— por esta quincena. En cuanto a la cocina, se diría un festín de Gogol. Crema, manteca —¡qué tonto es hablar de la comida!—. Es cierto que tiene su importancia y quiero que sepas que se está admirablemente cuidado desde todo punto de vista. Hay aquí tres médicos —verdaderos, pero también eso sólo es un detalle—. Lo fundamental es que vivo en la casa de mis sueños, ni más ni menos. Si Gurdjieff no me permite quedarme, iré al Sur, alquilaré una pequeña villa, trataré de aprender a vivir sola, cultivando mi jardín, cuidando conejos; en una palabra, quisiera retomar contacto con la vida.

Ningún tratamiento del mundo me hace bien, es cierto. Es pura apariencia. Gracias a Manuchkin, he aumentado de peso, estoy un poco más fuerte. Pero esto es todo si miro la realidad de frente. El milagro no estuvo nunca a punto de producirse. Era imposible. Y si se sale del dominio físico, ¡pues bien! el resultado de la vida en el Victoria Palace es que dejé de ser escritora. Desde *La Mosca* no he escrito más que fragmentos sin valor, sea cual fuere su extensión. Si yo hubiera continuado esta existencia, nunca hubiera escrito nada más; carente de vida, me moría de inanición.

Me gustaría que no se hagan las cosas demasiado dramáticas. Me siento muy feliz con todo esto, y es tan simple. Para nosotros, querido, todo está como si yo hubiera continuado viviendo en París, solamente, solamente cuando tú vuelvas a verme espero encontrarme bien y no creo que habrá como antes sólo una variación más sobre el mismo tema.

¿Me escribirás aquí en esos quince días? Ida se alojará en el Select Hotel, de modo que si prefieres dirigir tus cartas allá, ella me las va a transmitir; después, me quedará aquí, o como ya te

decía, me iré a un lugar cálido para transformarme en trabajadora. Pero espero quedarme aquí.

G. Gurdjieff no es en absoluto el hombre que yo esperaba. Es verdaderamente lo que se desea hallar en él. Siento una absoluta confianza. Está en sus manos ponerme en buen camino, físicamente y en otro sentido.

Aún no he hablado de dinero a G. Gurdjieff. Pero, en todo caso, no escribiré novelas durante tres meses y antes de la primavera no tendré ningún libro terminado. Pero esto carece de importancia.

Cuando hayamos hablado de finanzas, te lo comunicaré. En realidad, casi no he conversado con él. Está muy ocupado y sólo sabe unas cuantas palabras de inglés. Todo se hace por medio de un intérprete. No puedo explicarte cuán buenas me parecen aquí algunas personas: se diría que es una vida completamente diferente.

Hoy comencé a aprender el ruso y mis primeros deberes son: comer, pasear por el jardín, cortar flores y descansar mucho. Buen comienzo, en la calma, ¿no te parece? Pero comer mucho es toda una empresa cuando es Gurdjieff quien sirve los platos.

Tengo que interrumpir, querido. Estoy muy contenta de que Delamare sea un ser real: entiendo perfectamente lo que quieres decir de Sullivan y de Waterlow. Esto parece "justo", de un modo o de otro, extrañamente. Retiro cuanto dije acerca de tu carrera. Parecía muy diferente cuando tú me hablaste de arena.

Hasta luego, por hoy, querido amor.

Siempre tuya,

WIG.

(22 de octubre de 1922)

Mi querido Bogey:

Voy a decirte a qué se parece esta vida: más que nada a los viajes de Gulliver. Constantemente se tiene la impresión de haber naufragado: la misericordia de la Providencia hace que uno toque tierra, en alguna parte... Todo es diferente, todo. No tan sólo el idioma, sino la cocina, las costumbres, las personas, la música, los métodos, las horas; en fin, todo. Es, realmente, una vida nueva.

Este es mi horario. Me levanto a las siete y media, enciendo el fuego con astillas que se han secado durante la noche; me lavo con agua helada (me había olvidado por completo de lo buena que es el agua, tanto para beber como para lavarse) y bajo para

desayunar: café, pan, manteca, gorgonzola, dulce de membrillo, huevos. Después del desayuno, hago mi cama, mi cuarto, descanso; luego voy al jardín hasta el almuerzo, que se sirve a las once. Es una comida muy abundante, con estos platos: alubias con cebolla cruda, fideos con azúcar impalpable y manteca, ternera envuelta en hojas de lechuga y cocida con crema. Después del almuerzo, de nuevo una vuelta por el jardín hasta las tres, hora del té. Después del té, cualquier trabajo poco cansador hasta el anochecer; en cuanto oscurece, el trabajo termina, todo el mundo se viste y se prepara para la cena. Después de la cena, casi todos se encuentran en el salón, alrededor de un enorme fuego. Hay música (tamboril, tambor y piano), se baila y a veces se ejecutan ejercicios de danza rítmica sumamente extraños. El doctor Young, que se ha hecho muy amigo mío, sube conmigo y me enciende un buen fuego. Yo, en cambio, voy a zurcirle hoy la rodilla de su pantalón.

Hay cosas más extrañas. Por ejemplo, ayer yo buscaba leña. Todos los cajones estaban vacíos. Encontré una puerta al final del corredor y descendí unas gradas de piedra. Pronto descubrí otra escalera, en lo alto de la cual apareció una mujer vestida muy simplemente, con la cabeza envuelta con un chal blanco.<sup>1</sup> Llevaba una brazada de gruesos leños. Le dirigí la palabra en francés, luego en inglés, pero no me comprendía. Pero su mirada era linda, sonriente y suave, completamente diferente de la mirada de las personas que conozco. Al final, toqué uno de los leños, ella me lo dió y seguimos cada una nuestro camino...

En este momento, toda la casa se entrega al trabajo manual: se arregla todo, tanto adentro como afuera. No es, evidentemente, el trabajo por el trabajo. Todo está hecho deliberadamente, todo forma parte del sistema. Hay aquí algunos individuos muy "penosos", varios ingleses, gente "artista", teósofos; pero estoy segura de que se puede llegar a encontrarles aplicación, aunque yo no sepa aún la forma de proceder. En cambio, algunos hombres y mujeres avanzados son verdaderamente maravillosos. Me encuentro todavía en mi quincena de ensayo, lo que hago aquí es una estada de dos semanas, esto es todo. G. Gurdjieff apenas habla conmigo. Pero debe conocerme muy bien.

Sin embargo, aunque él no me autorizara a permanecer aquí, he terminado con las "circunstancias de antaño". Ellas no me han

<sup>1</sup> Se trata de Olga Ivanovna, de la que se hablará luego.

matado, es todo cuanto puedo decir en su favor. Ninguno de los amigos que he conocido cuenta ya para mí. Sólo tú cuentas cada vez más, si es posible, pues ahora que ya no estoy tan "identificada" contigo, puedo distinguir el verdadero lazo que nos une.

Ida, naturalmente, tomó las cosas a lo trágico. Colmo de atención: me dió un pañuelo sin que yo se lo pidiera. Ella "era" yo.

Creo que sabrá sobrellevar esto, a pesar de todo. Hay en ella algo de inquebrantable, a despecho de la actitud de impotencia a la que se aferra tan apasionadamente.

Me puse muy triste al pensar en el casamiento de Jeanne. El tipo gordo y púrpura supongo sería McGavin. Gracias por habérmelo contado. Es preciso que le escriba a Marie uno de estos días. Perdona esta carta demasiado apresurada. No dejes de enviarme los *Literary Supplements*. ¡Sirven tan bien para encender el fuego! Querría que estuvieses aquí. Se es tan feliz.

Querido, siempre tuya,

WIG, viajera.

(Martes, 24 de octubre de 1922)

Mi Bogey querido:

¡Me he sentido tan feliz al recibir tu segunda carta hoy! No, no pienses que nos alejamos uno del otro con un movimiento rápido y silencioso. ¿Es esta la impresión que tienes realmente? Y qué quieres decir con "Volvemos a encontrar del otro lado". ¿Dónde, Bogey? Tú eres aún más misterioso que yo.

He arreglado muy mal todo este asunto por la siguiente razón. Nunca te hice comprender hasta qué punto he sufrido durante estos cinco años. Pero no es culpa mía. No podía. Y tú no lo habrías aceptado por tu parte. Y todo, todo cuanto hago en este momento es procurar poner en práctica las "ideas" que desde hace tiempo tengo sobre una vida distinta y mucho más verdadera. Quisiera hacerte entender algo que no se encuentra en ningún libro; quisiera ensayar escapar a esta terrible enfermedad. Tampoco es posible esperar que comprendas esto. Tú crees que soy como las demás, es decir, normal. Es falso. No sé cuál es mi yo bueno y cuál es el malo. Lo único que hago es representar un papel tras otro. Sólo ahora lo reconozco.

Estoy persuadida de que G. Gurdjieff es el único ser que puede ayudarme. Es una gran alegría encontrarme aquí. Algunas personas son aún más extrañas que nunca, pero termino por sentirme más cerca de los más extraños; por fin, estoy como en mi casa

con ellos. Es así como siento las cosas. En el mundo exterior jamás conocí semejante comprensión, semejante simpatía.

En lo que se refiere a escribir, a ser fiel al don que uno posee, no escribiría novelas, ni aun si me encontrara en otra parte. Mi fuente se ha secado, por el momento. La vida no me ha traído la corriente. Deseo escribir, pero en forma diferente, con mucha mayor regularidad. Te escribo en un rincón de la mesa, contrariamente a las órdenes, pues el sol brilla y yo debería encontrarme en el jardín. Reanudaré luego esta carta, querido tesoro.

Siempre tuya,

WIG.

(27 de octubre de 1922)

Bogey querido:

He estado encantada de conocer tu expedición Sullivan. Pero, ¿no te ha aburrido con su obsesión del ajedrez? A mí, sí. Pero Beethoven, y las estrellas, y el niño, todo parecía muy gentil.

¿Qué harás con los árboles frutales? Cuéntamelo, por favor. Aquí hay profusión de membrillos. No es nada chistoso cuando se caen a propósito sobre la cabeza.

Espero que tú también tengas un tiempo magnífico. Día tras día, un sol resplandeciente. Es como en Suiza. Cielo azul intenso, aire muy fresco, límpido, se divisa a las personas de lejos, nítidamente recortadas y coloreadas.

Desde que hay sol, estoy en el parque. Visito a los carpinteros, a los cavadores (estamos construyendo un baño turco). El suelo, aquí, es muy bonito, se diría arena con pequeños guijarros blancos y rosados por dentro. Luego, hay un cordero para inspeccionar, y los nuevos cerdos, que tienen largos pelos dorados, cerdos muy místicos. Una multitud de conejos cósmicos y cabras que están "en la vía", caballos, mulas, para montar y para conducir. El "Instituto" no se abrirá oficialmente antes de otros quince días. Se construye un salón de baile y la casa aún se está organizando. En realidad, todo ha comenzado ya. Y si todo esto hubiera de irse en humo mañana mismo, de todos modos yo ya habría vivido la aventura más grande y más maravillosa de mi vida. He aprendido más en una semana que durante años *allá*. Es como en cuanto a las costumbres; mi desdichado amor del orden, por ejemplo, que me hacía marchar como una bruja a su escoba. No costó mucho curarme. G. Gurdjieff quiere que yo vaya a la cocina al caer la tarde y que mire. Tengo una silla en

un rincón. Es una cocina grande, seis personas se ocupan de ella. Mme. Ostrovsky, el chef, va y viene exactamente como una reina. Es muy hermosa. Lleva un viejo guardapolvo. Nina, una robusta muchacha, con delantal negro —muy linda también— muele diferentes sustancias en un mortero. La segunda cocinera maneja la cuchilla, hace chocar las cacerolas, canta; otra sale y entra corriendo, armada de platos y tarros; en la antecocina, un hombre limpia los recipientes. El perro ladra, se echa, tortura una escobilla. Una muchachita entra con un ramillete de hojas para Olga Ivanovna. Gurdjieff irrumpe, agarra un puñado de repollo picado, come... Hay, por lo menos, veinte ollas sobre el fuego. Reina tanta vida, todo se hace tan fácilmente, que uno no quisiera encontrarse en otra parte. Aquí, en todos lados, ocurre lo mismo: en vez de estar rígida, me siento a mis anchas. Estas palabras expresan la mejoría que experimento. Sin embargo, mientras escribo, me doy cuenta de que esto no sirve para nada.

Una antigua personalidad procura aflorar a la superficie, observar, y es incapaz de traducir nada de la realidad presente. Lo que escribo tiene un aspecto insignificante. En efecto, no puedo expresarme al escribir, por el momento. El viejo mecanismo ya no me pertenece y no consigo hacer marchar el nuevo. Me veo obligada a usar este lenguaje pueril.

Querría que vieras la danza que se practica aquí. Esto tampoco se puede describir. Una persona ve una cosa, otra ve algo diferente. Antes, nunca me ha gustado mucho la danza, pero esto parece ser la clave de mi nuevo mundo interior. Es mi gran alegría pensar que más tarde lo voy a hacer. Es posible que dentro de un mes o dos haya una presentación en París. Si esto ocurre, me agradecería que pudieras asistir. Pero, exteriormente, ¿tendrá esto el aspecto de una danza como cualquier otra? Me planteo esta pregunta. ¡Es tan difícil darse cuenta!

A propósito de dinero. No lo necesito, gracias, Bogey. Si alguna vez llegara a necesitarlo, te lo pediría, pero por el momento no es necesario.

Me gustaría que invitaras a Ouspensky a cenar en algún lado, mientras estás en Londres: Su dirección: 28, Warwick Gardens. Es sumamente simpático.

En el jardín se hace un trabajo extraordinario: se arrancan las raíces, se cava, etc. No sé por qué no se trabaja en el tuyo. ¿O tal vez estás más adelantado?

¿Podrías enviar una tarjeta a Ida (al Select Hotel, en París)



para invitarla a pasar un fin de semana contigo, si vuelve a Inglaterra? No sé cuáles son sus proyectos.

Otro calambre en el pulgar. ¡Oh! ¡Cómo quisiera escribirte con mi personalidad de aquí, no con la otra!

¿Supón que decidieras abandonar todo lo que haces en Inglaterra y venir aquí a trabajar para Gurdjieff? ¿Quemar de una vez todas tus naves? ¿Esta idea te agradaría? Esta es la razón por la que pensé que estarías contento de ver a Ouspensky. ¿Te agrada llevar la vieja vida mecánica, a la merced de todo? ¿No vivir más que con una minúscula porción de ti mismo?

Aquí podrías aprender a tocar el banjo, y aun admitiendo lo peor, siempre harías suficientemente como para bastarte con su juego, o cualquier cosa. Pero, tal vez mis palabras te parecen completamente insensatas. No somos, en absoluto, locos aquí. Al contrario, muy serios.

Mi querido Bogey, mi tesoro.

Siempre tuya,

WIC.

(Sábado, 28 de octubre de 1922)

Bogey querido:

Perdóname si no escribo a menudo estos días. ¡Estoy tan contenta de que todo te vaya tan bien! Yo también soy feliz. Y nuestra dicha no depende de cartas. Tengo la certeza de que vamos a acercarnos uno al otro. Pero lo haremos cada cual a nuestro modo, o modos. En este momento, si yo escribo, "falsifico" mi posición y no mejoro en nada la tuya. Es absurdo darte noticias de aquí. No sé puede decir que haya nada nuevo para comunicar. Es como para todas las personas que he conocido; no sé nada de ellas, están fuera de visión en estos momentos. Si soy sincera, todo cuanto puedo decir es que nuestra vida pasa, transcurre aquí: cada momento del día parece lleno de vida. Y sin embargo, siento que aún no puedo penetrar en ella como sería capaz de hacerlo luego; todavía estoy en la frontera. Pero escribir sobre esto me es imposible.

La frase de Dunning es más o menos buena, me parece, no más. Siempre da la impresión de estar a mitad de camino de todo. Posee penetración, pero ninguna orientación. ¿Puede ser verdaderamente útil?

Existe siempre este peligro de imponerse a sí mismo. Yo lo siento así. Apenas comienzo a liberarme, a fuerza de trabajar en

distenderme, en dejarme ir. Aquí se aprende cómo hacerlo. La vida no me lo hubiera enseñado nunca.

Pero estoy segura de que comprenderás por qué es tan difícil escribir. Nosotros no nos movemos en nuestras cartas. No dejamos de repetir las mismas cosas.

Como ya he procurado explicarte, estoy en plena transición. Aun si lo quisiera, no podría volver a la vida de antes; y no penetro aún en la nueva.

Pero no experimento jamás ninguna ansiedad. Tal vez vendrá todavía; no puedo decirlo. Sólo que tengo tantas cosas que hacer, hay tanta gente aquí. Ocurren tantas cosas.

Me despido por hoy, querido.

WIC.

Digamos la verdad, la nueva. ¿Cuáles son nuestras relaciones actualmente? No las hay. Sentimos que existe una posible. Esta es la verdad más profunda, ¿no lo crees así? Todo se limita a esto. Pero no significa que nos alejamos. Es infinitamente más sutil.

(2 de noviembre de 1922)

Mi pequeño Bogeý:

Después de mi última carta estoy furiosa. Esto es muy mío. Tengo vergüenza. Pero, tú que me conoces, tal vez me comprenderás. Siempre quiero proceder demasiado rápido. Siempre pienso que todo puede cambiar, renovarse en un abrir y cerrar de ojos. Me es extremadamente difícil, como a ti, por otra parte, no ser "intensa", excesiva y entonces —es así, te lo aseguro— no soy completamente sincera. Toma mi última carta y la anterior. El tono era falso. En cuanto a una verdad nueva, ¡oh, querido!, tengo verdaderamente vergüenza. ¡Es tan falso! Ahora es necesario que vuelva al comienzo, que rehaga el camino, que te diga que he sido excesiva y fantasista; se diría que hice lo posible para acentuar la nota de lo extraño, de lo extravagante. ¿Te das cuenta de lo que quiero decir? Vamos, que procuró ahora mirar la realidad de frente. Claro, es exacto que la vida aquí es completamente diferente, pero decir que se producen aquí cambios violentos en la individualidad, no, realmente no. He venido aquí para hacer una "cura". En ninguna otra parte me podré restablecer, de ello estoy segura. Es el lugar perfecto; por lo menos, lo entienden a uno totalmente, tanto desde el punto de vista mental como físico. Ningún otro tratamiento me haría recuperar la salud, nunca. Todos mis amigos que aceptaban verme como a una criatura frágil, semi-

viva, que emigra de sofá en sofá. ¡Oh! querido mío, espera un poco, tú verás la vida que llevaremos un día tú y yo, ¡tal alegría, tal esplendor! Pero hasta entonces, amor mío, no consideres como "absoluto" nada de cuanto yo diga. Tampoco yo considero lo que me dices como "definitivo", procuro darles lo que corresponde a las cosas. En esencia, tú y yo estamos juntos. Yo te quiero y siento que eres mi marido. Esto es lo que deseo construir, cumplir, dentro de lo que quiero vivir un día próximo.

Te escribiré, pues, por lo menos dos veces por semana, para contarte todos los pequeños acontecimientos de aquí. Y tú me contarás lo tuyo también.

Por ejemplo, ayer por la tarde, en el salón, hemos aprendido a fabricar alfombras con largos tallos de trigo. Muy bonito, muy fácil de hacer. He pasado toda la mañana en el taller de carpintería. La pequeña fragua está encendida. Gurdjieff cepilla, un tal Salzmänn fabrica ruedas. Más tarde aprenderé carpintería. Aprenderemos todos los oficios que podamos, y también toda clase de trabajos de granja. Hoy están comprando vacas. Gurdjieff va a construir una mecedora en el establo y yo podré instalarme y aspirar su aliento. Sé que más tarde me encargarán de su cuidado! Todo el mundo las llama ya "las vacas de Mrs. Murry"

Tengo que desprchar esta carta, querido. Disculpa mis dos cartas ridículas. Aprendo muy lentamente y no debo hacerte daño Siempre tuya,

WIG.

¡Hago una cura de leche de cabra, cuatro veces por día!

(7 de noviembre de 1922)

Adjunto un billete de cinco libras.

Querido Bogy:

Hoy recibí una carta en la que me dices que has comprado un hacha. Espero que tengas éxito con los viejos árboles. Aquí, una parte del trabajo consiste en efectuar toda clase de tareas, sobre todo aquellas que no le agradan a uno. Comprendo muy bien el porqué. De acuerdo con el mismo principio, no hay que sustraerse a la gente que nos crispa. Esto desarrolla los dominios de la personalidad. Pero en la práctica, lo que sucede es que en cuanto uno se dedica a los trabajos que no gustan, la repugnancia se modifica, desaparece. Sólo es terrible el primer paso.

¿Tienes tú, también, un tiempo milagroso? Hoy, aquí, se diría

una primavera tardía; hace calor realmente. Todavía hay hojas que caen. El parque tiene una belleza increíble, y con nuestros animales que vagan acá y acullá, esto comienza a parecer un pequeño paraíso terrenal.

Estoy terriblemente ocupada. ¿Qué hago? Pues, bien, aprendo el ruso —lo que significa un trabajo espantoso—; tengo la responsabilidad de los claveles de la casa —lo cual no es poca tarea—, y paso el día visitando los distintos lugares donde se trabaja. Y luego, todas las noches, unas cincuenta personas se encuentran en el salón; se escucha música, en este momento se prepara una danza formidable, estilo Asiria antigua. No poseo palabras para describirla. Mientras se asiste, se diría que trastorna toda la personalidad.

Antes de venir aquí, yo no me daba cuenta de que no vivía sino con la mínima parte de mí misma. Era una pequeña europea que sentía cierta predilección por las alfombras orientales, la música y algo que yo llamaba vagamente el Oriente. Pero ahora siento que me vuelvo mucho más hacia ese lado que hacia el otro. El Occidente parece tan pobre, tan disperso. No puedo creer que la sabiduría y el conocimiento residan en él. Sin duda, es una fase que atravieso. Te lo cuento porque te prometí señalarte mis reacciones. . . En tres semanas siento que he pasado años en India, Arabia, Afganistán, Persia. Es muy raro, ¿no es cierto? Y qué necesidad había de viajar así. ¡Cómo se sentía uno limitado! Sólo ahora lo sé.

Hay algo más aquí: la amistad. Esta realidad que tú y yo hemos soñado. Aquí ella existe ya entre mujeres, ya entre mujeres y hombres; se siente que es un sentimiento inalterable y que se la vive de un modo que no sería concebible en ninguna otra parte. Aún no puedo decir que tengo amigos. No me hallo en estado de unirme a ellos. No me conozco suficientemente como para que me otorguen su confianza y soy débil en un dominio en que esta gente es fuerte. Pero hasta las relaciones que sostengo me son más preciosas que todas las amistades que he conocido.

Pero te estoy dando la impresión de que vivimos juntos dentro del amor fraternal, la dicha y la felicidad. De ningún modo. Se sufre terriblemente. Cuando se ha estado enferma cinco años, no se puede esperar la cura en cinco semanas (y, según Gurdjieff, todos tenemos nuestra "enfermedad"), hay que aplicar medidas muy severas para volver al equilibrio. Pero lo importante es el hecho de que se tiene la esperanza. Se puede creer, se cree que se

puede evadir de círculos viciosos y llevar una vida consciente. Gracias al trabajo se puede huir de la falsedad, ser verdadero frente a sí mismo y no hacia el personaje que un quidam cualquiera cree que es uno.

Me gustaría mucho que conocieras a algunos de los hombres de aquí. Los apreciarías mucho, sobre todo a ese M. Salzmann, que habla muy poco. Tengo que terminar esta carta. ¿No es completamente incoherente?

No sé qué quieres decir, querido, al imaginarme bajo la forma de un ángel armado de una espada. No me siento de ningún modo así. Otra cosa. Dices que no puedes ser verdaderamente feliz por mi dicha. Esto es una cosa que no le sucede a nadie. He ahí una especie de frase tapón, ¿no lo crees así? Es como la gente que vive "por" sus hijos. ¡Pues bien! Es concebible, pero esto no es vida. De igual modo, yo no puedo enseñarte a vivir. ¿Cómo podría esto ser posible? Tú eres tú, yo soy yo. Podemos llevar nuestras dos vidas juntos, pero esto es todo. Pero, tal vez, yo tomo demasiado en serio lo que me dices.

Hasta luego, por el momento, corazón.

Siempre tuya,

WIG.

Adjunto un billete de cinco libras. ¿Quieres abonar la cuenta de Heal y guardar el resto para todas las eventuales facturas que podría enviarte más tarde? Sé que las habrá. Si sabes de alguien que vaya a París, entrégale dos pares de medias grises milanesas (número 5) para que me las envíen por correo. Las necesito mucho. *Gracias de antemano.*

(12 de noviembre de 1922)

Querido Bogey:

Te compadezco de todo corazón cuando me dices que tienes la impresión de que tu vida emerge de tu escritorio para desaparecer de nuevo. ¿Acaso no te repele cerrar esa puerta, sentarte a esa mesa? Uno se siente como una araña en una casa vacía. ¿Para quién esa tela? ¿Para qué hilar, hilar sin interrupción? ¡Oh! Confieso que después de haber pasado aquí sólo cinco semanas, haya cosas que me urge escribir. ¡Oh! ¡Cómo me urge! Pero no escribiré por mucho tiempo. Nada está listo. Tengo que esperar que *la casa esté llena*. Tengo que decir que la danza que se practica aquí me ha proporcionado una vía de acceso completamente nueva para lo que quiero escribir. Algunas danzas orientales, de

alta antigüedad. Esto me ha dado, me ha enseñado mucho más sobre la vida de mujer que cualquier libro o poema. Hasta había en esa danza un lugar para el *Corazón simple*, de Flaubert, y uno para la princesa Marya... Es misterioso...

Con respecto a esto, tuve una larga conversación sobre Shakespeare con un hombre llamado Salzmann, que, "profesionalmente", es pintor. Conoce y comprende el teatro mejor que todos los que yo conozco, exceptuando tú. Resulta que es un gran amigo de Ólga Knipper.<sup>1</sup> Su mujer es aquí la principal bailarina, una mujer muy bella, una inteligencia maravillosa.

Querido, no estoy "hipnotizada". Pero tengo realmente la impresión de que hay aquí algunas personas que van mucho más lejos que todos los seres que he encontrado; son de una dimensión totalmente diferente. Algunos ingleses que están aquí —la mayoría— ni se han dado cuenta. Pero estoy segura. Antes yo pensaba que si había algo que no podría soportar en una comunidad, serían las mujeres. Sin embargo, ahora me siento más cerca de ellas y simpatizo más. Se entiende que no hablo de Gurdjieff. ¡No podría decir que me siento cerca de él, o llena de afecto! Él es aquí la encarnación de la vida, pero a gran distancia.

Desde la última vez que te he escrito, cambié de habitación. Me encuentro ahora en la otra ala y llevo distinta clase de vida. En vez de alrededores completamente tranquilos, todo es ruido y bullicio. Mi primera habitación era sumamente suntuosa. Ésta es pequeña, vulgar y muy simple. Olga Ivanovna y yo la hemos instalado, ella ha puesto a secar delante de la lumbre sus medias amarillas de baile, nos hemos sentado las dos sobre la cama; y entonces tuvimos la impresión de ser dos muchachas muy jóvenes, muy pobres... nuevos seres completamente. Me gusta mucho ese nuevo marco. Espero que Gurdjieff no me hará mudar pronto de nuevo. Pero habitualmente le agrada dar vuelta toda la casa. Se comprende fácilmente, después de ver las emociones que esto suscita.

A propósito de mis medias, querido. Hoy tuve noticias de Ida; me dice que se va mañana a Inglaterra y que le gustaría ir a verte. Tiene la intención de regresar a Francia y de trabajar en una granja. ¿Podrías darle las medias? Le diré que te escriba. No pienso nunca en Ida, salvo cuando recibo sus cartas. ¡Pobre Ida! Cuando pienso en ella, es para compadecerla.

<sup>1</sup> *La mujer de Chejov.*

Tengo que terminar esta carta, querido. La he escrito sobre el brazo de un sillón, sobre un almohadón, sobre mi cama, en mis esfuerzos por huir del calor de mi fuego. ¡Oh! ¡Tengo tanto que hacer esta tarde! Los días pasan, es terrible. He tomado un baño esta mañana, ¡el primero desde que dejé Inglaterra! ¡Qué hermosa confesión! Pero es maravilloso lo que se puede hacer con una jofaina y una toalla gruesa.

¿Has leído la última novela de Elizabeth? ¿Qué opinas de ella? Dímelo, por favor. ¿Cómo va tu oficio de jardinero? ¿Aprendiste a manejar el auto?

Hasta luego, amado amor.

Siempre tuya.

WIG.

*Domingo, las seis y media*

*(19 de noviembre de 1922)*

Mi querido Bogey:

Estoy encantada de que tengas tu pequeño departamento. Des-  
pója el mío y arregla un interior confortable. Toma todo lo que  
quieras. ¿Pero es suficientemente abrigado? ¿Y las comidas?  
He pedido a Ida que me comprara algunas cosas durante su per-  
manencia en Inglaterra y que me las trajera a París. No tengo  
en este momento mi libreta de cheques. ¿Quieres enviarle de mi  
parte un cheque de diez libras? Te lo devolveré en una o dos  
semanas. Pero serás muy gentil al enviárselo en seguida, porque  
Ida va a quedarse muy poco tiempo en Inglaterra. Gracias, que-  
rido.

Aquí hace mucho frío, tanto como en Suiza. Pero no tiene la  
misma importancia. No se tiene tiempo de pensar en ello. Siempre  
ocurre algo y la gente sirve de apoyo. Ayer pasé toda la tarde  
de invierno limpiando zanahorias —innumerables zanahorias— y  
me encontraba en la mitad de ese trabajo, cuando bruscamente  
pensé en mi cama, en el rincón de la habitación del *Chalet des  
sapins*. . . ¡Oh! Cómo es posible que haya tanta diferencia entre  
esta soledad, este aislamiento —esperar que tú regresaras, eso  
es todo, mientras tú sabías que yo esperaba—, ¿y lo que vivo  
ahora? La gente entraba en la cocina y salía corriendo. Los cuartos  
del primer cerdo que hemos matado estaban expuestos sobre la  
mesa, despertando la admiración general. El café se tostaba en el  
horno. Barker pasaba, haciendo ruido con su balde de leche.  
Debo decirte, querido, que mi amor por las vacas sigue igual-  
mente vivo. Ahora tenemos tres. Son verdaderas bellezas —enor-



mes—, con pelitos rizados (¿o piel? ¿o lana?) entre los cuernos. También se agregaron los gansos. Parecían llenos de inteligencia. Los animales me absorben cada vez más. No se trata solamente de observarlos, sino de cuidarlos con cierta habilidad. ¿Por qué se vive lejos de todas esas cosas? Más tarde tendremos abejas. Estoy decidida a adquirir conocimientos sobre las abejas.

Tu idea de comprar algo de tierra y de edificar una pequeña casa, me parece un poco prematura, querido. ¡Sabes tan poco de eso! Nunca has intentado emprender esa clase de trabajo. No es tan fácil cambiar la vida de intelectual por una vida de duro trabajo físico. Pero lo que me dices me hizo desear que tengas en cuenta mis "ideas", mis ganas de aprender a *hacer buen trabajo*, llevar una vida de ser humano y consciente. Mis ideas giran alrededor de esto, más o menos. Con seguridad no existe en todo este planeta un lugar donde se pueda recibir la enseñanza que se recibe aquí. Pero la vida no es fácil. Tenemos grandes dificultades —momentos dolorosos— y Gurdjieff está ahí para practicar sobre nosotros intervenciones que desearíamos hacer nosotros mismos, pero que nos dan demasiado miedo. ¡Pues bien! Teóricamente es maravilloso, pero en la práctica implica sufrimientos porque no siempre se puede comprender.

Ouspensky vino la semana pasada. Conversé un poco con él. Es un hombre muy distinguido. Me gustaría que lo vieras, así nomás, aunque más no fuera por curiosidad, digámoslo así.

Tengo que vestirme para la cena. Necesito mucho un buen baño. Es notable comprobar que la ropa no representa aquí sino el papel que le corresponde. Nos vestimos de noche, pero de día... los hombres tienen aspecto de bandidos. Nadie se preocupa, nadie piensa en criticarlo.

¡Oh! Bogey, ¡cómo me gusta este lugar! Es como un sueño, un milagro. ¿Por qué ocuparse de los imbéciles? Los hay que vienen desde Londres, no ven nada y regresan. Sin embargo, hay aquí algo maravilloso, es seguro, si se puede alcanzarlo.

Hasta luego, querido, por el momento.

Siempre tuya,

WIG.

Pienso escribirle a Elizabeth.

(Con posterioridad al 19 de noviembre de 1922).

Mi querido Bogey:

Espero que Sullivan y tú descubran un rincón en el campo, no

muy lejos de Dunning. Estoy muy contenta de que encuentres Selsfield demasiado lujoso. Es muy, muy lindo, pero no es viviente. Está demasiado dentro del género "el señor está servido", ¿Te ocurre a veces sentir el deseo de renovar el contacto con Lawrence? Me lo pregunto. Me gustaría saber qué piensa hacer, cómo espera vivir ahora que sus *Wanderjahre* están terminados. Él y E. M. Forster podrían comprender el Instituto, si lo quisieran, los dos. Pero sin duda el orgullo detendría a Lawrence. Aquí nadie es más "importante" que otro. Lo que te digo puede parecer insignificante, pero en la práctica no lo es.

Tengo la curiosidad de saber algo de tu entrevista con Ida. Esto me hace pensar en las medias, que llegaron en perfecto estado. ¡Qué chispazo de genio el haberlas disimulado en el *Times*! Son unas hermosas medias, precisamente el tono que me agrada para la noche. Las piernas parecen como bajo el claro de luna.

Hace un frío excesivo, cada vez más frío. Acaban de traerme pequeños y gruesos leños de pino para mezclar con mis *boulets*. Éstos no procuran ninguna satisfacción: son demasiado pasivos. Vivo dentro de mi abrigo de piel. Me envuelvo en él como en una armadura celeste, lo llevo día y noche. Después de este invierno, ni el Ártico me inspiraría terror. Felizmente, el sol brilla de cuando en cuando y estamos perfectamente alimentados. Pero me sentiré contenta cuando cambie la estación.

Querido, debo tomar mi lección de ruso. Me gustaría que tú lo supieras. He aprendido también la "aritmética mental"; he aquí cómo comienza:  $2 \times 2 = 1$ ,  $4 \times 4 = 13$ ,  $5 \times 5 = 28$ , y así sucesivamente, con un ritmo rápido, y acompañamiento de música. No es tan fácil como parece, sobre todo cuando se comienza al revés, desde un mal cabo. En fin, a los treinta y cuatro años empiezo mi educación.

No puedo escribir a E. con respecto a su libro. Lo he encontrado terriblemente aburrido, ñoño. No me produce el efecto de un cuento, no he visto aparecer ninguna hada. De hecho, no he visto a nadie. Y las bromas sobre los maridos, las camas cameras, Dios y los pantalones no me divierten, me lo temo. Realmente, sólo he oído un tintineo triste, exhalado por una vieja caja de música.

Por el momento, hasta luego, mi querido Bogey.

Siempre tuya,

(Noviembre de 1922)

Mi querido Bogey:

Comprendo todo mucho mejor después de tu última carta. Estoy muy contenta de que hayas ido a instalarte cerca de Dunning. Pero es claro, yo no pretendo que mi vía sea la "única vía". Para mí, sí. Pero los hombres tienen tal energía, tal fuerza escondida que una vez que las hayan descubierto en el fondo de ellos mismos, ¿por qué no podrían hacer solos lo que están obligados a hacer aquí? ¿Bromeas cuando me dices que podrías llegar a descubrir que el Priorato es tu vía? Porque no se puede venir aquí más que por la vía Ouspensky y es un paso que cuenta. Claro que siempre se puede regresar si se encuentra la atmósfera intolerable. También esto es cierto. Pero lo raro de todo cuanto sucede aquí tiene un sentido; y cuando hablo de cosas raras, no aludo a hechos exteriores, no hay nada demasiado notable; me coloco dentro del punto de vista espiritual.

¿Tienes también tú un tiempo absolutamente perfecto? (salvo el que haga frío). Aquí el sol resplandece, el cielo es de un azul profundo, el aire seco. Realmente, es mejor que Suiza. Pero es necesario que me consigas botas forradas de lana. Mi calzado es ridículo para los lugares como aquél en que me encontraba ayer: o sea, los lindes del porquero. Es curioso comprobar que los cerdos por su propia cuenta han dividido su chiquero en dos partes: una es la parte limpia; la mantienen limpia y duermen allá. Esto hace que mire a los cerdos con otros ojos. Me parece que se debe ser imparcial hasta con los cerdos. Tenemos dos vacas más; dentro de tres semanas tendrán terneros. Es apasionante. También nuestra cabra está a punto de tener su cabrito. Me prometo mucho placer con ese cabrito, son bestezuelas tan graciosas.

Te he contado que se estaba construyendo un baño turco. Está terminado y funciona en un sótano donde se almacenaban las legumbres. Se entiende que todo el trabajo, inclusive las cañerías, la electricidad, etc., ha sido ejecutado por la gente de aquí. Ahora se pueden tomar siete clases de baños y hay una salita de descanso tendida de tapicerías que evoca mucho más a Bokhara que a Avón. Si vieras cómo se ha hecho esto, es un verdadero milagro de ingeniosidad. Todos los planos son de Gurdjieff. Ahora, todo el mundo se ocupa activamente en la construcción del teatro, que debe estar listo en quince días. La próxima semana tengo que ocuparme de los trajes. Todas las cosas que he evitado durante mi vida entera, parecen desembocarme aquí. Tendré que coser horas

y horas seguidas, lo mismo que resolver problemas de aritmética que a veces nos plantean de noche.

Pero, quisiera hablarte de las personas con las que vivo. No sólo está mi amiga Olga Ivanovna. También están los Hartmann, marido y mujer. Él era —es— músico. Viven en una habitación exigua, en la que deben hallarse muy estrechos, pero uno de mis mayores placeres es ir a pasar un momento con ellos, de noche, antes de cenar. ¡Qué precioso es tener amigos! Ella es muy viva, hermosa, un corazón generoso. No, esto no sirve para nada. No puedo describirla. Él es pequeño, completamente calvo, con una barbita puntiaguda. Por lo general lleva una blusa desabotonada, llena de manchas de cal, pantalones muy amplios, galochas. Es “trabajador común” durante todo el día. Pero es la vida que existe entre ellos, el sentimiento que se tiene cuando se está cerca de ellos. Tanta gente se presenta en mi pensamiento mientras escribo. Son todos muy diferentes, pero son las personas que yo quería encontrar, personas reales, no personajes que yo creo o invento.

Háblame de tus nuevos proyectos, cuando puedas, mi querido, ¿quieres? ¿L. M., ha sido siempre la misma? Qué cosa terrible, casi la he olvidado; y hace sólo dos meses me parecía que no hubiera podido vivir sin sus cuidados. ¿Los niños de Dunning toman lecciones? ¿Por qué no ofreces enseñarles algo? Es bueno estar en contacto con los niños, se aprende mucho.

Hasta luego, por el momento, querido Bogey. Siento que estamos más cerca uno del otro de lo que estábamos. Pero hay tantas, tantas cosas, que no se pueden escribir. Sólo se puede sentir las.

Siempre tuya,

WIG.

*Viernes: pianista*

*(1 de diciembre de 1922)*

Mi querido Bogey:

Se diría que me he precipitado sobre estos diez libros como un perro sobre un hueso, sin siquiera *darte las gracias* en mi última carta. Te estoy muy agradecida. Los acepto con alegría a pesar de mi intención —sí, es cierto— de devolvértelos. ¿Has visto a L. M.? Me lo pregunto. *Wayside Cottage* me ha recordado a *Le Rosier*, es el mismo tipo. Espero que estés bien instalado. Supongo que no querrás tomar a L. M. como ama de llaves o jardinera. Y no puedo imaginarme que Sullivan pueda ser de alguna ayuda en estos trabajos. ¿Pero tal vez sea injusta?

A propósito de Navidad. Quiero ser completamente franca. Por distintas razones preferiría que no nos volviéramos a ver antes de la primavera. Escucha mis razones, antes de condenar. En primer lugar, los hoteles de Fontainebleau están cerrados, los adecuados, se entiende. No podrías, por el momento, permanecer como huésped en el Instituto. Las cosas no están suficientemente terminadas. Detestarías esto. No, es preciso que yo sea muy prudente. No he preguntado a Gurdjieff si puedes venir. Es muy posible que diga que sí. Pero yo no logro imaginarme cómo podría pasar su tiempo alguien de afuera. Es el invierno. No se puede salir. No se puede pasar todo el tiempo en la habitación. Las comidas son a cualquier hora, a veces se almuerza a las cuatro de la tarde, se cena a las diez de la noche, y todo está así.

Pero aquí está la razón importante, la principal. Por el momento, hay todavía muy pocos cambios sensibles, físicos, en mi estado. Aun estoy sin aliento, toso, subo las escaleras lentamente, me veo obligada a detenerme de tiempo en tiempo, etc. La diferencia consiste en que aquí todo el día hago esfuerzos de algún tipo, llevo otra vida. Pero, por el instante, no tengo vida para compartir. Tú no podrías instalarte conmigo en el establo, o en la cocina, con siete u ocho personas más. No estamos maduros para esto. Nos encontraríamos en una situación falsa, esto es todo. Además, cuando llegué aquí, tenía una habitación lujosa, y toda clase de comodidades de las que me privo actualmente, en mi pequeña pieza completamente simple, pero muy abrigada. Es minúscula, no podríamos caber.

Y yendo aún más al fondo, te diré que siento, con toda la sinceridad de la que soy capaz, que no deseo verte antes de estar mejor físicamente. No puedo verte antes de que desaparezca la antigua Wig. Asociaciones de ideas, recuerdos, eso sería demasiado para mí en este momento. Es preciso que haga los progresos sola. Esto implica que no debemos vernos antes de la primavera. Si te parece egoísmo, tanto peor; sé que no es egoísmo, sino una necesidad. Si no lo comprendes, te ruego que me lo digas, querido.

No siento el frío como algunos otros inviernos. Hay sol a menudo, por otra parte, y por veintitrés francos acabo de comprarme muy buenas botas, forradas de fieltro.

Pero no te diré nada más por el momento. Espero que me vas a comprender, que esta carta no te cause pena, querido corazón.

Siempre tuya,

WIG.

(Miércoles 6 de diciembre de 1922)

Mi querido Bogey:

Tu carta del domingo llegó hoy. Hasta que no tenga respuesta a aquella en la que te proponía no venir antes de la primavera, no volveré a tocar el tema... pienso que será mejor.

Tu casita y tu manera de vivir parecen muy agradables. Estoy muy, muy contenta de que tengas en Dunning a un verdadero amigo. ¿Sientes por él un afecto que se asemeja un poco al que sentías por Lawrence? Me imagino que es algo parecido. Y su mujer, ¿te agrada? ¿Juegas con los chiquillos? Aquí hay nueve niños. Habitan una casa aparte y cada semana se ocupa de ellos una nueva madre. Pero recuerdo que ya te he contado todo esto. Te hablaré mejor del diván que Gurdjieff ha hecho arreglar en el establo. Es demasiado lindo. Hay una pequeña escalerita muy recta que lleva a una galería provista de balaustrada, por encima de las vacas. En esta pequeña galería hay divanes recubiertos de tapices persas —dos solamente—. Pero las paredes y el techo, blanqueados con cal, han sido decorados exquisitamente por M. Salzmann, siguiendo un dibujo persa, con amarillo, rojo y azul. Hay flores, pájaros, mariposas, y un árbol que extiende sus ramas cargadas de diferentes animales, ¡entre los cuales hay un hipopótamo! Y todo esto está hecho con arte, un arte verdadero; es una pequeña obra maestra. Es alegre, simple, evoca el pasto en el verano y las flores huelen a leche. Todos los días vengo para recostarme; más tarde dormiré ahí, es un lugar caliente. Uno se siente sumamente feliz, escuchando a los animales y mirándolos. Estoy segura de que un día escribiré una larga, larga historia sobre esto.

A las cinco y media, la puerta se abre y M. Ivanov entra, enciende la linterna, se pone a ordeñar. Yo había olvidado por completo el ruido cantarín, seco y argentino de la leche que cae en un balde vacío. El "señor" Ivanov es un muchacho muy joven, muy tímido, se diría que apenas terminó sus estudios; tiene una sonrisa infantil, resplandeciente.

No sé lo que experimentas, pero para mí es todavía sumamente difícil enfrentarme con las personas que me disgustan o no me son simpáticas. Con los demás, todo marcha bien. Pero, al vivir aquí, con toda clase de gente, estoy consternada por mi impotencia cuando quiero librarme de alguien o simplemente sustraerme a una conversación. Pero he aprendido lo que hay que hacer. La única manera es adelantarse a la dificultad, hacerle frente, en

vez de evadirse. En la práctica encuentro esto terriblemente difícil. Pero es necesario que llegue a resolver el problema, sin esto no lograré nada. Pero llega un momento en que me dejo sorprender en descubierto, *so zu sagen*, y el otro me pone *knock-out*.

¡Oh!, querido, siempre quise pedirte algo. Esta vez me marché sin llevar conmigo una sola fotografía tuya. Es intolerable. Es absolutamente necesario que tenga una. No solamente porque siento el más vivo deseo por mí misma, sino porque la gente pregunta continuamente si tengo una. Y yo estoy orgullosa de ti. Tengo el deseo de mostrar cómo eres. Envíame una para Navidad. Te lo ruego. Es muy importante.

Hasta luego, por el instante, mi Bogey. Soy siempre tu amante.

WIC.

Sábado (9 de diciembre de 1922)

No olvides la fotografía.

Mi querido Bogey:

Nunca "comprendí" tan bien una carta tuya como la última, que habla de la casa, de tu manera de vivir, de los sueldos que pagas a John y a Nicolás. No puedo expresarte la alegría que significa para mí saber que estás allá. Me resulta un gran misterio pensar que, en nuestros días, tantos de nosotros rehusan vivir como trogloditas y de una manera u otra, procuran aprender a evadirse. La antigua vida de Londres, cualquiera que fuera, y aun la vida que hemos llevado recientemente, un poco en todas partes, ya no la encuentro concebible. Estoy tan alejada de ella, que me parece que pertenece a otro mundo. Es, se entiende, una impresión falsa, pues, en suma, cualquier medio es más o menos aceptable si se sabe que se lleva en uno, sean cuales fueren las circunstancias, todos los elementos de la vida a la que se aspira.

¿Qué lees? ¿Dunning tiene libros que nosotros no conocemos? Tú detestas cordialmente todo lo oriental ¿verdad? El otro día estuve leyendo el *Tertium Organum*, de Ouspensky. Por diferentes razones no me ha llenado de entusiasmo. Es extraordinariamente interesante, pero tal vez no estaba de humor para leerlo. Ahora, tampoco, por otra parte, por más que yo sepa que más tarde tendré más ganas de escribir libros que de hacer cualquier otra cosa, pero serán libros diferentes... sostengo largas conversaciones con M. Hartmann, casi todas las noches, sobre las circuns-



tancias y motivos de todo esto. Confieso que la literatura de hoy me da náuseas, excepto Hardy, se entiende, y algunos otros escritores cuyo nombre no consigo recordar... Pero la tendencia general me parece absolutamente desprovista de valor.

Ayer, mientras estuve en el establo, subió M. Salzmann. Venía de cortar leña, lejos, en el bosque. No pusimos a hablar de la pobreza. El decía hasta qué punto es necesario, en la hora actual, volver a encontrar la pobreza, la verdadera pobreza de ideas, de imaginación, impulsos, deseos, es decir, la simplicidad. Desembarazarse de ese inmenso farrago que llena nuestro espíritu, retornar a nuestras necesidades reales. Pero no intentaré reproducir lo que dijo. Parece vulgar y no lo era. Espero que un día lo conozcas. Se diría un obrero brusco, exasperado, hasta feroz. Tiene aspecto extraviado, contraído, viejo, con ese flequillo de cabellos grises sobre la frente. Se viste como el más pobre de los leñadores y lleva un cuchillo en la cintura. Siento por él casi tanta simpatía como por su mujer. Me parecen formar una pareja ideal.

¿Hace buen tiempo? Hoy, aquí, es maravilloso. Durante la noche ha helado, pero el aire es de una claridad, de una belleza admirable. No, no tengo necesidad de dinero por el momento, querido, gracias. ¡Qué tontería decir que esos papeles son míos! Son tuyos. Y además, no construyas una casa de siete habitaciones. ¡Siete habitaciones para dos personas! Te volveré a escribir dentro de uno o dos días. Hasta luego, por el momento, querido Bogey amado.

Siempre tuya,

WIG

(17 de diciembre de 1922)

Mi querido Bogey:

Estoy encantada con tu mitad de automóvil. Encuentro que es una excelente idea. ¡Te divertirás mucho con Sullivan! Me da tanto placer pensar en ustedes dos juntos, y además, qué satisfacción saber que Sullivan va a comprenderte y verte en tu verdadero aspecto, ahora que ha compartido tu vida y ha trabajado contigo en el verdadero sentido del término. ¿Le enseñas a cocinar, a coser, a tejer? Pegadas a los ojos de las cerraduras, las hadas deben reír bajito de tiempo en tiempo. En cuanto a esos tres chiquillos que juntan leña, ¡los quiero tanto!

Espero que tu muela vaya mejor. Me sucede exactamente lo mismo. Mi emplomadura más grande, la más brillante, ha caído.

Pero será preciso que permanezca así hasta la primavera, cuando pueda ir a París. Hasta entonces, todo está bien.

Mi suerte ha variado de nuevo. Me han hecho abandonar mi cuartito tan desnudo en el gran corredor y he regresado a mi primera habitación, tan lujosa, con la hermosa vista sobre el parque. Esto parece hasta inverosímil, tan majestuoso es. Supongo, siento que aproveché la lección que la pequeña pieza debía enseñarme. He aprendido que puedo prescindir de algunas comodidades que siempre hemos tenido tú y yo, a soportar toda clase de ruidos, hasta vivir sin orden, sin cuidados, entre olores raros, sin perder la cabeza por ello y sufriendo sólo de un modo superficial. Pero, ¿cómo sabía Gurdjieff hasta qué punto me era necesaria esta experiencia? Otro misterio: la semana pasada, hacía un frío terrible, yo sentía que había llegado hasta el final de lo que esa habitación debía enseñarme; estaba muy deprimida, aspiraba a un verdadero cambio, a ver algo bello de nuevo, estaba casi decidida a pedirle que me dejara ir hasta que el tiempo se hiciera más soportable. Entonces, el sábado mientras yo estaba en el establo, vino a descansar también él y conversó un poco conmigo. Primero de las vacas, del mono que ha comprado, y que se debe enseñar a limpiar a las vacas. Luego a quemarropa, me preguntó cómo me sentía y dijo que tenía mejor semblante. "Ahora —dijo—, usted tiene dos médicos a los que debe obedecer: el doctor Establo y el doctor Leche fresca. No pensar, no escribir... Descanso, descanso. Viva de nuevo en su cuerpo." Yo creo que quería decir: vuelva a su cuerpo. Sabe muy poco inglés, pero cuando se está con él, parece que uno siente todo lo que quiere decir. En seguida, después de esto, oí que decía que pasaría el resto del invierno en la hermosa habitación. Me pregunto a veces si somos nosotros los que creamos completamente la maravillosa intuición de G. Gurdjieff. Pero se tienen constantemente nuevos ejemplos. Obra siempre en el preciso instante en que se lo necesita. Es esto lo que resulta tan extraño...

Querido amor, no tendré regalo de Navidad para ti. Pero las cinco libras que te envié, ¿sabes cuánto has gastado de ellas? Podrías comprar de mi parte un libro para Chaddie y otro para Jeanne; el resto sería para ti. Jeanne apreciaría con seguridad los últimos poemas de Delamare, *Down-a-down-derry*, cuestan siete shillings, seis, ¿no es cierto? Para Chaddie, ¡hum!, es difícil. Un libro que sea lindo y suave, poemas de amor. ¿Es muy vago? ¿Puedo encargarte hacer estas diligencias para mí? Espero que

quede algo para ti. Cómpralo con eso, querido. Te voy a decir qué regalo quisiera yo. Tu fotografía. Una reproducción de tu dibujo, claro que sería un tesoro, pero ¿por qué me lo enviarías? Guárdalo. Evidentemente, si pudieras hacerlo copiar...

Hay alguien que me va a sacar una fotografía, estos días. He cambiado. No tengo flequillo, resulta raro.

Tuvimos incendio la otra noche. Uno verdadero. Dos hermosas habitaciones quemadas completamente y se ha temido en serio que el fuego se extendiera por todas partes. Gritos: ¡Vode! ¡Vode! (¡agua!), gente toda negra que se precipitaba, que aferraba jarros, palanganas. Gurdjieff, armado de un martillo, derribaba un muro. No era para reír.

¿Qué tiempo hace por tu lado? Aquí es suave, casi la primavera, hay primulas que florecen, y rosas de Navidad, bajo los perales en *espaldar*. ¡Cómo me gusta la Navidad! Siempre sentiré que es un momento sagrado. Me pregunto si el buen Hardy escribirá un poema este año.

¡Dios te bendiga, mi querido tesoro!

Siempre tuya,

WIG.

*Sábado (23 de diciembre de 1922)*

Bogey querido:

Sólo una palabra para desearte feliz Navidad. Temo mucho que no te llegue a tiempo, porque hoy es sábado y no viernes, como creía. Vamos, echemos la culpa al pobre cartero de Navidad. No, eso no, ni pensar semejante cosa... Feliz Navidad, mi querido Bogey. Me pregunto cómo pasarás la Navidad este año, tú que dices siempre que detestas la Navidad. Tal vez, por fin, los pequeños Dunning harán real esta fiesta para ti. Cuéntame cómo la has pasado.

Aquí las cosas se harán en grande. La Navidad rusa no se festeja antes de quince días y por eso Gurdjieff decidió que los ingleses tendrían una verdadera Navidad tradicional. Somos muchos, pero su sentido de la hospitalidad no se detiene ante tan poca cosa. Tendremos que invitar a todos los rusos. Nos ha entregado un cordero, un cerdo, dos pavos, un ganso, dos barriles de vino, whisky, ginebra, coñac, etc.; golosinas de todas clases, y un enorme árbol; en cuanto a la decoración, no nos da nada, tenemos carta blanca. Tendremos nuestro árbol mañana por la noche; seremos cerca de sesenta a la mesa. El que encuentre la

sorpresa en el budín, recibirá como regalo el ternero que va a nacer, un pequeño querubín. ¡Con tal que me toque a mí!

Me gusta mucho que me hables de los Dunning. ¡Qué cosa extraña el que los hayas descubierto justamente ahora! Pero no, no es extraño, pues parece ser cierto que uno siempre encuentra a los seres que necesita realmente. ¿Tú y "Bill" son amigos? Quiero decir más unidos que con Frieda, por ejemplo. Porque tú no tenías contacto personal con ella, ¿verdad? Me agradaría conocerlos a los dos.

Querido tesoro de Bogey, esto no es una carta, apenas un billete escrito sobre una mesa recargada de guirnaldas de papel, de flores, de cajitas de bombones, de hilos de oro, de piñas doradas; ya sabes de qué se trata.

Esta mañana he asistido al fin del cerdo. Me dije que me era necesario pasar por esta prueba una vez por todas y ver con mis propios ojos. Uno se siente terriblemente triste... Y ayer he mirado cómo Mme. Ouspensky desplumaba, soflamaba y limpiaba nuestras aves. Realmente, han sido días de sangre, la compensación será un árbol mágico. Aquí hay tanta vida que una se siente nada más que una minúscula célula, digamos en un bistec. Es excelente sentimiento.

Que Dios te bendiga, querido.

Siempre tuya,

WIC.

*Martes, después de Navidad*

*(26 de diciembre de 1922)*

Mi querido Bogey:

Este dibujo a lápiz me parece excelente, y tratado en una forma muy profunda. No creía que Rothenstein fuera tan artista. La gente dirá que te envejece. Es exacto, pero es un aspecto que tú tienes. Estoy segura de que es *justo*. Estoy encantada de poseerlo y lo guardaré con el mayor cuidado. Gracias, mi querido. Me gusta menos la fotografía, por distintas razones. Además, las fotografías siempre palidecen ante los buenos dibujos, hay que ser justos.

¿Cómo puede despertarse en ti el viejo hombre? ¿Qué aspectos toma? No hay nada que hacer cuando descarga su ira, sino recordar que fatalmente debe ser así— es la oscilación del péndulo—, y desear, una vez pasada la crisis, volver cuanto antes a la meta hacia la que se tiende realmente, hacia la meta por la

cual se quiere vivir realmente. Son los períodos de agotamiento que desperdician tantas energía. Ya lo ves, amor mío, la pregunta es siempre la misma: "¿quién soy?" Y hasta que no sesponda, no veo cómo puede uno gobernarse. "¿Hay un yo?" Esta es la certeza que hay que poseer para afirmarse bien sobre sus pies. No creo ni por un instante que estas preguntas puedan ser resueltas por la sola inteligencia.

Es esta vida de la cabeza, del intelecto, desarrollada a expensas de todo el resto, la que nos ha llevado al estado en que estamos. ¿Cómo el intelecto podría sacarnos del paso? No veo ninguna esperanza de salir, sino aprendiendo a vivir en la misma forma con nuestro yo emocional, nuestro yo instintivo y manteniendo la armonía entre los tres elementos.

Mira, Bogey, si me fuera permitido dirigirle una queja a Dios, le gritaría: "Quisiera ser *real*". Hasta tanto llegue a esto, no hay ninguna razón para que no esté eternamente a la merced de la "vieja Eva" y de sus diferentes manifestaciones.

Pero ya esta estada me ha enseñado qué poco real era. Una tras otra se han retirado de mí cosas, cosas que, por otra parte, nunca estuvieron dentro de mí, de modo que actualmènte todo lo que sé en realidad es que no estoy aniquilada y que espero —más aún—, que creo. Es difícil de expresar y siempre temo aburrirte.

Ayer tuve noticias de Brett. Me ha hecho una descripción de Sullivan tal como es ahora, como para estremecer, de sus opiniones sobre la vida, las mujeres. No sé cuánta dosis de verdad aproximadamente entra en ese cuadro, pero corresponde muy bien a Sullivan, el exhibicionista. Lo que es lamentable es que la vida sea tan corta y que derrochemos las nueve décimas. Siempre he sentido que Sullivan no quiere reconocer que derrocha. A veces se siente que lo negará siempre. Y todo pasará como un sueño, lleno de confortaciones y de consolaciones ilusorias.

Nuestro zoológico se complementó con dos cabras, dos inseparables. Las cabras son muy lindas cuando se recuestan sobre la paja o bailan una al encuentro de la otra, con tanta gracia, golpeándose con suavidad. Cuando estuve allá, ayer, entró Gurdjieff; Lola y Nina ordeñaban a las vacas; les ha enseñado a ordeñar a una cabra. Se sentó sobre un banquito, agarró a la cabra, le hizo pasar las patas traseras sobre sus rodillas. Así, la cabra se encontraba erguida sobre las patas delanteras, impotente. Es así como hacen los árabes; realmente, parecía un árabe. Antes, yo

había conversado con un tipo apasionado por la astrología que acababa de pintar los signos del Zodíaco sobre la puerta del establo. Después de esto, subimos a la pequeña galería y bebimos *kumis*.

Hasta luego, mi querido. Siento que esta carta es opaca y melancólica. Perdónala.

Soy siempre tu amante,

WIG.

*Domingo (31 de diciembre de 1922)*

Mi querido Bogey:

He extraviado mi estilográfica, y como tengo prisa, te escribo con lápiz; discúlpame.

¿Te agradecería venir aquí el 8 ó el 9 de enero y quedarte hasta el 14 ó 15? Gurdjieff aprueba este proyecto y quiere que seas su huésped. Nuestro nuevo teatro debe abrirse el 13. Será una experiencia extraordinaria. Pero no quiero decir demasiado. Sólo, por si decides venir, voy a decirte qué ropa conviene traer.

Un traje de sport, calzado grueso, calcetines, impermeable. Un sombrero que no tema nada. Un traje "limpio", cuello blando, o la clase de cuello que acostumbras usar, una corbata (mira, eres mi marido y no puedo impedirme tener el deseo de que tengas aire de... ¿cómo decirlo?), zapatillas, etc. Eso es todo. Si tienes un chaleco de punto, tráelo, naturalmente, lo mismo que un pantalón de franela para poder cambiarte si se moja.

Escribo a Brett para que me compre un par de zapatos en la casa Lewis. ¿Quieres traérmelos? También podría pedirle que me compre una chaqueta. Ella te confiará el paquete. ¿Quieres telegrafíarme la respuesta; sólo sí o no, y si es sí, la fecha de tu llegada?

Hay un tren que te deja en París a las cuatro y algo. Podrías llegar a Fontainebleau la misma tarde. Si no, conviene más pasar la noche en París, porque no hay taxímetros para el último tren.

Desciendes en Avón, y tomas un coche que te costará ocho francos, incluída la propina. Llama en la portería, iré a abrirte la verja.

Espero que decidas venir, querido. Házmelo saber en cuanto sea posible, ¿no es cierto? Espero que la mujer de Chejov esté aquí. Además he vuelto a mi gran habitación tan bonita; ten-

dremos espacio suficiente. Podremos también instalarnos en el establo y tomar *kiftir*.

No puedo hablar de nada más en esta carta. Espero tener tus noticias, sin tardanza.

Siempre tu amante,

Wic.



*Katherine había disfrazado la verdad. — La Nochebuena, a la muerte le toca actuar. — John en el Priorato. — El último día. — John se casa lo más pronto posible. — Gurdjieff declara que no ha conocido nunca a Katherine. — La pregunta final.*

Esta es la última carta de Katherine Mansfield. Llama a su marido. Hace unas semanas le rogaba que no viniera antes del verano. Era necesario esperar: "No tengo todavía vida para compartir". Ella no había llegado aún al grado suficiente de presencia interior para estar realmente presente en su deseo de cambiar el amor, verdaderamente presente para el hombre que amaba, para que su nuevo encuentro se viera colocado bajo el signo del amor consciente. Era necesario que se encaminara hacia lo más extremo de la soledad, para comenzar a sentir su *yo* convertido en cosa estable, fuerte, libre y luminosa. Entonces podría comenzar con John Middleton Murry un amor estable, fuerte, libre, luminoso. Pero hasta entonces era demasiado grande el riesgo de volver a caer en las mentiras, en las pequeñeces del pobre amor de humanos, esclavos de sus humores incontrolables, de las circunstancias exteriores, el viejo amor podrido de las "viejas circunstancias". Era necesario acabar de transformarse a sí misma. Realmente, el amor era algo demasiado grave para que bajo el pretexto de "placer", "del deseo de volverse a ver", uno se dejara ir al reencuentro antes de poseer en sí mismo un centro de gravitación.

Y luego, había que esperar el momento en que ya no sería preciso envolver la verdad con una serie de palabras escritas con tinta rosa. Hasta entonces, Katherine había disfrazado todo. Al leer sus cartas se diría que no se siente peor, en cambio la tuberculosis ha hecho progresos fulminantes y ella lo adivina. Pero ha tomado la decisión de no preocuparse por su cuerpo

como se preocupa uno cuando es una mujer común, sometida a médicos comunes. Si salvo mi alma, salvaré también el cuerpo. Es normal que en los primeros tiempos, que están consagrados a adquirir la conciencia de nuestra inexistencia espiritual, y durante el formidable trabajo que habrá que efectuar para llegar a la existencia, es normal que el cuerpo reaccione en el sentido de la muerte. No hay que inquietarse. Es el primer paso. Se va a operar una revolución. Es preciso antes que la persona ilusoria que tomábamos por nuestra persona real, se quemé, sea destruida. Nuestra misma carne acusa el golpe. Si nos aterrorizamos, si nos replegamos en seguida hacia las antiguas posiciones, si retornamos en seguida a la antigua vida ¡qué cobardía, qué derrota desde la primera prueba! Katherine no dice nada, o más bien, por ternura y piedad por John Middleton Murry, finge no estar demasiado enferma para no turbarlo y para que piense tranquilamente en la Katherine del mañana, él que sería incapaz de pensar sin un extremo peligroso para su amor en la Katherine de hoy, cubierta de sudor y crispada en esta prueba.

Ella, disfraza también otras cosas. Él la quiere, mejor dicho lo que queda en él de amor por ella, se dirige a la escritora. ¡Que se tranquilice! Mañana ella escribirá. Mañana se encontrará sobre el camino de una creación literaria infinitamente más amplia, y más firme. En cambio, la verdad es que ella descubre, por el momento, que escribir es irrisorio. Escribir como lo hacía antes, es indentificarse con las cosas y los seres, es agravar nuestra dependencia del mundo exterior, deleitarse con las mentiras de la conciencia subjetiva, que nada tiene que ver con la conciencia real. No, ya no es posible escribir, y todas las obras "literarias" son despreciables. "Arte subjetivo, *merdosidad*", decía Gurdjieff. De este modo, le fué retirado aquello que encantaba su vida, su último recurso y su consuelo. Ella aceptaba que le fuese retirado, pero acunaba a John Middleton Murry con ilusiones y le hacía creer que se hallaba en el Priorato para proporcionar amplitud y firmeza a su talento de novelista, que él admiraba.

Había algo más grave. Ella se callaba sobre el trabajo de "muerte a sí misma" que era la clave de toda la vida junto a Gurdjieff y que procuraba hacer en la medida de las fuerzas físicas que le quedaban. Se callaba, porque semejante trabajo daba a cada una de las horas vividas en el Priorato un colorido trágico y su marido no soportaba lo trágico. Se callaba también porque para decir la verdad acerca de ello, hubiera sido necesario denun-

ciar como falsa, ilusoria, perniciosa, su vida de antes y hacer implícitamente el proceso de la actitud mental, intelectual, sentimental de John Middleton Murry, que tenía tanta necesidad, parecería, de tener confianza en sí y de creer que Katherine sólo se preparaba en el Priorato a una feliz vuelta a esa vida de antes, adornada de pintorescos recuerdos y de "ideas originales" sobre la espiritualidad. No había contado nada de los esfuerzos que efectuaba en ella misma, bajo las órdenes de Gurdjieff. Al contrario, en sus cartas se aferraba a la ficción de ser la Katherine de antes, que pasea sobre los seres, los paisajes y las cosas una mirada tierna y divertida. Había descrito su vida en el Priorato como una vida en una pensión de familia un poco rara, entre seres un poco más profundos y ricos interiormente que en cualquier otra pensión de familia. Esto tenía como finalidad tranquilizar a John Middleton Murry, de hacerle creer todavía por un momento que nada había cambiado en ella misma y en sus relaciones. Ya era bien suficiente plantearse diez veces por hora cien preguntas sobre sí misma. Ella ya no tendría fuerzas para contestar las preguntas que él podría plantearle con su inteligencia minuciosa y su constante predisposición al pánico, si se abandonaba al deseo de decir la verdad sobre su vida allá, sobre las razones que había tenido de escoger semejante vida y sobre lo que esperaba de la misma. Todavía no había llegado la hora para ella de decir la verdad sin afeites, ni para él la de soportarla en su desnudez. Y aún había esto: ella sabía qué trabajo habría que efectuar para *cambiar* y se aprestaba a ese trabajo, pero la enfermedad la privaba de fuerzas, de voluntad y se sentía todavía incapaz de ejecutar los primeros esfuerzos que Gurdjieff exigía a los miembros de la colonia. Katherine quedaba en el umbral, profundamente humillada por esa debilidad del cuerpo, de los nervios, contra la que nada podía, y esperaba poder entrar, por fin, realmente en el gran juego que se jugaba allá.

Pero de repente, bruscamente, llama a su marido. Los días por venir son menos numerosos de lo que ella pensaba. No es con los días de la vida con lo que habrá que contar para alcanzar ese *yo* misteriosamente sumergido bajo las tierras movedizas, es con el día de la muerte. Todo se ha terminado. Ahora le toca actuar a la muerte. Es posible que no todos tengamos un alma al nacer, como lo afirma Gurdjieff, y que nos sea preciso trabajar para adquirirla en el transcurso de esta vida, si queremos realmente aprovechar nuestro paso sobre la tierra, pero queremos creer

que el gran desgarramiento de la muerte es también el desgarrarse de los innumerables velos que nos separaban de nuestra alma. Y nosotros, que no tenemos ni fuerza, ni tiempo para hacer que nuestra vida exhale un sonido pleno, una nota de eternidad, al fin de cuentas nos remitimos a la muerte.

Katherine lo había sentido la noche de Navidad. Había abandonado bruscamente la reunión del Priorato y se había refugiado en su habitación. Mme. Kafian, una discípula de Gurdjieff que sentía por ella profunda ternura, había adivinado, se le había adelantado, puso un leño en la chimenea y encendió tres velas sobre un pequeño pino.

“Katherine entró en la pieza —cuenta Mme. Kafian— despacito, como lo hacía siempre, y al distinguir el árbol, se llevó la mano al cuello y exclamó:

“—Adèle, ¿por qué tres velas?

“—Dos por nosotras —balbucé, confundida—. Esta otra, ¡admire su llama!, por su marido.

“—Ella sonrió tristemente y se sentó junto al fuego. La envolvió con un largo chal azul y blanco (este chal me abrigaba cuando ella estaba acostada), deslicé un banquito bajo sus pies, me senté sobre la alfombra y rodeé con mis brazos sus delgadas rodillas. Quedamos así, silenciosas, contemplando nuestro pino, siguiendo cada una sus propios pensamientos. Una vela ardía mal, vacilaba y comenzaba a extinguirse.

“—Soy yo... —murmuró la enferma.”

En cuanto hubo recibido la última carta, John Middleton Murry emprendió el viaje. Con seguridad, desde hacía meses, se había esforzado por vivir al abrigo del tormento del amor con esa mujer enferma, en carne viva, que exigía tanto de sí misma, y de él, tanto del amor. Se había sustraído y vivía con la cabeza bajo el ala, en su casa-quinta inglesa, ocupado en trabajos de crítica que Katherine despreciaba ahora un poco, en nombre del sistema del Conocimiento de Gurdjieff, que implicaba una extrema desconfianza hacia lo que llamamos nuestras ideas, nuestra inteligencia, nuestra razón, nuestro saber. Y sin duda vivía fríamente replogado sobre sí mismo, poco deseoso de ser llevado al centro del combate en que se había empeñado Katherine. Sin embargo, a su manera, la quería y comprendía lo trágico y la grandeza de ese combate, pero eso quedaba al nivel de su mente, no lo comprometía por completo y él permanecía enclaus-

trado dentro de su propia persona, se miraba comprender y sufrir por comprender, separado de ese combate trágico y grande por miles y miles de capas de algodón.

Pero, cada uno a su modo había hecho por el otro todo lo que podía hacer; ella con su pasión, él con fina inteligencia, y ahora iban a ensayar estar por fin realmente unidos.

“Llegué al Instituto de Gurdjieff al comienzo de la tarde del 9 de enero de 1923 —escribe él—. Katherine estaba muy pálida, pero radiante. Hablamos un instante en su habitación que dominaba el jardín. Me dijo que había deseado enormemente este encuentro porque el momento que había esperado, había llegado. Se había esforzado por desprenderse de nuestro amor, puesto que sólo era para el uno como para el otro una perpetua ocasión de angustias que amenazaban con ahogarnos.

“En el Instituto había trabajado en liberarse de él, lo mismo que del temor a la muerte, con el que estaba profundamente ligado. Ahora podría volver a mí como un ser libre, podría reintegrar un amor, por fin, purificado de todo miedo.

“El mayor obstáculo que tuvo que vencer para tomar la decisión de entrar en el Instituto y de sumergirse en esa aventura, fué el miedo de perderme. Pero este miedo estaba en la fuente de los dolorosos secretos que la embargaban desde el comienzo de su enfermedad. Sólo en raros y terribles momentos había osado —o se sintió impulsada— a revelarme el miedo mortal que se posesionaba de su alma, la negrura que la tragaba, y yo me había sentido espantado. Cuando me pedía a gritos que la ayudara a salir de semejante angustia, yo permanecía impotente; hasta pudo parecer que me evadía como se evade uno de algo intolerable. Y así, nuestro amor ya no era sino un imposible sueño de felicidad, una vana proyección en un futuro inaccesible. Y ella tuvo que fingir sin tregua, en ella misma y en sus relaciones conmigo, no ser la Katherine enferma y aterrorizada que era en la realidad, hasta que su propia identidad se perdiera y no supiera más dónde estaba su verdadero ‘yo’.

“De pronto, había comprendido. Si quería escapar a esa muerte viviente, debía desechar todos los temores.

“El Instituto le había ofrecido la ocasión y los medios. La misma idea de ingresar multiplicó sus temores; estaba fascinada, pero temía esas doctrinas. Estaba aterrorizada de no tener que preocuparse más por su enfermedad. Estaba aterrorizada al pensar que podía perderme, si entraba. Al obrar a despecho de sus

temores, los había aniquilado. Al correr el riesgo de perderme, había vuelto a encontrar su amor por mí: era total y perfecto.

“Y verdaderamente, cuando la contemplaba, mientras me hablaba; me apareció como un ser transfigurado por el amor, absolutamente seguro dentro del amor. No tenía ningún deseo de alabar el Instituto, como yo no tenía el de criticar. Me dijo muy serenamente que tenía el sentimiento de haber obtenido ahora quizás todo cuanto había venido a buscar, que podría dejarlo muy pronto. Cuando se fuera, le agradecería vivir conmigo muy simplemente en una pequeña granja en Inglaterra y se sentiría feliz de verme cultivar la tierra.

“Era una gran alegría para mí hallarme de nuevo junto a ella. Nuestra primera salida fué para visitar su galería en el establo de las vacas, luego el teatro erigido en el jardín, y al que la compañía daba los últimos toques.

“El teatro me impresionó; se parecía a una enorme tienda de nómades. Me presentó a algunos de sus amigos: a Hartmann, a Salzmann, al Dr. Young, a Olga Ivanovna y a Adèle, una joven lituana, llena de ternura por ella. Ayudé a pintar diseños en las ventanas del hall. Volví a encontrar a Orage por primera vez después de muchos años y me pareció cambiado, mucho más gentil y más suave.

“Realmente, había una mezcla de simplicidad y de seriedad en la mayoría de la gente que encontré, lo que me impresionó vivamente.

“Muchos de ellos estaban muy cansados. Habían trabajado sin cesar, y a menudo de noche, para terminar el hall a tiempo para que pudiera ser abierto el 13 de enero. Me parece que el trabajo se prosiguió durante toda la tarde y todo el anochecer. No recuerdo que hubiera cena. Pero, ya tarde, en la velada, Katherine y yo fuimos a sentarnos en el salón.

“Alrededor de las diez me dijo que estaba muy fatigada. Mientras subía lentamente la gran escalera hasta el primer piso, donde se encontraba su habitación, tuvo un acceso de tos. Apenas hubo entrado, la tos llegó al paroxismo. De pronto, un abundante flujo de sangre brotó de su boca. Se sofocaba y jadeó: ‘Creo... que me muero...’ La acosté sobre la cama y corrí a buscar a un médico. Vinieron dos, casi inmediatamente. Muy prudentemente, así lo supongo, me empujaron afuera, pero sus ojos me imploraban. Murió en pocos instantes...

“Tenía treinta y cuatro años. La enterraron en el cementerio

comunal de Avon, cerca de Fontainebleau. Sobre la piedra se grabó un verso de Shakespeare que le gustaba especialmente:

"Pero, os digo, Mylord estúpido, sobre esta espina cogemos esta flor: la seguridad".

"No es de mi incumbencia juzgar el Instituto. No puedo decir si la vida de Katherine fué acortada. Pero estoy persuadido de esto: Katherine usó un sistema de autoaniquilación presentado como necesario para el renacimiento espiritual a fin de entrar en el Reino del Amor. Estoy seguro de que cumplió su propósito y que el Instituto sirvió ese propósito. No me atrevo a decir más. No tengo derecho de decir menos."

Gurdjieff, a la cabeza del grupo ruso, impasible, asistió al entierro. Ofrecía a las personas que se apiñaban alrededor de la fosa mientras descendían el féretro, cucuruchos de "Kutiá", es decir, granos de trigo junto con pasas de uva, mezcla de cosas que germinarán y de cosas que volverán a ser polvo.

Ella había muerto y no había cambiado nada, o casi nada. Solamente había escapado al miedo, dejando de vivir de una manera febril y desordenada; había llevado todo el tumulto interior hacia un solo movimiento, que era un movimiento de esperanza: iba a ser posible poseer la verdad en un alma y un cuerpo, vivir de esta verdad o instalar el amor humano al nivel de esta verdad.

No era mucho. No tuvo ni tiempo ni salud para ir más lejos. Pero esto había dado a sus últimos días una serenidad que nunca había conocido. Acababa de lograr tan sólo mantenerse a cierta distancia de ella misma, a cierta distancia de la Katherine crispada en la angustia de perder la vida, de perder el amor. Se mantenía también a cierta distancia de su marido. La Katherine crispada había vivido y sufrido pegada a John, mezclada a sus humores, a sus menores gestos, a sus palabras, identificada con él, y John había vivido y sufrido del mismo modo, identificado a esa Katherine. No era el *yo* real permanente y libre de Katherine que dialogaba con el *yo* real de John. Eran sus mil pequeños *yo* ilusorios que se atropellaban sin tregua, chocaban, se rozaban en vano, se alejaban uno del otro, se volvían a acercar, se alejaban de nuevo, perseguían el torbellino como una colonia de efímeras sometida a los rayos de luz y a los reflejos del viento. Era el triste amor de humanos comunes, no era el amor. Durante mucho tiempo, como lo dijo el marido, ella había buscado sola el



medio de entrar en el Reino del Amor. Pero para entrar había que cambiarse a sí mismo, había que convertirse en una persona unificada, ser realmente consciente y libre. Había que matar en sí mismo lo que llamamos nuestra personalidad; ese desfile ininterrumpido de sentimientos, de impresiones, de sensaciones, de deseos, de asociaciones de ideas, y de recuerdos, de identificaciones con los demás y con las cosas; había que llegar a un yo real, independiente, dotado de conciencia objetiva. Ahora, ella lo sabía. Y también sabía que existía un método para alcanzarlo. Bastaba "trabajar" bajo las órdenes de Gurdjieff. Bastaba obedecer y tener valor y paciencia. Y ahora poseía la verdadera esperanza. Había muerto aun antes de asirse a un real cambio, pero había muerto en la esperanza.

Algunos meses más tarde, en una carta al *London Daily News*, John Middleton Murry escribió:

"Lo que se intenta alcanzar en el Priorato no podría describirse en una carta como ésta, ni en varias. Pero a mi juicio el Instituto de Gurdjieff no resolvía el problema que prometía resolver. Simplemente sumergía a sus miembros en una especie de inconsciencia durante un tiempo. Era, en cierto modo, una droga que se les daba, una droga muy eficaz y penetrante, ¿pero quién podría decir si finalmente había un beneficio, un resultado realmente positivo?"

Murry había comprendido muy profundamente aquello que su mujer había venido a buscar junto a Gurdjieff y aquello que venían a buscar los otros discípulos, y así había planteado la gran pregunta: ¿hay un momento en el que esta esperanza o este "trabajo" logran hacer pasar a los miembros de la sociedad de Gurdjieff a otro estado del ser en el que llegarían a ser semidioses?

Pero, por lo menos, lo que Katherine Mansfield pudo conocer de mejor en sus últimas semanas —la calma y la esperanza— lo había conocido en el Priorato y John Middleton Murry lo ha dicho. Es posible que lo haya pagado acortando un poco su vida. Debemos pagarlo todo.

Me resta decir lo más penoso. Unos meses después de la muerte de Katherine, John se comprometía. En mayo del año siguiente desposaba a una joven de origen francés, Violette Le Maistre. En cuanto a Gurdjieff, si se le preguntaba por Katherine Mansfield, respondía siempre con mucha sinceridad: "Yo no conocer."

Me parece que conviene meditar sobre este doble escándalo. Para John Middleton Murry, es preciso que, a despecho del dolor, "la vida continúe", como dice la buena gente. Él había comprendido en su mente lo grande y lo trágico de toda esa aventura, pero justamente porque era trágica y grande, era necesario huir, refugiarse en los gestos comunes de la vida común.

Y por otra parte, para John es el permiso de hacer por fin como si el amor no fuera una cosa infinitamente difícil de alcanzar e infinitamente exigente. Por fin podrá vivir con una mujer "como todo el mundo", es decir, al nivel de las comodidades, de los sentimientos de convención, de los deseos, y de las costumbres, es el permiso de gozar con toda tranquilidad de sí mismo, en el seno de un amor donde no tendrá que preguntarse continuamente si es el verdadero amor. En el nivel de la criatura humana común donde nos hallamos y donde John Middleton Murry pretende permanecer ante el miedo de perder lo que él llama su "integridad", todo se borra, todo se olvida, todo varía, todo cambia, porque nada ha cambiado realmente y porque importa *continuar*. No dejaremos de inquietarnos un poco en lo más profundo de nosotros mismos: "¿Es posible que la vida continúe? ¡Qué pronto se olvida todo!" Pero no dejaremos tampoco de someternos con una especie de delectación a esta afligente ley.

Para Gurdjieff, Katherine Mansfield no tenía aún verdadera existencia en el sentido en que él la entendía, no tenía aún un *yo* real, no tenía alma, cuando agonizaba bajo su techo. A la altura de la criatura humana común, sea cual fuere la nobleza de la ambición, la grandeza de la aventura intentada, la altura de los sufrimientos, la inteligencia del propósito, la acuidad de los sentimientos, no hay nada, absolutamente nada, sólo hay "merdosidad".

"Yo no conocer", dice Gurdjieff, el Hombre Real. Y en nuestra escala, John Middleton Murry dice: "¡Conozco, conozco, ay de mí! Pero déjenme tranquilizarme, consolarme, olvidar, hacer como si no hubiera conocido!"

Tales son las dos figuras del escándalo: la figura humana, demasiado humana, y la figura sobrehumana. "Demasiado sobrehumana", como diría Lawrence.

Al parecer, ella moría habiendo fracasado en todo. John se volvía a casar en seguida, se tapaba los ojos y los oídos, huía a toda carrera. Y Gurdjieff declaraba que no había sido nada, que había muerto sin alma. "¿Ustedes querer morir como perros?", preguntaba a sus discípulos para aguijonearlos. Ella había muerto

como los perros. Nada contaba. Había vivido, sufrido, esperado y trabajado "por tortas", como dicen los niños. Es verdad que en las últimas semanas tuvo cierta exaltación sentimental y John se sintió conmovido. Pero la exaltación sentimental no es nada, un poco más de viento que de costumbre, sin más, y que cae muy pronto. Fracásó en el plano de John y fracasó en el plano Gurdjieff. Y ahora ella yacía en la tierra extraña de Avón. John le daba la espalda porque no era más que un hombre y Gurdjieff lo hacía porque era o se deseaba mucho más que un hombre. Se había perdido la batalla en la tierra y en el cielo. No existía la salvación. Estaba borrada completamente.

¿Es esto cierto? Del lado humano, demasiado humano, el agua es mala para beber. Del lado de lo sobrehumano, el agua también es mala. ¿Existe una tercera fuente cuya agua podría beberse? Ésta es la pregunta final.

TERCERA PARTE

MONSIEUR GURDJIEFF Y NOSOTROS

## I

*Gurdjieff en París. — Parece cambiar de actitud y elegir el desorden. — Una escuela esotérica para los hijos del siglo. — Los angustiados. — Límites de los testimonios presentados.*

Como ya se ha visto, después de un accidente automovilístico muy grave Gurdjieff renunció a proseguir el considerable esfuerzo que le imponía la dirección del Priorato de Avón, vendió el castillo y se instaló en el año 1934 en París, en un departamento de la calle Colonel-Renard, cerca del barrio de L'Étoile.

Entramos en el período *exotérico*. A partir de ese momento el reclutamiento se acelera. La enseñanza la imparten varios instructores bajo la lejana vigilancia de Gurdjieff, que ya no hace "trabajar" personalmente sino a un muy limitado grupo de discípulos<sup>1</sup>. Cuando muere Salzmán, su mujer se convierte en directora efectiva y administradora de los "grupos" que se multiplican en París, Londres, Lyon, Nueva York, América del Sur y Austria.

Todo ocurre como si Gurdjieff quisiera entonces, dejando a los instructores que presentaran la doctrina de un modo primario a riesgo de más de un malentendido, atraer el mayor número posible de seres. El tiempo lo apremia ahora. ¿Al echar así la red en la muchedumbre busca acaso al *discípulo* al que podría transmitir su poder y lo esencial de sus conocimientos?

En esta época aparece en Londres el libro de Ouspensky. A pesar de cierto desprecio en el que envuelve al "renegado", Gurdjieff parece desear que el libro circule. Los miembros del "grupo" aseguran su difusión en Francia. Philippe Lavastine, yerno de Mme. de Salzmán, se encarga de la traducción. Al mis-

<sup>1</sup> En los últimos años, parece renunciar a hacer "trabajar". No se reúnen en su casa más que para las lecturas de sus manuscritos y para las famosas comidas.

## I

*Gurdjieff en París. — Parece cambiar de actitud y elegir el desorden. — Una escuela esotérica para los hijos del siglo. — Los angustiados. — Límites de los testimonios presentados.*

Como ya se ha visto, después de un accidente automovilístico muy grave Gurdjieff renunció a proseguir el considerable esfuerzo que le imponía la dirección del Priorato de Avón, vendió el castillo y se instaló en el año 1934 en París, en un departamento de la calle Colonel-Renard, cerca del barrio de L'Étoile.

Entramos en el período *exotérico*. A partir de ese momento el reclutamiento se acelera. La enseñanza la imparten varios instructores bajo la lejana vigilancia de Gurdjieff, que ya no hace "trabajar" personalmente sino a un muy limitado grupo de discípulos<sup>1</sup>. Cuando muere Salzmann, su mujer se convierte en directora efectiva y administradora de los "grupos" que se multiplican en París, Londres, Lyon, Nueva York, América del Sur y Austria.

Todo ocurre como si Gurdjieff quisiera entonces, dejando a los instructores que presentaran la doctrina de un modo primario a riesgo de más de un malentendido, atraer el mayor número posible de seres. El tiempo lo apremia ahora. ¿Al echar así la red en la muchedumbre busca acaso al *discípulo* al que podría transmitir su poder y lo esencial de sus conocimientos?

En esta época aparece en Londres el libro de Ouspensky. A pesar de cierto desprecio en el que envuelve al "renegado", Gurdjieff parece desear que el libro circule. Los miembros del "grupo" aseguran su difusión en Francia. Philippe Lavastine, yerno de Mme. de Salzmann, se encarga de la traducción. Al mis-

<sup>1</sup> En los últimos años, parece renunciar a hacer "trabajar". No se reúnen en su casa más que para las lecturas de sus manuscritos y para las famosas comidas.

mo tiempo, los textos de Gurdjieff, guardados hasta ahora en secreto, salen de los armarios empotrados en la calle Colonel-Renard. Se hace aparecer una parte de *Belcebú* en América y en Inglaterra. Se piensa en una versión francesa.

Como lo escribe Pierre Schaeffer en el testimonio que ustedes leerán en seguida: "Este moderno taumaturgo, cuando siente que la partida está jugada, que no se presentará nada ni nadie en el horizonte, que su hora está cercana, enseña su juego. He aquí, en un instante, el esoterismo por los aires. Todo lo que estaba oculto ve la luz. ¿Cómo imaginar entonces que el moderno taumaturgo pueda poner en circulación las que hubieran debido ser las anti-ideas, anti-frases, sólo a través de los textos, medio forzosamente vicioso? Sin embargo, esto es lo que hace el moderno taumaturgo que no confía en nadie, sobre todo en sus más próximos. Tira la botella al mar, arroja para el pez gordo y hasta las profundidades el anzuelo más pérfido."

El más pérfido, en efecto. Y no se trata sólo de los textos, sino de la fuerza que toma la Enseñanza, de la manera en que se imparte, del desprecio cada vez mayor hacia los discípulos y los curiosos. En el transcurso de esos años 1934-1949, fecha de la muerte de Gurdjieff, esa Enseñanza tendrá su más considerable influencia (entiendo considerable por lo extensa, no por lo profunda). Pero esta influencia tomará a menudo aspectos terribles. Se roza el escándalo más de una vez. Extrañas enfermedades y la muerte se abaten sobre algunos discípulos.

No pretendo explicar los cambios de actitud de Gurdjieff. No pretendo siquiera describirlos adecuadamente. De todos modos, me parece que al llegar al Occidente, alrededor de 1920, ha elegido presentarse bajo una máscara, dar a su empresa un aspecto caricatural, para hacerla penetrar en el siglo, en una forma de civilización que él odiaba. Los gérmenes de destrucción radical sólo pueden introducirse de contrabando. Espantado por esta astucia, y pensando que la falsificación podía no ser únicamente exterior, Ouspensky decidió romper con Gurdjieff.

Me parece también que, a partir de 1934, y en esos últimos años de total trastorno del mundo, de derrumbe completo de ideas y creencias, de métodos de pensamiento y de acción, de atomización de todos los valores intelectuales, morales, políticos, religiosos y científicos, Gurdjieff modificó otra vez su actitud, divulgó los secretos a todos los vientos, *escogió* el desorden, dejó que lo bueno



y lo malo del asunto corrieran parejos su suerte, con un desprecio acrecentado, con una voluntad orientada deliberadamente hacia el polo negativo. "Es preciso que erija una barrera en torno a mi doctrina —decía Nietzsche— para impedir que entren los cerdos." ¡Palabras de monaguillo! Gurdjieff, con una gran carcajada cínica, más sonora que la risa de Zaratustra, derribó la barrera para que los malentendidos del siglo estuvieran bien a sus anchas en su dominio. ¡Que los cerdos entren, pues! Que sean los bienvenidos, igual que los corderos! ¿Hay todavía corderos? ¡Entren! ¡Entren! ¡Que los cerdos se atiborren y que revienten! ¡Que aquello que era el bien, dirigido por ellos se convierta en el mal!, ¡Y que los corderos encuentren su alimento si pueden y si aún queda!"

Creo que miraba con negra satisfacción cómo se atracaba todo el mundo y contempñaba con total indiferencia cómo en la muchedumbre unos morían envenenados y otros prosperaban.

En este sentido, si hemos conocido lo que suele llamarse una "escuela esotérica", la hemos conocido en esa claridad de explosión en que hoy día se bañan todas las cosas preciosas. Era una escuela esotérica al uso de los hijos del siglo. No daré más explicaciones al respecto. Les bastará con leer el testimonio de Pierre Schaeffer, a quien considero como un prodigio de esta inteligencia del desorden, desgraciadamente tan necesaria para la comprensión de nuestra aventura con Gurdjieff como de la de toda aventura espiritual que se vive hoy de este lado del mundo.

De ahí el extraordinario interés y los estrechos límites de confesiones, análisis y juicios reunidos en esta tercera parte. Ellos se unen a mi propio relato y fracasan, como ese relato, pues no llegan a penetrar el secreto muy real de la totalidad del asunto Gurdjieff. Sólo expresan los aspectos contradictorios de la experiencia que hemos vivido en un momento en que esa experiencia no podía ser sino fragmentaria y embrollada. Me digo que su lectura provocará cierta decepción. Una decepción ejemplar. Creo en efecto, que dentro de las condiciones actuales de nuestra civilización no podrá llevarse más lejos con menor confusión y peligros. No quiero decir que la experiencia interior se ha vuelto hoy imposible. Todo lo contrario, pienso que sus vías se vuelven a abrir, pero en este período crítico los miembros de la expedición no van muy lejos y pagan muy caro cada paso. Sobre todo si se encuentran guiados por un maestro que parece aumentar *intencionadamente* las dificultades del momento y hace girar los postes indicadores.

Sólo se trata, lo repito, de hacer comprender lo que la gente de hoy, con semejante formación moral o intelectual, semejante curiosidad, tal hambre, puede vivir, esperar o sufrir en este asunto. No se trata de una pretensión de descubrir los secretos y tampoco de hacer sensibles las leyes extrahumanas a las que un personaje como Gurdjieff parecía obedecer realmente.

No busco de este modo sustraer a Gurdjieff, en el espíritu del público, a la responsabilidad de los males que sufrieron y sufren aún cierto número de sus discípulos. Millares de seres, en diferentes países, se encuentran hoy dentro de esta empresa que sobrevive perfectamente a la desaparición del maestro. Millares de otros están a punto de sumergirse en ella. Se trata de la salud física y mental de una importante minoría occidental. Pero, aun hoy mismo, con la soga al cuello, yo me negaría a elegir entre las evidentes ventajas de la salud y el secreto aprendizaje contenido en los muy graves malestares a los que puede llevar la aventura Gurdjieff.

Por otra parte, conviene explayarse más sobre estos malestares, algunos de los cuales se describirán en las páginas que siguen.

Las personas que llegan a la Enseñanza pertenecen a determinada familia de espíritus orientados hacia los modos místicos del conocimiento. Se puede uno orientar hacia esos modos del conocimiento a raíz de un análisis de los métodos modernos del pensamiento, de una reflexión sobre la insuficiencia de esos métodos. Los acontecimientos actuales obligan a seres un tanto profundos a semejante análisis, a semejante reflexión. Como lo escribía Maurice Nadeau, crítico literario de la revista *Combat*, con respecto al libro de Ouspensky: "En un momento en que no tenemos ya nada que perder, cuando, entre nosotros, las ciencias, las religiones y los modos habituales de vivir ya no disimulan su fracaso, cuando nadie se atreve a asegurar sin reír que el progreso de los conocimientos y la evolución de la humanidad marchan a la par, es normal que los espíritus inquietos, desorientados o que se niegan a seguir engañados por más tiempo, se vuelvan hacia toda clase de alimentos." En este caso, hacia el alimento Gurdjieff, el más apetitoso para los hombres dotados de inteligencia crítica.

Se puede sentirse orientado hacia los modos del conocimiento místico por una vocación real que no encuentra el punto de apoyo para afirmarse en el ejercicio de las religiones occidentales ofi-

ciales que no parecen ya ofrecer "ningún método, ninguna disciplina concreta para alcanzar ese estado de Plenitud del que hablan sus místicos y sus santos."

También se puede llegar a la Enseñanza por el camino de la angustia. De una angustia de origen físico o que proviene del psicoanálisis. Sé perfectamente que no hay que caer en la tentación de traducir toda angustia de este orden al lenguaje médico, que obliga a decir a uno de los más grandes biólogos franceses, el Dr. Ménétrier: "Cuando leo los libros de Simone Weil, leo la descripción de un caso clínico y escribo una receta, cuyo cumplimiento hubiera arreglado todo" o a un psicoanalista: "Un tratamiento en mi consultorio y René Daumal se curaba de la tuberculosis al mismo tiempo que del budismo Zen". Pero me parece útil señalar que los grandes angustiados enfrentaban la Enseñanza con su angustia. Creo útil hacer notar que los males-tares que soportaron algunos discípulos —entre los que estuve yo sin duda—, deben imputarse ante todo a su manera *angustiada* de acercarse a todo.

Era indudablemente indispensable establecer estas distinciones primarias antes de introducir a los testigos de cargo.

Es evidente que la experiencia interior, una vez pasado el grado de los simples trabajos de limpieza del comienzo, de los barridos delante de la puerta del *ser*, no puede ser descrita, por lo menos en el estado actual de las convenciones del lenguaje. Si hemos vivido la experiencia aun muy fugitiva, aun muy fragmentaria del *Yo*, como se decía en la Enseñanza, del *Sí* de los vedistas, del *hombre interior* de los místicos cristianos, o del "Yo trascendental, acabado y estático" entrevisto por Husserl, si hemos vivido esa experiencia, *a partir de la cual* se fundaba la empresa de Gurdjieff, no podemos hablar de ella. No podemos hablar sino de lo que precedía a semejante experiencia. Y si hubiésemos proseguido con ella —admitiendo que nos hubiera sido posible continuarla bajo la conducción de Gurdjieff—, nos hubiéramos encontrado ahora en un estado que nos prohibiría toda palabra *descriptiva*. No podemos hablar de la primera fase sino en la medida en que hemos fracasado en poder abordar sólidamente la segunda. Este es el límite más grave de nuestros testimonios.

¿Pero, existen hoy discípulos de Gurdjieff que hayan logrado llevar la experiencia interior hasta lo totalmente indecible? No lo sé. Sé únicamente que todos aquellos que han vivido los co-

mienzos de la experiencia —por más decepcionante que sea la descripción que puedan hacer de ella— consideran que fué la hazaña más importante de su vida y que están para siempre marcados en su corazón, su cuerpo y su espíritu.

## II

### TESTIGOS DE CARGO

*Presentación del primer testigo. — El relato de Paul Sérant: por qué vine hacia la Enseñanza. — La crisis de la juventud después de la guerra. — Las insuficiencias de la Iglesia. — En busca de una técnica concreta de la experiencia interior. — Lo que sucedía junto a Gurdjieff: los grupos, los ejercicios. — Por qué me alejé de la Enseñanza. — Mis propias resistencias. — El estado de espíritu de los discípulos que me rodeaban. — Una cena en casa de Gurdjieff. — Me siento más prisionero de mí mismo que nunca. — Mi novela. — La atrofia de la razón y la hipertrofia del yo. — El ejemplo de Irene. — Un discursito para mis compañeros de ayer.*

Conocí a Paul Sérant siendo yo redactor en jefe del diario *Combat*. Vino a trabajar en la sección de política extranjera. Conversamos muchas veces, de noche, entre la salida de la edición provincial y la platina de la edición parisiense. Nos encontrábamos en el café donde asesinaron a Jaurès, en la esquina de la calle Montmartre y de la calle de Croissant. Las rotativas roncaban, los camiones de las Mensajerías invadían la vereda. Estábamos junto al mostrador de ese bodegón, entre los colegas ebrios de fatiga nerviosa, que iban titubeando hacia el último coñac y los traganíqueles, entre las mujerzuelas, los vagos, los borrachos y los locos de todas las noches de París. El aire olía a tinta grasa y nuestros oídos repetían aún el tecleto de las lino tipias y el ametrallar de los *printings*. Sin duda alguna, los dos disfrutábamos por igual el soberano absurdo del destino que nos otorgaba esta hora de extremo vértigo para conversar sobre nues-

tro "trabajo" con Gurdjieff, sobre los esfuerzos que habíamos cumplido para hallar dentro de nosotros un lugar de silencio y de libertad. Nos encontrábamos en el centro mismo de la agitación, oíamos cómo se imprimían las mentiras y las tonterías que acarrea una jornada del mundo moderno, y mientras tanto, hablábamos de la Tradición, de la negativa radical de René Guénon, de la vía gnóstica y de las técnicas de la experiencia interior, acodados a ese mostrador del bar, contra el que se rompía, en su hora culminante, la marea de apariencias engañosas.

Creo que siempre guardaré en mi memoria esas insólitas conversaciones y en mi corazón siempre también la emoción que hacía nacer ese diálogo susurrado entre el ruido de las máquinas para matar el espíritu y hombres agotados por haber empleado todo el día en servir esas máquinas.

Paul Sérant es, como yo, el hombre de la treintena. Las noches de *Combat* iluminan en todas las direcciones la vida de los muchachos de nuestra generación, trabados en lucha con las peores contradicciones y continuamente crucificados. No podría decir nada más acerca de esto, por el momento.

Paul Sérant ha publicado una novela, *Le Meurtre Rituel*<sup>1</sup>, inspirada en su experiencia y la de su mujer junto a Gurdjieff. (Ustedes leerán en seguida los fragmentos más importantes de esta novela). Sérant acaba de entregarnos el primer libro de exégesis sobre René Guénon. Dentro de nuestra generación es uno de los mejores conocedores del pensamiento llamado "tradicional".

Helo aquí, como testigo.

#### EL RELATO DE PAUL SERANT

¿Por qué vine hacia la Enseñanza? Gustosamente respondería a esta pregunta como antaño Fernand Divoire con respecto al ocultismo: "Porque estaba maduro para venir. No existen otras razones"<sup>2</sup>. Pero tal vez pueda proporcionar algunas explicaciones.

Las cosas suceden en seguida después de la guerra. Francia está liberada. Soy un joven libre, he pasado la edad de las limitaciones familiares y escolares, puedo ir y venir como se me antoje, elegir la "situación" que me conviene. En una palabra, los más hermosos

<sup>1</sup> Ediciones de la *Table Ronde*.

<sup>2</sup> Fernand Divoire, *Pourquoi je crois à l'occultisme*, Editions de France, pág. 13.

años. Y sin embargo, no estoy a gusto, me ahogo en el mundo que me ofrecen. Alrededor de mí hay un diluvio de crímenes y de absurdos. ¿Cómo podría creer en el porvenir? El porvenir es la justicia soviética o la bomba atómica, o tal vez una después de la otra. No obstante, en torno a mí, la gente se "compromete" mucho: no faltan las formaciones, tanto hacia adelante como hacia atrás (sobre todo hacia atrás). Pero yo soy irreductible: la atroz suerte reservada a los "colaboracionistas" sinceros, a quienes se mata en serie, mientras los traficantes de la ocupación gozan de una prosperidad cada vez mayor, basta para quitarme toda veleidad de "servir". Por otra parte, el cinismo no es mi fuerte y el éxito en los hermosos negocios de la época no me tienta en absoluto. En una palabra, el mundo exterior no ejerce ya sobre mí la menor seducción. Me pongo a buscar por el lado del alma y de lo eterno.

Existe la religión en la que fuí educado. Pero, han intervenido la inquietud y la angustia. Como a tantos otros, la Iglesia me parece demasiado comprometida en las ignominias del siglo para responder a mis exigencias. Lo cierto es que en la educación religiosa de mi adolescencia hubo demasiado sentimentalismo para no provocar algunas rebeliones no menos sentimentales. Si duda, estas rebeliones han sido dominadas luego, cuando descubrí las grandiosas arquitecturas místicas y tomistas. Pero las satisfacciones intelectuales no llenan el ser.

En estas condiciones ¿cómo no acoger con entusiasmo al que me ha afirmado que existía una técnica capaz de proporcionar al hombre esa verdadera libertad interior, la única que nos libera de la celada de las ilusiones exteriores? Me sentí sobre todo seducido porque uno de mis "cargos" contra la religión consistía en que ésta no ofrecía a los laicos ningún método, ninguna disciplina concreta para alcanzar los estados de plenitud de los que hablan sus místicos y sus santos. Sin ser especialista en estos problemas, estaba persuadido de que existían algunas disciplinas corporales y físicas, cuya finalidad era favorecer el nacimiento de la vida espiritual, no sólo en el Oriente, sino en el Occidente; me había apasionado sobre todo lo que había oído decir del hesiquismo. Entonces, ¿por qué no Gurdjieff?

Esta necesidad de técnica espiritual parece absurda a mucha gente que se considera espiritualista. Sin duda es porque no ha experimentado ese grado de inquietud que lleva al ser humano a considerar su vida presente absolutamente inaceptable. Cuando



esta inquietud os atenaza y, sin embargo, se rechaza la muerte, se buscan todos los medios para liberarse de ella.

Comencé pues a frecuentar regularmente los grupos de la Enseñanza. Les gustaría saber qué se hacía en ellos. Pues bien, sí, sucedían allá cosas bastante sorprendentes, pero me cuesta evocarlas. No por pudor (y señalo inmediatamente que jamás vi nada escandaloso en los grupos), sino porque no es fácil explicar las manifestaciones exteriores de un trabajo interior.

Se trataba de lo siguiente. Nos reuníamos en pequeños grupos —cinco, diez o veinte personas— bajo la dirección de un “maestro”, formado antes por G. Se nos enseñaba a volvernos conscientes. La primera etapa del trabajo consistía en comprender que hasta entonces habíamos vivido en la más perfecta inconsciencia; que en todo sentido y en todos los dominios —físico, afectivo, intelectual— nunca fuimos libres, sino *identificados* con nuestros impulsos, nuestros estados de ánimo, nuestras asociaciones de ideas. Se puede comparar este aspecto de la Enseñanza con el psicoanálisis o el marxismo. Lo mismo que el psicoanálisis nos dice que tal o cual sentimiento noble no es sino la sublimación de una represión sexual; lo mismo que el marxismo nos dice que la creencia religiosa no es sino el resultado de la presión económica, así se nos decía en la Enseñanza que todo nuestro comportamiento normal —tanto el “espiritual” como el “exterior”— se explicaba por el juego de mecanismos sobre los que no teníamos ningún dominio. Y era precisamente ese dominio —clave de una verdadera libertad— lo que la Enseñanza debía permitirnos obtener.

Pero si se está totalmente determinado, ¿cómo liberarse? La Enseñanza contestaba: deje de identificarse. En vez de formar una sola cosa con esa vida automática, sepárese de ella: aprenda a dominarla, mirándose vivir. Usted camina por la calle: procure, aunque sólo sea por cinco minutos, no dejarse absorber por lo que ocurre alrededor de usted, ni por sus asociaciones de ideas y concentre su atención en usted mismo. Usted se encuentra en compañía de varias personas: despréndase en un momento dado del juego de la conversación y observe a los demás; dése cuenta hasta qué punto ellos obedecen al encadenamiento de sus ideas y vea cómo esas ideas, lejos de ser el fruto de una libre elección de la conciencia, sólo son la expresión de mecanismos nacidos de la educación, del instinto o del interés. En la Enseñanza a esos ejercicios de atención se les daba el nombre de llamado.

Hacia falta una base práctica y concreta para semejante entrenamiento de la lucidez. Entonces intervenían los ejercicios de relajamiento. Se concebía la vigilancia de la vida orgánica como el mejor medio de conseguir la vigilancia de sentimientos y de ideas. Pero el relajamiento, tal como se nos enseñaba, era mucho más difícil que aquel con el que se contentan en algunos medios deportivos. El relajamiento mental debía al final coincidir con el relajamiento físico. A este respecto, el "trabajo" colectivo constituía un precioso auxiliar. Las sollicitaciones exteriores terminan muy pronto por alejarlo de semejante ascesis si se la practica en la soledad; el hecho de encontrarse regularmente en grupo, reanimó el fervor.

Sí, el fervor; la palabra puede parecer extraña, pues debe ser difícil comprender desde afuera lo que era para nosotros la embriaguez de un "empeño", de un "compromiso" que nos hacía esperar, según estas palabras admirables: *la posesión de la verdad dentro un alma y dentro un cuerpo*. Es cierto que nos hemos sentido exaltados por esta aventura como tal vez no llegue a sucedernos nunca con ninguna otra. Porque al cabo de un tiempo tuvimos verdaderamente la certeza de que todo había cambiado, no solamente nuestra "visión del mundo", sino nuestra propia vida interior; y que sólo dependía de nuestra asiduidad el obtener un día la liberación absoluta, la del hombre que según la tradición china "es su propia ley".

Y sin embargo, me he separado de la Enseñanza. ¿Por qué razones?

Ante todo, voy a decir que determinadas resistencias físicas me han impedido tal vez recibir la Enseñanza en forma adecuada. La naturaleza me ha dotado de una acentuada desconfianza, de un sentido crítico que surge hasta el punto de ser molesta ante cualquier compromiso. Esta desconfianza, este sentido crítico me conducen fácilmente a practicar la "alternancia", cara a Montherlant. Me resultaba imposible sentarme entre las personas del grupo —debo precisar que pasábamos las sesiones sentados en el suelo, en una posición llamada "en forma de loto", adecuada para favorecer la relajación— sin decirme en un momento dado: ¿y en el fondo qué diablos hago yo aquí? ¿Por qué no estoy más bien escribiendo, o en el cine, o a orillas del Sena con una mujer? Se entiende que tales sentimientos estaban previstos por nuestros maestros, que les daban el nombre de *sentimientos negativos*. Pero lo malo es que yo no llegaba a desaprobarme comple-

tamente esos sentimientos. Además, yo no podía creer en un posible progreso espiritual si se rechazaban todas las facultades críticas. No tenía ningún deseo de perder la cabeza. (¡Y me siento ahora muy feliz de no haberla perdido nunca!) Ya cuando tenía quince años, el célebre "Embruteceos" de Pascal me dejaba completamente perplejo. Decir al incrédulo: tome agua bendita, haga genuflexiones, asista a misa y verá que la fe vendrá, me parecía un tanto abusivo; yo me decía que para que esto marchara, era preciso habérselas con un incrédulo que ya no lo era.

Esta alusión a Pascal corre el riesgo de provocar grandes exclamaciones de rabia entre ciertas personas que, en cuanto uno no está de acuerdo con ellas, comienzan a chillar que no se ha comprendido nada, que la Enseñanza no exige ninguna fe, que al contrario, pide experimentar todo y verificar todo por sí mismo. Seguro, seguro. Lo cual no impide que uno no se consagre a una experiencia de este tipo sin tener, al comenzarla, cierta forma de esperanza que se parece mucho a la fe. Y es precisamente esa especie de fe la que me faltaba cuando se me exigía admitir que las mayores obras intelectuales y artísticas no eran sino el resultado de "asociaciones" en el cerebro de irresponsables y de inconscientes. Esto me olía a algo sospechoso.

Pero mi desconfianza comenzó a despertarse sobre todo cuando hube verificado el extraño estado de ánimo que reinaba entre la mayoría de las personas que pertenecían a los "grupos" desde hacía más tiempo que yo. Me percaté de que el esfuerzo de conciencia había creado en esa gente una mezcla bastante sospechosa de presunción, de egoísmo y de orgullo (o con mayor exactitud, de satisfacción de sí mismo). Estos defectos forman, en verdad, el lote de todos los mortales, pero lo que me parecía grave es que aquí se cultivaran metódicamente en nombre de la no-identificación, de la lucidez y de la conciencia de sí mismo. Es evidente que cuando se da por admitido que todos los hombres son máquinas y que uno mismo comienza a no serlo, puede nacer una peligrosa tentación: si los demás son máquinas; ¿por qué no utilizarlos como tales? La duplicidad se convierte entonces en una forma muy legítima de entrenamiento hacia una conciencia de sí más aguda.

Y allí interviene una especie de inversión espiritual, infinitamente más peligrosa que la *inmoralidad aceptada como tal*. Cuando Maquiavelo aconseja a los hombres de Estado la mentira y la astucia, lo hace en nombre del realismo: no les dice que la men-

tira y la astucia son los medios de llegar a la vida espiritual; les explica, al contrario, que es muy lamentable que los hombres sean como son, y que haga falta emplear tales métodos para gobernarlos. Del mismo modo, cuando don Juan trata de poseer a todas las mujeres de la tierra, no piensa que se interna de este modo en el camino de la santidad; piensa, al contrario, que renuncia a la santidad por la voluptuosidad. En uno y otro caso, no se atenta contra la esencia de la moral, no se discute la jerarquía de los valores, y la distinción de las nociones queda intacta. El Mal se llama el Mal, el Bien se llama el Bien. El verdadero peligro espiritual comienza cuando el Bien es llamado Mal, y el Mal, Bien.

La perversión que se crea así es casi irremediable. Y a ella hay que imputarle la responsabilidad de cierto número de dramas, algunos de los cuales se relatan en este libro.

Estos diferentes motivos de desconfianza no me impidieron continuar "trabajando" (era el término empleado en los grupos) durante algún tiempo. Esta práctica metódica del vacío me repelia por momentos; empero, mi espíritu aceptaba el principio. Qué bueno resulta despachar todas esas representaciones que desfilan por la mente de uno, que se entrechocan, se atropellan sobre la pantalla de la memoria. Aquel que lo logra sólo durante un segundo experimenta una sensación que sería inútil pretender expresar y que en la Enseñanza se designaba como la sensación del *Yo* (o el *Yo* verdadero, en oposición al *yo* ilusorio). Pero no veo la utilidad de insistir sobre lo que está más allá del lenguaje.

Después de dar la prueba de mis aptitudes en el seno del grupo, me admitieron a seguir los "movimientos". Se trataba de ejercicios físicos especialmente concebidos para desarrollar esa relajación de la que ya he hablado. Me gustaría ser capaz de proporcionar un análisis de esos "movimientos"; confieso que me falla la memoria. Esos movimientos se ejecutaban al son de una música bastante extraña, cuya paternidad se atribuía a G., lo mismo que los movimientos. Todo cuanto puedo decir ahora es que esos ejercicios exigían un esfuerzo mental no menos penoso que el esfuerzo físico; en ellos, como en los ejercicios de relajación, se trataba ante todo de comprobar "experimentalmente" las correspondencias entre los diferentes planos del ser. Sin embargo, me acuerdo de la dificultad particular de algunos movimientos por medio de los cuales se debían "descontraer" hasta el máximo algunos músculos, contrayendo al mismo tiempo hasta el extremo

algunos otros. La presencia de espíritu indispensable para el logro de esos ejercicios se puede comparar, a mi juicio, a la que exige el judo (del que mucha gente ignora que ha sido concebido también para favorecer un armonioso desarrollo del ser). Recuerdo, por fin, que había movimientos que sólo algunos antiguos del grupo eran capaces de ejecutar correctamente: eran, según decían, aquellos que G., había copiado de los derviches y que se ejecutaban con extraordinaria rapidez.

Luego, un buen día, llegó para mí la consagración suprema de la Enseñanza: me invitaron a cenar en casa de G. ¡Curiosa cena, curiosa invitación! La mesa de G. era demasiado pequeña para acoger a todos los invitados: sólo algunos íntimos pudieron sentarse a su lado. Todos los demás, entre los que estaba yo, debían comer de pie, lo más cerca posible del "maestro", cuya menor palabra, cuyo menor gesto no queríamos perder.

La impresión de que G. no podía dejar de conversar con alguien que, como yo, lo veía por primera vez, era completamente desconcertante. Sin esa mirada realmente prodigiosa que de pronto parecía penetrar hasta lo más íntimo de aquel sobre el que se posaba bruscamente, el rostro y todo el aspecto físico de G. respondía más bien a la idea que uno puede hacerse de Tarás Bulba —un Tarás Bulba quizás demasiado adiposo— que a la que instintivamente se presta a un "maestro espiritual". Yo estuve una vez en casa de Lanza Del Vasto; ahí no hubo ninguna sorpresa; aún antes de que hubiera dicho una palabra, yo vi perfectamente con quién trataba. Pero este anciano caucásico, con cráneo desmesurado, que brindaba innumerables veces por todas las categorías de idiotas de la creación, todo ello en una lengua franca completamente incomprensible y que estallaba en carcajadas gigantescas a las que aun los más empedernidos de sus discípulos apenas se atrevían a hacer eco, ¡era verdaderamente abradacabrante!

Después de la cena —durante la cual todo el mundo había bebido mucho vodka y apreciado toda la variedad de platos rusos— tuvo lugar la lectura de un capítulo del interminable libro de G. (ya publicado, según creo, en América): *Consejos de Belcebú a su nieto*. Nosotros formábamos círculo alrededor del lector, sentados en el suelo en la más incómoda de las posturas; G., arrellanado en un sillón y consumiendo cigarrillo tras cigarrillo (*Celtiques*; recuerdo haberlo visto rechazar *Gauloises*<sup>1</sup>, que le

<sup>1</sup> Marca de cigarrillos ordinarios. (*N. del T.*)

ofrecía un discípulo, calificándolos de mierda) estallaba en sus famosas carcajadas ante tal o cual pasaje de su libro. Éste, que se desenvolvía sin ningún lazo de unión lógica, era escuchado por los discípulos en un estado total de embrutecimiento.

Volví a casa de G. dos o tres veces más para encontrar el mismo ambiente. Me impresionó sobremanera la total ausencia de diálogo entre él y los discípulos. En su presencia, la gente parecía hallarse en un estado de estupor. Una vez solicité una entrevista particular con G., que me la otorgó sin dificultad. Quedé muy impresionado por la mezcla de astucia, de benevolencia y de circunspección con que contestó a mis preguntas.

Yo no dejé de "trabajar" a causa del aspecto insólito de la personalidad de G. Y tampoco por la actitud desagradable de algunas personas del grupo, ni a causa de mis rebeldías intelectuales. Si interrumpí el "trabajo" es por ciertas comprobaciones relativas a mi propio estado.

Ya dije que vine hacia la Enseñanza ante todo para encontrar el medio de liberarme de la inquietud que me atenazaba. Por lo tanto, no voy a acusar a la Enseñanza de haber creado en mí lo que ya existía; como los enfermos que exclaman al cabo de un año de tratamiento: "¡Si estoy enfermo del hígado, es por culpa de ese maldito doctor X!", mientras que han ido a consultarlo precisamente porque el doctor X era especialista en enfermedades hepáticas. Pero debo decir que si bien la Enseñanza no ha creado en mí la inquietud, ésta había tomado un nuevo aspecto, más penoso que el anterior. Sin duda, me encontraba algo más fuera del alcance del mundo exterior; en cambio, la exclusiva atención hacia mí mismo terminó por crear una insoportable sensación de asco. Yo había aspirado a ser liberado del mundo; ahora aspiraba a ser liberado de mí mismo. En vez de sentirme despojado de mis cadenas "mecánicas", tenía la impresión de forjarme otras nuevas, infinitamente más pesadas porque ellas abolían la espontaneidad de los instintos y de los sentimientos, ¡esta espontaneidad que, a ciertas horas, hace tan fácil el disgusto de no ser más que una máquina! Tal vez yo ya no era una máquina, ¡pero qué espantosa nostalgia la de no serlo más! ¡Esta conciencia de la cual yo esperaba la ruptura de mis límites, no me había procurado sino la más terrible tiranía, una tiranía de la que no se puede hacer responsable más que a sí mismo!

Es evidente que la escritura traduce muy mal las realidades de este dominio, y que yo no experimentaba estas cosas con la

misma intensidad en todos los momentos del día. Pero aquello que dominaba el orden de las sensaciones era la pregunta que comenzaba a plantearme: ¿por quién todo esto?

Y ya no lograba contestarme: por el *Yo* verdadero. Recordaba otras enseñanzas según las cuales el hombre sólo se sacrifica de un modo fecundo a algo más grande que él. Eso más grande que yo, la Enseñanza lo situaba dentro de mí y lo llamaba mi *Yo*. Pero yo sentía con suma violencia que el objeto de mi búsqueda debía ser exterior a mí mismo. Cuanto más me introducía en mí, tanto menos descubría al "más grande que yo". ¡El yo en el que penetraba sólo me inspiraba cada vez más una espantosa náusea!

Y sin embargo no pude interrumpir el "trabajo" sin esfuerzo. No se destruye sino lo que se reemplaza y no obstante el estado cuya responsabilidad yo hacía recaer sobre la Enseñanza, me fué durante mucho tiempo penoso dejar de someterme a esa disciplina que embargaba todo mi ser. Tanto más que el estado de asco, de disgusto, persistía sin la compensación que, a pesar de todo, creaba la práctica regular del "trabajo".

¿Debo, por lo tanto, condenar la Enseñanza en su totalidad? Esto sería una forma demasiado cómoda de eludir algunos graves problemas. Y aprovecho esta ocasión para explicarme acerca de una novela: *Le Meurtre Rituel*<sup>1</sup>, aparecida hace tres años, y que me fué grato dedicar a André Fraigneau. Esa novela, que escribí poco tiempo después de romper con la Enseñanza, despertó en algunas personas de los grupos un increíble estado de furor. Sin embargo, si la atmósfera de ese libro fué inspirada por la Enseñanza —yo me pregunto si existen novelistas que no se hayan inspirado en sus recuerdos— no se trataba de una historia con "clave" ni de un relato autobiográfico. La intriga del *Homicidio* —una joven pareja, cuyo amor se destruye por la influencia de un "maestro espiritual", que llevará finalmente a la mujer al suicidio y al joven al cinismo— fué imaginada de cabo a rabo. Cierta similitud de vocabulario entre mi maestro y G. no implicaba que yo hubiese querido pintar a ese último, ni condenar su influencia. El novelista que evoca a un mal sacerdote, ¿pone necesariamente en tela de juicio a la Iglesia y al cristianismo? ¿No se admitió en la Enseñanza que existían otras escuelas, pero perniciosas, y de las que debíamos desconfiar? Todo esto no im-

<sup>1</sup> *El Homicidio Rituel*. Ediciones de la *Table Ronde*.



pidió que esa gente se sintiera inmediatamente aludida. Yo había querido ensuciar el grupo, había hecho obra de calumniador. ¡Y bien que me lo hicieron sentir! Algunos pobres muchachos, pobres niñas a quienes el ridículo mata infinitamente menos que eso que ellos toman por conciencia, se dirigieron a los libreros para pedirles que no pusieran en venta un libro tan fundamentalmente innoble. En una palabra, hubo sabotaje. Una congregación del "Index", tipo Saint-Germain-des-Prés, procuraba convencer a la gente no prevenida de que yo había cometido una villanía contra la Enseñanza y que no merecía que se me hiciera el honor de hojear siquiera mi libro. Lo que no impidió, evidentemente, que el libro llegara a la gente a la que podía interesar.

Estas reacciones me hicieron reflexionar. Si esas personas se sentían tan afectadas, ¿no sería porque yo había puesto el dedo en la llaga y evocado con bastante exactitud el clima de la Enseñanza y sus peligros? Pero es necesario precisar que esas reacciones de odio se debieron a los imbéciles de la Enseñanza y no sería honesto de mi parte atribuir las a una orden lanzada por los que desde la desaparición de G. asumen la dirección de los grupos. Las personas de las que hablo pertenecen a esa categoría de burgueses parisienses que ha descrito tan bien Max Jacob: "También tenemos familias que piensan seriamente en Dios: se es ya un poco budista, ya un poco musulmán, ya cristiano-cientista o, simplemente, discípulo de Mme. Durand, la neo-vegetariana de la calle Beaubourg; lo esencial es no ser católico"<sup>1</sup>. El buen Max Jacob habría podido incluir en su enumeración "discípulos de G." Y la inevitable deformación de esos devotos de capilla consiste en creer siempre que se trata de ellos, que uno no se acuerda sino de ellos. (Este es el sentimiento que explotan los editorialistas de los diarios que sólo tienen un tiraje de quinientos ejemplares y que escriben fríamente: "Frente a nuestras advertencias, este gobierno de canallas tuvo que retroceder", mientras en los miembros del gobierno, al tomar su decisión, pensaban en cualquier cosa menos en la hojita de marras). Pero, para terminar con la novela, creo simplemente, en lo que a mí se refiere, que si G. hubiera vivido aún cuando fué publicada y si la hubiera leído —hipótesis por otra parte muy poco probable— lejos de sentirse disgustado hubiera encontrado, al contrario, muy divertida esta historia y tal vez también las repercusiones psicológicas

<sup>1</sup> Max Jacob, *Bourgeois de France et d'ailleurs*, N. R. F., pág. 218.

frutos es, por lo menos, una enseñanza peligrosa. Y este es el momento de preguntarse si una práctica metódica de interiorización no es fatalmente nefasta para los occidentales. Sé positivamente que algunos hindúes disuaden formalmente a los occidentales de la práctica del tantrismo, por ejemplo, que según ellos no podría sino llevarlos a la locura. Se puede admitir igualmente que la enseñanza de G. no hubiera provocado las mismas rupturas de equilibrio en Oriente que en el Occidente. No hay que olvidar que G. era caucásico. Sin ser racista, ¿no se puede reconocer que los mismos métodos no convienen indistintamente a todos los pueblos? Véase, por ejemplo, en *Los Poseídos*, la descripción de “un santo personaje que poseía el don de la profecía y muy conocido no sólo en nuestra provincia, sino en los distritos circundantes y hasta en las dos capitales: Semion Jacovlevich”.<sup>1</sup> El “santo hombre” recibe a sus visitantes con una actitud a la vez generosa, brutal y desenvuelta que recuerda curiosamente la hospitalidad de G. A un hombre semejante no se lo honraría evidentemente como a profeta en una capital occidental.

Sin embargo, si bien las diferencias entre los pueblos explican muchas cosas, no justifican todo. Al final del diario póstumo de Irene Reweliotty —que varias veces se refiere a la Enseñanza— se leen estas líneas emocionantes:

“Estas personas, qué orgullosas (el grupo G.). No es “Yo soy” lo que háy que decir, sino “Él es”.

“No reconozco a ningún hombre el derecho de apoderarse de mi vida espiritual.

“Mi salvación es un asunto que se arreglará entre Dios y yo.

“Esto es todo.

“Acabo de ver que yo amaba a Dios.”<sup>2</sup>

Estas líneas son del 27 de julio de 1945. Menos de ocho días después (exactamente el 2 de agosto de 1945), Irene Reweliotty moría en Salanches, adonde la transportaron a raíz de un ataque de reuma articular. Tenía veinticinco años. La lectura de su *Diario* me impresionó fuertemente, pues conocí a Irene un poco más de un año antes de su muerte; conservaba el recuerdo de una joven excepcionalmente sensible y vibrante, pero ignoraba completamente sus relaciones con la Enseñanza, que tampoco conocía

<sup>1</sup> Dostoievsky: “*Los Poseídos*”.

<sup>2</sup> Irene-Carole Reweliotty, *Journal d'une jeune fille*, prefacio de Patrice De La Tour du Pin. Ed. *La Jeune Parque*.

personalmente en esa época. Cuando leí su *Diario* más tarde, en el momento en que me debatía con las dificultades que ella había conocido, tuve la impresión de que me dirigía un precioso mensaje de amistad.

Señalo que las diferencias de raza no pueden explicarlo todo, puesto que Irene Reweliotty, que era rusa, ha expresado con admirable sencillez el sentimiento que en muchos casos, sin duda, determinó la ruptura con la Enseñanza. Para mí, como para Irene Reweliotty, como para muchos otros, no existe verdadera espiritualidad sin diálogo y sin adoración. El ascetismo, el desprendimiento, el despego, el vacío no tienen sentido sino subordinados al Amor. Estoy completamente persuadido de que ese Amor no debe confundirse con el sentimiento en sus aspectos más inmediatos, y ésta es, por otra parte, también la opinión de los grandes místicos. Pero lo que importa es no destruir en el alma la posibilidad misma de adorar.

Conozco gente que ha seguido fiel a la Enseñanza y que pretende hallar poco a poco lo que busca. Me cuidaré mucho de juzgarlos. Para mí, G. puede haber representado un papel saludable, pero como *provocador*, si puedo decirlo así: le estoy reconocido por haberme obligado a reaccionar contra lo que me ofrecía, llevándome por ello a adquirir una mayor conciencia de algunas realidades. Para algunos fieles del grupo, las personas que se alejan cometen una especie de traición (no hay como esos adversarios del sentimiento para acudir a los "grandes sentimientos", en cuanto se trata de ellos). En efecto, es posible que hayamos salido de la Enseñanza a causa de lo que nos ha dado. Si es así, ¡pues bien!, está dentro del orden de las cosas. Pertenece a los maestros el provocar la insurrección de sus discípulos. Cuando los "modernos" sostenían que la mejor forma de ser fieles a los "antiguos" era crear audazmente y libremente como estos últimos habían hecho en su tiempo, creo que decían la verdad.

En cuanto a ustedes, mis compañeros de ayer, que pisotean tan alegremente la moral, la cultura, la civilización, la religión, que se mofan cuando se invoca un escrúpulo de conciencia, ¿cómo pueden ustedes sentirse indignados al ver que se reacciona con respecto a la Enseñanza, cuando ella ordena reaccionar contra todas las cosas? ¿Cómo no comprenden que sea posible liberarse de esa escuela de liberación? Es cierto que ustedes también desprecian la lógica. Les pido simplemente que no olviden que ustedes no son jueces de nuestra vida espiritual, como

nosotros no lo somos de la suya. "Cuando se trata de la metafísica —dice Guénon— hay que reservar siempre la parte de lo inexpresable." Y Lao-Tse es más categórico todavía: "Aquel que sabe no habla, aquel que habla no sabe."

### III

*Un amigo de René Daumal y de Roger-Gilbert Lecomte, en la época del Gran Juego. — Roger-Gilbert Lecomte y la droga. — Muchos intoxicados entre los hombres orientados hacia el conocimiento místico. — Las relaciones entre el uso de los estupefacientes y la práctica de las disciplinas místicas. — Un artículo de Aldous Huxley a este respecto. — El testimonio de Pierre Minet, el portavoz de la rebelión y de la desesperación de los neófitos.*

Pierre Minet fué amigo del poeta Roger-Gilbert Lecomte y de René Daumal que fundaron, junto con Roger Vaillant y Roland de Renéville, *El Gran Juego*, movimiento literario relativamente cercano del surrealismo y en cuyo ambiente la experiencia poética se consideraba como experiencia mística.

Roger-Gilbert Lecomte, cuya obra poco extensa tiene un valor por lo menos igual a la obra inspirada de Antonin Artaud, debía morir antes de los treinta años, consumido por la droga y el alcohol. Quisiera abrir un paréntesis para hablar de él.

He conocido —conozco— en los ambientes en los que el espíritu está orientado hacia el conocimiento místico, a muchos toxicómanos, y en compañía del filósofo Aimé Patri, procuraba definir lo más claramente posible las positivas relaciones entre la vía de las drogas y las vías místicas, cuando en abril de 1953, en la revista *Preuves* apareció un notable artículo de Aldous Huxley, que estudiaba este problema exhaustivamente. El artículo se titulaba "Los sucedáneos de la gracia"<sup>1</sup> y en él Huxley decía:

"Desde la amapola hasta el curare, desde la coca de los Andes

<sup>1</sup> Extraído del libro *'Los demonios de Loudun'*.

hasta el cáñamo indio y el agárico de Siberia, cada una de las plantas, cada uno de los arbustos o de los hongos susceptibles, una vez ingeridos, de excitar, enajenar, o de provocar visiones, ha sido descubierto desde tiempo atrás y utilizado sistemáticamente. Es un hecho extrañamente significativo, pues parece probar que siempre y en todas partes, los seres humanos han sentido la insuficiencia radical de su existencia personal, la miseria de ser su yo aislado y no otra cosa, algo mucho más amplio, algo que fuera según la expresión de Wordsworth "mucho más profundamente enraizado". Al explorar el mundo que lo rodeaba, es evidente que el hombre primitivo "ha ensayado todas las cosas y se ha aferrado a lo que era bueno". Para las necesidades de la conservación del yo, lo "bueno" es todo fruto, toda hoja comestible, toda semilla, raíz o almendra que constituya un alimento sano, pero en otro terreno —el de la insatisfacción del yo y del desco que lleva el hombre a sobrepasarlo— lo "bueno" es todo aquello gracias a lo cual, en la naturaleza, puede modificarse la cualidad del consciente individual. Es posible que semejantes modificaciones a las que induce la droga sean claramente un cambio para el mal, que sean adquiridas a costa de un malestar presente, y en el porvenir, a costa de una necesidad inveterada de la degeneración y de la muerte. Todo esto carece de importancia. Lo que importa es la conciencia, aunque más no fuera que por una hora o dos, aunque más no fuera que por algunos minutos, de ser alguien o más frecuentemente de ser algo distinto del yo aislado".

En los tiempos modernos, la cerveza (entre los celtas, a la enajenación experimentada de estar completamente ebrio por haber absorbido cerveza, se le daba el nombre divino de Sabazios) y otros medios de acortar camino que conducen a la trascendencia del yo, no se adoran ya oficialmente como a dioses. La teoría ha sufrido un cambio, no así la práctica, pues en la práctica millones de hombres y de mujeres civilizados continúan dedicando sus devociones no al Espíritu liberador y transfigurador, sino al alcohol, al hachich, al opio y a sus derivados, a los barbitúricos y otros complementos sintéticos del eminentemente antiguo catálogo de venenos susceptibles de causar la trascendencia del yo. Se entiende que en todos los casos, lo que parece ser un dios, es, en realidad, un demonio, lo que parece una liberación, es de hecho una esclavitud, y la trascendencia del yo se dirige invariable-

mente hacia abajo, hacia menos que lo humano, hacia algo más bajo que lo personal.<sup>1</sup>

“Se formula aquí una pregunta muy importante y muy difícil. ¿En qué medida y en qué circunstancias se puede hacer uso de la vía descendente como camino hacia la trascendencia espiritual del yo? A primera vista, parecería evidente que el camino descendente no es ni puede nunca ser el camino que asciende. Pero en el dominio de la existencia, estas cosas no son tan simples como lo son en nuestro mundo de palabras, magníficamente ordenado. En la vida real se puede, a veces, hacer de un movimiento descendente el comienzo de una subida. Cuando se ha quebrado el cascarón del yo y éste comienza a tener conciencia del “estado otro”, subliminal y fisiológico subyacente de la personalidad, sucede a veces que tengamos una claridad pasajera pero reveladora de ese “estado otro”, que constituye el fundamento de todo el ser.<sup>2</sup> Mientras estamos encerrados en nuestro estado del yo aislado, no tenemos conciencia de los diferentes no-yo a los que estamos asociados —el no-yo orgánico, el no-yo subconsciente, el no-yo colectivo del medio ambiente psíquico en el que tienen su existencia todo nuestro pensamiento y todos nuestros sentimientos y el no-yo inmanente y trascendente del Espíritu. Toda evasión aun a lo largo de un sendero descendente, fuera del estado de mi yo aislado hace posible, por lo menos, una conciencia momentánea del no-yo en cada uno de sus niveles, incluso el más elevado. William James, en sus *Varieties of Religious Experience* da ejemplos de “revelaciones anestésicas” que siguen a la inhalación del gas hilarante. A veces los alcohólicos experimentan análogas teofanías<sup>3</sup> y es probable que existan momentos en el transcurso de la intoxicación por cualquier droga, en que la conciencia de un no-yo superior al yo que se desintegra se vuelve brevemente posible. Pero estos ocasionales instantes de revelación se pagan a costo de un precio enorme. Para el acostumbrado a la droga, el instante de conciencia espiritual (admitiendo que se produzca) deja lugar muy pronto al estupor, a la demencia o a la alucinación intrahumanas seguidas de consecuencias lúgubres

<sup>1</sup> «El infierno es el cielo en hueco», dice magníficamente Barbey D'Aurevilly.

<sup>2</sup> En este pasaje se reconoce la influencia de Ouspensky sobre Huxley.

<sup>3</sup> Teofanía: aparición o revelación de la divinidad, es decir, aquí: del yo trascendente oculto detrás de nuestros múltiples yo de la vida corriente.



y a largo término, de debilitamiento permanente y mortal de la salud corporal y de la potencia mental. Muy raramente una sola "revelación anestésica" puede obrar como cualquier otra teofanía para incitar a su beneficiario hacia un esfuerzo de transformación del yo y de trascendencia hacia lo alto. Pero el hecho de que semejante cosa se produzca a veces no podría nunca justificar el empleo de métodos químicos de la trascendencia del yo".

Se entiende que Huxley hace las reservas del caso, finge condenar sin apelación posible las drogas, pero muestra claramente que a menudo la misma necesidad preside a la absorción de la droga y el encaminamiento por las vías del conocimiento místico. Llega hasta dejar comprender que, en algunos casos, las revelaciones debidas a la anestesia producida por la droga pueden decidir a un ser a buscar ya no en el estupor, sino en la ascesis, ese yo trascendente, permanente y libre que buscábamos nosotros al practicar las disciplinas propuestas por Gurdjieff. Sin insistir en ese punto delicado, en esa comunicación entre lo bajo y lo alto ("Las cosas inferiores existen en las cosas superiores, pero más noblemente que en ellas mismas", escribía Platón), Huxley muestra con suma claridad los lazos de familia que unen los intoxicados a los ascetas, quiero decir, a todos los hombres que se lanzan a la conquista de su ser divino.

Pero, volvamos a Pierre Minet. En un libro autobiográfico titulado *La Défaite*<sup>1</sup>, este último aludía a su breve estada en uno de los "grupos" de Gurdjieff. Pierre Minet al arriesgarse en esa aventura quiso permanecer fiel, sin duda, a su amigo René Daumal, pero la necesidad que impulsaba a Daumal hacia Gurdjieff no era en absoluto la suya y él no pudo franquear las primeras pruebas.

En su testimonio se encontrarán algunas críticas formuladas por Paul Sérant. Se descubrirá, además, el acento de la rebelión mezclado con la desesperación. Esta rebelión y esa desesperación han sido —y son todavía— el lote de muchos de los discípulos durante las primeras semanas de la Enseñanza y puede ser muy útil escuchar su voz.

1 Editions du Sagittaire.

#### IV

*El texto de Pierre Minet: mis primeros esfuerzos de concentración. — Mi yo auténtico y los yo piojosos. — Yo me revolcaba en el vacío. — Creía asistir a sesiones de escamoteo. — No he querido dejarme desvalijar completamente. — ¡Viva mi mugre!*

El deseo de confesarme, de sacar afuera todo, sólo vino después de la muerte de Gilbert.<sup>1</sup> Antes, yo estaba aún hinchado. Es cierto, el día de hoyapestaba, ¿pero y el mañana? Un poco de voluntad, de atención, y yo llegaría a ser pasable. Lo creía firmemente. Si me ocurría pensar en el pasado, hablar de admiración delante de él, me acusaba de rezongar delante del porvenir. Era la época en que yo había tomado a mi alma en mi mano. Concentración, disciplina, no dejar que mi imaginación se meta en todas partes, respirar con la boca cerrada, una profunda inspiración, luego expirar muy lentamente, fijar un punto, no abandonarlo más, procurar ser consciente, ahí está todo. No tengo el menor deseo de ridiculizar a las personas que enseñan esto. Pero, en cuanto a mí, no tengo necesidad de ser tranquilizado, la sabiduría no me tienta, y tampoco el equilibrio. Ni la verdad. Ni la verdad, y tengo toda la intención de decir por qué. Más tarde. Por el momento quiero insistir en ese esfuerzo de concentración, de disciplina. No soy más animal que otros; a veces llegué a extraer el yo auténtico. ¡Pero, entonces! Sé muy bien que hubiera debido callarme, coserme la boca. Yo aullaba, pateaba de satisfacción. Y los otros yo, los yo piojosos y malolientes no tardaban en acudir. Se acercaban a su hermanito, lo contemplaban. ¡Qué miradas! Luego, ¡con qué frenesí lo tragaban crudo!

<sup>1</sup> Roger-Gilbert Lecomte.

Después de lo cual, esos antropófagos retomaban su ir y venir habitual. ¡Hermoso resultado!

Esta gente me ha atrapado en seguida, con una palabra reveladora, un soplo junto al cual los más magistrales de aquéllos que yo mismo me propinaba desde hacía años, no tenían nada que ver: "comience por penetrarse de la idea de que usted no es nada, no, ni siquiera un grano de arena del desierto, nada, absolutamente nada". Esta afirmación valía por todas las filosofías. Me sumergía, me arrebatava. Me abría infinitos horizontes. Por de pronto, cuánto más agradable era no ser nada que ese montón de corpúsculos charlatanes, dolorosos y tristes, que era preciso llamar de algún modo. ¡Qué descansadora era la negación absoluta! Ni un pensamiento, ni un sentimiento que se resistiera. En cuanto aparecía uno o el otro: "¿Sus documentos? —exclamaba yo—. ¿De dónde vienen ustedes? ¿Sus intenciones?" Los hundía, los rechazaba despiadadamente. Válidos o no. Me revolcaba en el vacío producido así.

Esto no duró mucho tiempo. "Usted no es nada. Usted puede ser todo. Usted puede ser. Únicamente, cuidado a la derecha, cuidado a la izquierda, atención, más atención, siempre atención, todavía un poco de atención, no se identifique con sus sensaciones, usted es como el niño que aprende a caminar ¡Más despacio! ¡Siga a su niñera!" La niñera era yo: yo también. ¡El crío y la niñera! ¿Cómo no equivocarse? No obstante, me esforzaba por representar convenientemente estos papeles. Me prohibí toda crítica. Llegué a no vivir más que para esas tres horas semanales, durante las cuales se nos predicaba la buena palabra. Nos sentábamos, y nada de cigarrillos, ¿eh?, es ésta otra pequeña victoria que usted alcanzará sobre sí mismo, ¡los pequeños arroyos forman los grandes ríos! Y bien, una docena de almas prudentemente sentadas que escuchan excelentes recetas de metafísica. Muy sensato, todo esto; innegable, la conciencia que no se conoce, el hombre mecánico, y aun el hombre número 1, el hombre número 2, el hombre número 3, el hombre número 4, el que usted llegará a ser cuando las ranas críen pelo. Pero cuanto más se avanzaba, más todo eso se volvía teórico, como para creer que no estábamos hechos de carne y hueso, y que podíamos caber enteros en esos gráficos, esas cifras, esos redondeles que pretendían explicar todo, resolverlo todo y que desembocaban derechito en la inmortalidad. Las leyes cósmicas, la influencia de los planetas sobre mi comportamiento, la luna como rodrigón, no, yo ya no me re-

conocía. Esto no me interesaba más. Yo rezongaba. Ahora tenía la impresión de asistir a sesiones de escamoteo. Entonces, todos los que estábamos no empezábamos a existir sino después de tirar por la borda aquello que mejor nos caracterizaba. Nuestros gustos, nuestros más tenaces sufrimientos, nuestros apegos más caros, al mar. Francamente, era mucho. Demasiado. Y todo ello por obtener la paz, el deslumbramiento virginal del catecúmeno. Y si, vacilando ante ese sacrificio, yo me atrevía a preguntar: "Pero, de todos modos, mis grandes hombres: Rimbaud, Lautréamont, Breton, sí, Breton también, los conservo, ¿no es cierto? ¿Conservarlos? ¿Quiere hacerme el favor de mandarlos a pasco? ¡Todo eso es falso, es relumbrón!" Para obtener el visto-bueno, discernido a los niños buenitos. Por fin, rompí. Me rehusaba a que me desvalijaran completamente. Y volví al fango. Se entiende que no olía bien. Pero olor por olor, prefería todavía el mío al del recién nacido. Por lo menos, estaba acostumbrado a él.

## V

*Una joven: Irène-Carole Reweliotty. — Los tuberculosos de la meseta de Assy. — El encuentro con Luc Dietrich. — La necesidad de seducir. — Una orden de Gurdjieff. — Irène y el mal de su generación. — Una amistad amorosa. — Irène piensa romper con la Enseñanza. — Se la presentan a Gurdjieff. — La proposición durante la cena. — El derrumbe. — Fuga hacia la montaña. — La extraña muerte.*

Como Paul Sérant, yo no podría hablar sin emoción de Irène-Carole Reweliotty, muerta a los veinticinco años. Al evocar aquí su historia no trato de suscitar el escándalo, pero es preciso que las cosas se digan.

Durante la ocupación alemana, Irène se enfermó de tuberculosis. Fué a cuidarse en Alta-Saboya, en la meseta de Assy.

En la meseta de Assy, cubierta de nieve seis meses, mueren o sanan millares de tuberculosos. Durante las horas de paseo, después de los largos descansos mañaneros y la siesta obligatoria, se ven por los caminos racimos de jóvenes y muchachas con rostros inflados y rosados, de ojos brillantes. Por unas semanas fui huésped de la farmacéutica del lugar. Desde el balcón miraba pasar esa muchedumbre, llena de ayidez de vida, sensual y cargada de las secretas meditaciones de esas largas horas de reposo forzado, a menudo sonriente de esa risa nutrida de fangosas angustias; veía desfilar personas con apariencia fresca y dichosa, a quienes su hoja de temperatura fascina sombríamente y que, bajo las sábanas, conocen todos los frenesíes, las curiosidades, las exaltaciones e interrogantes de la carrera contra la muerte, esos monjes que se evaden por un instante del convento de sus cuerpos amenazados. Tomábamos café, hacíamos girar un disco de Charles Trénet, y acodados al balcón, nosotros

los habitantes del país de los vivos seguros de vivir, mirábamos y escuchábamos el recreo de los escolares del miedo, contemplando ese vasto paisaje inmóvil y puro.

La farmacéutica era una discípula de Gurdjieff y había hospedado ya en su casa a Luc Dietrich y a su amigo Lanza del Vasto, lo mismo que a René Daumal. En esa época yo no quería ya oír hablar de Gurdjieff y, huésped llena de tacto, la farmacéutica me ahorraba los discursos sobre la Enseñanza y dejaba que yo preparara en paz conferencias sobre el surrealismo, destinadas a los enfermos de un gran sanatorio de la meseta. Pero en los días en que llegó Irène había grandes reuniones de discípulos enfermos y la joven se encontró naturalmente con Luc Dietrich, a quien la publicación de su libro de recuerdos: *Le Bonheur des Tristes*<sup>1</sup>, escrito por consejo de Lanza del Vasto, había hecho célebre. Irène tenía veintiún años. Quería ser escritora. Luc Dietrich ejerció muy pronto sobre ella gran influencia. Usaba todos sus encantos. Lo que sabía de la doctrina de Gurdjieff comunicaba a su conversación un encanto más, que no dejaba de utilizar. Le era necesario seducir. A despecho de las reticencias de Lanza del Vasto, volvió a ponerse en manos de Gurdjieff. Éste, para liberarlo de su encadenamiento al amor de las mujeres (Luc se inflamaba al primer encuentro, creía en el amor único, se desgarraba el corazón y el resto, vivía de pasiones), para impedir que se identificara con su deseo, que confundiera el deseo del hombre mecánico con el amor que sólo puede sentir el hombre que ha llegado a la "conciencia objetiva", lo había condeñado a poseer una mujer por día. Dietrich había aceptado ver en eso un "trabajo" de liberación y consagraba a esa tarea sus horas. Por otra parte, adoraba con locura introducirse en las almas y construirse a toda prisa "un nidito" en el corazón del otro. No se trataba de poseer a Irène, muchacha ardiente, pero virgen de larga resistencia, de prolongado combate. Sin embargo, se podía intentar ubicarla en las reservas de un porvenir no muy lejano y, entretanto, influir en profundidad, dar libre curso a la necesidad de seducción espiritual.

Irène no había establecido todavía ninguna comunicación real con el mundo exterior, con los seres, con la tierra, como todas las jóvenes y muchachos de esa edad y de esa calidad, aún no salidos de la soledad de la adolescencia, de una soledad agra-

<sup>1</sup> Ediciones Denoël.

vada por la guerra, por el estallido de acontecimientos a los que no se sentían ligados en absoluto, por el derrumbe de todos los valores, creencias, esperanzas y formas de vida de los mayores. Irène vivía, pues, con la mirada vuelta hacia ella misma. Cuando escribía, cuando pintaba, lo hacía desde el fondo de esa soledad menos deseada que impuesta y sentía perfectamente que de semejante soledad sólo podían surgir pensamientos, imágenes y palabras invertidos. Pues bien, Luc Dietrich, en nombre de la Enseñanza, hacía entender que era posible pasar de lo invertido a lo verdadero, a lo bello absoluto, del lenguaje del limbo al verbo divino. Hablaba de la solución de las soluciones, la prometía, rodeándola de un misterio romántico. Y además, en su exterior, era un hombre seductor, con un pasado rico en aventuras, artista ya conocido, atento y juguetón, grave y malicioso, hábil y tierno, rodeado de amigos y de mujeres encantadas.

Se adivina que los males de una adolescencia prolongada por la guerra, una introversión natural, la ambición literaria, la ambición más noble de "poseer la verdad dentro de un alma y un cuerpo", las meditaciones sobre la vida y la muerte provocadas por la enfermedad, el deseo de escapar a la condición humana ampliamente difundida en esta generación y, por fin, la amistad amorosa por Luc Dietrich formaron una mezcla insólita que debía proyectar a Irène lejos de toda seguridad.

Dietrich hizo que se encontrara, en la meseta de Assy, con algunos discípulos, entre los que se hallaba René Daumal, que la deslumbró con su erudición sobre la filosofía oriental. Cuando Irène regresó a París, se sumergió en "los grupos" con el frenesí que ponía en todas las cosas.

Sin embargo, comenzó a sentirse incómoda. Conoció la rebelión y la desesperación expresados por Pierre Minet en el testimonio que acaban de leer. Unos días ante de morir, Luc Dietrich le escribió para aconsejarle que se alejara un poco del "trabajo". La sentía desgarrada interiormente, desequilibrada y, de pronto, tuvo miedo. Ella continuó frecuentando "los grupos" por fidelidad a su memoria. René Daumal murió también. Irène se doblegó, vaciló, pensó en romper con el "trabajo". Fué entonces, en el momento en que comenzaba a dudar de la sinceridad de algunos miembros de la sociedad de Gurdjieff con la que se había unido, de la posibilidad de alcanzar ese estado sobrehumano con el que la hicieron soñar, cuando una discípula decidió presentarla a Gurdjieff en persona. Irène no lo había encontrado nunca. Du-



daba de algunos, pero en absoluto de ese hombre de quien Dietrich y Daumal hablaban con suma veneración. Era verdaderamente "Aquel que abre la puerta", el Maestro. La invitaron a una cena, en la calle Colonel-Rénard. Ahora iba a empezar realmente la gran aventura. Era, quizá, el primer día de "otra vida".

La cena transcurrió como de costumbre. Durante esa cena, abruptamente, dirigiéndose a ella en ruso, mientras ningún otro huésped entendía ese idioma, el viejo le dijo que fingiera partir con los demás, al final de la comida, y volviera en seguida. Irène no sabía cómo interpretarlo. Tuvo miedo. Se fué con todo el mundo. Desde un café de la avenida Wagram telefoneó a Gurdjieff. Dijo que su madre la esperaba y que no podía regresar a su casa. Entonces Gurdjieff la insultó en términos que parecían no ocultar nada de sus intenciones. Era el Rasputín furioso. En Irène se produjo un profundo derrumbe, un profundo horror, una desesperación total. Al día siguiente fué a ver a la discípula que la había presentado a Gurdjieff y le declaró que rompía con la Enseñanza. Se le dijo cuanto podía hacerle el mayor daño, se la abofeteó y se la echó. Enloquecida, despojada, partió para la meseta de Assy, para tratar de recuperar la calma. Unos días después de su llegada, tuvo un ataque cardíaco que nada hacía prever.

Su última carta, a la madre, del 2 de agosto, dice así:

"Querida mamá, terminaré por creer que G. me ha echado el mal de ojo".

Murió el 11, sin que los médicos pudieran comprender el porqué.

Su hermano (músico de jazz muy conocido) la veló en la cámara mortuoria y creyó ver aparecer a Gurdjieff, a quien no había visto nunca, pero a quien *reconoció*. Uno de sus jóvenes amigos fué a visitar a un célebre escritor, perfectamente capacitado para hablar de Gurdjieff. Quiso interrogarlo sobre la muerte de Irène. "Si le importa su propia persona, procure no mezclarse en este asunto", respondió el escritor.

Irène-Carole Reweliotty ingresó en el diario *Carrefour* al día siguiente de la Liberación. Félix Garras, el director de ese hebdomadario, y su amigo Henry Muller publicaron el diario íntimo de la joven, en las ediciones de *La Jeune Parque*.<sup>1</sup> He aquí la selección de las páginas que me he permitido realizar.

<sup>1</sup> Bajo el título de *Diario de una joven*, con un prefacio de Patrice de la Tour du Pin.

## VI

### EXTRACTO DEL DIARIO INTIMO DE IRENE-CAROLE REWELIOTTY 1942.

Seis meses más tarde.

*Sábado 27 de marzo.*

He estado hoy en casa de Luc Dietrich, llena de reconocimiento, después de haber leído su *Bonheur des Tristes*. Me dijo: "Hábleme como a un amigo. Deseche todo barniz y todas las convenciones. Sea la verdadera Irène." Casi lo he logrado. Me ha hablado del Arte, que es ante todo verdadero, de lo bueno, de lo bello. Me ha hablado de él y luego de mí. Me ha animado a reanudar este diario. Me parece que ahora tanteo menos en el camino del pensamiento.

Debo ser severa frente a mí misma. Conquistarme a mí misma y exigir de mí lo mejor y no lo pasable y lo fácil. ¡Oh! quisiera realizar, crear. Estoy en un recodo de mi existencia. Por fin, estoy curada y la vida está delante de mí. Es ahora o nunca cuando debo tomar el buen camino.

#### TRABAJO

(Y ojalá dure)

El estudio de mí misma será el estudio de mi mentira.

Voy a aprender a conocerme.

Voy a mirar dentro de mí con la finalidad de una elección:  
aprenderé a elegir. SABER ELEGIR.

Saber elegir, sin ser esclava de lo que agrada o desagrada, saber elegir lo que me hace falta, aquello que necesito. Aprender qué es bueno para mí.

Pretendo alimentar a la muchedumbre en el sentido del artista y hasta ahora no he buscado diferenciarme (interiormente) de la muchedumbre.

Para enseñar a los demás a verse, a encontrarse, es preciso que yo me vea y me encuentre.

Lo peculiar de la infancia es crecer. Volver a la infancia, no es complacerse, no es retornar a la puerilidad, a la chochez, a la travesura: toda la gama de la falsa sensibilidad. No se trata de caer en la infancia, sino de encontrar de nuevo la infancia, es decir continuar creciendo.

#### IR AL CIRCO

Voy a ir al circo. El circo, soy yo. Voy a procurar a la vez, ser el que mira el circo y el circo mismo.

Veré las diferentes Irène: la sincera, la mentirosa, la comedianta, la golosa, la niña, la falsa niña, la generosa, la avara, la afectuosa, la seca, el abogado general, la vanidosa, la deprimida, la indiferente, la entusiasta, etc.

No OLVIDARSE.

Es decir, acordarse de lo que se quiere ser, llamar a la memoria lo mejor de sí mismo. Procuraré agarrame en flagrante delito.

Procuraré, a la vez, detestarme y amarme, es decir amar en mí aquello que es verdadero, real y no lo pequeño y débil en mí que tiene la necesidad de ser desarrollado. Detestar, detestar hasta la muerte toda la parte ficticia: hojalata, celuloide, etc., todo el lado que se pavonea y hace comedia.

*Vichy, fines de julio de 1942.*

Gano en inteligencia, en sangre fría, en habilidad lúcida.  
Pierdo mi corazón.

Cuando releo mis recuerdos anteriores a mi llegada, comprendo con asombro que estoy completamente cambiada.

Se produjo algo así como una rotura.

¿Me encontraré como antes, al salir de mi sueño actual? Pero ya no soy en absoluto la misma. Y pienso en la "muda" de que me hablaba Annette C... Tenía razón ella.

En dos meses dejé mi infancia.

*11 de junio de 1945.*

Si no consigo vencer mi bienaventurada letargia, estoy perdida, paralizada por los sueños que movilizan mi mente y, así lo creo, mis tres centros a la vez.

¿Cómo demonios servirme de la enseñanza del grupo de Gurdjieff? Toda esa gente y sus preguntas son tan sórdidas...

Sólo lo bello me resulta soportable. Soy como Lanza del Vasto. Por otra parte, me gustaría conocerlo más.

*Miércoles, 20 de junio.*

Escena de explicación con Mme. D. Era necesario que el absceso reventara. Todo esto es por mi bien. Luc detestaba la complacencia.

Así que "ellos" procuran acorralarme y tal vez, finalmente, lo lograrán (el grupo de Gurdjieff).

Aun la exaltación de los claros de luna no es verdad.

Pero yo soy una máquina de palabras, hago literatura con todo y nada, y me detesto y estoy hastiada de mi vanidad, de mi pereza. La tarea es inmensa. ¿Podré llegar?

Este libro, ¿cómo puedo atreverme a escribirlo si no tengo nada que decir y todo que aprender?

Alucinación... se diría que es Luc quien dicta.

Prácticamente, quiero exigir, exigir aún de mí y obligarme y forzar mi retiro satisfecho.

Sé perorar muy bien. En realidad, me revuelco en la vanidad. Esto cambiará.

Ante todo, reservar verdaderamente los momentos. Esta será mi primera tarea.

Verdaderamente, esta noche me odio y está muy bien así.

*1º de julio.*

Me despego, me desprendo..., y pronto no amaré ya nada ni a nadie, estaré preparada para mi libro.

¡Ay de mí! ¿no se parecerá un poco al *Idiota* de Dostoievsky, mi hermano de cansancio, que descubro de repente?

“Su” mundo de razonamientos, de ejercicios, de elucubraciones ordenadas, no es el mío (el grupo de Gurdjieff).

Sólo puedo sentir y no desear.

*11 de julio.*

Grupo Gurdjieff. ¡Oh!, los miserables, la miserable.

Los demonios de la duda están en mí ahora. Llamo a Dios y nada, nada, el miedo. Han querido echarme a perder a Luc y destrozarme a Dios. ¿Verdaderamente, soy una porquería, una prostituta? Sí, tengo el amor de mí. ¿Será ésta mi religión, este reconfortante y monstruoso contento? Sí, yo no he sido como hubiera debido ser. Pero, ella tampoco.

¿La noche? Me retuerzo en la mayor crisis que haya tenido nunca, puesto que Dios, no, mi creencia en Dios está en juego. Tengo miedo. No existe nada. El mal y la facilidad en todas partes. ¡Oh! ver CLARO.

*26 de julio.*

Me parece que mi estado I, fisiológico, el de la esencia, es una inmensa indiferencia o, tal vez, una especie de monólogo interior y adormecido y que sólo produce una brusca chispa a muy largos intervalos. El estado II, adquirido, la personalidad, el enfermizo trastorno de la que busca cinco pies al gato.

¿A qué estado pertenecen mis minutos iluminados, aquellos en los que veo con tanta claridad el final del camino y, a veces, el camino mismo en un entusiasmo magníficamente aterrizado? Sin duda, esto es la prima, las primas gratuitas del estado I.

¿Seré un monstruo de egoísmo?

Ya no lo sé. ¿Acaso todos mis entusiasmos, mis amores, mis impulsos, mis alegrías y mis cóleras y hasta mi visión de Dios, son sólo una indecente y obtusa manifestación de egocentrismo?

*27 de julio.*

Soy una campesina. Pertenezco a la tierra. De ella vengo y retornaré a ella.

Oh, Dios, en ese diálogo con el viento, Tú me has respondido. No, mi exaltación no era artificial.

Te he rogado, te he hablado. Volveré a combatir, puesto que Tú lo quieres. Pero es a Ti a quien pertenezco ante todo, pues Tú solo me conoces y conoces mi verdadero lugar y sólo Tú sabrás colocarme en él cuando llegue el momento.

Estas personas, qué orgullosas (el grupo de Gurdjieff). No es "Yo soy" lo que hay que decir, sino "Él es".

No reconozco a ningún hombre el derecho de apoderarse de mi vida espiritual.

Mi salvación es un asunto que se arreglará entre Dios y yo.

Esto es todo.

Acabo de ver que yo amaba a Dios.

Duermo en el centro del mundo.

## VII

*Una carta de un desconocido. — El testimonio de René Dazeville: "Seis meses junto a un discípulo de Gurdjieff". — Lectura de Ouspensky y descubrimiento del discípulo. — Una recaída después de once años de curación. — El endurecimiento y el desprecio de la moral. — Los "amigos" vienen a hurgar en la habitación del muerto. — Una víctima física de la Enseñanza. — Un hombre que arriesgó su vida para intentar la conquista de la verdad.*

Cuando iba compilando los últimos elementos de este libro, recibí la carta de un desconocido, joven abogado obligado a vivir varios años en un sanatorio de Saint-Hilaire de Touvet. Casado, padre de un niño desde hace unos meses, me escribía con la esperanza de que yo pudiera procurarle un puesto de lector en una casa editorial, o una columna de crítica literaria en un diario. Incidentalmente, aludía a un artículo que yo había publicado en mayo de 1952, en el semanario *Arts*. Ese artículo, escrito con motivo de la publicación de un libro póstumo de René Daumal, evocaba a Gurdjieff, las tentaciones y las dificultades del escritor en los "grupos". Mi corresponsal me comunicaba que tuvo un amigo discípulo de Gurdjieff y que opinaba que el amigo había muerto víctima de la Enseñanza. He visto en tal carta uno de los múltiples signos que el azar me dirigía desde que había empezado la redacción de este libro e incité al desconocido a que escribiera lo que había visto, oído y comprendido junto a su amigo, resuelto a dar a la publicación esas páginas, cualquiera que fuese su interés, a fin de no dejar que se desvaneciera ninguno de estos signos.



## SEIS MESES JUNTO A UN DISCÍPULO DE GURDJIEFF

Siete años de sanatorio no enriquecen a un hombre. Ése era mi caso al comienzo de 1952. Tuve entonces el vivo deseo de leer una recopilación de traducciones taoístas, aparecida en 1951. Fue imposible hallarla en la biblioteca, surtida sobre todo de novelas policiales y premios literarios. Y mis medios no me permitían adquirirla.

Al azar de la conversación, comuniqué mi decepción a S. A., uno de mis camaradas, un muchacho encantador, antiguo y valiente húsar de la guerra de 1940, pero poco atraído por el taoísmo y cosas por el estilo. Sin embargo, todo llega. Días después, irrumpió en mi habitación, feliz de poderme anunciar que había encontrado a un "tipo", poseedor de dicho volumen y que consentía en prestármelo. Me traía el libro, pues su propietario se disculpaba por no poder hacerlo personalmente, porque salía poco de su habitación, como yo; pero me prometía una visita en breve.

Apenas tuve tiempo de pensar en qué clase de persona podía ser un enfermo que poseía en un sanatorio popular un libro tan poco común como el que yo deseaba, cuando una tarde —debía ser a fines de febrero o comienzos de marzo— apareció mi húsar en compañía del devoto de Lao-Tse. Después de las presentaciones, entablamos la conversación comenzando por las generalidades corrientes. Aquel que se iba a convertir en mi interlocutor casi diario, durante varios meses, era un hombre que ya había pasado los treinta años, muy delgado, por no decir flaco, con una fisonomía interesante y aspecto general bastante bohemio, descuidado, pero limpio. Adornado de una larga cabellera, un poco excesiva, y un leve bigote caído; la cabeza, sobre el cuello descarnado, era muy huesuda, consecuencia sin duda de la enfermedad. Las manos largas, pero sólidas. Tal como era, me hizo pensar en Rainer-María Rilke y en algunos otros... pero, claro está, en realidad no se parecía... sino a sí mismo.

Permanecemos los tres juntos hasta el toque de queda. "El enlace" se produjo esa misma noche y, cosa curiosa, a causa de nuestro amigo común el húsar, quien, por su lado, había pasado no pocas fatigas antes de caer como nosotros en un caravanserrallo de tuberculosos. Del libro, causa de nuestro encuentro, pasamos por asociación de ideas a las sociedades secretas del Extremo Oriente, luego del Oriente al Occidente y a las agrupa-

ciones más o menos extrañas que se encuentran todavía. S. A. exclamó de repente: "¡Lo que se encuentra de bichos raros y de estafadores en esos medios! Tengo una camarada que pertenece a los grupos de Gurdjieff. Es todo lo que me ha dicho o casi todo, pero tengo la impresión de que deben hacerle tragar una buena cantidad de cuentos... ¡y no gratuitamente!"

Esta broma, lanzada sin la menor intención, hizo reaccionar vivamente a mi nuevo visitante L. N., quien hasta entonces había hablado y escuchado con toda calma. En pocos instantes tomó la defensa de los grupos de Gurdjieff en una forma tal que era imposible no darse cuenta de que estaba al tanto de estos asuntos: L. N. pertenecía a dichos grupos. Por otra parte, se percató de que se había descubierto y, buen jugador, instantes después confesó su afiliación.

Esto constituía para mí la segunda coincidencia curiosa en pocos días, porque justamente acababa de recibir el libro de Ouspensky: *Fragmentos de una Enseñanza desconocida*. Por razones personales, yo tenía interés en conocer desde "afuera" todo cuanto se podía sobre Gurdjieff y su Enseñanza, sobre todo después de haber leído las notas sobre ese libro, aparecido desde hacía más de un año. Esta vez yo estaba magníficamente servido, ya que además del libro, tenía la posibilidad de un contacto directo con un discípulo del maestro georgiano. Una vez pasado el pequeño incidente, la conversación retomó pronto un tono amistoso, pues nuestro amigo, verdadero azogue, pero buen muchacho, dejó su tono de burla y yo, por mi parte, aceité en la mejor forma posible los engranajes de la conversación.

Era invierno de montaña, duro y nevado. Yo estaba un poco fatigado, sobre todo, sofocado, más aún que mis amigos, y L. N. tomó la costumbre de bajar a mi habitación al anochecer, dos o tres veces por semana, para pasar una o dos horas conmigo solo, o con S. A.

Por diversas razones, fáciles de comprender, yo estaba resuelto a no plantear ninguna pregunta indiscreta a L. N., decidido a formarme una opinión sobre la Enseñanza por aquello que quisiera decirme de ella. Por otra parte, tenía el libro de Ouspensky, que me puse a estudiar seriamente, un poco a costa del taoísmo. Al percatarse de que yo me interesaba por algunas cosas aparentemente similares a las que constituían la finalidad principal de su vida, y al ver que lo tomaba en serio, L. N. se mostraba más abierto en nuestras conversaciones cuando estábamos solos.

De modo que en un mes, aproximadamente, habíamos “desbrozado” bastante terreno, cambiado nuestros puntos de vista recíprocos sobre el esoterismo, el exoterismo, sus relaciones, etc., en las tradiciones pasadas y actuales. Lo suficiente como para comprobar que estábamos de acuerdo sobre bastantes puntos, a pesar de que hubiera algunos problemas primordiales que yo me cuidaba mucho de formular y que L. N. no abordaba jamás. En un sentido, en esa época, yo no me inquietaba demasiado, pues sabía que para hombres como L. N., la discreción y la reserva son de rigor, con toda razón, por otra parte. Por lo menos, cuando se trata de detalles prácticos de realización de una ascesis espiritual esotérica.

En eso, dos acontecimientos modificaron nuestros hábitos. Primero la partida de S. A., de quien guardaré siempre un excelente recuerdo, pues fué un buen “compañero de enfermedad”, y lo que fué más penoso, la agravación pulmonar de L. N., que tuvo serias hemoptisis. Estábamos, si mis recuerdos son exactos, a fines de abril de 1952. En estas condiciones, no era posible que continuara viniendo a verme. Debía permanecer en la habitación y guardar un reposo casi absoluto. Sin embargo, nos habíamos convertido en buenos amigos y cada vez que se sentía mejor, me pedía que fuera a verlo unos instantes, sobre todo de noche, antes de las veintiuna, lo que hice sin exagerar, pero gustoso. Además de mi deseo de formarme una opinión sobre la Enseñanza, sentía sobre todo, detrás de la impassibilidad y sangre fría de L. N., cuán aislado se encontraba en ese sanatorio popular, qué feliz era al poder charlar un poco, lo más serenamente y con la mayor calma posible, sobre cosas que le preocupaban tanto.

Fué entonces cuando, tal vez porque su estado lo impulsaba a confiarse más, me hizo algunas confidencias especiales sobre esa “Enseñanza llamada desconocida”, que desde la aparición del libro de Ouspensky había ocupado por un tiempo la crónica.

He aquí algunos de los datos precisos que he oído de su boca. L. N. provenía de una familia muy modesta y bastante numerosa; cayó enfermo de los pulmones apenas salido de la adolescencia y se había cuidado dos años antes de que se lo considerara estabilizado —*es decir, unos doce años antes del regreso al sanatorio*—. Vivía con su familia en los suburbios y llegó a sentirse lo bastante fuerte como para trabajar en distintos oficios que consideraba más o menos secundarios, pues su inclinación lo llevaba hacia las Bellas Artes, sobre todo hacia la pintura, cuyos

rudimentos aprendió en sus horas libres. Tenía innegable talento, porque he visto algunas realizaciones modernas suyas —me obsesionó con unas cuantas de ellas—, muy apreciadas por personas entendidas. Llevaba una vida normal bastante cansadora, pero aguantaba, lo que demuestra que había dominado su enfermedad suficientemente. Gracias al ambiente de artistas y de estudiantes que frecuentaba, se produjeron sus primeros contactos con la Enseñanza. Ignoro la fecha exacta, pero el acontecimiento debe haberse producido después de la guerra, en París. L. N. experimentó una gran impresión y en seguida estuvo “bien agarrado”, como se dice. En cuanto a todo aquello que se refiere al fondo “doctrinal” de la Enseñanza, no me dijo más de lo que se puede encontrar en el libro de Ouspensky, pero se le escaparon detalles prácticos de realización personal que me hicieron reflexionar sobre los peligros del método de Gurdjieff: L. N. en quien debieron encontrar un “sujeto” particularmente ardiente, se dedicó a ejercicios respiratorios muy complicados. Durante algunas “sesiones colectivas” se entregaba horas enteras a ciertas danzas simbólicas, cuyo ritmo agotador no hubiera soportado nunca si no hubiera entrado entonces en cierto estado segundo. “¡Terminaba literalmente empapado de sudor de pies a cabeza!”, me dijo varias veces. Y todo esto además de sus horas de trabajo, los estudios de pintura y las dificultades materiales de la existencia. Si lo he comprendido bien, en esa época abandonó por completo los alrededores de la ciudad y el aire relativamente sano que ahí encontraba, para vivir miserablemente en París, completamente subyugado por sus nuevos amigos.

Y... lógicamente, sucedió lo que debía suceder. Pudo aguantar durante largo tiempo, merced a una fuerza nerviosa excepcional; luego, poco después de haber tenido el honor de asistir a los últimos momentos del “Maestro Gurdjieff”, tuvo, ¡después de once años de estar sano!, una recaída tuberculosa muy grave y hubo que internarlo en un hospital urgentemente a causa de una bronconeumonía que por poco acaba con él. Salió de ella con lesiones muy graves, una evolución bilateral imposible de detener, dado su lastimoso estado general. Creo que su traslado a la montaña, al sanatorio donde yo me encontraba, se debió a la intervención de algunos de sus “amigos”. Pero él ignoraba lo que yo supe luego: desde el punto de vista médico oficial, se lo consideraba perdido, sin la menor posibilidad ya de tratamiento mecánico, ni siquiera de antibióticos. Sin embargo, él no se hacía

ilusiones sobre la gravedad de su estado. Nunca, en ningún momento de nuestras conversaciones, ni con una alusión, estableció relación de causa a efecto entre las prácticas de la Enseñanza y su recaída. ¿Qué pensaría verdaderamente en lo más hondo de su ser? Soy incapaz de decirlo, pero pienso más que nada que no lo quiso reconocer, tan seguro estaba de la infalibilidad total de sus instructores en todos los dominios. Si por el momento dejo de lado lo relativo a los peligros físicos de la Enseñanza, dejaré en su activo, en lo que se refiere a L. N., un notable dominio de sí mismo, un gran desarrollo de la voluntad, mucho valor físico y moral, y un serio poder de atención. Es probable que haya adquirido algunos resultados en el plano psíquico, pero esto no prueba nada en cuanto a la validez intrínseca de la Enseñanza.

A pesar de la simpatía que yo experimentaba por ese hombre, siempre sentí con respecto a él un malestar indefinible, provocado por la impresión de un *endurecimiento* incompatible con todo verdadero desarrollo espiritual. Quisiera que se me comprendiera bien aquí, *toda verdadera "ascesis esotérica" exige un progresivo alejamiento, un desapego, y la gradual obtención de una impasibilidad exterior, signo aparente de la estabilidad interior.* En otros términos, la "vía seca" es diferente de la "vía húmeda", como decían los alquimistas. Pero si no sigue los senderos del misticismo extérico y no debe acordar a la pasividad y al moralismo la importancia de prácticas únicamente religiosas, no puede hacer caer en el "inmoralismo" aun inconsciente. *Quien puede lo más, puede lo menos, y el sabio es moral, por añadidura, si puedo decirlo así.* Ahora bien, me parece que mi desdichado camarada, en numerosos asuntos "para-esotéricos" empleaba una dialéctica casi "luciferina" y era partidario de una vida casi luciferina, para utilizar una expresión cristiana. Lo que, en mi opinión, prueba muy bien que si bien la Enseñanza permite la obtención de ciertos "poderes psíquicos", no facilita de ningún modo el acceso a los verdaderos "estados" espirituales del ser.

Por esto, a pesar de varias sugerencias discretas de L. N., nunca me dejé tentar por la idea de ingreso en los grupos del así llamado "Maestro Gurdjieff".

Sea como fuere, en junio-julio de 1952, las hemoptisis de L. N. se detuvieron, pero se veía bien que le costaba remontar la cuesta, tan maltrecho se encontraba. En su cuerpo aparecieron fenómenos cutáneos que, según creo (no soy médico) eran los signos de

una grave descoagulación de la sangre. Numerosos puntos rosados brotaban y desaparecían bruscamente, sobre todo en los brazos y las piernas. Se le suministraron algunos medicamentos... ¡pero en el estado en que se hallaba! Se estaba poniendo esquelético, ya no comía. Sin embargo, conservaba bastante energía y lucidez como para continuar una correspondencia seguida con sus "amigos", algunos de los cuales vinieron a verlo a veces, para leer, meditar... y charlar conmigo unos instantes cada día.

Sus amigos y yo hicimos lo posible durante un tiempo para procurarle un medicamento aún no homologado, para que intentara su última posibilidad, sobre todo porque aparte de su mal estado general, no parecía hallarse peor que dos meses antes.

Pero el desenlace sobrevino, rápido como un malhechor, tan rápido que sorprendió a todo el mundo en el sanatorio, donde, sin embargo, estábamos acostumbrados a presenciar toda clase de muertes. Un día o dos antes del 15 de agosto de 1952, lo dejé a eso de las veintiuna y quince, después de una conversación muy tranquila y en un estado exterior que no permitía sospechar la inminencia de la catástrofe. No fue un "adiós" sino un "buenas noches", como de costumbre. Exactamente a las veintidós y treinta, la enfermera nocturna oyó un timbrazo breve y débil. Cuando llegó a la habitación 207, encontró a L. N. sentado sobre el lecho, con la cabeza ligeramente inclinada, un hilo de sangre sobre la almohada. El pulso ya no latía. Cinco minutos más tarde, el médico, llamado urgentemente, comprobaba el deceso. Una hemorragia interna fulminante había provocado la parálisis de un centro vital del cerebro.

Supe su muerte al día siguiente, a pesar de que no se acostumbra en los sanatorios advertir a los enfermos de los acontecimientos de ese tipo, pero esas cosas se saben necesariamente. Tres días más tarde, algunos de nosotros fuimos a acompañar a nuestro camarada hasta el pequeño cementerio especial que la comunidad reserva a los tuberculosos definitivamente tendidos. Una cuñada y una hermana estuvieron presentes. *El entierro fue laico*, lo que me estrujó el corazón, pero yo no podía hacer nada.

Como yo había sido el único camarada asiduo de L. N., recibí luego la visita de uno de sus amigos del grupo, muy afectado por la muerte, pero cuya preocupación era, sobre todo, recuperar algunos papeles. Desgraciadamente, no pude ayudarle, porque la Administración, después de haber puesto bajo sello todas sus pertenencias, las había entregado a su familia.

Algunos días más tarde me visitó una joven que me dió a conocer, ¡la pobre!, algunos detalles suplementarios sobre la vida de L. N. antes de su entrada en los grupos de Gurdjieff. Éstos confirmaron el verdadero hecho, profundamente amoroso, de que había sido víctima mi camarada.

Aquí podría detenerse, y con razón, este relato, pero considero que el testimonio que me fué pedido precisa, sin caer en las generalidades, una conclusión que lo justifique.

Hago notar que no he escrito estas líneas por el vano deseo de que me "impriman". Hasta la aparición del libro de Louis Pauwels y de otros "testimonios" que ha agregado al libro, ignoro por completo cuál será, en definitiva, la lección que el autor quiere sacar. Algunos podrán objetarme que mi testimonio viene de "afuera": Pero si he aceptado entregar recuerdos tan particulares, es posible que tenga razones personales valederas.

Diré, entonces, por una parte, que me parece incontestable que L. N. fué, por lo menos, la "víctima física" de la Enseñanza a causa de *las prácticas a las que lo sometieron, a pesar de su antigua enfermedad.*

Por otra parte, todo pretendido esoterismo que no aconseja a sus "discípulos" apoyar su "realización" sobre uno de los exoterismos religiosos o no, existentes actualmente, que parece mofarse sistemáticamente de toda metafísica o teología, que por fin, insiste demasiado en los famosos "poderes psíquicos", me parece producto de un falso "maestro" *espiritual*, agente de una sublección muy sutil y tanto más peligrosa, cuanto que comprende, en algunos planos, explicaciones interesantes y válidas.

El poder de seducción de dicha Enseñanza se aumenta por el hecho de que condena los ocultismos y otras teosofías caídas en desuso, cuya falta de seriedad ha sido demostrada desde hace mucho tiempo.

Termino con un saludo a un muchacho que no olvidaré jamás. Sin duda, en nuestra época, los hombres mueren y morirán en cantidades espantosas, a la derecha, como a la izquierda, pero cada vez serán menos numerosos aquellos que son capaces de consagrar, digamos de sacrificar su vida, aun a riesgo de un error, a la sola búsqueda de la Verdad Única. Mi camarada pertenecía a aquéllos. Que logre, de todos modos, seguir su vía.



## VIII

*Donde se recordará la visita que una tarde me hicieron dos jóvenes norteamericanas aterrorizadas. — Corta presentación de las nuevas Desgracias de Sofía.*

En el prefacio de este libro relaté la visita que una tarde me hicieron dos jóvenes norteamericanas en el colmo de la inquietud. Cuando esas dos muchachas, Patricia Maguirre y Frances Rudolph ingresaron en los "grupos", Gurdjieff acababa de morir. Ellas "trabajaron" bajo la dirección de Mme. de Salzmán y de algunos de los instructores que hoy aseguran la existencia y el desarrollo de la empresa. He dicho, por fin, cómo rompieron con la Enseñanza y huyeron bruscamente de Francia.

A bordo del barco y en un chalet que da al océano, Frances Rudolph redactó la crónica que ustedes leerán. Es una crónica ingenua y cruel de la vida de los "grupos". No puedo decir en qué medida los malestares que embargaron a Frances y a su amiga son imputables a la Enseñanza. Creo que esas dos jóvenes, intelectuales desarraigadas, que vivían en París como bajo una campana se acercaron a este asunto con mucha crispación y se hicieron rápidamente víctimas de obsesiones. Pero nadie intentó liberarlas de esas crispaciones y obsesiones, todo lo contrario. Ahí está lo más grave.

La crónica de Frances Rudolph (escrita en "americano" y que yo me esforcé por traducir fielmente) ilumina poco sobre la doctrina y no aclara los ejercicios prácticos más que con luz muy modesta. Uno no se encuentra del lado de los monjes y de las grandes vocaciones místicas, sino del lado de los curas de campaña y de las señoritas de la misa dominical. Y ese lado de la iglesia Gurdjieff está pintada como conviene. Esas nuevas Des-

*gracias de Sofía*<sup>1</sup> abren con manos infantiles las puertas de un infierno muy real. En cuanto a mí —pero es posible que yo haga interpretaciones al leer, que abulte ese texto con referencias completamente personales—, creo esta pequeña crónica muy cercana a una obra maestra.

<sup>1</sup> *Desgracias de Sofía*, libro de la Condesa de Ségur.

## IX

*La crónica de Frances Rudolph. — Belcebú en el parque de Baltimore. — Una joven feliz. — Una amiguita que creía en el diablo. — Descubro a Ouspensky en el colegio. — Historia del mago y los corderos. — El nuevo arte de ser cristiana. — París. — Primer contacto con Mme. Blank. — La reina en su lecho de raso. — Primeros ejercicios. — Sala Pleyel. — Me convierto en derviche. — Cómo y por qué se me humilla. — Dos marionetas feroces.*

Una tarde de primavera de 1950, en Baltimore, Maryland, en el parque de Mount Vernon Place, frente al Peabody Conservatory.

Feliz al sol, yo estaba sentada en uno de los bancos verdes con Pat Maguire, que leía en alta voz cierto libro de aspecto inofensivo. El libro en tres partes, se titulaba: *Una crítica objetivamente imparcial de la Vida del Hombre, o Cuentos de Belcebú a su nieto*. Era el primero de tres series de diez libros reunidos bajo el título colectivo de *Todo y Todo (All and Everything)*. Pat leía y yo estaba sentada, sin escuchar, porque después de un rato, eso se había vuelto espantosamente *aburrido*. El autor de ese trabajo fantástico había impresionado profundamente a Pat, cuando lo *vió* en Nueva York, un poco antes de su muerte en 1949. "El hombre más extraordinario que yo haya visto jamás", dijo. "Es difícil decir algo sobre él. Parecía absolutamente diferente de los seres comunes. No se podía decir si era gentil o no, alegre o triste. Era incomparable. Una ley para él solo, un absoluto. Sentí en su presencia, exactamente como Ouspensky, que estaba 'fuera de clase', que todas las barreras se habían desvanecido de repente. Me dió la impresión de un poder inmenso —una *dinamo*—. Yo sabía que habría hecho todo lo que me hubiera dicho que hiciera. Me dije: 'He aquí a mi profesor'."

Lo que decía Pat me parecía un poco vago. ¿Por qué había dicho: "He aquí a mi profesor"?

—¿No puedes precisar más? ¿Qué hizo?

Pat rió. "Se sentó sobre un diván, observándonos mientras tratábamos sin éxito de ejecutar movimientos muy complicados siguiendo direcciones anotadas. De pronto se levantó, metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de bombones. Los tiró en medio de nosotros y gritó: '¡Peleen por ellos!' Inmediatamente, cada uno se puso en cuatro patas y combatió alocadamente por los bombones. Yo estaba demasiado estupefacta para moverme. Era fantástico. Hay que haberlo visto para creerlo.

—Sí —dije—, creo que debería haberlo visto. ¿Cómo era tu profesor?

—Como una gran foca —un maravilloso bigote blanco caía sobre su boca—, como el hombre en *Esquire*, etc., etc."

¡Así era el autor de ese lío!

"Cualquier cosa que haya sido —pensé—, ¡no era escritor!"

Poco me importaba lo que podía ser, cuando era tan agradable sentarse al sol y mirar a mis viejas amigas las palomas que se estrechaban alrededor de la fuente, mientras desde las ventanas abiertas de Peabody se escapaban extrañas ensaladas musicales. ¡No habría clases durante dos días enteros, serenos y apacibles! ¡Y el placer de hallarme en compañía de mi amiga de Nueva York en ese fin de semana! Sentíame plena de alegría. Habitualmente, cuando venía al parque, no había más que palomas y yo y, como todo el mundo lo sabe, las palomas no hablan. Por eso, aunque la lectura de Pat me aburría, me sentía feliz de escuchar su voz. ¡De qué poco depende nuestra felicidad! Si hubiera tenido oídos para escuchar una pequeña parte de lo que Pat leía, hubiera podido evitar la pesadilla de la que acabo precisamente de despertar. Con seguridad, si no me hubiera sentido *aburrida* por el lenguaje embrollado, si no lo hubiera considerado como un absurdo inofensivo, si no hubiese oído más que una sola palabra, *Belcebú*, repito esa palabra, *Belcebú*, no hubiera caído en esa trampa solapada. Pero porque no presté oídos para escucharla, cedí sin quererlo a esa gran tentación llamada *el trabajo*.

Esa extraña aventura que termina ahora debía llevarme muy lejos de la identificación agradable, inconsciente, mecánica, que me permitía gozar de esa tarde de primavera llena de sol, del oleaje de música del Conservatorio, y de mi profunda simpatía

por mis amigos, las palomas y por mi amiga humana. Yo no sabía entonces que era una máquina y, como tal, inexistente, y que lo que no existe no puede experimentar placer por nada: "Ella" sentía placer o "ella" no sentía placer. Entonces no sabía esas cosas, pero las conocí pronto, gracias al *trabajo*. Es así cómo se cumplió la finalidad de George Ivanovitch Gurdjieff: "*Para destruir sin piedad, sin ninguna preocupación por los sentimientos del lector, las creencias y puntos de vista arraigadas en él desde siglos atrás, sobre todo lo existente en el mundo.*" Hasta el punto de llegar finalmente a esa "impasse", en que la única salida marcada por el *trabajo* era la muerte. Y la muerte esperaba. Pero, cosa extraña en alguien tan ferviente como yo en el *trabajo*: cuando esa máquina que soy yo, llegada a ese callejón sin salida, se encontraba en la muerte, entonces *ella* decidió, una vez llegada a este *impasse*, que si la única forma de adelantar en el *trabajo* se encontraba en la muerte, *ella* abandonaría el *trabajo* y retornaría al mundo de la ilusión. En el final de esa "impasse", se encontraba en la muerte, entonces *ella* continúa buscando, *ella* se convertirá en menos *ella* y más *Yo*. Tal vez. Puede existir esta probabilidad. Pero *ella* teme en su estado presente retardatario que la muerte no pueda ser el fin. La muerte espera todavía. Cada palabra que escribo ahora pone una mayor distancia entre ella y yo, o bien entre el *trabajo* y yo. Estoy decidida a mantenerla alejada hasta terminar el relato de la llamada *evolución consciente* que me condujo desde el descubrimiento de mí misma hasta esa "impasse" llena de gritos de la muerte y de ahí al comienzo de mi tentativa de vuelta a la vida (pues sólo comienzo la tentativa). Es una verdadera audacia por parte de una máquina pensar que puede escribir. Y es una tarea aún más difícil para una pobre máquina destrozada y cansada psicológicamente y torturada físicamente hasta la muerte, pero esa máquina que sufre extrañamente por su futilidad flagrante, quiere, no obstante, ensayar el relato algo coherente de su viaje fascinante y terrible a través del *Trabajo*, lejos de la vida hasta el umbral de la muerte. Esta máquina quiere ensayar porque por el ensayo puede encontrar el camino que la vuelva a llevar a la vida. Esta máquina, a pesar de ser simple máquina, no ha dejado nunca de querer la vida. No ha llegado a comprender del todo que una máquina no pudiera amar nada. En una palabra, esa máquina nunca ha creído, en la médula de sus huesos, que era una máquina. Por esta pequeña parte no mecánica enterrada profunda-

mente en el interior de muchas *ellas* en conflicto, esta máquina se atreve a escribir.

Cuando yo tenía catorce años, me encontraba como interna en el pensionado de la Visitación, en Frederick, Maryland. Allá, mi mejor amiga, B. . . , tenía permanentemente miedo de caer en manos de lo que las hermanas llamaban, riendo, *the old boy* (el diablo). "¿No tienes miedo de que el demonio se poseione de ti?", me preguntaba con sus ojos irlandeses llenos de temor delicioso.

"No", me encogía yo de hombros simplemente. "No." El miedo del demonio de B. no era para mí más verdadero que la convicción con que ella afirmaba: "Si vas del otro lado de la barrera que separa el pensionado del convento, serás automáticamente excomulgada." Evidentemente, desde que se me dijo tal cosa, he saltado la barrera y si me han excomulgado automáticamente, esto no me ha impedido levantarme cada mañana a las seis para oír misa. ¡Querida B.! Tú entraste al convento y, de ese modo te protegiste del maligno, mientras yo continuaba saltando barreras. Te faltaba razón, B., en parte, en lo referente a la barrera (sólo en parte) pero en cuanto al diablo, tenías perfectamente razón. Es muy real, y espera atrapar a los que no creen en él. Lo sé porque desde mayo de 1951, yo he estado comprometida en lo que, ahora estoy convencida, es el *Trabajo* del demonio, conocido también bajo el nombre de la *cuarta vía* o la *vía del hombre astuto*. Se entiende que no considero el *trabajo* más que como una actividad de un vulgar advenedizo en la jerarquía de los demonios, un pequeño demonio *snob* que se arrogó el alto y poderoso título de Belcebú. Pero un pequeño demonio no deja de ser demonio. Y aun el demonio más pequeño tiene un gran poder cuando no se conoce su verdadera naturaleza. Y un poder mucho mayor todavía cuando se lo toma por el hombre de Dios, ignorando su verdadera naturaleza y engañado por su hábil juego. Acabó de despertarme apenas y sólo ahora reconozco al lobo bajo la piel del cordero. Ahora somos dos, B. Tú te me habías adelantado.

En el comienzo, fué Ouspensky. Un día, poco después de que mi amiga Pat regresara a Nueva York, recibí un grueso volumen. Era el fatal *En busca de lo milagroso, Fragmentos de una enseñanza desconocida*, de P. D. Ouspensky. Comencé a leerlo en seguida y no leí ningún otro libro antes de llegar a la

última página de éste. Jamás hasta entonces habíame acercado a algo tan fascinante. Las clases se convirtieron en una interrupción terrible y los deberes nocturnos dejaron de existir. Yo había agarrado la manzana, el troncho y todo lo demás, ¿Qué decía el libro? Primero, lo que el título anuncia: *Fragmentos de una enseñanza desconocida*. Ouspensky, que durante mucho tiempo estuvo buscando lo milagroso antes de encontrar a Gurdjieff, supo por ese hombre extraordinario que se convirtió en su maestro, mucho de lo que hasta entonces lo había intrigado y de lo que le estaba vedado. En *Fragmentos*, se expone gradualmente un sistema, "el sistema", que concierne la evolución posible del hombre y sus relaciones con el universo, *en la forma en que Gurdjieff lo enseñó* a Ouspensky. En el método de enseñanza de Gurdjieff —como en el de sus discípulos—, muchas de las cosas eran extrañas. Lo dicho un día, se contradecía al día siguiente. Y Ouspensky ha expuesto todo cuanto enseñó a su maestro, inclusive las contradicciones. Es difícil extraer la esencia de un libro que ya de por sí es una obra maestra de resumen. Por otra parte, muchos de los pasajes me resultan incomprensibles, la cosmología, por ejemplo, explicada por medio de símbolos completamente ajenos a mi naturaleza, por muchas cifras, muchas y largas cifras, a menudo acompañadas de figuras geométricas y diagramas que me intrigan, pero que no consigo descifrar. Una dificultad mucho más seria proviene del hecho de que cada vez que se releen los *Fragmentos*, según su punto de vista, el significado parece completamente diferente. Hay numerosos pasajes que realmente son una advertencia contra los peligros de *la cuarta vía*, sobre todo contra el mismo Gurdjieff. Poco importa cómo, dejando todo esto, en un plano puramente práctico, me atrevería a afirmar que el punto esencial del libro es el siguiente: El hombre es una máquina compuesta de partes separadas y sin relación entre ellas, y cada una hace exactamente lo que le agrada. En el estado común de la conciencia, el hombre, en realidad, duerme. Ignora igualmente lo que sucede dentro de él mismo, como lo que sucede alrededor de él. El hombre, ya sea hombre número 1, hombre físico; ya número 2, hombre emocional; ya hombre número 3, hombre intelectual, nada puede. *Obra* como *llueve*. Pero hay un camino para adquirir un embrión de voluntad consciente y convertirse en hombre número 4, ó el hombre equilibrado. Esta vía pasa primero por el conocimiento de sí mismo o el *recuerdo de sí*, bajo la conducción del profesor que debe estar en una posición



superior a la del discípulo, en el interior del contexto del *trabajo*. Cuando el hombre número 1, 2 ó 3 ha *visto* lo que él es, puede esperar el *cambio*. Luego, puede convertirse en hombre número 4, y bajo la conducción de su profesor, y no obstante enteramente por sus propios esfuerzos, continuar el *trabajo* como se dice, hasta llegar a ser, después de alcanzar el nivel del hombre número 5 y el del hombre número 6, el hombre número 7. Entonces habrá adquirido un *Yo* permanente y una voluntad libre. Le está asegurada la inmortalidad dentro de los límites del sistema solar. Esta escuela de evolución consciente se llama la *cuarta vía* y se distingue de las escuelas de los monjes, fakires, y yoghis, primeramente porque se inscribe *en la vida* y, en segundo lugar, porque es una vía compuesta y la única vía realmente efectiva, puesto que en las tres primeras vías un hombre adquiere el *ser*, pero es incapaz de *hacer*, mientras que en la cuarta vía o la *vía del hombre astuto*, el hombre adquiere el *ser*, y al mismo tiempo es capaz de *hacer*.

Otro rasgo sobresaliente de la cuarta vía es que no requiere ninguna fe. Prescribe la fe, exigiendo una completa comprensión. Esta vía es para aquellos que han comprendido perfectamente que en la vida no hay nada, que no tienen ninguna ilusión sobre el mundo tal como es, pero que, no obstante, esperan y creen posible encontrar *alguna cosa*. Todo el trabajo de la cuarta vía debe efectuarse en grupos. El hombre, en su estado común de sueño mecánico, no puede despertarse por sus propios esfuerzos. Si desea despertar, debe rodearse de otros hombres que tienen el mismo deseo. Esta asociación de personas con la finalidad común del despertar, y por medio de un trabajo personal, que evoluciona en una conciencia cada vez más elevada, bajo la conducción de un profesor que ha alcanzado ya un plano superior de conciencia, se llama un *grupo*. Una parte al menos de la finalidad de Ouspensky al escribir los *Fragmentos*, era hacer conocer a los que podían asimilarlas, las ideas contenidas en el "sistema" de Gurdjieff.

La idea central de ese sistema, o sea que somos máquinas adormecidas, no podía encontrar un terreno más fértil que yo. En la primavera de 1950 yo me ahogaba en el colegio Goucher para mujeres. En ese marco, la idea de que el hombre es una máquina dormida no era difícil de aceptar. El año pasado, yo me había evadido de la escuela Goucher, para pasar unos meses en París y en La Sorbona. Pero ese recuerdo de libertad relativa sólo sirvió, por contraste, para aumentar mi melancolía presente. En

mi opinión el colegio Goucher para mujeres bien podía llamarse colegio Goucher para máquinas. Por donde mirara, entre mis amigas "estudiantes", me parecía ver máquinas dormidas que perseguían apasionadamente uno de esos fines principales en el siguiente orden: 1. Fumar cigarrillos; 2. Jugar al bridge; 3. Tejer zoquetes multicolores; 4. Pintarse las uñas con un tono de rojo que hiciera juego con su lápiz labial. El legendario interés por los hombres o *boys-friends* era completamente falso, pues el fantástico derroche de energía que hacían mis amigas "estudiantes" para impresionar una a la otra, hacía imposible todo verdadero interés por los muchachos. El seudointerés de los *boys-friends* venía mucho después. Yo sólo podía distinguir a profesores-máquinas que padecían la ilusión de enseñar a centenas de "estudiantes", atacadas de ilusión de aprender. Me vi a mí misma como a una máquina igualmente dormida, pero una máquina muy diferente de las otras, porque yo *sabía* que era una máquina dormida. Esta certeza me horrorizó. Yo creía, con Ouspensky, que *era posible* llegar a ser más que una máquina. Quería despertarme. Desde el instante en que supe plenamente que era una máquina dormida, la finalidad de mi vida fué despertar. Y esta finalidad no ha cambiado. Hoy, como alguien que se ha extraviado y vuelve a encontrar el camino, deseo más que nunca despertarme. Qué ironía escoger el camino que se internaba cada vez más en el sueño. En vez de despertarme gradualmente en una conciencia más elevada, caía más y más profundamente en el sueño. En mi esfuerzo por despertarme, tomaba la vía que me conducía derechamente al borde del gran sueño, desde el cual no puede existir ningún despertar. ¡Y además, ironía de las ironías, se me había advertido ampliamente! He aquí un pequeño cuento que Gurdjieff había contado a Ouspensky:

Un mago muy rico tenía muchos corderos. Pero ese mago era muy avaro. No quería contratar pastores, ni levantar un cerco alrededor del campo de pastoreo en que triscaban sus corderos. Por eso, los corderos iban a menudo al bosque, caían en precipicios, y sobre todo se escapaban, pues sabían que el mago quería su carne y sus huesos y eso no les gustaba. Por fin, el mago encontró un remedio. *Hipnotizó* a sus corderos y, primero, les sugirió que eran inmortales y no se les haría ningún mal, aunque se los desollara; que, al contrario, eso era muy bueno para ellos y hasta agradable; en segundo lugar, los convenció de que el mago era un *buen maestro* que amaba tanto a su rebaño, que estaba

dispuesto a hacer por él cualquier cosa; y, en tercer lugar, les sugirió que, si les acaecía algún mal, no sería ese mismo día y, *por consiguiente*, no tenían por qué pensar en ello. Además, el mago sugirió a los corderos que no eran de ningún modo corderos; a unos les sugirió que eran *leones*, a otros, que eran *águilas*, a otros, que eran *hombres* y a otros, por fin, que eran *magos*. Después de todo eso, se habían terminado sus preocupaciones y sus disgustos con los corderos. No se escaparon nunca más, sino que esperaron pacientemente el momento en que el mago exigiría su piel y sus huesos.

¿Por qué no comprendí antes? En realidad, la respuesta es demasiado dolorosamente evidente. Yo descendía cada vez más, mientras creía elevarme. Nada menos que Mmc. Blank en persona me sugirió que yo sería una de —cito— las *más cercanas a ella*. Y de ese modo no huí, sino que esperé pacientemente el momento en que el mago pediría mi piel y mis huesos. Durante casi dos años esperé así pacientemente la muerte. Esa época estuvo llena de sufrimientos tan sutilmente infligidos que desafiaban la descripción, pero yo persistía en mi propósito, porque estaba convencida de que estaba en la buena vía. Y la convicción de que progresaba lenta y dolorosamente, pero firmemente hacia la vida eterna, me salvó al final de ser “esquilada”. Pues el repentino “choque” (y nosotros conocemos el valor de los “choques”) que experimenté al encontrarme cara a cara con la muerte, fué más poderoso que el profunda sueño hipnótico en el que había vivido. Me desperté. Y huí lejos del mago con mi piel y mis huesos, seriamente dañados, por cierto, pero huí. Antes de mí hubo quienes no se fueron y los hay ahora que no se irán, a despecho de todas las advertencias. Pero yo me fuí. No me doy las gracias a mí misma. Agradezco a mi ángel guardián.

Al comienzo, fué Ouspensky. El hombre era una máquina dormida, pero le era posible despertarse y llegar a ser algo más. Era todo cuanto sabía y todo cuanto necesitaba saber. Llegó junio y, con él, se terminó el último año de mi última escuela oficial. Para darle gusto a mi madre, me puse como mis camaradas un vestido negro y un birrete y atravesé la escena para recibir mi diploma. Nadie pareció encontrar eso absurdo. Yo no tenía la menor noción del significado del grado que me conferían y fuí completamente incapaz de leer la inscripción latina. Ese extraño desacierto se consideraba en torno a mí como perfectamente normal. Pero, qué

importa. Con la adquisición de ese extraño documento, mi diploma, era libre de pensar seriamente en comenzar el *trabajo* de que hablaba Ouspensky. De hecho, me había sentido, como él mismo, al embarcarse en la misma aventura, fuera de clase.

Pasé el verano en una playa, con mi familia. Mi negativa a llevar senos postizos de goma causó un grave disgusto a mis padres que encararon mi partida con alivio. El 28 de septiembre me encontraba a bordo del *Ile de France*, camino de París y para despertar de mi terrible sueño. No necesito decir que mi cómplice, Pat Maguire, estaba a mi lado, mientras, adornadas de flores nos despedíamos de las poderosas torres del horizonte de Nueva York. Alegrementemente, en ese otoño de 1950, me sumergía en la gran tentación. Desde siempre, algo en mí me obliga a agregar a cada plegaria: "*A despecho del buen Dios*", y esa fué la causa de mi caída en la brillante trampa intelectual de Ouspensky. Atada de pies y manos, yo era prisionera de esta dialéctica:

"La enseñanza cristiana es para los cristianos. Y los cristianos son los que viven, es decir hacen algo, de acuerdo con los preceptos de Cristo. ¿Pueden vivir, cuando hablan de amor y de moral, según los preceptos de Cristo? Claro que no pueden; pero siempre habrá palabras de esta clase, siempre habrá gente para la cual las palabras son más preciosas que cualquier otra cosa. ¡Esto es un signo verdadero! El que habla así, es un hombre vacío: no es digno de que se pierda el tiempo con él."

"Un cristiano es aquel que vive de acuerdo con los preceptos de Cristo. Tales como somos, no podemos ser cristianos. Para ser cristiano debemos poder 'hacer'. No podemos hacer; para nosotros, todo *llega*. Cristo dijo: 'Amad a vuestros enemigos', pero, ¿cómo podemos amar a nuestros enemigos, si no podemos siquiera amar a nuestros amigos? A veces, 'se ama' y a veces 'no se ama'. Tal como somos, no podemos ni desear realmente ser cristianos, porque a veces 'se desea' y a veces 'no se desea'... Para ser buen cristiano, hay que *ser*. *Ser* significa ser dueño de sí. Si un hombre no es su propio dueño, no tiene nada y no puede tener nada. No puede ser cristiano. Es simplemente una máquina, un autómatas. Una máquina no puede ser cristiana. Piensen dentro de ustedes mismos, ¿puede un automóvil o una máquina de escribir o un gramófono ser cristiano? Son cosas sólo vigiladas por la suerte. No son responsables. Son máquinas. Ser cristiano, quiere decir ser responsable."

Al releer esto ahora, veo en esa clase de razonamientos la garra

del demonio, pero no vi nada en ese otoño de 1950. Piensen dentro de ustedes mismos. . . , dice Gurdjieff. ¡Si lo hubiera hecho! Pero entonces, ¿cómo hubiera podido hacerlo, puesto que sólo era. . . “una máquina automática”? Esta contradicción diabólica se empleaba de modo experto, como instrumento de tortura psicológica, sobre todo terrible de soportar por sutil. Su incesante aplicación me agotaba, me desgastaba hasta reducirme a la nada. No sólo a causa de la debilidad, debo decirlo en mi propia defensa, sino porque estaba *hipnotizada* y no podía distinguir claramente lo que me sucedía. Creo firmemente que mis “profesores” obraban en mi interés. Uno de ellos, que llamaré con el nombre imaginario de Mlle. Vide, dijo una vez: “Usted verá un día que *es la única verdadera bondad.*” Ahora me pregunto: “¿Bondad para quién? . . . ¿o para qué?” “Con seguridad no por lo que Gurdjieff llamaba. . . ‘cobayos’ entrenados y con libertad de movimientos, que el Destino me ha enviado para mis experiencias.” No, con seguridad, no. Como respuesta a mi pregunta, tengo algunas ideas bien definidas sobre las cuales no tengo ni la sombra de una duda. Pero lo que yo sé sólo es una parte de la respuesta. Espero que alguien, mucho más perspicaz y perseverante que yo, alguien que posea un conocimiento práctico de las diferentes formas de la magia, podrá revelar la respuesta en su totalidad. Ella está ahí y espera y el trabajo que se tomará sea quien fuere para exponerla a la luz del día, valdrá la pena. Sería, como se dice, una historia.

A pesar de haber pasado ya un año en París como estudiante, me resultaba difícil aclimatarme. Pasaron el otoño y el invierno, mientras yo me golpeaba y trastabillaba, hasta que, por fin, me adapté al ritmo de París. No establecí relaciones con el grupo de Gurdjieff hasta mediados de la primavera. Incidentalmente, Pat y yo encontramos a un hombre que nos dijo que tenía una “amigueta” que *trabajaba* desde hacía dos años. Nos afirmó que ella se sentiría feliz de poder presentarnos a alguien que llamaré Mme. Blank, uno de los personajes más importantes del *trabajo*. Esa “amigueta” nos comunicó que era “una prostituta”. . . “No porque necesite dinero, sabe usted, tengo diez mil dólares en el banco, sino por el *poder.*” Su enorme boca se entreabrió en una sonrisa. “Me agrada el poder que ejerzo sobre los hombres.” Esta introducción, puramente incidental, se presentaba muy significativa.

Mi primera impresión de Mme. Blank me la proporcionó una

breve conversación telefónica. La "amiguita" después de un lapso bastante considerable, nos dió por fin la dirección y el número telefónico de Mme. Blank. Supe pronto que en la política del grupo no entra el hacer las cosas directamente. Lo que los americanos llaman *beating around the bush* (dar vueltas alrededor del tarro) es la regla común del Grupo Gurdjieff. Sí, quiere decir no, y no, quiere decir sí, y ambos significan ciertamente tal vez o nunca. En el grupo es siempre el crepúsculo o el alba, nunca el día y la noche. ¡Qué bien recuerdo ese primer contacto con la mujer que debía iniciarme en el *trabajo*!

"—Hola, ¿Mme. Blank?

"—¿Sí? —contestó una voz helada (el tono implicaba: "¿Quién se atreve a telefonarme?").

"—Soy sólo yo —gritó en mi interior un minúsculo ratón aterrorizado, mientras afectaba, en apariencia, dentro de lo posible, un tono de hielo adecuado. (Más tarde, después de un tiempo en el trabajo, el representar la comedia se convirtió para mí en un juego de niños. "Soy Frances Rudolph. Miss 'amiguita' le ha hablado de mí y de Pat Maguirre. ¿Cuándo podríamos ir a verla? Tras un silencio largo y pesado se me dió una cita para una tarde de la semana siguiente.

"—Hasta luego —dijo la voz secamente. Oí cómo se cortaba la comunicación. Algo deprimida, descé interiormente que fuera menos desagradable durante la entrevista.

"—Oh, no se puede opinar por una conversación telefónica. ¿Cómo la describirías?" Me era fácil responder. La voz de Mme. Blank evocaba a una mujer de estatura por encima de la normal, muy morena y delgada vestida con un traje sastre severo; debía llevar anteojos con montura de carey... Sólo una mujer así habría podido tener semejante voz. He olvidado la descripción que daba Pat, pero sé que era completamente distinta de la mía. Cuando, la semana siguiente, vimos a Mme. Blank, supimos que nos habíamos equivocado las dos. Era completamente diferente de lo que esperábamos. Me encontré con "sorpresas" similares en el *trabajo*. Era necesario esperar que nada fuera como se había previsto. Si alguien me sonreía un día, acariciándome la espalda, y me estrechaba calurosamente la mano, entonces, cuando nos volvíamos a encontrar, esta persona no daba señal de reconocermé, aun si me dirigía directamente a ella. (Siempre que yo fuera tan temeraria como para dirigirme a alguien que, aparentemente, que-



ría olvidar que me había visto alguna vez o había oído hablar de mí.)

Este carácter "proteico" de la gente del grupo está bien ilustrado por mi primer encuentro con Mme. Blank. ¿Puede haber algo más maravilloso que mayo en París cuando se tiene veintiún años y la escuela ha terminado? La vida parecía cumplir muchas de sus promesas y la más tentadora era esta aventura Gurdjieff que me había llevado esa tarde de mayo hasta lo alto de los escalones de baldosas rojas en la puerta de Mme. Blank.

La cocinera nos hizo entrar. Una mujer muy rara; cuando se veía obligada a hablar, lo hacía con el mínimo de palabras, pronunciadas con una voz sin la menor inflexión. Más adelante, he notado que en casa de Mme. Blank, a cualquier hora, la cocinera parecía estar siempre cocinando. Era difícil no mirar la cocina, porque se encontraba justo a la izquierda de la entrada y la puerta estaba casi siempre entreabierta. Me preguntaba si Mme. Blank daba también banquetes exóticos como Gurdjieff; pero, de acuerdo con lo que pude saber, no era el caso. No importa, la cocinera cocinaba siempre. Supongo que todo estaba destinado exclusivamente a Mme. Blank (quien nunca parecía tener hambre) y para los miembros de su familia.

La cocinera indicó con el dedo una puerta al final de un pequeño vestíbulo. Pat y yo entramos en un salón muy agradable, de tamaño mediano. Lleno de sol, daba sobre una terraza que dominaba árboles y techos. A lo lejos, se veía la torre Eiffel. Mientras esperábamos a Mme. Blank (se espera siempre a Mme. Blank), eché una mirada a la habitación. En un rincón, había un piano. Sobre el atril estaba colocada una partitura de George Gurdjieff, con grandes velas negras a los lados. ("¿Por qué velas negras?", me pregunté, pues estaba segura de que el color poco común debía tener algún significado especial.) Durante las semanas que siguieron, noté que la música estaba siempre abierta en la misma página y que las velas eran siempre nuevas. Sobre el piano había una fotografía muy impresionante de una mujer joven, con un pañuelo en la cabeza. Sus ojos estaban cerrados, pero había algo de extraordinario en la forma en que estaban cerrados los párpados. Esto creaba una expresión de gran intensidad interior y de absoluta separación del mundo exterior. No puedo recordar haber visto nunca el rostro de una muerta, pero la expresión de esa joven, con su extraña vida interior y su absoluto desprendimiento del mundo era, estoy segura, la que se podría ver en la cara de un



muerto. Mi mirada se volvía constantemente hacia esa fotografía. En las paredes había numerosas pinturas bastante buenas y algunas acuarelas. La más notable era un retrato de mujer, firmado por Lapoujade. La habitación estaba amueblada muy cómodamente, con numerosas sillas recubiertas de indiana y un sofá a la americana. Salí a la terraza, husmeé y miré todas las flores y arbustos en macetas. Estaba allí cuando entró en la pieza una mujer muy gruesa, de corta estatura, con cabello blanco, plateado, tirado hacia atrás. Era Mme. Blank, muy diferente de lo que esperaba. Volví a la pieza presurosamente.

“¿Vienen ustedes a verme?” Su semblante, de expresión dulce, era todo sonrisas. “¿Están interesadas por el trabajo que realizamos aquí?” Todo en ella comunicaba tanta simpatía que, en seguida, me sentí a mis anchas en su presencia. “¿Qué desean ustedes?”, preguntó con tono grave. Repliqué, lo mejor que pude, que deseaba llegar a ser alguna cosa mejor, más duradera de lo que era en ese momento; que deseaba aprender a ser. Pat respondió en el mismo sentido. Mme. Blank movió la cabeza de arriba abajo varias veces y guardó silencio unos minutos. Nos pareció que pasábamos el examen de ingreso. Dijo que iba a iniciar un “grupo especial inglés” y que le agradaría que formáramos parte. El trabajo comenzaba la semana entrante. Nos dijo hasta luego, calurosamente, y nos acompañó hasta la puerta. Con el corazón ardiente, bajé los cinco pisos y salí hacia el sol de las calles de París. Sentía que mi vida comenzaba en ese momento.

En algún lugar, en el fondo de mi ser, el instinto de conservación gritaba, pero yo no podía comprender lo que trataba de decirme. Estaba sorda a lo que Gurdjieff había querido decir cuando escribía: “Además de esas vías apropiadas y legítimas, había también vías artificiales que sólo daban resultados temporarios, y falsas vías que hasta pueden dar resultados permanentes, pero falsos resultados. En esas vías, un hombre busca la clave para la cuarta pieza y a veces la encuentra. Pero lo que encuentra en la cuarta pieza no se conoce todavía. Sucede también que la puerta de la cuarta pieza se abra artificialmente con una llave esqueleto. Y en estos dos casos, puede ser que la pieza se revele vacía.” Como Gurdjieff, yo me había vuelto “esclava” de esa “manía” que era “una lucha irresistible por comprender claramente el significado preciso, en general, del procedimiento de la vida sobre la tierra de todas las formas exteriores de las criaturas que respiran y, en

particular, el significado de la finalidad de la vida humana en la claridad de esa interpretación. Algo en mí deseaba llegar a ser lo que Gurdjieff amaba "*semejante a Dios*". Poseída por este demonio yo no podía oír la voz que venía desde una parte de mí y que pedía seguir siendo una criatura.

La primera reunión fué completamente diferente de lo que yo presumía. Me parece que *nada fué dicho*. En todo caso, después de la reunión no pude recordar lo que se había dicho y, mirando ahora hacia atrás y buscando en mi memoria, sigo incapaz de recordar lo que dijo Mme. Blank en el transcurso de esa primera reunión. Y todo cuanto recuerdo de las reuniones siguientes se resume en dos frases: "Hábleme de su trabajo esta semana", y "Tenga una sensación de su brazo derecho".

Sin embargo, hubo dos pequeños "incidentes" que puedo recordar. Un día dije que encontraba saludable la plegaria. Esto produjo una terrible impresión sobre Mme. Blank. El otro, ocurrió en una de las reuniones hebdomadarias de mayo. Mme. Blank, a quien decían enferma, nos recibió en su dormitorio. Llevaba una mañanita de raso azul y una pila de almohadas, también con fundas de raso, la sostenía en la cama. Era la primera vez que yo penetraba en el santuario íntimo de su dormitorio, y como con toda evidencia ella no estaba enferma, aproveché la ocasión para observar más detenidamente la morada de mi guía espiritual y de mi maestro. El dormitorio era más amplio que el salón y completamente diferente. Las paredes eran de amarillo limón pálido. En el centro, del lado de la habitación que daba sobre los árboles y techumbres, se encontraba un lecho ligeramente elevado. Yo estaba completamente fascinada por esa pieza, sin duda porque nunca tuve acceso a las habitaciones de los ricos. Era la primera vez que veía una de esa clase. Naturalmente, Mme. Blank, instalada así en su gran lecho, era el centro de atracción. Ningún escenario de teatro hubiera podido ser arreglado más hábilmente. Me senté en una silla recubierta de cretona, a la izquierda de la cama. Desde esa posición ventajosa observé toda la pieza. Lo primero que me llamó la atención, fué la profusión de *raso*. Al parecer, era la tela por la que Mme. Blank tenía gran preferencia. Había varias sillas muy grandes tapizadas con raso rosado. La colcha era de raso blanco, bordada de flores verdes. Mme. Blank llevaba una mañanita de raso azul y reposaba sobre una pila de almohadones de raso reluciente. Después del raso, mi atención fué atraída por

los pomos de la puerta. Había tres, todos de porcelana, pintados con flores brillantes y espirales doradas. Se habían quitado los comunes para colocar en su lugar éstos, más decorativos, de porcelana. Había muchas fotografías de Gurdjieff, varias de la hija de Mme. Blank y varias de niños. Sobre una mesita se amontonaban libros en desorden, papeles y manuscritos. Encima de la cama, colgaba un pequeño ícono de Cristo. Yo seguía contemplando la colcha de la cama ricamente bordada. Mme. Blank tenía el aspecto de una reina, reclinada sobre su trono (si alguna vez pienso en ella ahora, ya es “la reina Abeja” o bien la “reina Cobra”). Mientras me hablaba (de qué, no logro acordarme) dijo de pronto, con extrema repugnancia: “¡Mire cómo está usted sentada! Esto muestra *todo* de usted. Le resultaría probablemente difícil encontrar una buena posición *sin moverse* cinco minutos.” Luego, dejó de interesarse por mí y se dirigió a otra persona. Aparentemente, me había olvidado por completo. Como era de esperar, me senté bien erguida, los pies en el suelo, las manos sobre las rodillas, y luchaba conmigo misma para mantenerme inmóvil. No era precisamente contra mí contra quien combatía. Sería más exacto decir que luchaba, sin esperanza, contra Mme. Blank. ¿Cuánto tiempo duró mi combate? No lo sé. Cuando mis ojos se empañaron, Mme. Blank se volvió hacia mí y dijo, riendo irónicamente: “Basta, ahora.” En cualquier otro momento yo hubiera caído de la silla. La espalda me hacía sufrir terriblemente. Tuve que rechinar los dientes para conservar mi sangre fría. “Sabe usted, hace un instante, usted era una persona diferente —dijo Mme. Blank—. Usted *hacía un esfuerzo*. (*Hacer un esfuerzo*, es una expresión muy empleada en el *trabajo*, a pesar de que nadie puede decir por qué uno debe *hacer un esfuerzo*. Lo que supe de más preciso, es que se debía hacer un esfuerzo *para ser*, a fin de *hacer*; pero *ser* qué y por qué, a fin de *hacer* qué y por qué, eran misterios que nunca me fueron aclarados.) Sin embargo, Mme. Blank no se equivocaba del todo al hablarme como lo hacía. Mi reacción me había costado cierto esfuerzo que, en cierta medida, me produjo satisfacción. Sin embargo, yo no podía comprender su finalidad. Mi pequeña victoria parecía vacía y sin significado.

—¿Para qué sirve tener simplemente dolor de espalda? —rezongué.

Mme. Blank se divertía mucho con la pequeña “experiencia” y dijo, sonriendo misteriosamente:

—Hasta una espalda dolorida tiene un significado.

Yo estaba destrozada. Sentía que ella tenía y no tenía razón a la vez. En principio, sentía que ella no tenía razón; sin comprender por qué, odiaba lo que había hecho y la odiaba. Ella había soplado al oído del demonio que había en mí y éste reaccionó. Sentía que me había forzado a pesar de mí a ese combate. Si salí victoriosa, no había ganado nada y pagué caro esa nada.

Este es el segundo incidente que señaló la época en que yo "estudiaba" con Mme. Blank.

No puedo recordar cómo se enseña el "ejercicio de la sensación"; sin embargo, ese fué mi *trabajo* durante el mes de junio y el de todo el verano siguiente. Los ejercicios deben haber comenzado poco después del incidente del "sentarse tranquila". (Permítaseme, para explicar esta asombrosa pérdida de memoria, que no se debe a que yo sea distraída u olvidadiza. Existe otra razón que ya he mencionado y esta causa se acrecentaba cada vez que yo ejecutaba el "E. S. o ejercicio de sensación.") El "E. S.", junto con los *movimientos*, constituía lo que se llama el *trabajo*. Había aspectos menores del "E. S.", como el de concentrar la atención sobre una determinada parte del cuerpo, por ejemplo "teniendo la sensación" del brazo derecho, o del brazo izquierdo. Había también numerosos ejercicios preparatorios, como el de darse cuenta, cada vez que se entraba por la puerta del medio, que uno entraba por la puerta del medio. Esta clase de ejercicios era inacabable: Pero todos tenían la misma finalidad: llegar a ese grado de "atención" necesaria para hacer el muy importante "E. S.". Muy importante, en efecto, porque a mi juicio, y de acuerdo con mi experiencia, el "E. S." era uno de los medios más efectivos del auto-hipnotismo. Sin saber absolutamente nada de esa ciencia que Gurdjieff llamaba *Mehkeness* y, habiendo cometido el terrible error de no leer seriamente nunca nada de lo que se podía decir acerca de eso (y había mucho que decir), hice el "E. S." casi diariamente y a menudo dos veces por día, de mayo a septiembre de 1951 y de enero de 1952 a enero de 1953. Lo dejé cuando me di cuenta de que estaba a punto de morir.

Al mismo tiempo que la *educación de sensaciones* debíamos comenzar los *movimientos*. Una vez por semana íbamos a la sala Pleyel, donde, con las piernas cruzadas sobre el piso, la pierna derecha cruzada sobre la izquierda, con la espalda y la cabeza erguidas, mirando derecho delante de nosotros, las manos sobre las rodillas, nos sentábamos inmóviles dentro de lo posible, en fila de ocho sobre veinticinco, aproximadamente, en profundidad. Se

volvía a ocupar el mismo lugar cada vez. Durante diez o quince minutos nos manteníamos con las piernas cruzadas, haciendo al mismo tiempo *la educación de las sensaciones*, como preparación a los *movimientos*. (No podía haber mejor preparación para los movimientos, que no hubiéramos podido efectuar si nos hubiéramos encontrado en estado de conciencia normal.) La educación de las sensaciones consistía en una total falta de contracción del brazo derecho, luego de la pierna derecha, después de la pierna izquierda y del brazo izquierdo y luego del cuello, de la cabeza, de la espalda y de todo el cuerpo. Puesto que uno “descontraía” cada parte por turno, siempre de derecha a izquierda, se concentraba la atención sobre la parte que se “descontraía”. Cuando no se podía continuar más, se absorbía la atención sobre la parte siguiente. Yo comienzo por el brazo derecho. Lo *siento*. Estoy *allá* más que en ninguna otra parte. Procuero impulsar mi conciencia a través de los músculos, hacia la médula de los huesos. Procuero, procuero, procuero, pero siempre fingiendo no hacerlo —un combate desesperado en el que está prohibido luchar. Cuando he penetrado lo más profundamente posible en mi brazo, y puedo tener la misma sensación desde mi hombro hasta la punta de los dedos, entonces, siempre procurando mantener esta sensación, intento añadir la sensación de mi pierna derecha, y así en redondo, hasta que tengo una sensación equilibrada, *distribuída igualmente*, de todo mi cuerpo. A veces, por cada parte del cuerpo, contábamos. Esta es una descripción de la técnica del “E. S.”. Sus resultados sólo pueden experimentarse y para ello son necesarios meses de trabajo, pero no aconsejo a nadie que lo ensaye. En las clases de movimientos, el E. S. lo hacíamos siempre sentados con las piernas cruzadas en el suelo, pero esa posición no era obligatoria. Se podía hacerlo sentado en un cómodo sillón. Solamente era necesario adoptar cada vez la misma posición, mantener la espalda y la cabeza erguidas, mirar fácilmente delante de sí, sin cerrar los ojos y, siempre y sobre todo, ir de derecha a izquierda o *en el sentido inverso de la circulación de la sangre*.

La clase de primeros movimientos en la que yo entré, había tenido que trabajar durante un año por lo menos. La dirigía Mme. Blank. Como un ánade torpe, yo tropezaba, y en vano me esforzaba por hacer como los demás. La posición de piernas cruzadas me resultaba más bien intolerable. Todos mis músculos me hacían sufrir e imploraban movimiento. Mi cuerpo se bañaba en sudor, mi rostro se torcía y mis ojos se empañaban, mientras lu-

chaba por permanecer inmóvil. En cuanto a los movimientos, mis pobres esfuerzos por ejecutarlos resultaban grotescos. Me era sumamente difícil recordar una serie rápida. Cada movimiento tenía un nombre o un número, como "Los primeros obligatorios", "Los segundos obligatorios", "La Cuenta", "La plegaria", "el número 2", "el número 4", "el número 22", etc. Se acompañaban todos de música especial. A veces, contábamos en alta voz o pronunciábamos palabras con determinado ritmo. La primera vez que nos dieron palabras para repetir mientras hacíamos los movimientos, algo se rebeló en mí. No podía pronunciar palabras cuyo sentido no comprendía. Las palabras eran algo así: "*Quiero trabajar, obedecer, soportar, sufrir, llegar a ser*".

"¿Qué o por qué?", me preguntaba. Para mí, eso era como rezar sin comprender la plegaria. Por cuanto sé, podría muy bien ser dirigida al dios del mal. *No podía* pronunciar las palabras. Hice simplemente los movimientos que podía ejecutar —y durante todo el mes de junio sólo fueron los pies o únicamente las manos, o la cabeza solamente—, nunca los tres juntos. Cuando le dije a Pat lo que experimentaba al pronunciar palabras que no comprendía, ella me miró con desprecio, como si únicamente un idiota pudiera atormentarse porque no podía comprender, mientras era evidente que una máquina no puede comprender todo. Primero, era necesario cambiar. Más tarde, se comprendería. ¿Pero, acaso esto no es fe? Yo había leído que en *la cuarta vía*, la fe no era necesaria. En esa época, yo no era más que principiante en los movimientos, pues sólo los había ejecutado un poco más de un mes. Más tarde, el año siguiente, debí perder todos mis escrúpulos por hacer lo que no comprendía. De madero flotante torpe e inhábil me transformé rápidamente en adepto capaz de efectuar fácilmente los movimientos más complicados, acompañados de ritmos difíciles, de cuentas y de sucesiones de palabras, de las cuales muchas iban al revés, lo mismo que al derecho. Nunca hubiera imaginado que yo, Frances, para quien el mundo de las cifras siempre estuvo cerrado, hubiera podido contar: 1 2 3 4 - 4 3 2 1 - 3 4 5 6 - 6 5 4 3 - 5 6 7 8 - 8 7 6 5 - 7 8 9 10 - 10 9 8 7 - 9 10 11 12 - 12 11 10 9, y así sucesivamente, haciendo simultáneamente movimientos de brazos, de piernas y de cabeza. Pero gracias a las condiciones especiales que reinaban en las clases de movimientos, como un verdadero derviche, yo podía hacer los milagros de moverme y de contar; y todo el mundo estaba así en mis clases, y esas clases no eran jardines de infantes.



Quisiera hacer una descripción completa de movimientos que son muy interesantes, pero a pesar de que los haya anotado todos y pueda leerlos, siento que no podrían explicarse sino con la ayuda de diagramas o de fotografías, o lo que sería mejor, de films. Sea lo que fuere, aun un film de los movimientos, como el que hizo Zuber, da una idea completamente insuficiente de lo que son los *movimientos*. La pantalla no puede transmitir la atmósfera que reina en cualquier pieza donde se presentan los *movimientos*, una atmósfera creada por filas y columnas muy ordenadas de seres hipnotizados que se mueven hacia adelante y hacia atrás, hacia izquierda y derecha, circularmente, como si fuera un solo cuerpo, un solo corazón, una mente sola, la del maestro que los ha sumergido en el sueño y los ha entrenado a jugar para él. A cualquier extraño que mirara esos *movimientos*, los que participan en ellos deben parecer, por lo menos, sumamente excéntricos.

Sea lo que fuere, en sí mismos muchos de los *movimientos* son muy bellos, y tomados dentro del espíritu de la danza, agradables de ejecutar. Los profesores los efectuaban con maravillosa gracia y habilidad. Además de Mme. Blank, yo tenía otras tres profesoras para los *movimientos*, una de ellas era Mlle. Vide. Llamaré a las otras dos Mme. Sperme y Mlle. Noisette. A mi juicio, Mme. Sperme era la mejor de las cuatro. La pobre Mlle. Noisette, a pesar de que ejecutaba los movimientos perfectamente, era un pésimo profesor. No sabía que cuando a la gente se la llama continuamente *idiotas y peor que niños*, no están en disposición de ánimo para convertirse en otra cosa. Pero al colocármeme muy tontamente en la clase de Mlle. Noisette, me hicieron despertar mucho más rápidamente de lo que hubiera sucedido en otra forma. Espero sinceramente que sus *superiores* no hayan querido hacer de ella el chivo emisario. De todos modos, gracias al pésimo juicio de Mlle. Vide, me he despertado al fin de cuentas, y la desaprobación debería caer sobre sus espaldas.

Nuestro pequeño *grupo especial inglés* trabajó con Mme. Blank durante dos meses. A comienzos de julio, Mme. Blank partió para veranear en Suiza. Además de Pat y de mí, había otras tres personas en el grupo. Dos americanas recientemente llegadas a Francia, una muchacha de mi edad, descarada y de aspecto varonil, y la otra, una mujer de unos cuarenta y cinco años, chapada a la antigua. El otro discípulo, naturalizado inglés, era judío árabe, de treinta



años. Descarté rápidamente a las dos mujeres, a las que encontraba bastante "simpáticas", pero muy apagadas. La joven X, estudiaba medicina con un doctor ruso, médico oficial del grupo, a quien llamaré Dr. Fish. A pesar de no haber descubierto nunca qué hacía la mujer de más edad, no estaba en una de las así llamadas "artes". Desde el comienzo consideré que nuestro grupo se componía del hombre a quien llamaré "Hermano", de Pat y de mí misma. En realidad, la misma división la hacía también Mme. Blank, aunque por una razón totalmente diferente. Existía otra diferencia además del factor artístico entre las dos mujeres, y Pat, Hermano y yo. En una palabra, la diferencia consistía en el dinero. Dos personas de nuestro grupo lo poseían, las otras tres, con gran consternación suya, no lo tenían. Después de cada reunión, Pat, Hermano y yo nos íbamos, mientras X y XX quedaban para más amplias instrucciones, del tipo de clases particulares. Hasta estábamos colocados en clases de *movimientos* diferentes, Pat, Hermano y yo los jueves de tarde, y X y XX, los sábados de tarde. Pasaron meses antes de que me diera cuenta de la base sobre la que se había hecho la división de nuestro grupo. Como ya dije, no vi nada extraordinario en X y XX.

Hermano sólo se presentó después de la última reunión del verano. La escuela estaba cerrada hasta el otoño. Continuábamos trabajando con Mme. Blank. Mientras Pat y yo esperábamos el autobús 68 para ir a "Edgar-Quinet", hablábamos con Hermano. Nos hicimos rápidamente amigos, pues nos veíamos con frecuencia durante el verano. Como toda relación con cualquiera durante mi participación, la que mantuve con Hermano resultó mutuamente desastrosa. Por medio del poder de sugestión estábamos gradualmente instigados el uno contra el otro, hasta que, finalmente, Hermano llegó hasta cometer contra mí un acto criminal que, desdichadamente para él, se volvió en su contra (tal como lo entendían los responsables). Hermano no estaba sólo instigado contra mí, sino también contra Pat. Estaba ferozmente celoso de su posición en el *trabajo*. Me acuerdo nítidamente de una escena que tuvo lugar en nuestra casa. Hermano y Pat subestimaban los progresos de cada uno en el *trabajo*. Por fin, se pusieron tan rabiosos que los golpes parecían inminentes. Aburrida, los envié a tomar un vaso de cerveza a un café cercano. Allí la batalla continuó. Pat regresó enfurecida.

A cada miembro de nuestro pequeño grupo se lo impelía a ser hostil y suspicaz hacia todo otro discípulo. Cuando una o dos veces

procuré conversar con las dos mujeres que tenían dinero, no logré siquiera arrancarles el nombre. Pat y yo éramos constantemente aguijoneadas hacia una rivalidad insensata, pero yo me resistía mejor que ella a esa estrategia. Cada persona debía pensar que ella tenía mayores potencialidades para el *trabajo* que cualquier otra —como si continuamente compartiera con Mme. Blank una broma secreta a costa de los demás. Separadamente, cada uno respondía a ese llamado al orgullo, como habíamos respondido separadamente al llamado de Ouspensky. Pero por cada uno de esos momentos de exaltación en que el conocimiento de que *éramos alguna cosa* nos transportaba a las regiones divinas pagábamos con largos períodos de completo descorazonamiento y de desesperanza. Nuestra estrella nos abandonaba y nos dejaba errantes y solos en totales tinieblas. Entonces no éramos nada y menos que nada. Hemos estado a punto de vivir como Mme. Blank lo esperaba de nosotros. Su increíble gentileza al procurar ayudar a seres tan miserables como nosotros, nos confundía. Esperábamos ardientemente que se nos arrojaran algunas migajas, gracias a las cuales hubiéramos podido elevarnos una vez más hacia una cumbre bastante alta para mirar (abajo) y mofarnos de aquellos a los que no hubieran arrojado ninguna migaja.

Me invitaron muy pocas veces a las alturas. Desde la primera reunión, Mme. Blank pareció tomarme entre ojos. Claro que cuando resultaba evidente que yo me hallaba al borde de la ruptura, se me tiraba una migaja. Porque yo tenía demasiado amor propio para desear parecer orgullosa, me esforzaba siempre para agacharme y recoger la miga. Sabía que para ganar lo que fuere, había que “pagar”, había que “sacrificarse”. El efecto de esa estrategia sostenida fué extenuante. Supongo que mis migajas eran demasiado escasas, porque tenía necesidad de estar continuamente desgastada. La sangre católica no corría por nada en mis venas. Si había perdido a mis santos, no perdí esa incurable necesidad de rezar. Si algo dentro de mí me obligaba a agregar después de cada plegaria: *A pesar del buen Dios*, entonces algo dentro de mí sufría remordimientos. A despecho de mí misma, en mis huesos existía una inquebrantable creencia en la gracia de Dios. Para aquellos que creían que el hombre puede alcanzar la inmortalidad y volverse *semejante a Dios* completamente y sólo por sus propios esfuerzos; para aquellos que al criticar la condición humana se quejaban de que “el hombre moderno no piensa, sino que algo piensa por él; no obra, sino que algo obra a través de él; no

crea, sino que algo se crea a través de él; no ejecuta, sino que algo se ejecuta a través de él", una concepción como la de la gracia no podía ser sino como una espina en un pie, una espina que debía arrancarse. Por esto, me sometieron a una dosis muy severa de *desgaste a la larga*.

Pat se me oponía, yo me oponía a Pat, las dos nos oponíamos a Hermano y viceversa. Las dos ricas no artísticas se oponían a los tres pobres artísticos, etc. Peones sobre el tablero de ajedrez del demonio, se nos oponía los unos a los otros con una habilidad y malignidad que sobrepasaban mis previsiones más salvajes del infierno. Se le sugería a Pat que ella era mejor que yo para el *trabajo*, pues se me tachaba de ejercer una influencia subversiva, se consideraba que no estaba del todo a la altura de esta clase de *trabajo*. A Pat y a mí misma, se nos sugería que ambas éramos mejores que Hermano, y a Hermano que él era mejor que cualquiera de las dos. A mí se me sugería que, de una manera un poco misteriosa, se toleraban los caprichos a Pat y que se burlaban de ella, mientras que, verdaderamente, yo era la mejor y que de un modo u otro, el duro tratamiento que se me administraba era, en realidad, un gran honor merecido por mi superioridad. Esta táctica insidiosa terminó muy pronto en una terrible discusión entre Pat y yo.

A mediados de julio invitaron a Pat inesperadamente al sur de Francia, en una época en que caí enferma. Tenía necesidad de ella no para que me cuidara, sino por el apoyo moral que su presencia me proporcionaba. Le pedí directamente, como un favor especial, que no se fuera en ese momento. Se negó, sintiendo que yo era nada más que un peso para ella, y muy irritada. Su vida era suya y ella hacía con esa vida lo que quería. Gurdjieff había dicho que lo que nos ayuda a despertarnos es el *bien* y lo que obstaculiza nuestro despertar es el *mal*. El punto esencial en la vida era esforzarse por obrar objetivamente como se deseaba obrar, sin identificarse ni dejarse atrapar en las redes de las emociones negativas. Yo me hallaba en tal estado de desesperación, que imploré a Pat que se quedara. En vano. Se fué. Evidentemente, la misma razón que hizo que se fuera, le impidió por completo gozar de su viaje, pues no sólo era incapaz de identificarse con las emociones negativas sino también con las emociones positivas. Durante los tres días que siguieron a su partida, estuve demasiado enferma para poder comer. Naturalmente, en esa época, pensé muy en serio decirle a Pat, a su regreso, que hiciera sus

maletas y se fuera. Estaba asqueada. Pero algo me decía que debía perdonar a Pat, que de un modo u otro, debía procurar pasar por encima de ese horrible incidente y de una manera u otra conservar su amistad. Esta decisión era puramente intuitiva. Intelectualmente no veía ninguna razón para continuar asociada con ella. Sin embargo, cuando regresó me esforcé por aceptar sus excusas y por conducirme como si nada hubiera sucedido. Me costó un gran esfuerzo pero, instintivamente, me di cuenta de que obrar de otro modo hubiera sido un suicidio. Era hacer excesivamente el juego de cierto demonio. Siete meses más tarde, poseída por el mismo demonio, me conduje de la misma manera exactamente, en circunstancias similares, con el mismo resultado irónico, pero cien veces más delectable, pues me separé de mi propia madre. Estoy agradecida a que algo en mí hubiera sido lo bastante sano como para perdonar a Pat quien, como yo, no pudo dejar de hacer lo que hizo. No éramos más que dos marionetas manipuladas por las manos bien cuidadas del demonio. Pero al menos seguimos siendo dos marionetas y dos marionetas son más difíciles de vigilar que una.

## X

*Continuación de la crónica de Frances Rudolph. — Caigo enferma. — El fabuloso doctor Fish. — Ensayo el amor. — Un ratoncito aterrorizado, apilotanado en el fondo del lecho. — Mi suplicio entre el "trabajo" y el amor. — Un perrito para ayudarnos. — El regreso de la reina. — Abandono a mi madre. — Una mujer que no es nada. — Un "astuto" que me hace mucho daño. — Una prueba. — No quiero ya a nadie. — Miss Stumble plantea preguntas molestas. — Pobre Pauwels. — La Navidad triste. — El gran miedo. — Se nos hipnotiza.*

En el mes de julio, comencé por primera vez a tener frecuentes accesos de fiebre. Durante todo el verano me congelaba y ardía por turno, sin dejar de ejecutar con toda fe mi E. S. una o dos veces por día. A fin de junio, los *movimientos* y las reuniones habían terminado por todo el verano. Mi *trabajo* se limitaba ahora al E. S. A medida que progresaba en la *sensación de mí misma*, mi estado de salud empeoraba. Nunca asocié conscientemente ese desarrollo paralelo, pero sabía, sin comprender el porqué, que sería absolutamente inútil ver a un médico. Sabía que ningún médico podría ayudarme. Sin embargo, a fines de septiembre me hallaba en tal estado que Pat insistió en que, por lo menos, viera al médico del grupo, el Dr. Fish. Fué lo que hice. ¡Es una pena que no pueda describir al fabuloso Dr. Fish! Su aspecto está totalmente ligado a su extraordinario método de tratamiento. ¡Qué sorprendida quedé cuando la anciana de mi grupo, X, apareció para darme unos golpecitos en la espalda y auscultarme el corazón! Estaba también una asistente del doctor, una rusa. Los tres me auscultaron largamente. No tenía preocupación por el lado del corazón. No estaba siquiera segura de su exacta posi-

ción. Había venido a ver al doctor a causa de mi fiebre y de mis escalofríos. El Dr. Fish dijo que estaba muy fatigada y que debía guardar cama durante seis semanas. Me dieron un régimen detallado, un régimen como sólo el Dr. Fish podría prescribir y que comprendía una bolsa de agua caliente sobre la vesícula, leche caliente con miel, muchos sedantes y varios remedios e inyecciones para el corazón. Pero no me dijeron qué tenía. Simplemente, debía hacer durante seis semanas lo que se me ordenaba, y al cabo de ese tiempo volver para un examen posterior.

Cuando dejé el consultorio del Dr. Fish, no sabía si debía o no seguir sus consejos. Como una falena atraída por la luz, fui a ver a alguien por quien sentía atracción creciente. En esta entrevista se me hizo una declaración de amor, que yo acepté sin vacilar un instante. Yo no estaba enamorada, pero tenía una gran necesidad de amor. Quería ser *astuta* y tomar lo que precisaba. El que se ahoga no rechaza la ayuda que le ofrecen. No podía quedarme con M. más que unos minutos, luego salté en un taxi para ir a casa de Mme. Blank. Era la tarde en que nuestro grupo debía reunirse por primera vez después de su regreso de Suiza.

Sin aliento, después de una escalera interminable, llegué al departamento de Mme. Blank y encontré a Pat, que esperaba en el salón. "Mme. Blank tardará un poco", me informó ella. ¿Se habría dado cuenta de que yo parecía feliz? No pareció impresionarla de un modo u otro; Pat ya había aprendido todo acerca de la imposibilidad del amor. "¿Y qué hay de tu visita al doctor?" Le conté todo. "Es evidente que irás directamente a la cama", dijo. Yo no tenía la menor intención de ir a la cama y me limité a sonreír. Le pregunté por qué los demás no se hicieron ver. Media hora más tarde una mujer de pelo negro, muy delicada, con una tricota de lana gris, entró en la habitación. Nos habló en inglés con pronunciado acento francés.

—Soy Mlle. Vide, Mme. Blank está muy ocupada. Le gustaría que yo trabajara un instante con ustedes y Hermano.

Pat y yo la miramos con la boca abierta. No queríamos parecer descorteses, pero cada una estaba horrorizada y sentía el terror de la otra. "Yo no hablo bien inglés por el momento, pero voy a aprender. En el *trabajo* es importante que uno hable su propio idioma. (Más tarde, esto se olvidaba y nos colocaban en un grupo francés, lo mismo que en uno inglés).

Cada palabra, cada gesto parecía copiado de Mme. Blank. Su

voz tenía la misma entonación lenta, apaciguadora, empleaba exactamente las mismas frases y las mismas expresiones, y su cuerpo se inclinaba hacia adelante y se volvía directamente hacia la persona a quien se dirigía, del mismo modo. Me dió la impresión de una solterona que mimaba vanamente su ideal. Yo sentía pena por ella, pero no creía que pudiera trabajar con una persona así. Mientras ella hablaba, yo pensaba en mi entrevista con M. Decidí de pronto que *estaba* fatigada y que *tenía* necesidad de reposo. Sí, dejaría temporalmente el *trabajo* y guardaría cama durante seis semanas. M. vendría a verme y me traería flores. A pesar de que yo no estaba enamorada, tenía la esperanza de que por el amor podría salvarme de los magos que deseaban mi piel y mis huesos. No me daba cuenta de que el poder de los magos era tan grande que todos mis lastimosos y persistentes esfuerzos por amar serían vanos. He ensayado durante nueve meses y no llegué a establecer la identidad. Interiormente, estaba tan muerta como una piedra. Exteriormente, debía dar la misma impresión, porque gente que no me conocía antes me miraba y discretamente procuraba decir a Pat que yo me estaba muriendo.

Una vez acostada, como lo había prescrito el Dr. Fish, encontré muy difícil levantarme. La enorme dosis de sedantes me mantenía constantemente en un estado crepuscular y la bolsa de agua caliente sobre mi vesícula me debilitaba. Después de una gran cantidad de inyecciones y de comprimidos para el corazón, empecé a darme cuenta de la presencia de ese órgano en mi cuerpo. Comenzó a comportarse como un boogie-woogie que se hubiera vuelto loco, que saltaba y golpeaba salvajemente y desaparecía luego, para aparecer de nuevo cuando menos lo esperaba. Yo pensaba: ¡qué médico maravilloso ese Fish, que encontró que yo tenía algo en el corazón, sin que lo sospechara nunca!"

Caí en una especie de letargia y guardé cama durante siete u ocho semanas. Me era prácticamente imposible levantarme. Permanecía en cama y sentía cómo la muerte reptaba desde mis pies. A través de la neblina de los sedantes, estaba terriblemente alarmada. No quería morir a causa de una razón inexplicable y "no natural". No podía comprender lo que me había sucedido. Durante todo el tiempo en que seguí el régimen del Dr. Fish, M. vino a verme. Aunque me era insoportable no poder experimentar absolutamente nada por él, estoy convencida de que los esfuerzos que hice para lograrlo me salvaron la vida. Cuando comprendí que



si seguía por más tiempo en la cama no me levantaría jamás, abandoné el lecho. Era al comienzo de diciembre. Cada onza de valor que conservaba la concentré en una sola finalidad: tratar de hacer una brecha a través del muro del recuerdo de sí y de la no-identificación, que me impedía poder amar. Combatir para amar. ¿Quién ha oído esto? Debería ser tan natural como respirar y comer. No hay palabras para describir el horror de mi posición. Dije a Pat que comunicara a Mlle. Vide mi decisión de renunciar al *trabajo*, no porque me diera cuenta de que había sido esto lo que me había llevado tan cerca de la muerte, sino simplemente porque no podía dejar de combatir por conservar la vida. Instintivamente, sabía que estaba aniquilada si no podía amar. Toda mi energía se gastó en ese combate. En vano; estaba derrotada: clavada bajo el pulgar del demonio. El *trabajo* me había vencido.

Muy sutilmente, Pat procuró persuadirme de regresar al *trabajo*. Aguanté hasta mediados de enero, pero entonces supe que no era más que una máquina, una máquina que no podía amar. ¿Adónde podía ir para encontrar ayuda, sino al trabajo?

Nuestro grupo se componía ahora sólo de Hermano, Pat y yo. X y XX habían desaparecido, nadie sabía dónde. Mme. Blank se había ido a Estados Unidos en otoño, pero debía regresar en febrero. Entonces, Mlle. Vide nos entregaría a nuestro primer profesor. (Los tres trabajábamos siempre "a la espera de Mme. Blank"). Mlle. Vide parecía feliz de verme, pero poco preocupada por demostrarlo. Yo dividía ingenuamente mis esfuerzos entre el *trabajo* y mi lucha por amar. La incompatibilidad de esas dos actividades casi me condujo hasta la locura, pero yo no podía renunciar a ninguna de las dos. El *trabajo* con Mlle. Vide consistía, sobre todo, en *ejercicios de sensaciones* y en *movimientos*, además de los "pequeños" ejercicios. Uno de esos ejercicios favoritos era dejar siempre un bocado de alimento en el plato; de ser consciente de decir "yo", o *mío* en la conversación; de ser consciente de subir los pisos; etc. Nos encontrábamos en la pequeña pieza de hotel de Mlle. Vide, que daba al Sena. Por mucho que yo trabajara, le proporcionaba pocas satisfacciones, aunque el éxito hubiera parecido siempre cercano. Esta promesa de alguna cosa inminente me obligó a continuar. Ahora, ya no podía dar la espalda. Debía ir hasta el final. Debía seguir el camino en línea recta, hasta llegar a una *impasse* final.

La vida era de una monotonía prolongada y dolorosa. No podía escribir. Mlle. Vide había dicho que era inútil escribir, a menos

que lo pagaran. ¿Quién habría pagado por mis poesías? Dejé de componer versos. La poesía era la única cosa en el mundo que aún podía amar, pero no podía escribir más. El *trabajo* me hizo ver la ignominia de ser un instrumento de creación. Se debe ser Dios o nada. Yo no era nada, nada, nada.

Cuando los "profanos" me preguntaban qué hacía en París, no podía decirles nada. Dado el costo fantástico de la vida en París para los extranjeros, sobre todo para los norteamericanos, los pequeños trabajos que yo tomaba para ganar unos francos parecían ridículos. Y yo no podía hablar de mis "actividades en el grupo". No se dice: ejecuto el *trabajo*. No podía leer, ¿qué valía la pena de ser leído fuera de la literatura del grupo? No podía escribir, no se me pagaba. No podía amar, una máquina no puede amar. ¿Qué hacía? Parecía que no hacía nada y no obstante, estaba casi aniquilada por la incesante lucha que libraba día y noche. Pero, ¿cuál era esa lucha? No lo sabía. No podía decirlo.

Hermano y Pat también estaban en mala posición. A menudo nos quedábamos en la acera, al salir de casa de Mlle. Vide, y nos preguntábamos uno al otro: "¿Qué ha dicho hoy?" Y ninguno de nosotros podía acordarse nunca. Pensábamos que, sin esperanza, seguíamos incapacitados para comprender a nuestro profesor, Mlle. Vide. Era evidente que no *trabajábamos* bastante. Los tres sentíamos que estábamos especialmente entrenados para algo. ¿Acaso no habíamos comenzado a trabajar con Mme. Blank y no nos preparábamos ahora para continuar trabajando con ella? Muchas de las personas del grupo ni siquiera habían visto todavía a Mme. Blank. Un día nos pusimos de acuerdo para trabajar con más ahinco, para vivir como se esperaba de nosotros. En la esquina, Hermano, el compositor, Pat y yo, escritoras, nos estrechamos solemnemente la mano sobre el pacto de suicidio.

A fines de enero la vida era tan gris que ni Pat ni yo podíamos soportarla. Muy objetivamente, salimos y compramos un perro, un pequeño schnautzer, y le pusimos el nombre de Matey. Yo podía sentirme afectuosa y hasta creo que he querido a ese perrito, supongo que porque era *un ser de dos cerebros*, y como tal no se podía despreciarlo por no ser "*semejante a Dios*". M. estaba terriblemente celoso de Matey. Un día, le dió un puntapié. El afecto y la maravillosa compañía de Matey nos ayudó enormemente a Pat y a mí. ¡Es una fuerza tan poderosa poder amar algo!

El 21 de febrero, Mme. Blank llegó con el primer tren del Havre a la estación Saint-Lazare. Una buena parte del grupo decidió ir a recibirla. Como dijo Mlle. Vide en una de sus raras bromas: "Cada uno tiene miedo de no ir." No me sorprendió cuando nadie de los presentes pareció reconocerme, incluyendo a mi profesor, Mlle. Vide. Cuando el tren llegó, la reina estaba allí, mirándonos por la ventanilla abierta de su compartimento. Llevaba un hermoso abrigo de piel y un sombrero verde esmeralda que deslumbraba sobre sus cabellos blanco-plata. Dos enormes brillantes resplandecían en sus dedos. En fin, Mme. Blank había vuelto y yo continuaría trabajando con ella. Me ayudaría, me diría la *falta principal* que me debilitaba, me incapacitaba para el *trabajo*. Al verla, sentí que esa larga y gris espera valía la pena.

X y XX, que habían desaparecido misteriosamente de nuestro grupo el otoño anterior, se encontraban en el tren, acompañando a la reina. Hermano dijo con tono protector: "supongo que no se habrán retirado." En absoluto. Habían ido a Estados Unidos con Mme. Blank. Me costó reconocer a la joven de mi edad. Cuando la vi en mayo me dió la impresión del tipo "varón fracasado" sano, probablemente de la clase media acomodada, con herencia episcopal. Sus cabellos, de color indefinido, eran largos y lacios. Usaba siempre zapatos cómodos, sin tacones, y no llevaba medias. Su arreglo facial estaba hecho descuidadamente. Me parecía poco interesante, pero *decente*. La joven que descendió del tren esa noche, era una persona diferente, desde su pelo corto decolorado, oxigenado, hasta sus pies. Se asemejaba en todo a una prostituta que hubiera tenido éxito. Su amiga también parecía completamente diferente, pero no diría que se hubiera convertido en prostituta.

Todo el mundo se apretujó al lado de Mme. Blank, saludándola y estrechándole la mano. Yo me encontraba muy cerca de ella, pero ante el temor de que me ignorara o me diera un empujón si llegaba a saludarla, me esquivé furtivamente. Cuando llegué al final de la muchedumbre oí que alguien preguntaba: "¿Quién es la estrella?"

La reina, encantada por esta demostración de amor y de espontáneo afecto de los miembros del grupo, anunció que iríamos todos a tomar café a un establecimiento cercano. Como el flautista, se puso a la cabeza de una larga fila de *cobayos* que caminaban desordenadamente detrás de ella a través de la estación Saint-Lazare. Nos instalamos en la terraza de un gran café, hasta que

estuvo llena. Mucha gente ni pudo entrar. Cuando todo el mundo se hubo instalado, Mme. Blank hizo un signo a sus favoritos para que se acercaran a su mesa. Los mozos trajeron grandes cafeteras para llenar docenas de tazas que nosotros pasábamos de mesa en mesa. Aproximadamente una hora más tarde, la reina abrió su abultada cartera y pagó con realeza la gran cantidad de café que habíamos consumido. Dió al mozo lo que ella llamó un "propina americana". Amargamente, vimos cómo se alejaba en un pequeño automóvil gris.

Como siempre, después de una reunión cualquiera del grupo, me sentí muy deprimida. Yo había comenzado a *trabajar* con Mme. Blank y me proponía seguir *trabajando* con ella en un porvenir muy cercano. Esto indicaba que yo era algo muy especial. Sin embargo, me trataban como a una leprosa. Nadie me había hablado, nadie me prestó atención, sinc con hostilidad no disimulada. Al volver hacia la estación Saint-Lazare, procuré disipar la pesada depresión que se había apoderado de mí a la delegada de Mme. Blank. Media hora más tarde estaría con alguien que me era muy íntimo y muy querido. Procuré ser feliz con eso. Procuré establecer la identidad.

Mi madre llegó con el segundo tren del barco *Ile-de-France*; tenía la intención de quedarse varios meses. Exactamente tres semanas más tarde, regresaba a Nueva York. Más o menos una semana después de su llegada a París, cayó enferma. Aproximadamente un mes antes, me había puesto de acuerdo con M. para efectuar un corto viaje en esa época. Mi madre no me necesitaba para que yo la cuidara, pero necesitaba mi presencia. Exactamente como me había dejado Pat, yo dejé a mi madre. No podía identificarme con emociones negativas. En cuanto mi madre pudo conseguir un pasaje, regresó a Nueva York. En cuanto su tren dejó la estación, mi no-identificación se había desvanecido. Mi vida parecía disgregarse en piezas sueltas. ¿Qué pasaba? Pensé que no realizaba bastante bien *el trabajo*. Sin embargo, *trabajaba* lo mejor que podía. Parecía no haber ninguna salida del círculo mágico que me rodeaba de cerca, me estrechaba duramente. ¡Si por lo menos Mme. Blank tuviera piedad de mí! ¡Si por lo menos me ayudara! ¡Qué poco soñaba yo con la "ayuda" que me preparaban!

Después de su triunfal llegada, Mme. Blank no tuvo nada que ver con el pequeño grupo que había dejado a Mlle. Vide. Se-

guíamos siempre “a la espera de Mme. Blank”, quien, como Godot, no cumplía nunca con los compromisos del día, pero siempre dejaba entender que el mañana podría ser distinto. (Esta famosa “enfermedad del mañana”). Como topos que procuran salir del laberinto, Hermano, Pat y yo seguíamos avanzando y reptando bajo la supervisión de Mlle. Vide. Había reunión dos veces por semana; una en inglés para Pat, Hermano y yo, en la pieza de hotel de Mlle. Vide, y otra para nosotros y cinco o seis franceses, mantenida en su idioma, en Neuilly. Sin que el francés de nadie hubiera mejorado, la barrera lingüística había desaparecido de repente.

El grupo francés comprendía a cuatro mujeres y a un hombre. (Según la estructura del grupo de París, desde la reina hasta el más pequeño *cobayo*, Eva sobrepasaba en número a Adán, en proporción de dos a uno, diría yo). Cada cual en el grupo francés parecía muy sincero, sobre todo dos mujeres. Una era una joven de diecinueve años como máximo. Había estado enferma durante meses. Desgraciadamente, no pude nunca saber su nombre y no tengo ninguna probabilidad de descubrir lo que sucedió con ella, a pesar de que no me resulta muy difícil adivinarlo. A la otra mujer, no podré olvidarla nunca. De mediana edad, se hallaba muy necesitada. Sus dos hijos, a quienes no podía mantener, estaban al cuidado de parientes del campo. Todos los días, durante su hora de almuerzo, esa mujer iba a la iglesia o hacía el *ejercicio de sensación*. Toda su vida se concentraba en *el trabajo*.

Cada semana venía hacia Mlle. Vide para buscar ayuda. Cada semana se iba más desamparada que nunca. Según la enseñanza del grupo, las circunstancias de la vida de una persona están en proporción directa con su *nivel de conciencia*, o el estado de su *ser*. Según la enseñanza del grupo, por lo tanto, esa mujer no era nada. Como lo había dicho Gurdjieff: “...Se sabe por las estadísticas que un determinado número de gente debe caer bajo los tranvías de Moscú durante el año. Por lo tanto, si un hombre, aun si tiene una gran sed, cae bajo un tranvía, y el tranvía lo aplasta, no se puede hablar de él desde el punto de vista del trabajo sobre los caminos.” En consecuencia, cuando yo estaba en el *trabajo*, miraba desde muy arriba a esa mujer aplastada por la vida.

Durante los meses de enero, febrero, marzo y abril marchamos

con paso agobiado por las reuniones francesas, inglesas y los *movimientos*. Esperábamos siempre reunirnos con Mme. Blank. Hacia fines de abril, en un esfuerzo pueril por evadirnos de la desesperante monotonía de nuestra vida, y pensando que tal vez si teníamos alguna nueva *alimentación de impresiones*, la vida podría parecer más digna de ser vivida, Pat y yo fuimos con M. a Belle-Isle-en-Mer, donde permanecemos hasta el 10 de mayo. Así, perdimos el número del diario *Arts*, del 1 al 7 de mayo. Fué una feliz circunstancia, porque si hubiésemos leído el artículo de Louis Pauwels en esa época, no hubiera producido sobre nosotras el efecto que produjo siete meses más tarde. Aun no estábamos suficientemente cerca de la muerte. Debíamos ir más adelante en *el trabajo*, para ser liberadas.

El día antes de mi partida para Belle-Isle-de-Mer, entregué mis poemas a Hermano, quien había pedido leerlos para componerles una música. Puesto que Hermano era un compositor consagrado y a mí no me habían publicado hasta entonces, me sentí encantada, naturalmente. Pat, Hermano y yo nos habíamos hecho íntimos amigos. Cuando Hermano estaba enfermo, le preparábamos sus comidas y se las llevábamos a su pieza de hotel. Cuando no tenía dinero, lo invitábamos a compartir nuestro alojamiento y a comer con nosotras, hasta que su situación volvía a arreglarse. Y cuando todo estuvo bien, vino a casa simplemente para descansar. Ligados a ese otro miembro del grupo por un ideal de vida común, Pat y yo lo considerábamos en el sentido más profundo de la palabra como a un hermano. Una vez nos declaró orgullosamente que había hecho la corte a un crítico de arte, una mujer bastante mayor que él y como por medio de ese "golpe" obtuvo de ella lo que quería, o sea, un buen artículo. Pat se horrorizó ante ese relato, pero yo sólo moví la cabeza y dije: "¿Acaso no está usted en la vía del hombre astuto?" Todo fué rosa, mientras el objeto de bromas fué otro. Pero cuando Hermano me robó mis poemas, debí admitir que sólo utilizaba la *vía del hombre astuto*, pero no me gustó en absoluto ser su víctima. No, no me gustó. Mis poemas, sean lo que fueren, eran mi vida. Yo no podía seguir escribiendo poesías, pero aún amaba lo que había sido creado por mí cuando era suficientemente innoble como para ser un simple instrumento de creación. Amaba todavía mis poemas. Hubiera muerto por ellos.

Cuando, en el otoño siguiente, durante nuestra primera reunión

del grupo, Hermano me anunció negligentemente que había entregado mis poemas a traducir al francés a "alguien muy elevado del grupo", alguien experto en los movimientos, alguien muy bello, alguien que podría salir de *La boda judía en Tánger*, de Delacroix, yo protesté. Me dijo que eso era una manifestación de falsa personalidad y que expresaba emociones negativas y perdía mi preciosa energía. No era nada, absolutamente nada el hecho de haber presentado mis poemas como sus propias obras. Esas cosas carecen de importancia. Lo único que importaba verdaderamente era el *trabajo*. Hermano sostenía que lo que había hecho era por *el trabajo*. Yo estaba aniquilada. Después de efectuar las diligencias prácticas que estaban en mis manos, pobre criatura hipnotizada, corrí a ver a Mlle. Vide y le comuniqué la cosa atroz que había hecho Hermano. Ella me ayudaría, yo lo sabía. Ella le hablaría a Hermano y salvaría mis poemas. Yo tenía su *promesa*. Hermano desapareció misteriosamente. Mlle. Vide dijo que no podía hablar con él antes de que regresara. Pero, y eso lo supe de otra fuente, Hermano no podía volver. En Londres, a donde se había dirigido, cayó gravemente enfermo y estuvo en el lecho de un hospital desde octubre hasta febrero. No volví a ver a Hermano después y no espero volverlo a ver. No sé qué pasó con mis poemas.

Me interesa afirmar con toda claridad que no critico a Hermano por lo que hizo. No era sino un juguete. A propósito de esa historia, recibí una carta de él, desde su hospital londinense, que terminaba con estas palabras: "En todo caso, nada cuenta, ya que todos tenemos que terminar en la misma forma, en un cajón bajo seis pies de tierra", firmada: "Hermano". Durante toda su enfermedad, Mlle. Vide no mencionó jamás su nombre. Le escribió, por fin, cuando supo que yo encontraba baja su indiferencia hacia la suerte de uno de los discípulos más serios y más eminentes. Tal vez, si todavía es tiempo, Hermano se evada del *trabajo*. Sea como fuere, no le guardo rencor. El terrible sufrimiento que ha soportado durante su experiencia en el *trabajo* expía todo pecado que haya podido cometer. Opino que los días de Hermano se acortaron por la experiencia en el *trabajo*.

Hermano vino hacia el *trabajo* siendo un joven compositor de talento. La palabra genio tiene hoy día un sentido muy pequeño, pero al hablar de Hermano se debe decir que tenía genio. Era casi una parodia del joven artista romántico. El que lo conocía,



por poco que fuere, no podía equivocarse sobre lo que era. Si el grupo no aprueba al hombre como instrumento de creación, ¿por qué aceptó a Hermano? ¿Con el fin de procurarle la conciencia de que no era nada? Una vez consciente de su vanidad, ¿cómo podía creer en su arte? ¿Y si no creía más en su arte, cómo podría vivir? ¿No es esto un asesinato? Matar el cuerpo es un pecado, pero privar al alma de alimento y hacerla descender a las tinieblas eternas, es un crimen que excede la medida del hombre. En mi opinión, siguiendo mi propia experiencia y una observación ajustada, el *trabajo*, por su propia naturaleza y su propia definición, no puede sino cometer ese crimen diabólico tan a menudo y tan minuciosamente como pueda ser posible. Opino que el *trabajo* ha alcanzado su finalidad última no sólo con aquellos cuyo nombre es bien conocido, sino con mucha gente anónima. Si yo hubiese muerto, como estuvo a punto de suceder; ¿quién hubiera señalado que me habían asesinado?

Me di cuenta de repente que Hermano tenía razón en cuanto a la *falsa personalidad*. ¿Qué importaba el autor de los poemas? ¿Qué eran éstos, sino la sinrazón? ¿Podía escribir una máquina? ¿Me pagaban por ellos? Interiormente, abandoné la única cosa que todavía podía amar. Interiormente, me desprendí de mis poemas. La muerte, en estos momentos, se hallaba muy cerca de mí. Como lo decía uno de los poemas perdidos: "La Muerte es un acto de voluntad."

¡Qué difícil resulta conservar la calma! Pero yo me sentía muy tranquila ahora, y la muerte estaba junto a mí.

En junio, Pat y yo nos entrevistamos con Mme. Blank. Nos confió su intención de llevar con ella a algunas personas cuando fuera en el otoño siguiente a la finca de Mme. Ouspensky, en Mendem, New-Jersey. Nos dió a comprender que la acompañaríamos, si obteníamos el grado. Mientras estaba sentada deante de la reina, escuchando sus palabras, todo se hizo claro para mí. Los meses de sufrimiento y de espera, habían sido un ensayo. Si podía aguantar un poco más, trabajaría con Mme. Blank. Iría con ella a los Estados Unidos. ¡Qué infinitamente gentil era al fijarse en una nada como yo! La única forma de testimoniar mi gratitud era efectuar el *trabajo* más fuerte, más fuerte, cada vez más fuerte.

Esa noche, en la sala Pleyel, antes de que comenzaran los movimientos, Mlle. Vide envuelta en su abrigo de piel, mascando goma,

vino furtivamente hacia Pat y yo. Era la primera vez que yo veía su mirada *vulgar*. De un día para otro, parecía completamente cambiada. "Sabe usted, Mme. Blank tiene la intención de hacer una traducción al francés de las primeras series de *All and Everything*. Trabaja todo este verano en Suiza. El grupo necesita dinero para su publicación, en otoño. Se pide que cada uno dé lo que pueda." Había algo horrible en las maneras de Mlle. Vide, algo francamente repulsivo cuando hablaba de dinero. Se conocía perfectamente en el grupo que la actitud hacia el dinero, como la actitud hacia el sexo, constituía la mayor indicación del lugar de uno en la escala del ser. Pat no tenía dinero para dar. Yo no podía dar más de cinco mil francos, pero eran cinco mil francos más de lo que podía permitirme. Mi pequeño don no fué rechazado, pero ni Pat ni yo volvimos a escuchar una palabra más sobre nuestra partida a Estados Unidos con Mme. Blank. La vimos luego en la última clase de movimientos de verano. Se aproximó al lugar donde estábamos sentadas con las piernas cruzadas en el suelo. Mirando hacia nosotros (desde su altura) se puso a reír a boca llena. "¿Están ustedes todavía aquí las dos?" Recibimos la certeza de que estábamos lastimosas y que debíamos ser probadas en mayor escala. Yo estaba decidida a obtener el grado. ¡Pero qué desesperadamente difícil parecía su logro! ¿Cómo podría llegar a ser algo si era tan absolutamente nada? Cuando Mme. Blank se puso al frente de la clase y dijo: "Ahora vamos a tratar de conservar en el interior de nosotros algo que sea más fuerte que el sufrimiento. Procuraremos estar más *aquí*", pensé que, después de todo, tal vez podría ser algo. "¡De pie!" Nos pusimos de pie, manteniendo las manos en los costados. "Vamos a contar cuatro y, con la cifra siguiente, elevaremos nuestros brazos bien rectos, al nivel de nuestros costados y los tendremos paralelos al suelo. Veremos cuánto tiempo podremos mantener esta posición. Es difícil, pero nos enseñará enormemente." Pensé que podría rescatarme. Pensé que podría vencer el sufrimiento. Mis brazos se convirtieron en plomo y el plomo se puso a temblar. Comenzamos a agitarnos en nuestro lugar. Esto ayudaba. Mi corazón se puso a latir con fuerza, mi vista se oscureció. El dolor en los brazos me aniquilaba. Aproximadamente la mitad de las personas que se hallaban en la pieza habían renunciado y cayeron al suelo. Avergonzada de mi debilidad, fuí también proyectada por el dolor al suelo. Yo no era nada.

Mme. Blank se marchó a Suiza para comenzar su traducción. El trabajo había terminado por ese verano. Yo continuaba haciendo el E. S., y llegaba a una sensación cada vez más completa. Pat también trabajaba de firme en el E. S. En julio, tuvo hemorragias en la matriz, cosa que no le había sucedido nunca. Durante tres semanas continuó sangrando. En el hospital americano nadie comprendía la causa de esa hemorragia. Uno de los médicos dijo, riendo, a Pat: "Tal vez usted podría decirnos cuál es la causa." Se ensayó todo cuanto fué posible, pero la causa de la hemorragia siguió siendo un misterio. Simplemente comenzó y luego se terminó. Los doctores no podían hacer nada. Yo estaba muy alarmada. Pat era como una sombra que se desvanecía y podía desaparecer en cualquier momento. Muy gentilmente, Mlle. Vide envió al Dr. Fish, quien le ordenó exactamente lo que me había prescrito a mí. Todavía hoy Pat procura recuperarse de los efectos de su hemorragia y de las prescripciones del Dr. Fish.

En agosto rompí definitivamente con M. Era inútil para mí continuar con semejante relación. Yo estaba por encima de la identificación necesaria para el amor. Durante mi experiencia en el *trabajo* he roto con todos los amigos, inclusive con mi más vieja y más querida compañera de escuela. Fué un milagro que no me separara de Pat. Sin duda, hemos quedado en buenos términos por pura indiferencia. Nos dábamos perfectamente cuenta de que nada decía, en realidad, absolutamente nada. Los buenos momentos que habíamos vivido en Baltimore y en Nueva York, y la primera vez cuando nos vimos en París, pertenecían al pasado. Cuando abandoné mis poemas, me deslicé por la borda. Pero existía aún una pequeña cosa que continuaba haciendo flotar a Pat. Ella quería a ese torbellino ladrador, ese perro ladrón de manteca, ese amante de nueces, infestado de moscas, lleno de sarna, que era nuestro: Matey. Yo sabía como un hecho objetivo que también yo lo quería, pero en esa época yo ya no podía sentir amor. Pat podía aún experimentar un sentimiento por Matey.

A mediados de septiembre, cuando nuestro propietario quiso extorsionarnos un alquiler cada vez más exorbitante, nos vimos obligadas a mudarnos a un lugar menos caro. Matey no podía venir con nosotras a las nuevas piezas en el quinto piso y nos vimos constreñidas a regalarlo. Todo lo que podíamos hacer por él, era buscarle una buena familia adoptiva. Y como ambas habíamos roto con todos aquellos a quienes conocíamos fuera del

*trabajo*, naturalmente, nos dirigimos al grupo. Mlle. Vide conocería con seguridad a una buena familia que sería feliz de tener a Matey. "Está bien —voy a ver qué puedo hacer al respecto" —dijo—. Durante seis semanas lo pusimos en pensión, mientras ella se preguntaba si se ocuparía o no de encontrarle un hogar. Por fin, habló de Matey a una mujer que hacía poco había perdido a su mono favorito y que quería a todos los animales, excluyendo al parecer sólo a su marido, quien estaba en una posición muy elevada en el grupo y era amigo íntimo de Mlle. Vide. (Ésta, justamente, odiaba los monos.) Los X tenían dos niños que aprendían a contar al revés y al derecho, en la clase infantil de movimientos. Esos niños y Matey se entendieron muy bien, así que fué aceptado. X. quería pagarnos por el perro, pero nosotras no aceptamos. Siete días más tarde, Mlle. Vide nos dijo que debíamos aceptar dinero por el "perro". Le explicamos que sólo deseábamos encontrar un buen hogar para Matey, que su venta no nos interesaba.

—Sí —dijo ella—, pero cada cosa tiene su valor.

—No, usted no comprende. Nosotros queremos a Matey y únicamente deseamos que lo cuiden bien. No lo venderíamos nunca.

—Ustedes deberían aceptar diez mil francos por él. Pienso que sería lo mejor. Pero, hagan lo que quieran.

En el *trabajo* siempre se decía: "Hagan como quieran." Nada era obligatorio jamás.

Yo sólo me sentí divertida por la sugestión-orden de aceptar dinero por Matey. Una cosa así no podía importarme, pero Pat quedó deshecha. La idea de vender a Matey le repugnaba. Eso iba en contra de su naturaleza. Pensé en otra solución. "No tocaremos el dinero. Puesto que Mme. X cobra dinero por los movimientos, en vez de pagar mil francos por cada semana, haremos un arreglo por el que no tendremos que pagar durante las diez semanas siguientes." Así Pat se salvó parcialmente de la humillación que le quería inflingir Mlle. Vide. Sin embargo, el mal causado era bastante grande. Ahora la última identificación de Pat estaba destruída. Matey fué cambiado por diez semanas de movimientos.

Al principio de septiembre, Pat y yo fuimos a ver a Mme. Blank. ¿Cuándo iba a trabajar con nosotras, si lo hacía? ¿Podría darnos una indicación sobre la forma de hacernos dignas del honor que habíamos esperado tanto tiempo? Sentíamos que no progresábamos bajo la dirección de Mlle. Vide. Necesitábamos a Mme. Blank. Si ella nos lo permitía, iríamos a Nueva York y traba-

jaríamos con ella allí. Mencioné que las dos teníamos buenas relaciones en Nueva York y que podríamos fácilmente obtener un empleo bien remunerado, mientras en París, difícilmente llegábamos a juntar los cabos.

—No, no vayan a América. No hay vida en América. La verdadera vida está aquí, en París. Yo voy todos los años, pero regreso.

Se puso a reír.

—Este año no iré a ver a mi hija. Volveré antes de la Navidad. Entonces, les *prometo* trabajar con ustedes. Les doy mi *palabra*.

—¿Qué haremos durante su ausencia? —pregunté.

—Continuarán las reuniones con Mlle. Vide y los movimientos. Quiero darles otra cosa para hacer. Lean *Maître Eckhart*. Y consigan un empleo. En el *trabajo* es muy importante ganarse bien la vida.

—¿Qué clase de empleo nos sugiere?

—Cuidar niños.

Tristemente pensé en los ciento veinte francos por hora que podría ganar si me ponía a cuidar niños, y eso con suerte todavía. ¡Con respecto al costo de la vida un franco por hora no habría sido más ridículo! Cuando nos despedíamos, la reina nos estrechó calurosamente las manos.

—No olviden, yo *prometo*.

Tranquilizada así, con una determinación cansada, volví a *trabajar* con Mlle. Vide. Después de la desaparición de Hermano en Londres, donde cayó enfermo, no quedábamos en el grupo más que Pat y yo —no precisamente *un gran campo de experiencia*, pero quizás un campo profundo—. Trabajábamos ahora en un departamento del Quai D'Orsay. Poco después se nos reunió una inglesa de mediana edad. Era una mujer de ciencia que tenía una situación bastante importante. No era nada pobre. La llamaré "Miss Stumble". La llegada de Miss Stumble fué una catástrofe para ella y una bendición para Pat y para mí. Nosotros dos encontramos a esa inglesa increíblemente franca y simpática. A pesar de la diferencia de edad, Pat y yo considerábamos a Miss Stumble como a un niño deliciosamente ingenuo. Pasamos muchos momentos casi alegres juntas. Ella había comenzado el *trabajo* en Londres y poseía libros escritos por Maurice Nicoll. Nos los prestó en cambio de otros libros sobre el *trabajo*. Después de cada reunión matinal de los sábados, nos íbamos las tres a un

café muy cercano donde conversábamos por encima de ese delicioso "líquido negro" decadente. (No, gracias, sin limón.) Al comienzo, Miss Stumble sintió gran confianza con respecto al grupo francés. Su primera impresión de Mlle. Vide era, como la mía antaño, desastrosa. Yo me apresuré a asegurarle que sólo era una falsa impresión. Mlle. Vide era tan interior, tan sutil, que era necesario observarla durante mucho tiempo. antes de poderla *ver realmente*. "Pues bien, díganme ahora" —nos preguntó con su modo británico directo—, "¿qué han hecho desde que se unieron al grupo? ¿Cuáles son sus actividades? ¿Cómo disponen sus días?" Pat y yo nos miramos con aire de cómplices. Reímos misteriosamente.

"Es difícil hablar del *trabajo*."

Pero las insistentes preguntas de Miss Stumble empezaron a penetrar cada vez más profundamente en una parte de mí, que desde tiempo atrás esperaba esa ocasión. ¿Qué hice yo en el *trabajo*? ¿Qué realicé? ¿De qué manera era yo mejor? Yo era incapaz de hablar de mi principal realización, puesto que no se podía describirla, pero debía experimentarse. Yo podía ahora ejecutar el E. S. muy rápido, con extraordinaria profundidad. Sólo tenía que adoptar la posición de piernas cruzadas que se reveló como la posición más cómoda que pueda imaginarse y girar una o dos veces alrededor del cuerpo para llegar a una sensación profunda y sostenida de mi cuerpo inmóvil. Inmóvil, yo escuchaba el ritmo de mi respiración, y el funcionamiento de mi corazón, como si fuese completamente un aparato equipado para percibir lo que pasaba dentro de mí. Actualmente, debía esforzarme para dejar el ejercicio de sensación. Muy lejos, muy lejos estaban las palabras de Gurdjieff: "Se debe dar cuenta siempre de que la máquina humana que funciona regularmente o irregularmente, es en ella misma un equilibrio mecánico y que, por lo tanto, cualquier cambio en una dirección está ligado al aporte de un cambio en otra dirección y que, por consiguiente, es absolutamente esencial preverlo y contarlo." Mlle. Vide nos indicó otro ejercicio destinado a mostrar la diferencia entre el *centro intelectual* y el *centro emocional*. Era muy simple. Uno se sentaba erguido, con las manos sobre las rodillas. Se volvía la cabeza muy lentamente hacia la izquierda, se *miraba* su brazo izquierdo y se *sentía* el brazo derecho. En seguida, después de contar cuatro, se giraba la cabeza muy lentamente hacia la derecha y se *miraba* el brazo derecho, mientras se *sentía* el brazo izquierdo y así



sucesivamente, al revés y al derecho. Este ejercicio me fascinaba aún más que el ejercicio de sensación, pues producía exactamente el mismo efecto, pero mucho más rápidamente —en uno o dos minutos—. A parte de esos ejercicios, ¿qué podía yo decir del *trabajo*? Sólo quedaban los movimientos.

Poco después de comenzar el trabajo en otoño, nos colocaron a Pat y a mí en una nueva clase de *movimientos*, la de Mlle. Noisette. Fué un craso error de parte de Mme. Blank. Aun en mi estado hipnotizado, me daba cuenta de que algo no marchaba en Mlle. Noisette. Era evidente que era una *esclava*. Se ponía literalmente de rodillas delante de los "superiores", Mlle. Vide y Mme. Sperme. En cuanto a Mme. Blank, su solo nombre parecía horrorizarla. Supongo que Mlle. Noisette no era más que una persona inferior, incapaz de adelantar en el *trabajo*, pero pedí no continuar en su clase. Sin cesar, intentaba volver al grupo de Mme. Sperme. Mlle. Vide a quien Mme. Blank había dejado la dirección de las clases de movimientos, dijo que si yo quería cambiar de clase debía esperar el regreso de Mme. Blank. Procuró hacerme decir *por qué* quería dejar la clase de Mlle. Noisette, pero yo deseaba ser astuta y no lo dije nunca. A despecho de la terrible y extraña aureola que la rodeaba, Mlle. Noisette ejecutaba los movimientos en una forma muy linda. Puesto que no podía abandonar su clase, intenté no identificarme a ella, sino concentrarme en los movimientos. Después de todo, mi reacción hacia Mlle. Noisette era posiblemente otra prueba. Tal vez ella jugaba a ser esclava.

No pude decir nada más a Miss Stumble sobre lo que "hacía" en el *trabajo* y los movimientos. No pareció pensar que fuera mucho. Yo no cesaba de afirmar que era muy importante; pero algo en mí comenzó a plantearse preguntas. Cierta vez, creo que en noviembre, Miss Stumble nos trajo a Pat y a mí un artículo de Louis Pauwels que se titulaba: "Una sociedad secreta: los Discípulos de George Gurdjieff." Yo leí: "Quiero decir que todo hombre en el cual la alegría y la espontaneidad de la expresión anudan y reanudan perpetuamente esponsales de amor, no puede internarse en la aventura espiritual que propone Gurdjieff sino por las puertas de la muerte. Quiero decir que todo escritor fascinado por las reales seducciones de semejante aventura sólo puede sentir que sus posibilidades disminuyen y que por lo tanto su vida amengua. No hablo de ello como lo hacen nuestros literatos que sacaron la patente de la angustia: a la ligera. Digo que para



algunos escritores la experiencia de Gurdjieff, que constituye una gran tentación, ha abierto y abre todavía los caminos de la enfermedad, del lecho de hospital y del cementerio." Leí esas palabras y las sacudí como el pato sacude el agua. Ninguna reacción. Solamente un "¡pobre Pauwels!" No comprende el *trabajo*.

Vino la Navidad, pero no Mme. Blank. Su "promesa" no fué sino otra prueba. Miss Stumble se fué a Inglaterra y el trabajo se interrumpió por dos semanas. Yo no sabía nada en forma consciente, pero mi cuerpo lo sabía todo. Mi corazón parecía estar moribundo. Pat consiguió un empleo fuera de París. Durante las vacaciones, cuidaría a un niño. Había partido por diez días, pero podía volver a París para la Nochebuena y el día de Navidad. Sinistramente, decidimos "festejar" Navidad. Desesperadamente queríamos sentir lo que sentíamos antaño por Navidad; aun si era anticuado, aun si era una sensiblería fuera de lugar, queríamos experimentar algo. A pesar del hecho de estar muertas por dentro, observaríamos la etiqueta exterior. Obraríamos como si pudiéramos sentir. Estábamos de acuerdo en comprar un arbolito en el mercado de flores cerca de Notre-Dame y un pollo para el día de Navidad. Si no conseguíamos sentir ningún placer al mirar el árbol y al comer el pollo, tanto peor. El 23, de tarde, vispera del regreso de Pat, decidí ofrecerle un obsequio. Me decidí, costare lo que costare, a escribir una especie de cuento de Navidad, para dárselo a Pat ese día. El ritual exigido por el don de un regalo. Daría a Pat el testimonio de una amistad que ya no podía sentir.

Por primera vez después de meses, la noche del 23 me puse a escribir. El hecho de escribir agotó mi energía, pero cuando hube terminado, delante de mí se hallaba un verdadero cuento de Navidad. Bueno o malo, importaba poco. Era trastornador sentir después de tantos meses de vacío. Leí mis propias palabras y lloré, tan grande era la emoción que me habían ocasionado. Estaba enferma de agotamiento. Incapaz de sentir o de pensar, quedé en cama durante una semana.

Cuando Mlle. Vide me telefoneó para decir que deseaba verme a solas, yo estaba todavía en cama. Recuerdo la hermosa nieve que caía al Sena cuando atravesé el puente para dirigirme a su hotel. Recuerdo la nieve porque *sentía* que era hermosa. Podía *sentir de nuevo*. Durante esa entrevista, me preguntó: "¿Encuentra usted su vida en París plena e interesante? ¿Escribe mucho?"

¿Y con respecto a los amigos? ¿A los hombres?, etc.” Yo contesté: “Cuando se lucha por conservar la vida, no se trata de vida interesante o no interesante.” Entonces me dijo: “Usted se encuentra en la más peligrosa de las posiciones. Está *entre dos sillas*.”

No necesitaba decírmelo. Yo lo sabía. Sabía que cuando comencé a escribir el cuento de Navidad, comencé también a luchar pulgada a pulgada con la muerte. Pero todavía no sabía por qué. Esperaba positivamente que Mlle. Vide me diera algunos consejos para poder salir de entre las dos sillas. Pero, evidentemente, no hizo nada de eso. Simplemente me hizo notar que me hallaba en una posición muy peligrosa, dejando el cuidado de salir de ella a mí, a la máquina ignorante.

Cuando la entrevista llegó a su fin, decidí cambiar de algún modo mi posición, ir a una silla u a otra, pero en todo caso salir de entre las dos. Tenía miedo. Sabía que no podía luchar con la muerte, sabía que al final semejante combate me iba a desgastar. No quería morir. Estaba resuelta a evitar la muerte. Pero seguía sin *saber*.

La forma en que *supe* fué muy rara. Como todas las revelaciones, también ésta fué rápida e inesperada. Después de una reunión en enero, me volví hacia Pat y dije: “Pat, ¿crees que Mlle. Vide practica el hipnotismo con nosotras?” Sorprendida oí mi propia voz. Entendí lo que ésta había dicho y en ese mismo instante *supe*. En ese instante *supe* todo. . .

## XI

*Fin de la crónica de Frances Rudolph. — Intento defenderme de los magos negros. — Las confesiones de Gurdjieff. — Un hipnotizador profesional. — Un método para contraer los vasos sanguíneos. — Miss Stumble se ha vuelto una oveja obediente. — Una visita que nos salva. — Un escritor, un sabio hindú y un médico. — Un millón de gracias.*

Esta noche, 28 de marzo de 1953, estoy sentada delante de una mesa en un chalet de una playa norteamericana. Puedo mirar por la ventana y ver, a unos metros, el claro de luna sobre el océano, ese bello símbolo de lo inconsciente. Si la luna quiere comerme, déjenla. Es todavía bella y quiero establecer la identidad con su gran belleza amarilla, inconsciente.

Cuando por primera vez comprendí la naturaleza del *trabajo*, la repentina revelación hizo que la muerte se empeñara en la lucha. Con horror, hice la experiencia de los síntomas corporales de la muerte. De noche, mientras estaba en la cama procurando dormir, mis brazos y mis piernas se crispaban, lanzados bruscamente al aire. En todo mi cuerpo, mi pulso saltaba como un poroto mexicano saltarín. Todo en mí parecía aspirado hacia lo alto, se contraía. Continuaba viendo la imagen de un pajarito muerto, con las patas al aire. Siempre y siempre en mi espíritu giraba la plegaria enloquecedora de Belcebú a su abuela muerta:

*Pueda ella reposar con los santos,  
Ahora que ya tiene retorcidos los dedos*

Durante unos diez días, mi cuerpo pareció a punto de morir. Estaba convencida de que ellos sabían que yo había descubierto

la verdad a su respecto y que por la magia negra ellos querían castigarme. Durante el día, conseguía una calma relativa. Pero la noche les pertenecía y entonces yo estaba yaciente, empapada en sudores de angustia y torturada mientras dormía por pesadillas sobre el horror interminable del *trabajo*. Tenía tanto miedo ante la idea de que pudieran vengarse, que decidí inventar mi propia magia blanca para contrarrestar su magia negra. Aun ahora no diré qué magia blanca he utilizado. Diré solamente que, por infantil que pueda parecer, mis ejercicios me ayudaron a liberarme de ese primer período de terror. Pat no precisaba que se le insitiera para adoptar mi magia blanca protectora; y si existe alguien que sea protestante hasta la médula de los huesos, este alguien es Pat. No obstante, no vió nada supersticioso en nuestras armas caseras contra los magos. Para ella como para mí, eran y son todavía perfectamente razonables.

Después del *mumbo-jumbo*, la única forma que yo conocía para protegerme era *comprender* cada vez con mayor claridad. Cuando se conoce al demonio y todas sus astucias, el viejo diablo pierde su poder. Cuando me quedaba en la cama, combatía mi terror *pensando*. Repasaba en mi espíritu todo lo ocurrido, ajustaba los acontecimientos aislados en un todo, más y más coherente. Con respecto al *trabajo*, todo se iluminaba con una luz completamente nueva. Caía el velo de los escritos de Gurdjieff y de algunos pasajes de los *Fragmentos* de Óuspensky. Pasajes como el siguiente se hicieron terriblemente claros: sobre este problema que los obsesionaba —“la finalidad de la vida humana”—, Gurdjieff dice: “Yo tenía la clara y absoluta convicción de que las respuestas que buscaba y que en su totalidad podían iluminar este problema fundamental del yo, no podían encontrarse más que si eran completamente accesibles al hombre, en la esfera del espíritu subconsciente del hombre.”

“De este modo tuve también la convicción de que para esta finalidad, me era indispensable perfeccionar mi conocimiento de todos los detalles, tanto de la formación como del mecanismo de la manifestación del alma general del hombre.

“Al llegar a esta conclusión categórica, de nuevo durante varios días, y de mi manera habitual, comencé a pensar y pensar casi sin tregua en lo que debía hacerse para crear las condiciones requeridas y satisfactorias que hicieran posible el estudio de tal problema.

“Completamente esclavo de esas deliberaciones, dejé el monas-

terio y volví a mi vagabundeo, esta vez sin ningún plan de acción definido.

"Liquidé todos mis asuntos, reuní todo mi material y comencé a coleccionar toda clase de literatura escrita e información oral, que sobrevivía aún entre algunos asiáticos sobre esa rama de la ciencia, altamente desarrollada en los tiempos antiguos y que se llamaba "Mehkeness", un nombre que significa 'la acción-de-quit-la-responsabilidad' y de la cual la civilización contemporánea sólo conoce una parte insignificante bajo el nombre de "hipnotismo", mientras que toda la literatura que existía sobre ese tema me era tan familiar como los cinco dedos de mi mano.

"Una vez coleccionado todo lo que pude, me dirigí a un monasterio derviche, situado en el Asia central y donde ya había permanecido antes, y me instalé allí dedicándome por completo al estudio de los materiales que poseía.

"Después de dos años de estudios teológicos de esta rama de la ciencia, cuando se hizo necesario verificar prácticamente algunos detalles indispensables, hasta ahora insuficientemente dilucidados por mí en teoría, del mecanismo del funcionamiento de la esfera subconsciente del hombre, comencé a anunciarme como 'curador' de toda clase de vicios y a aplicar los resultados de mis estudios teóricos a esas personas, procurándoles evidentemente, al mismo tiempo, una real ayuda."

Un poco más adelante, en esa obra maestra de tapa blanda, *El heraldo del Dios que viene*, Gurdjieff dice: "... Como hipnotizador profesional, a pesar de que he procurado en lo posible, al ejercer mi profesión, vigilar las manifestaciones indeseables de mi naturaleza, a pesar de ello, se formaron gradualmente en mí, encaminándose más allá de la vigilancia de mi conciencia activa, ciertas influencias automáticas sobre la gente que me rodea, tanto durante su vigilia como en su estado hipnótico."

Ahora habla Belcebú. Se jacta del nuevo método de hipnotismo que ha inventado. "Inventé luego y muy pronto me volví muy experto en cambiar rápidamente la 'Diferencia-de-tensión-de-los-vasos-sanguíneos' por medio de cierta molestia de la sangre en algunos vasos.

"Por medio de esa molestia conseguía como resultado que, a pesar de que el tiempo ya mecanizado de la circulación de la sangre de su estado de vigilia quede en los seres, a pesar de todo en el mismo tiempo, su conciencia real, es decir, la que ellos mismos llaman subconsciente, comenzara así a funcionar.

“Esos nuevos métodos personales se presentaban evidentemente incomparablemente mejores que el que sirve hasta ahora a los seres de su planeta, y que hace que la persona que ellos hipnotizan, tenga que mirar fijamente un objeto brillante o reluciente.

“... Pero por los medios que yo inventaba, es decir, una acción definitiva sobre los ‘vasos sanguíneos’ mismos, era posible llevar hacia este estado no solamente al que se quisiera de esos seres de tres cerebros que le han tomado el gusto, sino también a muchos seres de un cerebro que existen allí, como por ejemplo, muchos de los que ellos llaman ‘cuadrúpedos’, ‘peces’, ‘pájaros’, y así sucesivamente.”

Con gran espanto comprendí el papel de los “profesores”, los movimientos y el ejercicio de sensación. Comprendí por qué mi cuerpo cómenzaba a morir. No comprendí exactamente *cómo* se me había hecho esto, pero sabía *lo que* se me había hecho. Pensé en grandes rebaños de corderitos hipnotizados por los magos en París, Lyon, Londres, en América del Sur y las principales ciudades norteamericanas. Mi corazón se llenó de piedad por los miembros del grupo de París que, en caso de guerra, serían bonitamente abandonados por sus líderes, que se irían a los Estados Unidos y a América del Sur.

Todo esto me había impresionado fuertemente, pero había visto la luz y Pat también.

Ahora debíamos salvar a Miss Stumble. Fuí a verla y procuré decírselo. Procuré hacer que viera claro en el asunto. Quedé horrorizada cuando volvió hacia mí un semblante blanco, hipnotizado. “¿*Qué quiere usted decir?*” Miss Stumble, que había comenzado con un espíritu tan crítico, ahora estaba adormecida. El grupo no podía hacer ningún daño. Yo grité, clamé, hice sonar trompetas en sus oídos. No sirvió para nada. No podía quebrar el maleficio. Como corderillo dócil, se apresuró a comunicar a Mlle. Vide lo que yo le había dicho. La mujer, en un estado de terror frenético, comenzó toda clase de esfuerzos fantásticos para recuperar a las dos ovejas perdidas. ¿Qué diría Mme. Blank cuando descubriera que Mlle. Vide había dejado escapar a dos de ellas? En un patético esfuerzo por descargar el fardo de reprobación sobre espaldas ajenas, Mlle. Vide nos pidió que fuéramos a visitar al hijo de Mme. Blank, al “Pequeño Blank”. Él nos explicaría todo. Fuí a disgusto, porque Pat quería verlo, y yo no quería dejarla sola. Nunca me encontré en presencia de un ser tan completamente repulsivo. Por supuesto, no dije nada,

no sabía nada. Lo habían educado dentro del *trabajo*, nada más. ¿Cómo podría contestar así a quemarropa las preguntas que le planteamos?

—¿Qué es el trabajo?

—No sé, realmente.

—¿Qué son los movimientos?

—No sé, realmente.

Sus ojos oscuros no dejaron de brillar todo el tiempo. Pero sus esfuerzos fueron vanos. Salimos tal como habíamos entrado. Cuando volví a casa, deseé tomar una ducha de agua caliente, y con mucho jabón y fricciónarme hasta gastame la piel.

Cuando me inicié en el *trabajo*, al comienzo había lamentado no haber encontrado a Gurdjieff, durante mi estada en París en 1948-1949. Después de haber visto al "Pequeño Blank", di las gracias a Dios por haberme evitado la presencia de Gurdjieff, de quien una persona muy distinguida dijo que como el padre de Hamlet:

*He was a man. Take him for all in all  
I shall not look upon his like again.*

No estoy de acuerdo. Gurdjieff no era un hombre.

Si no podía salvar a Miss Stumble de los magos, tal vez habría alguien, en algún lugar, en el *trabajo*, alguien como yo quizás a quien se podría salvar, alguien que *comprendería*. No existe ninguna forma para describir el estado de mis nervios durante el mes de febrero. ¿Dónde estaba? ¿Quién era? Las palabras se arremolinaban alrededor de mí. Lo único que quería era aferrarme fuertemente a la vida, pero sabía que era preciso devolver golpe por golpe. Yo tenía que hablar. No podía desaparecer simplemente. Había que proceder rápidamente. Pero estaba cansada. Y esperaba que las fuerzas necesarias vendrían de algún lado.

Durante la tarde muy apropiada del viernes 13 de febrero, fui con Pat a ver a L. Pauwels, quien nos relató la historia, digna de una pesadilla, de lo que él mismo había experimentado en el *trabajo*. Cuando nos sugirió que nos reuniéramos con otros para hacer públicas nuestras pruebas comunes, me quedé encantada. Ya había decidido, por mi parte, escribir lo que había experimentado. Pero a mí sola, ¿quién me creería? Tal vez un grupo tuviese mayores probabilidades.

La maravillosa bondad y la comprensión de L. Pauwels me



ayudaron literalmente a mantenerme sobre mis pies. Aun en la desastrosa condición en que me encontraba, podía reconocer y admirar su valor. Si mis pruebas fueron malas, las suyas habían sido un infierno. Sin embargo, en la onceava hora, pudo invertir los papeles, a juzgar por su casa acogedora y cálida y su felicidad. "Vayan a pescar. Busquen la relajación, diviértanse, identifiquense, amen. Olviden todo por un tiempo. Es lo que yo hice, y estoy aquí casi completamente curado."

Seguí el excelente consejo de L. Pauwels con todo agrado. Pat y yo reservamos pasajes para Nueva York a bordo del *Liberté*, que zarpaba el 17 de marzo. Nos dirigíamos a una playa tranquila y nos entregaríamos a las alegrías y las penas de la identificación.

Tres días antes de dejar París, fuimos a ver al Swami Siddheswârananda, a quien sólo vimos una vez dos años antes. El Swami nos dió el mismo consejo que L. Pauwels, su bendición y una carta de presentación para un doctor de Nueva York.

Mientras empaquetaba miles de cosas en mi equipaje y estaba preparándome para las mil cosas prácticas que afligen a un extranjero que abandona París, escribo este increíble cuento. A bordo del *Liberté* (no sé por qué milagro pude subir), seguí trabajando el cuento, esperando tenerlo listo para cuando desembarcáramos. Pero esta máquina lastimosa se movía con lentitud. Tiene que volver a aprender todo. Sabe muy bien que no hizo el trabajo de una Kafka. Pide disculpas por ser tan torpe y se apresura a terminar un cuento que desea ávidamente olvidar. Al escribir dejó de lado muchas cosas que no carecen de interés, sobre todo porque le ha faltado energía para llevar más lejos las cosas, pero también porque L. Pauwels, que conoce la mentalidad de alguien que acaba de escapar al *trabajo*, muy prudentemente me ha impuesto una frontera, que ya está sobrepasada.

El *Liberté* arribó al puerto de Nueva York el 23 de marzo, hacia las ocho y media de la mañana. Al día siguiente fui a visitar al Dr. R., quien también pareció comprender. Me dijo que las pruebas personales en el *trabajo*, tal como se las describí, habían destrozado mi sistema nervioso y que salí apenas a tiempo. No obstante, parecía tener confianza en que los daños se repararían, bajo algunas condiciones. Sus ideas sobre las "condiciones necesarias" estaban de acuerdo con las de L. Pauwels y del Swâmi.

En las semanas que siguieron a mi alejamiento del *trabajo*, me puse en contacto con tres personas extraordinariamente amables y comprensivas: L. Pauwels, el Swâmi Siddheswarânanda

y el Dr. R. Todos ellos demostraron mucha simpatía y procuraron proporcionarme la ayuda que, así lo espero, supe recibir. Les doy las gracias a todos. También quiero agradecer a mi abogado, quien a pesar de que no cree en magias negras o blancas, me trató continuamente con las consideraciones que hubiera tenido con una persona sana, normal.

El 25 de marzo llegué a la playa en la que me encuentro actualmente. Estoy segura de hallar aquí el camino de vuelta a la vida. En cuando hube escrito unas palabras, pude olvidar la pesadilla Gurdjieff y volver a vivir. Si lo logro, y sé que voy a lograrlo, no lamento el tiempo que pasé en el *trabajo*. Como dijo L. Pauwels: "Es maravilloso haber conocido al demonio." ¡Haberlo conocido y haber escapado! Doy gracias a mi ángel guardián. En cuanto al *trabajo*, si pudiera lanzarle una anatema, lo haría. Pero no se lanza un anatema contra el demonio. Uno se ríe simplemente de él y se marcha lejos. Es lo que lo obliga a chillar. Espero que mi forma de reír del demonio lo obligará a chillar por largo rato. Supongo que esto es la identificación.

¡Qué dulce es identificarse nuevamente!

¡Grita, demonio; grita!

## TESTIGOS DE DESCARGO

### XII

#### DOROTHY CARUSO<sup>1</sup>

*Una revelación frente a Nueva York. — “He oído esta noche cosas que pueden cambiar mi vida.” — “Ellos” siempre me interrogan sobre Caruso. — El café en casa de Gurdjieff. — Un accidente sufrido por el maestro y la curación extraordinaria. — Lo que me decía Gurdjieff. — Una sustancia, no una idea solamente.*

A bordo, a veinticuatro horas de Nueva York. Yo estaba sentada, inconsciente del tiempo y del espacio, atenta sólo a la conversación. En la oscuridad, sobre el puente desierto, miraba el cielo oscuro, inmóvil, y escuchaba palabras que me aclaraban el Universo.

Palabras que contenían pensamientos de tal pujanza, de tal abstracción, de tal vigor y grandeza, que yo permanecía allí muda, aplastada por la inmensidad de ideas de un tipo totalmente nuevo para mí. Todos mis pensamientos, todos mis difíciles e infructuosos esfuerzos por trazar en mi espíritu turbado un mapa mental que pudiese seguir hacia lo que tal vez sería, así lo esperaba al menos, una maravillosa experiencia, se hicieron pueriles, lamentables, frente al mundo inmenso y desconocido que se abría delante de mí. Se extendía mucho más allá del espíritu y sin embargo formaba parte de él, o más bien el espíritu sólo era parte de su inmensidad.

<sup>1</sup> Dorothy Caruso es la viuda del célebre tenor Enrico Caruso. Su testimonio se ha extraído del libro que publicó con el título: *A Personal History* (Ermitage House, editor).

En un chispazo de comprensión, las palabras que oía se perdían, olvidadas para siempre, y en su lugar veía una dirección para la vida, tan clara como la que vi al mirar a Enrico Caruso desde lo alto de la escalera.

A las dos de la mañana volví al camarote. Los niños me esperaban. "Me pasó algo —dije—, esta noche he oído palabras que pueden cambiar nuestra vida."

Pero no pude repetir las palabras que había oído —aun hoy no logro recordar una sola frase de esa conversación—. Se trataba de un sistema de conocimiento que revelaba al hombre en sus relaciones con Dios y con el Universo, sistema que enseñaba un hombre llamado Gurdjieff. Ese hombre vivía en París y desde hacía muchos años se dedicaba a enseñar. Un nombre y la breve exposición de una "enseñanza desconocida" hicieron que brotara en mí la visión del conjunto de un nuevo mundo. Lo importante ahora era saber cómo mis hijos y yo podríamos penetrar rápidamente en ese mundo.

Y de pronto, fué como una revelación: comprendí que se abrían delante de mí horizontes nuevos, presentidos desde mi infancia. La amplitud de la revelación, la calidad del descubrimiento y lo enorme de su efecto sobre mí borraron de mi espíritu todo miedo del porvenir. Nada podría ya quitarme el presentimiento que tuve esa noche; y sólo experimenté un deseo: encontrar a ese hombre llamado Gurdjieff, que había explorado a fondo ese mundo desconocido y que acogía a todos los que venían hacia él para aprender.

La persona que dijo esas palabras era Margaret Anderson. Más tarde ella me contó su vida, cómo había fundado la primera de las pequeñas revistas: *The Little Review*, y cómo después de dirigirla durante diez años, dejó América para ir a vivir en Francia, cerca de Gurdjieff. (...)

Me dediqué a la búsqueda de un lugar en Nueva-Inglaterra, donde encontrar una granja blanca con su granero rojo, o una casita en una playa de aldea; allí podría vivir a la espera del regreso a Francia para ver a Gurdjieff. Encontré lo que buscaba en Sudbury, Massachussets, a ocho millas de Concord.

No fué una fantasía, sino una convicción lo que me condujo a Sudbury; estaba segura de que entre la gente de Nueva-Inglaterra, reflexiva, natural y comprensiva, yo podría realizar mi propia realidad y que se me permitiría ser auténticamente yo misma.

En Nueva York he oído a menudo a discípulos de Gurdjieff hablar de su "vida interior". Yo no tenía la menor idea de lo que podía ser una vida interior. Será que no la tengo, o está sumergida demasiado profundamente dentro de mí para que pueda sentirla... sumergida bajo las reflexiones de todas las personas que llegué a conocer, mil reflexiones acumuladas sobre las mías. Era como si hubiera llevado diez sombreros al mismo tiempo. Me preguntaba qué parecería si no llevara ningún sombrero.

Así, al comienzo, fui natural en Sudbury. Contestaba a las habituales preguntas sobre Enrico, relataba todas mis cosas; pero exponía mis propias ideas, no siempre como la mujer de Enrico y la madre de sus hijos, sino como una entidad diferente.

Pero pronto descubrí que mi manera de ser natural, no era la de Sudbury, y que mi conversación era de un tipo distinto del que esperaban en Sudbury. El día en que una mujer me dijo: "Todas estas ideas no nos interesan; cuéntenos mejor anécdotas de su vida con Caruso", comprendí de qué modo la enseñanza de Gurdjieff había aguzado mi apetito de intercambios reales, mi necesidad de una conversación que llevara a algo, y cuán insatisfecha me dejaba el relatar anécdotas o escuchar la descripción de acontecimientos insípidos.

De una manera inesperada, sentí mi vida interior. (...)

*París, junio de 1948.*— A pesar de todo lo que me habían dicho, me había formado mi propia opinión sobre Gurdjieff. Tendría la palabra de San Juan, la inspiración de San Pablo, la santidad y la dignidad de la Santa Madre. Yo estaría llena de respetuoso temor y de exaltación y lo dejaría con un sentimiento de humildad ante el privilegio de haberlo encontrado. En este estado de fervor, entré en su departamento parisiense, a fines de junio. Pero cuando vi a Gurdjieff, todas las ideas preconcebidas se desvanecieron, porque delante de mí se encontraba un hombre de edad, encanecido por la fatiga y la enfermedad, cuya potencia interior emanaba no obstante con tal fuerza de su cuerpo debilitado, que no sentí ninguna emoción profunda.

Yo no comprendía su inglés. Su voz baja, su acento oriental formaban palabras que no tenían ningún sentido para mí; al mismo tiempo, yo sentía que el lenguaje habitual no era necesario en ese momento. Era como si ya nos hubiéramos hablado y continuáramos haciéndolo en un lenguaje mudo.

Después del almuerzo, me invitó a tomar café en el cuartito

que le servía de despensa. Allí, en medio de frutas, bombones, vinos, finos embutidos de carne de camello, ramilletes de pimientos rojos, ramas de romero y de menta, suspendidas como un dosel sobre nosotros, y mientras miraba cómo vertía el café de un viejo termo abollado, bruscamente me sentí tan joven y llena de confianza como cuando la madre Thompson se ocupaba de mí en el convento. Toda la experiencia que había adquirido en el mundo durante años se había desvanecido y me volví niña de nuevo.

Gurdjieff me ofreció un terrón de azúcar. “¿Usted tenía que preguntarme algo?” —dijo—. Yo no estaba preparada para una acogida tan simple y directa. No podía inmediatamente formular una pregunta abstracta o esotérica. Entonces, bruscamente, le dije lo que me preocupaba desde que estaba en su casa: “Todo el mundo aquí parece tener un alma, exceptuándome a mí, ¿acaso realmente no tengo alma?” No me miró y no me contestó en seguida. Tomó un terrón de azúcar, se lo puso en la boca y bebió un trago de café. Luego dijo: “¿Usted saber qué quiere decir conciencia?” —Sí, —dijo—. Quiere decir conocer alguna cosa. —No, no conocer alguna cosa, usted conocer a usted misma, su Yo. Usted no conocer su Yo, ni un segundo en toda su vida. Ahora yo digo, usted ensayar. Pero muy difícil. Y usted ensayar acordarse de decir: “Yo soy” todas las horas. Usted no lograr, no importa, usted ensayar. ¿Usted comprende?”

Durante esa primera entrevista no dije nada de lo que había decidido decir. Yo hablé solamente de mi infancia en la casa de mi padre, de la bondad de Enrico y de mi desesperación cuando él murió; le hablé de mis hijos y le dije cuánto los quería. Continué: “No sé nada de lo que saben los demás. Ni siquiera sé qué preguntarle. ¿Qué hacer cuando uno no sabe desde dónde comenzar? ¿Qué debo hacer? —Usted debe ayudar a su padre —dijo Gurdjieff. Pensé que había hablado demasiado rápido y que él no me había comprendido; repetí que mi padre había muerto—. “Yo sé, usted ya dijo. Pero usted estar aquí a causa de su padre. Usted tener reconocimiento por él. Ha muerto. Demasiado tarde para reparar él mismo. Usted debe reparar en su lugar. Ayúdelo. —Pero, ¿cómo puedo ayudarle si él ha muerto? ¿Dónde está? —Alrededor de usted. Usted tener que trabajar sobre usted misma. Recordar lo que dije: su Yo. Y lo que usted hace por usted, también lo hace por mí.”

No dije nada más, pero yo sentí que había dicho grandes cosas

y cuando lo dejé había en mí algo rico, extraño, algo que estaba lleno de sentido. (...)

Muy tarde en la noche, llegó un mensaje de París (a la aldea donde yo descansaba). Gurdjieff acababa de ser herido en un accidente de automóvil. Su estado era alarmante y se hallaba en el hospital, sin conocimiento.

Al llegar a París, lo encontramos en su casa. Tenía costillas fracturadas, heridas en la cara y en las manos, numerosas contusiones. Se temían lesiones internas. "¿Ha recuperado el conocimiento? —Oh, sí. Y quiere que las lecturas y las comidas se reanuden como si nada hubiera pasado."

Después del almuerzo, apareció por un instante. Asistiría a la cena, esperaba a treinta personas.

Pero al día siguiente se encontraba peor y los médicos abrigan pocas esperanzas.

Esa noche, nos habíamos instalado en un pequeño hotel cerca de su departamento, a la espera de una llamada telefónica. No la hubo. Tres días después, Gurdjieff presidía de nuevo las comidas. Su cráneo era siempre la cúpula resplandeciente, elevada y lisa, pero el rostro estaba terroso. Tenía los labios entumecidos, un vendaje ocultaba una herida en el cuello. "No puedo comer —dijo—, tengo llagas en la boca." Penosamente, con sus dedos heridos, repartió una trucha, y me alcanzó un trozo a través de la mesa. "¿Usted gustar? —dijo—, entonces, tome." Permaneció silencioso durante el resto de la cena. Tenía esa mirada interior que le había visto cuando tocó para mí una plegaria en su pequeño acordeón. Cuando nos levantamos para irnos, se levantó también. Y apoyando las manos sobre las costillas: "Aquí mal —dijo—, yo sufrir." No supe sino quedarme allí, mirándolo, y adelantándose a mis votos de pronto restablecimiento, dijo: "Le agradezco. Le deseo todo lo que usted me desea."

Se cuidó solo, nadie supo cómo. Habíase negado a un examen radiológico y rechazó los remedios prescritos por sus médicos. Sin embargo, su curación fué tan completa que parecía más joven que antes del accidente, como si éste en vez de debilitar su organismo, le hubiera devuelto una mayor fuerza.

Al atardecer se lo podía ver, muy atildado, en la terraza de un café cercano a su departamento, con el panamá que dejaba sus ojos en la sombra, el bastón a través de la mesa, conversando con los discípulos, bebiendo café y mirando pasar a la gente.



Otras veces, permanecía solo y silencioso, sin notar a nadie, hasta que, por fin, se levantaba y en el largo crepúsculo, se encaminaba lentamente hacia su morada, por las calles tranquilas donde se cerraban las tienditas.

Después de un momento de descanso, se cambiaba y se ponía un amplio traje de cachemira gris, una camisa blanca, cuyo cuello dejaba abierto, y cómodas pantuflas forradas de piel. Entonces daba instrucciones en la cocina y luego venía a sentarse entre nosotros, para escuchar la lectura de su libro.

Durante la cena, nos acogió como lo hacía siempre, habló de los mismos temas, con las mismas palabras; y, como de costumbre, en medio de la comida, se cubrió con su fez. Era reconfortante saber que estaba curado, ver que se reanudaban las pequeñas ceremonias íntimas: el ritual de los brindis, la repartición del pan y del pescado que servía personalmente a cada uno. Y mientras me hallaba allí sentada, atenta, feliz, me sentía poseída por la armonía que unía todo en esa habitación; los gestos, los rostros, el alimento y mis propios pensamientos vibraban al unísono, como un acorde musical. Empecé a comprender cada vez mejor lo que tanto había esperado comprender. Deseaba adquirir ese Yo del que Gurdjieff me había hablado.

Mucho antes de su accidente, Gurdjieff me dijo: "Yo no puedo elevarla, sólo puedo crear en usted las condiciones gracias a las cuales usted podrá elevarse a sí misma". Durante semanas, yo me había rebelado contra las condiciones que él había creado. Me sentía irritada, impaciente, crítica, pero había disimulado esas emociones ocultando mi fastidio interior bajo una calma aparente: la costumbre de toda la vida, las buenas maneras, en vez de hacer un esfuerzo de honestidad. Hubiera sido mejor estallar contra lo que estimaba injusto y preguntar a Gurdjieff abruptamente por qué continuaba asistiendo a esas interminables comidas, comiendo platos que no deseaba y que no me gustaban. Esto nada tenía que ver con la compasión y la ansiedad que experimenté en el momento de su accidente, ni con el profundo afecto que me inspiraba. Era muy bueno que yo me preocupara por él, pero hubiera hecho mejor al preocuparme por mí misma, al comenzar a cambiar, a elevarme. Una vez él me habló de mi finalidad esencial. "No tengo ninguna finalidad —le contesté—. ¿Cuál podría ser? —¿Usted quiere reventar como un perro? —¡Claro que no!" No me dió ninguna explicación, pero repitió simplemente: "Recuerde su Yo." (...)

No volví a ver a Gurdjieff. Murió en París, dos días después de nuestra llegada a Nueva York. Así, apenas comenzada, terminó una gran experiencia.

Todo lo que pude aprender en dos años de trabajo se llenaba de brumas a medida que el tiempo pasaba. Pero no podría olvidar jamás lo que sentía junto a Gurdjieff, cuando hablaba y cuando permanecía silencioso. Los sentimientos que nacen en el corazón del alma viven siempre. Gurdjieff fué bueno para mi alma, esa alma que no había crecido al mismo tiempo que yo. La había fortificado. Desde lo alto de su mundo misterioso y consciente, la había guiado, con esa clase de comprensión que él llamaba "amor objetivo", amor por todo lo que respira, y esta alma respondió con la clase de amor más elevado posible, me parece, en nuestro mundo inconsciente: una confianza ilimitada.

Nada es más grande ni más verdadero que el amor confiado de un niño. Que comprenda o no nuestras palabras, no tiene importancia. Lo que interesa es la forma en que están dichas. Y esa forma suscita en el niño el amor y la confianza que nos demuestra. Es la emoción que gracias a las "condiciones" que él había creado, Gurdjieff hizo nacer en mí.

Puedo comunicar las conversaciones que tuve con él, interpretar sus silencios, describir su apariencia, definir su doctrina; pero sólo puedo decir muy poco del cambio que se operó en mí desde mi encuentro con él. Antes de la muerte de Gurdjieff yo había comprobado en mí un proceso activo de transformación progresiva. Su muerte lo acrecentó en vez de interrumpirlo. Y un día comprendí lo que me había sucedido. Algo había cambiado en mí: ese cambio era el Yo.

No se puede expresar un misterio, es algo que se coloca más allá de la comprensión humana.

El hombre es un misterio.

El Cosmos es un misterio.

El hombre, en su relación con el Cosmos, es un misterio.

Todo es misterio y todo es paradoja.

Para comprender esto hace falta mucho más que una comprensión humana, hace falta el conocimiento.

Gurdjieff poseía el conocimiento.

Este conocimiento lo tenía de su "ser", como él decía. Y no perdía jamás ese conocimiento.

Yo no tengo más que instantes de conocimiento. Un instante de ese tipo, es una chispa de comprensión y esta comprensión perte-

nece a esa parte del yo que es mi esencia. En ese instante, yo soy consciente de una división de mi identidad, consciente de una separación entre lo que es esencia en mí y lo que siempre he llamado "yo".

Una vez pasados esos instantes no me dejan únicamente recuerdos, como los otros. Es algo distinto lo que queda dentro de mí, que eleva, ensancha y profundiza mis percepciones. No conozco la sustancia de ese algo; todo cuanto sé es que es una sustancia y no sólo una idea.

### XIII

#### GEORGETTE LEBLANC <sup>1</sup>

*Fragmentos de mi diario. — Gurdjieff en su casa, en París. — Mis ataques. — Lo que él hace por mí. — Mi cuerpo vive un milagro. — Gurdjieff en el minuto de verdad. — Gurdjieff toca el órgano. — Una Nochebuena con Gurdjieff. — Me aproximo a graves instantes. — Tengo miedo. — Estoy impaciente. — Gurdjieff me dice: “Es solamente un pequeñísimo comienzo”.*

Las circunstancias me permitieron ver a Gurdjieff con continuidad hasta la declaración de la guerra. De esa constante relación con él, de ese trabajo —de ese “desarrollo”, que ninguna dicha podría igualar para mí— sólo puedo hablar presentando algunas páginas de un diario en el que, de tiempo en tiempo, hice anotaciones en las largas noches sin sueño, que se convirtieron en mis noches de claridad.

Estoy un poco asustada por las absurdas interpretaciones que podrían darse a los esfuerzos que relata el diario —faltas que hay que pagar, crímenes que hay que expiar, mortificaciones pueriles, falso misticismo— mientras que mi fin era simplemente despertar y agrandar lo que dormía en mí, como en todos los seres humanos. No hablaré de los principios de esta ciencia. Por otra parte, carezco de derecho para ello. Simplemente, proporcionaré algunas indicaciones sobre lo que he vivido y que, a mi juicio, es el punto de llegada de mi vida.

<sup>1</sup> Este segundo testimonio de Georgette Leblanc está extraído de *La Machine à Courage*, ediciones Janin, París.

## FRAGMENTO DEL DIARIO

(1936 - 1940)

*Junio de 1936.* — Siempre sufrimientos. Época penosa. Por fin, encontré departamento en la calle Casimir-Périer, entre la iglesia y los árboles.

Fin de mes maravilloso, gracias a mi encuentro con Gurdjieff. Está instalado en París desde hace un tiempo; decido hablar con él. "El tiempo pasa para mí y no hago progresos. No tengo ya mucho tiempo para vivir, ¿quiere permitirme leer las nuevas partes de su manuscrito?" Me miró largamente. Por fin, dijo: "Usted todavía tiene tiempo de vivir. Sí, venga a almorzar mañana y va a leer."

Murmura palabras que no comprendo. Finalmente, consigo distinguir: "Hígado enfermo, todos los órganos bloqueados". Me mira aún más largamente: "Sí... lo haré por usted", precisa.

Quisiera gritar dándole mil gracias, pero sé que es necesario permanecer impasible, porque él lee en mí. Artículo penosamente: "Gracias".

Almuerzo con él, su familia, algunos discípulos. Después del almuerzo, trae su manuscrito y me muestra un armario en un cuartito al lado del comedor. Me lo dejará allí a mi disposición. Podré venir a leerlo cuando quiera.

Voy a su casa casi todos los días. Leo con concentración, como si mi vida dependiera del difícil pensamiento que brota de esas páginas.

*28 y 29 de junio.* — Tengo otra vez un fuerte ataque al hígado<sup>1</sup> y al plexo.<sup>1</sup>

*Jueves, 16 de julio.* — Le declaro que estoy cambiada, que no he sufrido durante dos semanas —esto no me ha ocurrido en veinte años—. Feliz y sin asombro. Afirma que ha querido esto, que tiene una finalidad. Repite por segunda vez: "Usted es joven". He comprendido más tarde que para él es un asunto de glándulas. Explica que puedo esperar... que el trabajo llevará cinco años. No se puede alcanzar nada si no se llevan de frente simultáneamente el espíritu y el cuerpo. La fe drena el cuerpo. En el Tíbet los sacerdotes son médicos y viceversa.

<sup>1</sup> Fué el último.

Dice a las personas que estudian su ciencia y a los que interesa mi caso: "Ella era candidato a la muerte, ahora es candidato a la vida..." Durante el almuerzo, me mira con ojos llenos de malicia: "Yo dije solamente lea el libro, señora, lea el libro..."

*22 de julio.* — Deslumbramiento físico y moral cuando todas las noches puedo extenderme en mi lecho. Asombro del cuerpo que teme un sufrimiento que no viene. A menudo experimento un fuerte calor interior, agradable, como si me acercara al fuego. Duermo sin agitación. Creo en una sorda y bienhechora perturbación. Mi pensamiento está lleno de agradecimiento sorprendido. Comprendo lo que sucede, pero el vivir es asombroso.

*27 de julio.* — Ayer, llegué a su casa fatigada, arrastrándome. Leí el libro durante dos horas. Después, me fui ligera y fuerte. Caminé kilómetros sin fatiga. Físicamente, vivo una primavera, en este mes de julio, frío... Me siento cargada como una dinamo.

*30 de julio.* — Gurdjieff entra mientras leo. Estoy al final de un capítulo sobre las religiones. Le expreso mi exaltación con la menor cantidad posible de palabras y de gestos, no le agradan las "manifestaciones". Está visiblemente satisfecho.

Juzga mi salud cada vez mejor. Agrega: "Todavía nada. Muy pronto comenzará otra cosa".

*Agosto de 1936.* — Y nunca más sufrimientos. No siento mis órganos. Mi cuerpo sabe que vive un milagro. Moralmente, no estoy aún acostumbrada al deslumbramiento. Asisto a algo inmenso que ocurre dentro de mí. Nuestro cerebro no es nuestro único "control", algunos órganos registran lo que sucede en nosotros con más exactitud que el cerebro. En este momento, tengo la impresión de tener dentro de mí una rueda que gira continuamente, engoblando todo mi cuerpo de pies a cabeza, interior y exteriormente. Rueda que mueve el alivio de mis órganos liberados y mi consciente voluntad de recibir lo que es "enviado". Es también la magia de vivir algo que no es hereditario. Yo no podía concebirlo, pero estoy dispuesta a hacerlo porque lo he buscado siempre inconscientemente. Sin esto, no se hubiera producido ningún resultado.

*Agosto de 1936.* — Si consigo distinguir un poco a este maes-

tro en su conjunto, es porque lo busco y lo estudio desde hace trece años. La humildad de Jesús estaba de acuerdo con sus pies desnudos, el desierto, la época... La de Gurdjieff parece una mueca o una broma. En realidad, me parece casi un Mesías; es decir, un Mesías sin espectadores, sin marco. Él "es", pero la ceguera del mundo civilizado ha hecho de él un anunciador negativo. Tiene, sin embargo, algunos discípulos. Es bastante para asegurar que será "visto" dentro de cien o doscientos años. La humanidad no puede nada sin embarazo, la humanidad alcanza la conciencia de sí misma durante el embarazo. Necesita siglos para dar a luz a un Mesías.

*27 de septiembre de 1936.* — Desde hace varios meses se ve claramente cómo el inconsciente de los hombres fabrica lo que ellos llaman fatalidad: la guerra. Todo esto, mientras declaran con toda sinceridad que sólo desean la paz.

*30 de septiembre de 1936.* — Cada día voy a estudiar su manuscrito. Lo considero como el acontecimiento auténtico de mi vida.

El tiempo de la destrucción —la guerra— está próximo. Sin embargo, seguimos arreglando nuestro departamento, cada vez más adorable, a causa de arcadas que hice hacer en todas partes. Lo perderemos: guerra afuera o por dentro... o ambas.

Estoy angustiada a causa de las fuerzas que me son "devueltas". Desde hace tres años me iba acostumbrando a la idea de la muerte. Ahora me asaltan deseos, impulsos, querer...

*28 de octubre de 1936.* — "Él" me hace mucho bien, pero, al no estar crispada por continuos sufrimientos, se produjo en mí un relajamiento. Y luego, llega el invierno. Mi cuerpo sigue el trastorno de la tierra bajo los colores pálidos del frío. Las ramas de los árboles hacia el cielo tienen gestos mecánicos. El organismo tiene malas costumbres. Porque ha sufrido demasiado tiempo, quiere sufrir todavía. Está más nervioso, más sensible. Y me siento deslizar. Tengo instantes de descorazonamiento. Trato de no admitirlo, pero lo siento de todos modos.

*31 de octubre de 1936.* — En su casa. Le he explicado mi estado, mi angustia. Él sabía... proceso habitual.

Desde el comienzo, me había dicho: "Puedo impedir los sufrimientos y así preparar el terreno para algo diferente".



Sé que se trata de un trabajo especial para que la vida psíquica corresponda a la curación física. Pero, ¿tendré fuerza para entenderlo?

Gurdjieff entró en su estudio y yo me puse a leer. Un instante más tarde, tuve la impresión de estar vestida de vibraciones. Había permanecido leyendo, reposando, desde las dos hasta las seis. Al día siguiente, me encontraba renovada.

*Lunes, 2 de noviembre.* — Gran emoción. Cuando llegué a su departamento, me abrió la puerta personalmente. Le dije en seguida: "Estoy en un cuerpo nuevo". La luz que venía del saloncito lo iluminaba por completo. En vez de sustraerse, se echó hacia atrás, apoyándose contra la pared. Entonces, por primera vez, me dejó ver lo que es verdaderamente... como si de repente hubiera arrancado las máscaras detrás de las cuales está obligado a ocultarse. Su semblante estaba impregnado de una caridad que abrazaba al mundo entero. Inmovilizada, de pie delante de él, lo veía con todas mis fuerzas y experimentaba una gratitud tan dolorosa, tan profunda, que él sintió la necesidad de apaciguarme. Con una mirada inolvidable, pronunció: "*God helps me* (Que Dios me ayude)".

*15 de noviembre de 1936.* — Los esfuerzos que debo hacer son infinitos y casi sin esperanzas; pero ya es suficiente creer, por fin, que existe una verdad, que está ahí, que se marcha hacia ella. Comprendo ahora que la dicha no era nada, que los deslumbramientos del amor y del arte no eran sino agradables engaños, engaña-ojos (habría que decir engaña-alma) suscitados por un organismo ávido de manifestarse. Compruebo que mi subconsciente ha vivido a pesar de mí, como un tesoro en el fondo de un sótano. Había que vivir primero mucho, mucho tiempo, de acuerdo con las leyes habituales...

*20 de noviembre de 1936.* — Una de las mayores virtudes de Gurdjieff consiste en haber sabido hacer accesibles para el entendimiento humano las verdades más imposibles para la concepción del cerebro del hombre.

*Fin de noviembre de 1936.* — Después de la cena, Gurdjieff toca. Espectáculo único. Gurdjieff que ejecuta en su pequeño órgano. Se ve cómo la música "pasa" por él. Él ejecuta, no es el ejecu-

tante. Es directamente el medio de expresión de un "pensar impersonal", servidor perfecto de una idea. Se ve vivir un hombre, un círculo. Se escucha un lenguaje que toma al arte su esencia para ajustarse exactamente a una forma que él quiere comunicar. Y qué mirada extraordinaria —la riqueza de su sonrisa—, riqueza de bondad, riqueza de verdad.

*25 de diciembre de 1936.* — Reunión extraordinaria en casa de Gurdjieff. Otra edad —el patriarca que distribuye tesoros—. El pequeño departamento está lleno —muchas personas de su familia, amigos de la familia, el portero y su familia, viejos y antiguos servidores—. El árbol de Navidad, demasiado grande, demasiado alto, está doblado contra el techo y las estrellas se inclinan.

La distribución comienza con un verdadero ceremonial. Unas cincuenta cajas de sombrero, numeradas, ocupan un rincón del salón. Gurdjieff, de pie delante de una mesa, con anteojos, tiene en la mano una lista y anuncia un nombre correspondiente a un número. La persona se acerca. A cada caja que colocan delante de él, agrega uno o varios billetes de cien o de mil francos. Luego, entrega la caja, con un breve gesto que significa: "Nada de agradecimientos". Murmura: "Vete" y pasa a otro. La ceremonia continúa así de nueve a diez. Un editor ruso recibe una bata; un médico, ropa de lana y un billete de mil francos. En el momento en que Gurdjieff añade a la caja el billete de mil francos, S. dice: "Ese sí que va a ser feliz". Gurdjieff replica prontamente: "¿Usted, no?"

A las diez, se cena. En cada plato hay un enorme cuarto de cordero, un pan ruso relleno, pepinillos, pimientos en vinagre... todas cosas que yo detesto... pero se despliegan sobre una mesa soberbios postres: pasteles, frutas, cremas, bombones de mil y una noches. A las once y media nos vamos y otras personas ocupan nuestro lugar. La sirvienta rusa me dice: "Una hora más tarde, hasta la madrugada, desfilarán los pobres... Habrá mal olor."

Sabemos que para Gurdjieff un ayuno más o menos largo sucederá a esta fiesta. Compensará las liberalidades materiales y cumplirá con un deber.

*28 de diciembre de 1936.* — Resurrección que comienza en mí... omnipotencia del espíritu. Asunto apasionante y primordial para mí —las muertes sucesivas y los perpetuos comienzos—. La en-

fermedad devora la vida: la resurrección —adición de lo que fué, de lo que es, de lo que será— la sobrepasa.

Mi inteligencia... no, no creo en ella, pero tengo un principio de lucidez que no ha fallado nunca en todos los desastres de la existencia. Antes de mi experiencia, he visto acercarse el tiempo en que ese principio iba a quedar solo en mí, como una bandera sobre una casa vacía.

Mis anotaciones de enero hasta diciembre de 1937, exponen simplemente los largos meses de esfuerzos, de descorazonamiento, de exaltación, de recaídas y de ascensos conocidos por aquellos que han seguido el difícil camino del conocimiento.

Pero, ¿qué significa “el camino del conocimiento”? Se ha oído toda la vida esta frase, sin que tomara jamás un sentido preciso.

El caso es el mismo para todo lo que atañe a esta secreta historia de la humanidad, de la que Gurdjieff y algunos otros se dicen depositarios. Pero, ¿sobre qué base precisa reposa esta ciencia del alma? Los filósofos se contentan con declarar que “esta interpretación del universo, este antropocosmogénesis es el más elevado, el más vasto, el más admirable, el más inatacable que se haya conocido jamás; sobrepasa por todas partes la imaginación y el pensamiento del hombre...<sup>1</sup>”

“Pero —agregan—, ¿qué influencia tendría esta revelación sobre nuestra vida? ¿Qué transmitiría, qué elemento traería a nuestra moral, a nuestra felicidad? Sin duda, muy poca cosa. Pasará demasiado alto, no descenderá hasta nosotros. No nos alcanzará, nos perderemos en su inmensidad y, en el fondo, sabiéndolo todo, no seremos ni más felices, ni más sabios que cuando no sabíamos nada.” Al mismo tiempo admiten que nuestra evolución moral está atascada de varios siglos sobre nuestra evolución científica, y que únicamente de ésta dependen la felicidad y el porvenir del hombre.

Se pretende que se encuentra lo que se busca entre cuatro paredes, por medio de los libros. ¿Qué podría dar esta búsqueda en sillón? Todo el mundo puede leer a Hermes, a Pitágoras, a Buda... y permanecer ciego frente a esos códigos cerrados, sin que nada cambie en uno. Son enseñanzas especiales que no revelan la sustancia que encierran.

El hombre tiene otra cosa que hacer que leer, admirar, especu-

<sup>1</sup> Maeterlinck, *Los senderos en la montaña*.

lar. El estudio del "Conócete a ti mismo" exige un trabajo especial y el sacrificio de una vida.

Se quisiera decir a aquellos que piensan que por el trabajo alcanzarían resultados que pasarían por encima de su entendimiento: "Comiencen primero el trabajo".

Todo trabajo impone las mismas leyes. El camino que parece vertical, baja a medida que se lo sube.

Esta vacilación en dar su vida se basa, sobre todo, me parece, en el miedo. Toda iniciación comprende un período de pánico. El primer abismo está entre "saber e incorporar".

Tomo de mi diario algunos fragmentos de esa época penosa de incorporación... Resurrección y caída se siguieron durante mucho tiempo. Luego hubo un largo y lento período de igualación, sin el cual no se puede construir nada. Fué como un nivel de agua que se establecía, trayendo su fecunda desolación. Ni desesperación, ni esperanza. Yo vivía en un túnel.

*Diario, 10 de octubre de 1937.* — Sé que me acerco —moral y psíquicamente— a instantes graves. Conozco el equilibrio que hay que mantener en las pruebas. Conozco la balanza necesaria entre los tres centros y que el tiempo de una vida no bastaría para alcanzarla. Unas líneas de Goethe me obsesionan constantemente: "¡No existe el camino! Es lo no-abierto en lo que nadie puede penetrar... En la lejanía, eternamente vacua, no verás nada sólido para apoyarte."

Conozco y detesto mi angustia. Por grande que sea, la juzgo pequeña.

Pero tengo miedo. ¿Miedo de qué? De miles de miedos, de los cuales no todos tienen un nombre. Son mis padres, mis antepasados que tienen miedo en mí. Entonces, ¿por qué escucharlos? Yo no tuve tanto miedo ante la muerte. ¿Era más natural? Con seguridad, sí.

Otros antes que yo han hecho lo que yo quiero hacer. Pero esto no enseña nada, porque cada ser es él mismo por primera vez, cada experiencia es nueva, porque se ajusta a una verdad inmutable. Envidio a los impacientes que se han precipitado, sin vacilar. No obstante, no temo equivocarme. Mi confianza ha bastado para hacerme salir de la vida del mundo. Ya he opuesto muchas negativas a la vida fácil. Ante las que voy a hacer a la sazón, veo que eran muy poca cosa, tal vez hasta no eran sino pereza, fastidio de recomenzar. ¿Qué habrá cambiado? Imposible saberlo.

Ningún sacrificio es exigido, pero no se puede alargar el tiempo. Hay que escoger. Una pequeña vida por una gran verdad. Es poco. Hay que pagar. El precio es tanto más elevado, cuanto más cara es la experiencia. Tengo vergüenza de mi vacilación. Me parece que me regateo. Sin embargo, quiero discutir conmigo misma antes de que ese yo misma deje de pertenecerme. Usted avanzará en las tinieblas, sin saber nada; usted no verá el progreso. Parecer será abolido en provecho de ser. Llegará el momento más duro. No lo conocerá, sino viviéndolo, sintiéndose perdido y sin socorro. El Maestro lo mirará tropezar, penar, y no dirá nada. Su palabra fué: "Yo no puedo desarrollarlo. Yo puedo crear condiciones en las que usted mismo puede desarrollarse."

*12 de octubre de 1937.* — El momento importante está ahí. No puedo ignorar aquello en que uno incurre. Creo hasta que sería idiota no pensar. Sin embargo, mi conclusión es siempre la misma: prefiero arriesgar "todo", antes que verme deslizar, marchar más despacio, disminuir psíquicamente, comprender menos, oír menos... No, a ningún precio. Basta de sufrir, basta de lucha, basta de mirar la muerte de frente, cada vez más cercana. No, me arriesgaré.

Se me podría decir: "Pierdes la razón". ¿De qué razón hablan?

*13 de octubre de 1937.* — He soñado: Iba caminando durante años al descubrimiento de un planeta. He llegado a través del espacio. Creí, al comienzo, que las ciudades, los habitantes, las cosas eran como las nuestras. Supe pronto que todo era indiferente. La gente se amaba, pero no hablaba. Los animales hablaban.

Sostuve una larga conversación con un caballo blanco, grande como una catedral. Me explicó su visión de dos dimensiones y sus espantos. Comprendió que yo ardía, entonces dispuso alrededor de mi cuerpo sus crines como una lluvia para aliviarme. Fué él quien me anunció la celebración de una fiesta que no existe entre nosotros. Tres estaciones habían vencido a la cuarta. Asistí al triunfal regreso de las tropas... los regimientos de los veranos de todos los países avanzaban, con la bandera al frente, encuadrados por primaveras maduras y otoños apenas abiertos. Habían matado a los inviernos.

No llevaban el bien y el mal a sus costados. Sus cantos eran campanas, su risa era la del mar en el sol. Para divertirse, por

el camino, habían disciplinado las calamidades, ahuyentado al dolor, echado a la calumnia, infección de entrañas humanas. Mi compañero decía: "Con el invierno, han matado lo inevitable. La muerte ya no será más que un resultado. La consecuencia de no haber comprendido."

De repente, uno de los hombres cayó desde muy alto al suelo delante de mí. Se abrió en dos. Estaba vacío.

*18 de octubre de 1937.* — Mañana le preguntaremos —Margaret y yo— si ha llegado la hora de intentar experiencias personales.

Cuando comience "realmente" las pruebas, nada habrá cambiado en apariencia. Tendré siempre mi nombre que no me agrada, estaré vestida como estoy. No habrá ningún signo, ninguna promesa. Iré mañana y diré simplemente: "*I will do* (yo quiero hacer)". No será "Yo quiero" o "Yo haré", serán estas tres palabras. Pero para mí, para mí sola, ante mí misma, será el mayor acontecimiento de mi vida: Cuando diga esto, percibiré delante de mí, en espíritu, una sucesión de arcanos, cuyo fin no veré y que franquearé, suceda lo que sucediere.

Para los que no lo han querido nunca y no lo han buscado nunca, era casi fácil. Pero para mí es el peligroso resultado de lo que he buscado siempre, y sin ninguna esperanza. Yo creía, como todo el mundo, que mi fin era la muerte. Y esto es para ganar la vida.

No puedo escribir sin temblar estas palabras: "*I will do*".

*10 de octubre de 1937.* — Las cinco de la mañana, en mi cuarto, calle Casimir-Périer. El cielo es de un azul opaco detrás de los árboles aún primaverales, todo está calmo y feliz. ¡Dios mío! Por qué habré sabido que se puede vivir en un plano distinto del humano fácil que se me aparece cada vez más como un lecho de rosas. Yo amaba esta vida. La había obtenido, por fin, de acuerdo con una concepción vuelta únicamente hacia el espíritu y suavizada por la ternura perfecta sin sombra de incompreensión. ¿Hasta qué punto será modificada por un sacrificio nuevo? No lo sé.

A las once, Margaret y yo pediremos al Maestro "comenzar".

*19 de octubre, de noche.* — Consiente y nos ha fijado una entrevista, en su casa, mañana a las trece.

*20 de octubre de 1937.* — En cuanto llegamos, él nos explica de nuevo lo que sabemos: la necesidad de estar decididas; saber

que el trabajo será cada vez más duro; no es demasiado tarde para decir: No. No habla de recompensas. La primera para mí es esta: vale el que nos ayudemos mutuamente.

*21 de octubre de 1937.* — Tiempo divino en el Luxemburgo —torbellinos de hojas muertas—. He comenzado el nuevo trabajo, explicado por Gurdjieff de una manera tan clara, tan total, que he comprendido sin conocer precisamente las palabras. Para mí es una revelación siempre esperada este hecho, este gesto tangible, real, que tiene en mí ser repercusiones infinitas.

Antaño, hace, quizá, cuarenta años, yo escribía a Maeterlinck: “Yo no sé si te das cuenta de cómo soy; soy comparable a una pompa de jabón que flota en el aire y que no está atada a nada real, aun en el fondo de mí misma; siento que no soy. En ese vacío sólo existe, quizá, una preocupación, es mi insatisfacción de verme así. Como si para cambiar, yo debiera realizar algo que ignoro. Esto viene en mí desde muy lejos, como una idea perdida, una orden a la que no consigo dar forma, y busco, busco...”

Hoy, una vida más tarde, cuando he hallado, por fin, lo que había que hacer, vuelvo a ver estas palabras: “Como si para cambiar, yo debiera realizar algo que ignoro”.

*11 de la noche.* — En resumen, este 21 de octubre he vivido algunos instantes reales.

*Fin de diciembre de 1937.* — Vivo con demasiada fuerza, fatigada, sueño de papel. Si en esos momentos viera acercarse la muerte, no la aceptaría tan fácilmente como la aceptaba en los lechos de las clínicas en que he pasado años. Es que ahora mi tiempo está grávido de una sustancia verdadera, que nunca llegué a sospechar.

Digo a Gurdjieff: “Casi tengo miedo, la vida sube en mí como el mar.”

Él repite: “Es sólo un muy pequeño comienzo.”



## XIV

### RENE BARJAVEL

*Mi único encuentro con Gurdjieff. — Ríe burlonamente y me ofrece una cebolla. — Tuve miedo de él. — Mi trabajo con Mme. Salzmänn. — He bebido en la fuente de la verdad. — Debo todo a la Enseñanza.*

He encontrado a Gurdjieff una sola vez. Es muy poco para juzgar a un hombre cuando un espíritu clarividente, después de haberse frecuentado a sí mismo toda una existencia, sabe tan sólo que no es más que un montoncito de mierda, cuyas partes brillantes acá y acullá reflejan la luz. Habría que reabsorber la basura, para liberar la chispa de luz. Pero el hombre, después de auto-devorarse con delectación a lo largo de los años, termina casi siempre por morir simplemente de indigestión, sin haber hecho el menor progreso.

Todo esto está lejos de la enseñanza de Gurdjieff. Es solamente para decir que me guardaré muy bien de formular no ya un juicio sobre él, sino la menor apreciación. Lo encontré en París, durante la ocupación, en una de esas cenas a las que invitaba a sus discípulos. Éramos una decena a su mesa. Él se reía burlonamente al mirarnos. Hay que reconocer que tenía motivos. Como le gustaba desconcertar a los que se le acercaban por primera vez, me ofreció una cebolla cruda. Ignoraba que yo era provenzal: para mí una cebolla es una golosina. Pero ésta estaba un poco podrida: de todos modos fué una prueba.

No volví a las cenas, y no vi más a Gurdjieff. ¿Por qué? Falta de tiempo, falta de dinero, falta de bonos para la comida, dos niños de corta edad, preocupaciones materiales que hacían callar a las preocupaciones espirituales... Pésimas razones, pre-

textos. En realidad, hoy pienso, años después, que tuve miedo de él... Desde hacía tiempo yo trabajaba con una de sus discípulas, a través de la cual su enseñanza me llegaba decantada por su personalidad. Y esa enseñanza, esa doctrina, eran tan claras como las matemáticas. Y cuando me encontré frente a Gurdjieff, su temperamento me saltó encima, un temperamento volcánico. Volví la espalda a la montaña rugiente y retorné al claro arroyuelo que brotaba de ella...

Luego, abandoné hasta los bordes del arroyo. Hace mucho de esto. Pero sé que bebí la verdad en esa fuente de la verdad donde corre toda la sabiduría del mundo y donde se han formado las religiones, ríos que se alejan cada día de su fuente. Si un día llego a ser algo menos maloliente que el zurullo fundamental, será el resultado de una larga y lenta lucha que no hubiera emprendido jamás sin el encuentro con el "grupo" Gurdjieff. Es todo cuanto puedo decir hoy, pero es cosa cierta.

## EL VIEJO Y LOS HIJOS DEL SIGLO

*Y sin embargo... — Donde se aconseja leer y releer. — Pierre Schaeffer o la inteligencia del desorden. — Esoterismo politécnico. — Fidelidad y no-conformismo.*

Una escuela esotérica para los hijos del siglo, con las taras, los absurdos, las confusiones, las contradicciones y las ambiciones del siglo. Un maestro en el gusto de la falsa luz en que estamos: caprichoso, despreciativo y piadoso, cruel y bueno, indiferente y suprasensible, cargado de malhumor, autoritario como Stalin y aparentemente dispuesto a miles de concesiones, como un sacerdote obrero, histrión como un publicista o un hombre político y secreto como un poeta rebelde. Una tropa de discípulos en que se confunden todos los elementos de nuestra sociedad en descomposición y todos los aspectos de los turbios pensamientos, morales, y sensibilidades contemporáneos. Y sin embargo, una enseñanza, un maestro, discípulos, una escuela como se podía concebir en las altas épocas místicas. La descripción completa de lo que hemos conocido, sufrido, esperado junto a Gurdjieff en los años de post-guerra está realizada a mi juicio con gran habilidad y gran precisión por Pierre Schaeffer, en el testimonio que escribió para el presente libro.

Creo que este testimonio merece mucha atención y varias lecturas. Se encontrará en él el análisis y la síntesis provisoriamente aceptables de todas las formas de la aventura Gurdjieff en estos últimos años. El drama peculiar al viejo Gurdjieff está presentado por primera vez y el significado general de la empresa, por lo menos en el período en que ella se aplica estrechamente a nuestro tiempo, está destacado por Pierre Schaeffer,

que es sin duda, lo repito, el hombre que posee en más alto grado esta inteligencia del desorden, desgraciadamente tan necesaria para la elucidación de los problemas del siglo.

Su testimonio parecerá contradictorio por lo menos para el lector superficial. Para ser exactos, habría que decir que este testimonio es el de la contradicción misma. Penetrado de la necesidad vital de las realidades antagónicas, siguiendo a su Maestro con entusiasmo y reticencia, amor y cinismo a la vez, Pierre Schaeffer intenta, en verdad, serle *esencialmente* fiel.

Es por lo que Pierre Schaeffer estaba predestinado a dar de Gurdjieff una imagen no conforme, sin las iluminaciones (ya) de la devoción, ni las muecas del sarcasmo. Esta gimnasia es la de su vida y es bastante curiosamente la señal de su destino. Politécnico al revés, es el escritor que hay en él el que atropella la disciplina de las ciencias exactas. Músico también y de gustos clásicos, inventa, casi a pesar suyo y a pesar de su corazón, esta "música concreta", desgarramiento y desencadenamiento de sonidos inauditos en los que, tal vez, se renovará la música del mañana.

Es sobre todo en la vocación espiritual de Pierre Schaeffer donde hay que buscar, con respecto a este testimonio, una profunda continuidad. Católico no-conformista, y poco a poco heterodoxo, no se aleja de sus antiguos compañeros, de los movimientos juveniles de antes de la guerra sino en la medida en que no lo aceptan más, en que se niegan a comprenderlo, en que hasta se prohíbe la lectura de un libro como *Les Enfants du Choëur* (Ed. du Seuil), en donde los juegos del scoutismo revisten de pronto una gravedad imprevista. Es probable que su testimonio sobre Gurdjieff corra la misma suerte ante los "Grupos".

Su actitud profesional es igualmente significativa. Animador muy conocido de la Radio Francesa, experimentador de todas las cosas, no ha cesado de buscar aquello que en este enorme aparato destinado al embrutecimiento y a la deshumanización de las masas, puede ser el recurso espiritual y el profundo contacto de hombre a hombre, más allá de las máquinas.

No hay para qué decir que semejante actitud orgánica y a la vez anárquica no ha hecho fácil la inscripción de Pierre Schaeffer en las Administraciones, en las Iglesias, y al fin de cuentas en los "Grupos", de los que es el niño terrible, uno de los hijos del siglo.

## PIERRE SCHAEFFER

*Cada vez que me pierdo de vista... — Un taumaturgo moderno. — Esperando a Gurdjieff. — El moderno taumaturgo debe ser escandaloso. — Continuación de mi charla interior en el salón de Gurdjieff. — Un chalán de riñones y de corazones. — La sesión del "trabajo" está abierta. — "Usted: merdosidad absoluta". — El niño devoto que fui me ayuda a trabajar. — El moderno taumaturgo entre la tradición y la ciencia de mañana. — Gurdjieff entra y se va. — El moderno taumaturgo y la querrela jansenista. — Las sesiones de lectura en casa de Gurdjieff. — El moderno taumaturgo y la jerigonza sagrada. — Una sesión de "movimientos". — El moderno taumaturgo, la materia y el espíritu. — Una cena en casa de Gurdjieff. — Adiós al viejo.*

*Cada vez que me pierdo de vista.*

Hago largos viajes. Durante meses yo no soy yo. En las habitaciones de hoteles escandinavos y de las ciudades del Pacífico, en los aeropuertos flotantes, en medio de mercados africanos o de iglesias aztecas, permanezco sentado como se me ha dicho que lo haga. Trato de volver a encontrar la calma en mí y sabiendo muy bien que es vano buscarla en mi cabeza, trato de llegar humildemente y ante todo a esta tranquilidad del cuerpo por la enumeración de mis músculos, lo que se asemeja a pasar lista a un ejército muy a menudo en retirada, y reagrupación de mercenarios extenuados y desfallecientes. A veces lo logro, sobre todo si permanezco fiel a este ejercicio cotidiano.

Pero si lo abandono, así sea por pocos días, persuadido de que mi estado general lo permite, que mis viajes sirven de excusa, que mis cargas profesionales, mis responsabilidades sociales o la búsqueda legítima de mis placeres me autorizan, heme aquí a la deriva. Sin embargo, la gente continúa reuniéndose en París, la lejana Metrópoli. Obstinadamente, se dirigen a la misma cita que el ejercicio de alguna disciplina experimentada o el sacramento de las Iglesias reemplazaría mucho mejor, al parecer. Me han hecho prometer que durante un cuarto de hora deberé realizar el esfuerzo de *recordarme* a mí mismo. A la larga, es raro que permanezca fiel.

De regreso a París, pasados los meses de olvido, yo sé dónde debo dirigirme para volver a encontrar ese ser que totalmente en vano he paseado sobre la superficie del globo tan sólo para perderlo más. Voy, pues, o por lo menos iba, puesto que todo esto, en cierta forma, ya está cumplido.

Si iba, no era, por cierto, con gran placer; no se va con tanta premura a contar sus glóbulos, dosificar su úrea o hacer la radiografía de sus cavernas. Un alma, o cualquier otra cosa interior de esa clase, y cuyo nombre importa poco, también es un organismo: merecería semejantes medidas, una auscultación igualmente pertinente. Así que iba a ver a Gurdjieff.

Ya no estaba en los tiempos de las preguntas, de las locas encuestas, de las esperas absurdas. Lo sabía benevolente, pero irónico; posaba en mí su mirada pesada y oscura, tan atenta, que no era Gurdjieff a quien veía, sino un espejo profundo cuya vida era apta para reflejar la vida. Pero mientras un espejo no lo compromete a nada, no refleja de usted más que una apariencia sin peligro, la intensidad de esa mirada no esperaba de mí sino a mí mismo, exigiría por adelantado más de lo que yo podría darle. Me dejaría decir y yo no tendría nada que decir. No es a Gurdjieff a quien iba a contar mis viajes, los había realizado todos; ¿mis aventuras?; en cuanto a aventuras había batido todos los records; ¿mis éxitos, mis méritos, mis faltas? Ni mérito, ni falta, sino solamente un estado, un peso; justo lo que me habían pesado las balanzas de los aeropuertos, Gurdjieff, dinamómetro de precisión, iba a registrar despiadadamente la tasa de mi energía, la tensión de mi potencial. Pero el instrumento era sensible en todos los sentidos del término. ¿Cómo decepcionarlo de nuevo?

Puesto que no me he enriquecido con un solo átomo espiritual

suplementario, me abstendré de esta confrontación; veré a Gurdjieff, pero sumergido, perdido en la muchedumbre de los miércoles por la noche. Seré apenas reconocido. Los demás, no desplazados y perseverantes, viajaban sin moverse de su lugar, sin ninguna necesidad de India, ni de Tibet. Imperceptibles signos me indicarían si se habían movido aunque fuera un poquito y si yo había ido lejos a la deriva. Todos ellos intentaban escalar esa gran ensaladera de bordes lisos, se aferraban con todas sus patas. En cuanto a mí, con mis experiencias nuevas y mi acrecentado conocimiento del mundo, de todas esas moscas yo era la que más hondo había caído.

### *Un taumaturgo moderno.*

A pesar de que la época es estéril, no es imposible que surja un taumaturgo. Pero esto significa denigrar, la época está lejos de ser estéril. Es fecunda y antropófaga, lo que va a la par. ¿Son éstas las mejores condiciones para la aparición de un taumaturgo?

Un taumaturgo, por definición, se reconoce por sus milagros, o por lo menos por los prodigios que opera. ¡Pero en lo que se refiere a milagros, la época nos ha mimado tanto! La época de los dedos de arcilla toca a todo y todo se convierte en sol, uranio, pesadez de átomo. Qué vendría a hacer un taumaturgo, ¿caminar sobre las olas, imponer sueros, multiplicar los panes? En rigor, si todavía fuera biólogo. Pues la Época, en busca de la Vida, precisaría sus Poderes. Pero el moderno taumaturgo es demasiado hábil para ejecutar un milagro incondicional en la biología. Tan cerca del fin, tan cerca que hasta un niño gritaría "caliente", no va a quemar etapas, a trastornar las conveniencias de la causalidad. No, mientras nuestros corazones apaciblemente baten en frascos, en tanto los tejidos, sin la ayuda de ningún individuo, viven alegremente, nuestros estados de alma bien pronto se calcularán en pH, y nuestras pasiones en ecuaciones endocrinas, no se verá al moderno taumaturgo a quien se debe suponer prudente, caer inconsideradamente en lo biológico.

La posibilidad, la "chance" del moderno taumaturgo está en el magisterio del hombre sobre el hombre. Nada en las manos, nada en los bolsillos. La regla del juego se debe a sí misma ser la común. Apenas algunos poderes hipnóticos que están ahí para recuerdo: ya se renuncia a utilizarlos. He aquí a nuestro hom-



bre. El moderno taumaturgo se presenta como el primer venido.

Y como el último venido. Si es un pozo de ciencia, se encontrará a más sabios que él. Que sea un santo; un santo está clasificado en seguida, se debe a una clientela oriental u occidental, y el moderno taumaturgo no viene para los Elegidos, sino para los Gentiles. El moderno taumaturgo no se presenta, sobre todo, bajo el aspecto de un héroe. Hay trenes enteros, campos enteros de héroes; para librarse de ellos se está obligado a construir inmensos hornos crematorios. En cuanto a esos testigos que uno está obligado a creer porque se hacen degollar, uno está constreñido a hacer notar a Pascal que no todo el mundo vive en una época feliz en que un poco de sangre basta para prestar un testimonio. No, más bien se verá a un moderno taumaturgo de un cinismo repulsivo, de una grosería feroz. Antihéroe y antisanto, se presentará más bien como un espantapájaros para descorazonar tanto al vicio como a la virtud. ¿Acaso no son los dos entrelazados, los que prestan a la época su singular semblante? En el colmo de la virtud y del civismo, las deflagraciones atómicas y las hecatombes dirigidas. En la cumbre de la lógica social y de la caridad progresista, la ineludible destrucción de una mitad de la humanidad, por la otra. Es demasiado fácil para cada campo describir al otro como receptáculo de toda inmoralidad, de todo absurdo. No es cierto. En los dos lotes se reparten exactamente los héroes y los santos y, sobre todo, los creyentes. No, el moderno taumaturgo se debe a sí mismo, y es muy lamentable no ser ni un héroe, ni un santo, sino la contrapartida ofensiva de su moderno fracaso, de su gigantesco engaño.

Por eso mismo no tranquiliza en absoluto. Que carezca de diplomas (e intervenga en la ciencia) ya es lamentable. Que enseñe (y con qué autoridad) esto es inquietante. Pero que no traiga ninguna referencia, ningún certificado de buena conducta, que se muestre mudo con respecto a sus antecedentes, a su juventud, que uno está obligado a suponer bastante turbia, he aquí algo que no puede seducir. Sin embargo, en materia de modernos taumaturgos, poseíamos ya algún entrenamiento. Hitler, Stalin, son el ejemplo que pueden ofrecer en el magisterio del hombre sobre el hombre, personalidades capaces de perseverar y desprovistas de escrúpulos. Es cierto que por ausencia de la taumaturgia, esos destinos han limitado su carrera a la Historia. Pero ¿quién no siente su secreto deseo de haber sido para su pueblo una especie

de taumaturgo? ¿Quién no siente, más aún, en los pueblos la espera apasionada del taumaturgo? ¿Quién no recuerda en la pequeña Francia, inconsolable por su falsa guerra, la fotografía mágica del Mariscal, en seguida reemplazada por la del General?

En esta ansiosa espera del hombre magistral hay un elemento que es necesario respetar. Los que hacen profesión del pensamiento, son los que no lo admiten. Afectados hasta hacer creer en su seriedad, no se cuidan de taumaturgos. En el momento en que las masas se vuelven místicas, las minorías selectas enloquecen: La salvación del Universo está en un especialismo reafirmado. Una vez más, los Fariseos se forman en sindicato. Es un hecho que la Época de dedos de arcilla, derrochadora de uranio y de sangre, está desorientada entre tanta pasión y tan poca, entre tanta y tan poca conciencia. En las circunstancias tan llenas de lagunas, el moderno taumaturgo tendría un abismo para colmar: su destino no está forzosamente determinado, puesto que está destinado a trastornar la historia. Él es la "irregularidad conforme a las leyes". El suplicio que lo espera no es la cruz ni la insulina. Entre tantos charlatanes, forzosamente será cotizado en la Bolsa, conforme a usos y costumbres. La trufa, buscada por tantos perros, madurará según el código de sus olores. Ellos lo juzgarán a recinto cerrado. Pronosticarán un Charlatán Supremo, un equívoco aguafiestas. Opinan bien. La muchedumbre que ellos guían no reclama ya a Barrabás, sino que liberen a Cristo. La confusión de Babel pudre las lenguas. El nombre de Dios está amenazado hasta en su claro-oscuro. A las muchedumbres sanguinarias y religiosas que reclaman cada una su Cristo nacional, o social, o mundial, habría que entregar quizás a Barrabás.

### *Esperando a Gurdjieff.*

Uno se ha colocado como pudo entre una tibia, una rodilla y dos nalgas, o sea tres vecinos; vienen otros todavía. En cuanto a éstos, uno no querría estar en su lugar. No solamente enfrentan ese silencio desmesurado, esta contención general, sino, como ya no hay esta vez ni dos centímetros cuadrados entre los huesos de uno y la grasa de otro, vacilan un instante, de pie y como atacados de vértigo. ¿Es porque dominan desde su altura esos cuerpos acuclillados, esas rodillas en tijera, esas miradas fijas o porque los otros, ya sólidamente instalados, ya mejor defendidos, constituyen un foco de repulsión que, por un poco, los echaría de la escalera

sobre la acera, en el abismo del subterráneo y de los negocios urgentes? En vano esas garzas se contonean y buscan abrigo. La pieza tiene su aspecto invariable: amontonamiento de objetos anecdóticos, abundancia de óleos y de cromos, vitrinas falsamente exóticas y por añadidura un árbol de Navidad a la rusa, que anualmente y por muchas semanas viene a robar lugar a las ya pobres dimensiones; objetos intocables en los que no existe un ángulo que una u otra vez no haya lastimado una espalda, penetrado en una rodilla. Ellos son incomprensibles, mientras que el auditorio, después del peso de fuerzas que uno está obligado a suponer ocultas, es milagrosamente capaz de asimilar a toda garza francamente decidida a crearse un espacio vital y a acucillarse. Rota la pasividad apacible de los instalados, se producen deslizamientos, las rodillas se pliegan aun más, las espaldas se imbrican más estrechamente, las nalgas se hacen más pequeñas. Las miradas no se mueven más. Es posible que esta nueva compresión despierte acá y acullá algunas protestas. Estar tan mal instalado después de semejantes jornadas (las de París, simplemente) y para semejantes tertulias (hablaremos de ellas) ¿es un premio para el recogimiento? ¿Cómo obtener de sardinas tan íntimamente soldadas la más mínima mejora de un estado interior? En algún novicio brota un leve sentimiento de indignación: se exagera, verdaderamente. Los más listos aprovechan todo. Saben que una rodilla doblada, si se utiliza cierta astucia, puede proporcionar un aporte de fuerzas que faltarán. Se arregla con arte ese pequeño rechinamiento físico. Sin él, se estaban ya adormeciendo. El músculo que se estira un poco más o se comprime otro tanto, localiza un pequeño foco de conciencia. Como se le ha dicho que hiciera, y como lo hace una cocinera con la yema del huevo, deslíen el foco de irritación en un volumen de músculos vecinos, irradian lentamente hasta la consistencia cremosa, luego alisan, igualan. Desde la rótula, pequeño núcleo de sufrimiento, al difundirse, pierde amargura, despierta el muslo y la pantorrilla, sube hasta la nalga anquilosada, al tronco. Allá, nos topamos con la dificultad, esto no marcha ya. El otro día habíamos llegado hasta el tórax, la nuca, la cabeza misma estuvo interesada; por un breve instante, todo el cuerpo, a partir de esa contracción de la rodilla, estuvo enduido, aceitado, despertado. Esta noche, con esto se termina. Ya es algo.

Todo esto lo sabe la garza que llega llena del viento de la ciudad y de confusión interna. Debería saber, desde el momento

en que llega antes de la hora prescrita, que no molesta; al contrario, se le debe ese lugar que se le hará cueste lo que costare. Un breve momento de vergüenza pasa pronto. No importa, antes de terminar por introducirse en la asistencia, antes de encontrarse perfectamente replegada, y por fin al abrigo, la garza debe soportar ese paso prosaico, provocar el leve atropello, molestar a toda esa gente llena de recogimiento. Tendrá su desquite. Cuarenta personas se habían apretujado por ella, en un último esfuerzo. Instante después, he aquí una más, luego dos, después tres de golpe, luego seis, después una más, por fin, siete otras rezagadas no se sabe por qué en el corredor: por especial favor o para tareas augustas distribuidas con discernimiento y precisión a las más antiguas (lavar la vajilla o preparar la mesa). Ahora aparecen las personalidades que Gurdjieff ha recibido, sin duda particularmente, y que preceden por poco su llegada; las presiones se hacen respetuosas, los desenganches más reservados; se sigue haciendo lugar, más lugar, cada vez más lugar. Así se verifica una de las leyes de la energía: más se prodiga y más hay.

Se está dotado para ciertas cosas. En cuanto a mí, estoy dotado para estar aquí, lo sé y no me siento más orgulloso por ello. Pero tengo el mayor desprecio para los que no son capaces de introducir sus nalgas precavidas. Hubo gente que vino aquí y se marchó indignada. Otros, ni siquiera se concibe que puedan venir. Los hay a quienes tales lugares horrorizan, a los que la vecindad indispone, que pretenden bóvedas y una cátedra, o sillas y un estrado, o urbanidad y diplomas. Yo confieso que el lugar me agrada por su maravilloso absurdo, que la asamblea me emociona por su paciencia demente, por su dosaje ecuménico que corresponde con rigor matemático al de un tramo del subterráneo: muchas segundas, pocas primeras<sup>1</sup>. La circunscripción XVI, de olores minoritarios pero poderosos (Dior y Lanvin), perfuma a un proletariado levemente exótico. Hay un bohemio que lleva un pendiente (uno solo). Hay un banquero, dos condesas y varias dactilógrafas. Hay barbudos y afeitados, pintores charlatanes e inspectores de finanzas reservados. Hay mulatas y rubias, retorcidos y plácidos, distinguidos y vulgares, normandos y eslavos, extra e intravertidos. Puede venir cualquiera. Se me hace presente, una vez más, la vieja sabiduría de Péguy:

<sup>1</sup> El subterráneo parisiense tiene primera y segunda clase.

Y usted sabe por ello, cómo el hombre se jacta  
Cuando dice que desciende y cuando dice que sube,  
Pues no ha medido qué chata es su vida  
Entre el punto de honor y el nivel de vergüenza.

Nunca detesté las aglomeraciones y a veces gocé en ellas la mejor soledad. Aquí la experiencia es la del género humano. Los hombres creen diferir enormemente unos de otros, pero se parecen mucho más de lo que piensan. Con seguridad, se diferencian más de un perro o de un ángel. Sea cual fuere la magnificencia de nuestros dones personales, la idea de que colectivamente tenemos acceso a un cierto plano de conocimiento, ni más ni menos, es una idea saludable. Las asambleas de perros, o de cajas de sardinas no pueden tener del cosmos sino una concepción de perros, una visión de sardinas. Por consiguiente, importa muy poco que esta asamblea, en cantidad o calidad, tome precauciones. Es sano, para nosotros los intelectuales, sentir semejante roce apretado. Que vengan el Gran Turco, el Protonotario apostólico, el virrey de la India, El Zuavo de Alma y Lanza, lord Moutbatten, dos mormones, el Guardasellos, Paulhan y Lazareff, Luis Pauwels, y Daniel-Rops, Marie-Laure de Noailles y la sirvienta, esto carece de importancia; hay de sobra trabajo para ocuparse de sí mismo.

*El moderno taumaturgo debe ser escandaloso.*

Nunca se podrá decir bastante hasta qué punto el moderno taumaturgo debe ser escandaloso. Hasta los devotos reconocen el escándalo: Cristo ha hecho escándalo; está el "escándalo de la Iglesia". Pero, como los militares apenas capaces de preparar la "próxima última", necesitan un escándalo conocido. La humildad, la pobreza, el renunciamiento odioso a los romanos y los fariseos, este es el precedente esperado y ¿si el moderno taumaturgo tuviera el mal gusto de amar esta vida tanto como la otra?

Un escándalo aún mayor consistiría en que el taumaturgo poco conforme no reivindicara la representación exclusiva de ningún Dios titular. Lejos de presentarse a sí mismo como investido de algún poder de lo Alto, este taumaturgo al revés se podría identificar con el hombre más ordinario, más común, se ofrecería así para una aventura hasta no ejemplar. Es más, errante él mismo, poseedor de comienzos de pistas, con seguridad en seguida enmañadas, crearía alrededor de sí un gremio análogo a los equipos

deportivos, a aficionados a las cumbres mortales, a selvas vírgenes envenenadas. Se conoce la ley marcial de tales equipos. Poco importa que triunfe uno u otro, con tal que se alcance la meta; pero tampoco importa que se salve tal o cual. Así, el moderno taumaturgo no será necesariamente benéfico; ofensivo y costoso, será peligroso como el Everest o el Orinoco, fuera de precio como la aureomicina, exigente como un partido. Ya no será el buen taumaturgo que esperábamos, ni tampoco el Anticristo, tranquilizador a fuerza de contrasentido. Este peligroso aventurero no exige solamente nuestro tiempo y nuestro dinero, sino nuestras fuerzas vivas, nuestra energía psíquica para fines que ignoramos y cuyo riesgo asume, a despecho de toda prudencia.

Sin embargo, algunos comprenden el interés de acercarse al moderno taumaturgo. Después de todo, no se trata tanto de su vida como de la nuestra. No le pedimos que sea ejemplar, sino pródigo. Si reclama nuestro dinero, que nos dé por nuestro dinero; si quiere nuestras fuerzas, lo esencial es que nos ayude a fabricarlas, reservándose un honesto porcentaje. En suma, un comercio espiritual, la oferta y la demanda, muy diferente de la devoción mendigante. Más bien el clima de las Biblias salubres: combates con ángeles brutales, con un Jehová sin escrúpulos.

*Generalización de la noción del taumaturgo moderno:* Si al encontrarnos con alguien, éste se impone a nosotros, si su ser despierta el nuestro con bastante fuerza, ese alguien podría en seguida representar el papel del moderno taumaturgo. ¿Y si ese alguien cualquiera nos lo impusiéramos nosotros mismos? Muerto el Gran Lama, se lo reemplaza a la buena de Dios. Con unas pocas precauciones basta. Uno se da un nuevo Gran Lama. Sólo queda ponerle buena cara. La dificultad may parisiense consistiría en transportar ese prodigio tan tibetano a la calle de los Colonels-Renard.

*Continuación de mi charla interior en el salón de Gurdjieff.*

En pocos instantes él estará aquí. No sé todavía si me estoy evadiendo. Si hubiera tenido bastante arrogancia, hubiera ido a visitarlo. De regreso desde hace un mes, he diferido la prueba, luego la he pospuesto, y por fin me reuní con la manada. ¿Me distinguirá detrás de tantas espaldas, soldado a tantas costillas? He vuelto a encontrar el olor de las paredes, el caparazón de los cuadros, el rostro ausente de esos presentes. Basta de reportajes,

de impresiones al vivo, de ojeadas históricas. Se trata de mi salvación.

Los examino. Se envejece en seis meses. ¿Tendré también una arruga más, los primeros cabellos blancos, un ceño que se acentúa en la frente? Los encuentro embotados (yo mismo...). ¿Los desprecio o los envidio? Su esfuerzo me seduce, pero su docilidad me irrita. Entre ellos hay quienes recurren a Gurdjieff por un resfrío. Moscas que están agarradas en la tela de araña, completamente felices. Por fin, un guía, un practicante, un mago. Gurjief se sabe, supo, sabrá. Píldoras a unos, *tareus* a otros. Invitaciones para cenar, muy especiales. En verdad, para los menos en favor, una taza de café en el pequeño saloncito des-pensa, donde cuelgan de las paredes todos los frutos del Oriente, los condumios de todas las Rusias, las anguilas, los esturiones, los caviars de los más lejanos Sargazos. ¿Por qué milagro de ultramarino de Arte, con qué dinero, para qué fantasía esotérico-culinaria? Preguntas que se formularían muchos periodistas, si hubieran tenido acceso a este santa sanctorum. Se los echa por las escaleras, y ellos echan espumarajos. Preguntas que no se atreve a formular la devota, el fanático. Gurdjieff sabe lo que hace. Preguntas que no me formulo. ¿Qué importancia tienen? Gurdjieff no me tiende la trancha de sandía reservada, el rarísimo lukum. Gurdjieff hace el juego que uno quiere. Si uno no se defiende (y yo me defendiendo como un demonio) sucede que haga su juego. Me complazco en imaginar a George Ivanovitch más joven, lleno de fuego, de ambición, de diferentes pasiones. En Tiflis o en Moscú, en el Cáucaso o en el Tibet: Don Juan a lo Charles de Foucauld, Lawrence a lo caucásico. Doble agente del Intelligence Service y de la Política Divina. Se tiene o no dominio sobre la gente, no se juega en aficionado, se los amasa y se los moldea, se extrae jugo, se eligen los fuertes, los duros, aquellos con los que es posible el intercambio. Un hombre como Gurdjieff, ¡qué soledad! ¿A quién encuentra para que se le enfrente o le haga compañía, al menos? Demasiado fuerte para todos y cada uno, busca en vano. A esos "grupos" que se apiñan en torno a él no les prometió sino el cumplimiento de un contrato. Dame su energía, haré algo con ella y ustedes se volverán a encontrar. Este misterioso intercambio de sustancia vital espanta a los más audaces, los más fuertes se apartan, los más vivos se sustraen. En esa masa sólo quedan los peces blandos. Los grandes nombres de la aventura han desaparecido, llenos de impresiones o de



pánico. Los bromistas, de noble linaje o no, los príncipes de la charlatanería y los misticadores se fueron también después de tres saluditos; que el diablo los lleve, lo mismo que su buen Dios folklórico y gangesco.

Otros han muerto. Singular hecatombe. Salzman, Daumal, Dietrich. Una novela místico-policial en que un Dios malhechor, perseguido por el inspector Gurdjieff, agarrotaría a aquellos que se le hubieran acercado demasiado, no sabría presentar mejor las cosas. Pasaron guerras, continentes reconstruidos, inventados o presentidos por la prodigiosa intuición gurdjievana se abismaron de nuevo en el Atlántico. ¿Cuántos hombres, mujeres, rublos y rupias pasaron por sus manos? En vano, este hombre está solo. ¿Trae un mensaje radical y trastornador, ambicioso, urgente, irrealizable? Más que de una edad ya pesada, está aplastado por ella. En el fondo de un departamento burgués, guardada anacrónica, cuyos postigos no se abren ya, ¿qué espera? ¿Algún discípulo de última hora a quien reconocería en seguida y que fuera de talla suficiente, después de una lucha auténtica, como para quitarle a la fuerza el depósito que de acuerdo con la regla no debe sino por la fuerza a alguien tan fuerte como él? Vamos, vamos, estos no son los buenos discípulos, esas mujeres bonitas, estas santas mujeres (muchas mujeres), estos aficionados cuya capacidad conozco, lo mismo que su decisión. Los otros, los que huyeron, se sustrajeron o murieron. ¿Gurdjieff los ve, los oculta como una terrible nostalgia en su sombría mirada? Traíganme gente, más gente, dice él a los más cercanos. No es porque el número importe, pero el número es una gran red que Gurdjieff quiere echar sobre el sucesor inhallable, sobre la línea de asalto. Efectivamente, la asistencia aumenta, el lugar disminuye. ¿A quién ahora se le va a ocurrir algo, quién responderá a la espera del viejo? ¿Tiene usted algo para ofrecerme?, repite. Todo el mundo se calla. Y yo, ¡vaya!, en vez de pensar en mi destino, en mi salvación y en mis intereses, se me ocurre pensar en G. I. Gurdjieff.

### *Un chalán de riñones y de corazones.*

El moderno taumaturgo contempla a su mundo. También un chalán mira así a sus animales: la dentición, pezuñas, la grupa. Usa un sistema de referencias que no tiene sentido común. Se puede rehusar ese juicio. Pero es imposible defenderse de ser pesado, medido (uno lo es).

Este hombre que está aquí, yo no tuve siquiera necesidad de conocerlo para que me salvara de la quiebra, hace de esto cinco años, seis años. Otras personas menos eminentes habían bastado, haciendo el servicio de posta. Del mismo modo que, desaparecido él, el servicio funcionó para otros; les comunicaban cosas tan simples: que son víctimas sobre todo de sí mismos, que son mecanismos que reciben la cuerda automáticamente, que confunden hinchazón con gordura, que gastan sus fuerzas por nada, que su generosidad, sus mejores virtudes en la mayoría de los casos son simples engaños bobos: nadie se encuentra, ni ellos mismos, ni los demás.

Pero el moderno taumaturgo previene a su gente: ¡déjenme, déjenme cuanto antes, o cuidado! Todos sabemos hasta qué punto en los comienzos, aprovechamos esa limpieza por el vacío. Es fácil enjuagarnos hasta los huesos. Los que se prestan a esta purga, en general ya no tienen nada que perder. Pero el moderno taumaturgo practica la palabra de las Escrituras: a aquel que tiene, se le dará. El que piensa proseguir sin entregar nada de sí mismo, sin crearse sustancia propia, sin estar decidido a prodigarla a su vez, está amenazado con el agotamiento, la muerte lenta. Muchos entonces se van: esta palabra es demasiado dura. Dicen que el aire es irrespirable, que todo esto carece de amor. En verdad, la mirada del moderno taumaturgo no es muy amable. El chalán de riñones y de corazones no es muy tratable. El Amor, en estas condiciones, está fuera de precio. No hay convento peor, ni regla menos tolerable: no cambie nada en su vida, dice el moderno taumaturgo, haga todo como antes, cambie todo desde el interior.

El moderno taumaturgo, en pocos meses y por interpósita persona, me salvó antaño de la desesperación. Hay unas palabras tuyas que los más informados, los más advertidos se repiten: "Estoy aquí sólo para los desesperados". Mi curación se volvió contra mí. ¿Cómo voy a perseverar, si ya no poseo la energía de la desesperación?

*La sesión de "trabajo" está abierta.*

La resistencia que hace una hora todavía yo oponía a esta reunión, era completamente fútil. *Unum necessarium*. Todas las religiones se lo repiten. Basta con tres minutos de inmovilidad. El tiempo que uno no es capaz de detener en la vida, el desenvol-

vimiento de las circunstancias, complicado de falsas necesidades, de diferentes placeres y de deberes que llamamos imperiosos; para liberarse de él ha bastado subir esta escalera, volver a encontrar esta Babel. En la cita de las fuentes y del más allá, el espíritu puede fallar. Si el reino de Dios está en alguna parte y muy oculto, se encuentra aquí, en este mismo instante y en nosotros. Si existe un fenómeno tan monstruoso como para abominar del hombre es la inconcebible facultad que poseemos de olvidar, de olvidar nuestra omnipotencia. En cuanto a esta omnipotencia, basta provocarla para que sobre. ¿Qué decir entonces de nuestra inhibición de hacer el gesto de llamada, qué decir de nuestro miedo pánico, de nuestra mala voluntad para desencadenarla?

La gran desdicha del hombre es la de no poder permanecer en una habitación. El hombre, en paz consigo mismo y con el universo, debería encontrar ahí su alegría, su plenitud. Dios, si existe, vendría a visitarlo...

...Dios está en todas partes y en ninguna. El espíritu sopla donde quiere. Penetremos en el gran Todo. Pero la naturaleza está allí, te invita y te ama. He vertido tal gota de sangre por ti. He aquí la muchedumbre de los domingos, los mirones del Eterno. Si se tratara verdaderamente de vida o de muerte, uno estaría más serio. Pierre es mortal; se vive día a día. Ay de nosotros, el tiempo pasa y nos vamos. Ya está lejos el día de la Primera Comunión, de la circuncisión, de la iniciación de las hormigas rojas, los sesos del abuelo. Los sones y los perfumes revolotean en el aire de la noche. Vals melancólico y vértigo languideciente...

Vamos, calma: Apriete los frenos, ¡qué demonios! Si usted es carbonera, tenga fe, esto basta. Si usted es intelectual del partido, adhiérase, adhiérase. El Brujo puede. El Partido sabe. La Iglesia es. El Lama ha huído. Vamos, calma. Ustedes tienen jefes, dogmas, una tradición, ¡qué diablos! Está el determinismo histórico. En el peor de los casos, está la Nada, el Ser o la Nada. Desconecte. El punto muerto.

Así, por un segundo de atención, cinco minutos de ensueño. Asociaciones, desenvolvimiento mecánico, sin pies ni cabeza. Tampoco en la Iglesia católica se trata de enloquecerse ni de enternecerse. Rezar, rezar, nada más. Todo el tiempo pertenece a Dios. No deje las manos ociosas, la cabeza tampoco. Un buen monje no tiene un minuto libre.

También aquí el ensueño es despreciable. Pero no se corta un pensamiento como una hemorragia. La actividad debe suscitarse

en otra parte, la energía fijarse en un trabajo que no sea el vacío. Yo comienzo por la rodilla. Se debe sentir la rodilla en profundidad, no en superficie. Luego, la pierna. Luego, por simetría, la otra pierna. Igualar las dos sensaciones. Procurar darles peso, sentir las dos piernas como un todo, luego, ya que las extremidades son más accesibles (por lo menos en lo que me atañe), las dos manos. Primero la derecha, luego la izquierda. Obtengo algo, pero por un exceso de voluntad, me parece. Si se existe, ¿por qué el cuerpo, como un animal dócil, no viene hacia nosotros, no se acuesta a los pies de nuestra conciencia? Tengo la frente arrugada, la cabeza crispada. ¿Cómo relajarla? Tengo cuatro miembros, de modo que por el momento estoy bastante ocupado, pero el resto del cuerpo, en su penumbra acostumbrada, no me pertenece más que antes. Soy un minúsculo ser de cuatro patas menudas, con un abdomen de insecto, una cabeza independiente. Un suspiro. Es cierto que tengo corazón. Una bocanada de sentimiento. El sentimiento sería una clase de emanación autónoma, casi independiente de todo objeto, se desprendería como un hidrógeno naciente, liberando así fuerzas que uno lleva en sí por más privado de ellas que permanezca. He aquí que he olvidado mis manos y mis muslos, todo impregnado por este suspiro, por esta fuerza un poco blanda, floja, pero que pide insistentemente que se la alimente, se la vivifique. No soy más que un guiñapo, una máquina de pensar al revés. Un instante, al sentirme yo mismo, sentí que pertenecía al mundo, que representaba un papel, que no era completamente inútil. Los viejos miedos han retrocedido ante esta bocanada de calma profunda y justificada. Si mi memoria conoce esto, le es preciso remontarse a los bancos del colegio, después de ciertas comuniones. Quizá entonces también paralizado mi pensamiento, quizá la presencia de Dios, para el niño que era entonces, debería hoy llamarla presencia ante mí mismo.

Como al cabo de un largo esfuerzo físico, al final de una larga caminata, acepto una tregua, me permito un descanso. Uno se cansa con poca cosa. Los hombres de todos los tiempos resoplan así: "he trabajado bien", piensan.

Se tropieza con la evidencia. Toda religión comienza por un trabajo.

*"Usted: absoluta merdosidad."*

El moderno taumaturgo desconcierta a todo el mundo. ¿Enseña

una religión? ¿Tiene una doctrina? ¿Prácticas? Apenas. Tan diferentes, que, de acuerdo con los clientes, los continentes y las estaciones, se lo toma por un filósofo, un gimnasta, un curandero, un dramaturgo, un hombre de negocios. ¿Por qué no, si la vida, toda la vida, es un ejercicio?

El ejercicio de base, el llamado, el "puente de los burros"<sup>1</sup> del debutante y el gran malentendido de los aficionados al *yoga*, para el moderno taumaturgo no es nada. Que ese llamado llame en efecto todo cuanto nuestro pasado haya podido contener de emociones fuertes, instantes sagrados y nos proporcione su clave, otra fuente de malentendidos. Chisporrotean preguntas que el moderno taumaturgo no se toma el trabajo de contestar. ¿Para qué, si desde el creyente occidental hasta el hindú politeísta, del monje benedictino al derviche, un universo de fenómenos ocultos por los dogmas y costumbres superficiales responde a leyes profundamente comunes? ¿Qué leyes y a qué disciplina pertenecen?

¿Tiene usted una doctrina? ¿Hay que creer en Dios, en Cristo, y en las Iglesias, hay que creer en Buda, debemos apartarnos de las apariencias?

Pero el moderno taumaturgo confunde a su gente. Aquí está como el alquimista que dosifica cuerpos. Separa todo fenómeno de su apelación, lo aísla en su experiencia prosaica, concreta, irrefutable. ¿Una doctrina? Menos aún. No hay idioma. En esta asamblea, donde no se habla ningún idioma, salvo una jerga, por medio de medias palabras en francés, inglés y ruso, uno se explica suficientemente. ¿Cuántos están tentados si bien no de hacer frases, por lo menos de entrar en explicaciones? Los espera la ascesis más sutil, la del lenguaje, supremo engaño. Si alguien se poner nervioso, y pide más, se hace decir: "Usted ser mierda." Los antiguos saben. El nuevo se sofoca. Una buena sonrisa. "¿Usted, comprender, usted ser mierda?" Bueno, dice el interpelado, lleno de buena voluntad. Buena voluntad, ¡como si se tratara de eso! La cólera, la santa cólera criza los mostachos del moderno taumaturgo. "Usted no comprender, usted idiota completo. Usted mierda de mierda." Un pequeño interludio. El infortunado, agarrado entre la humildad y la humillación procura, por lo visto, salvar la fachada, ¿para quién? ¿Para él mismo, para los demás? Los otros, mudos, y que ya se lo han hecho decir, vuelven a

<sup>1</sup> El "pont aux ânes": lo que ninguno debe ignorar y que, no obstante, son incapaces de aprender los cortos de entendimiento. (N. del T.)

masticar la fórmula. ¿Acaso después de tres años, y cuando esto le ocurre a otro, llegan a comprender bruscamente? No hay ninguna maldad en la agresión, ¡pero la verdad es tan enceguedora cuando se trata de otro! Pasa otro ratito que aprovecha a todos. Luego, como si nada hubiera sido dicho u oído, el moderno taumaturgo que no sabe hablar corrientemente ningún idioma, pero maltrata a todos, inventa una palabra. Otros hay que lo hacen y con razones menos valederas. "Usted —concluye el moderno taumaturgo—, absoluta merdosidad."

El profeta malhablado mira alrededor. El interpelado ya no está en juego. Se propaga una conmoción por toda la alfombra: el cristiano que vuelve a encontrar una humildad olvidada o más insípida, el incrédulo a quien nada semejante se le dijo antes, el hastiado a quien nada asombra y cuyos oídos de mercader están obligados a oír. No se trata de apiadarse. El masoquista busca en vano su alimento: la mierda. No existe ésta en lo que se ha dicho. La palabra tuvo eco en las cavernas interiores. ¿Quién tiene ganas de reír? La debilidad humana, ni siquiera repelente, la nada de la criatura, ni siquiera humillada, la miseria del hombre sin Dios, de repente enceguedora, el grito de Rimbaud: "*La tierra para abrazar, campesino...*"

Es evidente que el moderno taumaturgo no necesita hacer frases, tiene el don de las lenguas.

*El niño devoto que fuí, me ayuda a "trabajar".*

La espera se prolonga. Por más que se tenga la rodilla bien metida, el coxis clavado entre dos tablas del parquet, y que se trabajen los calambres como un clavicordio bien afinado, uno queda sometido a la marea: ¿qué luna, puesto que no puede tratarse de sol, bombea ese río viscoso, lo hace correr, inexorablemente en esas riberas salobres? ¿Qué paisaje desolado brota de la inmovilidad y detención de esos pseudo-pensamientos enhebrados como perlas? Los cirujanos desnudan así un campo operativo. Una vez aislados de los *stimuli*, una vez tomados con pinzas los vasos por los que la vida que nos encuentra cómplices, nos atraviesa y nos usa, ¿qué somos? ¿Cuál es ese residuo atravesado por su soledad? Se dice también: desidentifíquese. No basta subir sobre ese taburete aislante, privado de corrientes exteriores, también hay que aislar los cortocircuitos internos. Esta pasión por un ser no obstante generoso, esta ambición, no obstante noble,

esta búsqueda no obstante desinteresada, ¿no son verdaderamente más que un pretexto para parecer que uno existe? Aquí está el infierno, aquí el desierto espiritual, aquí la prisión, los últimos minutos antes del cadalso, el último segundo del ahogado; recapítule: usted no es nada. En este dominio, usted que entra, abandone toda esperanza.

Hasta donde remonta mi memoria, en mis meditaciones infantiles, mis preguntas al abuelo-preceptor, mis terrores en el fondo del jardín campesino, en el linde de las colinas sin topografía, allá donde comienza el mundo que no termina y que da miedo, en mis pesadillas de la gran guerra donde el bombardeo de los *taubes* no era lo peor sino la caída en el vacío, sin punto donde asirse, que me hacía gritar de terror, mientras dormía con los ojos abiertos, más consciente a los ocho años de lo que seré nunca; sí, hasta donde puedo remontar, no hay respuesta, no hay más que preguntas eludidas, actos de fe sin evidencia, llamados con los pies a todo lo que se llama Dios, lo Infinito, y mi Alma inmortal... Me he pisoteado hasta sangrar, he tenido en mis manos mi débil corazón, he exprimido mis sesos, he tanteado con todas mis fuerzas, el misterio se espesaba. Dios se me hizo más sensible en el momento justo en que alcanzaba la conciencia de mi nada; y sin duda le debo a Gurdjieff el *creer*, en el sentido ilimitado que toma esta palabra, cuando es inútil ya defenderse. Pero, ¿por qué la existencia de un principio divino acarrearía en nosotros la existencia de un principio inmortal? Desde siempre, los hombres asocian los dos y se tranquilizan. Por lo que atañe a un alma, tan sólo se la puede adivinar cuando una palpitación la saca de su hipnosis mortal. Como las pesadillas en las que uno no quedaría aniquilado si tan sólo hubiera podido obedecer al "levántate y anda". De niño me levantaba e iba, iba, antes de la escuela, a la misa matinal y a tomar la comunión. Entre los internos burlones, yo era el externo fanático que, absurdamente, compartía su taza de café con leche demasiado azucarada, sus rebanadas de pan sin manteca. Esta obstinación por violentar el sueño, por arrancar de la cama el peso del cuerpo, era el núcleo de la resistencia, el entrenamiento de los músculos del alma.

Le doy la razón a ese niño más consciente, más sabio que ningún adulto. Aquel que no perteneció a una Iglesia y durante mucho tiempo y desde temprano y sin desfallecimiento: ése no podría pretender a ninguna aventura espiritual, sobre todo con Gurdjieff.



*El moderno taumaturgo entre la tradición y la ciencia de mañana.*

No he venido para negar, sino para cumplir. El taumaturgo persigue una obra pía. Sería inexacto decir que toma su Bien donde lo encuentra. No se trata de expurgar los Upanishads, el Korán, los Evangelios, mezclando a Buda, a Mahoma y a Jesús, para conseguir un digesto comestible, para el uso de sus clientes anglosajones. El moderno taumaturgo es a la vez el legitimista de todos estos maestros y el trotskista de sus Iglesias. No hace ninguna selección.

El moderno taumaturgo enseña ante todo a comprender. "Todo es suyo", por poco que usted avance en la comprensión. Es el ojo lo que hay que esclarecer.

Así el moderno taumaturgo agrega su ápice a los fastos de la Revelación. Desde Buda a Cristo, Dios no deja de "minimizar" la escenificación de su reencarnación.

Después de milenios, el Creador intenta un acercamiento a su criatura. Desde Vishnú, el de los cien brazos, el de las mil muecas divinas, oculto por el firmamento de las aguas, el enigma de los animales, los arcanos de la reencarnación hasta Cristo moderno, formato humano, y sin embargo, Dios, hay una incontestable economía de medios. Así, el Creador del Cuaternario y del Terciario, ha terminado por optar por el hombre en sus improvisaciones de dudoso gusto. Así al comienzo de gusto asiático, amante de dragones, de ermitaños nutridos de aire, que no se desplazaban sino por levitación, el Creador que se ha vuelto griego y romano por la cultura y judío por necesidad de eficacia, terminó por jugar un juego más discreto que gustosamente llamaremos racional.

Es necesario que hagamos un poco de camino en sentido inverso. El misterio de la Encarnación no tiene un sentido único, una sola dirección. Requiere por parte del hombre un trabajo de divinización. ¿Qué es una divinización sino —por parte de la criatura— un esfuerzo desmesurado (sobrehumano, sobrenatural) por asociarse al proceso de la creación? Le es preciso extraer lo más del menos, sufrir los desgarramientos de este alumbramiento contra natura. Todos ustedes son Dioses, decía el Ángel malo, que sabía mucho, que con seguridad decía la verdad, con seguridad demasiado temprano.

El moderno taumaturgo intentará, pues, la más audaz de las síntesis. Penetrado de tradición, será insolentemente moderno. El orden de las cosas es el milagro en sí. El moderno taumaturgo no

desata el cordón de ninguna sandalia. Enseña un respeto en masa; toda ciencia por venir y toda tradición se responden, lo que supone para el presente la crítica más agria, la carcajada hasta delante de los altares. Es porque en cada etapa, el respeto de la esencia sobrepasa la irrisión de las apariencias, la fe hacia el padre resuelve la duda de los hijos y ahí donde la palabra falta superabunda el Verbo.

El moderno taumaturgo retiene los dos cabos de una cadena que el tiempo abre. Del lado de días antiguos, se sumerge en océanos perdidos, tira de las tradiciones estiradas como las áncoras. Del otro, se aferra a las ciencias de hoy y de mañana, aquellas que sólo la realidad alienta al hombre extenuado a inventar.

El moderno taumaturgo es como Lavoisier después del primer óxido de mercurio. Pero él oxida el sentimiento, templea los nervios, precipita la energía del esternón en el abdomen. Es como Mendeléef y clasifica audazmente las energías de la creación desde Dios hasta la luna. Es como Descartes y enumera, deseando no omitir nada de una creación que debe constituir un todo y donde nada debe estorbar nada. ¿Esta idea, esta hipótesis, la más probable entre las más probables, no podría alguna vez magnetizar a un nuevo Einstein? Tanto da si el moderno taumaturgo se equivoca. Si a falta de tiempo, de documentos de conocimientos pasados (perdidos) o por llegar (inconcebibles) inventa, inventa, inventa a la vez lo que pudo ser en los orígenes, con unos diez mil años de precisión, y lo que será pronto, en unos cientos de años. ¿Construcción ingenua o genial? Osarla, imaginar que puede ser, es decir que será. También Descartes, desde su habitación, creyó que podía inducir las leyes de la óptica. Encontró cuatro, de las cuales dos son falsas. Se puede inventar un método y no estar en la medida de aplicarlo. Pero, de los métodos nacen las épocas. Ellos las clasifican como lo hizo la piedra o el hierro.

El moderno taumaturgo tal vez no sea más que un pequeño profeta (el último fué Descartes). Adivina e indica cómo todo esto sobrevendrá.

*Gurdjieff entra y se va.*

Él entra, por fin. El sillón que ha quedado vacío recibe su corpulencia. Nada se ha movido. Así visitaría a sus discípulos del laboratorio el Maestro de Trabajos prácticos. Cortesía recíproca, deferencia, amistad del trabajo. Continúen, dice Gurdjieff.

Es agradable dormir. Aun mal instalado, con tal que el tiempo sea bueno, que una buena brisa nos lleve, se dejan muy pronto las mezquinas riberas del Yo. Yo bogaba hacia el Porvenir y los fastos, pero he aquí que el maestro de escuela, el cuartel-maestre, el abuelo-preceptor me acosa. Tus deberes, tu página de escritura, tu cálculo mental. "He contado —contesta uno—, como usted me lo ha señalado. Esto me ayuda: uno, ciento, dos, noventa y nueve, tres, noventa y ocho, etc.... Esto me ayuda." "¿A qué?" "A mantener mi sensación del brazo." Un gruñido. Otro continúa: "Hasta he complicado mi cuenta. Cuanto más difícil es, más ocupada tengo la cabeza; llego a veces a tener una muy buena sensación de todo mi cuerpo." Aquí todo el mundo espera todo. Felicitaciones (*raras*), insultos (*frecuentes*), sarcasmos (*lo más a menudo*). "¿Cuánto tiempo usted hacer esto? —dice Gurdjieff. —Quince días. —Basta, basta así —dice Gurdjieff—, usted hacer cuenta, ya hacer mecanización. Ya dormir, cuenta nueva manera, ¿comprende?" Era evidente, ¿quién no lo comprende cuando él habla? En cuanto esto se vuelva fácil ya no es juego. El motor nunca debe hacer ron-ron. Después, después, dice Gurdjieff.

Vacilaciones en la asamblea. En este momento, el silencio se hace espeso. ¿Quién tiene algo que decir? Una pequeña señora, con sombrero verde, demasiado sensible, no puede soportar este silencio. Dice cualquier cosa, experimentada, inventada de buena fe, con seguridad. Que mientras "trabajaba", sintió una bola que le subía por la garganta, descendía, luego se detenía en el plexo. Relajamiento entre los trabajadores del fondo. Se tiene el derecho, de tiempo en tiempo, a divertirse cinco minutos. Esto no falla: "Usted idiota, usted histérica, usted, ¿cómo decirlo en francés?" Gurdjieff se vuelve hacia la asistencia con una buena sonrisa: ¿crazy, chiflada? ¡Chiflada! La dama del sombrero verde saborea la humillación. Todo cuanto viene del Bienamado, es bueno. Ella se sonroja, balbucea. "Usted, casa de locos pronto, ¿eh? —Sí, señor Gurdjieff" —dice humildemente la dama del sombrero verde, que se siente seguramente mejor y que sin duda, experimentó ese calorcito en el corazón que la hará seguir y "trabajar" más que nunca al revés.

¿Quiénes somos nosotros para juzgar? ¿Un poco menos chiflados, un poco menos generosos? ¿Por qué Gurdjieff no la manda a paseo? Pero él no despacha nunca a nadie, porque todo el mundo necesita a todo el mundo. Las confesiones de la chiflada son necesarias para la sinfonía. Alguien se atreve a levantar

la cabeza y decir una tontería. Usted "merdosidad" completa. El silencio sólo es pesado por nuestro vacío. Circula una tensión que, economizando toda energía humana, de todo árbol caído hace leña. Hasta la bola en la garganta de la dama del sombrero verde, es una bola útil. Si no para ella, para los demás.

Canten, canten, dice Gurdjieff, burlón.

Ya nadie canta. El silencio se vuelve más frío. Aquellos que sólo están ahí desde hace seis meses, dos años, echan una miradita a los antiguos. Antiguos del séptimo año, ¿no tienen nada que declarar? El silencio se hace cortante, oprime como el aire enrarecido de la alta montaña. Lo que, en rigor, se hubiera podido decir hacía un rato, ahora sonaría a falso. Cada uno se había preparado más o menos. Ya es demasiado tarde. Gurdjieff ya no está burlón, sino decepcionado.

Casi todos bajan la cabeza. Hoy mantengo la cabeza erguida. No me sustraigo a su mirada. Detallo su atavío: pantuflas, chaleco abierto, saco manchado, fez: es mi abuelo. No supe contestar cuántos hectolitros, cuántas centiáreas eran. No sé los participios. No he trabajado bastante. No he trabajado.

Mi abuelo ha muerto, ha muerto mi infancia. Después de la mirada de reproche, me iba sin decir palabra. Iba a levantar el visillo de la ventana de la cocina, donde reposaban las moscas, o la lluvia corría afuera, en regueros. La campiña se extendía bajo la ducha de esos largos meses de invierno de Lorena, tan limitada, tan dedicada a su lento trabajo, para una primavera tardía, un verano languideciente, otros inviernos, otros años sin fin, sin meta. Yo creceré, ¿pero tendré la última palabra? Más allá del horizonte limitado, de centiáreas, de participios, ¿encontraré alguna vez el sentido de lo que fuere? Echaba una furtiva mirada a mi abuelo. Estaba arreglando la bomba del lavadero, la engrasaba, la ajustaba con una gran llave inglesa herrumbrosa. Sobre la cocina económica se cocinaba despacito el guiso de conejo en la olla de hierro, sobre un sabio fueguito reducido que hacía cantar la tapa y, a veces, la hacía vibrar con frecuentes golpecitos. Íbamos a comer pronto. Un niño que ha trabajado tan mal, ¿tiene derecho de comer? El conejo que mataron ayer, que ha vibrado con los cuatro miembros, que han desollado tan penosamente (el cuerpo, pase todavía, pero la cabeza, hay que cortajear sin cesar, qué horror), ¿por qué ha sufrido? ¿por qué se hizo cocinar? ¿Por un niño que vaga, que no hace nada, que está ahí boquiabierto delante del vidrio mojado, bajo la mirada

reprobadora de su Maestro de escuela, que sólo quiere su bien?

Nuevo intercambio de miradas. No parece extrañado de encontrar la mía entre todas esas miradas bajas. No es un ataque de infancia lo que tengo, sino de virilidad. Quisiera ser un hombre, hacerme responsable de esta situación absurda, romper el vidrio de las estaciones, interrogar a la tierra, justificar mi aliento. Estoy solo desde hace cuarenta años en esta familia humana donde todo el mundo parlotea, donde cada uno disimula, aprieta contra sí su angustia. Encuentro a mi abuelo milagrosamente después de la huída de tantos años. Como antaño, murmuro: "Tú no estás solo, el buen Dios te quiere." La cálida y oscura mirada se detiene un instante sobre mí. Existe una paternidad en el mundo. Una inteligencia responde a una pregunta formulada por las moscas sobre el vidrio, la agonía del conejo, o las praderas empapadas. Soy el hijo de Alguien.

Me animo a mirar alrededor. El tiempo se detiene. El mismo silencio está aliviado. Se produjo un desenlace. Gurdjieff no espera nada de nosotros, ni nosotros de él, ni nadie de nadie, ni cada uno de sí mismo. Es la tregua. Denso, más cálido, el silencio cae en nosotros como la nieve. La nieve de un invierno interminable. No me gustan nada estas personas. Algunos aprovechan, otros son víctimas. Ahí está uno de ellos; su perfil es una mueca, ángel malo, que ha comprendido más que otro. Me dijo un día: "Gurdjieff ha venido a traer una mística de la prisa." ¿De la prisa? Apresúrate si quieres que te ayude a comprender la regla de tres. Yo me apuro, me apresuro. Pero, no llegaré. Él pasa una mano por la frente. Sus manos, como las de mi abuelo, están salpicadas de afrecho. Me enternezco ante el chaleco desabotonado, el pantalón arrugado, pero me resisto al fez: indica una provincia muy diferente, prueba de que tenemos abuelos en todas partes del mundo, que la mirada de Dios se posa sobre nosotros desde el Cáucaso hasta Lorena. ¿Me apresuro verdaderamente? No, hago novillos, flojeo, duermo despierto. Gurdjieff sopla ruidosamente, se levanta. Sin duda, como mi abuelo en los últimos años, no puede retenerse mucho tiempo.

Este hombre va a morir, lo sé. Morir, antes de que pueda formularle *mi* pregunta.

*El moderno taumaturgo y la querrela jansenista.*

El moderno taumaturgo insiste: "Si continúan así, reventarán

como perros." Sorprendente declaración que no figura ni en el catecismo de los no creyentes, ni en el otro, y que envía espalda con espalda al que creía en el cielo y al que no creía. Se interpone ahora un aguafiestas, un nuevo centinela. Tener un alma o no tenerla en absoluto, eso sería demasiado simple. Un alma se fabrica. De ahí la prisa.

Y en efecto, por qué más que el conejo que se come, que el perro que se aplasta. He aquí desbordadas, sobrepasadas las afirmaciones de eternidad un poco fáciles, las afirmaciones de aniquilamiento un tanto limitadas. El infierno no sería más que un aniquilamiento, la vuelta a las especies químicas para el que consiente seguir siendo materia.

Para quien, en cambio, quiere acceder a la duración, queda poco tiempo para probar su posibilidad. Se trata de una sutil síntesis de esfuerzos de *ser*, con incierto empleo de tiempo. Es **tentador, pero amargo.**

Se imaginan la ambición de estos náufragos, la atrocidad de esta balsa de la Medusa. Si se trata efectivamente de succionarse mutuamente la energía, ¿qué podrán hacer en su egoísmo sagrado los *seres-aparatos*?

Ambición irrisoria, egoísmo mortal. ¡Qué embuste! Vana concentración. Bola anudada en vano en el plexo. Para fabricar la salvación no hay trucos. Una nueva terminología lo llama "hidrógeno de valencia *n*"; es siempre la gracia santificante. Le desciende a uno en el corazón y los ovarios cuando lo quiere, no cuando lo queremos nosotros. El moderno taumaturgo se lo manda a la mandíbula: merdosidad. He aquí algo que renueva de manera imprevista y un tanto abrupta la querrela jansenista: mi gracia te basta. La Academia ha hallado de nuevo a sus clásicos; las religiones son todas iguales.

#### *Las sesiones de "lectura" en casa de Gurdjieff.*

Un miércoles por la noche, en que el silencio era aún más inerte, y luego de una mirada circular que no me atreví a enfrentar, Gurdjieff lanzó un significativo gruñido: "Muy bien si es así..." Desde ese día no hubo más preguntas, ni respuestas, solamente "lecturas". De este modo procede el Maestro de escuela, desanimado por la pereza de los alumnos; en vez del castigo esperado, se pone a leer *La vuelta al mundo en 80 días*.

Ya, durante los meses precedentes, cuando el intercambio lan-

guidecía y no lográbamos sacar nada los unos de los otros, Gurdjieff hacía un signo y un lector se ponía a descifrar rollos de hojas extraídos con infinitas precauciones de los tesoros de la trastienda. Estos capítulos, por haber sido dactilografiados, existían en determinado número de ejemplares. Eran objeto de desmesuradas codicias. Por veinte hojitas de esa clase, un norteamericano riquísimo había pagado mil dólares; otra, ciento solo por el derecho de hojearlas, encerrada en una habitación del Waldorf-Astoria. Los franceses, menos derrochadores, sobre todo para su espíritu, esperaban pacientemente que les llegara la hora. Por su impotencia; se le adelantaron un poco. No más preguntas, no más sarcasmos, las "lecturas" (en inglés en el texto) se volvieron lecturas. Sobre un fondo de vaga mala conciencia, los acucillados de la calle Colonel-Renard, engullían capítulos aún mal corregidos, de *Belcebú*, o con gran sorpresa, de Ouspensky. Por un brusco cambio de humor, Ouspensky, antes en el índice acababa de ser rehabilitado. Medida muy rusa, que me hacía sonreír con un ojo y llorar con el otro, porque no me dejaba engañar: bajo sus pretensiones vengativas, la punición afectaba más a Gurdjieff mismo. ¿Por qué presciencia había calculado tan bien su tiempo? Quedaban entonces exactamente los dos o tres años indispensables para pesar los términos y verificar las "informaciones", ya impresas, lo mismo las explícitas de Ouspensky que las disimuladas como escondrijos de víveres en la jungla de *Belcebú*.

Yo asistía aterrorizado a este desconcierto. La enseñanza esotérica de la cual por lo menos había comprendido que no estaba hecha de exotismo ni de nada oculto, sino de la comunicación exclusiva de hombre a hombre, despojada de todo recurso al discurso, esta enseñanza, pues, que no tuve tiempo de recibir, sino de entrever, me iba a ser denegada, y junto con muchos otros, me iba a deslizar en un malentendido literal.

En vano Gurdjieff multiplicaba obstáculos y ante la imposibilidad de sacarle a Ouspensky su aire de "gente bien", insistía para que no se quitara a *Belcebú* nada de sus retruécanos (intraducibles al francés), de sus enormes perogrulladas, de sus bufonadas de aldea, ni de sus chanzas rabelesianas, tan evidentemente fuera de tema. Nosotros, oh, nosotros sabíamos. Nosotros no leíamos como lo iba a hacer el gran público, en un volumen en rústica, del que uno podría apropiarse sin humillación, ni fractura, ni el gasto de mil o cien dólares. Lo escuchábamos leer, lo cual es muy diferente, acucillados incómodamente y sabía-



mos que también se trataba de "trabajo", de una curiosa alquimia entre intelecto y músculos, de una secreta ósmosis entre lo que pensaban nuestras nalgas deshechas, nuestros tórax desconcertados y la carrera imaginaria de pensamientos.

Además, Gurdjieff escuchaba con nosotros, puntualizaba la lectura con un discreto ruido; ningún comentario, ninguna explicación, la risa del público grueso, las comas del tipógrafo; él ya había muerto: desde su féretro asistía a la glotonería de sus futuros lectores, a su digestión por los demás.

Por una paradoja absurda pero sumamente explicable, los textos que mañana iban a ser publicados *urbi et orbi*, echados en pasto a los más superficiales curiosos, a los rivales ofendidos, a "científicos" soberbios, textos que los críticos despedazarían, que serían pinchados bajo títulos grotescos o pérfidamente puestos en ridículo, esos textos permanecían bajo llave para los fieles; su lectura en gabinete privado seguía siendo objeto de un especial favor. Como en todo partido en el que, a justo título, se desconfía de los intelectuales, los intelectuales del partido eran siempre objeto de particular suspicacia. Los dactilógrafos devotos multiplicaban las precauciones, las prohibiciones. La obra iba a aparecer, y tendría derecho a la publicidad, a los anuncios, a los sueltos. Los manuscritos, conservados como reliquias, dobles místicos del volumen que aparecería en las librerías guardaban su secreto. Las lecturas eran una magia. Que se experimente así con Proust y Rabelais y que nos lo digan. (No nombro a la ligera a Proust ni a Rabelais.)

Según Gurdjieff, iban a lanzarse suscripciones. Si él hubiera vivido, habrían tomado, verosíblemente, proporciones "henourmes". Se hubiera sangrado a unos a fin de que otros lo tuvieran por nada. Ejemplares de lujo, cuidadosamente realizados de "snobismo", vestidos de devoción, habrían hecho florecer esas libras y dólares para los que Gurdjieff poseía el resorte de milagrosa primavera. Luego, impresos en papel biblia pequeño formato (de bolsillo) hubieran sido distribuidos en las esquinas, los cafetines y en el puerto. Toneladas de semilla. El derroche es uno de los atributos de la divinidad. Y a nosotros, los franceses, no nos disgustaba la idea de que la distribución gratuita se hubiera hecho, sobre todo entre nosotros, no sólo porque somos los más avaros, sino porque somos los más incrédulos. Dios necesita a los incrédulos.

*El moderno taumaturgo y la jerigonza sagrada.*

El moderno taumaturgo, cuando siente que la partida está jugada, que no se presentará nada, ni nadie más en el horizonte, que su hora está cercana, enseña su juego. He aquí, en un instante, el esoterismo por los aires. Todo lo que estaba oculto, ve la luz. ¿Cómo imaginar entonces que el moderno taumaturgo pueda poner en circulación las que hubieran debido ser anti-ideas, anti-frases, sólo a través de los textos, medio forzosamente vicioso? Sin embargo, esto es lo que hace el moderno taumaturgo que no confía en nadie, sobre todo en sus más próximos. Tira la botella al mar; arroja, para el pez gordo, y en la profundidad, su anzuelo más pérfido.

—Tus modernos contemporáneos... Así se expresa, del modo más impertinente posible, Belcebú, en cuanto se trata de explicar a su nieto Harum en qué torbellino de sueños huecos, de presencias inconsistentes, de fantasmas presuntuosos, de seres-máquinas, se desenvuelve su vida mortal. Aún admitiendo que los modernos contemporáneos se sientan vejados, que el humor gurdjueviano les resulte un poco burdo, que no saboreen sus chanzas caucásicas, que carezcan del valor, adquirido frente a tantos otros éxitos literarios, premios Goncourt, "best seller", de quebrar esa cáscara grosera para descubrir numerosas almendras concéntricas debidamente disimuladas, será preciso que admitan hallarse ante un fenómeno literario (al menos) que sólo ha conocido pocos antecedentes.

Ouspensky ha penetrado un poco al sesgo, en un público acostumbrado a escuchar todo y a devorarlo. Se refunfuña ante el cuadro de los hidrógenos, pero se absorbe gustosamente lo anecdótico. *All and Everything*, cuya traducción aparecerá en breve, será un adoquín totalmente distinto en la charca. Indigesto, ramificado, entrelazado, mechado de gurdjievismos, constituye una verdadera apuesta: comunicar por medio del lenguaje y a despecho del lenguaje, con el texto más allá del texto, por la literatura, contra la literatura. La hazaña ya fué intentada: se llama tanto *Pantagruel*, como *A la Recherche du Temps perdu*, *Une saison en enfer*, como *Maldoror*. Pero, se espera siempre que la novedad no disuene, que quede conforme de alguna manera. La literatura de Gurdjieff peca por falta de respeto a la literatura; los especialistas se lo perdonarán difícilmente.

En cuanto a los demás, soñarán largamente con las historias

de Belcebú para su nieto. Descenderán a esta caverna con la iluminación improvisada que deseen fabricarse. Irán hasta ese capítulo central, donde en un Tibet incierto, de una época que uno no se atreve a situar, se representa la última escena de la cosmología gurdjievia, que ha rechazado hacia un porvenir lejano una posible liberación del planeta. Algunos hombres, en ese país, iban a llegar, iban, por fin a lograr. Unas vidas se habían encadenado, en completa abnegación, para la última línea de asalto. El filtro de inmortalidad con el que habían soñado ingenuamente los hechiceros del medioevo, se vislumbraba; tomaba otro sentido. El triunfo sobre la muerte ya no era dado por una receta de brujo, ni una fe ciega, sino por el último conocimiento de los misterios de la Vida y los gigantescos esfuerzos de seres especialmente entrenados y armados para ese combate sin perdón. La materia viva, dominada, sólo lo estaba por el perfecto conocimiento de la materia y por el respeto hacia su empleo. Pero se puede violar la materia viva de otra manera, por pura destrucción, por pura idiotez. Así son los conquistadores modernos, los constructores de imperios igualmente groseros y tan primitivos como los primitivos visigodos, como los hombres de Neanderthal. ¿Cómo explicar a un inglés que el destino del mundo se juega en el Tibet; que para alcanzarlo es preciso dejar en paz, por unos años aún (quizás sólo unas semanas) a esa gente? En una palabra, que la suerte del mundo ha dependido de una bala perdida, de una bala inglesa perdida en el Tibet, que, con sus propósitos clavó de cabeza a un hombre. Que el ser-máquina, que también funcionó automáticamente, para la mayor gloria de Albión, apriete el gatillo, y henos aquí por cien mil años suplementarios.

Tales son los *Relatos de Belcebú a su nieto*.

Siempre cabe sonreír y encogerse de hombros. La historia que narra Gurdjieff, tan verosímil como la Cena, no está quizás tan alejada. Como se ve, el moderno taumaturgo posee algo inédito que agregar a los Atridas, al sacrificio de Abraham, a la crónica policial bajo Poncio Pilatos. En cuanto a lo trágico, más bien les agrega.

Tus modernos contemporáneos, oh, Harum, discuten como en el teatro. Escogen su primer figura. Lo que ellos ignoran es que un Maestro (aún es necesario dar con él) es el que elige. Pueden pasar generaciones sin encontrar uno. Sin embargo, lo hubieran merecido. Otras, no lo merecen y hallan dos o tres. Algunos se

aprestan a ir hasta el fin del mundo, en busca del Sucesor. Pero la novela del mundo no se escribe con esta escala. Durante nuestra vida tenemos derecho, y en el mejor de los casos, a un capítulo abreviado (y trunco) de nuestra historia universal. Por eso, se puede comenzar por cualquier extremo y detenerse en cualquier momento. Se nos dice más de lo necesario para comprender, y generalmente más de lo que se puede comprender. Esa jerigonza sagrada, esas golosinas de dinamita, se hallarán, a partir de ahora, en venta en las librerías. Se han tendido enormes trampas en las que rodarán elefantes y no de los más pequeños. Hará falta cierto matiz de inteligencia poco común. Algunos creerán en la novela policial. Otros se abocarán al esoterismo, como uno se sienta a la mesa. Arderá incienso en nuevas sacristías. Nacerá una nueva iglesia: Ouspensky al lado de la Epístola, Belcebú al lado del Evangelio. En seguida se procederá a expurgar, se hará, para las antologías, una juiciosa selección de pasajes ni demasiado oscuros, ni demasiado licenciosos. La estela se cerrará sobre el Pirata, al que, tal vez, un gran pez acecha y sigue a las profundidades.

#### *Una sesión de "movimientos".*

Para aquellos a quienes no se responde más, porque no interrogan, quedan los "movimientos".

Los "movimientos" reunían en una frecuentación más amplia y en un sentido más abierto, a los "grupos" de diferentes grados; la calificación de los sujetos aparecía también bajo una luz diferente. Las numerosas llegadas imponían constantemente desdoblamientos de clases y la multiplicación de cursos para principiantes.

Allá, dos corrientes contrarias, tales como las que procuré describir con respecto al "trabajo". Los movimientos, en efecto, convenían de tal modo a todos esos sedientos del equilibrio interior (algunos de ellos ni sospechaban al comienzo la existencia de Gurdjieff ni el que esos movimientos tuvieran que estar relacionados con alguna enseñanza), que se precipitaban absurdamente puntuales, absurdamente perseverantes para la época, haciendo pensar, con su asiduidad, en dos clases de gente hecha precisamente en apariencia para no asemejarse: los novicios de algún convento y los miembros de un equipo de rugby. Pero, ¿era éste el fin de Gurdjieff? ¿Era acaso para el bien de esos gim-

nastas todo el trabajo que se tomaba, disponiéndolos, manipulándolos, seleccionándolos, el ojo atento y perspicaz, a fin de elegir a los más aptos? ¿Aptos para qué, pues?

Un texto, aun hábil, no podría explicar esos "movimientos". Digamos que gracias a ellos se efectuaba un extraordinario trabajo de precisión sobre los centros motores, una sabia desconexión de simetrías musculares, una íntima toma de conciencia del mecanismo corporal. Cuanto más riguroso es el movimiento, tanto más resulta posible su "control", más se gana hacia adelante, sobre todo lo que es coordinación, aceleración y dinamismo. Una vez ajustado el mecanismo, en posesión de su cuerda y como librado a sí mismo, frangollando sobre el todo, en una monstruosa dificultad que por cierto no sospechaban los principiantes, entregados a la alegría de la aparente armonía, se advierte que el ejercicio se complica, interesa el intelecto, el sentimiento o los dos centros a la vez. ¿Cómo hacer comprender esto a alguien que no los ha practicado? ¿Qué significan, vistos desde afuera, los esfuerzos de gente que al mismo tiempo que agitan asimétricamente brazos y piernas, se esfuerzan además por efectuar un cálculo mental cada vez más difícil y se hacen decir al final, porque aún no se hallan al cabo de sus penas: "Hagan todo esto con un sentimiento religioso." Admirable trivialidad del término. ¿De qué sentimiento, de qué religión se trata? Poco importa. No basta emerger del subterráneo, hay que salir de su propio túnel. Para aquel que trabaja en lo más íntimo de su coordinación física, completamente atento a un ritmo y a una postura, ocupado por un cálculo mental, el agregado suplementario de un "sentimiento religioso" no presenta ningún malentendido. No es difícil de comprender, sino de hacer.

Usted, ahora —dice Gurdjieff—, decir: "Señor, ten piedad." He aquí, a fin de cuentas, la palabra. Existen dóciles que en seguida dicen en voz fuerte ("Ustedes no bastante gritar"): "¡Señor, ten piedad!" Existen creyentes a quienes esto recuerda, de todos modos, alguna cosa, que se asombran de una plegaria gímica. He aquí lo espiritual al revés: primero es esfuerzo físico, luego mental, antes de ser sentimental. Nada de reclinatorio más o menos cómodo, de romance, de vitrales, de acciones de gracias muelles. Bajo los acordes de un piano, de segundas voces aumentadas, los sensibles de Asia Menor no están francamente en el gusto de todo el mundo; los músculos se tienden para la postura correcta del antebrazo, se relajan para una sabia desarticulación

de caderas, sin que se dispense a la cabeza de su vigilancia. Cada uno, en el alineamiento de su fila y de su línea, toma su turno en un cánón gímnico donde nadie tiene un vecino para imitar, pero donde la menor falta implica la de toda la fila, de toda la línea, o de los seis veces siete, cuarenta y dos ejecutantes. Y todavía, para terminar, hay que provocar el sentimiento por encargo y bajo el látigo, y desafiando el ridículo, hacer mucho más que murmurar: "Señor, ten piedad".

Nada de ojos bajos, de falsos éxtasis. Si a veces los movimientos se aceleran, si el ejercicio número 27 (nada de títulos, los números bastan) alcanza una virtuosidad conveniente, es posible entrever el paso al límite: una liberación colectiva de mecanismos, el juego de un automatismo, esta vez vigilado. El espíritu, esta vez servido por el cuerpo, llega a una esfera superior, pero entonces nada se parece al enternecimiento, a la exaltación. Esto hace pensar más en el acceso a una cumbre difícilmente conseguida, y rápidamente abandonada a causa del vértigo. Esta experiencia es la del superesfuerzo del fugitivo, quien por salvar el pellejo corre con una rapidez de la que nunca se creyó capaz. Se entrevé esto en un relámpago, sobre todo si Gurdjieff no está presente. Cuando está, no cesa de complicar los movimientos y de inventar otros y nunca, no, nunca, nos deja tomar aliento, sacar provecho.

Se aproxima a las filas, rectifica su alineamiento, consolida un brazo, verifica una pierna a escuadra, pliega un busto, pasa a la fila vecina, y tal como lo haría el animador de un dibujo animado, la hace adoptar la figura siguiente; de modo que una vez reanimado el conjunto, el movimiento se despliegue como una ola. Poco importan sus personas, lo que ustedes emiten es su estado. Ustedes no son más que jeroglíficos de un lenguaje inagotable que yo seguiré hablando a través de ustedes y cuyo secreto disputo a la muerte. A pesar de ser torpes, lentos y de escasa energía, inscriban en sus músculos, sus cabezas y si es posible en su emoción. Estos son los textos del interior para descifrar. No los comprenderán sino los que los transmiten: ustedes son caracteres vivientes.

Se distinguen algunos monitores, sobre todo mujeres, mejor dotadas. Ellas anotan esos jeroglíficos en pequeños gráficos, recetas de ejecución, una partitura colectiva. A veces, uno se ofrece en espectáculo. Por una de sus fantasías irrefrenables, Gurdjieff vestirá a todo el mundo a la otomana. Habrá que resig-

narse. El malentendido llegará al colmo. Los charlatanes, a los que importa la estética, se irán indignados. Otros, menos snobs, sospecharán que ante sus ojos, y no obstante los disfraces, acaba de producirse algo importante, inacabado, pero tal vez prodigioso. Queda el cuerpo de ballet, tal vez el único en juego. A esos parisienses en babuchas, a esas *mukeres* de Havre-Caumartin, a esos derviches de ómnibus, Gurdjieff tira puñados de bombones.

*El moderno taumaturgo, la materia y el espíritu.*

Todo acercamiento nuevo a la realidad confunde por su simplicidad. Pero toda verdadera simplicidad es indecible. La evidencia que ha iluminado al hombre tocado por la gracia puede llegar a escandalizar a ese mismo hombre si no salta a los ojos de los demás, pues olvida que antes de su gracia también él estaba ciego.

Lo que es verdadero para un hombre, lo es para una civilización, para una época. Veinte siglos griegos adoraron a Júpiter tonante. Si un hombre hubiera emitido la hipótesis de que no era un Dios, sino electricidad, lo hubieran inmolado por impiedad. En nuestros días sacrifican por mucho menos. Pero, por otro tanto, no sacrifican más, sonríen.

El moderno taumaturgo hace sonreír. Su complicada gimnasia desconcierta. Si, por lo menos, fuera pura: medicinal, folklórica, monacal, artística... Por puro se entiende lo que pertenece a un género conocido, catalogado para la tranquilidad de los hombres y las doctrinas. Impuro, confuso, dudoso, es aquel que interroga las nubes, aplica a Júpiter la teoría de los iones. Pero cada monadología viene a su hora.

El moderno taumaturgo sugiere lo siguiente: El Reino es de este mundo. La materia suficientemente acelerada se convierte en espíritu. Se franquea por velocidades, el muro del cuerpo, la Espiritualidad generalizada. Se sugiere hacer por Dios, por ejemplo, lo que se hace para los átomos, los cohetes: entrenarse, y si fuera necesario, arriesgar el pellejo. La meditación se convierte en ciencia exacta, la plegaria en una performance. Dios no se encuentra ya al final de un sueño, no está ya rodeado de conceptos cuyo antropomorfismo se oculta bajo sabias fórmulas. Dios es sentido al término de una experiencia que uno está obligado a llamar material. El cuerpo participa en ella. Se entiende que cuanto se ha dicho puede ser interpretado al revés y dar lugar al malentendido más grotesco.



Pero el moderno taumaturgo es el único que experimenta en este sentido. Si él dispone, en la sala Pleyel, a sus ovejas al tresbolillo, y les hace ejercitar en juegos demasiado difíciles, sometidos a miles de años de entrenamiento monacal, se puede sonreír. No se ríe uno de Palissy, que quema sus muebles porque en nuestros países se tiene el gusto de interiores burgueses. Pero se desconfía de la experimentación humana, se tiene miedo de accidentes. Para costearlos, no existe ningún instituto, no se puede conseguir que una comisión de defensa nacional ni de rearme moral, haga votar un crédito.

Sin embargo, el dios blanco enseña a sus intelectuales fórmulas consoladoras: su cuerpo es el templo de Dios. Estos atletas del pensamiento no ignoran que los egipcios creían en semejantes correspondencias. Pero nuestros atletas del pensamiento tienen cuerpos de hormigas, se aferran a metáforas. Ellas no fatigan. El moderno taumaturgo, habiendo hecho estallar las metáforas, burla las analogías, trabaja en lo concreto. Si nuestro cuerpo es un templo y nuestras presencias corporales son una viviente armonía y forman otro templo (cuando ustedes sean muchos y estén reunidos en mi nombre, yo estaré en medio de ustedes), y si esto tiene alguna probabilidad de ser uno de los aspectos supremos de la Realidad accesible, entonces, ¡cuidado! Se juega a veces con el fuego, pero uno no se acerca con gusto a la alta tensión.

### *Una cena en casa de Gurdjieff.*

Una vez agotados los intolerables silencios, consumadas las interminables lecturas y completamente cumplida la tetanización de músculos acuñaos, la asamblea de los miércoles podía sacudirse. A pesar de los calambres y de los hormigueos, llenaban el comedor (sentados 20, de pie 40, comprendido el pasillo). Pero como se sabe, el lugar se crea y cuando hay para treinta, hay para sesenta. Una cadena de platos unía la cocina al comedor y Gurdjieff no dejaba a nadie el cuidado de llenarlos. Algunos de ellos, provistos de un modo particular, eran destinados a tal o cual convidado: un trozo especial para Platinada, para Director, para Malentendido, para Todo a la Cloaca, para Alfredo. Luego, después del regreso de Gurdjieff de la cocina y una vez llenos los vasos de vodka a la pimienta, un maestro de ceremonias hacía el primer brindis por determinada categoría de idiotas (la muy

primera, llamada común), a la cual yo tenía el honor de pertenecer. Nunca traté de saber cómo se hacían las promociones a las diferentes categorías de idiotas (redondos, cuadrados, poliédricos o psicópatas, o sin esperanza); como Napoleón, que arrancó la corona de las manos del Santo Padre, yo había usurpado sin recato la categoría que me gustaba, la más baja, la del *idiota común*, por dos razones: La primera consiste en que, tratándose de una jerarquía al revés, el idiota común me parecía menos idiota que los otros (creía y creo todavía que es así, con esto está dicho todo). La segunda razón es que mientras uniformemente los convidados tenían tendencia a elevarse en la jerarquía creciente de las idioteces, yo encontraba más snob y conforme con mi humildad excepcional figurar entre los menos graduados. Así, el primer brindis, dedicado a idiotas de mi categoría, me elevaba al rango de estrella. Sin embargo, yo había caído en el lazo: tomados los informes, cada uno elegía la categoría de idiota que le gustaba. Yo me había hecho mi propio test y a la vez tenía la explicación.

Gurdjieff encontraba en los brindis a los idiotas una fuente nunca agotada de recreación. Se volvía en seguida hacia los idiotas de la categoría honrada, y levantando su vaso en su dirección, les dirigía una bondadosa sonrisa. Esta sonrisa englobaba su mezquina persona y su indescriptible idiotez. En lo que a mí se refiere, debo confesar que siempre creía sorprender en la mirada de mi huésped una ironía apropiada. ¿De dónde sale este idiota y sus pretensiones de una idiotez común? La chispa rápidamente encendida iba a otra parte a chocar con otro fuego. De un decorado tan simple surgían siempre perfectas peripecias. Además, aquellos a quienes precisamente el alcohol intimidaba, debían alcoholizarse con vodka, aquellos que se chiflaban por golosinas debían comer platos condimentados, las peores páprikas; mientras que a aquellos aficionados al pimiento se les ofrecía las *baklavas* más empalagosas. Cada uno, a la vez comparsa y víctima, asqueado de cebollas o de jalva, no saboreaba debidamente la situación sino a costa del vecino. Los sobrios, invariablemente eran conducidos con mano segura hacia el décimo vaso de vodka. De este modo florecían con infra-rojo narices en otras ocasiones reticentes. Los calaveras, desgraciadamente demasiado raros y que mostraban alguna aptitud hacia la voracidad y las libaciones, se hacían llamar al orden, como se comprende. Se desenmascaraban sus inclinaciones innobles, se detallaban los gastos exor-

bitantes que su apetito o sed hacían soportar a su huésped. “¿Cuánto cree usted costar ésto? —decía Gurdjieff, tendiendo el más esquelético rabanito—. Especial *radish*, especialmente enviado para mí Cáucaso.” Tal rabanito venía derecho del mercado de Neuilly.

Se ha dicho que lo cómico es esencialmente un fenómeno de relajamiento en el que juegan dos elementos antinómicos: terror y euforia, privación y abundancia, lo serio y lo grotesco. Las comidas en casa de Gurdjieff constituyen una demostración. Pues, mientras con la mayor seriedad se desarrollaban estas escaramuzas grotescas, la filigrana del silencio acumulado en dos horas no se rompía por ello: corría debajo de las sonrisas y las bromas. Si alguien se equivocaba, y caía a destiempo en el género digno o libertino, estaba destinado a las gemonias, ágobiado bajo el ridículo y el desprecio. La obligación de comer y beber, de estar atento a numerosos lazos, de participar en los ritos de un servicio complicado y de continuar al mismo tiempo un “trabajo interior” (que, con toda evidencia, y sin que esto se hubiera mencionado jamás, era necesario proseguir) de beber y de comer todavía y más allá de lo razonable (una comida en casa de Gurdjieff se digería siempre, creencia popular, verificada por otra parte), todo esto creaba un campo de fuerzas a la vez piadoso y rabelesiano, exótico y conventual, socarrón y recogido. Estas comidas, pruebas temidas por muchos, me iban como un guante. Salía de ellas recreado, refocilado, restaurado en el verdadero sentido de la palabra, poderosamente ayudado contra mi sueño y mi pesimismo a la vez, contra mis ideas fijas y mis dolencias estomacales.

Uno de los elementos cómicos y no el menor era la extraordinaria sumisión de los convidados y su fanatismo, que encontraba en los menores dichos de Gurdjieff enseñanza y palabra de evangelio. En cuanto a mí, sin decir palabra, blasfemaba interiormente. Por más emocionado que me sintiera ante la truculenta caridad de ese anciano, la enorme tarea que se imponía, su atención múltiple y como multiplicada sobre cada uno, esta especie de bondad prosaica en la que el menor jalva, el menor pepinillo, una cucharada de salsa, eran un don lleno de sentido y de intención para fulano o mengana, yo no podía impedirme el medir su enorme fatiga y, dentro de este marco insólito, la tragedia que se representaba. ¿Por qué acumulaba él tantas contradicciones? ¿Qué reglas demasiado sutiles ocultaban estas reglas demasiado groseras? Yo no esperaba (como lo hacían algunos con el descaro

bitantes que su apetito o sed hacían soportar a su huésped. “¿Cuánto cree usted costar ésto? —decía Gurdjieff, tendiendo el más esquelético rabanito—. Especial *radish*, especialmente enviado para mí Cáucaso.” Tal rabanito venía derecho del mercado de Neuilly.

Se ha dicho que lo cómico es esencialmente un fenómeno de relajamiento en el que juegan dos elementos antinómicos: terror y euforia, privación y abundancia, lo serio y lo grotesco. Las comidas en casa de Gurdjieff constituyen una demostración. Pues, mientras con la mayor seriedad se desarrollaban estas escaramuzas grotescas, la filigrana del silencio acumulado en dos horas no se rompía por ello: corría debajo de las sonrisas y las bromas. Si alguien se equivocaba, y caía a destiempo en el género digno o libertino, estaba destinado a las gemonías, agobiado bajo el ridículo y el desprecio. La obligación de comer y beber, de estar atento a numerosos lazos, de participar en los ritos de un servicio complicado y de continuar al mismo tiempo un “trabajo interior” (que, con toda evidencia, y sin que esto se hubiera mencionado jamás, era necesario proseguir) de beber y de comer todavía y más allá de lo razonable (una comida en casa de Gurdjieff se digería siempre, creencia popular, verificada por otra parte), todo esto creaba un campo de fuerzas a la vez piadoso y rabelesiano, exótico y conventual, socarrón y recogido. Estas comidas, pruebas temidas por muchos, me iban como un guante. Salía de ellas recreado, refocilado, restaurado en el verdadero sentido de la palabra, poderosamente ayudado contra mi sueño y mi pesimismo a la vez, contra mis ideas fijas y mis dolencias estomacales.

Uno de los elementos cómicos y no el menor era la extraordinaria sumisión de los convidados y su fanatismo, que encontraba en los menores dichos de Gurdjieff enseñanza y palabra de evangelio. En cuanto a mí, sin decir palabra, blasfemaba interiormente. Por más emocionado que me sintiera ante la truculenta caridad de ese anciano, la enorme tarea que se imponía, su atención múltiple y como multiplicada sobre cada uno, esta especie de bondad prosaica en la que el menor jalva, el menor pepinillo, una cucharada de salsa, eran un don lleno de sentido y de intención para fulano o mengana, yo no podía impedirme el medir su enorme fatiga y, dentro de este marco insólito, la tragedia que se representaba. ¿Por qué acumulaba él tantas contradicciones? ¿Qué reglas demasiado sutiles ocultaban estas reglas demasiado groseras? Yo no esperaba (como lo hacían algunos con el descaro

de veedores) que sus palabras en las que a veces debido a la fatiga, la hora y también sin duda el alcohol, se deslizaba alguna incoherencia, dieran siempre en el blanco. Al contrario, cuando después de tres cuartos de hora durante los cuales no pasaba nada notable (sin que, sin embargo, yo pudiera relajar mi atención acaparada por tantas cosas) de su boca salía alguna palabra violenta, cuando sin que nada lo hiciera prever, se enfrentaba con alguno de los convidados en la forma más personal o más universal, yo admiraba la peripecia y el ágil juego de réplicas y, por fin, la emoción que de todo esto se desprendía. En una u otra forma, cada uno salía de allí turbado, prendado, exorbitado.

Mientras durante el "trabajo" solitario nada controlaba nuestro grado de objetividad y de seriedad, en el transcurso de esos ágapes tenía que producirse una reacción en cadena o si no ya nada tenía sentido común. Comer se convertía en un acto enorme. Hablar también. El intercambio de dos réplicas desde un asiento a otro se parecía al lanzamiento de cuchillos. Cada uno se perdía en alguna luna de Valencia y era pescado en flagrante delito de evasión. Se lo traía de vuelta entre dos bayonetas. A falta de la prueba por el hierro candente o el veneno, hasta el vaso de alcohol se convertía en una especie de juicio de Dios. ¿A qué puede pretender en el avance de su vida interior alguien que no tiene la condescendencia de dejarse emborrachar?

Esta Gran Borrachera —¿debo decirlo, no escandalizaré a alguien?— recordaba otra. Era imposible no evocar la Cena. Per-tenecíamos a una estampa de Epinal, pero de todos modos a una Estampa santa. Animados a garrotazos, participábamos en ágapes trágicos, compartíamos la cena con un Maestro. El personaje del discípulo predilecto o el personaje de Judas saltaba a la vista. El camarada banquero, con el semblante iluminado por ese vodka que detestaba (usted brindar otra vez, Director; usted no beber nada), pero indefectible, era Pedro. Había Marías Magdalenas desfallecidas, pasmadas. Martas incorregibles. Nicodemos enter-necedores de buena voluntad. ¿Tenía Gurdjieff conciencia de esa similitud? De modo que bastaba rodear el acto de comer de consideraciones, bastaba fijar ritos aun incongruentes, para que se impusiera irresistiblemente la idea de la comunión.

Huelga decir que esta experiencia —que hizo correr sobre Gurd-jieff la tinta más llena de hiel de numerosos idiotas, seguramente fuera de categoría, era el secreto de cada uno. Lo mismo que no hay confidencias entre los comulgantes acerca de su acción de

gracias, por lo que yo sepa nunca hubo confidencias entre los convidados sobre esas comidas. Y si hablo de ellas aquí, es como sorprendido de mí mismo y a disgusto. Pero, ¿cómo puedo sustraerme a este aspecto indispensable del testimonio? Mientras dure la secular controversia sobre las especies, me veo obligado a verificar que la manducación de una especie (pepinillo y pimiento) puede convertirse a fuerza de atención y de tensión humanas, sin recurrir a la magia, al menor trance colectivo, en la entrada al mundo de la comunicación. Si digo comunión es para significar el esbozo de un sacramento: no del exterior y por analogía, sino del interior por adecuación de la experiencia espiritual y sensorial.

Otros hubieran explotado ese resultado. Gurdjieff hacía la prueba de nuevo de sus teorías. Todo es alimento, en lo que se come todo depende de lo que uno es capaz de asimilar. Esta manducación universal va hacia la destrucción o la vivificación según esté conforme a las leyes del mundo, a los cuidados de la paternidad divina.

El dinero del que hablaba tan a menudo Gurdjieff (inútil repetir lo que se ha dicho mil veces sobre la analogía, equívoca por otra parte, del papel del dinero en el caso de Gurdjieff y el de los psicoanalistas), el dinero que costaban todos esos alimentos, el hecho de que se distribuían a los dignos y a los indignos, significaba por parte del Padre, una especie de herida infligida constantemente a su Tesorero. La profusión del huésped, el derroche frenético al que se libraba (de joven, quemaba todas las noches rublos, a fin de hundir al día siguiente a sí mismo y al Grupo en la privación y el desenlace necesarios), asociaban el desprecio y el precio del dinero. Sobre su inagotable generosidad chirriaban los falsos acordes de la avaricia y del regateo.

A la faz de todos había pues en el banco de comunión conseguido por la consumación sensorial la aplicación de la ley de la oferta y demanda, de la relación del huésped al convidado.

Aun condimentada a la manera oriental, guarnecida de aromas escogidos, la cocina de Gurdjieff no poseía virtudes especiales, como lo decían algunos. Los pepinos eran realmente rusos; los lukums, griegos; las sandías, españolas. Pero, no era indiferente el que toda la tierra estuviera convidada para alimentar el festín sólidamente orquestado por la trastienda. La idea de que Gurdjieff representaba a la vez el papel de mi abuelo y de Cristo, no me extrañaba en absoluto. Al contrario, se me había manifestado

muchas veces la idea de que Cristo era necesario para ir hacia el Padre, pero si bien yo creía conocer un poco a Cristo, nunca había comprendido la necesidad y el carácter extrañamente apasionado del Padre. Cristo fué torturado, pero esto, aun repetido por las misas, sólo tuvo lugar una vez. El Padre sufría eternamente y a cada instante. Él sustenta su mundo, le tiende los frutos de sus terruños. Lo hace como un viejo caucásico de bigotes, como un viejo preceptor, de los tiempos en que un preceptor valía tanto como un cura. El verdadero Dios con bigotes, o con barba, se me hacía comprensible. La comunión con el mundo se podía hacer bajo todas especies, con la condición de no ser un comulgante indigno, es decir no-atento. El conejo había sufrido antes de ser puesto en la olla, se había visto atado a la canilla de la bomba para una agonía que, con razón, había impresionado al niño que yo era. Gurdjieff no enseñaba privarse de la carne, mostraba sus fuertes caninos y aceptaba ocupar la situación humana en su lugar, no tan elevado dentro de la escala de la creación. Pero si el conejo había sufrido y si el Padre sufría, si todos esos tesoros se habían puesto en comunicación y esto a través de la ligereza o la grosería de los convidados, quiere decir que se trataba de la consumación del mayor misterio del mundo, de la universal manducación. Como se ve, estábamos lejos de los panes ázimos cuidadosamente blanqueados y desodorizados para nuestra edificación. Eran salsas, las mismas de las que se escribió: el que comparte el pan conmigo, traicionará.

No hay vez en que la imagen de la santa Cena pase ante mis ojos, en que no reviva los instantes pasados junto a Gurdjieff. El cuadro de Leonardo ha sido arruinado, la pintura se ha descompuesto, dejando acá y acullá siluetas siniestras, horrorosamente deformadas, pero el misterio del cuadro queda. Bastan algunos trazos de pintura, aun podridos, y la presencia de Cristo y de sus compañeros surge tal como iluminaba antaño el ojo del pintor. Asiste a la Cena el que quiere asistir, el que abre los ojos. Pero, ¡ay!, las Cenas suceden siempre en los últimos momentos de los Maestros, serán su Memorial.

Mientras en casa de Gurdjieff yo me hacía el socarrón, sabiendo muy bien que esos instantes me eran dados como una gracia inestimable, en adelante no he vuelto a asistir a la misa sin recordar su presencia. ¿No me había invitado él a las últimas horas del Cenáculo? ¿No me ha enseñado a no despreciar ninguna de las noticias de la tierra?



*Adiós al viejo.*

El moderno taumaturgo muere en su lecho. Sin duda, no es suficiente para la época. Ni cicuta, ni hisopo, ni, por consiguiente, gas. Tal vez, una cirrosis. Una muerte natural.

Un entierro un poco más ruso que otros. La calle Daru es un islote parisiense de la Atlántida eslava, abismada en la separación. Luego, flores y coronas, Fontainebleau-Avón. ¡Oh, Instituto para el desarrollo armonioso del Hombre! ¡Oh, Katherine, en vano has escrito tus cãrtitas a tu hombre de letras, a tu Middleton de marido! El que viene a hacerte compañía es Gurdjieff.

Bellas lloronas. Siento curiosidad por conocer el gusto de mis lágrimas. Me conozco, sé lo que valgo como cocodrilo. Observada entre dos laminillas del microscopio, una lágrima no es bonita.

Observo ese rostro muerto, que procuré fijar, que he conocido tan poco, que tan mal supe interrogar.

Lloro.

Es agua pura.

Reventar como un perro. Y tú, George Ivanovitch, ¿has salvado tu alma? ¿La has extraído de las materias pesadas? ¿De las digestiones mortales? ¿Del fracaso de los sentidos? A fuerza de atención, has forzado la palpitación de la energía. ¿Te ha aspirado Dios? ¿Alguien aguardaba lo inhabitual, alguien esperaba al cuadragésimo día algún prodigio tibetano? Fué una bala perdida. Sólo resucita un nuevo Cristo.

El moderno taumaturgo no es más que un hombre.

Sin embargo, no revienta como un perro. Comprime en la muerte, por un movimiento difícil, indefinido, músculos extraordinariamente retorcidos. Una fuerza detrás de esa máscara tan serena. Una mirada detrás de los párpados que no volverán a abrirse. Nuestras pupilas han fijado esta mirada. Asimilado también este alimento. ¿Quién no ha robado una pepita para su ojo?

Una vez más, el hilo se ha roto con el año menos cien mil. La pista choca también con el porvenir. "Estáis metidos en un lío", ha murmurado antes de partir.

Veo en tu cabecera que la rama de la espiral, que diseñabas para mostrarnos dónde terminan nuestras evoluciones en línea recta, se retuerce. Van a transformarte en espanta-pájaros, en momia, en Papa, en idiota común, tal vez hasta en filósofo.

No conoceré nunca más un buscador más insolente de Dios, un pagano más ambicioso de su alma. ¡Pascal y Proust que se

ignoran, Descartes y Rabelais, Lucrecia y Gulliver, Tobías y el Ángel, Copérnico con mostachos, Julio Verne del buen Dios, yo te saludo en tu reposo! Si es Cristo quien lleva hacia el Padre, tú me has llevado una vez más hacia Cristo. Otros han diseñado signos, han enseñado con palabras: tú te has dado tú mismo, has esbozado la sinfonía de la Vigilancia creadora, de la Atención inconcebible.

¿Quién ha osado tu vida? ¿Y quién la cumplirá?

Para terminar, tú has logrado de mí verdaderas lágrimas, señor Gurdjieff.

Debo haberte amado.

*Post-scriptum.* Que se dude de mi clarividencia, de mi comprensión, mi fe, es algo muy justo. El testimonio vale lo que vale el testigo. Pero, siendo lo que soy, he aquí lo que he visto, sentido, comprendido, y no tengo más deber que el de testimoniarme de acuerdo con esta verdad que es la mía y que es la única viviente, y que como todo lo viviente lleva en sí su destrucción y su reparación, su fermento y su veneno.

¿Por Gurdjieff o en contra de él? Ambas cosas, claro está. Como se es por Dios y contra él, por sí mismo y contra sí mismo, por su propia vida y contra ella. La hagiografía es otra cosa. Que se escandalice el que quiera. Si todo hubiera sido tan claro, desde hace cien mil años, no hubiera existido más que una explicación, una moral y una fe. Con más exactitud, no habría fe. Abra a Ouspensky y diga si está usted por o contra. El que traga de una sentada la cosmogonía de Gurdjieff y el que la rechaza con un encogimiento de hombros, a mi juicio es igualmente culpable. El que aborda a Gurdjieff, muerto o vivo, sin temblor ni respeto, es igualmente ingenuo. De un hombre semejante uno toma y rechaza, uno se defiende y adopta. Se lucha con él. Luchar con Gurdjieff (no contra), es comprenderlo, conocerlo, y para decirlo todo, amarlo.

En cuanto a hacer de él, sobre todo muerto, una estatua de San-Sulpicio, un pan de miel bendito, es la más siniestra farsa que los bien pensados, sobre todo gurdjievianos, podrían hacer. Es, verdaderamente, faltarle al respeto.

No obstante, si en esta época particularmente confusa en la que ninguna actitud parece ya tener sentido, hay que preocuparse por el que dirán e, inquieto por las observaciones del evangelio,

velar al escándalo no de los doctores sino de los pequeños, debo agregar lo siguiente:

Aquel que quiere aprovechar la vida y la obra de Gurdjieff debe, ante todo, limpiar su espíritu de los hábitos de una lógica limitada, de una moral del miedo. Las almas que buscan se alinean gustosamente sobre los precedentes. Los grandes ejemplos constituyen para ellas funestos espejismos. Avance intelectual, y henos aquí filósofos reverenciosos. Compromiso en la acción, y henos aquí en el heroísmo. Don del corazón, primacía del sentimiento, y somos religiosos. Nada de mezclas de géneros.

Aquí está Gurdjieff. Ni sangre, ni lágrimas. Y, por mi parte, sólo una tinta mala. Aquí está Gurdjieff. Lucha a mano llana. Ni prestigio, ni compromiso. Ni emoción, ni reverencia. Vuestra hambre, vuestra rapacidad, vuestro terror, quedan decepcionados. No será usted, eso no, consolado, tranquilizado, iluminado. No encontrará sino a un hombre que lo hace sentir hasta qué punto se es hombre, y un hombre solo.

No se le pregunta si es usted bueno, si es inteligente, si tiene la fe. Tal vez, en todo caso, se le preguntaría si es valiente. Se le pregunta simplemente si usted es. Es una pregunta tal, que es mejor prevenirlo que lo espera el vértigo y que es mejor abstenerse si esta excursión no le parece indispensable. Se puede muy bien vivir así. Y vale más vivir existiendo poco, que no existir del todo, porque uno es demasiado curioso y porque el vértigo lo ha vaciado de su apariencia de ser.

Se puede también regresar y decir, como de las altas cumbres, que es demasiado alto y que sin un buen guía... ¿y hasta con un buen guía?

Se puede también, a pesar de saber todo lo que se arriesga, perseverar.

Pero presentar la experiencia de Gurdjieff sin describir sus peligros, sin esbozar un gesto de prevención, es realmente demasiado tonto y demasiado deshonesto. Y es, además, tomar a Gurdjieff por un niño monaguillo.

En cuanto a los croquis humorísticos, al margen de este testimonio y a algunas palabras malsonantes que la verdad histórica me ha obligado a citar, quien se ofusque por ellas no posee, a mi juicio, el mínimo de humor que hace falta para entenderse con Gurdjieff. Creo que ambos se entristecerían ante un encuentro, aun póstumo.

Si, por fin, no se distingue, hasta en el mismo papel, la filigra-

na tan discreta como indeleble de mi respeto, de mi reconocimiento, es que sólo soy un torpe rematado, lo cual es muy posible.

Una observación más.

Este testimonio no tenía sentido para mí si no se completaba y apuntalaba con otros, se entiende con testimonios de gente que hubiera trabajado realmente con Gurdjieff (y, en lo posible, ni de escritores, ni de periodistas).

Por definición, esas personas no saben escribir, no están hechas para escribir, no escriben fácilmente. Podrían ensayar.

Otros, que eran a la vez escritores y discípulos, han muerto. Sobre todo, Luc Dietrich y René Daumal. He conocido a Luc lo suficiente como para creer que hubiera escrito con toda seguridad. No he conocido a Daumal y no puedo decir nada. Ahora bien, este libro, Louis Pauwels lo ha abierto lealmente para todo testimonio. Yo no debía ser el único "discípulo" que hubiera hecho figurar mi pequeña, torpe y ridícula experiencia. Lo que yo no he dicho, no supe decir; lo que he deformado o no he aprendido, otros lo hubieran debido expresar. Se han abstenido.

En cuanto a los vivos, es asunto suyo. Para los muertos, es más grave. Los muertos están amordazados, como siempre, por los que se creen sus legatarios. A esto se debe el que ni Dietrich ni Daumal figuren aquí con lo que se hubiera podido entresacar de más indispensable de sus notas. En su nombre se ha opuesto la más despreciable negativa.

Yo me incluyo gustosamente en ese desprecio, con un vivo sentimiento de satisfacción apostólica. Gurdjieff me ha vuelto a enseñar a Cristo de tal modo que no puedo no sentirme mejor frente a un publicano, así sea un periodista, en plena muchedumbre, así sea no iniciada.

No condeno a nadie a carbones ardientes, pero aconsejaría caritativamente a aquellos que retienen en carpetas amarillentas el palpitante pensamiento de los muertos, que se deshagan cuanto antes de esta materia violenta cuyo solo heredero legítimo es, más allá de toda propiedad (hasta y sobre todo, literaria) todo el mundo, es decir, mi prójimo.

Por lo que concierne a mi prójimo, le suplico no limitarse a un testimonio tan insuficiente como el mío. Estos muertos terminarán por hablar, y entre ellos Gurdjieff mismo, cuya obra abrupta (ya publicada en inglés, lo decepcionará primero, antes de abrirle cruel y magistralmente ojos nuevos, si él también quiere hacer su parte del "trabajo").

CUARTA PARTE

L I T E R A T U R A

# I

*Una antología para hacer. — Por qué no podíamos escribir: "La marquesa tomó el té a las cinco". — Escribo para escupir sobre mi poco de existencia. — Escribo para crear la existencia. — El Verbo que se hace Carne. — Ejemplo de la palabra "árbol". — Ejemplo de la palabra "amistad". — Rolland de Renéville, René Daumal, y la tentación luciferina. — Los riesgos. — Una aventura que arrastra hacia las puertas de la muerte. — La agonía de Luc Dietrich.*

La enseñanza ha atraído a numerosos escritores y sería tentador reunir las páginas directa o indirectamente inspiradas por la experiencia interior tal como la definía y la orientaba Gurdjieff, y luego acercarlas a las páginas selectas que podrían ir desde poetas que, a partir de Baudelaire, sacrificaron la "poesía" a la experiencia poética (por ejemplo, Rimbaud, Nerval, Breton, Malcolm de Chazal) hasta novelistas que sacrificaron la novela a la búsqueda y la formulación de un método de conocimiento del hombre interior (por ejemplo, Joyce, Proust, Faulkner, Samuel Beckett). Se tendría así una visión de la literatura contemporánea nueva y dinámica, se vería diseñar una época de grandes descubrimientos. Pero no cabría aquí un trabajo como ese y puesto que nuestros fabricantes de antologías, con dos o tres excepciones, sólo piensan en contentar el conformismo, es probable que ese trabajo no se realizará dentro de poco, y el consuelo consiste en pensar que tal vez sea bueno que algunas claves se guarden secretas el mayor tiempo posible. Sólo lo oculto es rico.

No se encontrarán aquí más que textos franceses que tienen el valor del testimonio directo. Esto no tiene nada que ver, por lo tanto, con la antología soñada.

Con Gurdjieff, llegábamos a la conciencia de lo que sigue:

“El hombre, tal como lo conocemos, el hombre al que estamos acostumbrados: yo mismo, la mujer a quien quiero, mi padre, mi amigo, Goethe, o François Mauriac, el vigilante de la esquina, mi almacenero —el hombre, en fin—, no tiene un yo permanente y único. Su ‘yo’ —lo que él llama abusivamente su ‘yo’— cambia tan pronto como sus pensamientos, sus sentimientos, sus humores, y comete un error fundamental cuando se considera como si fuera siempre una sola y misma persona. En realidad, es continuamente una persona diferente, no es nunca aquel que fué un segundo antes. Cada pensamiento, cada humor, cada deseo, dice *yo*. Y cada vez se cree que ese yo pertenece al *todo* del hombre. Ahora bien, el *todo* del hombre no se expresa jamás, en nuestra vida común, por la simple razón de que no existe como tal.

Este yo falaz, estas manifestaciones de la personalidad, como decimos en nuestra psicología convencional, no pertenecen al *todo* del hombre. Su conjunto no constituye el *todo* del hombre. Un conjunto de mentiras no constituye una verdad. Lo que soy en el instante, lo que era ayer, lo que seré mañana, y así sucesivamente desde mi nacimiento hasta mi muerte, todos estos yo no se reúnen para componer, para formar mi verdadero yo. Mi verdadero yo está en otra parte. Yo es otro. Todos estos yo sólo se me dan para invitarme a creer que existo realmente. Se me dan para que adquiriera la conciencia de su carácter falaz. Se me dan para que los mate uno tras otro, para que ejerza contra ellos mi voluntad de ser realmente, para que los aniquile a fin de que, detrás de ellos, aparezca poco a poco mi yo verdadero, a fin de que el *todo* de mí sea revelado progresivamente durante la batalla. En la lucha que sostengo contra esos yo sucesivos, se forma poco a poco una sustancia que es la sustancia misma de mi verdadero yo, radicalmente diferente de esos yo de los que se cree generalmente que son elementos de la personalidad. Mi personalidad es el producto de la lucha contra esos yo, un rechazo constante de esos supuestos elementos de mi personalidad. Esos yo sucesivos y engañosos no son consustanciales con mi verdadero yo, no son de la madera con que se hace el verdadero yo. Y sin embargo, ellos existen, evidentemente. No puedo decir que no existen. Durand triste, Durand que desea, Durand que se acuerda, Durand de buen humor, Durand inspirado, etc., existe. Pero no existe sino como materia de sacrificio. Es necesario que yo sacrifique cada uno de mis yo, que los corte en pedazos, les



corte la garganta, a grandes golpes de negación, de rechazo, a grandes golpes de voluntad, es necesario que por medio de un prolongado combate consiga su aniquilamiento, a fin de que se me revele mi verdadero yo, a fin de que se me haga sensible mi todo, a fin de que pueda decir un día: "Yo soy el que es."

El todo del hombre no existe como tal *naturalmente*. No existe hasta que nosotros mismos no hemos forzado nuestra propia naturaleza para escapar a la multiplicidad de nuestros yo falaces. Si nos internamos en esta vía de conocimiento de nuestro todo, entonces comenzamos a ver a los hombres en relación con este conocimiento de ellos mismos que les falta. Comenzamos a verlos realmente, es decir, a medir la distancia que separa a cada uno de su yo único y permanente. Desde entonces, no puedo escribir "La marquesa tomó el té a las cinco". No hay tal marquesa, hay una danza de todas las marquesas posibles, como de partículas de polvo en un rayo de sol: la marquesa de las cinco menos un minuto; la marquesa de las cinco y un minuto; la marquesa de las cinco en punto; la cual ya no es el yo único y permanente de la marquesa. No hay marquesa simplemente, y si yo escribo "La marquesa tomó el té a las cinco", así, con toda tranquilidad, como seguro de la verdad de lo que escribo, colaboro, atado de pies y manos, al mal, es decir, ayudo a la ilusión en que caen casi todos los hombres de existir realmente, de poseer un yo verdadero.<sup>1</sup>

Toda empresa literaria seria es una tentativa de expresar el *todo* del hombre. Toda empresa literaria seria debe, pues, comenzar por una negativa categórica de presentar a los yo sucesivos y a este otro yo, igualmente ilusorio del escritor-escribiente, como si fueran participantes del ser real.

Sabíamos ya entonces que no nos quedaban más que dos formas de seguir siendo escritores.

Primera forma: he adquirido conciencia de este mecanismo, de mi poco de existencia. No escribo sino para afirmar que no estoy engañado y para invitar a los demás a que también adquieran, a su vez, esta conciencia. Sólo describe, en su extrema complejidad, esta existencia ilusoria, tejida con hilos huecos. Escribo *Ulises*, escribo *A la Recherche du Temps Perdu*, o escribo *En attendant*

<sup>1</sup> Es evidente que aquí el análisis es demasiado corto, demasiado primario. Se necesitarían trescientas páginas para explicar que es imposible, como lo ha visto perfectamente Paul Valéry, escribir "la marquesa tomó el té a las cinco".

*Godot*. Escribo para obligarme a la náusea y para obligar a mis lectores a una náusea igual. "El poeta —dice René Daumal— nos hará asistir a la batalla que libra contra la ilusión, hablará de sí mismo, de sus tormentos, dejará hablar a sus pasiones, sus manías, sus sentidos, para combatirlos mejor, para vencerlos y encerrarlos en el sepulcro de una palabra medida." Se empeñará de este modo en "el aniquilamiento de esos falsos y mal llamados *centros de conciencia*, que forman la trama incoherente de nuestra vida común. Yo desbordo, abro las cataratas de todos mis *yo* ilusorios, dejo que lluevan libremente todas mis ilusiones de ser, abro las compuertas del subconsciente, para darme cuenta mejor de que existe el consciente, para empujarme mejor hacia el esfuerzo que tendría que efectuar para acercarme al superconsciente: escribo en estado de sueño despierto, abro todas las puertas, establezco la gran corriente de aire de la escritura automática, para formular mejor la gran reclamación, para acorralarme, por fin, a la *necesidad de ser*.

Sin embargo, nosotros no adoptábamos esta primera forma. O más bien, la considerábamos como un simple lugar de tránsito y teníamos prisa por abordar la segunda. Por otra parte, se había producido una confusión, en seguida después de la guerra, entre los verdaderos buscadores y los vulgarizadores. Con gusto cedíamos la vía de escape a esos venenosos vulgarizadores y sobre todo a profesores que acababan de descubrir el existencialismo degenerado y soñaban con hacer carrera de escritores con ese bagaje de inmigrantes.

Soñábamos con llegar a la segunda forma de ser escritor:

Si el *todo* del hombre puede ser alcanzado, es preciso que yo me coloque en la postura exigida para alcanzarlo en mí mismo, antes de permitirme abrir la boca, antes de osar siquiera trazar signos sobre una hoja de papel. Ahora bien, ¿cómo se puede alcanzarlo? ¿Cómo se puede aunque más no sea colocarse en el camino que lleva hacia su consecución? Se sabe: se trata de rechazar el movimiento natural de la vida. ¿Y qué es el movimiento natural de la vida? Es un movimiento de aspiración: yo soy aspirado por mis recuerdos, mis sensaciones, mis estados de ánimo, deseos, pensamientos, el bistec que como, el cigarrillo que fumo, el acto de amor que realizo, el amigo, el buen tiempo, la lluvia, este árbol, este coche que pasa, este libro. Se trata de *resistir*. ¿Y por qué se trata de resistir? Un simple *co* • *u* • *ienzo* de experiencia me lo dice: En ese esfuerzo *contrá la naturaleza*, aun si es

esporádico, yo siento que se deposita en mí algo, algo así como un grano de arena para el pedestal de una estatua, para el pedestal del gran *Yo*, duro y compacto como el mármol. Yo no sé si conseguiré erigir ese gran *Yo*, pero lo que efectúo en la rebelión contra la *no-existencia* de mí mismo y de todas las cosas alrededor de mí, terminará por dar a mi lenguaje un valor creador que no podrá tener el lenguaje humano común, el lenguaje de la sumisión, el lenguaje de la ausencia aceptada.

Yo contemplo este árbol. ¿Qué soy? Soy un remolino de partículas de polvo en movimiento aspirado por lo que contemplo. Y este árbol, ¿existe, entonces? No: es una boca que me aspira, un agujero en el que vuelco, un pretexto para no-ser. Es un árbol *en hueco*. Mirar es, ante todo, conservarse. Y si yo procuro conservarme mientras miro, si intento recordarme a mí mismo, acercarme a mi centro de conciencia, si lucho con este árbol y conmigo mismo para verlo, si me llamo solamente a la existencia real en el acto de mirar, también llamo, también convoco a este árbol a la existencia real, le confiero una existencia objetiva. Más exactamente: *yo lo creo*. Y si ahora yo escribo "árbol", la palabra que empleo ya no es una palabra, sino un acto por el cual el árbol recibe por primera vez el nombre de árbol y se convierte verdaderamente en árbol. Yo no cito más las cosas, no las llamo más como testigos de descargo en el perpetuo proceso de mi falsa vida, no cuento más historias con respecto a ellas, no hago ya literatura, *las nombro*.<sup>1</sup> Como el Adán dibujado por William Blake: tiene los ojos grandes abiertos y sin embargo, vueltos hacia el interior; mantiene a la serpiente bajo su brazo izquierdo replegado; levanta el índice de la mano derecha, mientras detrás de él desfilan todos los animales de la creación para recibir de él *su nombre*.

Así sucede con las cosas y con los hombres, lo mismo que con las relaciones entre los hombres. Luc Dietrich preguntaba a René Daumal:

—¿Cómo sientes tú nuestra amistad?

Daumal contestaba:<sup>2</sup>

—Hay que rehacer perpetuamente nuestra amistad, porque si imaginamos que ya existe de una manera permanente y estable, no haremos ningún esfuerzo por construirla. Para construirla, hay

<sup>1</sup> Es la clave de los esfuerzos de Cézanne, por ejemplo, o de C. F. Ramuz.

<sup>2</sup> *Chaque fois que l'aube paraît*, Gallimard.

que instituir nuestras relaciones como si esta amistad existiera, como si hubiéramos realizado juntos algo durable. Esto presupone que el esfuerzo debe ser doble para cada uno: yo debo hacer por mí y por ti. Nuestro primer trabajo para realizar la amistad es romper con todo aquello que comúnmente se llama amistad: unión en la mentira, familiaridad (complicidad en la caída), comodidad, connivencia con el sueño, el hacer recaer las responsabilidades del uno sobre el otro, etc.

“Todos nuestros encuentros deberían ser momentos sagrados. . .

“Tú no existes para mí —yo no *toco* tu existencia en tanto tú eres tú— más que en los momentos en que siento mi nulidad. El resto del tiempo tú eres una ‘cosa’ en mi mundo subjetivo. . .”

Lo mismo ocurre con el amor. Recuerden lo que decía Orage: Es preciso pasar del amor subjetivo (en el que ~~el~~ ser que yo amo no es sino una “cosa” que me absorbe y no un ser; en el que somos uno y otro bocas que se devoran ciegamente una a otra) al amor objetivo en el que *yo soy* y en el que, por lo tanto, *tú eres* o puesto que yo soy, te veo ser. Como también dice Jaspers: “Yo no puedo comunicar sino allí donde yo soy yo mismo frente a otro que es él mismo. . . Entonces nos abrimos uno al otro, y por la potencia del llamado que cada uno ejerce sobre el otro, sin recurrir jamás a ninguna presión, esta confrontación es una creación recíproca.”

Por lo tanto, para nosotros se trataba no de describir, sino de crear. Y para crear, nos era preciso antes crearnos nosotros mismos. Después, podríamos permitírnos escribir. Yo escribo: árbol. Es un árbol. Escribo: amistad. Es la amistad. Escribo amor. Es el amor. Se trataba de volver a nombrar las cosas, los animales, los seres y las relaciones entre los seres.

No podría hacerme comprender mejor que citando cinco proposiciones de Rolland de Renéville, acompañadas de comentarios de Daumal.<sup>1</sup>

1º *La poesía* (es decir, de hecho, toda escritura devuelta a su carácter sagrado) *es un instrumento de conocimiento.*

2º *El verdadero conocimiento es experimental.*

Daumal agrega: “De este modo se elimina de la discusión toda poesía didáctica filosófica, que hablaría de un objeto sin hacerlo experimentar.”

3º *El verdadero conocimiento es identidad del sujeto y del objeto.*

<sup>1</sup> *Ibid.*

Aquí Daumal formula una distinción capital que ilumina perfectamente la ambición que nos animaba junto a Gurdjieff.

“He aquí una fórmula que se ha repetido a menudo y que ha hecho mucho mal. Se la ha comprendido habitualmente al revés y así han nacido expresiones famosas y disgregantes como ‘intuición’, ‘participación’, ‘fusión con’ y otras. Volverse idéntico a un objeto exterior a nosotros, y más relativo que nosotros, es encadenarnos, es adormecernos, es ir hacia nuestra perdición, como lo hacíamos lo más a menudo. Una de dos, o bien el ratón atrapado en la trampa continúa comiendo el tocino, deseando conocer el tocino por identificación, o bien se ve agarrado y trata de salir. Si el ratón pudiera *conocer* verdaderamente, lo que quería *llegar a ser para conocerlo*, hubiera deseado ser él mismo, ratón libre.”

4º *El verdadero conocimiento es el del absoluto.*

Comentario de Daumal:

“Nosotros que no existimos sino relativamente, ¿cómo podemos conocer el absoluto? Una de dos cosas: o bien nuestro conocimiento está en acto, se realiza, y entonces no podemos hablar de lo absoluto, sino solamente de los medios que se emplearían para estar sujetos a un número cada vez menos grande de relaciones —lo que Réneville llama ‘mística’—; o bien queremos tener una visión de conjunto del todo, del puro absoluto al puro relativo, pero entonces nuestro conocimiento estará en potencia y para ser válido tendrá que ser una transposición analógica, siempre atentamente verificada, de un proceso experimental.”

5º *La producción de un poema (la escritura de la menor frase) es análoga a la génesis de un mundo.*

En el punto más alto, el hombre que escribe un poema (o lo que fuere) en toda libertad, en toda conciencia del porqué, del para quién, del cómo de su obra, realmente crea un mundo. Pero ninguno de los poetas que podemos nombrar es este hombre. Su poesía está contaminada con una parte más o menos grande de irresponsabilidad —su poesía como todas nuestras acciones—. *El mecanismo de la producción del poema puede ser ignorado por el poeta*, declara, por otra parte, Renéville. Desgraciadamente, sí. Sócrates lo decía ya: él llamaba al poeta un ‘inspirado’, un ‘delirante’, un ‘instrumento de los dioses’ (palabras que habitualmente, de acuerdo con *Fedra*, se toman como un elogio del poeta irresponsable, mientras bastaría con leer *Ion* para saber hasta qué punto ese elogio era irónico).”

Eso era, pues, lo que queríamos llegar a ser: poetas *responsa-*

bles, que han sobrepasado la inspiración en provecho del conocimiento, libres y no cantores, sino *creadores*. Queríamos ser Dios que habla. Queríamos pasar hacia aquel lado en que el Verbo se hace carne. Habíamos partido con Gurdjieff en busca del conocimiento, de la libertad y de la unión. Nuestra poesía no podía ser sino ese lenguaje superior que al expresar este conocimiento, esta libertad, esta unión, recrea las cosas y todos los movimientos de la vida humana en su solemnidad, su significado paradisíaco.

Era, como lo dice muy bien André Rousseaux en el *Figaro Littéraire*, con respecto a René Daumal, una "ambición luciferina". Era nuestra ambición.

Pero, para pasar hacia el lado donde el Verbo se hace carne, tengo que romper con todo aquello que, precisamente, encanta la vida del escritor, como de todo artista. Un cierto abandono, un gran poder de identificarse con espectáculos exteriores, con los seres, el desenvolvimiento del paisaje interior, las emociones más fugaces, los recuerdos; con una gran disposición para las pasiones, etc. Voy al revés del encaminamiento artístico. Voy al revés, contra mi naturaleza. Voluntariamente, seco en mí todas las fuentes, de lo que llamamos "inspiración", "la música del corazón", la "espontaneidad de la expresión", la creencia en una cierta gracia, el abandono confiado al "genio", etc. Estoy solo, más que solo, y presa de una tentación sobrehumana. No puedo decir "árbol", sin que el acto de decir sea el producto de una ascesis. No puedo evocar ninguno de los sentimientos fundamentales del hombre, sin que este sentimiento haya sido experimentado con respecto a mi yo único y permanente, es decir, despojado de todas las taras de la naturaleza humana común y restablecido en las perspectivas del yo trascendental, acabado, estático. No puedo expresar las "verdades" de la naturaleza humana y de mi propia naturaleza, sino en sus relaciones con la Verdad. Debo sacrificar la observación y la inspiración al Conocimiento. Entonces, me esfuerzo por alcanzar ese Yo trascendental, acabado y estático. Y cuanto más me esfuerzo, procurando aniquilar mis yo sucesivos, detener la corriente de mi vida, tanto más veo cómo crece la dificultad, tanto más veo cómo retrocede la meta, más veo multiplicarse los rechazos y las negaciones, y tomo una mayor conciencia de mi poca realidad, de mi vanidad, de mi impotencia, tanto más me veo acorralado al silencio. Y sin embargo, persevero, me estrangulo, un poco más fuerte, un poco más fuerte, porque todo el

resto es literatura, como se dice, todo el resto es charla de irresponsable, colaboración con los males de la ilusión, pretensión imbécil, uso pernicioso de la Palabra.

Es fácil adivinar por qué desprecios de la "naturaleza", y también por qué desecamientos, desesperanzas y terrores pasábamos. Se adivina también que en el grande y perpetuo movimiento voluntario de ensayar de "detener la mecánica" y de "pasar al ser", las comunicaciones con el mundo corren el riesgo de cortarse definitivamente y *tal vez sin ningún provecho*. Al fin de cuentas, en esos primeros pasos que no son sostenidos por alguna idea de la "gracia", se trata de toda la posibilidad de amor que se encuentra arruinada. Se adivina, por fin, que todo hombre determinado por la necesidad de la expresión, todo hombre en quien la alegría y la espontaneidad de la expresión anudan sin cesar esponsales de amor, corre el riesgo de iniciar esta aventura por las puertas de la muerte. La aventura es tentadora, porque parece permitir el ir a ver detrás del lenguaje el gran secreto del Verbo. Pero puede naufragar en las angustias del silencio, en la congelación, en la muerte.

Creo que René Daumal y Luc Dietrich murieron de esta muerte, a desecho de las apariencias. También yo estuve a punto de morir de esta muerte. Pienso en Rilke y en el martirio de Cézanne. Las ambiciones son idénticas si no lo son las vías, los medios, la inteligencia y la salud.

Evocaremos a René Daumal más lejos. En cuanto a Luc Dietrich, estoy persuadido de que ha conocido los dolores espirituales, morales y físicos de semejante agotamiento después de años de jubilosa espontaneidad. Se dirá que el autor de *Bonheur des Tristes* y *L'Apprentissage de la Ville* murió de una herida en el pie, recibida durante un bombardeo norteamericano en el momento del desembarco. Yo no pienso, sin ver en ello más de un signo, que agonizó con los ojos muy abiertos y llenos de preguntas, *sin poder hablar*.

He aquí lo que proporciona su real dimensión al texto falsamente humorístico que leerán. Este texto evoca la Enseñanza en tono de farsa, pero está erizado de claves temibles.



## II

### LUC DIETRICH: *LA NOVIA* <sup>1</sup>

“Mme. Camors me saludó con una sonrisa, luego me dijo en voz baja:

—Sígame, él va a venir.

Me introdujo entonces en un dormitorio adornado con reps floreado, taburetes forrados, recuerdos de Dieppe hechos de conchillas, falsos Saxe, un yeso que representaba a Santa Teresa del Niño Jesús y guarnecida de un gran lecho de cobre, cuyo edredón enseñaba su vientre rosado por entre los agujeros de una funda de tejido blanco.

Me hizo sentar en una de las tres sillas, se sentó frente a mí, me dijo:

—No se mueva. Él viene.

Entonces la puerta se abrió y sin ruido, porque llevaba pantuflas, avanzó un hombre vestido como todo el mundo, con los antebrazos cubiertos por mangas de lustrina. Era miope y buscaba, tanteando, su camino. Me tocó la frente sin decir nada y se sentó en la silla que quedaba libre, al lado de Mme. Camors.

Él comenzó volviendo hacia mí sus ojos saltones y sin mirada:

—Estamos resueltos a ayudarlo, pero nuestra ayuda no puede ser eficaz sino en caso de que usted realmente desee la cosa que ha perdido.

Preguntó, levantando el dedo:

—¿La quiere usted?

Y yo:

—No hay nada en el mundo que desee tanto.

<sup>1</sup> Extraído de *L'Apprentissage de la Ville*, ediciones Denoël.

—Si está probado que usted quiere, la cosa está hecha.

—¡Ay de mí! —dije—. La cosa no es tan simple. No depende en absoluto de que yo quiera. Es Lucrecia que ya no me quiere. Y yo le quedaría reconocido si me explicara cómo es posible que, habiéndome probado hasta ayer el amor más ardiente y habiéndose prometido a mí por toda la vida, suceda hoy que no me quiera más.

Y el otro, sibilino:

—Usted se equivoca. Ella no ha dejado de quererlo nunca. Pero un día, al volverse hacia usted para encontrarlo, se dió cuenta de que usted no estaba allí.

—Me habré explicado mal, sin duda. Nunca he faltado a su llamado. He contestado todas sus cartas. Y, a la primer alarma, me he precipitado a su casa, lo que, por otra parte, no hizo sino agravar el mal.

Él sacudió la cabeza:

—Lo siento rodeado de fuerzas contrarias. Tiene enemigos alrededor de usted, pero el más encarnizado es el que habita dentro de usted. Si no está ahí en este momento, es por nuestra presencia. Pero en cuanto usted se halle fuera de nuestro alcance, regresará. Usted no tiene que ignorar al Otro. Es Otro quien piensa en su cabeza, habla en su boca, obra con sus manos. Se sirve, él, de instrumentos que usted cree emplear en su construcción, por esto ella se desploma. Él ocupa los instrumentos que debería servirle a usted para echarlo. Mientras usted no desaloje al Otro, no habrá ningún éxito para usted. Por lo tanto, primero le ayudaremos a desalojar al Otro.

Y yo, inquieto:

—¿Esto durará mucho? ¿Cuándo podré escribir a mi novia? ¿Cuándo contestará ella a mis cartas?

—Eso dependerá de usted. De la voluntad que tendrá que hallar y poner en obra y de la calidad de su atención. Usted está dispuesto a hacer todo cuanto le prescribimos, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí! —exclamé.

—Está bien. ¿Tiene usted el retrato de la joven? —preguntó Mme. Camors.

Saqué uno de mi bolsillo y se lo tendí.

Lo contempló un momento, se lo hizo tener a Él, quien lo contempló a su vez y luego me lo hizo devolver por ella.

Ella me explicó:

—Usted ve este punto entre los dos ojos, usted fijará en él la

mirada todas las noches de diez a diez y cinco. Y durante esos cinco minutos usted se esforzará en pensar en esta persona y no pensar más que en ella, en despertar en usted los sentimientos generosos que una mujer puede esperar del hombre por quien es amada. Hacer de este modo que su cuerpo astral la alcance a través de la distancia y la persuada a volver a usted.

—¡Oh, sin duda, lo haré! —exclamé—. Me será sumamente fácil, porque todas las horas del día y de la noche sueño con este retrato. Tiene que haber otra cosa; no puedo creer en medios que me costarían tan poco esfuerzo.

Él habló:

—Veo que usted tendrá que establecer diferencias entre los brincos de la imaginación y las realidades espirituales. Sométase pacientemente a la prueba que le indicamos y experimentará sus efectos bienhechores. Si usted lo logra, el éxito no deja lugar a dudas, y yo estaría dispuesto a entregar mi vida en prenda de esta verdad de que todo le será dado si usted está en estado de recibir. Pero como usted lo dice, aparte de la voluntad y la atención, hay otra cosa. Hay que conocer y vencer las fuerzas que le son contrarias. Usted nos dará la fecha y la hora de su nacimiento y nosotros estableceremos el mapa del cielo; luego prepararemos, semana por semana, el calendario de los días que le son favorables y de los que le son nefastos.

“En los días nefastos, le aconsejaría no emprender nada, y hasta quizá permanecer en su habitación a fin de evitar accidentes. Le aconsejaría realzar la influencia benéfica de los días felices llevando en el ojol una rosa muy roja. —(Una rosa roja. Yo comprendí inmediatamente que él estaba en el secreto de las cosas y que sus remedios debían ser infalibles.)

Debía volver a verlos tres días más tarde, para recibir las prescripciones escritas y detalladas.

Se me ha ordenado no comenzar naúa hasta entonces.

Sentí qué buena es la espera en la certidumbre, cómo alivia por un tiempo el horror de vivir y suspende en nosotros todo lo que no es esperanza.

Por fin, me dirigí a casa de Mme. Camors a la hora indicada.

Me entregó las prescripciones escritas con caligrafía de maestro de escuela, con títulos subrayados en rojo y azul, con estas palabras: “¡Muy importante!”.

También me entregó, envuelto en papel de seda, un talismán confeccionado por Él, con esta intención particular.

Debía colgármelo al cuello.

En el umbral, me aseguró con emoción que él mismo concentraría su pensamiento en el objeto de mis deseos para sostener mi voluntad desfalleciente y dirigirla en su viaje.

Por fin, yo poseía una regla de vida.

Leí:

#### EMPLEO DEL TIEMPO

*Lunes.* — Día neutro. Fijación del pensamiento a las diez de la noche.

*Martes.* — Día nefasto. No emprender nada. Fijación del pensamiento a las diez de la noche.

*Miércoles.* — Influencia benéfica de Venus. Llevar la rosa roja en el ojal desde las nueve y media de la mañana hasta las ocho menos cuarto de la noche. Fijación del pensamiento a las diez de la noche.

*Jueves.* — Fijación del pensamiento a las diez de la noche.

*Viernes.* — Día nefasto. No emprender nada. Fijación del pensamiento a las diez de la noche.

*Sábado.* — Influencia benéfica de Júpiter. Llevar la rosa roja desde las diez de la mañana hasta las siete de la tarde. Fijación del pensamiento a las diez de la noche.

*Domingo.* — Fijación del pensamiento a las seis de la mañana, a las cinco de la tarde y a las diez de la noche.

N. B. — Está expresamente prohibido escribir, telefonear o visitar a la novia.

Cuando llegaron las nueve y media de la noche (había tomado la hora en el Observatorio) pensé que era tiempo de prepararme a lo que el mago de Mme. Camors parecía considerar como una prueba.

Corrí los cortinajes, me tapé los oídos con algodón, busqué la dirección de Champierre (Somme) con un mapa y una brújula, coloqué el retrato de Lucrecia de tal manera que mi mirada, al atravesar el retrato entre los ojos, llegara hasta ella y la golpeará de lleno.

Me acodé y comencé.

El primer impedimento que encontró mi atención fué la granulación del papel fotográfico, que me recordó la leche cuajada que yo había colocado sobre el borde de la ventana, pero sin cu-

brirla, lo que me hacía pensar que la encontraría llena de hollín.

Me recobré y me excusé pensando que las diez estaban lejos todavía. Al mirar el reloj, comprobé, en efecto, que apenas habían pasado unos segundos.

Retomé mi puesto entre los dos ojos, ensayando dar una especie de vida a sta imagen de cartón. Para lograrlo, miré todo el rostro, lo que produjo una neblina de la que salió el semblante nítido de la cajera del Paladium, a la que hacía la corte cuando vivía en casa de Arlette. "Yo no lo creo —decía mi cajera—, usted dice lo mismo a todas las mujeres."

Y como estaba en lo cierto, yo exclamaba:

"¿Yo? ¡Es completamente falso!"

Y ella me sonreía, invitándome a que siguiera mintiéndole. Puse fin a esa escena con un ¡Oh! de indignación. Miré con inquietud el reloj: habían pasado cinco minutos. Exclamé: "Si este es el momento que el Otro elige para hacerme pensar en otras mujeres, las cosas irán mal."

Entonces me puse a pensar en el Otro (aquel del que el mago dice que es mi peor enemigo). Pero si el Otro piensa en mi cabeza ¿cómo voy a saber quién me engaña, él o yo? Pero el mago no me dijo que pensara en el Otro, sino en ella: pero al decir esto, ha colocado al Otro entre ella y yo.

"Vete de aquí —dije al Otro—, quiero verla." Agarré el retrato con ambas manos y le eché una mirada colérica como si estuviera aferrando al Otro por la garganta y me aprestara a morderle la nariz.

Entonces fué cuando descubrí que no había un Otro, sino tres Otros, diez Otros, doce Otros, veinticuatro, treinta y seis, trescientos sesenta y cinco Otros: un marabú desplumado con una quilla de pelos enrulados; un macho cabrío inconveniente con un sauce llorón por cabeza; un tintero rugiente con patas de león; un cocodrilo que devoraba brioches, un ojo aislado sobre patas de araña, una lengua parlanchina bajo una cola de mono. Y detrás de éstos, que ocupaban los primeros palcos, chapoteando y graznando, la muchedumbre oscura y mezclada de decapitados, de mancos, de lisiados, de hombres troncos, de acuclillados, de derribados, con sombreros, apestados floridos y con guantes nuevos.

"¡Demonios! —exclamé—. Esto no marcha, no me quedan sino cinco minutos para concentrarme."

Abrí precipitadamente la puerta y la ventana para airear la pieza y para echar a los Otros.

Debía colgármelo al cuello.

En el umbral, me aseguró con emoción que él mismo concentraría su pensamiento en el objeto de mis deseos para sostener mi voluntad desfalleciente y dirigirla en su viaje.

Por fin, yo poseía una regla de vida.

Leí:

#### EMPLEO DEL TIEMPO

*Lunes.* — Día neutro. Fijación del pensamiento a las diez de la noche.

*Martes.* — Día nefasto. No emprender nada. Fijación del pensamiento a las diez de la noche.

*Miércoles.* — Influencia benéfica de Venus. Llevar la rosa roja en el ojal desde las nueve y media de la mañana hasta las ocho menos cuarto de la noche. Fijación del pensamiento a las diez de la noche.

*Jueves.* — Fijación del pensamiento a las diez de la noche.

*Viernes.* — Día nefasto. No emprender nada. Fijación del pensamiento a las diez de la noche.

*Sábado.* — Influencia benéfica de Júpiter. Llevar la rosa roja desde las diez de la mañana hasta las siete de la tarde. Fijación del pensamiento a las diez de la noche.

*Domingo.* — Fijación del pensamiento a las seis de la mañana, a las cinco de la tarde y a las diez de la noche.

N. B. — Está expresamente prohibido escribir, telefonear o visitar a la novia.

Cuando llegaron las nueve y media de la noche (había tomado la hora en el Observatorio) pensé que era tiempo de prepararme a lo que el mago de Mme. Camors parecía considerar como una prueba.

Corrí los cortinajes, me tapé los oídos con algodón, busqué la dirección de Champierre (Somme) con un mapa y una brújula, coloqué el retrato de Lucrecia de tal manera que mi mirada, al atravesar el retrato entre los ojos, llegara hasta ella y la golpeará de lleno.

Me acodé y comencé.

El primer impedimento que encontró mi atención fué la granulación del papel fotográfico, que me recordó la leche cuajada que yo había colocado sobre el borde de la ventana, pero sin cu-

brirla, lo que me hacía pensar que la encontraría llena de hollín.

Me recobré y me excusé pensando que las diez estaban lejos todavía. Al mirar el reloj, comprobé, en efecto, que apenas habían pasado unos segundos.

Retomé mi puesto entre los dos ojos, ensayando dar una especie de vida a sta imagen de cartón. Para lograrlo, miré todo el rostro, lo que produjo una neblina de la que salió el semblante nítido de la cajera del Paladium, a la que hacía la corte cuando vivía en casa de Arlette. "Yo no lo creo —decía mi cajera—, usted dice lo mismo a todas las mujeres."

Y como estaba en lo cierto, yo exclamaba:

"¿Yo? ¡Es completamente falso!"

Y ella me sonreía, invitándome a que siguiera mintiéndole. Puse fin a esa escena con un ¡Oh! de indignación. Miré con inquietud el reloj: habían pasado cinco minutos. Exclamé: "Si este es el momento que el Otro elige para hacerme pensar en otras mujeres, las cosas irán mal."

Entonces me puse a pensar en el Otro (aquel del que el mago dice que es mi peor enemigo). Pero si el Otro piensa en mi cabeza ¿cómo voy a saber quién me engaña, él o yo? Pero el mago no me dijo que pensara en el Otro, sino en ella: pero al decir esto, ha colgado al Otro entre ella y yo.

"Vete de aquí —dije al Otro—, quiero verla." Agarré el retrato con ambas manos y le eché una mirada colérica como si estuviera aferrando al Otro por la garganta y me aprestara a morderle la nariz.

Entonces fué cuando descubrí que no había un Otro, sino tres Otros, diez Otros, doce Otros, veinticuatro, treinta y seis, trescientos sesenta y cinco Otros: un marabú desplumado con una quilla de pelos enrulados; un macho cabrío inconveniente con un sauce llorón por cabeza; un tintero rugiente con patas de león; un cocodrilo que devoraba brioches, un ojo aislado sobre patas de araña, una lengua parlanchina bajo una cola de mono. Y detrás de éstos, que ocupaban los primeros palcos, chapoteando y graznando, la muchedumbre oscura y mezclada de decapitados, de mancos, de lisiados, de hombres troncos, de acuclillados, de derribados, con sombreros, apestados floridos y con guantes nuevos.

"¡Demonios! —exclamé—. Esto no marcha, no me quedan sino cinco minutos para concentrarme."

Abrí precipitadamente la puerta y la ventana para airear la pieza y para echar a los Otros.



Metí la cabeza en agua fría, hice gárgaras, me lavé los dientes y luego, de repente, al mirar el despertador me precipité hacia mi reclinatorio, sacudiendo la mesa y haciendo caer el retrato. Perdí cuatro o cinco segundos en recogerlo. Y entonces comencé a decirme:

“Sí, pero ahora yo no empiezo a las diez, sino a las diez y quince segundos, dieciséis segundos, diecisiete segundos. Y el mago me dijo que comenzara a las diez. No puedo recuperar esos veinte segundos perdidos; si esta clase de cosas que es ritual y debe enseñarme la puntualidad comienza ya por una inadvertencia y una torpeza, ¿en qué desorden va a precipitarme?

“Tengo miedo de que, si insisto, haga la figura de aquel que se obstina en el error.

“Pero, por otra parte, yo no insisto, ya que no he empezado siquiera a juntar mis pensamientos. Ya han pasado dos minutos y medio y he pensado en todo menos en ella. Sin embargo, nada me es más fácil que pensar en ella cuando no me lo propongo. ¿Por qué no puedo hacerlo cuando lo quiero? ¿Por qué no puedo querer mi pensamiento? Esto está completamente claro. Porque mi pensamiento no me pertenece, es Otro el que piensa, como lo ha dicho el mago. Pero, evitemos ahora pensar en el Otro. Para evitar un obstáculo, hay que pensar en el obstáculo que se quiere evitar. ¿Cómo puedo evitar pensar en el Otro, sin pensar en él?

Ahora todo está perdido, son las diez y cinco.”

### III

— *Antes y después de la “ambición luciferina”.* — *Luc Dietrich jugaba todavía.* — *Paul Sérant escribe una novela para probarse a sí mismo que se desliga.* — *Los dos establecen el decorado.*

El texto de Luc Dietrich y el texto de Paul Sérant (que leerán ahora) no expresan esta “ambición luciferina” que yo evocaba hace poco y que nos animaba junto a Gurdjieff. La anuncian. Crean la atmósfera en la que va a desarrollarse.

Luc Dietrich relata, haciendo una trasposición, un primer contacto con la Enseñanza. Lo cuenta en el momento en que el asunto Gurdjieff no había llegado en él a toda la seriedad, toda la amplitud. Juega todavía. Se permite aún jugar. Algunos meses más tarde, Luc conoció la ambición de la que hablé y entró en una dolorosa batalla contra el silencio y el hielo.

En cuanto a Paul Sérant, escribió su novela *Le Meurtre Rituel* después de su ruptura con la Enseñanza. Se permite “novelar” para colocar la mayor distancia posible entre sus ambiciones del tiempo en que era discípulo y las facilidades de novelista que pretende invocar en la “Vida común” que ha decidido volver a encontrar. Escribe, entonces, ajustando sus cuentas con Gurdjieff. Son cuentas importantes y su relato parece no evadirse de la realidad sino para iluminarla, para denunciar mejor esta realidad.

Con los otros tres textos de este breve conjunto, llegaremos al corazón mismo de la experiencia del verbo determinada por la Enseñanza de Gurdjieff.

He aquí como prelude dramático las escenas esenciales de la novela de Paul Sérant.

#### IV

### PAUL SERANT: FRAGMENTOS DE *MEURTRE RITUEL*<sup>1</sup>

#### *Los ágapes.*

“...El maestro proseguía su discurso. La forma en que se expresaba era desconcertante para los recién llegados, que debían aceptar escucharlo durante largas noches antes de pescar una sola palabra de lo que decía. Y para empezar, ¿en qué idioma hablaba? La mezcolanza de francés, de inglés, de ruso, sin hablar de innumerables términos de su invención, era algo tan sorprendente como inimitable. Durante las primeras semanas, André expresó a Laski su sorpresa: “Cómo, ¿el maestro no sabía francés? Sin embargo, el día en que usted me lo presentó...”

Laski contestó con la sonrisa un poco irritante que adoptaba en cuanto André le hablaba de la Iglesia:

—Sabe tan bien como tú y hasta mejor que tú, no sólo el francés, sino muchas lenguas vivas y muertas... En cuanto al lenguaje que adopta en las reuniones, tal vez pronto comprendas el significado.

Y realmente, André comprendía ahora. Y a su vez sonreía cuando un nuevo discípulo lo abordaba tímidamente, una vez terminada la reunión.

Un alarido del Maestro arrancó a André de sus recuerdos. No era raro que el Maestro se encolerizara. Pero cada vez el efecto producido sobre los discípulos era rigurosamente el mismo.

—¡Inmundo! ¡Spiritus immundus! ¡No dentro de la Iglesia, most disgraceful, mierda abominable!

André no necesitó mirar alrededor de él, ni encontrar la mirada

<sup>1</sup> *El Crimen Ritual.*

del Maestro para sentir que estas palabras se dirigían a él. Pero en semejantes circunstancias convenía salvar la fachada. No era fácil. Un fuerte dolor de estómago, como si hubiera recibido un formidable puntapié, atenazaba a André. Tuvo que esforzarse para recobrar su respiración normal antes de poder contestar.

—La conciencia se sustrae cuando no la retengo... Sólo los imbeciles creen que conservan continuamente su conciencia.

—¿Y qué cree nuestro imbecil que toma la palabra? —preguntó el Maestro.

Todos los semblantes, hasta entonces graves, se iluminaron con una sonrisa levemente retenida. André se creyó perdido cuando sintió que su rostro se empurpuraba. El Maestro subrayó en seguida la confusión de André con estos términos:

—Asno colorado, peor especie de asno, peor que el asno estúpidamente negro o blanco. Asno satisfecho, podrido de amor de sí mismo.

Esta vez estallaron algunas risas. André no se atrevía a mirar a Sarah: "Ella debe estar en un suplicio; es preciso que vaya hasta el final, por ella, por mí, por los dos."

El alma —eructó André. Idiota este lapsus y era inútil hablar tan fuerte—. El asno se vuelve colorado cuando adquiere la conciencia de ser un asno.

André se sintió incapaz de decir más, pero sus últimas palabras eran ampliamente suficientes, la prueba se terminaba como lo había querido el Maestro. Sus dos miradas se encontraron y André se sintió de repente invadido de misteriosa alegría, como si por todos sus miembros se esparcieran bienhechores efluvios. El había comenzado mal la reunión de esta noche; se dejó llevar por una agradable somnolencia mental: el Maestro lo había castigado y era justo. Pero supo aceptar la prueba, su reacción había sido la del despertar: y el momento del perdón había venido.

—Esta noche, a usted hacer lo necesario para los ágapes—, le dijo el Maestro.

De acuerdo con el ritual, de cada reunión de la Iglesia, los Ágapes se sucedían inmediatamente al discurso del Maestro. Cada vez, éste designaba a uno de los discípulos para que se ocupara de la disposición de la comida común. Se trataba primero de elegir a algunos ayudantes, de llevarlos a la enorme cocina del Maestro y de distribuir en la mejor forma posible, en unos cincuenta platos, un inverosímil montón de vituallas apiladas sobre dos mesas. Naturalmente, André hizo una señal a Sarah.

—No —declaró el Maestro—. Ella queda con nosotros.

Dócil, André pidió a un muchacho y a dos jóvenes que lo acompañaran. Esta noche, la cocina contenía enormes salchichones, tarros de confitura de papaya, varias clases de queso, dos o tres kilogramos de mandarinas, latas de sardinas y algunos kilogramos de pan.

—Ustedes se arreglarán con esto —dijo André a los otros tres. Así era como se debía proceder. André se acordaba de la terrible recepción que el Maestro tributó un día a un responsable de los ágapes que creyó hacer bien, poniéndose personalmente a la tarea, y habiendo confeccionado, por otra parte, excelentes entradas a la inglesa. El papel del responsable era inspirar a los demás la fuerza necesaria para cumplir bien el trabajo. Las dos pequeñas elegidas por André, y que pertenecían a la Iglesia desde poco tiempo atrás, lo miraron con aprensión. El muchacho empezó apresuradamente a cortar el salchichón, cosa que hacía con mucha torpeza.

—No se corta así el salchichón —le dijo Andrés secamente—. Volveré dentro de diez minutos para la distribución.

André regresó al taller.

—¿Todo en orden? —preguntó el Maestro.

—Todo.

—¡Deo gratias!

Era la señal de una meditación muy *sui generis* que permitía a los discípulos sacar un beneficio “real y no ilusorio” de la comida que iban a ingerir. Todos, de acuerdo con el uso, se prosternaron hacia adelante, la cara contra el suelo. Sólo André debía quedar de pie. El Maestro, que había permanecido en su sillón, tendió a André su paquete de cigarrillos. André tomó uno, lo encendió y puso el paquete de Camel en su bolsillo. ¿Qué iba a decir el Maestro? André esperaba una reacción de su parte. Pero nada acaeció; el Maestro no aprobaba ni desaprobaba.

—¡Deo gratias!

Los discípulos volvieron a la primera posición. André se dirigió a la cocina. Sólo algunos platos estaban preparados. ¡Pero qué estropicio! ¡Realmente, las muchachas habían pasado los límites de la torpeza! Preocupadas por tener las cosas listas a tiempo habían arreglado algo innominable. En cualquier otro lugar, André se hubiera encolerizado. Pero aquí, la cólera, como cualquier otra pasión, no estaba en su sitio. André se encogió ligeramente de hombros.

—Es demasiado o demasiado poco —dijo.

Las muchachas experimentaron una sensación que no debía ser diferente de la que él mismo sintió durante la sesión. Una de ellas tuvo la fuerza de articular:

—Entonces, ¿se recomienza todo?

—No, dijo André. Tomen todo lo que puedan tomar y síganme.

Una vez en el taller, André indicó a las chicas los discípulos a quienes había que servir primero. Esta elección era igualmente una prueba y André no lo ignoraba. El responsable de los ágapes debía, en efecto, hacer servir a los convidados respetando su rango "de ignominia": los más innobles debían cenar primero. André sabía que el Maestro atribuía gran importancia a la elección que se efectuaba delante de él. En un momento dado el Maestro lo interrumpió:

—Su parte —dijo.

André había olvidado atribuírse su propio plato. Era el décimoquinto innoble.

La distribución continuó. André se sentía confuso frente a Sarah; ella no se preocuparía, ¿pero cómo reaccionaría el Maestro en lo que se refería a la elección del lugar para ella? Decidió hacerle pasar el plato. El Maestro hizo un gesto de protesta.

—Ella —exclamó el Maestro—, ella venir última. La mujer del hombre, para el hombre, criatura la menos innoble de todas las criaturas. Si no, usted hombre indigno de su mujer, indigno de toda mujer.

André se reprochó en seguida no haber obrado como era debido. Pero las reacciones del Maestro eran demasiado imprevistas para que pudiera adivinarlas. Cada vez que un hombre casado y acompañado de su mujer había presidido los ágapes, el Maestro había tenido una reacción diferente. Pero André sabía desde tiempo atrás que no había que asombrarse.

Terminada la distribución, André volvió a tomar su lugar al lado de Sarah, creyendo que su parte de pruebas había terminado por esa noche. Pero el Maestro había decidido no darle descanso.

—Ahora, usted hacer perorata.

Era raro que el responsable de los ágapes estuviera encargado de la perorata. La perorata es un relato que debe referirse a una experiencia personal, de la que debe aprovechar el orador para ver más claro en sí mismo. En seguida, el auditorio debía entablar la discusión con él para pedirle que precisara su pensamiento.

—Estoy harto —sopló André al oído de Sarah.

Ya fatigado y nervioso al llegar, André no daba más. Decidió ser breve.

—Hace unos días, fui a hacer una diligencia a un barrio al que no voy habitualmente. Antes de comenzar el viaje, omití consultar un plano de París. Ignoraba, por lo tanto, dónde se hallaba la calle a la que debía dirigirme. Al salir del subterráneo, tomé confiadamente una calle que se me ofrecía sin preguntar el camino. Sabía que estaba en la buena vía.

—¿Cómo lo sabía? —preguntó un discípulo que parecía estupefacto ante tanta seguridad.

—Lo sabía con esa certeza que no puede ser analizada, ni discutida. Continué mi marcha. Al cabo de unos minutos, me abordó un hombre. Después de pedirme fuego, agregó: "Perdón señor, ¿sabría usted dónde se encuentra la calle tal?" Debía ir a la misma calle que yo. Sí, le dije, usted no tiene más que seguirme. Después de haber tomado por dos o tres calles más, llegamos a un cruce. E inmediatamente supe cuál era la calle que yo buscaba. Sin embargo, tuve un instante de sorpresa al mirar la placa de la calle y ver que no llevaba el nombre que me habían indicado. Pero era mi calle, yo estaba seguro. Mi compañero no compartía mi fe. "Nos hemos equivocado, seguramente", me dijo. "Si lo cree, contesté, váyase". Me dejó murmurando algunas palabras poco amables.

—Me pongo en su lugar —dijo el muchacho que un rato antes había sufrido la prueba de la cocina bajo las órdenes de André.

—Quédese en él —le lanzó André con bastante rudeza—. Por lo tanto, seguro de haber encontrado mi calle, me dirigí al número que buscaba. Como siempre, la portera estaba ausente, pero se abrió una ventana y una mujer me preguntó si buscaba a alguien. Le dije el nombre. "Cuarto, a la derecha", me respondió. "Y si usted me lo permite, señor, yo no lo conozco, pero sé que M. X. lo ha esperado todos estos días y estará muy contento de verlo." Yo estaba estupefacto. No conocía a M. X... era la primera vez que un asunto me obligaba a entrar en relaciones con él. Esta mujer debe equivocarse, me dije. Al llegar a la puerta de M. X., toqué el timbre. El mismo me abrió inmediatamente. "X...", me dijo. "Señor", prosiguió, sin dejarme tiempo de presentarme, "se trata de lo siguiente y usted comprenderá por qué lo esperaba con tanta impaciencia." Y me contó una larga historia. Yo no podía intercalar una palabra y además esta historia me divertía enormemente.



—¿Se tiene el derecho de divertirse? —exclamó una discípula, joven un poco pasada, cuya voz se asemejaba a un silbido estridente.

—¿Qué inmundo entre los inmundos no tiene algún derecho? —cortó el Maestro.

—Al comienzo, pues, yo me divertía mucho. Pero las confidencias de mi interlocutor tomaron pronto un giro un tanto inquietante. Él preparaba un asunto algo turbio en el que un joven, que no era sino yo, iba a tener un papel decisivo. Me explicaba ahora todos los detalles de lo que yo tenía que hacer, me daba informes precisos sobre tal o cual persona con la que estaría en contacto, aconsejándome que tomara algunas notas, cosa que hice. Por fin, se interrumpió. “¿Espero que usted siga de acuerdo?”, me dijo. “Por supuesto.” “Entonces, perfecto. Y no olvide: mañana por la mañana, a las diez, en George V, le presentaré a mis dos tipos.”

“Al volver a casa estaba, evidentemente, bastante aturrido. Durante la noche, recibí una llamada telefónica del amigo que me había enviado a casa de X... Estaba exasperado. ‘Vi a X... hace un rato, me dijo, le has fallado y no te lo perdona. No sólo pasará el asunto a algún otro sino, que, en adelante, prescindirá de tus servicios.’ Era claro, entonces: había dos X... en el mismo barrio y yo me había equivocado de calle. ¿Iría mañana a la cita? Vacilé un poco.

—¿Por qué se vacila? —preguntó el Maestro.

—Porque la confianza en sí mismo es todavía demasiado grande —contestó André.

—Right —exclamó el Maestro—. Bravo mil veces, es realmente esto lo esencial. Continúe.

—¡Pues bien! —fuí a la cita. Pero esperé en vano durante tres cuartos de hora, X... no vino. Quise saber a qué atenerme. Tomé el subterráneo, bajé en la estación de la víspera, decidido a ir a casa de X... Pero me fué imposible encontrar la calle, cuyo nombre había olvidado anotar. Entré en un café para consultar el plano de París. Miré metódicamente todas las calles de la sección, ningún nombre me recordaba el que había visto la víspera. Entonces decidí volver a casa. Creo que había aprendido todo lo que debía aprender.

—¿Qué es lo que aprendió? —preguntaron varios discípulos a la vez.

—Pido disculpas, pero estoy un poco fatigado esta noche, tal

vez no esté capacitado para contestarles muy claramente. En fin, si ustedes quieren, aprendí que nuestra vida es una sucesión de acontecimientos completamente absurdos, desprovistos de lazos entre ellos, cuando no interviene la conciencia de sí mismo. He aquí lo que aprendí, no estoy en condiciones de decirles más acerca de esto; creo que alcanza.”

Agotado, André se sentó.

Impresionados por su relato, los discípulos se callaron. André había destacado demasiado bien el sentido del suceso reciente de su vida para que fuera necesario añadir algo. Era la impresión general, que, por una vez, el Maestro apoyó con su autoridad.

—Inútil decir otra cosa —declaró—. Cada uno va a su casa, medita sobre la perorata y sobre sí mismo.

Los discípulos se prepararon a partir, en silencio. El Maestro hizo una señal a André, y le pidió que se quedara con él unos instantes después de la partida de los demás.

—Espérame en el cafetín de enfrente —dijo André a Sarah—. No creo que sea por mucho tiempo.

Sarah se fué. Se sentía feliz por la forma en que se había arreglado André, pero una cantidad de preguntas afluían a su espíritu y tenía prisa por ver a su marido para pedirle explicaciones, en el marco de una intimidad que su contacto regulador con la Iglesia no cesaba de enriquecer.

### *Sarah en la casa del Maestro*

Hacia tres semanas que Sarah veía regularmente al Maestro a solas. Finalmente, juzgó preferible no informar a André. Sin duda, ellos continuaban como antes, asistiendo juntos a las dos sesiones hebdomadarias de la Iglesia. Pero además Sarah tenía una entrevista con el Maestro una vez por semana. A partir de la segunda entrevista, Sarah dejó de sentirse incómoda en su presencia. En cuanto a la decoración del cuartito, no le prestaba ya ninguna atención. Pero un detalle la impresionaba: en cada entrevista el Maestro se vestía de distinta manera. Un kimono, admirablemente bordado, sembrado de pájaros con plujame resplandeciente, sucedió a la bata amarilla canario; el kimono fué reemplazado por una camisa azul, de un tejido burdo, cuyas mangas arremangadas dejan ver extraños tatuajes que no tenían la menor relación con los que Sarah pudo entrever en los brazos de marineros y vendedores de feria. No menos extraño era el modo de perfumarse del

Maestro: el exquisito y sorprendente aroma que se desprendía de su cabellera perseguía a Sarah mucho tiempo después de haberlo dejado. Ella hubiera querido definir ese perfume, trataba de indentificarlo comparándolo con los que conocía, y no lo lograba.

“Es extraordinario, se decía, él no se perfuma nunca así durante las sesiones; ¿lo hace así para probar mi sensibilidad?”

Tal vez le formularía la pregunta, dentro de un tiempo, cuando se sintiera capaz de atreverse a tanto.

Las entrevistas del martes por la mañana —ella llegaba a casa del Maestro a las diez, lo dejaba una hora o una hora y media más tarde— se convertían poco a poco en el momento más precioso, más privilegiado de la vida de Sarah. Era increíble el número de temas sobre los que el Maestro podía iluminarla en tan corto lapso. La facultad más asombrosa de ese hombre era sin duda la forma casi infalible de adivinar los pensamientos más secretos de los seres, como si respondiera a preguntas que no hubieran sabido plantearle. Sarah se maravillaba de verlo abordar algunos problemas que la atormentaban desde hacía mucho tiempo, sin que ella se diera cuenta.

—Tal vez así —decía el Maestro; él quería decir: tal vez gracias a estas entrevistas particulares— yo la ayudaré a tener más pronto un mental lúcido.

Y realmente, Sarah se sentía progresar con una rapidez que le parecía prodigiosa. Descubría en el fondo de sí misma imágenes, recuerdos, asociaciones aparentemente absurdas que hasta entonces habían importunado la actividad de su intelecto, limitándola a cierto número de reflejos emotivos de los que no sabía cómo liberarse. Se sentía suficientemente en confianza con el Maestro para hablar con él de problemas de su vida íntima. Pero él sabía a las mil maravillas provocar de su parte confidencias, tales que una vez terminadas las entrevistas, ella quedaba estupefacta de haber consentido hacerlas. Estupefacta, no desdichada: merced a estas confidencias, el Maestro la liberaba de sus temores, de sus obsesiones. Ocurría que a veces la perturbaba, la sumergía en una angustia intolerable, hasta el punto de esperar en seguida sus palabras como el nadador, cuya cabeza se mantiene bajo el agua, espera el primer instante de su regreso a la superficie. Es así como le dijo una vez, martillando sus palabras como si hubiera querido acribillar su corazón con otras tantas balas mortíferas: “Estoy seguro de que usted nunca hizo gozar a su marido.”

Esta afirmación la sumergió en una especie de estupor doloroso, tuvo la impresión de que la luz del día se velaba ante sus ojos. ¿No haber hecho gozar a André nunca? Esos momentos interminables de caricias y de adoración, esos abrazos en que le gustaba creer que iba a morir, esos besos con que André sembraba lentamente su cuerpo entero, esa alegría, divina como la más seráfica de los esplendores musicales, ¿también eso pertenecía al orden de las ilusiones? En vano hizo un esfuerzo desesperado para no ceder a un abandono que le pareció deshonesto en semejante circunstancia: las lágrimas inundaron su rostro. En vez de enternecerse, el Maestro redobló la crueldad:

—Innobles lágrimas —dijo—, reacción de perra sin amor de la verdad, privada del único amor, privada de todo amor.

—Le ruego, basta ¡oh! basta —gimió Sarah, que procuraba enjugar sus lágrimas y sólo conseguía ensuciar más su cara al pasar el pañuelo.

El Maestro permanecía silencioso.

—Le pido perdón, tengo vergüenza —dijo ella—. ¿Tal vez sea indigna de la Iglesia, indigna de haberlo conocido?

—Deme sus manos —dijo.

Ella obedeció. En seguida sintió el efecto irresistible del contacto con ese hombre, como si un flúido la invadiera, la galvanizara extrañamente.

—Y ahora, míreme.

Los ojos que levantó hacia él pedían al verdugo apagar las llamas del suplicio. Tuvo entonces unas palabras que comunicaron a su corazón la calma que no esperaba.

—La he hecho sufrir —dijo—, nada es necesario como el sufrimiento. Yo continuaré, es preciso. El alumbramiento del espíritu, cosa mucho más terrible que el alumbramiento según la carne.

—Sí —dijo Sarah en un soplo.

—Ahora debo explicarle el sentido de mis palabras. Yo creía que usted podía comprenderlas. Usted no podía.

No, Sarah no había comprendido aún que nada de cuanto componía su vida actual existía verdaderamente; por lo menos, si llegaba a comprenderlo teóricamente, su ser se negaba a admitirlo, se rebelaba contra el encaminamiento laborioso de su inteligencia. Pero el Maestro aplicaba a esta herida un hierro candente cuyo éxito no dejaba lugar a dudas. Él la arrancaría, decía, a esta quietud que agrada a los imbéciles y que sólo es el gusto del aniquilamiento en la ilusión.

Si le hablaba de su marido, es porque la ilusión en los seres afectivos busca refugio en su intimidad y es ahí donde conviene descubrirla, para arrancarla luego despiadadamente. Si Sarah no aceptaba la idea de que tal vez nunca había hecho gozar a André, es porque su vanidad seguía siendo inmensa, porque no alcanzaba a ceder a la luz que se le ofrecía, porque se negaba a conocer la suma de ilusiones en que había vivido hasta entonces. Para esclarecerla mejor, el Maestro se volvía más explícito. El verdadero goce, decía, nada tiene que vez con el mundo de las apariencias. El hombre no goza realmente sino cuando ha alcanzado el más alto grado de conciencia en el momento mismo de la saciedad de su deseo. Todo otro goce: tontera, ilusión, moda, goce para perros. Sarah tenía que aprender por completo el verdadero papel de la mujer. Se había creído mujer, no era nada. El Maestro ¿tuvo de pronto la impresión de que la prueba había sido demasiado fuerte, que convenía dosificar la enseñanza de Sarah?

Se detuvo bruscamente. "Hablemos de otra cosa —le dijo— y en recompensa del pequeño valor que ha demostrado, permítame ofrecerle champaña."

Salió, volvió con una botella de Pommery y dos copas. Descorchó la botella, llenó los vasos y se puso a bromear con un humor lleno de una cordialidad que desconcertaba viniendo de semejante personaje. Se burlaba sobre todo de algunos de los más asiduos participantes en las sesiones a las que asistía Sarah junto con su marido. Sarah descubría en ese hombre una faceta que no hubiera sospechado nunca. He aquí que se divertía delante de ella con los aspectos grotescos de los fieles de su Iglesia, de una manera análoga a la que André y ella adoptaban a veces. No ponía en ello ninguna maldad, por otra parte, y sus palabras se caracterizaban más bien por la benevolencia que por la acritud...

*"Una cosa que se rompe, no tiene importancia"*

La idea de que Sarah pudiera tener un amante al comienzo no llegó a rozar siquiera la mente de André. Desde hacía meses Sarah había seguido sus consejos: había anudado relaciones con algunas personas de la Iglesia, las invitaba, era recibida por ellas; por otra parte, seguía algunos cursos de literatura extranjera en la Sorbona; por fin, como ella sola se ocupaba del cuidado de la casa, no había nada que permitiera a André inquietarse por el em-

pleo de los días de su mujer. Sin embargo, una sospecha que rechazó al comienzo como ridícula empezó a imponérsele. La idea de que Sarah hubiera podido tener una relación no lo indignaba en absoluto, a pesar de que lo hizo sufrir. En su búsqueda, Sarah podía experimentar una necesidad parecida a la de André. No obstante, él no aceptaba el que no lo hubiera tenido al corriente de su evolución: sin faltar al pudor, hubiera podido muy bien hacer comprender a André lo que cambiaba en su vida. Pero, ¿esta hipótesis era buena? Durante varios días André no dejó de interrogarse. Luego se le ocurrió una idea: ¿y si consultara a Theogonov? A pesar de su apego por la Iglesia, por una especie de reserva que por otra parte él mismo se explicaba mal, André no tuvo sino pocas veces contactos personales con el Maestro. Para él, sólo valía la enseñanza que recibía; la personalidad del Maestro era el canal por el que se transmitía, nada más. Convenía, pensaba André, disociar nítidamente "la individualidad" del Maestro de la función que desempeñaba. Pero, tal vez en circunstancia semejante, Theogonov podría iluminarlo. André pidió al Maestro que lo recibiera.

Theogonov no recibió a André, en su estudio de muros extraños, sino —André no se sorprendió, ¿qué podía sorprenderlo en tal hombre?— en la cocina contigua al taller. Empezó proponiendo al joven una taza de café, que quiso preparar personalmente: "Ningún francés capaz preparar café decentemente", dijo.

Hizo entonces una serie de observaciones sobre distintas cocinas del mundo: la francesa, la italiana, la turca, la rusa, la china. Este tema lo absorbió por más de veinte minutos. André escuchaba pacientemente, sintiéndose completamente incapaz de interrumpirlo. Por fin, Theogonov se puso a hablarle a André de él mismo. Ese hombre no seducía a su interlocutor: entraba en él. Le habló a André de su búsqueda interior como si desde seis meses atrás el joven no hubiera dejado de tenerlo al corriente de su evolución. Conocía maravillosamente los mecanismos de André, que evocaba como si hubiera penetrado en el centro del ser de su discípulo, tomando abundantes notas. ¡Qué penoso era sentirse desnudado así! Era exactamente eso: André se sentía incómodo como si su pudor hubiera sido alcanzado por un asaltante invisible. "No es por lo que he contado durante las sesiones por lo que sabe tanto sobre mí, pensaba André, ¡qué poderes posee este hombre!"

Fué Theogonov mismo —André no tuvo ocasión de intercalar una palabra— el que abordó el tema de Sarah:



—¿Usted, su mujer, ya no muy felices juntos, eh?

Era demasiado. André no pudo reprimir un movimiento de cólera. Quiso precipitadamente aplastar su cigarrillo contra el plato que osciló, arrastrando en su caída la taza; ambas se rompieron en pedazos.

Theogonov estalló en una carcajada. Esta risa era terrible. ¡Oh! Sin comparación común con esas carcajadas "sardónicas" con las que los actores se esfuerzan por reproducir el odio o la ferocidad. Lo que aterrorizaba en esa risa era la *calma* con que estallaba. Theogonov parecía jugar en mover a voluntad todos los resortes de la expresión.

—Todo se rompe en la vida —dijo por fin—. Pero todo se arregla también. Una cosa que se rompa, no tiene importancia. Ahora, entre su mujer y usted, algo está roto. Ustedes son, ella, usted, cada uno para sí. Cada uno busca por su lado. Normal, esto, inevitable. Ella, usted, cada uno busca mejor conocerse a sí mismo, necesario dejar todo, todo: afectos, deseos, pasiones. Yo repito siempre esto, pero nadie comprende verdaderamente.

—Yo procuro —insinuó André.

—Sí, sí... Pero, gran diferencia entre ensayar de comprender y comprender verdaderamente. Comprender verdaderamente, cosa terrible, crucifixión. Siempre pensar en la cruz. No cruz San Sulpicio, dulzura, Santa Teresa del Niño Jesús. No. Cruz sangrienta, terrible. Usted lee Evangelio. Hay el joven rico. Jesús le pide abandonar todo. Él rechaza. "Vende todo y sígueme." Él se niega seguir. Pero, usted, su mujer, quieren seguir. Seguir quiere decir: conocerse a sí mismo. "Conócete a ti mismo y conocerás la naturaleza y los dioses." Estaba escrito en Delfos. Pero nadie quería comprender. Todos procuraban pero nadie quería verdaderamente. ¿Y usted? ¿Qué es lo que quiere?

Había pronunciado estas palabras alzando bruscamente la voz: André las sintió resonar en él como un verdadero grito de la naturaleza, como la tormenta que ruge en la cumbre de la montaña.

—Yo quiero comprender. —André se asombró de repente de la fuerza que lo poseía.— Yo quiero comprender. Puedo procurar... no, usted tiene razón. Procurar es todavía dudar. Quiero comprender, ir hasta el final.

Los ojos de Theogonov se hundían en él. ¡Qué mirada! Ésa no era una mirada humana: había en ella demasiada potencia para que verdaderamente fuera una mirada de hombre. No era tampoco una mirada inhumana. *Era la pantalla en que, de pronto, se refle-*



*jaba la Luz.* André leía en ella demasiadas cosas para no estar convencido de lo que había que hacer, o más bien de lo que era preciso ser.

—Entonces, está bien. Pero terrible, verdaderamente. Yo debo advertir: terrible. Si usted no creer que esto es terrible, mejor abandonar. Pero si usted creer, ¡entonces perfecto! ¡Pues bien!, ante todo, usted dejar su mujer. Necesario dejar. No para siempre. Nada está hecho nunca para siempre. Pero, separación. Usted parte o ella parte. Usted hace o ella hace. Mejor así para uno y otro. Después usted ve. Sólo después.

—Precisamente —dijo André.

—Ella o usted toma decisión. Sin importancia. Única cosa necesaria: separación. Usted otra vida, ella otra vida. Cambio aparente, pero no cambio real. Usted otra ilusión, ella otra ilusión. Su vida presente, amor, caricias, sentimientos, ilusión. Después separación: otra ilusión para cada uno. Mejor tener varias ilusiones. A través de miles y miles ilusiones, posible encontrar verdad. De otro modo, no. Si el hombre vive siempre misma vida, tranquila existencia igual, entonces permanecer ilusión. Si hace cambiar decorado, entonces, lucidez más fácil. Relativamente más fácil. Ejemplo: Sarah y usted. Cuando usted casarse con ella, ignorantes como piedras los dos. Después, usted conoce un poco la doctrina verdadera. Entonces, la vida cambia. Pero el decorado impide todo cambio ser fructuoso. Para continuar búsqueda, nuevo decorado indispensable. Usted, vivir sin su mujer; ella, sin su marido. Esto, libremente. Cada uno acepta la solución. Una vez separados, usted hacer como le guste. Si amar otra mujer, posible obrar. Pero, tal vez hay ya otra mujer en su vida. Necesario concentrarse en ella. Otra mujer, instrumento provisional muy útil para hombre casado.

“Yo había comprendido algo”, pensó André, no sin experimentar un sentimiento de vanidad.

—Y su mujer, igual existencia libre. Hombre no necesariamente útil. Pero, posible. Usted ignora esto. Debe ignorar. Asunto de ella, no de usted. ¿Comprendido?

—Usted dice a menudo que el hombre perfecto debe saber conservar su mujer, que el casamiento en este sentido es una prueba del hombre. Si me separo de mi mujer ¿cómo puedo conservarla? —interrogó André—. Y luego, sin vanidad, creo que he alcanzado un grado de lucidez mayor que el de Sarah. Me parece que ella se extravía en su búsqueda, que toma algunas enseñanzas suyas

demasiado al pie de la letra. Desde hace tiempo afecta un desapego que me cuesta creer auténtico.

—¿Cómo dice? —interrogó Theogonov.

¿Qué significaban esas palabras? ¿No había comprendido las últimas frases de André? ¿Quería hacer notar su desaprobación?

—Decía que Sarah atraviesa un período difícil y creo que mi lugar está junto a ella. Después de un período de gran entusiasmo, le cuesta poner en práctica sus enseñanzas, toma un desapego superficial por objeto de la búsqueda: lo noto en el último tiempo. La encuentro alejada, ausente y... precisamente quería pedirle consejo acerca de esto. Usted dice que debemos separarnos, pero yo me pregunto si Sarah está madura para lo que usted desea.

En la mirada del Maestro se leía ahora piedad, una piedad que lejos de ser dulce y bienhechora tenía el filo del acero, del desprecio. Este rostro *ordenaba* más poderosamente que todas las palabras. André inclinó ligeramente la cabeza; sus ojos se detuvieron algunos segundos sobre un gigantesco amontonamiento de vituallas, destinadas seguramente a los próximos ágapes y tiradas en desorden sobre una mesa cerca de la ventana.

—Yo digo muchas cosas sobre matrimonio —dijo Theogonov—. Muchas cosas, como sobre todos temas. Allá, adentro, cada uno debe tomar y dejar. Para uno, conservar su mujer, expresión a tomar al pie de la letra; para usted, expresión simbólica en el momento presente.

—¿Aun si tengo la impresión de que Sarah me necesita?

A André le costaba dudar de que Sarah tuviera necesidad de él; le parecía imposible que fuera de otro modo.

—¿Qué es una impresión?

—Me expreso mal, sin duda —dijo André—. Quería decir: si yo compruebo.

—Impresión, comprobación, misma cosa, de usted, nula. Yo, solamente yo puedo saber —dijo Theogonov, elevando extraordinariamente la voz—, lo que es bueno, malo, verdadero, falso, justo: injusto para usted. Verdaderamente, usted tiene una extraordinaria pretensión. ¿Algunos meses trabajar y ya capaz discernir? ¿Usted nulidad perfecta, comprendido? Sarah, mucho menos nula, mucho más fuerte que usted.

—¿Qué sabe usted? —gritó André.

Un violento movimiento de cólera subía en él, parecido al que había experimentado en presencia de Laski; pero bastaron unos segundos para que sintiera total vanidad. Tuvo la impresión

de encontrarse solo, mientras un malestar se apoderaba de su cuerpo. Se sentía como absorbido por una fuerza exterior que lo arrastraba en un invencible torbellino. No vió, ni oyó nada más.

Volvió en sí; acababan de transcurrir sólo unos segundos, pero no tenía la menor noción del tiempo que pudo haber durado su malestar. Theogonov colocaba a su lado un vaso lleno de alcohol.

—Usted, tome esto —dijo imperiosamente.

André obedeció. El brebaje era atrozmente violento, tuvo un acceso de tos, las lágrimas se asomaron a sus ojos.

—No sé qué tuve, comenzo a decir.

—Malestar sin gravedad. Si vuelve, venga a verme de nuevo. Pero, probable no. Esta noche, usted descansa. Mañana, reflexionar en lo que dije.

Se levantó y con un gesto elegante y afable, matizado con una sonrisa, indicó a André la dirección de la salida, pero no lo acompañó hasta la puerta.

### *La muerte de Sarah*

“Algo en mí ha muerto”, se dijo Sarah.

Desde hacía días, desde hacía un tiempo que no procuraba más valuar, esta sola idea invadía su mente. “Algo en mí ha muerto.” ¿Qué había muerto? No podía precisarlo, y esta incertidumbre le quemaba el corazón. Sin embargo, ella había aceptado esta muerte a ella misma, hasta había suplicado a Theogonov que la ayudara a proceder a ella lo más pronto posible, pues el proceso que le había propuesto pronto le pareció demasiado lento para el estado de sus fuerzas. Theogonov, después de varias negativas que reforzó con estallidos de cólera, había consentido. Sarah no conservaba ningún recuerdo del momento en que se cumplió “la cosa”: para evitarle inútiles sufrimientos, el Maestro la había hipnotizado poco a poco para no despertarla sino dos horas después. El despertar mismo, no había sido penoso: sólo algunos ligeros vómitos lo habían señalado. Theogonov no juzgó necesario comentar el gran acontecimiento al que la había preparado durante semanas. Sus palabras habían sido alegres:

“Y ahora, pequeña Sarah, el viaje para nosotros dos... Excelente, el viaje, preludio para vida nueva...”

Habían tomado juntos el tren nocturno para Cannes. Durante el viaje, Sarah no hubiera podido dormir seguramente sin los dos comprimidos de gardenal que eran “necesarios para reposo en el

ferrocarril". Al llegar a Cannes, se instalaron en un suntuoso hotel, en el que Theogonov había reservado un departamento. A pesar de las vacaciones, el hotel estaba semivacío. El propietario los había acogido muy amablemente; era probable que el Maestro fuera bien conocido allí. Pero Sarah no pensaba en apreciar la lujosa residencia que se le ofrecía. Sólo su estado la absorbía, hasta el punto de que permanecía insensible al decorado, sin embargo nuevo para ella. ¿Lo comprendía Theogonov? En todo caso, era de lo más discreto. Sarah no lo veía sino durante las comidas, en las que hablaba apenas.

—Usted, simplemente reposar —le decía—. Reposo ahora, la cosa más esencial.

—Esté tranquilo, no tengo nada más que hacer aquí, sino reposar —contestaba Sarah, con una débil sonrisa. Pero el reposo no era ya posible para ella. La pregunta "¿Qué ha muerto en mí?" y la afirmación que le sucedía: "Algo ha muerto en mí" eran los dos extremos de la cadena que aprisionaba su espíritu.

Una pregunta... Sarah estaba tan asombrada que apenas creía. "Yo sueño, se decía, en el nuevo estado no hay más preguntas." Sin embargo, ese esfuerzo por rechazar la obsesión cedía al cabo de unos instantes y la pregunta surgía, ardiente como nunca había sufrido en lo más profundo de sí misma. Era necesaria una respuesta. Pero, no habría respuesta. Únicamente dos seres hubieran podido proporcionársela: Theogonov y André, y era inútil interrogarlos.

André hubiera podido contestar. Pero para esto habría sido necesario que André existiera todavía. Y André no existía ya. André sobrenadaba en la memoria de Sarah como un pedo de un tiempo muy lejano, de un tiempo que tal vez no había existido nunca; algo bastante parecido a lo que debe ser, para un adolescente, el tiempo en que creía en que el niño Jesús llenaba los zapatitos la noche de Navidad. Hubo André. Hubo días innumerables y plenos, días de una loca dulzura, en que André y Sarah compartían jubilosamente los presentes de un joven amor. Hubo esto: dos seres jóvenes que, juntos, daban la espalda al mundo que execraban para componer su preciosa e implacable soledad. Hubo todo esto, pero ya Sarah no conseguía recordarlo. Desde hacía unos días se había convertido en reina de un nuevo universo en que no había nadie fuera de ella. André no habría franqueado el umbral de este universo: tal vez era su culpa, tal vez no; además, esto no tenía la menor importancia. *Dejad a los muertos*

que entierren a los muertos. Pero faltaba algo en el nuevo universo. Algo que había muerto y Sarah quería darle un nombre a ese algo y no podía. Pero André lo podía aún menos que ella. A estas horas, ¿dónde estaba André? ¿En el departamento, mientras leía recostado? ¿O afuera tal vez, con Laski, o con una mujercuela a quien trataba de llevar al hotel? André estaba donde él quería. Sarah no debía inquietarse, porque él no existía más. No existía más porque no tuvo la audacia de conquistar este nuevo estado. Qué raro era esto: ¿cuántas veces le habló a Sarah de ese nuevo estado a cuya conquista debía subordinarse toda su vida? Y he aquí que él se había quedado al borde del camino y era ella, Sarah, la que tuvo el valor de ir hasta el final. *Yo he obtenido el nuevo estado.* El asunto le pareció tan grotesco a Sarah, que estalló en una carcajada que duró unos segundos.

“Estoy riendo —se dijo Sarah—. Ríe porque estaban André y Theogonov para responderme... y no hay nadie. ‘No había nadie’. Sin embargo, está Theogonov en la otra habitación. Está Theogonov que seguramente duerme al lado y está Theogonov que se despertará mañana, pero que para mí ha muerto también. El Maestro ha muerto para mí. Él ha hecho morir algo en mí, lo sé, pero si le pregunto qué ha muerto en mí, no sabrá contestarme nada satisfactorio. Porque no puede contestarme nada, ha muerto para mí. Hace tres días ha cesado de ser mi Maestro como André ha dejado de ser mi marido. Un Maestro, un marido responden a las preguntas que se les formulan, saben que deben responder, que si se sustraen pierden su dignidad de Maestro y de marido. Ahora, estoy sin Maestro y sin marido. No hay más respuesta para mí que las paredes de esta habitación a la que tantas personas han venido a descansar, antes que yo. Millares de personas han descansado ya en esta cama. Miles de cadáveres automáticos, miles de seres de toda clase; americanos, ingleses, juerguistas, industriales, autores, ratas de hotel. Millares de personas muy diferentes y sin embargo idénticas, perfectamente idénticas entre sí, porque ninguna de ellas tenía conciencia de ella misma, porque ninguna de ellas había alcanzado el nuevo estado. Yo soy, por fin, consciente. Yo he ido hasta el final.” Nadie podía ser más consciente que ella. Antes hubo lucha, hubo búsqueda, problemas que resolver, inquietudes que vencer, depresiones que sobrepasar. Todo eso había muerto con Theogonov y André. “El antiguo mundo ha muerto con mi marido y con mi Maestro, que se han llevado a sus tumbas el secreto de sus sortilegios.”

Esta habitación tiene vista al mar, recordó de pronto Sarah. Saltó de la cama y corrió a la ventana. La habitación daba al mar, pero el cielo y el mar se compenetraban tan bien, que a esas horas de la noche era difícil distinguir nítidamente uno del otro. El cielo y el mar reposaban juntos en un silencio bañado de intenso calor y que nada turbaba. El cielo, el mar, el silencio, el reposo. Nada más que esto, nada más era posible. La mirada de Sarah se hundía en un horizonte en donde todo estaba confundido. Hasta no era un horizonte, sino una realidad presente e infinita: el calor, el mar, el cielo, el silencio y el reposo afuera y en la habitación, en los ojos de Sarah y en todas partes a donde se podía ir.

"He ido hasta el fin, se dijo Sarah. Y este momento es la hora, agregó en voz alta. André duerme o hace el amor en París, los clientes del hotel duermen y yo velo; debe ser la hora en que vele para siempre." Dejó la ventana, tomó el vestido que estaba sobre una silla, al lado del lecho y se lo puso rápidamente. Era un vestido de playa, de lino, beige que realzaba maravillosamente el brillo de su cabellera. El Maestro se lo había obsequiado a su llegada al hotel. "Vestido para las nuevas nupcias", había agregado con risa sonora. Las nuevas nupcias ya se habían consumado.

Sarah entreabrió la puerta del cuarto; echó ligeramente atrás la cabeza, enceguecida por la luz que inundaba el corredor. No había nadie. Una vez afuera, cerró la puerta y se dirigió hacia la escalera, que descendió reposadamente. Nadie tampoco en el vestíbulo. En su compartimento de vidrio, el sereno parecía dormir profundamente. Sarah se dirigió a la cornisa, a la que sólo algunos escalones de piedra separaban del hotel.

Sobre la cornisa, Sarah se cruzó con una pareja que hablaba inglés. Su conversación parecía tormentosa. La voz de la joven se distinguía nítidamente: "*It's no more possible that way, dear.*" Esto ya no es posible así. "Hay que ir hasta el fin para comprender por qué nada es más posible." Pero ya el sonido de la voz de la inglesa fué cubierto por una melodía que escapaba de un cabaret nocturno. Sarah reconoció el aire: era un aire del otro mundo. A André le gustaba mucho y tarareaba el refrán, imitando torpemente el acento ronco y cálido de los negros, y a Sarah también le gustaba ese aire que gustaba a André. Pero los acentos de la orquesta le parecían una inútil seña de amistad de un habitante de la orilla a quien se deja sin siquiera tomarse el trabajo de agitar el pañuelo.



Sarah alcanzó, por fin, la parte de la cornisa desde donde se llega directamente a la playa y se dirigió en seguida hacia el mar. "Tal vez me molesten algunos aficionados al baño tardío." Pero no, a pesar de observar unos instantes, no vió ni oyó nada. Se quitó las sandalias, luego el vestido bajo el cual no llevaba nada; había deseado apasionadamente ese momento en que enfrentaría desnuda la irresistible y tierna presión del mar. Sin embargo, las sandalias y el vestido la detuvieron un corto instante, ¿podía dejarlos así, sobre la playa? Decidió doblar cuidadosamente el vestido, que dejó sobre la arena, y con las sandalias en la mano, penetró en el mar. El calor ambiente era tal que el contacto con el agua le pareció inmediatamente bienhechor. Corrió hasta el momento en que el agua alcanzó sus hombros. De repente, tiró las sandalias lo más lejos que pudo y se puso a nadar derecho delante de ella. Sarah hubiera sido buena nadadora si el aliento no le hubiera faltado alguna vez. Se sorprendió del esfuerzo que podía hacer esa noche; tenía la impresión de poder nadar así horas enteras sin experimentar fatiga.

Sin embargo el momento de fatiga vino a poner término a la carrera. Realizó un supremo esfuerzo para no ceder; había que ir hasta el fin. Continuó, pues, por unos instantes. Luego, a pesar de que se había prometido no mirar atrás, quiso darse cuenta del camino que había recorrido y se dió vuelta para mirar la orilla. Pero ésta se confundía con el cielo y el mar; era imposible apreciar la distancia que había recorrido.

"Hè ido hasta el fin, sola, sola hasta el fin", repitió Sarah. Le quedaba un solo esfuerzo que efectuar, antes de conseguir la respuesta que exigía el nuevo estado. Cerró los ojos y se dejó caer al fondo. La caída le pareció interminable. Por fin, sus pies tocaron la arena cuando comenzaba a sofocarse...



## V

### TRES EXTRACTOS DE "LES VOIES DE PETITE COMMUNICATION"

Espero que se crea que no entrego aquí los textos siguientes por la preocupación de poner en evidencia páginas de las que estoy muy lejos de sentirme orgulloso. Estas páginas testimonian con cierta exactitud la ambición poética surgida de la Enseñanza. Es, aquí, su único mérito. Se han extraído del libro que escribí durante la aventura Gurdjieff y mientras salía de ella, titulado *Les voies de petite communication*.

Puesto que me sería molesto presentar estas páginas, tomo prestadas, en el conjunto de recortes de prensa, algunas líneas del muy singular artículo que a propósito de ese libro escribió el crítico literario del cotidiano católico francés *La Croix*, el novelista y poeta Luc Estang.

"La principal preocupación de Louis Pauwels habría sido existir sin ausentarse de sí mismo. Preocupación elogiabile, en principio, cuando las causas de disipación se multiplican, cuando el hombre cede demasiado y repele todo recogimiento verdadero. Sin embargo, no es suficiente hablar del recogimiento en el caso de Louis Pauwels. Hay que entender su ascesis como una total y continua oposición a lo que Pascal llama diversión. Por otra parte, a la famosa sentencia de Pascal sobre la desdicha que acarrea al hombre el no permanecer en su habitación, se da en este libro una aplicación casi esotérica: 'Entiendo que se trata de la cámara secreta, la real, aquella donde, como la princesa de los viejos cuentos, nuestra gloria espera el despertar...' Por cuanto me es permitido interpretar el símbolo, la cámara de que se trata es el centro teórico donde reside la parte inalienable del ser,

algo así como el corazón del alma, sede de la más grande vigilancia. Todo esfuerzo consistirá pues en alcanzar ese centro, y en permanecer en él, no enajenarlo, lucha difícil, pues las solicitudes exteriores comprometen a cada instante esta 'presencia a sí mismo' del sabio.

"Observemos en seguida que aquí no hay recurso a lo divino. Es lo contrario del éxtasis, puesto que se tiene el propósito, no de salir de sí, sino de volver. Además, 'para este hombre lo sobrenatural es la existencia.' Tiene la conciencia de sobrepasar la naturaleza —quien proporciona 'perpetuas ocasiones de ausentarse'— salvaguardando esta presencia, esta existencia radical. Al mismo tiempo, Louis Pauwels pretende, como simple poeta, 'permitir que el mundo exista', convocar a 'los seres a la existencia' por el alejamiento que adopta ante ellos."

No es posible expresarse mejor para hacer comprender los tres extractos de *Voies de petite communication* en la perspectiva de la aventura vivida por un escritor junto a Gurdjieff.

## VI

### UNO DE LOS ENCUENTROS

*¿"De dónde te viene esto, alma del hombre,  
de dónde te viene esto?" (San Bernardo.)*

Cuando yo era niño, me decían: "no te dejes dominar, dile Señora". Las buenas monjas, a la pesca de almas tiernas, nos esperaban en las noches de invierno delante de la puerta de la escuela comunal, con una lámpara colgada del brazo. Nuestro suburbio era todavía salvaje; pantanos y fosos atormentaban nuestros viejos caminos, nuestros ríos de barro. Nos apretábamos alrededor de los fanales, volvíamos a casa en silencio, la mano a lo largo de esas faldas lejanas, acurrucados sobre la vergüenza, el miedo, duros deseos de orgullo, repletos de espinas y de pámpanos.

Delante de la verja del jardín, yo dejaba el grupo, esperaba un poco. Por fin, decía desde lejos: "Hasta luego, señora", porque, ¡valiente cosa!, ¿acaso era mi hermana?

Hoy, a los veintiocho años, tengo mis razones para no ser de la familia. Y también desprecio a las Hermanas o las compa-  
dezo, según sopla el viento. Y sin pasión, buscando mi vida a buena distancia de las encíclicas.

Lo digo, pues prefiero tomar precauciones. En el tiempo en que vivimos es muy necesario. Cuando se cuentan historias del tipo de las mías, basta la menor negligencia y las aguas se enturbian.

Hace un mes, en el subterráneo, entre dos estaciones, vi a una Hermana. Aun hoy me cuesta confiarme lo que vi. Me es penoso hacer frente a lo que fuí en ese instante. Sin embargo, me había arreglado en seguida con el olvido. Yo podía continuar viviendo como antes.

Uno ahuyenta a los pájaros al pasar; ellos suben derecho y vuelven a bajar detrás de usted, apretando sus alas en rápidos aleteos; ellos se callan.

Y luego, una noche de la semana pasada, me acuesto al lado de mi mujer. Ella duerme ya, con una mano ofrecida sobre mi almohada. Tomo su mano, aprieto los dedos, aguardo con la esperanza de despertarla, mezclada a ciegas inquietudes. Por fin, sin levantar los párpados, me sonríe. Yo digo: "Oye..., oye, vi a una Hermana el otro día..."

Me besó gimiendo de sueño, y se volvió hacia la pared con gestos de nadadora lenta.

Yo creía componer músicas profundas en mi memoria. De pronto, me oí hablar de la Hermana; los pájaros no volvieron a bajar; baten el aire contra mis ojos. Mi recuerdo está delante de mí. Me llama en el tumulto que produce.

No te inquietes, deja caer, avanza, el tiempo está contigo. Pero no, el tiempo acaba de desaparecer y ya no hay más remedio que enfrentarse.

Yo me hallaba como todo el mundo en el tren subterráneo. En la noche amarilla del convoy nos liberamos, nos vaciamos de nuestras menudas esperanzas, nuestras tibias decepciones, el trabajo del día, todas las cosas un poco duras que llevamos dentro del pecho, contentos de sentir grandes pesos de carne contra la nuestra, librados al estremecimiento de la rama; nos fabricamos destinos iguales por la amistad del cuerpo, sin confesar nada.

Yo estaba sentado y leía un diario vespertino. No sentía ninguna vergüenza. Estamos satisfechos, no nos deseamos ningún daño. Nos hemos separado sin ninguna pena. Escribimos en nuestro corazón: "ausente por causa común" y nos vamos a flotar en la muchedumbre de las aguas de los grandes ríos subterráneos.

Se ven a menudo Hermanas en el tren. Ellas han borrado a las Hermanas de mi infancia. Ellas flotan con nosotros, a pesar de los ligeros esfuerzos, a pesar de los rosarios, de murmullos rebeldes, caen sin fuerza bajo nuestras miradas, contra nuestras piernas y proseguimos nuestras vacaciones con la misma buena voluntad.

Esta subió en Ségur. Estaba pegada a la puerta. Era sólo la parte posterior de una cabeza envuelta en velos negros, más alta que las otras cabezas y yo volví en seguida a mi docilidad por mi diario vespertino.

Busco. Tropiezo. No puedo detenerme para contar la historia. No puedo decir la verdad. Todo me impulsa a decirla. No es lo mismo.

Cuando levanté la vista, ella se había dado vuelta. Desde ese momento, no dejé de mirar su cara. No era posible sustraer la mirada. Esto es todo cuanto debería decir si luchase ya con mi memoria.

Me parece que al comienzo fué curiosidad. O más bien apenas el tiempo de un segundo, fingí estar curioso, para retardar el miedo.

Sí, todo comienza por el presentimiento del pánico. Había en el fondo de ese nicho de velos la faz pesada de un hombre en armas.

Se puede imaginar a un aventurero que se oculta bajo la vestimenta de una Hermana. Uno se suplica continuar el sueño. Pero ya se abren criptas en uno. Heme aquí como un grito sofocado en una caverna llena de ecos que no comprendo. Verdaderamente era un rudo semblante de guerrero. No consigo expresarme mejor, y sin embargo, ¿acaso conocemos tales semblantes? He visto soldados con arrugas de fatiga, o también ojos que volvían de la muerte, y las suciedades de odio sobre crisálidas de hombres. Y de repente, veo la nariz larga, muy recta, ancha en la base, frente baja, el vasto desierto de las mejillas, el seco mentón de una Hermana, y yo hablo de un semblante de guerrero con apaciguadora satisfacción.

Muchas personas estaban apretujadas contra ella, pero no prestaban atención. Sus miradas son iguales a la jaula cuando el canario se ha escapado. Yo estoy solo. Ahora, no hay más amistad.

Esta pesada cabeza de piedra gris, tocada con velos, pesa sobre mis ojos. Y pronto me siento vivir solo detrás de mis ojos, perdido como un hombre sobre la tierra vacía; está desnudo, no se atreve a moverse, se oculta en sus palmas bajo un cielo de noche de invierno.

En seguida uno se da cuenta de que no es un rostro de hombre. Pero también se da cuenta de que no hay mujer y un deseo semejante al del amor le ahueca a uno el corazón y luego le quema el vientre.

Hoy yo sé lo que podría ser. Jadeo, pierdo aliento, trato de alcanzarme. Toda nuestra vida puede pasar en eso. Y recuerdos, desde mucho más lejos que nuestra infancia, esperan de rodillas ante la meta.

Al mismo tiempo que descienden los fuegos del deseo, yo me

deslizo como una red de agua clara sobre ese rostro sin movimiento. Es siempre el rostro de guerrero. No tiene ninguna dulzura, o no es la dulzura a la que estamos acostumbrados. Y no está tampoco en reposo. Es sereno.

Tengo un camarada que fué sepultado bajo su casa. Dice que cuando la bomba estalla al chocar con el techo, se hace un perfecto silencio y que uno se derrumba junto con los muros en un profundo oasis de lentitud, de feliz indiferencia, en una paz de milagro. Tan solo esto se parece quizás a la serenidad a la que me acerco chorreando sobre esta cara.

Hubiera querido leer mi diario vespertino. Porque temo que se burlen de mí; claro, luego, a causa de los espacios, de las noches, de las bóvedas que nacen y en las que penetro achicándome; a causa de esa rígida angustia que me vuelve de mi primera juventud, de una mañana en que entré en la habitación de un muerto.

Pero, no había nada que hacer. Y sin embargo, la Hermana no me miraba. No me ha mirado nunca.

Ella no miraba nada. Por un nuevo terror, uno sabe que no son los ojos los que forman la mancha luminosa bajo las gruesas cejas. O es el reverso de los ojos. Y ya quiero levantarme, acercarme. Es necesario. Pero no me atrevo, me quedo ahí, las manos sobre mi diario, las piernas apretadas.

Su mirada no sale. Yo la sigo, la siento correr, deslizarse adentro sin sacudidas. Se va a confundirse en ella como una cortina de lluvia fina que penetra en el mar. Desciende a lo largo de los tabiques lisos de ese cuerpo bajo los velos. ¿Es un cuerpo o solamente el descenso de una mirada?

Sin embargo, es una Hermana que ha tomado el tren. Ella ve nuestras caras, la nómina de las estaciones. Pero no, ella acepta no ser ciega. Ella roza lo que hay que ver, sin guardar nada entre las pestañas, simplemente de paso. ¡Qué mal digo! Se debería pensar en el somorgujo. Pertenece al aire, vive del agua; se zambulle y se eleva sin haber mojado sus plumas.

Entonces tú aprendes tu libertad. ¿Qué esperas? Hete aquí transportado al campo de batalla. Tu guerra va a recomenzar. ¿Querrás obedecer? ¿Querrás levantar tus armas? Se ha comprendido, se ha sentido. Pero tú te contemplas en trance de comprender. Gritas hacia ti; en sueños, sin proferir palabra. Nadie te despertará. La Hermana no te ayudará.

Decide, tú te presentas solo completamente delante de tu valor.

Al mismo tiempo, pues, recogido sobre ese rostro que no es de hombre y tampoco de mujer, endurecido con un deseo que yo no conozco, me nombro mi sexo con una gloria completamente nueva, y tengo la carne más limpia que la carne de un niño.

¿Acaso se comprenderá? ¿Acaso me inclino bastante bajo ante lo que tengo que decir para hacer oír mis palabras?

Saludo virilmente mi propia majestad, mientras llamo, mientras me entrego íntegramente a grandes fuerzas materiales.

Luego sus labios me llevan a las lágrimas. Antes de que estallen los sollozos, el interior del pecho se estremece, se lo adivina espejeante, tiemblan furtivas luces y es el momento en que se llora realmente. Porque usted ha visto labios muy severos; ellos no se mueven, ellos no toman la forma de una sonrisa. Pero usted descubre lentamente que su dureza hace el nacimiento, la invención misma de la sonrisa. No, yo no lloro de dolor, ni de un exceso de alegría. De pronto, hay en mí una especie de opulencia. De repente, adoro la vida, y por primera vez, siento mi muerte que la acompaña como una riqueza solemne. Sin duda, yo no sollozo, pero siento desde el fondo de mi corazón cómo suben cantando dos voces.

Encontré esta cabeza, tropecé con ese rostro de guerrero encerrado en una papalina. Lo sé. Se me han hecho signos. Debo un gesto. Me agité en mi banco. Naturalmente tengo miedo de esta necesidad de levantarme, de deslizarme entre la gente, de alcanzar a la Hermana, de tocarla, de hablarle, ¿de hacer qué?

Reconocía este miedo. Hoy, manténlo en su violencia, golpea sin tregua contra él. ¡Me quiero exactamente como soy! Era el miedo de cambiar.

Busco el gesto, la palabra. No he encontrado. Pero, no había que buscar...

En Motte-Picquet la Hermana se vuelve, descende, envuelta en la muchedumbre. Se encuentra siempre bastante ánimo para probarse que no tenía nada que ver, mientras se cuchichea con el recuerdo.

¡Reposa! ¡Reposa! Un prolongado ensortijamiento de cabelle-  
ras, de espaldas fraternales roza los vidrios. Las puertas se cierran. Nos vamos todos juntos; nos deslizamos sin esfuerzo. Tú continúas tu viaje.



## VII

### CAMPO DE MARTE

«Con las manos vacías yo voy, y no obstante,  
la pala está en mis manos.  
Yo voy a pie, y sin embargo,  
he subido sobre  
el lomo de un buey.»

FUDAISHI (497 - 569)

El cuarto de baño es sombrío, estrecho. No obstante, se encuentra en él agrado, pues el tumulto de la avenida que turba las otras habitaciones, se apaga contra esas paredes crema y gris y la bombilla eléctrica lo hunde, a pesar de la hora, en el momento de su elección.

Yo entro esta mañana, pesado de mi noche, sudor sobre la espalda, la boca amarga, siempre en sueño. ¿Quién ha entrado? Esta amargura, el sudor, los restos del sueño, el movimiento de sombras de las cosas para hacer hoy, lo que me envía mi mirada, mi deslizamiento continuo hacia los objetos de este cuarto, los viajes de mi cabeza cortada que gira entre aguas. ¿Quién, pues? Un aro tendido de ligera seda, sin cesar desgarrada por mil pequeños cuerpos flexibles, rápidos, que la atraviesan en los dos sentidos.

Enciendo la luz y adelanto mi rostro en el nicho del espejo de tres fases. Tres rostros y ninguno mío. ¡Mira! Tú eres el polvo que entra y sale de ti, que baila alrededor de tu nariz, de tus labios. La puerta se ha cerrado, henos aquí en el silencio, bajo una luz fija. Se deben reconocer las órdenes, yo pido el enfrentamiento: quiero surgir completo de la noche, habitar mi rostro, ser aquí, yo, pleno de majestad de un hombre que deshace su

ropa de cama, se rocía y se limpia las mejillas para dar entrada al día.

Usted cree dejar su chaqueta de pijama y sólo es un espejismo: usted no estaba allí, entreabriendo las solapas, en ese hermoso gesto que despliega el pecho. Yo me niego, vuelvo a ponerme la chaqueta. Al tratar de quitármela ahora, siento que en un segundo, si no tomo precauciones, huyo de mis gestos como la arena de la mano del que se duerme: me repongo, me retomo, pero demasiado tarde, la arena se ha deslizado. Me vuelvo a vestir, a desvestirme. Cuatro veces me deshice de mi chaqueta. La cuarta es casi yo quien lo retiro. En seguida me felicito, y al instante vuelvo a la somnolencia, habiendo alcanzado esta cabeza viajera que gira lejos de mi pecho. Un ínfimo esfuerzo y ya usted ha vuelto a caer en ese caso usted mismo, y se agita por encima del lavabo atrapando recuerdos, ideas, imágenes, como un cuerpo agotado pesca enfermedades.

En el Campo de Marte se ata a los niños sobre los cerdos y sobre los poneys de yeso, cuyos colores se descascaran. Los juguetes con sonrisa muerta cuelgan de tridentes de hierro herrumbroso. Una mujer vestida de negro distribuye cortos bastones, luego sube sobre un escabel y alcanza una guirnalda de anillas que habrá que descolgar. Por fin, el hombre se inclina sobre su enorme manija y el tiovivo se sacude, sin música, llevándose a los pequeños, agarrados por la cintura, tiesos, un poco tristes, embarazados por sus varitas.

Así, hay una larga sesión de tiovivo, hasta el momento en que, lavado, acerco a mi mejilla la navaja, de repente sacudido en mis adentros por las órdenes de hace un rato, por esa voluntad que se había adormecido.

Me doy cuenta de que he encendido un cigarrillo y que me preparo a afeitarme. Al primer roce de la hoja, intento estar ahí, pero sólo mi deseo de ser está ahí como un temblor entre yo y las sombras del yo. Un golpe de brocha, vuelvo a pasar la hoja. Aquí, reconozco que giro lejos y estoy orgulloso de poder reconocerlo. Esto es lo peor: uno puede satisfacerse con tal lucidez. Pero que el conocimiento te retuerza, o te pudrirás. En este minuto despierta la vergüenza, ¡apodérate fogosamente de ella! Yo no quiero que me afeiten mil fantasmas, sino yo. Y aprendo una vez más a enfrentar esta fuerza del interior, tan vacilante, tan flaca, con la poderosa aspiración de afuera, nunca cansada y lista para aprovechar plenamente una nada de orgullo, una pizca de inadvertencia. Otra vez la brocha, otra vez pasar la hoja, aunque

irrite la piel, ¡pero que la piel me pertenezca! Sin embargo, sin que lo sepa, la mitad de la cara se hace afeitar; yo silbaba.

Es la culpa del cigarrillo. ¿Qué necesidad tenía yo de esa máquina de ausentarse? Se lo puede tirar en seguida sobre los mosaicos, aplastarla con el tacón. ¡Vaya un hombre que se venga sobre un cigarrillo! Ahora, el deseo de fumar me atrae afuera, y pronto, desmayado, doy vueltas sobre el tiovivo del Campo de Marte. Luego, nueva sacudida, la vergüenza me reanima. He encendido otro cigarrillo, atrayendo hacia mí la cólera; se trata ahora de no ser fumado. Y mientras me afeito el mentón, procurando mantenerme todo entero en ese grave acto de limpieza de mi cara, trato de medir con los labios el peso, la forma de ese cilindro tibio, de tomar al tabaco una bocanada inflada de encanto, luego echarla afuera con el aliento, con una solemne satisfacción.

Pero al contemplar mi cara en el espejo, el valor se evade por los ojos; me fundo sobre lo que miro. En un chispazo, creo lograr; en un chispazo me he sustraído.

Al borde del tiovivo, las madres agitan las manos; el niño, extraviados los ojos, tapados los oídos, no vuelve la cabeza. Ellas se inclinan con gestos un poco demasiado locos para la ocasión, intentan tocarlo al paso, pero el viejo poney les quita de los dedos al pequeño caballero que se ha vuelto de cera. Ellas sonríen en un comienzo de angustia, sin atreverse, sin embargo, a oír las palabras del amor temeroso. ¿Acaso me perteneces, verdaderamente? ¿Acaso me olvidarás? ¿Acaso tendré que morir para que sepas por fin que procedes de mi vientre?

Sin embargo, cuando coloco mi navaja sobre la repisa de vidrio, aplastando con otra mano la colilla, recibo una especie de agradecimiento.

¡Pueda yo merecer dos segundos! ¿Vuelto en seguida al tiovivo, comprenderé a las madres? ¡Vuelto a lo que soy habitualmente, como los príncipes amenazados que esconden un guardia entre los pliegues de un cortinado de la sala de audiencias, pueda yo detrás de mi caro yo mismo instalar este recuerdo!

Yo me mantenía firmemente, muy erguido, sobre un lugar elevado, en el interior de mi pecho. Los objetos del cuarto de baño fueron en seguida perfectamente nuevos, pesados, contentos de su volumen, bajo una luz a la vez más dulce y más fuerte. Una estatua real, erigida en el desierto, levanta por un instante los párpados. Usted sabe entonces que es importante existir.

## VIII

### LAS OVEJAS DE SAN PABLO DE VENCE

“Es cuando el hombre se vuelve una sola cosa, un mismo espíritu, no ya por la unidad de un mismo querer, pero por yo no sé qué fuerza de unión más estrecha, que no le permite más querer ninguna otra cosa...”

GUILLAUME DE SAINT-TIERRY.

(*La carta de Oro*)

Nos habían cedido una villa sobre el camino de Vence a Niza. Desde sus largas ventanas se veían las copas de los arbustos del barranco, la subida de tierra rojiza, gris, las murallas de Saint-Paul, la vieja aldea de ópera cómica, montañas muertas bajo un poco de nieve, el triste cielo azul.

A la derecha, Saint-Paul se hunde en la confusión de naranjos de adorno, de hoteles, de hermosas fachadas. A la izquierda, el cementerio lo termina sólidamente: se encamina en triángulo hacia el mar que se distingue al final de ondulaciones y de follaje, como una media luna blanca y brillante que una nubecilla apaga.

Nuestros días padecen a causa del loco rechinar del aire seco, perfumes mezclados que forman el aroma de la fiebre, y ese paisaje tan bien compuesto, mundo exquisito para estatuas y turistas. Al atardecer, sin embargo, las cosas vienen en nuestra ayuda: se levanta el viento, pasa lentamente sobre nuestros cipreses, luego en el aire liberado de esa espesa claridad, del rechinar, del olor, se oye un arroyuelo que desciende las colinas de depósito en depósito. Viento, agua sobre todo, un ruido de agua dulce y retomamos gusto por nuestro interior, y uno puede ensayar el ofrecerse su presencia.

El día del que debo hablar, estaba nublado. Hacia el mediodía, el sol sale de las nubes que se desgarran y en seguida se vuelven a cerrar a la altura de media montaña, luego de nuevo está velado. Se está más a gusto: mi mujer pasea a la hija en el jardín, y yo me acodo a la ventana. Un momento después, he adivinado a las ovejas.

Desde los acantilados calcinados que rodean Vence, el camino descende serpenteando. Inclinandose por la ventana, se sigue una vasta curva que muere delante de la casa, se reanima frente al cementerio y el camino toma de pronto otro rumbo, desaparece detrás de los pinos. Pues bien, de repente, sobre ese camino, flota un rebaño de ovejas.

Primero se siente esta rareza, animales de verdadero campo en este marco, y el consentimiento de recibir el signo de la fuerte existencia. ¡Cómo os lo agradezco, ovejas provocantes! Por fin, en ese país, nuestra prisión, presenta una complicidad y siento deseos de llamar a mi mujer para que salude al rebaño con la misma ternura, el mismo reconocimiento.

Pero esto no es nada. No quiero perderme en historias de sentimientos. Si le parece, no echemos sobre ellos nuestro corazón, no pudramos los signos.

Pues, vienen de Vence, ruedan hacia nosotros. Se ven copos blancos entre las ramas de los pinos, el aire se puebla de gemidos temblorosos. Pronto, en medio de la danza el cordero más viejo en una forma muy aplicada, cruzando rápidamente sus cortas patas tiasas, el vellón más claro de lo que es, porque avanza entre el cielo azul y el negro charol del camino. Un instante y luego la marea se desencadena detrás de él, con espuma de cabezas mecánicas que se frotan una contra la otra, con ondulaciones que no terminan, en mil direcciones. Tratando de enlazar el conjunto, un perro loco gira en galopadas y gañe. Al final, el busto del pastor, como un nadador que se ha erguido para marchar hacia la playa empujando delante de las nalgas pesadas masas de líquido y moviendo los hombros para ayudarse, mientras espaldas alrededor de él se desparraman animales que tienen espinas bajo las patas y los corderitos fatigados, el cuerpo turbado por pequeñas sacudidas.

Desde lejos, el asunto parece de una calma bonita, da promesas de reposo, pero es la ilusión. Las ovejas se detienen, giran sobre sí mismas, van a triscar sobre el borde del barranco; algunas se clavan bruscamente, balanceadas por la carrera de adelante hacia atrás, como juguete de báscula, ruedan sobre la pendiente del

barranco, suben cien metros más o no suben, otras diez se reúnen con ellas, un grupo se separa, se desliza a lo largo de todo el camino; sin cesar, el rebaño se desgrana, se dchilacha, parece volverse a formar, se disloca de nuevo, se esparce, comienza una ronda, divaga por los costados, se pierde un cordero, se lo atrapa, se deja escapar a veinte; pronto los ojos están cansados.

El hombre avanza lentamente, con la chaqueta sobre los hombros; no parece sufrir. A veces, se ve que deja hacer, que marcha al azar, habiendo renunciado por un instante a los corderos, perdido en sus sueños o en nada; adelanta la pierna, su cuerpo parece achicarse; así el perro se permite aventuras de hocico, perdido también en sueños de olor, a lo largo del camino, con el lomo arqueado y agitado con voluptuosos estremecimientos.

Luego, puesto que las ovejas se alejan cada vez más, el pastor lanza gritos. Dice ¡Belú! ¡Belú! Levanta la frente, se dirige al perro con ruidos del fondo de la garganta, pero el perro rechaza el trabajo sin creer en él, se precipita al barranco, se encarama de nuevo, salta de un borde del sendero al otro, morderquea al lado de las patas, ladra con el corazón ligero y los animales brincan por cortesía, sin prisa por alcanzar el rebaño, complicando las vueltas.

Sin embargo, a veces el hombre se golpea las pantorrillas con su bastoncillo, sus ojos retoman peso en el viejo rostro gris y moreno; grita menos fuerte, pero su "Belú" sale de él, es seguro. Y el pecho de pronto más amplio, las piernas mejor hechas para mantenerlo entre el camino y el cielo, un bigote no para la decoración sino para mostrar su pelo de macho. Entonces las orejas del perro se despliegan con golpe seco, y de repente, asusta a las ovejas. Hay una violenta pulsación en estos regueros de lana, regresan todas al gran río cremoso que pasa lentamente en el paisaje de teatro entre pinos distinguidos.

La apariencia, menos de un segundo y todo se desvanece, pero retozón, pastor tosco, animales vagabundos: habrá que recomenzar.

Cuando llegan delante de la villa, se desparraman por completo; doce o quince animales aprovechan y se aproximan al cerco, una pared baja con pórticos ornados de cemento. Se agrupan alrededor de las macetas, y tiran de las plantas que crujen bajo sus dientes. Un nuevo grupo se aproxima, todo será devorado pronto.

Las rodillas del pastor se doblan; se desliza hacia el cerco, haciendo rechinar los clavos de sus botas bajas sobre el camino,



azota a los animales, gruñendo, mientras el perro se precipita al barranco. El cordero de la cabecera continúa su danza, un grupo pequeño lo sigue, el resto arrastra acá y acullá a los heridos, y a los corderitos en línea ondulante muy lejos atrás.

Cuando ya se ha agitado contra el cerco y los devorantes han alcanzado al trote su lugar, el hombre levanta hacia mí la cabeza, para excusarse. No me mira sino un segundo, los ojos muy azules semicerrados, la boca torcida por una vieja ironía.

—Animales inmundos —dice.

Estoy asomado a esta ventana, rompiendo las espinas del rosal con la punta del índice; uno puede pincharse; lo difícil de esta tarea sin objeto me procura cierta compostura; he sonreído; oigo mi voz porque es mucho más clara que de costumbre; ella responde:

—¡Salud!

Luego, “¡Belú, Belú!”, verdaderos llamados, perro feroz, cabezas blancas reaparecen en lo alto del barranco; los retardados saltan sobre tres patas; una corta ola de balidos sube y se abate con sobresaltos en el interior del rebaño.

Mi mujer volvía del jardín en punta de pies, teniendo entre los brazos a nuestra hijita casi dormida. Se puso en la ventana, contra mí, colocando con una mano la cabeza abandonada de la criatura en el hueco de su hombro.

Los corderos pasaban a la altura del cementerio y antes de acercarse al recodo detrás de los pinos, durante un instante que nos pareció largo, vimos a todos los animales apretujados. Era tal vez una ilusión de la distancia, pero no lo creo. Los miles de vellones forman una masa inmóvil. El perro loco se mantiene al lado, con la pata levantada. El hombre está plantado en medio de ese conjunto de lana, los brazos caídos, la chaqueta como capa sobre el hombro. Lejanas nubes se funden y, en este momento, la media luna del mar apagada desde esta mañana, se ilumina de golpe, semejante a una moneda tirada en recompensa.



## IX

*La obra en marcha de René Daumal. — Lo que dicen sus compañeros de los primeros años. — La carta de Pierre Minet contra la "via seca" tomada por Daumal. — La carta de Rolland de Renéville: los frutos de un árbol, cuya sombra es mortal. — La guerra santa.*

René Daumal murió a los treinta y seis años, el 21 de mayo de 1944. Desde hace dos años su gloria estalla. En vida, sólo había publicado los poemas *Contre Ciel* y *La Gran Beuverie*<sup>1</sup>, cuento fantástico en el que denunciaba todos los métodos del conocimiento y las formas del pensamiento moderno. En 1952, apareció un relato inacabado: *Le Mont Analogue*, completamente inspirado en la Enseñanza de Gurdjieff, que Daumal seguía desde los veintidós años. Este relato conoce hoy mucho más que un éxito de simpatía. En el momento en que termino la presente obra, acaba de aparecer una recopilación de ensayos y notas titulado *Chaque fois que l'aube paraît*. André Rousseaux, crítico del *Figaro Littéraire* escribe a ese respecto:

"Parece que René Daumal está en camino de alcanzar el lugar importante que le corresponde en la literatura del siglo y de la que quedó indignamente alejado en vida... No hemos terminado de avanzar en el conocimiento y en la amistad de ese hombre, llamado sin duda a representar en nuestra época a uno de los conquistadores heroicos de nuestras verdades fundamentales y misteriosas, a menudo descuidadas por nuestra propia cultura."

Sin duda será útil escuchar a los dos amigos de los primeros

<sup>1</sup> N. R. F. Sin contar los textos en la revista *Le Grand Jeu* y las traducciones del "Budismo Zen", ediciones Maisonneuve.

años de Daumal, años antes de Gurdjieff: Pierre Minet y Rolland de Renéville. Pierre Minet evoca a Roger-Gilbert Lecomte, y al evocar al compañero del *Grand Jeu* se empeña en definir las dos vías de la búsqueda del Conocimiento, en beneficio de la vía "húmeda" de Lecomte, en comparación con la vía "seca" de Daumal y todos los discípulos de Gurdjieff. No podemos, sin duda, saber si Roger-Gilbert Lecomte "valía más" que Daumal. Faltan elementos de juicio y no nos pertenece entrar en el sistema de referencias sentimentales peculiar de Pierre Minet. Sin embargo, la carta que me ha hecho llegar este último y que yo publico aquí permitirá, tal vez, comprender mejor la personalidad de Daumal y la heroica elección que ha determinado su vida y su muerte. Se encontrará después la carta de Rolland de Renéville, muy reveladora.

#### LA CARTA DE PIERRE MINET

Siempre hubo en René Daumal algo ejemplar que aun hoy acrece el afecto que le profeso con mucha humildad. Cuando los dos teníamos dieciocho años, me bastaba mirar su cara para experimentar al mismo tiempo que un inmenso bienestar, una timidez que me agradaba sentir. Daumal-Nathaniel, como lo llamábamos, se mantenía en el linde de esa vida que él me enseñó a desear, que incidía sobre el deseo y la rebelión y que yo le comunicaba con la impresión de un niño oscuramente consciente del vacío de sus palabras. Mi emancipación me conducía al desorden y al delirio, la suya lo llevaba a una sabiduría, que expresaba visiblemente la inmovilidad habitual de sus rasgos. A esta economía de movimientos se unía un humor igualmente avaro de gestos y que cuando aparecía, trastornaba el orden de esa calma fenomenal. La rapidez con que Nathaniel sonreía entonces me permitía, sin embargo, identificar la naturaleza de su júbilo y admirar aún más a mi amigo. Pues si yo reía, esta risa se imponía a mí, sin que yo la hubiera ayudado, yo no la esperaba; mientras que la suya era un lenguaje y casi una enseñanza. Él reflexionaba su pensamiento, surgido de pronto a la luz del día y desnudo hasta no disimular nada de él.

Hace ya veinticinco años de esto. Hoy no debería haber cambiado nada, yo, en cierta medida, nada he cambiado. La lectura del *Mont Analogue*, obra que testimonia elocuentemente la excelencia de su autor, fortificaría aún, si fuera necesario, mi respeto por él. Daumal demuestra en ella con aptitud y talento singulares

que el Conocimiento es una ciencia y la más enemiga de la imaginación, la menos literaria. Trae además la prueba de que, por su parte, la practica concienzudamente y con provecho. De modo que, personalmente, yo no tendría que formular sino una calurosa aprobación, si en mi juicio me fuera posible no tener en cuenta algunos factores que me obligan a considerar a Nathaniel no ya sólo como espíritu superior, uno de los hombres de nuestro tiempo que vivieron últimamente, sino también como el tráfuga de una aventura mucho más severa, mucho más enriquecedora, mucho más humana que aquella de la que el *Mont Analogue* constituye el relato inacabado.

Yo sé muy bien que al abrir —o al volver a abrir— este debate, corro el riesgo de despertar contra mí la cólera de todos los que consideran la iniciación por la que pasó Daumal como la única real actualmente, y que, por otra parte, me niegan el derecho de asumir la palabra. Tanto peor. Los golpes que reciba en este caso y de los cuales algunos serán merecidos, tal vez no me impidan prestar socorro a la verdad. Por otra parte, si me decido, es porque todo me obliga a creer que soy el único que no acepta este esguince hecho al pasado y que si demoro en levantar la voz, será demasiado tarde.

He dicho mucho más severa, enriquecedora, humana. Todo está ahí, en efecto. Entre la experiencia de René Daumal y la de Roger Gilbert Lecomte la diferencia es tan flagrante como significativa. Muertos los dos a la misma edad, habían comenzado por reservar a la vida una idéntica acogida, extraordinariamente circunspecta y reflexiva. Yo afirmo que a los dieciséis años los dos dirigían asiduamente su pensamiento hacia las tierras reservadas del Conocimiento y que su juicio se elaboraba en una profundidad a la que llega pocas veces un hombre maduro. Uno y otro no acordaban a la rebeldía más que una simpatía atenta. Podía enternecerlos en mi persona, pero les parecía vana porque no podría constituir una respuesta y ellos subordinaban todo a esa respuesta. Las extravagancias, a las que llegaban a entregarse en mi compañía, equivalían a una concesión que me hacían, a una señal de buena voluntad, y por otra parte, era para ellos el único modo de hallarse de igual a igual conmigo. Pero yo no me equivocaba y precisamente adoraba a mis amigos por la distancia que nos separaba, por la altura en que ellos moraban y por lo poco que tenían que ver con este mundo.

Si pude escribir que en 1925 Gilbert Lecomte debutaba en el

martirio y que posaba sobre todo la mirada enternecida, cruel y desencantada de los jóvenes señores del *spleen*<sup>1</sup>, no es menos cierto que seguía siendo vulnerable a los sentimientos y totalmente accesible a la seducción de la poesía en todas sus formas. Su drama consistía justamente, en parte, en el hecho de que si desde esa época pertenecía a la raza de los videntes, su instinto lo orientaba a menudo hacia esta realidad que procuraba combatir, cuyos límites le parecían irrisorios, que estimaba estéril, pero ante cuyas bellezas no siempre permanecía sordo. Mientras que sobre este particular la indiferencia de Nathaniel ofrecía algo prodigioso y su pasividad en el ejercicio cotidiano de la vida hacía de él menos un hombre que un autómatas. Era mi dicha contemplar esta apatía, casi jugar con ella, dar vueltas alegremente alrededor de ella y ver cómo bajo la presión del espíritu cedía lugar a la animación. Pero su pensamiento mismo comportaba una lentitud, una placidez que si no lo retenían del todo, lo preservaban de toda sorpresa. Nathaniel procedía por meditaciones sucesivas, sin apresurarse nunca, sin querer apresurarse, con un sentido casi científico de investigación, una singular sangre fría. Al contrario, desde esa época, Gilbert traía a sus búsquedas una temeridad, a veces una falta de medida, que brotaban de la intensidad de su deseo, y de la certeza de que para encontrarse hay que perderse antes. En este sentido, él no se hacía la menor ilusión sobre el porvenir que lo esperaba, ni sobre la naturaleza del sacrificio al que se había abocado; cuanto más lejos fuera, más alucinantes se iban a hacer las vías que tomaría y su ascensión sería en verdad, una caída hacia las cumbres... Pero me detengo. Pues esto es lo que ha separado a los dos hombres. Lo que los hizo incompatibles. Digo bien: esto y no la droga como se tiene la tendencia a creer o a desear creer. La droga mató a Gilbert Lecomte, pero después de haberle ayudado a soportar el suplicio mental que eligió, con plena voluntad. Que se me permita citar aquí: "La fidelidad de Gilbert Lecomte a la fe que lo había inspirado primeramente y que, necesariamente, lo aplastaría, sobrepasaba toda expresión. Era un fuego que lo consumía, únicamente. Hostigado por el deber que tenía que cumplir, por la tarea que lo motivaba, quedaba incapaz para hacerles frente. Sólo entregaría notas apresuradas, un breve testimonio de esta exploración interior tan resueltamente conducida. En vez de aprovechar el dramático des-

1 Véase *La Défaite*, ed. Sagittaire.

envolvimiento de su pensamiento, lo soportaba como el enfermo las fases de su mal. Ahí donde otros habían escapado a la morsa de su devorante meditación, cayendo en la locura, él permanecía completa, pero inútilmente lúcido. No era la pereza ni la impotencia las que lo acechaban. La acre tiranía de lo que experimentaba, unida evidentemente a ese deseo que devoraba su carne y viciaba su sangre, no le dejaba tregua. A veces, milagrosamente, emergía de sí mismo y consignaba en un poema su visión. Se parecía un poco a esos místicos a quienes la contemplación anula, pero la suya sólo lo unía a sí mismo, lo identificaba cada vez más estrechamente a esa noche que incansablemente se obstinaba en querer perforar...”

Un breve testimonio... Esto es inexacto. La obra póstuma de Gilbert Lecomte permite sostener que es el mayor poeta de los últimos treinta años. Estos gritos echados a la faz del hombre, esas palabras deslumbrantes de claridad, demuestran la extensión de una experiencia interior soportada sin ninguna ayuda y en condiciones realmente infernales.

Pues aquí es donde yo quería llegar. A confrontar estas dos experiencias, las de Daumal y de Lecomte, y en cierta forma, llamar al orden, a una mayor modestia, a los partidarios regimentados de un credo metafísico, cuyo valor sería imbécil no reconocer, pero que por lo menos, tiene en su contra el de exigir de ellos una feroz economía de emociones, una radical suspicacia con respecto a casi todas las manifestaciones de la sensibilidad, un desprecio a priori por todo pensamiento que no proporcione rentas, una intolerancia total frente a las pasiones y a todo lo que no eleva el alma, sea cual fuere su altura, más que fugitivamente. Sí, un credo basado demasiado a menudo en la disciplina, la prudencia, el cálculo, y que comienza por negar absolutamente que el hombre librado a sí mismo sea algo más que una máquina. Una sombra glacial volcada sobre la esperanza y el deseo, tomados en la acepción más generosa, la más altruísta, una tumba para todos aquellos que consideran que la vida es sinónimo de amor. Es verdad que uno es libre de salir de esta tumba y sé de algunos que... Pero no se trata de esto. Desde el día en que Daumal encontró a Alexandre de Salzmann y el grupo de Gurdjieff, retiró su confianza a Lecomte, formuló sobre su experiencia un juicio implacable y profetizó su derrota. De pronto, esta marcha dolorosa y aventurada, esta progresión cada vez más penosa, que tenía por único refugio los datos aproximados de la conciencia,

esta noche atravesada por relámpagos de visión, le parecieron ilusorios y se entregó todo íntegro con la aplicación y, sobre todo, con la docilidad que lo caracterizaban, a esta enseñanza colectiva en que se trata ante todo de obedecer, de abdicar una personalidad contemplada como superflua o más aún: como obturadora, y si me animo a decirlo, a reconstruirse con ayuda de los materiales de la concentración... Concentración que he ensayado por mi parte, que efectuaba en mí un vacío para no ofrecerme sino las buenas resoluciones a las que me hacía llegar. Es evidente que se trataba allí también de una búsqueda adecuada para devolver a la vida su profunda utilidad. Esto solo. Ella desdeñaba su genio, su belleza, su calor, daba la espalda a sus horizontes patéticos, la reducía a una facción comparable a la del soldado. Con excepción de una lucidez exclusivamente laboriosa, todo era enemigo del espíritu y todo le recordaba su nada presente, lo mismo que la extrema dificultad de la meta que se debía alcanzar. No había ideal, sino un avance metódico hacia un conocimiento bastante abstracto y que, por otra parte, sólo se podría llegar a entrever.

Bajo una forma simbólica que lo emparenta con los mejores cuentos filosóficos del siglo XVIII, el *Mont Analogue*, es la relación incompleta de esta búsqueda. Puesto que mi propósito no es el de analizar este libro, no me detendré sobre sus eminentes cualidades, el rigor ampliamente despejado de su estilo, la pujanza satírica de muchas páginas, para ocuparme por última vez de las reflexiones que me inspiró. Ha determinado en mí una vehemente tristeza, causada por la injusticia, que me parece ilustrar y en la que no me detendría si, en este caso, no fuera objeto de ella el hombre a quien he querido tanto y cuya memoria es preciso salvaguardar. Por haber vivido una experiencia tan ardua que ninguno de los compañeros a los que había arrastrado consigo lo habían seguido hasta el final, Gilbert Lecomte permanece ignorado por la posteridad, mientras que, a partir de ahora, el nombre de René Daumal figura, si puedo decirlo, en el cuadro de honor de la espiritualidad moderna. Fenómeno que, evidentemente, se inscribe en el orden de las cosas, pero cuyas consecuencias todas no puedo aceptar sin reservas.

Pierre MINET.



## LA CARTA DE ROLLAND DE RENÉVILLE

A mi juicio, Daumal, tal como lo conocí en 1929, estaba ya en posesión de todas sus "ideas metafísicas" y conocía el pensamiento del Extremo Oriente en sus líneas fundamentales, como R.-G. Lecomte y como yo mismo. A este respecto, y en la proporción en que la filosofía de Gurdjieff toma algunos de sus rasgos de esta "mística" del Extremo Oriente, Daumal no pudo encontrar en la enseñanza de Gurdjieff nada nuevo en el plano intelectual. Esta es la razón por la que no creo que las últimas obras de Daumal hubieran podido ser muy diferentes de lo que son, si no hubiera conocido nunca el grupo de Gurdjieff.

Creo que Daumal encontró en el grupo de Gurdjieff una vía de "puesta en práctica" de sus convicciones o que, por lo menos, creyó encontrarla.

Personalmente, experimento una invencible desconfianza con respecto a aquellos que se proclaman públicamente Maestros. Y no creo en absoluto en una iniciación propuesta a todos aquellos que se creen llamados a recibirla, mediante una contribución mensual, de acuerdo con un sistema que pertenece a los cursos Pigier o las escuelas nocturnas. Este es sólo un sentimiento personal, tal vez no justificado, pero que me retuvo de seguir a Daumal, a partir del momento en que frecuentó el grupo de Gurdjieff con un entusiasmo que, en el comienzo, adoptó casi una forma de intolerancia. Por otra parte, a continuación llegó a "relajarse" y volvió a encontrar la actitud generosa, inherente a su naturaleza. Generosidad cuyo reflejo no encontré en la doctrina de Gurdjieff, de la que Ouspensky ofrece los grandes rasgos y en la que todo amor me pareció ausente. No desconozco, por cierto, todo lo que esta doctrina comprende de "Conocimiento". *Pero los frutos de un conocimiento sin amor son los de un árbol cuya sombra, ustedes lo saben, es mortal.* Pido disculpas por una digresión completamente personal y que proviene tal vez de una información demasiado insuficiente: siempre tengo mucho miedo de ser injusto.

A.-Rolland de RENÉVILLE.

En junio de 1946, la revista *Fontaine*, dirigida por Max-Pol Fouchet, publicaba un homenaje a René Daumal y un texto inédito de este escritor, titulado *La Guerre Sainte*.



Dicho texto precisa e ilustra esta aventura del escritor junto a Gurdjieff, que yo hubiera querido describir con más finura y fuerza en las páginas precedentes. En ellas se encuentra un llamado casi desesperado al poeta real, el poeta responsable, que yo evocaba antes, al hombre que, habiendo alcanzado el estado de la conciencia, está también en el estado de co-nacimiento. "En un verdadero poema las palabras llevan sus cosas". El hombre despierto, cuando nombra alguna cosa, le confiere la existencia absoluta. Para nosotros, por lo tanto, no se trata de pretender a la poesía, al manejo del lenguaje. O el Verbo se hace carne, o no es sino ilusión, presunción, abuso de poder y de confianza. Daumal declara, pues, no sin fúnebre solemnidad, que ahora le es imposible hablar. O más bien, que no podría hablar, sino para llamarse a sí mismo a la guerra contra sí, para un llamado a las armas contra sus emociones, pensamientos, humores, saber, ambiciones artísticas, contra todo lo que forma su persona. No podría abrir la boca más que para gritarse que debe callar. De este modo, una vez más, denuncia la imposibilidad en la que nos encontramos —privados de este estado de conciencia, al que sólo la "guerra santa en nosotros mismos" puede hacer llegar— de hacer obra de filosofía, de sabio, de mago o de religioso. No podríamos encontrar una excusa ni siquiera en el entusiasmo. "Porque el entusiasmo es estable cuando dios está erguido, cuando los enemigos no son ya más que fuerzas sin formas, cuando el estruendo de la guerra resuena fragorosamente y la guerra apenas ha comenzado, no hemos arrojado aún al fuego nuestros efectos".

¿Qué podemos hacer? No podemos usar el verbo, sin traicionarlo, sino para llamarnos a esta "guerra santa" que fué todo nuestro trabajo con Gurdjieff. "Hablaré para convocarme a la Guerra Santa. Hablaré para denunciar a los traidores que he alimentado. Hablaré para que mis palabras produzcan vergüenza a mis acciones, hasta que el día en que una paz acorazada de trueno reine en la cámara del eterno vencedor".

Esta paz de la que hablaba con una gravedad a menudo desmentida por cierta insolencia intelectual, con una simplicidad que provenía menos de un corazón límpido que de un espíritu orgulloso hasta el odio de todo ornamento, esta paz, Daumal no la alcanzó posiblemente. No hubo paz, sino muerte, y hoy siento en cada página de *La Guerre Sainte* la angustia de un poeta que alista para el sacrificio —para un sacrificio quizás inútil— la alegría y la libertad creadoras.

Sea como fuere, el texto constituyó el "Levántate y anda" de los intelectuales, que he conocido en los "grupos" y me parecía extremadamente importante hacerlo figurar en la presente recopilación. Es un texto de la verdad y es una regla de toda sociedad de hombres preocupados por pasar al estado de la verdad, que lo que se ha dado una vez, se ha dado una vez por todas. Pero hoy algunos discípulos de Gurdjieff no parecen dispuestos a respetar semejante regla. Mientras terminaba este libro me han hecho saber con mucha maldad que me prohibían utilizar el texto de Daumal. De este modo, la sociedad de Gurdjieff se cerraba sobre sí misma, al final de mi trabajo, con un furor helado. Pero sin duda era lógico que se cerrara violentamente sobre sus secretos y los secretos de sus muertos. Sin embargo, me hubiera gustado cerrar con *La Guerre Sainte* este conjunto de testimonios como con una losa de cristal. Que me sea al menos permitido citar algunas líneas de este poema, las mismas líneas que Jean Paulhan citaba con respecto a mí y refiriéndose a Gurdjieff, en un número reciente de la *Nouvelle Revue Française*<sup>1</sup>:

"Aquel que ha declarado esta guerra en él está en paz con sus semejantes, y a pesar de que sea todo íntegro el campo de la más violenta batalla, dentro de sus adentros reina una paz más activa que todas las guerras. Y cuanto más reina la paz adentro de sus adentros, en el silencio y la soledad central, tanto más se enfurece la guerra contra el tumulto de las mentiras, y la innumerable ilusión.

"En este vasto silencio acorazado de gritos de guerra, oculto del exterior por el huidizo espejismo del tiempo, el eterno vencedor oye la voz de otros silencios. Solo, y habiendo disuelto la ilusión de no estar solo, ya no es el solo que está solo. Pero yo estoy separado de él por estos ejércitos de fantasmas que debo aniquilar. ¡Pueda yo un día instalarme en esta ciudadela! Sobre las murallas, que se me desgarran hasta los huesos, para que el tumulto no penetre en la cámara real..."

<sup>1</sup> N. R. F. enero de 1954, Jean Paulhan declaraba al presentar esta cita: "También Daumal fué discípulo y alumno de Gurdjieff, cuya enseñanza se transparenta a través de más de un pasaje de *La Guerre Sainte*."

## ALGUNAS PALABRAS DE DESPEDIDA O LA FÁBULA DEL MONO Y LA CALABAZA

Sólo me resta dar las gracias a los lectores que han llegado hasta el final de este grueso volumen. Son, así lo creo, personas de una familia a la cual yo pertenezco y que creo conocer bien. En el seno de esta familia, la cortesía no es de la clase de la convención, sino de la invención; no es de la clase del adormecimiento, sino de la energía. No puedo, por lo tanto, agradecerles mejor que indicándoles la mejor forma de despedirse de *Gurdjieff*.

Cuando yo era niño, estaban a la moda aparatos de proyección de pequeños films animados. Uno de mis camaradas poseía esta maravilla. Nos encerrábamos en su cuarto, con las cortinas corridas, para ver temblar sobre un trozo de sábana pinchada a la pared, imágenes de films documentales de una brevedad ingenua, que me emocionan a veinte años de distancia. Uno de los films describía la captura de los monos. Se veía a los negros que fijaban una calabaza a un cocotero, echaban adentro unos cacahuetes, y luego se alejaban. El mono acudía, introducía la mano en el cuello muy estrecho, se apoderaba de los cacahuetes. Pero entonces ya no podía retirar la mano. Tironeaba, se ponía nervioso. Lo que él había agarrado, lo retenía prisionero. Los negros regresaban, ataban al pobre animal y rompían la calabaza para liberar su puño, lleno de frutos.

A menudo he pensado en este film cuando intentaba desprenderme de la enseñanza de Gurdjieff. Veía que era necesario abrir la mano, aflojar la presión, que tenía que abandonar, al menos por un tiempo, esta tentativa de posesión del *Yo* absoluto, acabado y estático, si quería recobrar la libertad y la salud. Pero esto era demasiado difícil y yo estaba como la mayoría de los

miembros del grupo: prisionero de mi propia ambición, entregado ya al disecamiento y prometido como el mono a la jaula o la muerte.

Sabía, por supuesto, que la enseñanza de Gurdjieff era de suma importancia, de interés capital, pero adivinaba que estaba presentada de tal manera que sólo podía serme perjudicial, o bien que las circunstancias y mi naturaleza me inducían a hacer tal uso de ella, que yo no podía sino quedar reducido en vez de ser nutrido. Había que abrir la mano y huir. Es lo que hice, al fin de cuentas, gracias a la suerte y a las ayudas acerca de las cuales no terminé de interrogarme.

Hoy veo que en la enseñanza de Gurdjieff o más bien en lo esencial de la búsqueda esotérica hay algo sumamente precioso para un hombre preocupado de vivir verdaderamente la aventura de los tiempos presentes. Pero hay que saber burlar las trampas que nos tienden las sociedades llamadas de iniciación en el mundo actual. Y, sin duda, la sociedad Gurdjieff fué y es todavía la más viviente, la más profundamente atrayente. Hay que palpar, examinar los frutos depositados en el fondo de la calabaza y retirarse rápidamente. Y a esto los invito al final de su lectura.

Poco importan el "mago Gurdjieff", como dice Huxley, la atmósfera extraña de los "grupos", el terrorismo sentimental y espiritual de semejante sociedad, las promesas maravillosas hechas en el seno de semejante empresa. Poco importa, en una palabra, el mundo subterráneo y sombríamente fascinante que intenté describir en este libro. Cierta curiosidad —así sea de buena ley, como la suya—, cierta curiosidad una vez satisfecha, conviene ahora llevar la atención hacia el mundo de la superficie donde nos encontramos actualmente, recobrar nuestra libertad y nuestra lucidez de espíritu, retomar nuestros derroteros sobre la tierra de los hombres, a la que pertenecemos.

Lo que importa después de la experiencia de Gurdjieff, o el estudio de esta experiencia, es ver en qué medida la búsqueda esencial del pensamiento llamado "tradicional", se reune con el movimiento del pensamiento contemporáneo. Lo que importa es ver que cierta expresión regenerada y muy poderosa de la inteligencia esotérica (de la que con seguridad Gurdjieff fué uno de los dispensadores en el Occidente actual) se integra a las más profundas búsquedas de la inteligencia de nuestro tiempo. La filosofía en su formulación más moderna, y sobre todo la fenomenología, la física, la biología, las matemáticas, la cibernética, en

su extrema punta, vuelven a recortar hoy los datos de la tradición primordial de la humanidad, alcanzan algunas visiones del cosmos, las relaciones de la energía y de la materia, de la libertad y de la integridad del ser, que son visiones ancestrales. Las ciencias de hoy dialogan con los últimos magos del Tibet, los últimos alquimistas, los últimos taumaturgos "tradicionales". Se opera una revolución ante nuestros ojos (si los abrimos bien) y es un reencuentro, un nuevo enlace inesperado de la razón despreciativa de sí misma en el colmo de sus conquistas y la intuición religiosa durante tanto tiempo descuidada. Para los observadores realmente atentos, los problemas que se plantean a la inteligencia contemporánea, en los múltiples dominios en que se ejerce, trátense de sociología o de física nuclear, no son problemas de progreso. Hace ya unos años que la idea de progreso ha muerto en el Occidente. Son los problemas de cambio radical de estado, problemas de transmutación. En este sentido, los miembros de la familia de espíritus que yo evocaba al comienzo de este libro son, con los sabios de vanguardia y los poetas, los únicos hombres verdaderamente "comprometidos" en la aventura del mundo actual. Todo el resto es conformismo, atraso y futilidad. Lejos de estar en una posición de negación de la realidad presente, lejos de ser lo que los "progresistas" (es decir los opacos espíritus convencionales, llaman "reaccionarios", los hombres inclinados sobre las realidades de la experiencia interior van en el sentido del porvenir y dan sólidamente la mano a los filósofos, a los físicos, a los matemáticos y a los biólogos que preparan en estos momentos el advenimiento de un mundo sin medida común con el mundo de pesada transición en el que vivimos aún por unas horas. Ellos encarnan, en prolongamientos inesperados y todavía indecibles, las antiguas virtudes de fe, de esperanza y de caridad.

FIN

## ÍNDICE

<i>Prefacio</i> .....	7
-----------------------	---

### I. EL HOMBRE QUE NO DUERME

- |   |    |
|---|----|
| I. Un viajero singular. — El jeque árabe con galera negra. — El vendedor de alfombras y el hombre que enseña la sabiduría en las tabernas de Moscú. — Una ciudad al abrigo del monte Ararat. — El viejo narrador y su hijo. — Un agente ruso en el Tibet. — Cagliostro en el siglo xx. — “Lindas sábanas” ..... | 23 |
| II. El relato de Rom Landau. — La dama y el violador fantástico. — En la habitación de Gurdjieff. — El examen clarividente. — Un libro. — Un libro más. — Preguntas que no obtienen respuesta. — El dios Siva. — El “Intelligence Service” no aclara nada. — Extraño post-scriptum. — Ocultismo y nazismo ..... | 37 |

### EL PASTO DE LOS IDIOTAS

- |  |    |
|--|----|
| III. Las rosas convertidas en sapos. — Las palabras a la medida de los idiotas. — Un jueguito de sociedad. — Hábleme de un hombre .....  | 58 |
| IV. Busco a un hombre. — Busco el truco. — El cambio de estado. — La fábula del escultor que pasa su vida en pulir y repulir el esbozo. — Ser, es ser diferente. — El punto permanente. — La dificultad de llamarse Pauwels. — El yo que no quiere beber más y los que tienen sed. — La tragedia del yo que firma un cheque sin fondos. — Nuestra mirada tiene horror del frío. .... | 62 |
| V. El misterio de los “verdaderos” recuerdos. — La psicología como abuso de confianza. — El ejercicio del reloj. — El durmiente despierto. — Lo que acaece a un hombre que no quiere perder su brazo derecho. — Los viejos temas del sacrificio y de la  |    |



muerte a sí mismo. — Doña Música y el Virrey. — Breve alusión a Jean-Paul Sartre. — Una "aventura" de Raymond Abellio. — En la frontera de una prodigiosa alquimia. — Un pariente pobre de Lucifer ..... 70

VI. *Conclusión provisoria* ..... 84

## NOTAS SOBRE UN LIBRO CLANDESTINO

VII. El anunciador del Bien que vendrá. — El señor Gurdjieff borra sus propias huellas. — Millares de páginas de música. — Arte objetivo y arte subjetivo. — La música que mata, que hace derrumbar los muros, que hace obedecer a las serpientes y a los hombres. — Un trabajo desmesurado. — Aquel que sabe y que habla. — Las sesiones de lectura en voz alta. — La opinión de algunos sobre el gran libro aún clandestino de Gurdjieff .. 88

VIII. *El relato de Kenneth Walker*: Un hombre que se gobierna. — Gurdjieff y la música. — Gurdjieff y los niños. — Los relatos de Belcebú. — Los deberes de los viejos. — Lo que se necesita para salvar a los habitantes de la Tierra. — La moral del camaleón. — Lo que decía Hamlet de su padre ..... 92

IX. *El estudio de Denis Saurat*: La clave de la actitud de Gurdjieff hacia sus discípulos. — Conocimiento mental y conocimiento real. — Una conducta gobernada por el humor. — Los riesgos del lector. — Cómo abordar el libro. — El interés y las dificultades de la obra. — Breve resumen. — Las ideas directrices y los mitos. — La demolición del espíritu europeo. — La invasión del budismo. — ¿Era Gurdjieff budista disfrazado? — Una posición con respecto a Gurdjieff ..... 98

X. *El artículo de Gorham Munson*: Con respecto a Gurdjieff, Nietzsche no es sino un iconoclasta de provincia. — Diálogo sobre el navío interplanetario. — Belcebú es mejor relator que Sheherezada. — Del Egipto antiguo a Leonardo de Vinci, pasando por el monte Saint-Michel. — Comparación con Swift. — Un libro que conocerá la gloria ..... 106

XI. *El ensayo de L. Travers*: Un cartucho de dinamita. — Los cuentos de hadas describen la totalidad del destino humano. — La Bella durmiente del Bosque y la vieja lucha contra el sueño. — El arte órfico y el sentido interior de las cosas. — Existe una oreja detrás de la oreja. — El fuego instructor. — Los cuentos de hadas hindúes y persas. — William Blake. — El continuo desplazamiento del fuego instructor. — La obra provocadora de Gurdjieff. — Palabras nuevas. — Una inmensa cosmología. — Lo que dicen todos los cuentos de hadas: ¡Despiértate, durmiente, despiértate! ..... 108

## II. LOS FILÓSOFOS DEL BOSQUE

I. Una carta de Jean Paulhan sobre la fullería. — Las seis últimas semanas del verdadero Gurdjieff, en Essentuki. — La revolución



- estalla en Rusia. — Gurdjieff cambia de golpe. — La ruptura con Ouspensky. — Gurdjieff se prepara para el gran juego en Occidente. — Cinco años para perfeccionar una caricatura magistral. — Los ensayos de Tiflis, de Constantinopla, Berlín y Londres. — La llegada a Francia ..... 121
- II. ¡Acérquense! ¡Acérquense! — Gran parada en el teatro de los Campos Elíseos. — Otra gran parada en Nueva York. — La pulga en el oído. — Lo que eran los movimientos y las danzas. — Un método de atomización. — ¿Qué sucede en el Priorato de Avón? ..... 127

### LO QUE VEIAN LOS EXTRAÑOS

- III. Lo que relata un espectador puro. — De Tiflis a Fontainebleau. — Los principios. — El hombre de la cuarta dimensión. — La vida cotidiana en el Priorato, vista desde afuera. — Un editor inglés que de ningún modo quiere dudar. — Algunas preguntas primarias acerca de la autenticidad del Maestro ..... 135
- IV. Denis Saurat visita a Gurdjieff. — Lo que escribe para este libro treinta años después. — El relato de esa visita publicado por la N.R.F., en 1933. — La transformación de Orage. — Poincaré ve en Gurdjieff el enemigo número uno de los Soviets. — Los pobres sobrenaturales. — El establo de Katherine Mansfield. — Gurdjieff albañil. — La gran interview. — La única probabilidad de salvación para las mujeres. — Magia en un cobertero de aviación. — Para tranquilizar a un buen inglés... 153
- V. Donde se cae en algunas consideraciones abstractas, pero indispensables. — El sentimiento general del visitante del Priorato: tal vez sea imposible penetrar en ese sistema filosófico sin pasar por una cierta experiencia interior que compromete todas las funciones humanas. — ¿Tendremos nosotros una falsa idea del saber y de la cultura? — El ejemplo de Rabelais. — Breve alusión a Sartre. — La corriente del pensamiento al revés, que es la corriente clandestina del pensamiento moderno. — 1923, año que habría que marcar con una piedra blanca. — "Le Temps" defiende a Descartes. — El alquimista contra Gurdjieff, en nombre de la tradición latina del ocultismo. — Lo que es digno de atención ..... 164

### LO QUE VEIAN LOS DISCIPULOS

- VI. Un psicoanalista junto a Gurdjieff. — No basta analizar una neurosis, hay que curarla. — "El análisis ha sido un éxito, pero el enfermo se ha suicidado". — ¿Cómo decidir al enfermo, una vez advertido, a actuar sobre sí mismo? — El doctor Young busca los secretos de la voluntad. — Se arriesga en la aventura Gurdjieff. — Un hermoso ejemplo de curiosidad y de amplitud de espíritu. — El verdadero saber comienza por la experiencia interior ..... 172

- VII. El relato del doctor Young. — Los primeros ejercicios. — Vencer las dificultades. — La construcción de la sala de estudios. — La prueba del agotamiento físico. — Un ejemplo de ejercicio mental. — Las víctimas del hipnotismo. — Gurdjieff y el automóvil. — Gurdjieff y la medicina. — ¿Es Gurdjieff Lucifer? — El camino del poder. — El doctor Young vuelve a la vida mecánica ..... 177
- VIII. Georgette Leblanc, compañera, colaboradora e intérprete de Maurice Maeterlinck. — El castillo de Villennes. — Cómo descubrí y tiré al mar algunas cartas de Georgette Leblanc. — La ruptura en una edad en la que una mujer no puede "recomenzar". — La Máquina del Valor. — Internarse por la vía que Maeterlinck cantaba desde lejos... — Un saludo al Fénix. 187
- IX. Llegada a la mitad del camino de la vida... — Georgette Leblanc juzgada por Colette. — Katherine Mansfield vió mal a Gurdjieff. — Hay que hallarse en buena salud. — Gurdjieff y la multiplicación de obstáculos. — La angustia de no ser ya nada. — Es preciso que nuestra tierra esté labrada. — El veneno religioso. — El "trabajo" con Gurdjieff y la aterrizadora impresión de desaparecer, de ser echado de sí mismo ..... 191
- X. Una intelectual americana de vanguardia. — Margaret Anderson, introductora en Nueva York de la literatura y de la poesía moderna. — La aventura de *The Little Review*. — Margaret Anderson en el Priorato ..... 199
- XI. El relato de Margaret Anderson. — Un encuentro con Gurdjieff-Hermes. — Los coloquios con los intelectuales. — ¿Dónde está el superconocimiento? Algunos personajes del Priorato. — Lo que pensábamos, lo que hacíamos, lo que buscábamos. — Explíqueme a Dios. — Una especie de buen sentido sublime. 201

#### LA ÚLTIMA ESPERANZA DE KATHERINE MANSFIELD

- XII. D. H. Lawrence se subtrae a Gurdjieff. — Katherine busca a un médico del alma. — John Middleton Murry no se sabe olvidar. — Una pareja aquejada de muchas enfermedades. — La vuelta a la vida normal no sería nada, lo que hace falta es entrar en una vida nueva. — Katherine da el primer paso hacia Gurdjieff. — El drama estalla en Londres ..... 208
- XIII. Las conversaciones con Orage. — El viaje a París y los vanos esfuerzos del doctor Manuchkin. — "Quiero llegar a ser una hija del Sol". — El salto hacia la aventura Gurdjieff. — La búsqueda del amor consciente ..... 216
- XIV. *Todas las cartas que Katherine Mansfield escribió a su marido desde el Priorato* ..... 233
- XV. Katherine había disfrazado la verdad. — La Nochebuena; a la muerte le toca actuar. — John en el Priorato. — El último día. — John se casa lo más pronto posible. — Gurdjieff declara que no ha conocido nunca a Katherine. — La pregunta final .. 261

## III. MONSIEUR GURDJIEFF Y NOSOTROS

- I. Gurdjieff en París. — Parece cambiar de actitud y elegir el desorden. — Una escuela esotérica para los hijos del siglo. — Los angustiados. — Límites de los testimonios presentados . . . . . 273

## TESTIGOS DE CARGO

- II. Presentación del primer testigo. — El relato de Paul Sérant: por qué vine hacia la Enseñanza. — La crisis de la juventud después de la guerra. — Las insuficiencias de la Iglesia. — En busca de una técnica concreta de la experiencia interior. — Lo que sucedía junto a Gurdjieff: los grupos, los ejercicios. — Por qué me alejé de la Enseñanza. — Mis propias resistencias. — El estado de espíritu de los discípulos que me rodeaban. — Una cena en casa de Gurdjieff. — Me siento más prisionero de mí mismo que nunca. — Mi novela. — La atrofia de la razón y la hipertrofia del yo. — El ejemplo de Irene. — Un discurso para mis compañeros de ayer . . . . . 279
- III. Un amigo de René Daumal y de Roger. — Gilbert Lecomte, en la época del Gran Juego. — Roger-Gilbert Lecomte y la droga. — Muchos intoxicados entre los hombres orientados hacia el conocimiento místico. — Las relaciones entre el uso de los estupefacientes y la práctica de las disciplinas místicas. — Un artículo de Aldous Huxley a este respecto. — El testimonio de Pierre Minet, el portavoz de la rebelión y de la desesperación de los neófitos . . . . . 294
- IV. El texto de Pierre Minet: mis primeros esfuerzos de concentración. — Mi yo auténtico y los yo piojosos. — Yo me revolcaba en el vacío. — Creía asistir a sesiones de escamoteo. — No he querido dejarme desvalijar completamente. — ¡Viva mi mugre! 298
- V. Una joven: Irene-Carole Reweliotty. — Los tuberculosos de la meseta de Assy. — El encuentro con Luc Dietrich. — La necesidad de seducir. — Una orden de Gurdjieff. — Irene y el mal de su generación. — Una amistad amorosa. — Irene piensa romper con la Enseñanza. — Se la presentan a Gurdjieff. — La proposición durante la cena. — El derrumbe. — Fuga hacia la montaña. — La extraña muerte . . . . . 301
- VI. *Extracto del diario íntimo de Irene-Carole Reweliotty* . . . . . 305
- VII. Una carta de un desconocido. — El testimonio de René Dazeville: "Seis meses junto a un discípulo de Gurdjieff. — Lectura de Ouspensky y descubrimiento del discípulo. — Una recaída después de once años de curación. — El endurecimiento y el desprecio de la moral. — Los "amigos" vienen a hurgar en la habitación del muerto. — Una víctima física de la Enseñanza. — Un hombre que arriesgó su vida para intentar la conquista de la verdad . . . . . 310

- VIII. Donde se recordará la visita que una tarde me hicieron dos jóvenes norteamericanas aterrorizadas. — Corta presentación de las nuevas *Desgracias de Sofía* ..... 318
- IX. La crónica de Frances Rudolph. — Belcebú en el parque de Baltimore. — Una joven feliz. — Una amiguita que creía en el diablo. — Descubro a Ouspensky en el colegio. — Historia del mago y los corderos. — El nuevo arte de ser cristiana. — París. — Primer contacto con Mme. Blank. — La reina en su lecho de raso. — Primeros ejercicios. — Sala Pleyel. — Me convierto en derviche. — Cómo y por qué se me humilla. — Dos marionetas feroces ..... 320
- X. Continuación de la crónica de Frances Rudolph. — Caigo enferma. — El fabuloso doctor Fish. — Ensayo el amor. — Un ratoncito aterrorizado, apelotonado en el fondo del lecho. — Mi suplicio entre el "trabajo" y el amor. — Un perrito para ayudarnos. — El regreso de la reina. — Abandono a mi madre. — Una mujer que no es nada. — Un "astuto" que me hace mucho daño. — Una prueba. — No quiero ya a nadie. — Miss Stumble plantea preguntas molestas. — Pobre Pauwels. — La Navidad triste. — El gran miedo. — Se nos hipnotiza ..... 343
- XI. Fin de la crónica de Frances Rudolph. — Intento defenderme de los magos negros. — Las confesiones de Gurdjieff. — Un hipnotizador profesional. — Un método para contraer los vasos sanguíneos. — Miss Stumble se ha vuelto una oveja obediente. — Una visita que nos salva. — Un escritor, un sabio hindú y un médico. — Un millón de gracias ..... 342

## TESTIGOS DE DESCARGO

- XII. *Dorothy Caruso*: Una revelación frente a Nueva York. — "He oído esta noche cosas que pueden cambiar mi vida". — "Ellos" siempre me interrogan sobre Caruso. — El café en casa de Gurdjieff. — Un accidente sufrido por el maestro y la curación extraordinaria. — Lo que me decía Gurdjieff. — Una sustancia, no una idea solamente ..... 369
- XIII *Georgette Leblanc*: Fragmentos de mi diario. — Gurdjieff en su casa, en París. — Mis ataques. — Lo que él hace por mí. — Mi cuerpo vive un milagro. — Gurdjieff en el minuto de verdad. — Gurdjieff toca el órgano. — Una Nochebuena con Gurdjieff. — Me aproximo a graves instantes. — Tengo miedo. — Estoy impaciente. — Gurdjieff me dice: "Es solamente un pequeñísimo comienzo" ..... 377
- XIV. *René Barjavel*: Mi único encuentro con Gurdjieff. — Ríe burlonamente y me ofrece una cebolla. — Tuve miedo de él. — Mi trabajo con Mme. Salzmán. — He bebido en la fuente de la verdad. — Debo todo a la Enseñanza ..... 388

## EL VIEJO Y LOS HIJOS DEL SIGLO

- XV. Y sin embargo... — Donde se aconseja leer y releer. — Pierre Schaeffer o la inteligencia del desorden. — Esoterismo político. — Fidelidad y no-conformismo ..... 390
- XVI. *Pierre Schaeffer*: Cada vez que me pierdo de vista... — Un taumaturgo moderno. — Esperando a Gurdjieff. — El moderno taumaturgo debe ser escandaloso. — Continuación de mi charla interior en el salón de Gurdjieff. — Un chalán de riñones y de corazones. — La sesión del "trabajo" está abierta. — "Usted: merdosidad absoluta". — El niño devoto que fui me ayuda a trabajar. — El moderno taumaturgo entre la tradición y la ciencia de mañana. — Gurdjieff entra y se va. — El moderno taumaturgo y la querella jansenista. — Las sesiones de lectura en casa de Gurdjieff. — El moderno taumaturgo y la jerigonza sagrada. — Una sesión de "movimientos". — El moderno taumaturgo, la materia y el espíritu. — Una cena en casa de Gurdjieff. — Adiós al viejo ..... 392

## IV. LITERATURA

- I. Una antología para hacer. — Por qué no pudimos escribir: "La marquesa tomó el té a las cinco". — Escribo para escupir sobre mí un poco de existencia. — Escribo para crear la existencia. — El Verbo que se hace Carne. — Ejemplo de palabra "árbol". — Ejemplo de la palabra "amistad". — Rolland de Renéville, René Daumal, y la tentación luciferina. — Los riesgos. — Una aventura que arrastra hacia las puertas de la muerte. — La agonía de Luc Dietrich ..... 435
- II. Luc Dietrich: *La Novia* ..... 444
- III. Antes y después de la "ambición luciferina". — Luc Dietrich jugaba todavía. — Paul Sérant escribe una novela para probarse a sí mismo que se desliga. — Los dos establecen el decorado ..... 450
- IV. Paul Sérant: Fragmento de *Meurtre Rituel* ..... 451
- V. Tres extractos de "*Les voies de petite communication*" ..... 470
- VI. Uno de los encuentros ..... 472
- VII. Campo de Marte ..... 477
- VIII. Las ovejas de San Pablo de Vence ..... 480

- IX. La obra en marcha de René Daumal. — Lo que dicen sus compañeros de los primeros años. — La carta de Pierre Minet contra la "vía seca" tomada por Daumal. — La carta de René de Renéville: los frutos de un árbol, cuya sombra es mortal. — La guerra santa ..... 484
- X. Algunas palabras de despedida o la fábula del mono y la calabaza ..... 493

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR  
EL DÍA 20 DE AGOSTO DE 1965  
EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE  
SEBASTIÁN DE AMORRORTU E HIJOS, S. A.  
CALLE LUCA 2223, BUENOS AIRES



176/2/6)

LA UNION  
DISTRIBUIDORA GENERAL  
Nº \_\_\_\_\_

160  
MITAF

**“HAY QUE LEER EL LIBRO TERRIBLE, COMPUESTO DE TESTIMONIOS, QUE LOUIS PAUWELS DEDICA A *MONSIEUR GURDJIEFF*, EL FAMOSO MISTAGOGO, EL HOMBRE QUE HABIA TRAIIDO DE ORIENTE UN METODO PARA MATAR EL YO, PARA VOLVER A SER UNO MISMO, Y PARA POSEER LA TIERRA; EL SEÑOR DEL PRIORATO DE AVON A CUYOS PIES KATHERINE MANSFIELD, EN EL LIMITE DEL SUFRIMIENTO, VINO A ACOSTARSE Y MORIR...**

**“¿*MONSIEUR GURDJIEFF*! ¿QUE PERSONAJE INVENTADO NO PALIDECE AL LADO DE EL? ¿QUE NOVELA NEGRA LLEGO JAMAS A LA ALTURA DE ESTA HISTORIA REAL?”**

**François Mauriac.**

**TODO EN LA**

